EDWIGE THIBAUT

LA ORDEN SS

Etica e ideología



Prólogo de León Degrelle

EDITORIAL SOLAR

Otros Títulos Recomendados

SERRANO
NACIONALSOCIALISMO
***

DE GRELLE
HITLER PARA 1000 AÑOS
***

SALBUCHI
RICHARD WAGNER
EL PROFETA DE LA EDAD DE HIERRO
***

NUMA PERSEU
SAGA DE LOS MAHAS
***

FIERRO
VENDA SOBRE LOS OJOS
***

DEN LINDEN
ADOLFO HITLER GENIAL ARQUITECTO DEL III REICH
***

VARIOS
HITLER Y SUS FILOSOFOS
***

GARY ALLEN
NADIE SE ATREVE A LLAMARLE CONSPIRACION
***

HANS KEHRL
REALIDADES DEL III REICH
***

LA ORDEN SS
Ética e ideología

por Edwige Thibaut



Heinrich Himmler, decidido por la idea de una nueva aristocracia

Todos los que quieren hacer triunfar una verdad antes de su hora, corren el riesgo de acabar siendo considerados unos herejes.

Teilhard de Chardin

LA ORDEN SS

Edwige Thibaut.

EDITORIAL SOLAR Cía. S. en C.

Segunda edición, agosto de 2002
Primera reimpresion 2006

Editado y distribuido por:
EDITORIAL SOLAR Cía. S. en C.
Carrera 9a. N° 19-59 Of. 402
Teléfonos: 286 02 94 - 243 01 30
Fax: 91 342 23 75
e-mail: solar@colomsat.net.co
Web: www.edisolar.com
Bogotá, D.C. - Colombia

Ventas por correo. Adquiera nuestro catálogo.

ISBN: 958-8136-59-8

Impreso por: Editora Géminis Ltda.

IMPRESO EN COLOMBIA
PRINTED IN COLOMBIA

PRÓLOGO DE LEÓN DEGRELLE

Volksführer

Comandante de la Legión Valonia

Caballero de la Cruz de Hierro

A decir verdad, cuando recibí la enorme masa de hojas que forman este libro sobre la Orden SS, quedé estupefacto: ¡Ochocientas páginas de abigarrado texto! Normalmente estoy muy ocupado. De modo que leer esta especie de enciclopedia me llevaría decenas de horas. No obstante, para formarme una idea del interés que pudiera, o no, tener esta insólita compilación, hojeé, de entrada, los primeros párrafos. Tres días más tarde, llegaba a la última página.

Había descubierto una extraordinaria suma de conocimientos presentados a lo largo de una introducción de cien páginas que forman, ya, ellas solas, un libro, apoyadas, con un perfecto conocimiento del tema, por centenares de citas, tan sencillas como contundentes, formando una enorme antología de textos, escritos sin tratar de sorprender al lector, sino de informarle y convencerle. Era, políticamente, el panorama entero de la SS reconstituido por testigos directos que no pretendían hacer un trabajo de historiadores pero que, a lo largo de los años, habían expuesto, en vivo, la doctrina, los objetivos, los métodos, la mística del movimiento que fue sin duda, junto con el leninismo, el fenómeno político más importante del siglo XX.

¿Quién había amasado esta documentación? ¿Un cronista famoso? ¡No! Una joven casi desconocida, Edwige Thibaut, fantásticamente laboriosa, que, durante años, había leído miles de páginas escritas sobre la SS por centenares de analistas, de filósofos, de técnicos. Éstos procedían de los medios más diversos: jóvenes, viejos, intelectuales, observadores.... Edwige Thibaut había procedido, pacientemente, a la criba de esos trabajos multitudinarios, y luego los había clasificado en un orden inteligente. Quería, en primer lugar, saciar su placer de descubrir pero también, si la ocasión se presentaba, transmitirlo gozosamente a los espíritus curiosos que, aquí y allá, tratan de alcanzar la Verdad.

****

Las masas, hoy en día, leen apresuradamente. Pero aquí se trata de consagrar decenas de horas de una lectura asidua y ardua, a examinar unos textos que exigen una cuidadosa atención. Pero el tema es capital. ¿Qué era esa SS y, más concretamen-

te, la Waffen SS? ¿Qué se sabe de ella? ¿Qué se puede saber? Tal es la misión que, desafiando a la superficialidad del siglo, Edwige Thibaut ha tenido la energía de afrontar. Esta verdadera enciclopedia de la SS habría podido quedar olvidada para siempre en un cajón. Pero un editor audaz se arriesga hoy a publicarla, a pesar de la enormidad de su contenido.

En realidad, hasta hoy, y a pesar de habérsele consagrado miles de libros, la SS es poco conocida, mal conocida, y ha sido a menudo desfigurada por acusaciones sumarias, tan cercanas a lo ridículo como a lo odioso. La Waffen SS, su más famosa emanación, fue la formación político-militar más extraordinaria de jamás ha conocido la humanidad. Llegó a contar, en el transcurso de la II Guerra Mundial, con un millón de voluntarios, procedentes de veintiocho países diferentes. Todos esos muchachos vinieron para ofrecer sus vidas (402.000 murieron en combate) por una causa que había atrapado cada parcela de su vida física y de su voluntad.

Todo esto no había ocurrido por arte de magia. Las SS no eran más que un puñado al principio de la era hitleriana. Fue preciso que una fe enorme les invadiera y luego les consumiera para que floreciera ese don absoluto, esa disciplina libre, total, y la convicción soberana de que ellos aportaban al mundo un tipo de *hombre nuevo*.

¿Qué era ese *hombre nuevo*? ¿Cuál era su mensaje? ¿Dónde encontrar los testimonios, transcritos en el mismo instante, de esa voluntad de creación de un universo (la *Weltanschauung*), donde todo sería recreado, regenerado? La respuesta nos la da este libro. Gracias a él sabremos, por fin, qué era la SS y qué habría podido dar al hombre y al mundo, si sus runas victoriosas hubieran marcado definitivamente al universo.

****

En la catedral que es esta obra construida por Edwige Thibaut, se encuentra todo. Se sabe, después de haber estudiado esta enciclopedia, lo que, cada día, durante años, había expresado los guías espirituales de la SS... tanto los espíritus brillantes como los cerebros más modestos. Edwige Thibaut ha retomado, página tras página, lo esencial de sus trabajos, concebidos en plena acción, en el calor y a la luz de los acontecimientos.

Ciertamente, algunos problemas a resolver han cambiado de alcance. Ciertos conceptos han sufrido retoques a lo largo del tiempo. Concretamente, la noción, a veces demasiado sumaria, de la vía espiritual del hombre. El impulso religioso da mil rodeos secretos. Hitler, el primero de todos, sabía que a todos nos dominaba -y que dominaba al universo- el *Todopoderoso*. La intransigencia, a veces provocadora, de ciertos SS sería pronto superada. Yo mismo era un ferviente cristiano, lo que no impedía a Hitler decir que, si hubiera tenido un hijo, hubiera querido que fuera como yo. Teníamos en la división *Valonia* de las Waffen SS, nuestros capellanes castrenses, que compartían todas nuestras vicisitudes en el Frente del Este. En la división SS *Charlemagne*, un magnífico prelado, Monseñor Maillol de Luppé, conducía a millares de jóvenes franceses al combate y al sacrificio. También allí se establecería el equilibrio entre un paganismo histórico que algunos querían resucitar y la vida mística, esa secreta vibración de la conciencia.

La formidable irradiación de la SS no sería una dictadura de los espíritus sino una adhesión de todo el ser, libre y flexiblemente concedida. Esa inmensa riqueza, que la SS llevaba consigo como los antiguos dioses llevaban el rayo, habría podido perderse, desvanecerse entre las brumas del tiempo. Gracias a Edwige Thibaut, hela aquí completa y honestamente reconstituida.

Ha transcurrido medio siglo. Los que vivieron esta epopeya sentirán, al reencontrar sus hitos, renacer su ardiente juventud.

Yo soy el último Jefe vivo de una división de Waffen SS y el último *Volksführer*: a mis ojos esta reconstitución es una resurrección. Pero, ante todo, pienso en los jóvenes; en esos jóvenes a quienes se había ocultado tan odiosamente la riqueza de la verdad. Hela aquí. ¡Por fin van a saber, en toda su abundancia y toda su complejidad, lo que fue la SS! Y, más particularmente, su brazo derecho, la Waffen SS.

¿Quién sabe? No tan sólo el saber, sino la voz, tal vez, un día reencarnada por

ellos, reconstruirá el mundo nuevo que nuestros cerebros y nuestras armas habían querido crear.

Léon Degrelle
Málaga, 1° de junio de 1990.

[illegible]

INTRODUCCIÓN

En la Antigüedad, los pueblos en lucha permanente por su supervivencia en un mundo hostil tenían el derecho de vida y de muerte sobre los vencidos. Prevalecía el derecho natural del más fuerte; no obstante, el adversario podía siempre conservar el respeto de la parte contraria, lo que revalorizaba la grandeza de los combatientes enfrentados. Los hombres se hacían la guerra por razones existenciales, y no ideológicas. La conquista de un territorio justificaba expediciones guerreras y la noción de honor o deshonor determinaba el valor de cada individuo. ¿Qué significaba un derecho moral desconocido ante el sentido del honor que guiaba cada acción, la fuerza y la agilidad físicas, la ingeniosidad intelectual, y sobre todo ante la necesidad de sobrevivir?

Cuando se examina con una visión crítica el desarrollo y la conclusión de la guerra en 1945, se constata la culminación de un largo proceso iniciado con la aparición de las religiones bíblicas, a saber que la moral y la noción de pecado han reemplazado al sentido del honor y la política. El adversario digno de respeto se ha transformado en un enemigo absoluto portador de todos los vicios que se oponen a la «civilización», y que debe ser, cueste lo que cueste, convertido o eliminado. Después de las guerras de religión, la caza de herejes y de brujas, aparecieron las guerras imperialistas, de colonización de los misioneros religiosos. Ahora, una guerra *planetaria*, oponía no sólo a los pueblos, sino a varias concepciones del mundo; unas fundadas en los derechos y la igualdad de todos los hombres, el individualismo universalista y nómada, y otras en la mística de la raza, la valoración de la actitud heroica superando las divisiones del tiempo, y el valor comunitario. Considerando que hay leyes que son superiores a las de los Estados, la noción de crimen, antaño exclusivamente individual, fue ampliada a «crímenes contra la humanidad» y aplicada a un sistema, a una ideología e incluso a una nación entera. La legalidad y la especificidad de las acciones estatales propias de un sistema fueron suplantadas por la legalidad de un derecho universal humanista. Por primera vez en la Historia, ese derecho moral particular directamente emanado del espíritu de la Revolución francesa permitía a hombres que representaban a naciones que habían cometido los crímenes de Hiroshima, Dresde y Katyn, juzgar a un sistema político que rechazaba el molde nivelador de un orden mundialista. El principio del castigo alcanzaba así su punto culminante. El americano Nathan Kaufmann, en su folleto *Alemania debe perecer* publicado en 1941, traducía cínicamente este estado de hecho: «La guerra actual no es una guerra contra Adolf Hitler. Tampoco es una guerra contra los nazis. Es una guerra de unos pueblos contra otros pueblos, de pueblos civilizados, portadores de la luz, contra bárbaros incivilizados que aman las tinieblas». Esta planetarización de la moral no podía dejar de anunciar otras guerras en contra de eventuales atentados contra el «derecho internacional» que, bajo el manto de la justicia, imponen a los pueblos y a los Estados un modelo moral unilateral.

La culminación del proceso no permitía ninguna duda. El totalitarismo de esa guerra no podía más que destruir despiadadamente a los vencidos. La culpabilidad de una ideología, el nacional-socialismo, y de sus defensores, modernos diablos, fue reco-

nocida. Un «pueblo elegido» se encontraba naturalmente enfrentado a un «pueblo desposeído», eternamente maldito. La SS se encontraba en la primera línea de los ataques, también en este contexto. Estaba sentada a la cabeza del banquillo de los acusados, representada por un cierto número de generales y de oficiales superiores, ya que sus jefes, Hitler y Himmler, habían preferido continuar siendo dueños de sus destinos, suicidándose. ¿Qué se les reprochaba? Haber sido el instrumento político implacable del nacional-socialismo en la realización de sus objetivos.

Desde 1947, los medios de comunicación y la prensa sensacionalista han tomado el relevo del tribunal internacional, pero a un nivel más amplio. Una masa incalculable de escritos ha aparecido sobre el tema del nacional-socialismo, de la SS, de los campos de concentración, demostrando así que «lo prohibido y lo inconfesable» ejercen siempre una fascinación sobre un público, por bien pensante que sea. La producción de películas «fascistoides» como *Rambo*, *Conan el Bárbaro* o *Mad Max* son ejemplos elocuentes de ello. Los estudios y trabajos científicos de historiadores «reputados» permanecen, sin embargo, mudos ante más de una pregunta que se plantean los espíritus críticos.

La literatura francesa se complace en presentar al SS como el hombre de la fusta tan hiriente como sus palabras, escuchando piadosamente a Beethoven y haciendo exterminar a millones de seres sin derramar una lágrima. Tal imagen estereotipada y uniforme del guardián de campo, cruel y estúpido, parece profundamente restrictiva ante la realidad de los investigadores científicos, de los artistas, de los escritores o de los soldados, cada uno de los cuales encarnó uno de los múltiples rostros de la SS. ¿Son ellos mismos comparables, cuando se conocen las oposiciones que pudieron nacer en el seno de la Orden, a pesar de la voluntad de centralización ideológica? Es evidente que ninguna sociedad es inmune a la presencia en su seno de individuos dudosos o criminales. El carácter humano acarrea siempre debilidades difícilmente superables que se manifiestan a veces. ¿Puede concebirse, por otra parte, que sería justo practicar una sistematización de tal fenómeno simplemente porque se trata de enemigos, o supuestos tales, ya sean literatos, científicos o artistas? ¿Cómo fue posible que millones de hombres, en su mayor parte europeos, pudieran comprometer hasta su propia vida por un sistema que supuestamente negaba toda dignidad humana? Un examen atento de los hechos puede proporcionarnos la respuesta.

Todos los que estudian los trágicos acontecimientos de la II Guerra Mundial se preguntarán cuáles fueron las motivaciones de esos hombres, de los que tan poco se habla en los libros de Historia. Nosotros, franceses, podemos preguntárnoslo en tanto en cuanto 40.000 franceses tomaron parte en los combates con un uniforme convertido en europeo y que, entre ellos, por lo menos 10.000 llegaron a ser «soldados políticos» de la SS. El nacional-socialismo pertenece a la historia. Nació y murió con Adolf Hitler. Muchas personas que no conocieron esa época se preguntarán ahora quiénes fueron esos hombres que se fueron tan lejos a encontrar la muerte en una tierra extranjera. Dejemos a un lado la pasión sectaria que no puede más que deformar, en uno u otro sentido, su historia. Después de la cicatrización de heridas evidentes, ya va siendo ahora de desdramatizar las pasiones, de analizar los acontecimientos históricos y políticos con la misma serenidad con la que se tratan las guerras de religión, las Cruzadas o el pensamiento de Platón. Sería una cruel ironía del destino parecerse a los que se condena por la utilización de la censura y de la represión intelectual. El objeto de este libro es, pues, permitir al lector comprender lo que pudo motivar a individuos a los que aparentemente nada predisponía a comprometerse con el bando nacional-socialista.

Estudiar las ideas políticas de la SS es una vasta empresa, sorprendente y desconcertante. Hablar de la SS es, ante todo, estudiar sus «ideas políticas», lo que, ciertamente, sorprenderá a quienes no concebían la SS más que como un órgano represivo de carácter policíaco. Se trata, más exactamente, de hablar de su «concepción del mundo», de su historia, de sus objetivos, de sus aspiraciones, pero también de sus errores y de sus divergencias internas. La dialéctica nacional-socialista será descifrada, permitiendo comprender mejor el sentido de términos a menudo impropiamente utilizados en nuestros días.

Como expone el primer capítulo sobre *La Orden SS, historia y principios*, la SS tiene su origen en la guardia personal de Adolf Hitler, encargada de su seguridad. Com-

puesta de hombres cuidadosamente seleccionados, totalmente convencidos ideológicamente, iba a alcanzar su desarrollo con la llegada de Heinrich Himmler. En efecto, hasta 1929, fecha de su nombramiento, la SS no representaba más que una súper SA, obediente, desprovista de toda iniciativa ideológica, un órgano ejecutivo puro, pero ya decidido por la idea elitista. Trabajando pacientemente en la sombra, Himmler supo ganarse la confianza de Hitler y hacer triunfar sus ideas de una nueva SS como orden ideológico-combatiente, fundamento de una sociedad futura. No era, pues, un simple organismo de seguridad; devenía el instrumento activo y principal del nacional-socialismo, que debía asumir la protección del Reich pero, sobre todo, engendrar la futura élite de Europa e instruir al pueblo en el espíritu nacional-socialista. Fue también un campo de experimentación extraordinaria, un «laboratorio de ideas» que hacía florecer los más diversos talentos, incentivando la innovación permanente sin apartarse nunca de un sistema de valores tradicional. Desde la guardia de Hitler, la SS había vivido un nuevo nacimiento como guardia y punta de lanza del movimiento nacional-socialista. A partir de entonces, se comprometía totalmente con una idea, hasta llegar a ser incluso un movimiento de vanguardia.

La notable rapidez de su desarrollo a partir de cierta época demuestra el nuevo destino asumido por la SS. Limitándose al número de 200 a 300 hombres repartidos por decenas por toda Alemania desde su creación en 1923, iba a pasar rápidamente a 1.000 en 1929, 14.964 en 1931, para estabilizarse entre 209.000 en 1933 y 238.159 en 1938, y alcanzar cerca de un millón de hombres en 1945. Pero este rápido crecimiento no debe engañarnos. La SS representaba una organización selectiva fundada, contrariamente a la SA y al Partido, en un reclutamiento *estrictamente voluntario*. Al no obligar a nadie, la selección fue siempre muy severa, de lo que dio testimonio Himmler en un discurso de 1937, explicando que entre 1933 y 1935 había excluido a 60.000 SS que *no eran absolutamente entusiastas ni idealistas*, mientras que las otras organizaciones del Partido se abrían ampliamente en sus bases.

Este crecimiento súbito, pero controlado, de la SS se correspondía con la ampliación de sus tareas debida a su nueva gestión y también a las nuevas perspectivas ofrecidas por la toma del poder del nacional-socialismo en Alemania. Iba a dividirse en tres grandes ramas: la Allgemeine SS (SS general, o civil, de la que emanaron las otras dos ramas), las SS Totenkopfverbände (unidades de la calavera, que se ocupaban de la administración de los campos de concentración y de ciertas misiones policiales) y las SS-Verfügungstruppe (tropas SS disponibles, o paramilitares, que más tarde originarían la Waffen-SS). Si la Wehrmacht velaba por la seguridad externa del país, la SS tenía por misión la seguridad interna de la nación mediante el control policial de los «enemigos del interior», como se les llamaba, y sobre todo la propagación de la concepción nacional-socialista del mundo.

A los SS se les instruía, pues, en ese sentido, lo que les confería el estatuto de cuadros y les incitaba a alcanzar los mejores resultados en todos los terrenos, tanto civiles como militares, intelectuales o deportivos. Debían encarnar y enseñar una fe y una visión del mundo revolucionarias y tradicionales. Sin embargo, en la óptica de la SS, los caracteres revolucionario y tradicional no son contradictorios. El primero representa, en efecto, un ataque directo contra el sistema judeocristiano social y moral establecido, y el segundo preconiza el apego a los valores tradicionales inmutables que proceden de la esencia racial del pueblo. Por el alistamiento voluntario en sus rangos apelaba al espíritu militante y al sentido de la responsabilidad y de la fidelidad, indisociables de la condición de hombre libre. La SS adquiría también el carácter de una sociedad dentro de la sociedad por las reglas internas particulares y la ética que se había dado a sí misma. Realizaba ya en su seno lo que debía devenir el porvenir de Europa, y luego del mundo, en la óptica de los nacional-socialistas.

Se concibe perfectamente que del cumplimiento de tales objetivos derivaba la necesidad de crear unos servicios adaptados a ese fin. En 1929 se creó, pues, la primera oficina SS, el servicio de dirección central; luego, en 1931, el Rasse und Siedlugsamt (oficina para la raza y la población), dirigido por Walther Darré, y el Sicherheitsamt, el servicio de seguridad que se ocupaba de la vigilancia policial y política interna, dirigido por Reinhard Heydrich, que llegaron a ser oficinas superiores (Hauptamt) en enero de 1935 en el marco de una reorganización general. En el libro sobre la organización del

NSDAP de 1938 se definían así las tareas del RuSHA: «Procura a la SS, comunidad de clanes escogidos según criterios raciales nórdicos, los instrumentos que le permiten concretizar el ideal de la Sangre y del Suelo por medio de una conducta característica». Se componía de diversos departamentos:

I. Ordnungs- und Verwaltungsamt (Departamento administrativo y de organización): Crea las bases de la organización, de personal y de materiales, con el objeto de facilitar el trabajo de los otros departamentos.

II. Rasseamt (Departamento racial): La misión de este departamento consiste en demostrar y explotar la idea de que sólo la sangre determina la historia, la civilización, el derecho y la economía.

III. Schulungsamt (Departamento educativo): El objetivo del departamento educativo es instruir ideológicamente a los SS. Se trata de inducir a cada SS a tener un punto de vista absoluto de la concepción nacional-socialista del mundo y crear así un bloque ideológico sólido en el seno del pueblo.

IV. Sippenamt (Departamento de los clanes): Le incumbe la tarea de examinar la herencia y el origen de los SS que son ya miembros de la organización, ya sean suboficiales u oficiales, así como de los nuevos miembros.

V. Siedlungsamt (Departamento de Población): Realiza la idea de la Sangre y el Suelo por la sedentarización de las familias SS en el marco de la política de recreación del campesinado alemán y del re-arraigo de los hogares».

El SS-Hauptamt, como centro de decisión superior del Reichsführer SS, tenía la misión de formar, instruir y enrolar para sus tareas respectivas a las tres partes de la Tropa de Protección: la Allgemeine SS, las SS-Verfügungstruppen y las SS-Tottenkopfverbände. A partir de 1940 fue dirigida por Gottlob Berger, el artífice de la Waffen-SS europea.

Comprendía los siguientes departamentos:

I. Führungsamt (Departamento director): El departamento director trabaja en el conjunto de los asuntos que afectan a la formación y a la organización de las tres ramas SS.

II. Personalamt (Departamento de personal): Forma parte de la «cancillería del personal», habilitada para estudiar el conjunto de los asuntos del personal, particularmente de los oficiales SS y de los suboficiales a cargo de centros oficiales.

Este terreno comprende además las convocatorias a los cursos de aspirantes a oficiales y el encuadramiento de los oficiales cadetes procedentes de las escuelas SS de Junker.

III. Verwaltungsamt (Departamento administrativo): Se ocupa de todas las cuestiones administrativas y presupuestarias de los tres departamentos superiores.

En su calidad de único mandatario del Reichsführer SS, dirige también las relaciones con los otros servicios exteriores a las SS.

El jefe del departamento administrativo es el único autorizado para tratar con el Tesorero del Reich de todo lo que concierne a la SS.

Se creó una institución para reforzar los medios que permitieran la edificación y el funcionamiento del servicio de la SS en el seno del departamento administrativo. Los arios no pertenecientes a la SS se convierten en *«miembros benefactores»* si se comprometen a pagar regular y voluntariamente una suma mensual por ellos mismos fijada.

IV. Sanitätsamt (Departamento sanitario): el jefe del departamento sanitario se ocupa de todos los aspectos referentes al carácter sanitario de la SS. Es también responsable ante el Reichsführer SS de las tareas sanitarias de la SS por su calificación de «médico de la SS».

V. Ergänzungsamt (Departamento de Reclutamiento): se ocupa de todas las nuevas admisiones de suboficiales y de hombres de tropa, así como de las readmisiones, las suspensiones, los despidos, las mutaciones, los traslados y las dimisiones. Además, se ocupa del establecimiento de las fichas del estado civil de todos los miembros SS y del cálculo y la evaluación de todas las fuerzas de la SS.

VI. Amt für Sicherungsaufgaben (Departamento para las tareas de seguridad): trata de todas las medidas referentes a la actividad de la SS en ocasión de las manifestaciones del NSDAP. Colabora igualmente con el Ministerio del Interior en todas las cuestiones del Servicio Militar de los miembros de la SS.

VII. Beschaffingsamt (Departamento de aprovisionamientos): el campo de acción del departamento de aprovisionamientos comprende el suministro del equipamiento de toda la SS.

VIII. Amt für Leibesübungen (Departamento de ejercicios deportivos): que prepara y aplica todas las medidas de la actividad deportiva de la SS en el conjunto de los deportes y supervisa la formación deportiva de los SS.

IX. Amt für Nachrichtenverbindungen (Departamento para las comunicaciones de información): se ocupa de todos los asuntos concernientes a todas las noticias de la SS.

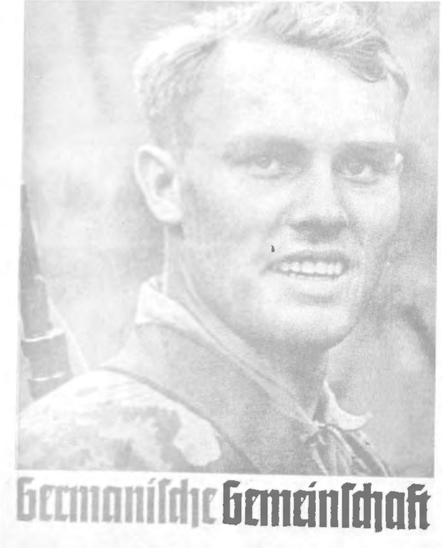


Diferentes portadas de revistas de la SS

X. Versorgungs- und Fürsorgeamt SS (Departamento de abastecimientos y de beneficencia): se ocupa de todas las cuestiones de beneficencia de la SS, en estrecha colaboración con los servicios nacionales y comunales competentes (departamentos de trabajo, etc.) así como de todas las cuestiones referentes a donaciones particulares».

(Sólo damos aquí la lista de los departamentos de las dos oficinas más importantes, las que se ocupan de la instrucción y la selección racial. El estudio de las otras oficinas se hará ulteriormente en otra obra que versará más específicamente sobre la historia y la evolución de la SS).

Es pues al Schulungsamt a quien correspondía el trabajo educativo de la tropa efectuado por jefes instructores. Éstos eran responsables de la dirección de la instrucción llevada a cabo bajo la forma de conferencias ocasionales por el cuerpo de oficiales y también de educación regular referente a los principios básicos para la tropa. Desde 1934, comenzaron a desarrollar su trabajo que, además, englobaba todo lo que permitía



Portada de la revista SS.
Simplicidad de imágenes.

ejercer una influencia ideológica indirecta, como la organización de las bibliotecas de la tropa, el suministro de diarios y revistas, la concepción de las fiestas y las ceremonias internas de la tropa, así como otras formas de celebraciones culturales y de asistencia al soldado. Participaban igualmente en el examen que decidía sobre la admisión definitiva del candidato SS en la orden. Antes de 1937, la instrucción no conllevaba ninguna característica militar, que era competencia de los comandantes y oficiales de las unidades, etc. La dirección de las unidades estaba, pues, repartida: militarmente, dependía de los comandantes e ideológicamente de los jefes de instrucción.

Tal dualismo desmentía naturalmente los principios tradicionales de la autoridad militar, al ser los jefes de las tropas responsables a la vez del espíritu y de la actitud de los soldados y de su cualificación militar. El contraste es tanto más sorprendente si se tiene en cuenta que los jefes instructores concebían su tarea como un trabajo de formación ideológica. A título de ejemplo, el jefe instructor de la Leibstandarte Adolf Hitler estipulaba en 1937, en un memorándum, que las tareas y las competencias de su corporación debían orientarse hacia el ejemplo del comisario político del Ejército Rojo. El carácter sintomático de tal actitud patentiza toda la divergencia que podía existir entre la ideología SS y el espíritu conservador de los militares de la Wehrmacht. Sin embargo, ese aparente dualismo de la educación no era en absoluto una consecuencia de los principios de la ideología SS. Éstos incitaban más bien a la fusión de los poderes militares y políticos, lo que, por otra parte, no fue bien acogido por los mandos superiores de la Waffen SS. Puede pues suponerse que esto derivaba de las necesidades ideológicas inmediatas. Los miembros de las unidades militares SS habían, en su mayor parte, recibido ya la antigua formación militar que omitía o negligía la instrucción política. La dirección de la SS deseaba, pues, confiar el papel de la instrucción a un círculo de hombres particularmente elegidos que garantizaran la fiel orientación de las jóvenes unidades SS.

Desde finales de 1937 este principio de reparto de las responsabilidades educativas desapareció progresivamente sin hacer, no obstante, la menor concesión al nivel ideológico o sin adaptarse a los usos en vigor en la Wehrmacht. La instrucción ideológica fue poco a poco delegada en los jefes de compañía y también -con reservas- a los comandantes de batallón. Los jefes instructores rebautizados como «jefes de educación ideológica» (Weltanschauliche Erziehung) (WE) desarrollaban su trabajo a un nivel elevado del regimiento pero se limitaban a aliviar a los jefes de compañía de una parte de la educación ideológica. Esta redistribución de funciones continuó hasta el final de la guerra. Hay que tener en cuenta igualmente que a esos jefes WE se les encomendaron nuevas funciones, especialmente la asistencia a las familias, el cuidado de las tumbas y sobre todo el apoyo a los voluntarios germánicos de la SS. Las razones de esta desaparición progresiva de la separación de las competencias militares e ideológicas fueron motivadas por consideraciones prácticas. El creciente número de tareas que la SS retiraba de las necesidades estatales e ideológicas amenazaba, a fin de cuentas, la misma unidad de la Orden. La dirección de la SS debía, necesariamente, cerrar las brechas que se creaban entre la Allgemeine SS, la policía, las Tottenkopfverbände (TV) y las Verfügungstruppen (VT). Himmler indicaba igualmente que «el peligro manifiesto consiste en el hecho de que el comandante y el jefe de tropa delegan en otro la parte más importante de sus funciones, es decir, educar ellos mismos a sus hombres, porque no tienen ningún interés en ello. Así se crea el riesgo de producirse un cierto conflicto de mando». La militarización de las unidades de la calavera así como de la Allgemeine, y la politización de la rama militar de la SS, prevenía ese peligro. El principio director del «soldado político» conllevaba en sí mismo esa fusión. En ese espíritu, un verdadero SS no podía ser un oficial de tropa más que si era, también, el instructor ideológico de sus hombres. Más adelante veremos hasta qué punto este principio fue de difícil aplicación.

El estudio del trabajo ideológico realizado ya mucho antes de la guerra revela que siguió diferentes etapas en su concepción y su organización. Según las manifestaciones del primer jefe del Schulungsamt Cäsar (de quien encontraremos artículos en este libro, y que fue substituido en 1942 por Ludwig Eckstein, igualmente representado por sus artículos) en el transcurso de una reunión de los Gruppenführer SS en 1939, la primera fase educativa trataba de las cuestiones esenciales de la política racial de las SS. No

obstante, se pudo constatar un cierto cansancio de los hombres en lo referente a la «política natalista», las «cuestiones de salud hereditaria», la «raciología» y la «elección matrimonial». La educación se amplió pues en una segunda fase al estudio de los «fundamentos de la visión del mundo nacional-socialista». En la tercera fase, cuando «ese programa... ya no estuvo conforme con las exigencias», se «estudiaron cada vez más los temas históricos de los que deriva la posición del nacional-socialismo con respecto a todas las cuestiones de la vida política». El Standartenführer Julius Cäsar resumió perfectamente bien la evolución de la educación impartida a la SS. La reorganización de la instrucción demuestra incluso la ampliación y la modificación de las tareas de la SS, aún más vastas de lo que sus declaraciones parecen anunciar. Desde marzo de 1938, el Reichsführer le había comisionado para establecer «un plan que englobara múltiples materias, valedero para todas las épocas e incluso para los siglos venideros, y que comprendería en una sucesión lógica el nacimiento del mundo así como los campos de la ciencia y de la astronomía, de la biología, de la doctrina del «hielo mundial» de Hörbiger. Incluiría, además, el nacimiento de nuestros planetas, de la Tierra y de los campos de la geología, de la mineralogía, de la botánica, de la zoología y cualquier otra ciencia conexa. Serían igualmente estudiados el origen del hombre, el maravilloso arte con que Dios lo organizó y lo creó, así como todas las ramas del saber relacionadas con el hombre, tanto si se trataba del milagro del nacimiento de una nueva vida o la lingüística, la anatomía o el conocimiento de la complejidad del cerebro, así como la raciología... Al final de cada año deberá hacerse una recapitulación general en ocasión de una exposición global. Los SS de hoy, en 1938, igual que los del año 2000 y mucho más tarde -así lo espero- estarán familiarizados con la historia de nuestro pueblo, de todos los arios, de la Tierra -su grandeza y su belleza- así como de la del mundo entero y tendrán plena conciencia de la grandeza y el poder infinito de Dios». Estas consideraciones de Himmler no son inocentes. Ilustran perfectamente la evolución progresiva y organizada de la instrucción llevada a cabo en la SS, así como la extensión del papel atribuido a los SS.

Por órdenes de Himmler, el Schulungsamt puso en marcha a todo un conjunto de medios y herramientas para esa tarea. El instrumento educativo esencial se encuentra en los «SS Leihefte», editados desde 1935. Estos «cuadernos orientativos» vehiculaban el conjunto ideológico destinado a la SS en forma de artículos cortos (de 2 a 4 páginas de promedio) de aforismos y de poemas extraídos de obras de grandes hombres. Se acentuaba igualmente el aspecto ilustrativo, considerando que una foto es más elocuente que mil palabras y posee sello de autenticidad que no puede ser modificado arbitrariamente. Estas revistas de información respondían a una búsqueda de calidad tanto a nivel ideológico como iconográfico y no incluyeron, ni siquiera durante la guerra, caricaturas o fotografías de *pin-ups*, que se consideraba presentaban una imagen degradante del ser humano. Se dividían, en una primera fase en dos partes: «La primera parte contiene el tema enseñado según la orden del Reichsführer SS y que está destinada a la instrucción mensual (cuatro fragmentos extraídos del *Mein Kampf*, cuatro relatos, cuatro ejemplos emanados del trabajo de la oficina genealógica). Además, contiene los principios para el nombramiento de las unidades. La editorial de esta parte, en la que se explica por qué y cómo debe hacerse la instrucción sobre el tema del mes, está únicamente destinada a los oficiales SS, a los jefes instructores y, en general, no debe enseñarse a la tropa.

«La segunda parte («para la formación personal de los oficiales SS y de los jefes instructores») no está destinada a ser enseñada. Debe permitir a los oficiales SS y a los jefes instructores ampliar sus conocimientos. Pueden explotar el tema según su criterio. *Sería un error fundamental estudiar los diferentes artículos, unos tras otros, ante la tropa.* Esto provocaría una fatiga y una sobrecarga intelectual nociva para los hombres. La segunda parte debe servir, además, de materia complementaria para la instrucción de los SS-VT, etc.» (Extraído de un cuaderno orientativo de marzo de 1936).

En un número de octubre de 1937, puede leerse la siguiente indicación, reveladora de las modificaciones establecidas: «La mención «¡Difusión y reproducción prohibidas! Exclusivamente reservado al servicio» queda suprimida para el futuro: en su lugar se encuentra la mención: «¡Sólo se permite el préstamo a otras personas! Reproducción autorizada únicamente con el acuerdo del editor».

«El objetivo del nuevo reglamento es ante todo hacer que los cuadernos orientativos sean accesibles a todos los SS y a los miembros de sus familias. Los oficiales de las unida-

des encuentran así una ayuda esencial en su trabajo educativo.

«El marco del cuaderno orientativo queda igualmente ampliado. Este objetivo será mantenido en el futuro. Pero la tarea de los cuadernos orientativos se amplía por el hecho de que deben tratar igualmente de la *instrucción global* del SS.

«Así, en una nueva parte «Nosotros y el servicio», se aportan instrucciones y sugerencias prácticas para la formación militar (interna y externa), la formación deportiva, ecuestre y técnica, y para la conducta del SS en la vida cotidiana.

«Otra parte mostrará el efecto de nuestra concepción del mundo en todos los campos de la vida (la familia, la moral, la educación, la cultura, la economía, la política, el deporte, etc). Mediante presentaciones constantes se indica cuál es el último objetivo que debe alcanzar nuestra revolución: la creación de un Hombre Nuevo que concretiza de nuevo una unidad del espíritu-cuerpo-alma, de la sangre-espíritu-voluntad-acción.

«Otra sección debe constantemente despertar y desarrollar el valor del carácter del combatiente nacional-socialista.

«Para avivar el instinto político del SS y llamar su atención sobre los acontecimientos políticos importantes, en el futuro se tratará de manera continua de la *situación política*.

«Las ideas directrices para las llamadas a la tropa serán suprimidas de ahora en adelante. Por lo demás, los principios que rigen las dos grandes partes esenciales se conservan, es decir, los cuatro artículos que tratan de los diversos temas».

Los cuadernos de la SS fueron objeto de preocupación constante por parte de los responsables del Schlungsamt. Y aún lo fueron más cuando ese servicio pasó, en 1938, del RuSHA al SS Hauptamt, lo que daba fe igualmente de la reorganización de las estructuras de la SS. ¿Fue a causa de los conflictos existentes entre Heinrich Himmler y Walther Darré, provocados por la falta de realismo y de espíritu práctico de este último? En todo caso, ahora la oficina educativa se hallaba bajo la jurisdicción del SS-Hauptamt, servicio que pertenecía a la esfera ejecutiva directa de Himmler. Los borradores de los cuadernos le eran pues presentados regularmente, y él mismo los corregía con la mayor atención. Incluso en los últimos instantes de la guerra, Himmler concedió siempre una importancia fundamental a la formación ideológica. Ya en 1937 había mandado una circular a todos los jefes instructores oficiales SS precisando que debían «atenerse estrictamente a las fuentes indicadas en las Leithefte». En su discurso a los jefes de propaganda, pronunciado el 28 de enero de 1944 definía el objetivo de las SS-Leifhefte: «Cada capítulo debe poner en evidencia las nociones del combate perpetuo en esta Tierra, de la tenacidad, que tan sólo el fuerte sobrevive a fin de cuentas en la lucha, tanto si se trata de plantas, como de animales, de pequeños seres vivos o de hombres. Nunca hay paz; sólo combate». En junio de 1944 precisaba en otro discurso que los cuadernos de la SS aún no se correspondían totalmente a sus deseos, pero que irían mejorando con el tiempo.

Todo SS que tuviera facultades de escritor apoyadas en sólidos conocimientos en temas diversos era igualmente invitado a participar en la redacción de los cuadernos directores, tal como se indica en el artículo fechado en 1938 «¿Cuál de vosotros escribe bien?»: «El Reichsführer SS concede la mayor importancia a que los camaradas de tropa colaboren en las SS-Leithefte, sobre todo los que puedan escribir de manera que puedan ser comprendidos por todo SS.

«El hombre de tropa que sigue los cursillos ideológicos vespertinos después de su actividad profesional no está dispuesto a leer artículos de fondo y tratados complicados que sean difícilmente comprensibles. Desea historias y descripciones que impresionen a su sensibilidad. Artículos, relatos, historias cortas y debates de este género sobre diferentes aspectos de la vida es lo que interesa para los cuadernos de la SS. Pero lo esencial es que, por su contenido y su forma, tales artículos puedan aportar al SS unos conocimientos y una enseñanza importantes para el presente.

«A título de ejemplo, en los relatos de la historia alemana, no se trata de describir un acontecimiento cualquiera. Los hombres deben *aprender la historia alemana* y extraer sus consecuencias para el presente combate gracias a las descripciones que les muestren los caracteres típicamente alemanes que se manifiestan a través de sus virtudes y sus debilidades. Es esencial repetir constantemente a los hombres: *¡Contempla el pasado de nuestro pueblo! Los alemanes han cometido siempre muchos errores y han debido*

pagarlos muy caros. Deberemos, pues, evitarlos en el futuro. E igualmente: *Los alemanes han desarrollado las cualidades y las fuerzas presentes en nuestro pueblo. Vosotros debéis mantenerlas a fin de estar preparados para el combate por la preservación del carácter alemán y su derecho a la vida que cada generación deberá nuevamente asumir.* Es también necesario despertar en los hombres su orgullo nacional con ejemplos heroicos sacados de la historia alemana.

«Los estudios y los debates de naturaleza científica deben ser redactados de manera simple a fin de que todos los comprendan. Su objeto es dar al SS una noción del orden divino del mundo.

«Los relatos que describan la acción perniciosa de los adversarios de nuestra concepción del mundo deben mostrar y dar a conocer claramente su táctica tal como se aplica en la práctica, precisamente porque debe ser materia de instrucción.

«Las historias características que traten de temas de la sangre deben mostrar al SS los peligros del mestizaje y educarle a fin de que se una a una compañera del mismo valor. Y ellas deben despertar en él el gusto y el amor por la genealogía...».

En la práctica los cuadernos de las SS se enviaban a los oficiales y a los jefes de instrucción, que los utilizaban en sus «Sturmabende» o «veladas de la tropa» educativas, que tenían lugar dos veces por semana, por la noche, después de las actividades profesionales. Estos cursillos se desarrollaban en el transcurso de diez meses, con un mes libre y dos semanas consagradas a las diversas fiestas. En esas veladas se llevaba a cabo la educación ideológica de los SS, que debía cumplir dos finalidades esenciales: permitir al SS *dominar el conocimiento* de ciertos hechos básicos, y enseñarle a adquirir un *proceso de reflexión independiente* con relación a los acontecimientos externos que tenían sus raíces en la concepción del mundo. Esta educación presentaba dos aspectos:

1. Una *educación básica* que aportaba nociones familiares al SS que ya llevaba un largo tiempo de servicio y que no estaban contenidas en los cuadernos SS.
2. Una *educación complementaria* que servía para ampliar la visión ideológica profundizando en los campos cósmicos, biológicos y políticos ya tratados, y que los cuadernos SS presentaban bajo forma de relatos, dirigiéndose no sólo a la inteligencia de los hombres sino también a su facultad afectiva.

Los dos tipos de educación debían interpenetrarse para un mejor rendimiento. La educación básica tenía una función extremadamente pedagógica, sirviendo en especial para formación previa del postulante SS, llevada a cabo de una manera estricta, e incluso militar. La educación complementaria se realizaba bajo la forma de una exposición hecha por el instructor, con una participación mutua de los hombres, bajo la cómoda forma de un juego de preguntas y respuestas. Los hombres de tropa y los oficiales se reunían por la noche en la sala de la tropa para estudiar y debatir diferentes temas propuestos en la velada precedente. Cada reunión se regía por una idea directriz nombrada «llamada de la tropa» y resumida en una frase, como, por ejemplo: «¡Sé enemigo de los chismes! ¡No hables... actúa!», «La muerte por la patria se merece una veneración eterna», «El prestigio de los actos de los muertos sobrevive eternamente». La participación en las veladas de la tropa se basaba en el voluntariado. Cada unidad estaba de este modo casi enteramente representada y sólo se excusaban los casos graves, como los casos de enfermedad o los fallecimientos de familiares. Virtudes como el sentido del honor, la bravura y el coraje viril eran muy particularmente ensalzadas. Se enseñaba también a los jóvenes SS a cultivar la camaradería, a evitar las querellas y a esforzarse en convencer siempre mediante una discusión franca. Las luchas y las oposiciones habían causado siempre la desgracia de Europa, terminando a menudo en verdaderas guerras fratricidas. La instrucción SS debía esforzarse en terminar con ello. A título de ejemplo pueden citarse los planes del desarrollo de una velada de la tropa y de la educación básica para los meses de noviembre, diciembre, enero, febrero y marzo de 1938.

Curso normal de la educación nocturna:

1. Canto.
2. Educación de base: cursos y ejercicios (una media hora).

3. Pausa (diez minutos).

4. Palabras de Adolf Hitler.

5. Educación complementaria según los cuadernos SS (tres cuartos de hora - una hora).

6. Nuevos cantos.

Plan de trabajo para 1938/39:

A. Noviembre: El programa del NSDAP y su aplicación (ciudadanía, trabajo, moral, economía, juventud, autoridad).

B. Diciembre: Las costumbres durante el año (fiestas SS: concesión del nombre de pila, matrimonio, nacimiento, entierro; la fiesta de la Navidad y su realización; el significado: de los juegos de verano, de los solsticios, del fuego, del candelabro de Jul).

C. Enero: La idea de la sangre (las razas en Alemania, la ley sobre la protección de la sangre, los alemanes residentes en el extranjero).

D. Febrero: Los enemigos internacionales (el judaísmo, la prensa, la franc-masonería, el bolchevismo, el cristianismo y las Iglesias políticas).

E. Marzo: Las leyes SS y los principios de selección SS (principios de selección de la SS, leyes SS relativas a la comunidad de clanes de la SS, ley sobre el matrimonio, Lebensborn, viudas y huérfanos, leyes relativas a las reglas de combate, ley del honor, carácter sagrado de la propiedad, ahorro).

Al no poder ser los cursos de una eficacia absoluta por sí mismos, hallaban su continuación lógica en las «veladas de camaradería», en las que podían tomar parte las esposas de los SS, los miembros de sus familias, sus amigos y los jóvenes de la Hitlerjugend o de las BDM. La instrucción ampliaba su campo de acción a la familia y a los círculos de amigos y allegados. Estas veladas tenían lugar una vez al mes. La educación ideológica podía, así, llevarse a cabo por medio de debates, de conversaciones informales que favorecían la reflexión. Cada instante del servicio, permisos, pausas en las marchas o en los ejercicios, turnos de guardia o tiempos libres, eran propicios a esa educación. Fue perdiendo poco a poco su carácter oficial, lo que era promocionado por los jefes de tropa, que incitaban a sus oficiales a propiciar el diálogo personal y, por consiguiente, una relación humana más enriquecedora que los relatos y las lecciones. Podían igualmente elegir aspectos del servicio o de la vida privada de sus subordinados como punto de partida de una acción educativa. De esta manera, la influencia ideológica tomaba una dimensión global, afectando a los SS no sólo políticamente, sino también a nivel de carácter y de su actitud afectiva y espiritual.

No obstante, la entrada en guerra conllevó modificaciones sensibles. Las condiciones bélicas dificultaron la continuidad de la organización de aquellas veladas de la tropa. Se dio carta blanca a los jefes de unidades para instruir ideológicamente a sus hombres. La ideología pasó pronto a segundo plano con relación a las cuestiones militares. En cambio, la ampliación de la participación en la lucha a los grupos extranjeros, especialmente germánicos, permitió la creación de nuevos cuadernos de la SS, los «Germanische Leithefte» que, al final de la guerra, contaban con ediciones en siete lenguas diferentes, domiciliadas concretamente en La Haya (Holanda), Amberes (Flandes), Bruselas (Valonia), Copenhague (Dinamarca), Berlin (Alemania), Oslo (Noruega), Reval (Estonia) y París (Francia). Había también ediciones especiales, y concretamente la revista «Vormingsbladen», para los holandeses, y diversos semanarios como «De SS Man», «Storm SS», «Asalto», «SS Germaneren», «Avanguardia», etc. El principio educativo se había enriquecido considerablemente: Superando la dimensión puramente alemana, se llamaba la atención de los voluntarios sobre el sentido del combate a librar en pro de una Europa unida, por la cultura europea y sobre su carácter de «soldado político» que debía proclamar su concepción del mundo en el seno de su pueblo.

La evolución del número de los cuadernos publicados por la SS muestra también la nueva orientación tomada por la dirección: Abril de 1937: SS-VT = 51, SS-TV = 165. Enero de 1939: SS-VT = 1452, SS-TV = 1719. Abril de 1943: Waffen SS = 400.000. Desde el principio de la guerra, los cuadernos serían ampliamente difundidos entre los hombres de tropa y se adoptó una nueva fórmula de presentación. Desde entonces, una idea

directriz mensual orientaba su contenido, tal como: la fidelidad, el Orden, la camaradería, el respeto, el riesgo y la responsabilidad, etc. La división en dos partes, los artículos extraídos de la obra del Sippenamt, los estudios del *Mein Kampf* fueron suprimidos. Se dio prioridad a artículos generales de historia, a testimonios de soldados del frente, a historias instructivas redactadas de una forma divertida, a estudios de la vida de la naturaleza, etc. De tal modo, el cuaderno tomaba la dimensión de un compañero de guerra del soldado, aportándole el consuelo de la patria y apoyándole en su combate político. Es interesante constatar que, a pesar de las terribles condiciones de la guerra, la dirección de la SS se empeñaba en abrir el espíritu de los combatientes SS a las bellezas naturales, a estimular su sentido de la reflexión y a reconfortar su alma por medio de poemas o de aforismos de grandes hombres. Las disertaciones sobre el amor o la belleza de las flores o de los paisajes no parecían deber tener lugar en una guerra mundial. ¡Pero el nacionalsocialismo consideraba que la guerra era también un tema de cultura! Todos los terrenos de la vida eran sujetos de enseñanza. Apelar a la estética y al misticismo en política fue su obra más notable, al dirigirse en profundidad a los espíritus y logrando así la adhesión de numerosos partidarios. Se daba igualmente por descontado que el conocimiento de la belleza, del valor y la importancia de por qué luchaba un SS le incitaría a la búsqueda de las mayores hazañas militares.

Naturalmente, la instrucción ideológica ocupaba un lugar importante en las escuelas de formación militar (Junkerschulen) de los cadetes oficiales, tales como la de Bad Tölz o de Brunswick creadas en 1934 y 1935 o las diversas escuelas de oficiales para la policía, la SD, la Leibstandarte, etc. Se beneficiaba del coeficiente más elevado, en igualdad con los cursos de táctica. El programa de enseñanza se hallaba en la misma línea del espíritu general que hemos visto precedentemente. En un curso minuciosamente planificado, los voluntarios seguían formación deportiva intensiva durante los tres primeros meses, para ir disminuyendo a continuación, buscando, no crear campeones olímpicos, sino hombres de voluntad y de carácter. Gracias a la enseñanza relativa a las cuestiones militares, los aspirantes a oficiales adquirían no sólo los conocimientos necesarios para el manejo de sus unidades, sino lo que permitía alcanzar un sentido de decisión casi instintivo ante la multiplicidad de situaciones. La formación no pretendía transmitir un saber universitario, sino crear la actitud y el comportamiento ideológicos precisos que se esperaban de un oficial. Forjar lo físico, el espíritu agresivo y la voluntad, reforzar el espíritu de cuerpo y de disciplina, procurar una seguridad instintiva y el sentido de la responsabilidad, crear una actitud ideológica, tales eran los objetivos de esas escuelas militares de la SS. Desde la creación de las primeras unidades extranjeras, los candidatos oficiales seleccionados adquirieron en ellas una formación equivalente a la de sus camaradas alemanes.

Como resultado lógico de la idea de Orden de clanes SS, fue creado en 1942 un servicio particular del que raramente se encuentra mención en los libros de historia: el cuerpo de información femenino de la SS, «célula de una orden de mujeres y de chicas alemanas» en un principio, luego germánicas al final de la guerra, esta rama específicamente femenina de la SS seguía las mismas leyes y se fundaba sobre la misma ideología que la rama masculina. Naturalmente, no se trataba de formar soldados, sino una élite femenina consciente de sus responsabilidades políticas y morales y de su papel en el seno de la sociedad. Las muchachas recibían una formación con vistas a la vida profesional, pero también en el marco de la Orden SS. Tenían como misión principal llegar a ser operadoras de radio, teleimpresoras y telefonistas, para descargar de tales tareas a los soldados del frente. La formación adoptaba diferentes aspectos: un entrenamiento físico, una instrucción relativa a cuestiones militares y de información, una instrucción ideológica y el aprendizaje de tareas referentes a la vida del hogar. Las cualidades requeridas para ser admitidas eran: la vivacidad intelectual, la fiabilidad y la discreción.

La formación ideológica de las mujeres que alcanzaban el grado de suboficial u oficial, además de los cuadernos SS, comprendía los siguientes temas:

1. Datos históricos básicos

Se estudiaban las épocas importantes y sus repercusiones, la geografía, la geopolítica.

2. La raciología

Se abordaban los temas referentes a los conocimientos generales, los procedimientos relativos al matrimonio, los rasgos característicos de la raza nórdica, la SS, las mujeres de los países germánicos. Se enseñaba a las voluntarias femeninas la naturaleza de la autoridad, a saber formar mediante el ejemplo, la diferencia entre educar y criticar, los fenómenos de simpatía y de antipatía, los nociones relativas a la maternidad, los hijos, la crianza, los deberes de jefa y de mujer, en tanto que madre y miembro de una comunidad, los principios del trabajo doméstico y también nociones de jardinería, del cuidado de los animales domésticos, etc.

3. El arte y la ciencia al servicio del pueblo

Se refería al estudio de la lectura, la manera de leer, la influencia de la lectura sobre la opinión, el estudio de los diferentes tipos de prensa, la música y el canto, su uso más juicioso y su valor para el espíritu del hogar.

4. La configuración de las fiestas

Se estudiaba la influencia de las fiestas para aumentar la vitalidad, suscitar la existencia consciente, el sentimiento artístico, la alegría serena, el impulso espiritual y el humor.

5. La educación política

Trataba de la historia del NSDAP, de la opción profesional, de las cuestiones jurídicas que concernían a las mujeres, de su papel como fuerza conservadora, guardiana de la fidelidad y de la fe, y de las tradiciones.

6. La SS, núcleo del Imperio

Se estudiaban las obras europeas de la SS, su naturaleza de comunidad de clanes, sus leyes y su tipo de dirección, el lugar y el papel del oficial y del suboficial femeninos en el seno del cuerpo SS de voluntarias femeninas.

La fuerza creadora masculina se asociaba, pues, armoniosamente, con la fuerza conservadora femenina para constituir la comunidad de clanes de las SS.

La SS como Orden

La idea de Orden no es nueva. Atraviesa la historia de Alemania y ya era familiar a los alemanes imbuidos del espíritu de las asociaciones de estudiantes que practicaban el duelo, vieja reminiscencia de los torneos caballerescos. En su principio elitista, la SS no representaba, pues, un fenómeno nuevo. Se inscribía en una vieja tradición aún viva. Su concepción del Orden, sin embargo, adoptó una forma y una dimensión totalmente originales. La SS fue ciertamente la primera organización en la historia de Europa que se interrogó sobre los fundamentos de un sistema de valores de 2.000 años de vigencia, y propuso una redefinición de la ética y el destino del hombre. Este cuestionamiento no significó en absoluto el rechazo de un cierto número de tradiciones y de valores que contribuyeron a la grandeza de la civilización europea, sino más bien la distinción entre lo que es particularmente propio al alma y a la raza indo-europea, y lo que procede de una aportación extranjera. El estudio de la historia alemana y europea le habilitó para prescindir de los errores cometidos por falta de una visión global del mundo y de hacer la síntesis de ideas disociadas hasta el presente. La idea de la Orden de la SS tenía sus raíces tanto en los ejemplos de las órdenes de caballería medieval como en la de los húsares de Federico II. En cambio, se distinguía de algunos de sus principios emanados de la mentalidad judeocristiana y se fijaba como objetivo la preservación y el incremento de las mejores características hereditarias de las familias y de los clanes (véase el artículo «La Orden de los clanes»). La SS se definía a sí misma como una «Orden de clanes», rechazando la regla de castidad seguida por las órdenes religiosas, innovando con relación al ejército tradicionalmente individualista y al espíritu de clase. Se esforzaba, así, en alcanzar una continuidad biológica y espiritual inmutable rehusada hasta entonces a las organizaciones temporales, pues crear una élite puramente inte-

lectual sin tener en cuenta las realidades biológicas y raciales, tal como se practicaba antaño, habría implicado una extinción a más o menos largo término. Las mujeres y los niños tuvieron naturalmente un lugar reservado en esta Orden y fueron sometidos a las mismas reglas de selección que los hombres. Hubiera sido una vana tarea querer seleccionar radicalmente a hombres válidos si pudieran unirse a mujeres de menor valor. En esto, la SS seguía el viejo proverbio filosófico «si quieres crear un mundo mejor, debes empezar por los seres humanos». La idea de Orden implicaba igualmente la idea de ética y de moral, según la antigua concepción germánica del derecho y de la ley (véanse los artículos «Autoridad germano-alemana» y «El honor de la mujer germánica»). Las tres virtudes cultivadas en prioridad eran la fidelidad, restableciendo así la antigua práctica germánica, la obediencia, sin la cual nadie puede ser dueño de sí mismo, y la camaradería, natural entre hombres de una misma comunidad.



Portada de la revista SS.
Pureza de líneas. El secreto de la estética de las publicaciones SS.

La SS se diferenciaba también de las otras organizaciones precedentes por su carácter tri-funcional. Por primera vez en la historia, una organización se esforzaba en realizar en su seno la síntesis de las tres funciones que rigen la vida de la civilización indo-europea, a saber: la acción espiritual, la acción guerrera y la acción productiva. Ya no se disociaba el cuerpo del espíritu y del alma, formando esta unidad armoniosa definida por Rosenberg: «La raza es el alma vista desde el exterior, y el alma es la raza vista desde el interior». Profesaba un reconocimiento absoluto del lazo fundamental e indisoluble existente entre los diferentes aspectos de la vida y quería dar una realidad tangible y homogénea a un conjunto de conceptos filosóficos, científicos o religiosos. Alió el carácter militar con la fe, el arte con la ciencia, la industria con el campesinado en una suprema alquimia del «Hombre nuevo». Este término de «Hombre nuevo» se opone a la idea preconcebida y generalmente propagada de «pueblo de señores» o de «súper-hombres». Jamás, en ningún texto, se han encontrado esas expresiones falsas y sin gran significación que son el fruto de mentalidades americanizadas y acomplejadas. El «súper-hombre» o «súper-héroe», producto de los fantasmas americanos, es totalmente extraño a su entorno y está dotado de unas facultades supra-humanas rehusadas al común de los mortales que le envidian. Su superioridad no es, pues, consecuencia de su trabajo sobre sí mismo y no merece ninguna admiración. Al término de «señor», que implicaba la idea de clase y de arbitrariedad, los nacionalsocialistas preferían el término de «héroe», es decir, el hombre enraizado en su comunidad, responsable, dando ejemplo por su facultad de superarse y capaz de recrear el tipo humano primordial a partir de sus propios valores.

Esta importancia concedida a la instrucción ideológica, incluso en los peores momentos de la guerra, emanaba de la voluntad de conseguir una identificación total del SS a la Orden, sus principios, sus valores, manifestándose por una actitud absoluta ante la vida. Las victorias del SS eran a fin de cuentas de la Orden, igual que sus fracasos. Un concepto tal, fundado sobre un sentido del honor a la vez individual y comunitario conducía a la sublimación del concepto del deber. Cumplir con el deber significaba, pues, ser fiel, tanto a sí mismo como a la palabra dada, a su clan y a su raza. Esta identificación transformaba al SS en elemento activo, concienciado en un objetivo a alcanzar, incitándole a superar el egoísmo individualista burgués. Redescubría el sentido y el valor del hecho de «servir», tanto al ideal como a la Orden. Se convertía en el elemento indispensable de una comunidad orgánica en el sentido más noble de la expresión. Esto se exteriorizaba por el hecho sintomático de llevar el uniforme (véase el artículo «Por qué llevamos un uniforme») convertido no solamente en el símbolo de una Orden, sino de una concepción del mundo.

La SS, organización racial

La noción de orden de la SS tomó su dimensión totalmente única por lo que formaba el eje del pensamiento nacionalsocialista, es decir «la idea racial». Concepto que llega a ser un instrumento revolucionario, se encuentra en el origen de la mayor parte de las leyes más importantes de la SS.

El examen de la historia europea y mundial había inducido a los nacionalsocialistas a considerar que existen razas, arias o no, que poseen en sí mismas aptitudes civilizadoras que son el fruto de una evolución y de una especialización milenarias. Estas civilizaciones se manifestaban por el desarrollo de lo que incita a la vida intelectual, artística y material, la cultura del sentido de la belleza y la aptitud de modelar el propio entorno. Estos factores estaban íntimamente ligados a la homogeneidad de cada raza; la desaparición de aquéllos por el mestizaje conllevaba a más corto o más largo plazo la desaparición de la supremacía civilizadora de esa raza. La unidad racial del pueblo participa de esa unidad espiritual, patentizando así el lazo indisoluble entre lo mental y lo físico, siendo este último su representación externa. (cf. el artículo «Del cuerpo racial al alma racial»). De estos estudios surgió una ciencia que alcanzó un alto grado de desarrollo, principalmente en Alemania, conocida con el nombre de «raciología» y cuyos investigadores como Hans F.K. Günther o Ferdinand Clauss fueron los campeones. Francia estuvo ciertamente en el origen de este fenómeno, con precursores como el conde de Gobineau o Vacher de Lapouge.

La creciente planetarización de los cambios, de los viajes y de las relaciones,

había hecho nacer una toma de conciencia identitaria exacerbada ante el temor de un caos étnico. Este sentimiento, hasta entonces difuso, instintivo, confundido muy a menudo con el nacionalismo a causa de la ignorancia de la genética, se convirtió en el arma más revolucionaria del nacionalsocialismo. En ese instante en que, como nunca anteriormente, los pueblos europeos se enfrentaban en su conjunto al peligro de una pérdida de identidad, el nacionalsocialismo les proponía unas soluciones radicalmente nuevas.

En el seno de Europa, la raciología distingue varias «razas» que componen la gran rama indo-europea: las razas nórdica, westfaliana, dinárica, báltico-oriental, oriental y mediterránea, que se reparten diversamente según los países (ver el artículo «¿Qué es la raza?»). Los criterios de distinción se basan esencialmente en el índice cefálico, la fisonomía general y el carácter. Estas razas se hallan presentes en grados más o menos elevados en todos los pueblo europeos, pero los nacionalsocialistas insistieron sobre la importancia a conceder a la raza nórdica, que constituye el nexo unificador entre todos los europeos, marcando a la historia europea con su huella. Una atención privilegiada le era igualmente concedida en razón de su tasa de natalidad en constante descenso que la amenaza de extinción. Era preciso, pues, esforzarse en favorecer su crecimiento por todos los medios. Pero el tipo «nórdico» no debe ser asimilado a un dato geográfico ni a un arquetipo. Se le ha llamado nórdico por que los individuos que presentan estas características se encuentran más frecuentemente en los países nórdicos. No obstante, se encuentran presentes en todo el mundo. El gran vikingo rubio es una caricatura de él, pues el nórdico es más bien un tipo de hombre de síntesis, de talla entre media y alta, de cabello claro, entre castaño y rubio, de ojos grises, verdes y azules. El color de los cabellos y de los ojos no puede ser determinante por sí solo; ciertos eslavos y judíos tienen el cabello y los ojos claros sin por ello pertenecer a la raza nórdica. El ideal nórdico fue ciertamente mejor definido por el arte griego, cuyas magníficas estatuas constituyen el ejemplo perfecto.

La SS dio prioridad a la selección de una élite que no podía, pues, convertirse en europea más que en función de ese ideal nórdico físico y espiritual que superaba ampliamente el simple marco nacional. Los candidatos eran, pues, escogidos en función de sus características raciales que más se aproximaran a ese ideal sabiendo, no obstante, que la mayoría de los europeos ya no presentan las características puras de una u otra raza determinadas; todas esas cualidades se alían para constituir el genio europeo. Además del tipo nórdico eran igualmente aceptados los tipos westfaliano y dinárico. Por otra parte, la mayoría de los SS, y concretamente los dirigentes, estaban muy lejos de esa imagen caricaturesca inventada en la postguerra.

La selección racial no excluía a las mujeres, tal como ya se ha dicho. La instrucción concedía una importancia muy particular a la orientación de los «gustos matrimoniales» de los SS según el modelo nórdico. Se velaba también en evitar los matrimonios con individuos con taras hereditarias, a fin de promocionar una elevación progresiva del valor general de la Orden, pues la SS se presentaba igualmente como una organización con finalidades eugenésicas tendentes a la desaparición progresiva de las enfermedades hereditarias. Muchos mitos concurren en la idea que se ha hecho de esta selección. Uno de los principales es ciertamente el «mito ario» asimilando arianidad a nordicidad. Como se ha visto, la gran familia aria se divide en diferentes subespecies y se cometería un error fundamental si se confundiera el conjunto con lo particular. El término «ario» fue, por otra parte, raramente empleado, normalmente en el contexto de los estudios de la civilización india, contrariamente a lo que se ha afirmado en numerosos libros de historia. Se le prefería el término «nórdico», más explícito.

La noción de «pangermanismo» ha prestado también a mucha confusión. El pangermanismo fue asimilado a un término que se podría traducir por «alemanismo» (*Deutschtum*), es decir un nacionalismo alemán radical, polvoriento y conservador. Es cierto que, en sus comienzos, el nacionalsocialismo, partido político inscrito en el sistema democrático, se dirigió prioritariamente a los alemanes. Más de un responsable del Partido, estrecho de miras, sólo lo consideraba desde ese ángulo. En cambio, por su carácter de concepción del mundo, su aspecto supranacional y suprahistórico iba a imponerse pronto a consecuencia de circunstancias mayores, como el desencadenamiento de la guerra y la posibilidad de una participación europea en la lucha. Los alemanes, por otra parte, no habrían comprendido que Hitler hablara primero de Europa antes de haber solucio-

nado los problemas políticos internos. El dejó, pues, la iniciativa en ese terreno a la SS, organización de vanguardia con relación al NSDAP, organización estrictamente política. En un discurso de 1944, Himmler deploraba el hecho de que aún demasiada poca gente, en 1935, fuera capaz de comprender la dimensión europea y germánica del nacionalsocialismo, lo que había frenado considerablemente el trabajo futuro.

Como una respuesta alentadora, en muchos países europeos existían igualmente partidos que se reclamaban abiertamente de la filosofía nacionalsocialista, como el Partido Nacionalsocialista Francés, el Partido Rex de Leon Degrelle o el Movimiento de Vidkun Quisling en Noruega.

Un concepto revolucionario que permitía realizar la unificación europea aparecía como prolongación de la idea racial: la germanidad. Todavía balbuceaba antes de la guerra, confundido por los mismos nacionalsocialistas en los términos sinónimos de «sangre alemana», «germano-alemán», «germano-nórdico», «nórdico-alemán» en una aparente imprecisión terminológica. Era preciso encontrar un factor común representativo a nivel ideológico y biológico que uniera a todos los pueblos europeos, y fue la germanidad, detentora de la sangre nórdica, la que se impuso. En la terminología SS el germano representaba algo más que un simple miembro de una tribu histórica. Hombre procedente del Norte, Hiperbóreo original, formaba el «germen» (del latín *germen-inis*) de donde habían surgido los principales pueblos europeos. La utilización del término «indo-germano» en los textos es reveladora, y fue reemplazada en la postguerra por «indo-europeo» mucho más «conveniente» para los oídos democráticos. León Degrelle también hablaba gustosamente de los «germanos de Occidente» cuando se dirigía a los belgas o a los franceses.

La idea de germanismo, o incluso de germanidad (*Germanentum*) servía sobre todo para derribar las antiguas barreras de los nacionalismos estrechos, para terminar, por fin, con las estúpidas querellas que habían desgarrado a Europa en beneficio de intereses que le eran ajenos. Ella permitía la unidad europea, e incluso de todo el mundo ario en su conjunto, con el núcleo germánico como centro. No era una tentativa de uniformización comparable con el «mito americano» que se esfuerza por fundir en un bloque comunidades de los más diversos orígenes, con - a menudo - ningún vínculo en común. El americanismo y el cosmopolitismo fueron ampliamente denunciados a causa de su acción corruptora y anticultural enemiga del genio ario (véase el artículo «América en Europa»). La ideología SS ponía igualmente fin a las divisiones entre hermanos celtas y germanos, creadas artificialmente por los romanos con fines políticos. Los celtas, los latinos, los escandinavos y los eslavos indoeuropeos, ramas múltiples de un mismo árbol, ocuparían su lugar en el seno de la futura Europa, como grupos federados que conservarían sus particularidades. Este proyecto encontró su marco apropiado en el concepto de «Imperio» (Reich) que perdió su denominación de «Tercero» desde 1939, por orden de Hitler. El «Tercer» Reich demasiado alemán cedía, pues, su lugar al Imperio europeo, demostrando una vez más el compromiso europeo de los responsables nacionalsocialistas ya mucho antes de la guerra. El gran Imperio germánico europeo, mito que atraviesa constantemente la Historia de Europa pero nunca concretado, debía finalmente nacer por medio del nacionalsocialismo y servir de estructura a la unidad europea. Este Imperio, no obstante, se habría limitado al marco del espacio vital histórico de los europeos (véase el artículo «Heinrich I»), reconquistando antiguos territorios perdidos en el Este sin cometer el error histórico de ir más allá. La mentalidad «colonialista» de los siglos pasados fue, por otra parte, vivamente criticada.

Significativamente, ya mucho antes de la guerra, la SS nombró en cargos de responsabilidad a partidarios convencidos de la idea europea, como el suizo Franz Riedweg que dirigía la «sección germánica» de la SS desde 1937 y Gottlob Berger, jefe de la oficina de reclutamiento del SS-Hauptamt desde 1938 y promotor de la Waffen SS europea. La SS había admitido en su seno grupos europeos, suizos, flamencos, neerlandeses, noruegos, finlandeses; luego, más tarde, valones, franceses, cosacos, italianos, bosnios; en total, alrededor de treinta nacionalidades, atestiguando así esa toma de conciencia. Cada unidad europea de la SS conservó su lengua (el alemán era utilizado únicamente como lengua de mando con objeto de evitar una anarquía general ya que los cuadros militares eran alemanes), toda costumbre o particularidad religiosa fue respetada. En un discurso de abril de 1942 ante el circulo de apoyo de los cuadernos SS germánicos,

Gottlob Berger precisaba «... nosotros no queremos *alemanizar* o germanizar en el mal sentido de la palabra. Hay que apoyar a nuestros hermanos germánicos en su amor por su identidad, por la conservación de su lengua, sus costumbres. Sin amor por la patria no puede haber amor por el Imperio gran-germánico». Se alababan incluso los méritos de antiguos adversarios cuando éstos se habían revelado como los cantores de una filosofía elitista (véase el artículo «Máximas sobre la guerra»). Incluso los voluntarios musulmanes europeos, admitidos no como musulmanes, sino como europeos, pudieron continuar absteniéndose de la carne de cerdo y del alcohol. La sensibilización a la idea racial superó el simple ámbito europeo, pues, desde 1939, los americanos arios fueron invitados a reencontrar sus raíces y a participar en el gran combate para la conservación de la identidad blanca (véase el artículo «Las cuestiones raciales en los Estados Unidos»).

La SS, organización religiosa y cultural

Esta afirmación, a priori desconcertante, no podrá sorprender mucho después de todo lo que se acaba de decir. Si el NSDAP fue una organización política que se inmiscuía poco en los asuntos religiosos, principalmente por razones diplomáticas, la SS, en su calidad de Orden ideológica, emitió igualmente reivindicaciones en este terreno. El retorno a un universo mental propiamente ario no podía dejar de lado lo que une al hombre con el principio superior absoluto, es decir la religión. La denuncia del carácter halógeno inherente al judeocristianismo, que había impregnado a las mentalidades europeas desde hacía siglos, alcanzó una virulencia tal vez superior a la referida al judaísmo. No se perdonaba al cristianismo, derivado de la filosofía judaica, haber vehiculado una ideología mundialista y haber sistemáticamente borrado y denigrado todo lo que pudiera recordar a la antigua cultura germánica. Tomemos como prueba el sermón del cardenal Faulhaber en 1933, el día de San Silveatre: «No se puede hablar de una cultura germánica en sí, precediendo a la época precristiana y fundándose en Tácito. Los germanos sólo llegaron a ser un pueblo con una civilización en el pleno sentido de la palabra gracias al cristianismo. La tarea más dura para los misioneros cristianos fue convencer a los germanos de que fundieran sus espadas en arados». El cristianismo protector de los débiles y de los enfermos, predicando el pecado y la vergüenza del cuerpo, el desprecio por los animales y las mujeres, estigmatizando la alegría y el orgullo, denigrando las realidades raciales, era considerado por los nacionalsocialistas como una «enfermedad del alma».

Fue, ciertamente, la primera interrogación en la historia sobre la idoneidad de la filosofía judeocristiana en su conjunto. No obstante, los planteamientos quedaban muy matizados en diferentes aspectos. Se testimoniaba una relativa simpatía por el protestantismo, únicamente en la medida en que éste significó una revuelta contra el espíritu papista romano (véase el artículo «La universidad alemana en la Contra-Reforma»), pero se le rechazaba por su carácter bíblico dogmático (véase el artículo «La creencia en las brujas»). En 1937, Himmler escribió una carta a todos los jefes de instrucción prohibiéndoles atacar a la persona de Cristo, estimando sin duda que tal actitud habría podido chocar con las convicciones de la mayoría de los SS aún apegados a la vieja religión y que un estudio de las costumbres hecho en un sentido positivo podría resultar más persuasivo.

La desaparición progresiva del cristianismo debía, pues, hacerse a beneficio de un retorno al espíritu fundador de Europa que había animado la religión pagana de los antepasados. La SS proponía redescubrir el principio de una actitud religiosa propiamente aria ante la vida y el mundo, ahogada y disfrazada bajo afeites cristianos, pero siempre presente, especialmente en el mundo campesino (véanse los artículos «Costumbre vinculada a la cosecha» y «El pan sagrado»). Se devolvía a la religión su sentido primordial volviendo a colocarla en el marco natural visible, reflejo del orden superior invisible. El hombre tomaba consciencia del hecho de que no era más que un elemento del orden natural, sometido a su ley como cada ser vivo. No podía, pues, realizarse plenamente más que en este mundo, llevando una vida que desarrollara y mantuviera las cualidades del cuerpo, del carácter y del espíritu. Despreciar el aspecto físico y material, igual que el mundo

viviente en general, equivalía a despreciar el modo de expresión sensible de lo divino. Por su respeto de las diferencias y su oposición a la mezcla uniformadora, el hombre seguía los grandes mandatos de la naturaleza soberana. Esta piedad profundamente fiel al mundo de las leyes naturales eternas, se alejaba tanto del ateísmo considerado como un producto de la decadencia como de las anticuadas prácticas de los grupos pseudopaganos, (véase el artículo «La crisis espiritual»). Se alejaba igualmente de esta forma de idolatría que consistía en dar una apariencia material (el Cristo «hijo» de Dios y la virgen María inmaculada) a un principio divino supra-material.

Por esta fidelidad a las leyes naturales, la SS vino a adoptar una actitud que en la actualidad se calificaría de «ecologista», preconizando el retorno a una vida campesina sana, la utilización de productos naturales (véase el artículo «Por qué una fuente sudete») y el respeto de la naturaleza (véanse los artículos «Las leyes eternas de la vida», «Camarada SS a mi lado», «El bosque como comunidad de vida» y «Ciclo eterno»). Este concepto de la vida ofrecía un sorprendente contraste con la tradición cristiana, hostil a toda expresión natural y predicando el temor de Dios. La vanidad del hombre bíblico, creyéndose superior a la naturaleza, no puede más que desencadenar las peores catástrofes, tales como las que se perfilan en el horizonte del tercer milenio (desaparición de numerosas especies animales, destrucción de los bosques, polución, destrucción de la capa de ozono, etc.)

La SS evitó siempre criticar las opiniones religiosas de los individuos, por considerarlas un asunto estrictamente personal. Atacaba ante todo la filosofía y las instituciones eclesiásticas en el contexto del estudio de la concepción nacionalsocialista del mundo, lo que puede parecer paradójico. El sentido de lo sagrado y de la piedad que reside en cada individuo, cristiano o no, conservaba un valor absoluto. La libertad de creencias era respetada. En las hojas de reclutamiento, se preguntaba si el candidato era «católico, protestante o...¡creyente!» (*gottglaubig*), es decir, «pagano». La revolución religiosa se llevaba a cabo progresivamente, con objeto de adquirir una fuerza decisiva. Se trataba de hacer derivar a los cristianos hacia la óptica pagana bajo el efecto de la impresión ejercida por el fasto y la profundidad de las ceremonias religiosas, por el estudio y la valoración de un universo espiritual original y verdaderamente ario. Tan sólo la aceptación voluntaria confería al saneamiento del sentido religioso toda su eficacia, y no la coacción. Esta religión «nueva» y, sin embargo, inmemorial, conllevaba sus propios ritos y ceremoniales. También al Schulungsamt le correspondía la tarea de devolver su sentido original pagano a las fiestas y ceremonias relativas a los acontecimientos más importantes de la vida del hombre, como el bautismo (definido como entrega del nombre), el noviazgo, el matrimonio (véase el artículo «La admisión de la mujer en la comunidad del clan SS»), los funerales, etc. Los jefes de instrucción eran los únicos habilitados para concebir el espíritu y la forma de las fiestas, con excepción de las aplicaciones prácticas que dependían únicamente de los jefes de unidad. La SS se prohibía a sí misma crear un nuevo clero dogmático concediendo prerrogativas a los jefes de instrucción. Los jefes de unidades practicaban ciertas ceremonias sólo en el caso de que sus hombres estuvieran directamente implicados, excluyendo así el riesgo de una transmisión sectaria de un poder religioso. Sólo se mantenía el marco religioso en el cual la sensibilidad personal de cada individuo se expresaba libremente.

Las fiestas estaban concebidas con la intención de restituir al hombre sus lazos privilegiados con la naturaleza en tanto que expresión de la creación divina. Se trataba igualmente de extirpar la reorientación judeocristiana impuesta a las fiestas tradicionales, como la fiesta de Jul (Navidad), la fiesta de Ostara (Pascuas), el solsticio de Verano (o fiesta de San Juan). En esto, el mundo campesino ofrecía el aspecto perfecto de una sociedad que había sabido preservar el sentido de sus antiguas tradiciones por su apego y su fidelidad a la naturaleza. ¿Acaso la palabra «pagano» no procede de *paganus*, campesino, que los cristianos no lograron llegar a convertir totalmente jamás? Así, el hombre volvía a sentirse el eslabón indispensable y responsable de la larga cadena del clan, transmitiendo la vida así como las tradiciones de una manera inmutable. El orgullo de los cuerpos y los rostros con ojos centelleantes vueltos hacia el Sol atestiguan la alegría de la creación que Dios ha dado al hombre, que Le da las gracias mediante las fiestas.

Esta revolución espiritual se inscribía igualmente en el contexto de la Historia en un sentido germánico. Los alemanes descubrían verdaderamente una parte de una historia que, hasta entonces, había estado sumergida en la ignorancia o el desprecio, la de sus antepasa-

dos germánicos. El Siglo de las Luces había tomado como modelo la civilización griega, buscando en ella las raíces estéticas y filosóficas. Alemania fue particularmente afectada por este fenómeno e incluso algunos han querido ver en el nacionalsocialismo su heredero. La plástica de las estatuas y de la arquitectura neoclásica alemana podían traicionar esta afiliación. Sin embargo, una tendencia paralela ya antigua (el romanticismo alemán) iba a imponerse más y más: el retorno a la germanidad. Dejando a Grecia lo que le era propio, la filosofía de los «germanistas», propugnada sobre todo por la SS, se esforzaba en hacer resurgir del olvido y del menosprecio la cultura de los ancestros directos de Alemania, demostrando así que la moral, la poesía y el arte germánicos no tenían nada que envidiar a los demás. El trabajo llevado a cabo por otros investigadores como los hermanos Grimm o Gustav Kosinna fue continuado a mayor escala. La finalidad de un tal interés histórico, aparte el restablecimiento de la verdad, visaba también a procurar una legitimidad a la Orden SS, que tomaba referencias en la enseñanza de las grandes figuras históricas guerreras, políticas o artísticas. Federico II de Prusia, Durero, Nietzsche, Wagner, Bismarck o René Quinton atestiguaban todos la permanencia de una cierta actitud propia de la raza aria. ¿Acaso no eran ejemplos del genio creador, por encima del tiempo y las modas, cuya síntesis la SS se esforzaba en llevar a cabo? ¿No tenían siempre un mensaje que transmitir, siendo, a su manera, unos precursores? Citemos tan sólo algunas ideas en las que se inspiró la SS: la idea carolingia de Imperio, la creación de valores en un sentido nietzscheano, la espiritualidad wagneriana, la virtud militar prusiana y la mística caballeresca medieval.

La admiración suscitada por René Quinton, aunque hubiera sido un enemigo de Alemania en su tiempo (1914), revela igualmente la superación de las divisiones políticas o nacionalistas. Confirma que toda filosofía heroica no podía dejar de hallar eco en el nacionalsocialismo, (Véase el artículo «Máximas sobre la guerra»). Sucedía incluso que se alabaran cualidades de pueblos extranjeros (véanse los artículos «Yamato» y «El Imperio de Atatürk»). La personalidad de Carlomagno no dejó tampoco indiferente a la SS. Ciertos historiadores han propalado complacientemente en la postguerra el rumor de que fue tratado de «verdugo de los sajones». Sin ignorar su turbio papel en la matanza de Verden, la SS veía en él el primer artífice de la unidad europea y el creador del principio de un Imperio germánico (véanse los artículos «Carlomagno, fundador de Estado» y «El nacimiento de la Europa germánica hacia el año 500»). Carlomagno, figura histórica de los alemanes tanto como de los franceses, encarnaba pues el vínculo entre los dos pueblos de un origen común.

Cuestiones legítimas

Considerando esta ideología y estos objetivos, cabe preguntarse en qué medida la SS pudo llevarlos a cabo y cuáles fueron los obstáculos con que topó. Como hemos visto, la SS se dividía en tres ramas diferentes que, con el tiempo, se diferenciaron cada vez más las unas de las otras, a causa de su espíritu propio. A pesar de los múltiples esfuerzos de la dirección central para conservar la cohesión y la unidad de la Orden, fueron apareciendo diversas tendencias que frenaron la obra de edificación general. La Waffen SS, rama militar, enlazaba con la gran tradición del ejército prusiano de Federico II por intermedio de jefes como Paul Hausser o Sepp Dietrich, que le dieron ese impulso. Para hombres formados en la antigua escuela, marcados en profundidad por su educación tradicional, la instrucción ideológica y las cuestiones religiosas eran unas abstracciones «nebulosas» que dejaban al cuidado de los ideólogos como Himmler o Darré utilizando los cuadernos de la SS para difundir estas ideas consideradas a menudo como utópicas. Algunos oficiales superiores, como Felix Steiner, incluso descuidaron voluntariamente los cursos políticos, considerando que las prioridades suscitadas por la guerra consistían en formar combatientes más que soldados políticos. En cambio, los simples soldados, recién llegados, fueron mucho más receptivos y comprendieron a menudo mejor que sus generales la amplitud de los envites políticos en juego.

La Allgemeine SS y los Tottenkopfverbände, ramas «políticas» más antiguas, concebían su papel como unidades revolucionarias portadoras de la ideología nacionalsocialista. Ciertos jefes, como Theodor Eicke, experimentaban incluso un re-

lativo menosprecio por la Waffen SS, juzgada demasiado tradicionalista y «militarista». El hecho de que las designaciones de grados fueran parecidas entre todas las ramas no hacía más que agravar las cosas, al aceptar difícilmente las Waffen SS que unos «civiles» pudieran ser generales o coroneles sin haber servido en el frente. Es justo señalar, a ese respecto, que los grados de la SS no tenían más que una equivalencia relativa con los grados militares, y contrariamente a ellos, no iban precedidos de «señor» (terminología alemana), sino que correspondían más bien a un valor en sí del individuo. Los civiles, así como los militares, eran considerados como combatientes comprometidos en la causa del nacionalsocialismo. Este principio hizo que se viera a hombres de unos treinta años llegar al grado de general y que unos «civiles» de un talento incontestable, como Werner von Braun o el profesor Porsche, fueran «oficiales» en la SS.

Además, las Waffen SS recibieron durante la guerra sus directivas militares de la Wehrmacht, y no de la dirección central SS que proporcionaba el aprovisionamiento, creaba las unidades y se ocupaba de la instrucción. Apareció un cierto sentimiento de autonomía con relación a la SS de Berlín, pero sin llegar a la oposición abierta, pues se trataba más bien del reflejo de una divergencia de experiencias vividas que de una oposición ideológica, y más teniendo en cuenta que la Waffen SS no tuvo nunca que ocuparse de las tareas políticas confiadas a unidades particulares de la SS.

Considerando estos hechos, un observador atento podría argüir que reducir la historia y las concepciones de la SS al estudio de los cuadernos directores no estaría conforme con la realidad histórica. Los cuadernos de las SS presentaban ideas, personajes o situaciones extraídos de la realidad y considerados como ejemplares o portadores de enseñanzas. Reflejaban de este modo lo que la ideología nacionalsocialista consideraba virtudes y cualidades esenciales, puntos de referencia para todo SS, incluso si la realidad y las necesidades de la vida no permitían siempre su aplicación. Pero las publicaciones SS nos permiten precisamente juzgar esta concepción del mundo en su abstracción que es más representativa de un estado de espíritu que de unos actos limitados en el espacio y en el tiempo. En esto, los cuadernos de la SS nos presentan la visión ideal que la Orden SS se hacía de la vida, de la sociedad y de aquello a que se aspiraba.

No obstante, se debe resituar el fenómeno SS en el concepto del nacionalsocialismo, que era una ideología, con múltiples facetas. La corriente SS, ciertamente la más significativa, al no ser ella misma siempre unitaria, topó con otras tendencias. Los conflictos de personas o de ideas con el Partido representaron un freno suplementario a realización de un programa homogéneo. La tendencia «alemanista» del Partido percibía mal la creación de una Europa federada bajo tutela de la SS, y los doce años de existencia del nacionalsocialismo fueron insuficientes para conseguir un cambio radical de las mentalidades. Sólo sirvieron para poner los cimientos. La generación surgida de la Hitlerjugend y de las promociones más jóvenes de la SS habría ciertamente alcanzado este objetivo pero la Historia no le dio tiempo. Un viejo voluntario francés me declaró un día: «Los nacionalsocialistas eran semejantes a los jardineros. Plantaron las semillas, pero sin tener tiempo para ver surgir el resultado.» La espantosa tormenta de la guerra puso fin a esta gran aventura.

Por su rigor, su disciplina y su espíritu, la SS ha podido pretender haber creado las primicias de un nuevo tipo de hombre pasado por la forja de los mandos y la prueba del fuego. A pesar de todos estos obstáculos, lo demostró en muchos frentes, tanto interiores como exteriores. Independiente del ejército, creó una nueva «actitud combatiente», distinta del Partido, una nueva «actitud ideológica» y alejada de la Iglesia, una nueva «actitud espiritual» fundamental. Si para Goethe la acción era la «celebración del hombre auténtico», entonces la SS también lo fue. La revolución de los cuerpos llevada a cabo debía ser seguida por la revolución de los espíritus. Pero aún no habían llegado los tiempos.

****

A título de advertencia, la autora quiere precisar que su propósito responde a una voluntad de trabajo histórico y científico, que no debe hacer olvidar todos los sufrimientos que millones de hombres padecieron durante la última guerra. No puede, pues,

ser considerado apologético. Estudia ciertas ideas defendidas por un sistema político determinado y unos hechos concretos situados en un contexto histórico preciso. Se esfuerza en proporcionar unos materiales que permitan al lector formarse una opinión en completa libertad, en relación a todo lo que ya se ha publicado sobre la cuestión. Tal debería ser el trabajo de todo historiador auténtico. Es, pues, en este estado de espíritu que deben leerse los artículos referidos a los judíos o a las cuestiones religiosas. El lector es el juez único en su alma y conciencia ante las ideas presentadas en el presente libro.

Para toda clase de informaciones complementarias, los que lo deseen pueden escribir a la autora a través de la editorial.

Edwige Thibaut
París, 7 de Octubre de 1990

CAPÍTULO I

I. La Orden SS, Historia y principios

OSS.I.1.1.

Revista "Creer y combatir". Para las SS de los grupos populares del Sudeste.

La SS, histórica

Llevas en la hebilla de tu cinturón las siguientes palabras: *«Mi honor se llama fidelidad»*. Sobre las presillas del cuello de tu camisa se encuentran las dos runas de victoria de la SS. Te has unido, pues, conscientemente a una comunidad que ha asumido unos deberes particulares en el seno del pueblo. ¿Eres claramente consciente de que debes asumir una parte precisa de estos deberes?

¿Has pensado en la naturaleza de los deberes particulares de un SS? ¿Sabes qué significa para ti, individuo, la ley de fidelidad? ¿Conoces los resultados obtenidos por la SS, su acción en la época de la conquista del poder y en la nueva Alemania?

Con objeto de poder responder a estas preguntas, debes aprender a conocer los rasgos esenciales de la historia de la SS, sus tareas y sus objetivos.

La historia del Cuerpo Negro empezó en *ocasión de los primeros días de la existencia del Movimiento nacionalsocialista*. En marzo de 1923 nació la célula de la futura SS *-la guardia de estado mayor-* formada por camaradas del Partido especialmente escogidos y absolutamente seguros. Estos hombres llevaban ya la calavera sobre la gorra y el brazalete bordado en negro.

En el mes de mayo del mismo año, la guardia de estado mayor se convirtió en la *tropa de choque Hitler* bajo la dirección de Josef Berchtold. Esta pequeña unidad, resuelta hasta el último hombre, reunía a los compañeros de lucha más fieles de Adolf Hitler. Encargada de las misiones confiadas más tarde a la SS, la tropa de choque hizo su entrada en la historia y luchó sin descanso hasta terminar bajo las balas de un sistema pérfido y reaccionario el 9 de noviembre de 1923.

Los ocho primeros

Después de la reorganización del Partido en 1925, el Führer ordenó el mismo año la puesta en marcha de una nueva organización, pequeña, muy móvil, que debía tomar ejemplo de la *tropa de choque Hitler* y cuya primera misión consistía en garantizarle una protección absoluta en el curso de sus manifestaciones y de sus viajes electorales, al precio de la vida de sus hombres, si ello fuera necesario. En segundo lugar, debía asegurar la *seguridad* interna del Partido del mismo modo que la policía lo hace con el mismo Estado.

En un principio no hubo más que *ocho hombres* elegidos para esta gran misión

que exigía un compromiso total. Su jefe se llamaba Julius Schreck. Él fue quien fijó los primeros principios tendentes a la edificación del Cuerpo Negro. El 16 de mayo de 1936 la muerte abrevió la carrera de este compañero de combate de Adolf Hitler, fiel y valeroso, pero por orden del Führer, la primera unidad de Munich lleva hoy y para siempre el nombre de «Julius Schreck».

Los ocho primeros SS recibieron el uniforme de la anterior tropa de choque *Hitler*; tan sólo el anorak fue substituido por la camisa parda, y la gorra de esquí por la gorra SS negra.

El 16 de abril de 1925, esta Tropa de Protección apareció por primera vez en público en Munich. Fue una triste ocasión: se trataba del entierro de Pöhner, el viejo compañero de lucha del 9 de noviembre del Führer. Cuatro SS portadores de antorchas marchaban a cada lado del féretro y acompañaban por última vez al combatiente muerto.

Era evidente que, debido a la dificultad de la acción, sólo muy pocos hombres elegidos según unos puntos de vista especiales podían ser admitidos en la Tropa de Protección. Debían, pues, corresponder perfectamente a lo que se exigía de ellos. Una fidelidad incondicional, un compromiso total del individuo, una disciplina de hierro... ¿quién, si no unos *soldados del frente* habrían sido capaces de cumplir esas condiciones?

Los que arriesgaron sus vidas centenares de veces constituían el núcleo de la joven formación.

Pero las exigencias eran aún más elevadas: sólo los camaradas del Partido podían ser miembros de la Tropa de Protección, y cada uno de ellos debían poder presentar dos padrinos, de los que uno era un responsable del grupo local en el que el joven postulante SS se había introducido. Además, cada miembro debía tener una edad comprendida entre los 23 y los 35 años, ser de una constitución sólida y estar absolutamente sano.

Naturalmente, se rechazaban los *débiles* y los *viciosos*. ¡Los mejores bastaban ampliamente para la joven formación! Era, pues, una extrema distinción para todo camarada del Partido poder servir en la Tropa de Protección. La camaradería absoluta debía contar entre todas las virtudes y cualidades, tal como se prescribe:

Todos para uno y uno para todos.

El principio de selección

Así el número de fieles aumentó hasta constituir una pequeña unidad, una tropa, que no era una organización militar o de masas, pero que quería ser ese instrumento perfecto con el que el Führer pudiera contar en todo momento.

Esta primera SS sembró el terror entre todos los perturbadores de reuniones, todos los rojos y todas las demás pandillas. Garantizaba el buen desarrollo de las manifestaciones nacionalsocialistas, allí donde el Führer ordenara. *Fue mérito de los primeros combatientes de la calavera haber posibilitado siempre el éxito de aquella manifestaciones y de que el Movimiento progresara día a día.*

Estaba claro que, a la larga, la joven unidad no podía reclutar ya únicamente en la generación de los combatientes del frente. En consecuencia, las condicionea de admisión evolucionaron también en el transcurso del tiempo, pero sin perder por ello su severidad. Pero desde el comienzo se fijó el siguiente principio: ¡limitación numérica y selección extrema!

La dirección de Munich no trató nunca de reunir el mayor número posible de hombres, sino que ponía el acento en una excelente calidad de los hombres a elegir, que era lo único que garantizaba la incondicional ejecución de todas las órdenes.

Un jefe para diez hombres

Se decidió, pues, que en cada localidad, una tropa no podía contar más que con un jefe y diez hombres; se llamaba la decena. Sus jefes (jefes de decena) llevaban una estrella de plata en medio de la cruz gamada como único signo externo de su grado. Por

otra parte, entonces, incluso una gran ciudad como Berlín no tenía más que una SS de dos jefes y veinte hombres.

Pronto se vio la misma imagen repetida en todas partes. En todas las localidades y las ciudades, la SS, esa pequeña unidad combatiente, se convirtió en el vivero colector de todos los auténticos fanáticos políticos, de todos los revolucionarios que se oponían a la impotencia y a la esclavitud, y de todos los que no tenían más que su fe en Alemania.

En 1925 y 1926, el joven Movimiento ha realizado todas las campañas de reclutamiento con estas pequeñas unidades y la chusma roja de Sajonia y de Turingia se ha enterado de qué es *el espíritu SS.*

Los grupos de miembros benefactores (M.B.)

Es evidente que incluso la mejor organización animada del mayor espíritu de sacrificio no puede prescindir de una base financiera sana... ¡es decir, del dinero! Esta exigencia era tan imperativa para el funcionamiento de la SS como para el mismo Partido. Pero como éste se encontraba en plena estructuración y no podía conceder ayuda financiera a la Tropa, la SS (por otra parte, la única asociación del Partido en este caso) recibió del Führer la autorización de buscar *miembros benefactores* (M.B.). El mismo Adolf Hitler fue el *primero* en adherirse a ese grupo M.B.

Se había, pues, encontrado efectivamente una solución ideal para *asentar la base financiera* de la organización. Quedaban aún muchos camaradas del Partido (en razón de su posición pública, de su situación económica o de otros motivos importantes) a los que no les era posible actuar activamente en las filas del Movimiento. De hecho, en su calidad de miembros bienhechores, rindieron un servicio inolvidable a la Tropa...

El SS como militante

La Tropa de Protección se fue desarrollando y, poco a poco, paralelamente a su primera misión que era asegurar la protección del Führer, se añadió una segunda, ¡la de militante! Pero no se abrumaba a los hombres de la calavera distribuyéndoles manuales sobre «el arte de la palabra». Se sabía que cada uno de ellos tenía el talento suficiente para saber convencer a los ciudadanos desconcertados por falsos discursos.

En la época, cada SS era, pues, constantemente, un *militante* allí donde se encontrara: en la calle, en casa, en cada instante en que el servicio lo permitía. ¡Cuántos hombres y mujeres desconcertados, excitados y traicionados han sido reconquistados por estos predicadores desconocidos en el seno del elemento combatiente y creador del joven Movimiento! Se pueden contar por centenares, por millares. Empezaban comentando un folleto del Partido, luego desmontaban las mentiras a los escépticos por intermedio de la *prensa del Partido,* y finalmente sacaban el arma absoluta, el *Mein Kampf* del Führer, barriendo así las últimas dudas.

La Bandera de la Sangre

En el curso del año 1926, se levantó la suspensión de la SA y, en consecuencia, la Tropa de Protección pasó cada vez más a un segundo plano.

Pero ese mismo año vio también un apogeo histórico para el Cuerpo Negro. En ocasión del Reichsparteitag en Weimar, el segundo del NSDAP, el Führer confió el símbolo más sagrado del Movimiento - la bandera de la sangre del 9 de noviembre- a la guardia de la SS.

El Reichsführer SS Heinrich Himmler

Con el nombramiento de Heinrich Himmler como Reichsführer SS por Adolf Hitler, comenzó una nueva e importante etapa en la historia de la SS. Era el 6 de enero



De la SS «negra» nacería la SS «verde», o Waffen SS, tropa militarque se hizo famosa en toda Europa.

de 1929.»

Doscientos setenta hombres en todo el territorio del Reich constituían el núcleo de la Tropa de Protección de la que se hizo cargo Heinrich Himmler en esa época cuando recibió la orden del Führer de formar una tropa absolutamente segura a partir de esta organización.,. *la formación de élite del Partido.*

«Cada uno de nosotros es un SS, sea uno sin graduación o Reichsführer», decía Heinrich Himmler, y durante los largos años de lucha por la toma del poder, él y sus hombres se fundieron efectivamente en un todo indisoluble. Él hizo del Cuerpo Negro lo que es hoy: la tropa que más lucha por el Führer, por nuestra sangre y por el Imperio.

La orden de engrandecer la organización había sido dada. Y para el Reichsführer, cuya personalidad marcó a esa gran misión, estaba claro que la nueva Tropa de Protección más numerosa no podía cumplir su misión más que si, como exigencia suprema y fundamento de su creación, las líneas directrices marcadas por el jefe del Movimiento era indiscutibles.

Las cuatro virtudes cardinales

Sólo una sangre noble, sólo una raza auténtica son, a la larga, capaces de llevar a cabo grandes realizaciones. Es por esta profesión mayor de fe que Heinrich Himmler empezó su obra cuando pronunció su primera orden el 20 de enero de 1929 en su calidad de Reichsführer SS:

«Por decisión superior de nuestro Führer, el 6 de enero de 1929, recibí la dirección de la SS del NSDAP.»

Entonces el viejo soldado y compañero de lucha comenzó su selección severa y metódica después de haberse rodeado de hombres que él sabía que eran realmente los mejores por su sangre y su carácter. Cuatro directivas y virtudes cardinales determinaban su elección:

1. La raza y el clan

«Como el *agricultor* que, a partir de una vieja semilla más o menos buena que él debe escoger, va primero al campo para elegir los brotes, nosotros hemos rechazado en primer lugar los hombres que exteriormente creíamos no poder usar para la edificación de la Tropa de Protección.

«La naturaleza de la selección se concentra en la elección de los que, físicamente, se acercan más al ideal de hombre de tipo nórdico. Signos distintivos tales como la talla o el aspecto racial tenían y tienen su importancia».

Así se expresaba el Reichsführer que tuvo el mérito extremo de haber seguido este camino con coraje y espíritu de persuasión, pues en aquella época, incluso en las filas del Movimiento, la cuestión racial era todavía una noción totalmente obscura y los conocimientos teóricos del joven Movimiento en plena reorganización encontraron su concretización.

Por primera vez, la cuestión racial se situaba en el centro de las preocupaciones, diferenciándose ampliamente del odio, natural pero negativo, por el judío. La idea más revolucionaria del Führer iba tomando cuerpo.

Está claro que con la acumulación de experiencia en este terreno, las disposiciones selectivas fueron haciéndose más severas de año en año, esforzándose siempre en alcanzar el ideal.

«Es preciso que las modalidades sean fijadas por nuestros sucesores en cien años o más para que se exija siempre más del individuo, tal como es el caso en la actualidad. Igualmente, sabemos que el primer principio de selección en la Tropa de Protección debe ser la apreciación del aspecto exterior; que un proceso de selección en la Tropa de Protección a lo largo de los años debe ser la continuación, y que la elección hecha según el carácter, la voluntad, el corazón e incluso la sangre, no debe pasar después de las aptitudes.»

Tales eran las palabras del Reichsführer que luchó con la mayor energía contra la autosuficiencia y la vanidad. También hizo comprender clara y distintamente que el resultado obtenido hasta ahora no es más que un trabajo de esbozo, y que la creación de una

élite humana debe ser constante y sin límites, *¡pues no hay un SS standard!*

Cada generación de SS deberá ser mejor que la precedente.

«Por las leyes que nos hemos dado, queremos velar en el futuro para que todo hijo de una familia SS inscrita en el libro de los antepasados de la SS no pueda presentar su candidatura o no tenga de nuevo derecho a ser un SS. Pero queremos velar por que únicamente una parte de los hijos de esas familias sea admitida entre nosotros y que sean considerados como unos SS; que, por la selección permanente, el flujo de la mejor sangre alemana presente en todo el pueblo pueda entrar en la Tropa de Protección.»

Pero la selección racial y la edificación de una unidad de hombres solos no podía asegurar el éxito de esta gran obra. No; todas estas medidas quedarían sin efecto si no se pensara también en las *mujeres* de los hombres escogidos, en sus familias y en sus futuros clanes.

Nuestra historia es suficientemente rica en errores cometidos por las ligas de soldados y *Männerbunde* en el pasado, que olvidaron trasmitir el mensaje de la sangre. Tras un cierto período de tiempo desaparecieron en la nada... y ya hace siglos de ello.

Pues el Reichsführer decía:

«Tan sólo la generación que sabe situarse entre sus antepasados y sus descendientes, conoce interiormente el grado exacto de la grandeza de su misión y de sus obligaciones, y la pequeñez de sus propia y efímera significación.

«El que es consciente de ello permanecerá *simple* en el sentido más noble de la palabra. Los tiempos de sus mejores éxitos no enturbiarán su vista y los períodos de grandes desgracias no le empujarán hacia la desesperación. Aceptará sin suficiencia, sin presunción, sin fatalismo, el éxito y la mala suerte... pero tampoco será víctima de un sentimiento de mediocridad y de un extravío desesperado. Permanecerá dueño de su alegría y de su desgracia con una calma igual.



Miembros de la SS se dirigen al primer gran mitin SS en agosto de 1933, en Berlín.

«Por tal razón enseñamos al SS que todo nuestro combate, la muerte de dos millones de hombres en la Gran Guerra, la lucha política de nuestros quince últimos años, la construcción de nuestra fuerza de defensa para proteger nuestras fronteras serían vanos e inútiles si la victoria del espíritu alemán no fuera seguida por la victoria del niño alemán.»

(El Reichsführer SS)

Por esta razón el Reichsführer SS promulgó el 31 de diciembre de 1931 una de las leyes más radicales e importantes de la SS:

«La orden de matrimonio»

En aquella época, hizo el efecto de una bomba en Alemania. En un sistema fundado sobre principios liberales, les pareció completamente incomprensible a muchos hombres que vivían en lo efímero y se embriagaban de goces.

Se revelaba como una intrusión extremadamente brutal en *la pretendida libertad personal*. Naturalmente la prensa judía y demagógica subrayaba esta visión con la necesaria insistencia. Pero el desprecio y las burlas suscitados en aquella época por esta orden no afectaron a la Tropa. El Reichsführer lo había previsto y proclamado en el punto 10 de su orden:

«La SS es consciente de que, con esta orden, ha dado un paso de una gran importancia: las chanzas, la ironía y los malentendidos no nos afectan: ¡El futuro nos pertenece!

2. Voluntad de libertad y espíritu de combate

La segunda virtud y la segunda directiva son la voluntad de luchar y la sed indomable de libertad: para ello, según unas leyes no escritas, el SS, siempre que fuera posible, debía ser el mejor en todas partes... en la lucha, en la calle, en el campo de deportes, más tarde en la mayor de todas las guerras de liberación. ¡Cuanto más grande era el adversario, mejor para la Tropa! Ya que sólo si la SS era la tropa mejor se justificaba el título de una formación de élite.

Así pues, durante los años de la creación, el Reichsführer consideró siempre el *valor deportivo* como un principio y un deber. Cada año, los SS debían participar en pruebas deportivas muy difíciles. El cuerpo de oficiales era particularmente puesto a prueba. Cada promoción depende también de la adquisición de la insignia deportiva de la SS o del Reich.

Así se eliminaba a priori un gran peligro: el debilitamiento.

La causa de la desaparición de tantas *Männerbünde* constituida por la *comodidad social*, no amenazaba, pues, de entrada, a las filas del Cuerpo Negro. La existencia confortable de los burgueses, que puede ser bella y llena de atractivos para ciertos hombres, no pudo imponerse nunca en la SS.

3. La fidelidad y el honor

«Tal como enseñamos a los SS, muchas cosas pueden ser perdonadas en este Tierra, salvo una, la infidelidad. El que viole la fidelidad se excluye de nuestra sociedad, pues la fidelidad es un asunto del corazón, nunca del entendimiento. El intelecto puede fallar. Es, a veces, perjudicial, pero nunca irreversible. Pero el corazón debe latir constantemente y si se para, el hombre muere, exactamente igual que un pueblo, si la fidelidad es violada. Pensamos aquí en las diversas fidelidades, la fidelidad al Führer así como al pueblo germánico alemán, a su conciencia y a su esencia, la fidelidad a la sangre, a nuestros ancestros y a nuestros descendientes, la fidelidad a nuestros clanes, la fidelidad a los camaradas y la fidelidad a las leyes inmutables de la decencia, de la dignidad y de la caballería. Un hombre no peca únicamente contra la fidelidad y el honor si se permite violar el suyo y el de la Tropa de Protección, sino sobre todo si menosprecia el honor de los demás, se burla de cosas que son sagradas para ellos o si



En la cubierta , un diseño del célebre anillo con la calavera, que simboliza el vínculo con la comunidad juramentada de la SS.

no defiende valientemente al ausente, al débil y a quien se halla sin protección.»

Así era definida por el Reichsführer la fidelidad, tercera virtud que influencia la naturaleza de la Tropa de Protección.

4. Obediencia incondicional

La obediencia es la cuarta y última directiva.

Es una obediencia particularmente difícil de observar porque debe proceder de una *pura espontaneidad* y exige todo lo que un hombre puede sacrificar en orgullo personal, honores exteriores y muchas otras cosas que le son muy queridas.

Exige «el compromiso incondicional» sin la más pequeña duda y el cumplimiento de cada orden del Führer, incluso si el individuo cree ser incapaz de superarlo interiormente. Pero esta obediencia exige en fin un nivel de extremo *autodominio*, de voluntad ardiente de libertad, y de impasibilidad ante el enemigo si se ordena.

El viejo SS sabe perfectamente lo que significa este último punto. Nunca olvidará los años de lucha, de paciencia y de espera, cuando la voluntad de cada camarada sólo se sostenía por un odio sin límite: ¡Abajo el maldito sistema!

Los hombres se preguntaban siempre: «¿Por qué no empezamos?

¿Por qué no atacamos? ¡Ahora la ocasión es favorable! ¿Por qué duda el Führer?». Ellos pensaban: «Somos fuertes; hemos vencido al Comunismo allí donde le hemos hecho frente. Hemos tomado el Reichstag... ¡Abajo los peleles de este sistema podrido! ¡Queremos ocuparnos de ellos!» Pero la orden del Führer no llegaba. En consecuencia, se callaban y *esperaban*.

Durante todos estos años, la SS está orgullosa de no haber pensado más que en él; de no haberle obedecido más que a él y creído incondicionalmente en su victoria.. Ha sido de una obediencia absoluta como ninguna otra formación antes que ella.

La SS en acción en la época de la toma del poder

Durante los años previos a la toma del poder, los SS han sido siempre los más activos en proteger las ideas y las exigencias nacionalsocialistas, tanto en el *exterior* como en el *interior* del país. Se han batido en incontables peleas de salas de reunión; desmontaban el terror enemigo en toda camaradería con la SA. Eran el *núcleo* que el Movimiento lanzaba siempre contra el frente rojo y negro. Se situaban ante *las empresas y fábricas enteramente comunistas* con folletos en las manos y recuperaban a los que eran válidos. Empleaban los mismos métodos en los grandes bloques grises de apartamentos y aportaban así la verdad a los *barrios más pobres*.

Protegían miles de veces a los oradores del Movimiento. Con la yugular bajo el mentón y la mano en el cinturón, se mantenían desde el principio hasta el fin del año a ambos lados del pupitre del orador... tanto en el Palacio de los Deportes como en la más pequeña sala comunal. Estaban serenos e inmóviles, pero observaban agudamente todo lo que sucedía en el local.

A menudo tenían hambre, pues la mayoría de ellos eran parados. Pero siempre estaban en su lugar cuando hacía falta. ¡Y morían por su fe!

Fueron cobardemente asesinados, apuñalados, agredidos por la espalda en oscuras callejuelas y golpeados hasta caer inconscientes. Pero todo lo soportaban a pesar de la superioridad del adversario. Así fue como la SS tuvo *numerosas víctimas*. Siempre caía alguno de sus mejores camaradas, pero se abandonaba el cementerio cada vez con más decisión y, aún, con más fanatismo.

No debemos olvidar a los *héroes de Austria* que fueron en su calidad de SS, las animosas víctimas colgadas en el patíbulo de un sistema brutal y que hicieron posible, por su sacrificio, la unión de Austria con el Gran Reich.

Pero la *seguridad interior* tampoco fue olvidada. Más de una vez, la Tropa se batió contra los enemigos del Movimiento, contra la insumisión y la traición al Führer. En aquellos momentos de crisis tan peligrosos para la existencia del Movimiento, el Führer pudo utilizar este sólido instrumento que estuvo constante e incondicionalmente a su lado.

Así Adolf Hitler concedió a sus hombres más fieles la frase que, desde el 9 de noviembre de 1931, está escrita en cada hebilla del cinturón:

«Hombre de la SS, tu honor se llama fidelidad!»



El arte de la equitación en la SS, por la tradición caballesca.

La carrera del SS

El 9 de noviembre de 1935, lo que sigue fue promulgado por orden del Reichsführer:

«Es un SS, en el espíritu de la Orden de la SS, todo miembro SS al cual, después de un período de un año y medio como candidato, tras la prestación del juramento SS al Führer, así como después del honorable cumplimiento de su deber en el Servicio del Trabajo y de sus obligaciones militares, se le entrega el arma, el puñal SS, y es así admitido en la Orden de la SS en tanto que auténtico SS.

«Cada uno de nosotros es un SS, tanto si es un simple graduado como si es Reichsführer.»

Después de un examen minucioso por las comisiones SS de sus aptitudes y de su valor, el muchacho de 18 años de la Hitlerjugend se convierte primero en *postulante* SS. En ocasión del Parteitag del mismo año, se adhiere a la SS en calidad de *candidato* y el 9 de noviembre, después de un breve período probatorio, presta juramento al Führer. Durante el primer año de servicio el joven candidato debe adquirir su *insignia deportiva y la insignia deportiva del Reich en bronce.* Inmediatamente después va al Servicio del Trabajo, a la Wehrmacht y vuelve luego a la SS. El 9 de noviembre siguiente, después de una profunda y reiterada educación ideológica, el candidato SS es definitivamente aceptado en la Orden en calidad de SS. A partir de ese día se le concede simultáneamente el derecho a llevar el puñal SS y promete que él y su clan cumplirán siempre las leyes fundamentales de la SS.

Permanece en la SS general (Allgemeine SS) hasta los 35 años. Luego, es admitido, a petición suya, en la SS de reserva, y después de los 45 años, en la sección SS madre.

La ley del honor

La misma orden prescribe que cada SS tiene el derecho y el deber de defender su honor *con el arma en la mano.*

Esta ley es de una importancia fundamental y compromete a cada hombre desde un doble punto de vista:

Sabe que puede ser tenido por responsable de cada palabra y de cada acto, sea cual fuere su rango y su cargo; que la comunidad vela si él comete un acto o una palabra deshonrosa y peca así contra el espíritu del pueblo.

En segundo lugar, se le exige respetar su propio honor tanto como el de los demás con objeto de servir irreprochablemente a la vida de la comunidad en tanto que soldado político.

Cuando finalmente llegó el día de la toma del poder, habían 51.000 SS sosteniendo fanáticamente la mayor de todas las revoluciones, prestos a llevar a cabo cualquier misión.

La afluencia a nuestras formaciones aumentó de tal forma en los meses siguientes que el 10 de julio de 1933 tuvo que suspenderse la admisión de solicitudes de admisión a la SS, suspensión que fue levantada en septiembre de 1934. Hay que tener presente que, nunca, el Reichsführer quiso formar una organización de masas, y que siempre exigió el examen más severo de todos los nuevos importantes con objeto de no incorporar en las filas del Cuerpo Negro más que a las fuerzas realmente más válidas y más sanas.

«El que cumple con su deber se encuentra por encima de la crítica a la que se someten todos los hombres»

Príncipe Eugenio

OSS I 1 2

«El amigo del soldado». Almanaque de 1944. Edición D: La Waffen SS.

I. La SS como Orden

Como se deduce de esta rápida ojeada, en el curso de los años, las tareas de la SS se diversificaron y su cumplimiento sólo se consiguió con la unificación de toda la Tropa de Protección.

Hasta 1929, la SS era una tropa de fidelidad demostrada que aseguraba la protección de los jefes y de los oradores. El Reichsführer hizo de ella *una Orden del Honor, de la Fidelidad, del Servicio y de la lucha por el Führer y por el Reich.*

La SS es una Orden de tipo nórdico. Adolf Hitler fundó su concepción del mundo sobre la esencia inmutable de la especie nórdica. El pueblo y el Imperio deben ser el porvenir estructural de esta naturaleza nórdica. Como líder de los pueblos germánicos, el pueblo alemán tiene por misión predestinada ser el primero en llevar a cabo el combate por el renacimiento del germanismo. La raza nórdica constituye también la fuente mayor de la herencia de sangre nórdica. El primer objetivo del nacionalsocialismo debe ser, pues, el llevar a cabo una política racial sana. Esto exige una depuración del pueblo alemán de toda influencia extranjera al nivel de la sangre y del carácter.

La SS selecciona, pues, sus miembros, según el ideal de la raza nórdica para formar un tipo germánico libre. Como, de entrada, no se puede prejuzgar el valor del alma de los hombres, la selección se efectúa según el ideal físico de la raza nórdica y según la talla. La experiencia ha demostrado que el valor y la aptitud de un hombre se corresponden principalmente con lo que sugiere su apariencia racial.

Los criterios de selección de la SS son, en consecuencia, cada vez más severos. La política racial del Reich incita a la nordización de todo el pueblo. Cuanto más se va acercando a ese objetivo, más se acentúan los criterios raciales de la SS.

La SS no aspira a alcanzar una posición privilegiada en el seno del pueblo. Es una Orden que, por su acción combatiente, sirve para operar una selección racial de la comunidad y realiza los principios de la política racial que representan un objetivo lejano para la colectividad. Así, la SS aplica una ley fundamental de nuestra escala de valores socialistas que exige que cada uno ocupe su lugar según el valor del resultado obtenido en el seno de la comunidad popular.

La SS percibe claramente, al perseguir estos objetivos, que ella debe ser *algo más que un simple Männerbund.* Fundamenta sus ideas de la Orden sobre *la comunidad de los clanes.* Quiere ser *una Orden de clanes* que verá nacer a los hombres de la mejor especie nórdica para servir al Reich. De este modo, la selección juzgará cada vez más, no al individuo, sino al valor de todo un clan.

Una claridad y un consenso absolutos son necesarios en las cuestiones ideológicas que conciernen a este principio de comunidad de clanes de raza nórdica. Es la condición necesaria de la capacidad de persuasión de la SS.

Gracias a las *leyes fundamentales de la SS*, el Reichsführer ha dado a cada miembro de la SS unos puntos de orientación para su acción.

La primera de estas leyes fundamentales es la *orden sobre el noviazgo y el matrimonio* del 31 de diciembre. En esta orden, se introduce para todos los miembros solteros de la SS «la autorización de matrimonio», considerando que el porvenir de nuestro pueblo reposa en la selección y la conservación de la sangre racial hereditariamente sana. Ésta es la razón por la cual esta autorización de matrimonio que cada SS debe obtener de casarse se concede sola y únicamente según puntos de vista raciales y hereditarios.

Esta orden se deducía obligatoriamente de la voluntad de crear una comunidad de clanes, pues una selección de tipo biológico no será fructífera más que si se controla la elección de los cónyuges y la descendencia de los individuos seleccionados. El SS debe casarse con una mujer de, por lo menos, el mismo valor. El hombre y la mujer deben ser racial y conyugalmente válidos. Tal ley no es una coacción, sino un vínculo con un orden querido por Dios. Es natural que individuos de la especie nórdica apre-

cien a los de su especie.

No es tan sólo el valor del patrimonio hereditario lo que determina la fuerza de un pueblo. En la lucha por un espacio vital y el derecho a la vida, *la fecundidad de un pueblo*, el número de hijos es decisivo. Una Orden como la SS debe, pues, crear un amplio campo de selección biológica. Es preciso que haya siempre un gran número de descendientes. Según la mejor elección conyugal, los más válidos deben siempre aportar una rica descendencia a la Orden.

«La Edad de Oro está donde hay niños.» Los niños son la mayor felicidad del SS. Él mismo, su voluntad y sus deseos, su sentimiento y su pensamiento, viven en ellos. Lo que él ha recibido de la cadena de las generaciones lo da a sus hijos y confiere así la vida eterna al pueblo y al Reich de los hombres luchadores y las mujeres fieles, guardianas de la especie y de la civilización.

La SS se ocupa también de la madre soltera. El amor y la procreación constituyen las leyes eternas de la vida que derribarán siempre las barreras de las costumbres y de la ley. También en este caso la SS está estrechamente unida a la vida. No conoce ninguna falsa moral y se ocupa también del hijo ilegítimo de buena sangre. Así, el hombre racial y hereditariamente sano puede seguir su destino en la comunidad, y el pueblo se beneficia de la fuerza, del valor de una generación entera y de una futura descendencia hereditariamente sana.

En tanto que Orden, la SS ha inscrito sobre su bandera la preservación, la perpetuación de la raza nórdica, y está igualmente en primera línea en la lucha por la victoria biológica. Sólo la victoria de las cunas confiere un carácter históricamente duradero a la victoria del soldado.

Después del desencadenamiento de la guerra actual, el Reichsführer SS resumió una vez más estas visiones fundamentales de la política racial con una referencia particular a las pérdidas de sangre que la guerra actual conlleva. Se dice en esta orden: «La vieja sabiduría que dice que sólo puede morir en paz el que tiene hijos, debe volver a convertirse en el santo y seña de la Tropa de Protección en esta guerra. Puede morir en paz el que sabe que su clan, que todo lo que él y sus antepasados se han esforzado en alcanzar y han querido, encontrará su continuidad en los hijos. El mejor regalo para la viuda de un combatiente muerto es siempre el hijo del hombre que ella ha amado.»

En la ley sobre la *asistencia a las viudas y huérfanos* de 1937, el Reichsführer estatuye que la comunidad de la SS debe hacerse cargo de la viuda y del hijo en el caso de que un miembro debiera dar su vida en el combate por el Führer y por el pueblo. Los jefes de las unidades son personalmente responsables del apoyo aportado a todos los clanes en su circunscripción.

El *Lebensborn* (fuente de vida) vela también por la preservación y el incremento de la sangre pura. La voluntad de sacrificio de toda la SS asegura la realización de esta prescripción. Los niños de sangre pura nacen en los hogares maternales y son criados en las guarderías del Lebensborn.

La idea racial determina también la importancia concedida por la SS a los *ejercicios físicos*. Cada SS debe ser capaz de lograr buenos resultados deportivos. El Reichsführer ha ordenado la práctica del deporte en la SS, no para obtener éxitos individuales sino para garantizar la buena forma física general.

La unidad interna de la Tropa de Protección se expresa también por una *ley del honor* determinada por el Reichsführer. Una ley especial sobre el *carácter sagrado de la propiedad* enseña a la tropa una concepción ejemplar de las nociones de propiedad, de honor y de probidad.

II. La Waffen SS

Gracias a los conocimientos prácticos de la selección, de la dirección y de la educación nacionalsocialista, la Waffen SS (SS armada) nació sobre la base de la Allgemeine SS por la organización de las SS-Verfügungstruppen (tropas SS a disposición) y de las SS-Tottenkopfverbände (unidades de la calavera) después de la toma del poder. Luego evolucionó hasta su forma actual.

Ya se ha dicho que fue creada por el Führer para dar a la SS que actuaba en el interior del país, la posibilidad de tener una fuerza de acción en el exterior, en caso de

peligro.

Las unidades de regimientos de la Waffen SS, la Leibstandarte SS «Adolf Hitler», las Standarten «Deutschland» y «Germania» así como partes de las antiguas Tottenkopfverbände se enfrentaron al enemigo con el ejército alemán cuando se atravesó la frontera polaca en 1939 en el curso de una rápida ofensiva.

Estos regimientos se convirtieron en *divisiones* organizadas, construidas y dirigidas bajo la propia responsabilidad de la Tropa de Protección, gracias a la confianza del Führer.

Aún hoy, no se puede valorar el nivel de desarrollo de la Waffen SS alcanzado en el curso de la guerra. Estando reunidas todas sus divisiones, se compone únicamente de voluntarios seleccionados de acuerdo con las leyes fundamentales de la Tropa de Protección. Sólo después de la guerra conocerá el pueblo alemán el enorme trabajo llevado a cabo por el SS-Hauptamt (oficina superior SS) para permitir el *enrolamiento* constante de nuevas unidades. Es un resultado que ha tenido un relieve particular en la historia de la guerra alemana. El SS-Fürungshauptamt (oficina superior de dirección SS) tiene por misión organizar las unidades, equiparlas y formarlas.

El duro invierno de 1941/42 demostró la importancia tomada por la Waffen SS para la conducción de la guerra. Desde Carelia hasta el mar de Azov, divisiones de la Waffen SS se encontraron en todas partes en el corazón del combate... Gracias a ellas, el Reichsführer SS dio al Führer unas unidades de acero que, incluso durante ese invierno, no habían aún llegado a sus límites.

Ese invierno, que puso a prueba el valor del pueblo alemán de manera despiadada, también puso a prueba a la Waffen SS. Estuvo a la altura.

Cuando, ante el Reichstag, el 26 de abril de 1942, el Führer mostró claramente al pueblo alemán lo que aquel invierno había realmente significado, hizo el elogio de la Waffen SS, emocionando así a cada uno de nuestros bravos camaradas.

«Hablando de esta infantería, quisiera subrayar por primera vez la bravura constante y ejemplar, y la dureza de mis bravas divisiones SS y unidades de policía SS. Desde el comienzo, las he considerado como una tropa inquebrantable, obediente, fiel y valerosa en la guerra, tal como ella prometió serlo durante la paz.»

La lucha de la Waffen SS se ha inscrito en la orgullosa tradición de la Tropa de Protección nacionalsocialista. También aquí, el principio de selección, el temple de un tipo de hombre y la conciencia de representar a una idea, han demostrado su eficacia.

III.- Los voluntarios germánicos y la SS germánica

La orden del Führer de organizar las unidades «Nordland» y «Westland» en el seno de la Waffen SS al principio del año 1941 representa un hecho fundamentalmente nuevo en su naturaleza y en su alcance. Ver claramente las repercusiones de esta orden es esencial para comprender los principios del nuevo orden europeo previstos por Alemania y el desarrollo del Imperio en un espíritu nacionalsocialista. *La organización de las unidades de voluntarios* no representaba la reparación de un olvido y un rasgo de generosidad, sino *un acto político*. Los enemigos del nacionalsocialismo lo constataron de inmediato. Se trataba de una clara decisión concerniente a la cuestión de la formación del orden político futuro y el principio de organización alemana en el espacio vital conquistado tras duros combates.

El hecho de que esta orden del Führer encontrara tanto eco entre la juventud germánica demuestra hasta qué punto el sentido de nuestro combate fue comprendido en todos los niveles. Revela también un ardiente deseo de participar en esa lucha. Es, al mismo tiempo, una gran prueba de la consideración de que goza ya la Waffen SS, todavía tan joven, y qué confianza inspira la SS en general en su posición de vanguardia. Innumerables jóvenes camaradas de los países germánicos han encontrado su destino en sus filas.

Cuando los primeros voluntarios se presentaron en la Waffen SS, el frente se dirigía principalmente contra Inglaterra... Pero la situación cambió totalmente con *la entrada en guerra contra el bolchevismo*. En los últimos años, la hostilidad provocada por el sistema bolchevique en casi todos los países europeos incitó a Alemania a considerar la participación en la lucha en una escala mucho más vasta. Era la ocasión de

organizar unas *unidades homogéneas en cada país*. Naturalmente, la contribución a este movimiento en el área germánica fue particularmente elevada. Así fue cómo nacieron las legiones noruegas y neerlandesas, la legión de Flandes y el cuerpo franco de voluntarios finlandeses. Estas unidades combatían también en el marco de la Waffen SS. Su lucha significaba más que una toma de posición pragmática; representaba también un compromiso legal de fuerzas nacionales en provecho de la fuerza disponible para el combate.

Las condiciones de admisión en la Waffen SS eran las mismas para todos los países que las del Reich. La entrada en la legión dependía del carácter y de la aptitud al servicio. La asistencia y el apoyo correspondientes a las disposiciones en vigor están regulados de la manera más amplia para los voluntarios germánicos, incluido el apoyo a las familias... Una ayuda particular podía ser necesaria para los jóvenes nacionalsocialistas cuyas familias estuvieran expuestas a medidas coercitivas, económicas o políticas, en su patria, a causa de su enrolamiento voluntario.

Una sección germánica especial fue creada en el seno del SS-Hauptamt para ayudar a los voluntarios. Con sus sucursales, era de su incumbencia planificar todo el trabajo político en el área germánica. Una poderosa Tropa de Protección germánica se hallaba en proceso de creación en Flandes, en los Países Bajos y en Noruega. Además, existían también los comandos de reclutamiento de la Waffen SS, así como las nuevas unidades organizadas y todo el complemento de las legiones, dependiendo todos ellos de la sección de los voluntarios germánicos.

Así, ya durante la guerra, la SS consideraba misión suya juntar con sus medios las fuerzas de cada país germánico y poner los cimientos de un trabajo futuro, común y estrecho.

IV. La SS y la policía

Ya mucho antes de la guerra, el Reichsführer SS quiso crear una nueva policía alemana cuyos oficiales y clases de tropa respondieran a los criterios de la SS y fueran también miembros de la Tropa de Protección. La situación actual correspondía pues a una evolución de la organización. La naturaleza del trabajo de la policía se modificó también bajo la influencia de la concepción nacionalsocialista del mundo. Hoy, su función primera es educativa: más que castigar delitos, es más importante *impedir de manera preventiva que se cometan acciones reprensibles*, preservar al pueblo y al Estado de actos perjudiciales o peligrosos para la comunidad. Hogaño, la SS no asume tan sólo la seguridad política sino que se encarga igualmente de proteger al pueblo contra la acción de elementos asociales. Ha creado, pues, una institución precisa a tal efecto: son *los campos de concentración*. En el anterior sistema, estos elementos habían llegado a ser el foco de la criminalidad profesional y han causado al pueblo grandes perjuicios. Por la máxima que se encuentra encima de la puerta de entrada «el trabajo os hará libres», se exhorta a esos hombres al trabajo productivo en estos grandes centros de educación, pues no se han perdido aún para la comunidad. Pueden recobrar la libertad por una educación severa y razonable.

Había que crear un *aparato de información* para asistir a la policía en su tarea preventiva. Como faltaban ejemplos a nivel nacional hubo que recurrir al servicio de seguridad del Reichsführer SS que, bajo la dirección del SS-Obergruppenführer Heydrich, había sido ya creado por la SS en tanto que organización del Partido. La unión de la policía de seguridad con el servicio de seguridad representó una fusión particular de las fuerzas del Estado y del Movimiento en un sector extremadamente importante.

Contrariamente a la *policía secreta del Estado* (Gestapo) que representa el ejecutivo político, *la policía criminal* (Kripo) se encarga, en general, del ejecutivo no político, y se la compara erróneamente con la antigua policía criminal, es decir la anterior a 1933. Pero esta concepción es falsa. Una comunidad popular que exige que sus miembros sigan una determinada concepción del mundo, un tipo de Estado imbuido totalmente de esta ideología debe, por supuesto, disponer de una policía criminal servicial y que considere sus tareas en función de aquélla. Exactamente como en el área del ejecutivo político, la regla absoluta del ejecutivo criminal exige: la *prevención*, luego la neutralización de todos los elementos que puedan perjudicar al público por sus acciones sobre la fuerza popular y económica.

Combatir el delito significa, pues, detectar y detener al criminal, al elemento asocial, antes de que se perpetren nuevos crímenes o se viva una existencia asocial. La acción preventiva contra los criminales es hoy una medida generalmente admitida y aprobada.

Por su trabajo, el *servicio de seguridad* asegura los cimientos espirituales de la acción de la policía de seguridad. Su trabajo de simple informe de una situación establecida a partir de constataciones materiales hasta el examen científico de acontecimientos y de fenómenos determinados, no concierne ni a la policía de seguridad ni al Estado.

Del mismo modo, desde la toma del poder hasta el comienzo de la guerra, el trabajo global de la policía regular, de la policía de seguridad y del SD ha contribuido considerablemente a crear en el seno del pueblo alemán unas condiciones favorables a la conducción de esta gran guerra. Ésta ha suscitado también nuevas misiones, más extendidas e importantes. Unidades y comandos de la policía del orden, de la policía de seguridad y del SD entraban en todos los territorios conquistados por las victoriosas armas de nuestra Wehrmacht alemana, para tomar medidas lo más rápidamente posible -siguiendo el ejemplo del tiempo de paz-, instaurar primero las condiciones que restablecerán la calma en la retaguardia de las tropas combatientes y, en segundo lugar, montar centros administrativos civiles o militares para facilitar el trabajo administrativo de las tropas.

Los acontecimientos que siguieron a las batallas libradas en los meses pasados en la mayor guerra invernal de la Historia obligaron a numerosos regimientos y batallones de policía a intervenir en el frente. En estos combates, los hombres de la policía regular dieron pruebas de su valor militar, de su bravura y de su tenacidad, al lado de sus camaradas del ejército de tierra y de la Waffen SS. En esta lucha demostraron que la policía regular alemana cumple seriamente con su deber allí donde se encuentre. Los batallones de policía se han batido de manera notable. Ni los incesantes ataques soviéticos, ni el frío implacable y mortal han podido doblegar su tenacidad ni su coraje.

Aún hoy, las unidades de policía están combatiendo en numerosos puntos álgidos del frente del Este. Su puesta a prueba, coronada por el éxito, en feroces combates resulta, a fin de cuentas, de la formación de base de los oficiales y de los sin grado.

V. Consolidación de la nación

La nueva obra colonizadora llevada a cabo por Alemania en el Este, ha encontrado el jefe que necesitaba con la orden del Führer de 7 de octubre de 1939, por la cual el Reichsführer SS fue nombrado Comisario del Reich para la consolidación de la nación alemana. Durante las grandes épocas de su historia, el pueblo alemán se volvió hacia el Este para desplegar su talento creador. Pero esta historia nos enseña también que la victoria militar no basta, ella sola, para conquistar un país. El aspecto trágico de la política oriental alemana de los siglos pasados se encuentra corregido por *la repatriación en el seno del Reich de los Volksdeutsche y de los Reichsdeutsche del extranjero.* Paralelamente a esta medida positiva, se neutralizó la influencia nociva de ciertos grupos de poblaciones extranjeras que representaban un peligro para la comunidad alemana. *La creación de nuevos espacios de colonización alemana,* ante todo por la inmigración y la sedentarización de los Volksdeutsche y los Reichsdeutsche procedentes del extranjero es la tercera y más importante misión que el Führer ha confiado, con su orden al Reichsführer SS. Comprende la reparación del error histórico cometido por los alemanes que hizo agotar las fuerzas populares por la ausencia de una gestión global del destino nacional.

Un aparato apropiado y eficaz se encontraba a disposición del Führer para llevar a cabo inmediatamente este trabajo de política étnica. Doctrinario que enseña incansablemente la idea del vínculo natural entre la raza y la colonización, el Reichsführer SS dio a su *Tropa de Protección* una concepción de base nacionalsocialista, dotándole así de un órgano ejecutivo para llevar a cabo un vasto trabajo constructivo. La idea del campesino-soldado suscitada por esta obra educadora, implica, contrariamente a las «colonias» de los siglos pasados, que debe ser creada una área de colonización en conformidad con el carácter racial de los hombres que en ella se instalan. Por medio de una selección consciente, la SS forma una comunidad en la cual las mejores fuerzas de nuestro pueblo pueden florecer mejor de una manera creadora. Para lograr su anexión final, el espacio oriental precisa de hombres elegidos de acuerdo con unos criterios de carácter y de valor.

Esta selección, que la misma naturaleza practica en el seno de grupos de hombres que luchan para sobrevivir y cuyas futuras generaciones necesitan, está garantizada por la lucha de vanguardia de la SS.

VI. El soldado político

No hemos podido abordar aquí más que las tareas prácticas más importantes de la SS. Pero el espíritu de la SS no se limita al cumplimiento de esas tareas, y - debemos insistir en ello - encuentra su última justificación en la creación, la educación y la selección de un tipo nuevo de hombres y de jefes capaces de dominar todas las grandes opciones del futuro. Para ellos, se ha utilizado el concepto de «soldados políticos». Pero cuando la SS habla de soldado político, no piensa solamente en una revolución de lo político por lo militar, sino también en una revolución de lo militar por lo político. *No es solamente el «hombre político combatiente» quien debe ser elegido y educado, sino igualmente - en el sentido más estrecho - el «combatiente político»*. Considerando el período de guerra, hay que hablar todavía de esta misión por concluir.

La evolución histórica ha seguido su curso desde que la Revolución Francesa y la sublevación prusiana de 1813 hicieron del pueblo el principio del potencial militar en las guerras. Más que nunca, la ideología marcha al lado de los pueblos en los campos de batalla. La idea racial clarifica los frentes.

La idea racial funde al pueblo con la ideología en un todo sólido y combate a las ideologías mundialistas de todas clases.

Pero *la guerra se convierte también en una lucha ideológica*. La alianza de la idea política y de la conducción de la guerra fue llevada a cabo por una revolución del arte de hacer la guerra.

El predominio de la concepción del mundo sobre la política, hace de toda guerra con una concepción del mundo enemiga una cuestión de supervivencia. La ley fundamental de la guerra ideológica es la victoria o la derrota.

La situación histórica de la guerra exige del *soldado la firmeza y la abnegación más absolutas*. Cada individuo debe concentrarse en la idea de vencer o morir. Considerar que el carácter militar es independiente de la forma de vida política e ideológica del pueblo constituye ya una amenaza mortal y representa, de entrada, una debilidad con relación al adversario.

Contrariamente a lo que muchos piensan, no hay un tipo militar que valga como concepción del mundo. El carácter militar comprende toda una serie de virtudes: el coraje, la firmeza, la audacia, la obediencia, el cumplimiento del deber, la dignidad. La concepción del mundo forma el ámbito en que se expresan mejor todas estas virtudes.

El armamento, el equipamiento y la formación no se diferencian de manera esencial en los ejércitos modernos. La disciplina y el cumplimiento del deber por sí solos, no obtendrán la victoria en una guerra ideológica; ésta la obtendrá quien, más allá del cumplimiento del deber y de la obediencia, supere al adversario por la dureza de la acción y la audacia del riesgo.

Lo que constituye el fundamento del mejor espíritu militar no es tan sólo el cumplimiento del deber moral; es, ante todo, la constancia de la fe, pues es primero esta última la que asegura la estabilidad de la acción moral.

Desarrollar esta constancia de la fe es la tarea suprema de la SS. Con esta fe podremos construir fielmente el futuro, de acuerdo con las palabras del Reichsführer SS:

«Así, nosotros abordamos y seguimos el camino hacia un más lejano porvenir según unas leyes inmutables, en tanto que orden nacionalsocialista y militar de hombres nórdicos y en tanto que comunidad juramentada a su raza. Deseamos y creemos no ser tan sólo los descendientes de los que mejor cumplieron con su deber, sino por encima de todo los antepasados de futuras generaciones indispensables para la vida eterna del pueblo germánico.»

La fuerza sólo se justifica
cuando implica la obligación de servir

Darré



El arte del esgrima se practican en la SS, que perpetúa así la tradición de luchadores.

OSS.I.1.3

"La casa de la tropa SS. Nº especial. 1942.

Entre dos linderos

Informe de trabajo 1941-42

Lo que queremos ser:

1. Una Orden militar de SS formados política y científicamente, con un instinto vivo y un físico duro.
2. Una Orden de hombres de la Tropa de Protección y de jefes que, por su valor, su dignidad, su integridad, su actitud exterior quieren ganar y conservar la confianza de los demás.
3. Una Orden que se afirma en la vida por su constante compromiso natural.
4. Una Orden ideológicamente franca, que no puede aceptar ninguna injusticia de la vida sin comprometerse; que manifiesta instintivamente su franqueza ideológica en todos sus actos.
5. Una Orden de soldados científicamente formados que ven claramente que toda nueva promoción no es una promoción de señores. No se puede opinar más que sobre lo que se conoce... y cumplir su profesión por vocación dando lo mejor de sí mismo.
6. Una Orden de soldados que sólo se expresan sobre lo que conocen de una manera rigurosa. Hay que expresarse poco, pero bien. Es una Orden de hombres que saben que tener un nombre implica un deber.
7. Una Orden de soldados cuya ambición es llevar nombres que signifiquen algo, y no ser detentores de títulos anónimos.
8. Una Orden de soldados que tienen el coraje de reconocer el valor de los grandes hombres de su pueblo, el trabajo de los demás de manera desinteresada y que son perfectamente conscientes de lo que son capaces. La cualificación y el resultado deben ser lo primero, y no las condecoraciones y los títulos adquiridos.
9. Una Orden de soldados que, por sus resultados y una actitud digna , no necesitan consumirse en la ambición ni envidiar a los demás por cualquier motivo.
10. Una Orden de soldados que por su simplicidad personal pueden adaptarse a todas las situaciones. Es una Orden de hombres que consideran el dinero únicamente como un medio al servicio de los que son cultivados, y están determinados a apartar a los advenedizos.
11. Una Orden de soldados en los que el genotipo racial determina la pertenencia a la organización. La raza y la sangre son nuestra conciencia de clase, nuestro título de nobleza.
12. Una Orden de soldados que consideran al Führer como la autoridad suprema, queriendo ser un modelo de fidelidad, de obediencia, de acción, de actitud digna y de compromiso personal con el Führer y su idea. De acuerdo con la orden del Reichsführer SS, sirven al Reich germánico como hombres y oficiales de la Tropa de Protección siempre conscientes de su deber.
13. Una Orden de soldados formados científicamente en el marco de una comunidad de clanes de tipo nórdico de mujeres y niños racial y biológicamente sanos: los ancestros de las generaciones futuras.

Ax.

OSS.I.1.4

Cuaderno de la SS. Nº 6. 1936.

Preceptos para el llamamiento de la tropa

1ª semana

a) «No se muere por el comercio, sino solamente por un ideal. Nunca se fundó un Estado por una economía pacifista, sino siempre por el instinto de preservación de la especie. Esta virtud heroica produce precisamente unos Estados civilizados y trabajadores, mientras que la astucia está en el origen de colonias de parásitos judíos.

b) «No olvides nunca, hombre de la SS, que un nuevo orden económico basado en los conocimientos raciales no puede ser creado en unos cuantos meses ni siquiera en unos cuantos años, sino tan sólo poco a poco y que, por consiguiente, no se podrán evitar dificultades durante ese lapso de tiempo.»

2ª semana

a) «Un hombre que está dispuesto a luchar por una causa no será ni podrá ser nunca un hipócrita ni un «lamebotas» sin carácter.

b) «Hombre de la SS, actúa en tanto que nacionalsocialista que desea ser un ejemplo en el terreno de la fidelidad, de la obediencia, y de la disciplina, pero que considera su deber combatir la injusticia y resolver los problemas.

3ª semana

a) «Los partidos políticos son proclives a hacer compromisos, pero nunca a tener una concepción del mundo.

b) «Hombre de la SS, piensa constantemente que la concepción nacionalsocialista del mundo exige el hombre total, unido a nuestro pueblo, y no puede tolerar compartir otra concepción del mundo en el terreno que fuere.

4ª semana

a) «Es partidario de un Movimiento quien se declara partidario de sus objetivos, es miembro de un Movimiento quien combate por ellos. El hecho de ser partidario implica el reconocimiento, el hecho de ser miembro implica el coraje de representar y propagar uno mismo la idea.

b) «Hombre de la SS, sé constantemente un combatiente por nuestra idea nacionalsocialista, ten ante todo como objetivo realizar nuestra concepción del mundo.»

OSS.I.1.5

Cuaderno de la SS. Nº 10. 1937.



Por qué llevamos un uniforme

El uniforme era antaño un signo de reconocimiento. En los viejos tiempos, se daban uniformes a los hombres al mismo título que se influenciaba su manera de pensar. Eran «introducidos» en ellos y esta expresión conlleva ya el gusto amargo de la coacción.

Hoy, se les endosa en signo de actitud espiritual. Sólo cuentan la voluntad y la acción de los hombres que visten la guerrera, y no el aspecto o la moda. Por esta razón, el simple uniforme *feldgrau* tiene más valor que el *dolman* dorado de un húsar.

La lucha heroica de nuestros soldados contra un mundo enemigo ha otorgado su carta de nobleza a la guerrera *feldgrau*. Simboliza para siempre el recuerdo de la miseria y de la muerte que se llevaron consigo a millones de los mejores combatientes alemanes bajo el fuego cruzado y en las batallas de tanques, en los campos de Flandes y las heladas llanuras rusas, en la gris «tierra de nadie». Eran hombres prestos a aceptar la muerte, unidos en la victoria y la camaradería, heroicos solitarios empuñando su última ametralladora.

Todo hombre que luzca la guerrera tiene deberes para con esta tradición. Ella se ha convertido en la expresión de los soldados del frente, de la voluntad de defensa nacional. Adolf Hitler, el cabo de la Gran Guerra, ha hecho de ella el uniforme honorífico del nuevo ejército nacional.

Del mismo modo, la camisa parda será siempre el vestido honorífico del combatiente nacionalsocialista; un recuerdo constante del espíritu de sacrificio de todos los hombres y mujeres anónimos que siguieron al Führer demostrando una fidelidad sagrada, impulsados por una idea constante: ¡Alemania! Alemania, tú debes vivir, incluso si nosotros debemos morir. Este espíritu de sacrificio y de fidelidad, de camaradería y de deseo de libertad une firmemente a cada portador de la camisa parda. Nosotros reconocemos que llevamos la camisa parda y la guerrera negra con el mismo espíritu que aquellos combatientes.

El uniforme sobreentiende una actitud disciplinada.

Ya no es necesario decirle hoy a un nacionalsocialista que nosotros no reconocemos ninguna diferencia entre el servicio y la vida privada. Estamos constantemente al servicio de nuestro pueblo. Un nacionalsocialista no debe, pues, descuidarse nunca. El SS debe también, en lo civil, obrar como si estuviera de servicio, como si llevara el uniforme negro, el vestido honorífico de su Führer.

El uniforme implica pues un deber. Debe ser llevado con la convicción más íntima de constituir una distinción honorable para su portador.

Pero el uniforme presupone igualmente unas cualidades físicas. Debe ser llevado por hombres sanos y no por unos mequetrefes. Es por tal razón que en todas las unidades que llevan un uniforme se cultivan los ejercicios físicos. Bajo el uniforme, el hombre sin actitud se convierte en la caricatura del soldado y ridiculiza a la tropa.

Las nociones de soldado, de defensa y de actividad están vinculadas al uniforme.

Ser soldado implica la noción de cumplimiento del deber. El uniforme reclama de quien lo lleva que sea siempre consciente de que tendrá que cumplir grandes deberes. Llevar un uniforme exige poder luchar con convicción por la idea que nos ha hecho vestirnos con él. Es la expresión de la camaradería, de la perseverancia, de la fidelidad. El que piensa así cuando lo lleva pero que «cuelga» su manera de pensar al mismo tiempo que su guerrera y su camisa, no pone tan sólo en peligro su apariencia personal... Perjudica a la tropa a que pertenece. Pues el individuo no es nada... puede ser un nombre que se olvidará al cabo de tres días. El portador de uniforme, en cambio, simboliza una idea, incluso si se ignora su nombre.

El uniforme exige de su usuario un rechazo total de todo compromiso. No tolera ninguna duda. Exige la acción.

El portador de uniforme focaliza todas las miradas. Cuando se produzcan acontecimientos imprevistos la masa le mirará a él, sintiendo que él sabe lo que debe hacerse. El civil puede permitirse fallar; nadie sacará de ello consecuencias generales. El soldado que falla perjudica el respeto de todos los que llevan la misma guerrera. Quien lleva un uniforme se encuentra siempre colocado en una escala superior del hombre responsable; él es, en todos los casos, un jefe, un elegido. Nuestra educación debe, pues, tender a que un día nuestra juventud lleve el uniforme por convicción, y no sea, simplemente, «embutida» dentro de él. La juventud debe ser consciente de que el uniforme, en la Alemania nacionalsocialista, se ha convertido en la expresión de todos los que se unen porque son de la misma especie. La guerrera gris del ejército popular, la camisa parda y el uniforme negro constituyen la vestimenta honorífica de los hombres prestos a luchar por el Reich nacionalsocialista y por una Alemania eterna.

Tal es, pues, la razón por la cual llevamos el uniforme. Muchos, seguramente, respetaron de entrada la guerrera negra porque tiene prestancia. Les ha gustado y han quedado satisfechos. Pero, progresivamente, se han dado cuenta de que impone también unos deberes, que nosotros hemos aceptado voluntariamente y por convicción. Se pueden tal vez cumplir los reglamentos de una asociación, consagrándose incluso dos veces por semana a sus objetivos, pero no ciertamente una concepción del mundo. La guerrera negra implica para quien la lleva actuar cada día y a todas horas como un soldado del nacionalsocialismo. Toda acción nuestra será, en consecuencia, observada, comparada y juzgada. Se juzga del valor de una idea representada por el portador del uniforme por el comportamiento de aquél.

Debemos ganarnos la confianza de los conciudadanos por nuestro modo de comportarnos, pues no queremos imponer nuestra concepción del mundo al pueblo, sino persuadirle de su valor. Quien lleva el uniforme vive el nacionalsocialismo, y nuestra misión es difundir cada día más ampliamente nuestra concepción del mundo en la comunidad hasta que ella la comprenda.

Queremos que se nos respete y que se juzgue el valor del nacionalsocialismo por nuestra actitud.

Es por ello que llevamos un uniforme.

V. J. Schuster

«El peor camino que se puede escoger,
es no escoger ninguno»

Federico el Grande

066.I.1.6

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1943.

La Orden de los clanes

La palabra «orden» nos es familiar desde las órdenes monásticas y las órdenes de caballería del Medioevo cristiano. Pensando en esas ordenes evocamos poderosos castillos feudales rebeldes, o largas fachadas con numerosas ventanas de los edificios monásticos. Antaño, los primeros eran habitados por frailes-caballeros que llevaban sobre su jubón y su capa la cruz de la Orden. En los segundos, imaginamos a hombres con hábitos calzando sandalias andando en silencio por los corredores y las celdas. Ambos casos nos hacen ya comprender exteriormente el espíritu de la orden.

Una orden es una comunidad que sigue una «ordina», es decir, un estatuto, una regla de vida libremente jurada. La característica de una orden consiste en estar al servicio de un ideal elevado. No hay, por ejemplo, ni nunca ha habido, una «orden de negociantes», sino, en último extremo, asociaciones de negociantes.

El espíritu de la orden desempeña un papel excepcional cuando se trata de profesiones de fe, de ideal, y de defensa de esos mismos valores. Así nacieron las órdenes religiosas monásticas más eminentes en la época en que hombres sumamente piadosos quisieron apartar a la Iglesia de una «laicización» cada vez mayor. Las órdenes de caballería alemana aparecieron cuando fue preciso llevar la fe cristiana a «tierra santa» o a los países eslavos del Este. La Orden de los jesuitas se desarrolló cuando la Iglesia romana debió defenderse una vez más contra el movimiento popular nórdico protestante. Sin tener en cuenta el hecho de que estas ordenes cristianas se basaban en una concepción extranjera y una ideología errónea, que degeneraron y, en parte, desaparecieron, debemos, no obstante, reconocer que en esas comunidades vivían hombres que querían consagrar su vida a un ideal elevado. Ese ideal, esa voluntad, esa profesión de fe eran tan significativos en su vida privada, que no podían afectar más que a unos cuantos, pero no a todos. Además, esos idealistas necesitaban edificar una comunidad de vida teniendo la certeza de que cada uno debería exigirse el máximo a sí mismo al servicio de una idea. Esta certeza confería entonces una fuerza al individuo y al grupo. Constatamos pues, que una orden es, en el seno de una ideología, aquella comunidad restringida cuyos miembros conceden, en su existencia, una preponderancia absoluta a esa ideología y se comprometen en toda libertad a seguir sus leyes. Cuanto más severas son estas leyes, más fuerte es la voluntad de respetarlas, cuanto mayor es el desinterés exigido, más limitado será el número de los miembros de la orden, y más poderosa será esta última en la búsqueda de sus objetivos.

Una orden se define por su objetivo o su programa. Éste, a su vez, está determinado por la ideología a la que se vincula la orden.

Los monjes cristianos tenían por objetivo elevar el alma con vistas a una vida en el más allá. Dado que esto, según la concepción cristiana, no puede llevarse a cabo más que retirándose de este mundo de pecado y mortificando el cuerpo pecador, el monje hacía voto de completa pobreza (alejamiento de todos los bienes de este mundo), de humilde obediencia (abandono de toda voluntad o derecho personal), de castidad (rechazo de todo *deseo* salvo *el de Dios* que es el más coaccionante físicamente). Llamamos a esta actitud «ascesis». A pesar de una justificada indignación, nos inclinamos con respeto ante el más alto grado de idealismo de esos alemanes, de esos germanos, aceptando este sacrificio personal en nombre de «Dios» y de una «idea de perfección». La minoría que aceptaba tales compromisos era sin duda, en gran parte, una élite de carácter.

Los monjes-caballeros de las órdenes de caballería nos ofrecen una imagen más simpática. A la profesión de fe cristiana se unía el modo de vida caballeresco, con un aspecto más viril, más temporal, más activo. Mientras el monje sólo creía poder alcanzar su objetivo, en cierto modo, más que con la autodestrucción, el caballero teutónico se había impuesto como misión engrandecer el reino con su cuerpo de guerrero y con la espada en la mano.

La Orden de clanes de la SS, en cambio, se funda en el seno del Movimiento nacionalsocialista sobre una base totalmente nueva. Al ser diferentes las raíces de sus creencias, cada una de las leyes y de los valores específicos de esta Orden son diferentes. La característica más sorprendente de las ordenes cristianas del pasado, tanto las «contemplativas», como las «activas» o las guerreras, era la obligación de renunciar a la mujer, al matrimonio y a los hijos. ¡El criterio esencial de nuestra Orden es la obligación de desposarse, de contraer matrimonio! La idea directriz de las ordenes cristianas medievales era la elevación del alma, la «liberación del cuerpo» para unir el alma a un dios del más allá. Nuestro credo es que el cumplimiento, la «encarnación» y, en consecuencia, el destino propio del dios de la vida, se haga por las vías de la evolución de las especies y de las razas; nosotros consideramos la elección de la esposa y de la selección permanente como los medios para mejorar la vida (el cuerpo y el alma). ¡No necesitamos ser ascetas, pues no queremos a un dios del más allá! Nuestro dios nos pide ser «temporales», pues el mundo, como sabemos, es su campo de acción, su «cuerpo». Así, la SS, en tanto que Orden pagana de la ideología nacionalsocialista del siglo XX, es una orden temporal, en el más elevado sentido de la palabra. El tiempo de los errores ha pasado. Hoy vivimos en un constante progreso de nuestros conocimientos y los siglos futuros lo demostrarán. ¡Reconocer la presencia de Dios en la naturaleza (tal como la conoce el

estado actual de la ciencia) significa constatar su unidad, sí, incluso su unicidad con nuestro destino, sometido a la ley hereditaria que aplica!

La SS empezó por ser una tropa pero ella sabía, desde el comienzo, que esa tropa no debía ser un fin en sí misma. Nosotros no vivimos para perpetuar un *Männerbund*, sino que somos unos hombres unidos teniendo presentes en nuestro espíritu a nuestras familias, a nuestros clanes, a nuestro pueblo, a los hijos de nuestra sangre, a todos los hijos de nuestro pueblo y a un futuro vivo. Para nosotros, «la organización» no es más que un medio de servir al «organismo». El organismo es el pueblo.

Nosotros constatamos hoy que todos los pueblos europeos, incluido nuestro pueblo alemán, han sufrido en el curso de los dos últimos milenios una constante degradación racial, es decir, también psíquica y espiritual, y ello a causa de la mezcla de sangres (los microbios del judaísmo y del cristianismo, su sucesor). Sabemos que no es ni la hambruna, ni la rabia destructiva de los pueblos lo que provocó los desordenes y las trágicas guerras de la historia de Europa, sino la corrupción de la substancia popular, el desprecio de la voluntad divina de amor y de matrimonio entre iguales de nacimiento, de selección, de incitación a la selección, así como el vicio que le acompaña: el derrumbamiento de las relaciones de autoridad en los cuerpos populares. Afirmamos que cada uno de nosotros colabora en las grandes creaciones humanas políticas e históricas si, en el transcurso de su vida, no se aparta «ni una pulgada de los caminos de Dios», si es *fiel* a los que han escogido la misma fe.

Nosotros, hombres de la SS, reconocemos que las palabras «pueblo», «Reich», «honor» y «libertad» no significan nada si no se tiene la voluntad de hacer vivir el *espíritu* que gobierna estos conceptos. La importancia concedida a este espíritu debe ser resituada en ese *orden* al ser el de las leyes de la naturaleza. El nacionalsocialismo es una ideología biológica que afirma que las exigencias de la naturaleza son exigencias políticas. La naturaleza ha definido la regla de vida que deben seguir las razas de hombres de valía:

1. La aspiración individual a un matrimonio entre contrayentes sanos e iguales por nacimiento.

2. Sobre esta base, el desarrollo de la familia en tanto que «la más pequeña, pero más preciosa unidad en el seno de toda la estructura organizada del Estado».

3. La vida se edifica según las leyes naturales a partir de la fecunda rama de la familia. El clan arraiga en la familia, entidad viva, realidad de la Orden que una voluntad tanto biológica como política ha soñado y deseado.

Sólo en el clan puede el individuo desarrollar su personalidad y sus cualidades.

La mejor Orden es aquélla cuyas leyes son las leyes divinas de la naturaleza. Así pues, la SS comenzó a transformarse, de asociación masculina en asociación de clanes. Los clanes de las SS están así animados del espíritu de la Orden y tienden a unirse todos. La Orden, no obstante, vive a través de cada clan del que extrae su propio valor.

El temor de ver desarrollarse en el clan un particularizo anárquico con respecto a la integridad de la Orden y su objetivo, «el Imperio», así como el temor inverso de que las exigencias de la Orden perjudiquen a las libertades naturales del clan, no tienen fundamento y no tienen razón de ser mientras que el espíritu de la Orden y el del clan no se aparten de las leyes naturales divinas de la vida.

La Orden forja pues una obligación permanente para todos sus miembros. Cada uno debe esforzarse en conservar intacto el espíritu del conjunto. El SS sabe muy bien qué ocurre en el orden de las leyes naturales cuando un individuo u otro puede faltar a su deber, pero sabe también que esto no debe arrebatarle su fe ni su fidelidad. Conservar esta firmeza inquebrantable es ser un verdadero SS, es demostrar el valor de su sangre.

La Historia nos enseña así que los organismos perecen a lo largo del tiempo por debilitamiento del espíritu, alienación o torpor, cuando intrusos egoístas y materialistas se ponen al frente de ellos, apartando a las personalidades audaces, vivaces, creativas que dejan de sentirse atraídas por la organización. Nuestra Orden debe pues evitar dejar pervertir su idea espiritual de base. Debemos, además, impedir privilegiar las apariencias y las formas materiales en detrimento de sus hombres de valor. Sustrayamos también nuestra comunidad a los que no profesen una fe desinteresada y un idealismo puro, sino egoísmo, ansias de poder y apetitos de goces burgueses, pues una Orden es

juzgada por la Historia imparcial según las mismas leyes que un pueblo: en función de las cualidades de su carne y de su sangre.

Una vez cada milenio, los pueblos tienen la posibilidad de corregir sus errores y, enriquecidos por las pruebas dolorosas y provistos de nuevas fuerzas creativas, volver a tomar conciencia del sentido divino de su vida.

Vuelve a entreabrirse la puerta ante un gran futuro. Somos conscientes de la responsabilidad que, siempre en la Historia, recae sobre la minoría decisiva. Así pues, nosotros, miembros de la SS y del clan SS, nos presentamos ante el divino Creador con la divisa que el Führer nos ha dado: «Mi honor se llama fidelidad».

Mayeerhofer

OSS.I.1.7

Cuaderno de la SS nº 5. 1944.

He aquí por qué nuestras taquillas no tienen cerraduras

Un joven camarada SS, un alegre rubito, tenía un punto de lectura (marcador de hojas) espléndido y poco corriente: un billete nuevo de dos marcos. Se trataba ciertamente de un capricho. Tal vez ese papelito marrón, con el orgulloso «Dos» le recordaba a Gisela, o bien era el número de ocho cifras rojas lo que le había interesado. ¿Quién podría decir por qué ese joven SS había retirado esos dos marcos de la circulación fiduciaria? Ese billete nuevo había pasado muchas hermosas horas recorriendo las páginas de su libro. Pero ahora ya no estaba en su sitio. Un mal bromista lo había substituido por dos viejos billetes de un marco. Hans Jürgen dio el asunto por terminado con unas cuantas palabras groseras, pero, una noche, un camarada de más edad volvió sobre el tema: «Joven» -le dijo- «una vez uno de nuestros poetas habló del alma pícara. La encontraba en las jóvenes que se pintan las uñas, se untan los labios de aceite, como si quisieran parecer una postal de cabaret. Pero los rostros imberbes de algunos muchachos pueden también ocultar la misma alma.» Algunos, sintiéndose aludidos, sonríen embarazados. Un hamburgués dijo: «No nos enfademos...» Entonces, el veterano aprovecha la ocasión y dice: «¡Ahí es a donde quiero llegar! En la vida se trata justamente de no enfadarse. Ni en las grandes cosas ni en las pequeñas. Consideremos el cambio del punto de lectura como una broma. Sin embargo, esto revela ya una actitud hacia la intangibilidad del bien del prójimo, lo que permite concluir a una pérdida del sentido de la justicia. En todos los casos de este tipo, os digo, no nos comportemos como unos despreciables judíos. Si queremos ser los mejores, una élite en el origen de una vida y de una raza ejemplares, entonces debemos también adaptarnos al comportamiento de nuestros antepasados en nuestras reglas de vida. Ellos consideraban el bien de los demás como sagrado e inviolable. Recordemos, pues, que ya en el derecho germánico más antiguo, el atentado ilícito contra la propiedad privada era casi desconocido pero, cuando se producía, era castigado como una fechoría indigna de un hombre libre.

--¡Vamos, dijo Gert, no vamos a montar un cirio por una broma! -

--No hablo de todo esto, respondió el viejo camarada, sino de la ley fundamental del Reichsführer SS, sobre el hecho de que la propiedad es sagrada. Tal vez alguno de vosotros no está al corriente de que el Reichsführer, en su ordenanza del 25 de noviembre de 1937, considera que el hurto es un grave atentado contra la propiedad, que afecta al honor. Ya no hablo de ataques graves contra la propiedad privada. El que roba, sustrae o se entrega a malversaciones sabe qué le espera. Quiero solamente repetir una vez más que el hurto, el acaparamiento ilegal de equipamientos o de ropa perteneciente a la SS, lo que se llaman «raterías», no será considerado como una picardía anodina, sino que los culpables incurrirán en una grave responsabilidad. El superior toma las

medidas necesarias en favor de las tropas combatientes, pero actuaciones por su propia cuenta son un comercio condenable. Vosotros estáis orgullosos de que vuestras taquillas no tienen cerraduras; conservad, pues, esa actitud, concluyó el camarada.

Pero Gert no quiso dar la conversación por terminada, tras esa llamada a un comportamiento razonable, y por una alusión a Hans Jürgen cuyo punto de libro perdido, creía, le había valido este sermón moralizante, exclamó: «¡Y todo esto a causa de ti, queridísima Gisela!».

Entonces Hans Jürgen se incorporó de su cama, tomó los dos sucios billetes de un marco e hizo saber solemnemente que ofrecía a ese mal bromista varias copas de cerveza.

Sé justo
y no temas a nadie

****

«Un hombre honrado es, para mí, de la mejor nobleza y del mayor valor, pues su virtud brilla en todo lo que hace»

Federico el Grande

OSS.I.1.8

Cuaderno de la SS. Nº 1. 1944.

Dos ejemplos significativos

¡Quien vive como un parásito durante la guerra es castigado!

No hay nada más vergonzoso que la infidelidad hacia uno mismo y su pueblo. Cuanto más larga es la guerra, más duras son las exigencias y los sacrificios, tanto más estricta y neta debe ser la actitud de todos los que deben administrar los bienes y pueden, pues, perjudicar a la comunidad. Citemos el siguiente caso a título de ejemplo significativo, sacado de la experiencia jurídica: En 1940 el oficial SS X recibió la orden de fundar y administrar un centro económico únicamente para las tropas SS. Se le concedieron plenos poderes a causa de la confianza que se le dio. Sin embargo, abusó de ella de una manera desenfrenada y criminal para enriquecerse personalmente. Abusó de sus derechos y requisó abusivamente negocios, alimentos y todo el stock de tejidos, de ropa y de vestimenta para traficar con elementos delincuentes y oscuros con los que mantenía estrechas relaciones. Utilizó sumas considerables de dinero administrativo con fines especulativos en los que aquéllos tomaban parte y concedió a sus cómplices los plenos poderes de que se aprovechaban luego de la misma manera criminal. El daño que sus actos han causado al pueblo del Reich es inexcusable. Fue condenado a muerte por el delito de haber perjudicado al pueblo. La sentencia fue confirmada por el mismo Führer y la ejecución tuvo lugar poco después.

Todos pueden, pues, ver que toda fechoría, incluso la más insignificante, es juzgada, y así debe ser de manera inflexible y despiadada. Cada hombre de tropa u oficial de la SS debe darse cuenta de que incurrirá en pena de muerte si no respeta las cosas por las que está luchando el camarada del frente, y que él debe procurar el mínimo vital a sus compatriotas. Nadie podrá aprovecharse de su posición o de sus servicios, tenga la edad que tenga y por bien considerado que esté.

Protección de la vida presente en el embrión

La convicción de que la victoria de las armas no puede ser total más que con la victoria de las cunas es uno de los principios más importantes de la SS. El que amenaza

la vida en estado embrionario atenta contra la vitalidad del pueblo. He aquí un ejemplo sacado de la práctica:

El oficial SS A., casado desde 1935, sin hijos, mantenía con la joven empleada de oficina B., una relación que no dejó de tener consecuencias. Como él temiera que el nacimiento ilegítimo de un niño pudiera perjudicar su situación, incitó a B. a que practicara una tentativa de aborto que, no obstante, no dio ningún resultado. Entonces, a través de diversos intermediarios, entró en contacto con un hombre, que, años atrás, había estado mezclado en un caso de aborto y ahora se declaraba dispuesto -tras haberse negado en un principio- a llevar a cabo la intervención en cuestión. El acusado fue incluso a buscarle en un automóvil del servicio y le dio como salario, por sus esfuerzos, además del reembolso de sus gastos, varios pares de zapatos por un valor de 75 marcos. No obstante, la tentativa de aborto no tuvo éxito.

Contrariamente a la sentencia habitual que condena a la madre y a la persona que provoca el aborto ilegal a una pena de tres a ocho meses de prisión y a los otros participantes a penas de prisión hasta un máximo de seis semanas, el tribunal de la policía y de la SS pronunció una pena considerablemente más severa, a saber, de un año y medio de prisión. Consideró, en particular, que el acusado había dado pruebas de una cobardía y de una irresponsabilidad incomprensibles en un oficial SS; había, sin escrúpulos, puesto en peligro la vida y la salud de la madre y había dañado a la reputación de la SS. No se pronunció una pena más severa porque el acusado estaba sujeto a debilidades cardiacas, tenía un comportamiento superficial, se hallaba en un estado de constante depresión y estaba aturdido. El mismo Reichsführer confirmó la sentencia y rechazó una petición de gracia, a pesar de que diversas circunstancias pudieran aconsejar por la concesión de aquélla, entre otras, la adhesión del acusado al NSDAP antes de la toma del poder.

Este castigo extremadamente severo deriva del hecho de que los delitos cometidos contra los principios ideológicos de la comunidad de la Orden merecen una sentencia particularmente estricta.

Extraído de los comunicados del departamento de justicia SS.

«El que no es dueño de sí mismo, no es libre»

Claudio

OSS.I.1.9

Cuaderno de la SS nº 11. 1944.

Dime a quién frecuentas...

Extracto de la práctica de la Oficina superior de justicia SS

Karl y Hein eran viejos camaradas. A menudo se habían enfrentado juntos a la muerte y habían honrado las runas de la victoria en numerosas batallas.

En ocasión de un permiso común, Karl invitó a su camarada a que le visitara en su casa. Como el viaje sólo duraba unas horas, Hein aceptó. Naturalmente, como la alegría era grande y los padres de Karl poseían un hotel en la estación, el encuentro fue copiosamente *regado*.

Pero toda alegría tiene un final, y Hein, de 22 años, debió también regresar a su casa. Antes, encontró una alegre y rubia criada, con la que mantuvo una corta y anodina conversación mientras ella arreglaba el dormitorio. Luego, la joven se fue.

Naturalmente Hein habló a Karl de la amable doncella. Él no podía ni siquiera imaginar que aquella cabecita rubia era la amante de Karl. No se enteró hasta más tarde. La joven había dado a luz a un niño y declarado a Karl como padre. En lugar de que éste se pusiera decentemente del lado de la joven madre y reconociera a su hijo, estudió cómo podría sustraerse a sus deberes. Pidió, pues, un ida, a Hein que no le

abandonara y le ayudara a salirse de esa situación embarazosa. Cuando fuera citado como testigo, debería declarar que la empleada le había propuesto sus *servicios* la noche de la visita o, mejor aún, que se había acostado con ella.

Luego Karl dijo a su amigo que no podría pasarle nada si mantenía esa declaración. Además, prometió a Hein una suma de dinero y una nueva invitación. A pesar de que se arriesgaba a tener problemas a causa de esas mentiras, Hein aportó su testimonio y lo confirmó con su juramento.

K. fue encerrado en un centro de rehabilitación durante dos años por incitación a falso testimonio y H. a un año y medio por falsedad de juramento. Además, ambos fueron excluidos de la SS.

El perjurio es uno de los delitos más viles y más vergonzosos. En ese caso, es particularmente infame por haber sido cometido por unos SS, de los que el pueblo alemán tiene una opinión muy alta en materias de honor y de responsabilidad que exigen aportar a un niño la subsistencia que se le debe. Este caso muestra hasta dónde puede llevar una camaradería mal comprendida. Un «camarada» de esta clase, ya no es, propiamente hablando, un camarada, sino un corruptor verdaderamente inconsciente.

OSS I 1.10

Cuaderno de la SS. Nº 10. 1944.

¡Reserva al amor su aspecto misterioso!

«Conozco a las francesas, las rusas y las italianas, una chica alemana no me puede ofrecer nada», dijo el Rottenführer Hinterhuber mirando en derredor suyo de manera provocadora. Su rubia cara de 19 años traiciona ese rasgo de estrechez de espíritu compuesto en partes iguales de estupidez y de falta de madurez. Seguramente despierta una cierta admiración entre los camaradas de su misma edad que le escuchan. A sus ojos, es un desenvuelto macho lleno de experiencia que «conoce a las mujeres»... ¡cómo es posible tener tanta suerte en el amor! Podría ignorarse una tal inmadura jactancia si no fuera también característica de la actitud de ciertos hombres enrolados en nuestras filas.

¿Cómo adquirió él su conocimiento, su experiencia de las mujeres? Ciertamente debió ser algo muy distante, sin exaltación ni romanticismo. Quería conocer el amor y encontró algunos especímenes dudosos del sexo femenino que fueron ocasionalmente con él porque él resultó estar allí, en aquel preciso momento. Lo que él consideraba una conquista no era nada más que el fruto de un ciego azar, pues si no hubiera sido él, el siguiente hubiera servido igual. No tuvo necesidad, pues, de buscar mucho. Excitada o venal, ella le abandonó. ¡Y él llamaba a eso amor! Durante su joven existencia, no fue más que un soldado. La guerra le hizo atravesar toda Europa. Llevó consigo el recuerdo de vulgares actrices francesas, así como la primitiva despreocupación de la naturaleza femenina rusa. Pero las mujeres que él amaba eran mediocres, de segundo rango... él no descubría la riqueza humana de esos pueblos. La conciencia nacionalista y un vivo instinto levantaban innumerables barreras en el otro campo.

¿Qué conoce, pues, este muchacho, de la naturaleza real de la mujer? Sin duda, no ha crecido en el seno de una verdadera comunidad familiar, no ha sentido la nobleza inaccesible de la madre o de las hermanas ferozmente protegidas. Para él, durante los años en que se convirtió en un hombre, la mujer no representó nada de maravilloso. No tuvo tiempo de reflexionar sobre ello. No leyó ni los textos de Tácito sobre la veneración por la mujer germánica como divina dispensadora de vida, ni tampoco el Werther. Su literatura sobre el tema eran las noveluchas baratas. Y, cuando experimentó por primera vez una gran inquietud interior, turbia, inconcebible y, sin embargo, imperiosa, la guerra le arrastró en su curso y endureció sus sentidos de niño hasta el punto de transformar una exaltación apasionada en un realismo frío, casi grosero.

Es un hecho que ciertos muchachos no han sentido el carácter único e incomparable del primer amor. La vida les ha frustrado de uno de sus dones más bellos y más

ardientes. Así han debido renunciar a lo que constituyó una experiencia fundamental para las precedentes generaciones. Súbitamente, pues, se convierten en «hombres» y descubren un misterio que no conciben nunca como tal. Su primer amor no fue sagrado, ni apasionado, ni entusiasta, sino frío. Su relación con la mujer no estaba caracterizada por ninguna adoración; no veían en ella nada de divino, pues no conocían en ella precisamente nada de tal, no ocupándose más que del aspecto diabólico del otro sexo, no veían más que a una prostituta corrupta, y así llegaban a considerarlas a todas de la misma manera. Un risotada despreciativa acogía a la eventual excepción.

Este estado de espíritu es peligroso. Esta guerra se acabará un día, dejando su lugar a una vida normal. Deberemos curar las graves heridas de que fue víctima este año nuestra reserva de hombres. En un primer plano se encuentra la familia, la voluntad de tener un hijo, pues, si no, una guerra ganada no tiene ningún sentido. Hoy y en el futuro debemos cumplir un programa racial y familiar según la voluntad del Führer. Somos una Orden de clanes y, precisamente por ello, encargados de la enorme tarea de crear una reserva de sangre extremadamente preciosa en el corazón de millones de hombres de nuestro pueblo. Esta tarea nos exige una posición absolutamente sin reservas hacia la mujer, pues en el momento que la desposamos, al ser así la futura madre de nuestros hijos, esa mujer se convierte en un miembro de la SS como cualquier camarada masculino.

La guerra es infinitamente dura. Sólo sobrevivirán los fuertes. Pero este carácter fuerte y bravo no tiene la crueldad sin alma que puede observarse precisamente en nuestros enemigos. Ellos, los representantes de las ideas judeo-bolcheviques, liberales y anarquistas, no aprecian el amor más que como una embriaguez sin freno, ignorando la menor huella de una ética. Sólo cuenta el instante y lo que éste les aporta. Ellos violan siempre al alma noble, no sobrepasando el nivel de la atracción más vulgar. Nosotros hemos aprendido a conocer desde hace tiempo al animal humano bolchevique. No ignoramos los horrores cometidos por los americanos con las mujeres de Sicilia. Entre ellos y nosotros no existe la menor huella ideológica o política de un compromiso, sino tan sólo el hecho desnudo, brutal: ¡O nosotros o ellos! ¿Queremos ponernos en el mismo nivel que su desenfrenado liberalismo? Incluso en las cosas de la vida cotidiana, en nuestras relaciones más íntimas con el otro sexo, no queremos seguir su sucio ejemplo.

Antaño se decía que éramos el pueblo de los poetas y de los pensadores. Estabamos orgullosos de ello... los demás, sin embargo, reían silenciosamente, considerándonos como unos niños políticamente hablando y despreciándonos. Mientras un Bach, un Goethe, les revelaban también a ellos, los burlones, un cielo de belleza, ellos se repartían las riquezas terrestres y nosotros permanecíamos pobres ante sus portales de oro. Después de unos siglos de retraso, hemos madurado políticamente, hemos sido despertados por la gran enseñanza del Führer, dignos al fin del poder político. Debíamos enfrentarnos a la vez con el odio del mundo entero y defender la nueva doctrina con las armas. Nosotros éramos los mejores soldados. Las puertas del Reich se abrieron; centenares de miles de soldados recorrieron Europa en una marcha triunfal sin par. Hicieron una señal a los países extranjeros y a los particularismos de los otros pueblos. Las últimas barreras de las maneras de pensar pequeño-burguesas cayeron y el limitado horizonte se ensanchó hasta las dimensiones del mundo. Pero ahora conocemos el peligro que conlleva esta rápida evolución. Hemos constatado que el espíritu de más de un muchacho ha sido perturbado porque la dureza del combate, la grandeza del sentimiento de poder eran demasiado fuertes para su carácter aún inmaduro e inadaptado al discernimiento juicioso. El peligro de la vida de soldado le impulsaba a buscar apasionadamente el goce, la experiencia y la aventura. Y se volvieron rudos y superficiales. Ellos, los descendientes de aquellos ingenuos soñadores, cayeron en el extremo. Hoy ya no hay un Werther entre nosotros, y esto está muy bien así, pero un tirano despiadado es igualmente condenable. Debe desaparecer. Debemos educarle cada vez que sea posible. Los casados entre nosotros tienen un gran ejemplo que dar. Habiendo aprendido a conocer el verdadero amor, deben cooperar en esta obra de educación condenando la obscenidad y la ostentación sexual... No somos unos ángeles, conocemos la violenta llamada de la sangre y de los sentidos. Pero también aquí debemos ser unos soldados políticos. Apartémosles de esta inconsciencia pobre, primitiva y

sensual, abramos sus ojos a la belleza real presente también bajo miles de formas en el paisaje y el arte del país enemigo que nos rodea. Incluso los más endurecidos saben aún soñar, lejos de la guerra con su inflexibilidad y su dureza.

Los chicos cautivados por el torbellino del abandono y de la ligereza deben poder conocer la verdadera experiencia amorosa. Una mujer alemana pura y sana podrá hacérsela conocer, si la Providencia lo quiere, para que transmita su vida a unos hijos. Éstos, que ellos han querido con una mujer bienamada serán el testimonio vivo de un amor que comprende a la vez lo físico y lo espiritual.

En una época tan dura como la que nos es impuesta a nosotros, alemanes, los hombres necesitan a su lado mujeres que puedan unir a la originalidad de su naturaleza y al calor de su corazón, la amplitud de espíritu franca y reflexiva. Necesitamos mujeres que puedan formar la nueva generación sana que esperamos, que, desde el principio, enseñen a sus hijos a ser miembros de su pueblo y que sepan que el futuro de este pueblo y de su misión espiritual determinan su destino y su historia.

Gertrud Scholtz-Klonk

OSS.1.1.11

Cuaderno de la SS nº 3. 1942.

Fidelidad

La guerra actual ofrece pruebas cotidianas de audacia y de heroísmo singular. Pero no se cuentan los pequeños heríoms, discretos y anónimos de los soldados alemanes. Es la prueba silenciosa, tenaz, de la fidelidad y de la resistencia. Fue la fidelidad de espíritu lo que hizo resistir a cada unidad de nuestro ejército y de nuestra Waffen SS durante tres meses a pesar del cerco y el bloqueo del aprovisionamiento normal, y dio al frente del Este la firmeza y la dureza que, por sí solas, impidieron una catástrofe a causa del frío y el asalto masivo del enemigo. Sólo el que conoce las formas de combate que se desarrollan en el Este sabe lo que esto significa. Cuando el adversario trata de imitar nuestra estrategia, fracasa. El general Rommel lo ha expresado muy bien: «Las batallas de cerco, tales como las que se llevan a cabo en la guerra actual, sólo pueden realizarlas los soldados alemanes.»

Lo que aquí se ha confirmado se demostrará también en el futuro. La fidelidad es una virtud alemana. No existe una fidelidad sin contenido. No tiene nada que ver con esta testarudez de que los adversarios gustan blasonar. No es tampoco la obstinación o la firmeza solas, aunque ellas sean unas compañeras necesarias. La fidelidad, la fe y el honor son como tres cortezas alrededor de un mismo núcleo precioso. Pero es el alma de nuestro pueblo quien constituye su centro, ese reino interior singular del que fluye la fuerza artística, sorprendiendo al mundo con nuevas manifestaciones creadoras que representan nuestra mayor riqueza. No hay alemanes sin ideal. La fidelidad no es nada más que un reconocimiento del valor interior, de la vocación y del destino personales. En el fondo, los actos de fidelidad que se manifiestan en los períodos de apuro son considerados como *actos religiosos*. Los hombres que han vivido estos momentos -no son frecuentes en la vida- pueden hablar de ello y se puede, por así decirlo, seguir la huella de la vocación interior que les poseyó. Los soldados políticos, los pensadores y los inventores la sintieron. Los camaradas SS han vivido esto también, perseverando en su fidelidad al Führer y a la patria a pesar de cartas visiblemente perdidas en el hielo y la nieve.

Para los alemanes, la fidelidad implica que se considere su misión como una orden llegada del cielo. Está siempre en estrecha unión con Dios y sólo un individuo escéptico y superficial puede dudarlo. La fidelidad a la patria, al Movimiento y al Führer tiene sus raíces en la fuerza del alma. El que es interiormente pobre no puede ser verdade-



Avanzando en territorio conquistado

ramente fiel. La fidelidad es la lengua muda de la riqueza interior.

La fidelidad se demuestra con actos. En épocas de peligro y de desgracia, el pueblo alemán ha sido siempre el más fiel, incluso su parte combatiente, es decir, la que sufría la miseria de la guerra y la soportaba más duramente. Eran los soldados de las trincheras en la última guerra mundial. Eran los primeros compañeros de armas del Führer. En esa guerra, el frente lleva de nuevo sobre sus espaldas el peso principal; pero la patria también da pruebas cotidianas de la más profunda fidelidad por su privación y su abnegación.

La perseverancia es también un componente de la fidelidad. La fidelidad al Führer, a los camaradas, a la patria y a la familia es el fuego que nos anima. Conocemos a nuestro pueblo. Sabemos por su funesta historia que su credulidad y su ingenuidad han sido a menudo abusadas por sus tentadores. La SS debe constituir un parapeto alrededor de nuestra joya más sagrada, alrededor de la riqueza interior del pueblo alemán. Nos llena una fe profunda en la misión divina de nuestro pueblo y de su jefe. Nos enriquece. Nos hace fuertes e inflexibles. Nos da la fuerza de ser fieles, en los instantes de máximo esfuerzo.

Gd.

OSS I 1 12

Cuaderno de la SS nº 6b. 1941.

Hombres, camaradas, ejemplos

El hombre decide

SS-PK. Los soviéticos no tienen la excusa, hasta aquí habitual, de haber sido vencidos por la superioridad del material de guerra alemán. Ellos tenían realmente mucho material. Sin embargo, estamos acostumbrados a hacer frente a muchas pruebas, pero aún así quedamos admirados cuando pudimos ver las hileras sin fin de los carros blindados y los cañones soviéticos destruidos a lo largo del camino de nuestra ofensiva...

No; en el Este el factor decisivo es el hombre. Es el soldado alemán, que tiene mejores nervios, mejor constitución; que tiene, ante todo, una fe más fuerte. Y ahí reside también la certeza de nuestra victoria, pues estos hombres se encuentran en nuestras unidades. No se hacen notar mucho; cumplen con su deber. Son soldados que poseen ese carácter evidente que tal vez sólo manifiesta el alemán. Debemos, pues, hablar de ello.

Pienso en el Rottenführer-SS H. Le encontré en un puesto avanzado de una brigada de caballería SS. Le vi por primera vez en un combate cerca de L. Cavó su agujero anticarro bajo el nutrido fuego del enemigo, sin precipitación, casi tranquilamente, como si estuviera habituado a hacer ese trabajo desde hacía años. Más tarde, -entonces nos encontrábamos aislados de todo contacto con nuestras tropas, teniendo a los soviéticos a la espalda- me habló de sí mismo, tras dudarlo un momento.

Apenas me sorprendió cuando mencionó España. Durante dos años se enfrentó a los bolcheviques como voluntario. Realmente, contaba con muchas aventuras tras de sí, pero se enroló como soldado en la Waffen SS tan pronto como regresó al Reich. Para él, era la cosa más natural.

Reflexioné en silencio.... he aquí que hace años que este hombre vive en la guerra. No se ha convertido en un «lansquenete». La misma noche, me habla con fervor de su mujer. En ocasión de un breve permiso, se instaló como artesano en el Gobierno General. Y después de la guerra... pero dejó de hablar de sus proyectos. Primero había que liquidar a los bolcheviques. Se iban debilitando. Él ya ha vivido esto, cuando les acosaba en Cataluña.

Él es así, el Rottenführer-SS H. Nunca se ha hecho notar particularmente. Más de uno de sus camaradas y superiores lo ignora todo de sus cosas. Él cumplió con su

deber. Es un soldado. Solamente un soldado.

¡Pero la fuerza del bolchevismo se rompe con tales hombres, la victoria les pertenece!

Corresponsal de guerra SS T. Kriegbaum

Servicio de artillería ausente...¡no!

SS-PK. Nuestro puesto avanzado ha detectado blindados enemigos; rápidos como el rayo, acudimos y nos situamos en posición a cada lado de la carretera. Mientras nos enterramos con los cañones en los agujeros anticarros, nuestros artilleros anticarros disponen sus cañones quince metros delante de nosotros. Cuando, diez minutos más tarde, nuestros pioneros regresan tras haber colocado las minas, extienden la red de camuflaje por encima del escudo protector. Sólo el cañón dirige de manera amenazante su negro hocico hacia la carretera. Esperamos.

El jefe de sección junto al cañón anticarro observa la comarca con sus gemelos y, súbitamente, ve el primer carro. Trescientos metros por delante de nosotros, su torreta se eleva por encima del maizal. Se oye su primer disparo y un relámpago verdoso pasa por encima de nosotros. Por el otro lado, se oye el ruido de un pesado motor, que rampa hacia nosotros. Luego, vemos a dos más, e inmediatamente después dos obuses desgarran el aire, silbando, y estallan muy cerca de nuestro cañón Pak. «Fuego a discreción». Esa orden devora a los obuses. Las cajas se vacían una tras otra. Los artilleros trabajan sin dejarse impresionar por las explosiones que se producen en nuestro alrededor. Después de los primeros cañonazos, el carro que va en cabeza ya está envuelto en llamas. ¡Pero un cañón anticarros debe todavía enfrentarse a cuatro blindados fuertemente armados!

Inquietos, miramos a nuestros valientes cazadores de carros. Sólo podemos verles durante breves instantes, pues los obuses caen continuamente muy cerca de ellos. El humo y el polvo les ocultan a nuestras miradas. Pero continúan disparando. Saben que nuestra suerte depende también de la suya. Ellos ven, ellos sienten aún más lo que el jefe de sección ordena y leen los movimientos de sus labios ennegrecidos por la pólvora. ¿Cuándo terminará, de una vez, el fuego enemigo?...Luego vino el golpe fatal. No fue más que una llamarada.

No veíamos más que una pequeña llama en una nube de humo negro. El cañón está envuelto en una nube de impenetrable humo pardo. «Servicio de artillería ausente... ¡el Pak ya no dispara!», oímos entonces. ¡Lo habíamos presentido! ¿Qué va a pasar ahora?

Sin embargo, ¡no!, súbitamente se oye un grito: «¡No, el jefe de compañía vive y continúa haciendo fuego...! ¿Cómo es posible? Pues, sí, un golpe de suerte... ¡Uno más! Entre tanto, la nube de humo se ha disipado. Ahora vemos que el jefe de compañía carga, apunta y dispara... y nuevamente carga, apunta y dispara, él solo.

Luego, el carro de cabeza cambia de trayectoria hacia la izquierda y parte por la carretera. Reímos con gusto, porque sabemos qué le espera allí: un final seguro. Unos metros más y el escalonamiento de nuestras minas comienza...Todavía diez metros...allí abajo, delante del pequeño vado debe encontrarse la primera... ahora... una explosión y tres, cuatro chorros de llamas; el carro soviético ha caído víctima de nuestros pioneros.

Entre tanto, cuatro tiradores saltan y corren a reforzar al jefe de compañía junto al cañón Pak. El tercero de estos cinco carros soviéticos queda también neutralizado. Tres disparos en las orugas y nos muestra su flanco. El jefe de compañía dispara bien. La torreta del carro se levanta; dos manos temblorosas agarran los bordes; el último carro superviviente se rinde. Los ocupantes de los dos carros todavía intactos renuncian al combate. Con las manos en alto, están junto a sus colosos, prestos a seguir el camino de la cautividad.

Después, el jefe de la compañía de artillería planta las runas de la muerte sobre las tres frescas tumbas de sus camaradas. «Mi honor se llama fidelidad», puede leerse. Luego, les saluda, por última vez.

Corresponsal de guerra SS Ernst Gugl

OSS I.1.13

Cuaderno de la SS nº 10. 1939.

Los antiguos

Eran los días de gran confusión en el país Sudete. Las órdenes de llamada de la SS resonaban en los comedores de oficiales. La Wehrmacht tenía unas reservas más jóvenes: pero se presentaba la ocasión de enviar a hombres que, físicamente, no les eran inferiores y cuyo espíritu de sacrificio igualaba al suyo. ¿Qué representa hoy en día una edad mínima de 45 años? La SS llamó y todos vinieron. Había hombres de unos cincuenta años que acogían gozosamente una misión de ese tipo. Todos los distritos enviaban a sus «antiguos». Eran hombres de Hamburgo, de Berlín, de Mecklenburgo, de Pomerania, de Silesia, que siguieron su vocación en Oranienburg y eran felices de cumplir una misión en el campo comunitario de los «viejos guerreros» en Sachsenhausen.

Las centurias se han reunido. Nos encontramos ya con el primer problema al constatar que los trajes *feldgrau* de los esbeltos hombres de la unidad Totenkopf que está destacada en las fronteras, no sirven. En la misma fila se encuentran, sin insignias de grado, viejos oficiales del frente al lado de suboficiales y de viejos soldados. El tono de la conversación es caluroso, nostálgico, cuando uno de ellos habla de Verdún, otro de Munkacz o de Turquía. Hablan emocionados mientras numerosas cruces de hierro de primera clase decoran sus pechos. Cada uno conoce sus deberes en el campo de la SS, cada uno sabe cómo su acción es absolutamente indispensable para asegurar la paz interior del Reich.

Nunca en mi vida quisiera olvidar esas semanas en que analizaba un enorme problema de educación con toda claridad, y que transcurrieron en una cordial camaradería. Lo que quiere decir, en el caso de un servicio difícil, de una manera inflexible y perseverante; los deberes parecen hoy menores, medidos en el curso del tiempo.

¿Te acuerdas, camarada?, se preguntan siempre cuando se encuentran, y se evocan las líneas de los puestos avanzados, la compañía, las patrullas en el bosque. Se piensa en el sol, en la niebla gris y también en los días en que llovía tan torrencialmente que ya ni la tela de la tienda ofrecía protección alguna.

Recorro las líneas de los puestos avanzados de mi columna. En mi camino encuentro a uno de los más viejos, que pasa de los sesenta años. Un paso a la derecha... un paso a la izquierda. La lluvia chorrea sin cesar sobre la tela y aumenta los charcos en los que incluso las mejores botas renuncian a combatir la humedad... durante horas... un paso a la derecha... un paso a la izquierda. Y admiro al viejo camarada que no ha buscado excusas y ha renunciado a la facilidad. Su cabeza es blanca como la nieve.

Raramente se ha visto una comunidad tan compenetrada como ésta. Se lee en los ojos de todos ellos el mismo deseo. Cada tarea se cumple de manera «voluntaria».

Luego, el combate termina. Se da el último sueldo y el comandante pronuncia unas cordiales palabras de adiós.

Veo en mi columna al camarada del pelo blanco. Lleva otra vez el uniforme negro de la SS. Sobre su pecho brilla ahora la insignia de oro del Partido

Mi respeto, que ya era muy grande, se convierte en total. Distinguirse a esa edad, con los cabellos plateados y la insignia de oro, y, no obstante, haber cumplido con toda sencillez un servicio difícil, es para mí el ejemplo luminoso de una verdadera camaradería nacionalsocialista.

Hoy, este combatiente ideológico eternamente joven tiene un retrato del Reichsführer SS en el que está escrito:

«A mis bravos, viejos SS, que ayudaron al Führer y a la patria, en tiempos difíciles, al cumplir con su deber.»

S.S.-Ustuf.Max Hanig, estado mayor O.A. Norte.

«Un sacrificio total de sí mismo es la fuente de la que fluyen todas las capacidades. Nos enseña a privilegiar el buen nombre en detrimento de las ventajas materiales, del senti-

miento de dignidad, y a preferir la equidad a la codicia desenfrenada y a la avidez, a hacer pasar el beneficio del pueblo y del Estado antes del nuestro y de nuestra familia; a considerar el bienestar y la supervivencia de la patria como superiores a nuestra propia seguridad, a nuestra propiedad, a nuestra salud, a nuestra vida.

Hace de nosotros unos ciudadanos de un mundo superior».

Federico el Grande

OSS.I.1.14

Cuaderno de la SS. nº 6. 1942.

El testamento de un SS

Éste es el testamento del SS Heinz H. caído en el frente del Este el 28 de marzo de 1942. Era recién casado y no sabía aún si iba a tener un hijo.

Mi testamento:

«Si el Destino quiere que no regrese de esta gran guerra, deseo:

1. Que este acontecimiento no sea considerado como algo diferente de lo que es: un sacrificio necesario que hago gustosamente por la victoria de Alemania al hacer mi vida de soldado.

2. Que mi querida esposa y mis padres bien amados superen su dolor, y que ellos también ofrezcan gustosamente este sacrificio sobre el altar de la patria.

3. Que en la esquela no figure ni una sola palabra referente a un decreto divino, Dios, gran dolor, profundo duelo, etc. En la inscripción, me gustaría la siguiente frase: Por la victoria de Alemania, estamos dispuestos a darlo todo. En duelo, con todo orgullo...

4. Que no se lleve ningún brazal ni otra señal de luto.

5. Que no me lleven a mi país, si no que repose con mis camaradas.

6. Que si no debo tener un hijo, mi hermano G. sea consciente de que él será el único en llevar nuestro apellido.

7. Que mi esposa no permanezca viuda; que, en tanto que mujer sana, no olvide el deber que ella debe cumplir para la eternidad de nuestro Reich.

8. Que, si debo tener un hijo, lleve siempre mi nombre, que sea educado y llegue a ser un hombre sano, honrado, digno, duro consigo mismo y valiente, creyendo en Alemania con una fe inquebrantable.

9. Si tengo una hija, que sea educada para ser una digna mujer alemana, consciente de sus deberes para con Alemania.»

Con el testamento iba adjunta una carta a su esposa. Extraemos de ella las siguientes frases:

«Has sido para mí una buena camarada, una esposa amante y que me alentó con sus cuidados y que será, espero, la madre de mi hijo. Edúcale en el mismo espíritu que lo habría hecho yo: Hazle creer muy pronto en nuestro Reich, en nuestra Alemania eterna.

No permanezcas viuda. Eres demasiado buena para pasar, tan sana y tan joven, tu vida de luto. Lo importante no es nuestra vida, si no la de Alemania. Venceremos porque es nuestro deber. No tenemos elección.»

Luego, en una carta a su hermano:

«Tú estás ahora ahí por los dos. No lo consideres como un fardo si no como una obligación natural. No vivimos para ir un día a un país de cucaña llamado cielo, ni para amasar riquezas materiales, sino para tomar nuestra parte en la eternidad de Alemania. Ésta es la única razón de vivir de un alemán. ¡Nunca lo olvides!»

En la parte del testamento consagrada a las cosas materiales, se había previsto, en el caso de que su matrimonio no tuviera descendencia, que el saldo de la cartilla de ahorros fuera ingresado en la institución nacional política de Köslin (Napola).

«¡Napola de Köslin! Durante tres años he pasado dentro de tus muros los más bellos años de mi vida. Tú has modelado claramente mi idealismo. Tú has dado un sentido a mi vida. Tú has sido mi segunda patria. Quien quiera que haya sido educado por ti, no podrá olvidarte nunca. Tú nos incitas a todos a trabajar incansablemente por Alemania. Nunca olvidaré estas palabras: *¡Creer, Obedecer, Combatir!* Son para mí una fuente de fuerza inagotable. Mientras insufles estas palabras de tan profundo sentido en el corazón de tus alumnos, seguirás siendo lo que debes ser.

En el caso de no tener hijos, me permito legarte unos cuantos centenares de marcos que están en mi cuenta postal.

Los mejores alumnos de todas las clases deberán recibir un premio en forma de libros. Te ruego no citar mi nombre. No es necesario. En la fe en la victoria y en la perennidad del Reich, tu antiguo alumno te saluda.»

Diez mil hombres como ése han caído en una eclosión de virtudes guerreras sin par, que no serían humanamente imaginables si no les sostuviera una fuerza capaz de mover montañas, en los campos de batalla y en su alma.

Quien quiera expresar el sentido de la muerte heroica alemana está en el buen camino cuando vuelve siempre a las palabras: «Caído por el Führer y el pueblo, en la fe en la perennidad del Reich.»

OSS.I.1.15

"Devenir" nº 2. Marzo de 1944.

Por encima de tu beneficio, está la victoria del equipo.

Estas palabras están entresacadas de los reglamentos de las competiciones deportivas de la SS, emitidas por el Reichsführer SS en la primavera de 1937. Nada más sorprendente puede caracterizar el conjunto de la educación deportiva de la SS.

Cuando, tras la toma del poder en Alemania por el nacionalsocialismo, la SS se extendió y consolidó, el Reichsführer instituyó, junto a la educación general intelectual, en el primer plano del conjunto de los estudios, la educación física.

Deportistas conocidos, que formaban parte de las SS, llevaron a cabo la formación y el entrenamiento de sus camaradas.

Los jóvenes equipos de la SS se enfrentaron en numerosas competiciones a adversarios de élite, y demostraron en muchas ocasiones en los estadios deportivos sus posibilidades y su energía.

Numerosas figuras, en todos los campos deportivos, han salido de sus filas y han dado a la SS, también en este aspecto, un renombre particular.

En el curso de las pruebas deportivas, nunca la SS ha tomado en consideración el esfuerzo individual; ella ha exigido de la *comunidad* el espíritu deportivo y la camaradería en el estadio. El esfuerzo del equipo prima sobre todo.

Cuando, últimamente, el SS Reichsführer ha hecho entrega por primera vez, en Holanda, de la insignia deportiva creada por él a casi cien jefes y hombres de la SS, ha hablado otra vez del esfuerzo deportivo común, diciendo:

«La insignia SS deportiva debe ser una prueba de esfuerzos llevados a cabo y de los medios de educación puestos en el camino común, en vistas a formar unos hombres, por una lucha común, por un ideal común.»

Y un poco más allá:

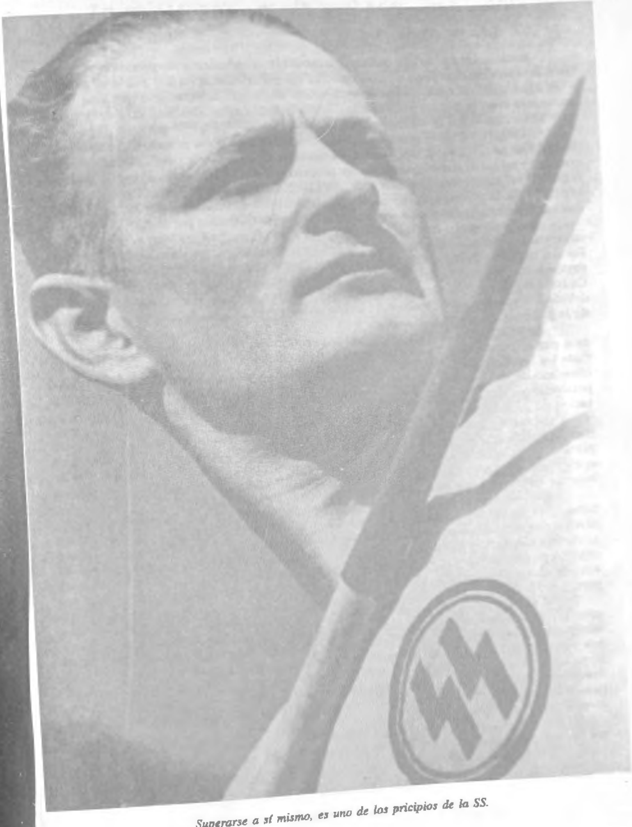
«Esta insignia debe ser el testimonio de una especie de esfuerzo colectivo.»

Así se comprueba el sentido de la educación deportiva en la SS. Esta runa deportiva no es solamente un acicate para la cultura física y la educación militar, si no que es al mismo tiempo el símbolo del esfuerzo vivido colectivamente.

El portador de la insignia de las SS no debe cumplir solamente deberes y obligaciones en el campo del deporte, sino que debe referirse siempre a las palabras eternas de nuestra nueva época: «Por encima de tu beneficio personal, está la victoria del Equi-

po.»

Esta frase fundamental continúa siendo, más allá del esfuerzo deportivo de la SS, algo así como una exhortación y una constante obligación.



Superarse a sí mismo, es uno de los pricipios de la SS.

OSS.I.1.16

Cuaderno de la SS. Nº 11b. 1941.

¿Por qué una fuente sudete?

Antaño, un camarada podía mostrarse extremadamente sorprendido al ver que cuando volvía del deporte o de una marcha, no podía calmar su sed más que tomando o un agua mineral cara, o una bebida alcohólica como la cerveza. Y prefería muy a menudo la cerveza por ser más barata que las bebidas minerales. Así, más de un camarada se inclinaba por el alcohol cuando no lo deseaba.

El retorno de los Países sudetes al Reich puso fin a ese abuso. Inmediatamente después de la ocupación, las fuentes de agua mineral sudetes, célebres por su acción curativa y su buen gusto, pasaron a ser propiedad de la SS, de acuerdo con la dirección regional. Tal como prescribe una orden del Reihscführer SS, fechada el 15 de septiembre de 1939, las viejas bebidas alcohólicas deben ser substituidas por las aguas naturales antaño negligidas y que son detentadas y administradas por la SS.

La fuente nace en Grün-Neudorf, cerca de Marienbad, el bien conocido centro curativo. Es captada tal como brota de las rocas bajo los altos pinos de la Kaiserwald. Por un moderno proceso de embotellamiento higiénico, la «fuente sudete» conserva su composición original y particular -clara como el cristal y burbujeante- sin añadiduras. Cuando la SS se hizo cargo de las fuentes, las encontró en un estado de abandono, debido a los numerosos cambios de propietarios y a la influencia cada vez más nefasta de la dominación checa.

Entretanto, se han ido introduciendo numerosas mejoras en la explotación técnica por el personal, en una óptica de higiene social. Las fuentes fueron reabiertas, pues los hombres de la Waffen SS y de la Wehrmacht en país enemigo hacían un gran consumo de esas aguas minerales. Un aprovisionamiento suficiente en buena agua potable no es siempre posible, pero se logró precisamente por la nueva puesta en explotación de las fuentes y por el sistema de trabajo de los tres 8.

Nuestra agua mineral desempeña un gran papel en los nuevos territorios del Este, en particular en Varsovia, donde la Wehrmacht dependía casi exclusivamente de nuestra agua mineral sudete SS. Se sabía que en Polonia habían grandes peligros de epidemias; así pues, el agua de allí no podía ser utilizada. Como el agua faltaba, el agua mineral sudete fue empleada para múltiples usos, incluso para lavarse y afeitarse.

Hay que tener en cuenta el precio particularmente barato de la bebida. Inmediatamente después de la nueva puesta en servicio, se procedió a un fuerte bajón de los precios que, hasta entonces, eran mucho más caros que los de la cerveza. Así cada uno podía tener la posibilidad de descubrir la acción benéfica de esa buena agua mineral. El objetivo es reemplazar en prioridad las bebidas alcohólicas y los productos artificiales nocivos a la salud popular por los de mesa, curativos y naturalmente puros con un precio ventajoso.

El agua mineral de la «fuente sudete» no contiene aditivos artificiales de gas carbónico o de otras materias. En un litro de solución se encuentran 5,679 mililitros de minerales. El agua mineral, que también es radioactiva, estimula el apetito, refuerza el estómago, purga dulcemente, disuelve los cálculos, regula los riñones y fija la grasa. Hay también aguas minerales totalmente nuevas con añadiduras de zumos de frutas naturales (como el limón) que tuvieron mucho éxito a causa de su contenido en vitaminas. A la virtud curativa del agua de fuente clara y cristalina se añade la acción de los zumos de frutas puros.

Así pues, camarada, si tienes sed, toma una «fuente sudete». ¡Pídela en la cantina! No sólo sacias tu sed, sino que también ayudas a tu salud.

OSS.I.1.17

Cuaderno de la SS. nº 2a. 1941

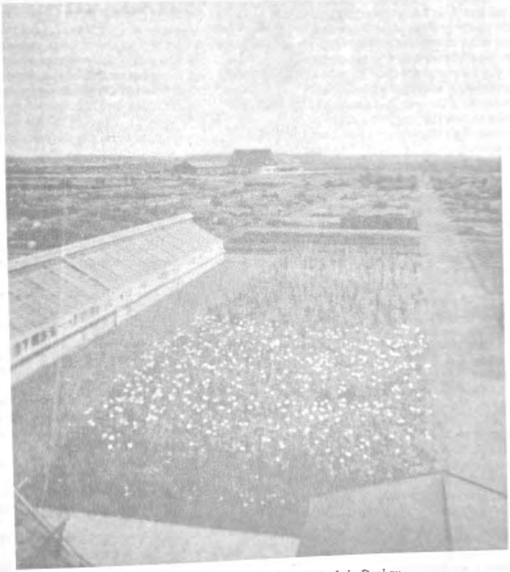
La primavera... y sin embargo ¡cansado!

Las vitaminas de los Institutos SS

«Estamos en mayo... sin embargo, la primavera no me proporciona ninguna alegría. Estoy cansado, desde la mañana hasta la noche. No obstante, me han prescrito vitaminas. Es la razón principal de mi cansancio primaveral.»

Dos SS están ante su refugio, en el Gobierno General. Este invierno, también, el servicio fue difícil y el trabajo inmenso. Los países sólo se conquistan después de la victoria. Sí, allí, ya crecen las primeras legumbres. Pero aquí, en el Este,... en la frontera... y el otro se echa a reír.

--Es el cansancio de la primavera, Karl. Los poetas han encontrado la palabra justa. ¿Tal vez Schiller? Pienso tomarme un largo descanso. Me faltan legumbres frescas; esto es todo.



Herboristería experimental y medicinal de Dachau

--Me haces reír. ¿Aquí, legumbres frescas? Todavía falta tiempo.

--Completamente de acuerdo. Pero, sin embargo, tenemos suplementos de vitaminas. Debo tomarlas. Los productos que nos dan ayudan a luchar contra el cansancio primaveral, el escorbuto, los ramalazos de frío y la nostalgia.

--Entonces, ya puedes dejarme tranquilo con tu medicina y tus tabletas. Nunca en la vida he tomado ninguna píldora y siempre me he encontrado muy bien. ¡Tragarse una píldora! Destruyamos las píldoras y seamos sanos como lo éramos antes. Cada tragador de píldoras es, para mí, un quejica.

--Tienes toda la razón...

--Pero yo sé lo que me vas a decir ahora: «Las píldoras no sirven pará nada, sólo mis tabletas valen su peso en oro.»

--¿Cómo te explicas, entonces, nuestra fatiga primaveral?

--Es debilidad, ¡nada más! replicó Karl. ¿Y tal vez te falten también las legumbres?

--¿Qué pasa, pues, con las legumbres? Quiero decir, ¿cuál es la substancia particular que nos falta? Incluso nos dan vitaminas suplementarias. Para el equivalente de una ensalada, una tableta; por un plato de espinacas, una píldora. ¡No; no puedes convencerme! ¡Mala magia, joven amigo!

--Ahora, debo salir a tomar el aire, otra vez... ¿Has oído hablar de los exploradores polares y de los circumnavegantes que lucharon contra el escorbuto en sus navíos? Nadie conseguía explicarse por qué el escorbuto sólo se declaraba en el mar. Los marineros eran fuertes muchachotes, que se embarcaban con buena salud para un largo viaje, se alimentaban con las mejores viandas, con el mejor pan y los mejores alimentos, y, ¡sin embargo! Cuanto más duraba el viaje, más tristes y taciturnos se volvían. Empezaban a mostrarse nostálgicos; luego, cansados, sin mostrar el menor interés por el trabajo. La enfermedad empezaba así y terminaba con la caída de los dientes y luego llegaba la muerte. Pero cuando el barco regresaba al puerto, los marineros iban a tierra y comían legumbres frescas, el escorbuto desaparecía, así como la fatiga, la nostalgia y la languidez.

--¿Porqué no se dieron a los marineros tus famosas píldoras? replicó Karl.

--Todavía no eran conocidas en aquella época. No se conocían tampoco las causas del escorbuto. La enfermedad causó estragos durante siglos. Hasta principios del siglo XIX, se encuentran en los registros obituarios tanto el escorbuto como la tisis, o el ataque de apoplejía. Los médicos acabaron por descubrir que el escorbuto era una enfermedad alimenticia. Sí; los vikingos estaban al corriente de ello pues llevaban consigo, en sus drakkars, toneladas de chucrut (col ácida) cuando se embarcaban para largas travesías.

En 1534, un médico contó que obtuvo resultados en la lucha contra la enfermedad cuando empezó a dar a los enfermos jugo de agujas de pino. Transcurrieron aún unos siglos antes de que se descubriera la misteriosa substancia que nuestro cuerpo reclama.

En 1912, dos investigadores alemanes, Holst y Fröhlich, hicieron experiencias con animales. Se demostró que el escorbuto es una enfermedad de la alimentación cuando se demostró que la causa del problema era debida a una carencia.

En nuestra alimentación, particularmente en las legumbres y los frutos frescos, se encuentran, además de los aceites, los hidratos de carbono y las vitaminas de la clara de huevo, sin las cuales el hombre no puede vivir. La vitamina C fue descubierta. Y estas vitaminas son precisamente nuestros suplementos.

--¡Caramba! Entonces dime, sabihondo, ¿cuántas vitaminas utiliza el hombre, más o menos?

--Nuestra necesidad diaria se sitúa alrededor de los 50 miligramos. Esto ya basta para asegurar nuestro bienestar. Pero lo que el cuerpo contiene en exceso de vitamina C es, desgraciadamente, eliminado.

--Entonces, ¿qué? ¿Debemos, durante toda nuestra vida, correr tras los enfermeros para tener vitaminas?

--No; la naturaleza nos da vitamina C, pero no siempre suficientemente. En invierno y en primavera, cuando escasean las legumbres frescas, y la fruta todavía no está madura, a todos nos falta vitamina C y todos nos sentimos cansados. Nuestra pereza es

una enfermedad debida a la vitamina C. No obstante, los químicos se han puesto a trabajar y nos han fabricado unos preparados de vitaminas C con objeto de que desaparezcan todas las malas excusas.

—¡Está bien! Vamos a ver al enfermero. Me has convencido y me he convertido en un tragador de vitaminas. ¡Lo que se llega a aprender en el Este!.»

Todos no saben que el laboratorio experimental alemán en Dachau, una institución del Reichsführer SS, fabrica también vitaminas a partir de plantas frescas que han demostrado su eficacia en este segundo año de guerra, en el curso de la distribución en las unidades SS en campaña, principalmente en el Este y en Noruega. La vitamina es administrada a la tropa en la forma de un polvo de hierbas que, además, mejora el gusto de los alimentos. Nuestra descripción, presentada bajo una forma humorística hace comprender bien el sentido y el valor de estos suplementos vitaminados.



«carta del frente», dibujo de C. Schneider.

II. El clan

OSS.I.2.1

Cuaderno de la SS. nº 5. 1938.

El germen del pueblo

Se oye a menudo decir que la familia es el «germen del pueblo». La comparación es acertada. Cada ser viviente, animal o planta, se compone de minúsculos elementos que son vivos: las células. Ellas forman pequeños organismos microscópicos que, en general, pueden vivir solos. Se habla entonces de animales o de plantas unicelulares. Pero en las especies animales o vegetales superiores, son más o menos numerosas, con misiones variadas. Forman, por así decirlo, un Estado celular. En ese Estado celular, una célula no puede vivir sin las otras, pero el conjunto tampoco puede vivir si cada célula no tiene una vida sana. Si ésta última interrumpe su función vital en el Estado celular, entonces éste, animal, planta hombre, y pronto todo el organismo viviente, cae enfermo, y si las células mueren, el Estado celular se extingue también.

La interdependencia entre el grupo y el individuo, y recíprocamente, encuentra fácilmente su analogía en las relaciones vitales del gran organismo popular. La vida y la salud de un pueblo están condicionadas por las de sus más pequeñas células individuales. Y éstas últimas no existen más que si el conjunto está totalmente sano.

Pero el individuo puede vivir también de una manera autónoma. Un Robinson solitario puede, si dispone de medios suficientes, vivir solo durante toda una vida. A su muerte desaparece en la isla este único hombre-pueblo, pues, contrariamente a un animal unicelular, un hombre aislado no tiene siquiera la posibilidad de multiplicarse por división y de dar constantemente nacimiento a una nueva vida. En los seres superiores, se precisan dos individuos de sexos diferentes.

Así pues, los individuos no pueden ser considerados como células que viven en el organismo popular, sino tan sólo esa pequeña unidad capaz de procrear continuamente. Ésta está constituida por la unión de dos seres de sexos diferentes: Es la *pareja*. Estos dos seres al unirse son vivos, son el elemento constitutivo del pueblo, el organismo popular que asegura la vida.

Pero si la familia constituye la célula que asegura la existencia del pueblo, sólo la unión de los dos esposos creando una nueva vida puede ser considerada como una familia. El matrimonio por sí solo no constituye aún un germen del pueblo, sino solamente el matrimonio consagrado por hijos o sólo una joven pareja que desee tener hijos. Pues un matrimonio sin hijos tiene tan poca importancia para la supervivencia del pueblo como si esos dos seres estuvieran solos y no se hubieran casado.

No hablamos sin razón de un *germen*. La naturaleza del germen reside en el hecho de que está dispuesto a germinar y puede germinar. Una célula que no puede germinar es una contradicción en sí y está, más pronto o más tarde, condenada a morir.

A través de su Estado, el pueblo favorece el matrimonio, lo protege y lo estimula por numerosas ventajas materiales. Incluso ha fijado por una nueva ley matrimonial el contenido moral del matrimonio. Pero todo esto ha sido hecho esperando la llegada de

un hijo. Si éste no llega, por una razón cualquiera, este matrimonio imperfecto presenta menos interés para el pueblo y la nueva ley matrimonial prescribe que esos matrimonios pueden ser anulados.

En esto, la concepción nacionalsocialista del pueblo en tanto que organismo vivo se diferencia de la concepción liberal que no ve en el pueblo, o bien en el Estado, más que una asociación de intereses económicos entre individuos, o, por así decirlo, una gigantesca sociedad a responsabilidad limitada. Poco importaba al Estado liberal que un matrimonio tuviera hijos o no. Dejaba esto al «libre albedrío» de los esposos. O bien, actuaba de modo que los que tuvieran muchos hijos fueran públicamente ridiculizados y tratados de imbéciles en comparación con las gentes inteligentes que no querían tener hijos para aprovecharse de las comodidades de la vida. A sus ojos, el matrimonio no era más que un contrato de papel entre dos socios económicos, que se pactaba en primer lugar para gozar «legalmente» de los placeres sexuales, y luego para poderse ayudar económicamente dividiendo el trabajo.

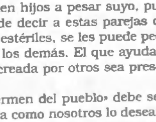
Si muchos matrimonios en la comunidad popular nacionalsocialista no tienen hijos, es normal que les consideremos como unas uniones pactadas de una manera liberal por unos socios interesados y no como esa «familia» que representa el «germen del pueblo», y es merecedora del respeto e incluso de ser protegida. En el Estado nacionalsocialista, el que se casa con el objetivo *consciente* de aprovecharse del «confort» y de dejar para los demás la tarea de tener hijos, demuestra así que su concepción del pueblo y de la familia no se diferencia en nada de la de la caduca época liberal. Sólo se ha unido a un socio económico para aprovecharse de una manera legal de los gozos del matrimonio y saborear las ventajas materiales de tal unión.

Este hecho nos es confirmado cada día por el «mercado del matrimonio» en los periódicos burgueses en los que unos señores cubiertos de títulos y de honores buscan mujeres ricas con el fin de concluir un matrimonio, o unas damas sin recursos buscan un cónyuge capaz de asegurarles una pensión y un nivel de vida pudiente, al cual ellas cederían, a cambio, los gozos conyugales.

Se llaman también a las uniones de este tipo «matrimonio» y «familia», y nadie puede oponerse a ello ya que el empleado del registro civil no puede conocer la intención de los «prometidos»..., a menos que su edad no les traicione. A los ojos del pueblo, no son nada más que matrimonios blancos, sin valor. Habiendo impregnado la nueva concepción moral a toda la nación, hemos llegado a considerar a tales «esposos» con el mismo desprecio que a un estafador que pretende tener derecho a unos títulos o a unas dignidades no merecidas.

Es cierto que unos novios no pueden saber anticipadamente si su matrimonio será fructuoso... están, pues, sometidos a las severas reglas de la SS. Viejas parejas, que decidieron casarse y no tienen hijos a pesar suyo, pueden reparar este retraso de una manera natural. No se puede decir a estas parejas que permanecieron fieles que deberían separarse. Pero, si son estériles, se les puede pedir, por lo menos, que cooperen en estimular la fertilidad de los demás. El que ayuda a un huérfano o a otro niño contribuye así a que la vida procreada por otros sea preservada y aproveche un día al pueblo.

Pero, en todo caso, el «germen del pueblo» debe ser fértil, promocionar la vida, ser procreador y protector de vida como nosotros lo deseamos, para el mayor bienestar de toda la nación. Quien no colabora en la supervivencia del pueblo manifiesta así su falta de interés por sí mismo y por su futuro.



OSS.I.2.2

Cuaderno de la SS nº 5. 1938

La bendición que es la vida

En la época de la cosecha, la naturaleza nos introduce de nuevo en el proceso del crecimiento que podemos seguir cada año. Naturalmente, nosotros extrapolamos a nuestra comunidad popular. Cada siglo hace nacer en todos los pueblos a individuos que, por sus dones particulares, son de un gran valor para su comunidad.

La historia de nuestro pueblo ha visto nacer, en cada época, los miembros de esas familias numerosas que han llegado a ser los precursores del espíritu y del arte, grandes creadores de cultura y de leyes.

Cuando en la Edad Media resonaron los martillazos en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, era el hijo de un minero de una familia de siete hijos que luchaba por la libertad de las almas (Lutero). Gottfried *Leibniz*, ese gran filósofo y profesor de academia, nació también en un vasto círculo familiar. En la era clásica de nuestra poesía, el cantor del Mesías, *Klopstock*, había nacido en una familia de diecisiete hijos, el Néstor del arte poético alemán, *Goethe*, tenía seis hermanos y hermanas. El incitador a las luchas de liberación contra la dominación napoleónica, *Fichte*, tenía nueve hermanos y hermanas. Los padres del orientalista y poeta *Rückert* tuvieron ocho hijos. El gran historiador *Ranke* tenía ocho hermanos y hermanas. El inolvidable compositor *Brückner* tenía diez hermanos y hermanas, Wilhelm *Busch* seis.

Se contaba como el segundo hijo de una familia de siete *Händel*, *Schiller* de cinco, *Beethoven* de cinco, *Novalis* de diez, *von Eichendorff* de seis y Justus *Liebig* de nueve hermanos y hermanas.

Albrecht *Dürer* era el tercero de una familia de ocho hijos, Ulrich *Zwingli* de ocho, *Lessing* de doce, *Haydn* de doce, *Arndt* de diez, Heinrich *von Kleist* de siete, Robert *Koch* de trece, Carl Ludwig *Schleich* de seis y Erich *Ludendorff* de seis hijos.

Como cuarto hijo encontramos a *Federico el Grande*, de una familia de catorce hijos, *Kant* de nueve, (*Napoleón* también de doce), *Bismarck* de seis, Werner von *Siemens* de catorce, el aviador de guerra *Boelcke* de seis hermanos y hermanas.

En el número de los alemanes de élite que fueron los quintos hijos se contaba Friedemann *Bach* de una familia de seis hijos, *Gellert* de trece, el barón von *Münchhausen* de ocho, el barón von *Stein* de siete, Carl *Runge* de ocho hermanos y hermanas.

Como séptimo se contaba entre otros el mariscal von *Blücher*, *Mozart*, *Möricke*, *Geibel*.

Como octavo hijo nacido de familias alemanas había Jost *Amman*, el Príncipe Eugenio, Johann Sebastian *Bach*, el conde *von Platen*, Heinrich *von Stephan*, el colonizador Karl *Peters*, Otto *Weddingen*.

Entre los novenos nacidos contamos *Runge*, *Weber*, Richard *Wagner*, Friedrich *Siemens*.

Y hasta qué punto sería pobre la música alemana sin el undécimo hijo, Franz *Schubert*, o sin el duodécimo, Karl *Lowe*.

Cuando se profundiza en la Historia y se hace una investigación sistemática según estos puntos de vista, se adquiere la certeza de que la vitalidad de un pueblo sólo encuentra sus frutos en los más grandes hechos espirituales y culturales si el pueblo ha permanecido joven y fuerte, y ha vivido en exacta conformidad con la naturaleza.

Hannes Schalfuss



Selección de hombres y mujeres sanos debe tener como base la raza.

OSS. I. 2. 3

Cuaderno de la SS. nº 1. 1939.

¿De qué mueren los pueblos? (I)

La disminución de la natalidad alemana

Al considerar la época actual, ¿debemos plantearnos la cuestión de saber si Alemania será eterna?

Responder afirmativamente depende de nuestra voluntad de hacer que nuestro pueblo sea eterno, pero también de la corriente de sangre que fluye desde hace milenios. Es la cadena de generaciones de la que nosotros somos los eslabones y que nunca se ha roto en el transcurso de miles de años, a pesar de las guerras y las épocas de miseria de la historia alemana y que no deberá romperse en el futuro. Si el pueblo alemán debiera desaparecer porque fuera demasiado cobarde para reñir el combate por una sana natalidad, entonces el trabajo, la lucha y los desvelos de los siglos pasados resultarían haber carecido de importancia.

En una época de expansión general en que millones de banderas y de estandartes reflejan la fuerza y el esplendor del Reich, el individuo tiene fácilmente tendencia a no ver más que la grandeza del presente y alegrarse por ello. Olvida entonces que no es tan sólo en el presente cuando las fuerzas armadas deben estar prestas, ni que los aviones deben despegar, ni que los campesinos deben trabajar en el campo y los obreros en sus talleres, si Alemania quiere permanecer eterna. Si la cifra de los movilizables debiera disminuir un día y una juventud más numerosa que la nuestra creciera en otros pueblos, un terrible peligro se originaría para el pueblo alemán y el Reich.

Alemania *puede* morir a pesar de su poderío y su esplendor actuales. La historia nos enseña que los pueblos pueden desaparecer pues, desde que existen, son responsables de sí mismos y de su supervivencia.

Hace apenas diez años, había gentes, incluso de nuestro pueblo, que creían en una inevitable desaparición de la nación. La profecía de Oswald *Spengler* según la cual Occidente debía fatalmente perecer fue admitida por los débiles y los cobardes que ya no tenían fe en la vida. No veían las lagunas y los errores que aquejaban al razonamiento de Spengler cuando había anunciado la fatídica desaparición de todos los pueblos de Europa. Spengler afirmaba: «¡Según una ley interna, cada pueblo y su cultura deben morir un día, después de haber conocido su juventud y su madurez! Igual que un árbol o un hombre van envejeciendo, luego, necesariamente, mueren, de la misma manera un pueblo debe envejecer y desaparecer».

Pero su comparación entre el pueblo y el destino del árbol o del individuo es, no obstante, errónea. En efecto, cada organismo recibe, al nacer, una nueva vida y fuerzas vivas. Éste es el milagro de la vida, el maravilloso secreto de la procreación y del nacimiento, que la reproducción permite conferir una juventud eterna y la renovación de la vida.

La existencia del *individuo* es limitada; envejece y debe morir. El árbol *aislado* crece, muere y, no obstante, *los bosques son eternos*. El hombre aislado también vive y debe desaparecer y, sin embargo, *los pueblos son eternos*.

Los pueblos *no deben* morir como el hombre o el árbol aislado, *pero corren el riesgo de morir*.

Hay tres causas naturales para la mortalidad de un pueblo. El pasado nos lo enseña tan bien como el presente. Una fatalidad insondable no ha sido la causa de la desaparición de los pueblos civilizados de la Antigüedad; ellos violaron las leyes divinas de la vida.

El Führer dijo un día: «El hombre no debe nunca cometer el error de creer que ha sido promovido al rango de dueño y señor de la naturaleza. Debe tratar de comprender y de captar la necesidad fundamental del reinado de la naturaleza, y que su misma existencia está subordinada a estas leyes del combate, constantes y eugenésicas. Sen-

tirá entonces que, en un mundo en el que viajan soles y estrellas, en el que las lunas giran alrededor de planetas, en el que la fuerza se impone siempre a la debilidad y la convierte en su sumisa sirviente, o la destruye, no pueden haber excepciones para los hombres. Los principios eternos de esta sabiduría son igualmente válidos para él. Puede tratar de comprenderlos, pero nunca podrá ignorarlos.»

La vida exige la victoria constante del fuerte y el sano sobre el débil y enfermo. La sabiduría de la naturaleza ha dictado, en consecuencia, tres leyes fundamentales:

1. Los vivos deben siempre procrear en gran número.

2. En la lucha por la vida sólo sobrevive el más fuerte. La selección permanente de los fuertes elimina a los elementos débiles o de poco valor.

3. En el conjunto del reino natural, las especies permanecen fieles a sí mismas. Una especie sólo frecuenta la suya.

Los pueblos que han desaparecido en el curso de la historia son los que han desoído la sabiduría y las leyes de la naturaleza. Las causas naturales responsables de su debilitamiento y de su desaparición son, pues, las siguientes:

1. Falta contra el deber de conservar la especie.

2. Infracción a la ley de la selección natural.

3. Inobservancia de la exigencia de mantener la pureza de la especie y de la sangre.



El nacionalsocialismo ha celebrado siempre la familia como frente de vida del pueblo. SS fue más lejos definiéndose como una orden de «clanes» que debían hacer fructificar sus cualidades en unas familias numerosas.

El examen de la evolución numérica y cualitativa del pueblo alemán en el transcurso de los cien últimos años demuestra que, también él, ha transgredido con despreocupación e irresponsabilidad las leyes de bronce de la vida.

Hacia mediados de los años 70, entre 1870 y 1875, nacían 40 niños por 1.000 habitantes. Desde el año 1900, sólo 36,5 por 1.000; en 1913, 27,5 por 1.000. Desde que, tras el final de la guerra, se perdió todo sentido de la responsabilidad, Alemania descendió a 14,7 nacimientos por 1.000 ciudadanos, su umbral peligroso.

La vitalidad de nuestro pueblo, que debe estar constituida por una juventud numerosa, ha bajado pues, en una generación, un porcentaje de 40 a 14%. Además, durante los cinco años de guerra, nacieron 3,5 millones de niños menos. Mucho más importante que las pérdidas en los campos de batalla fue, pues, la pérdida en niños que no fueron procreados ni nacieron porque sus eventuales progenitores estaban en el frente. La regresión permanente de los nacimientos en Alemania, todavía 2 millones en 1900 hasta 900.000 en 1933, significa una disminución constante de la fuerza armada

del pueblo alemán. El número de niños alemanes que terminaron su escuela primaria fue de:

1.272.000 en 1925
1.125.000 en 1929
754.000 en 1930
606.000 en 1932

Suponiendo que la mitad de los alumnos que salieran de la escuela fueran muchachos, se nota una disminución del número de movilizables posibles de 606.000 a 303.000, cifra de la que aún no se han deducido los que desaparecerán antes de su llamada a filas.

En el caso en que Alemania no consiga detener, por todos los medios, esta regresión de nacimientos tal como aparecen en las cifras hasta el año 1933, dentro de algunas décadas no quedarán más que unos 250.000 hombres disponibles por año para el servicio militar, mientras que Rusia, por ejemplo, ha contado, en 1930 con 1.750.000 movilizables de veinte años.

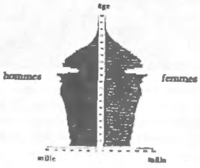
La pirámide de las edades del pueblo alemán

Si el pueblo alemán hubiera aumentado en las décadas pasadas, si el número de nacimientos no hubiera disminuido constantemente desde el principio del siglo, nuestro pueblo tendría una pirámide de edades natural y sana. Esta pirámide, en el organismo popular, está determinada por la parte proporcional de las generaciones anuales en el conjunto de la nación. En una pirámide sana, los niños de menos de un año forman la mayor parte de la población, al ser cada siguiente generación, a causa de las muertes naturales o por accidente, numéricamente un poco más débil.

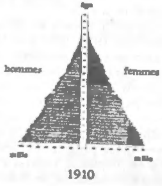
Si se representa esta pirámide trazando una línea de longitud proporcional al número de ciudadanos y si se la superpone a la línea de esta generación referida para cada año, se obtiene la pirámide de las edades del pueblo.

Por ejemplo, la del pueblo alemán en 1910 es natural y sana. En cambio, la del año 1975 es peligrosa y nos muestra que nuestro pueblo puede morir.

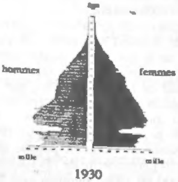
En 1910, había pocos viejos y muchos jóvenes en Alemania:



1975



1910



1930

Por encima de 65 años: 2,8 millones = 5%
Por debajo de 15 años: 19,6 millones = 34%

La pirámide de las edades del año 1975 representa la población del pueblo alemán según las previsiones estadísticas, de lo que se deduce necesariamente que, si bajo el imperio de la cruz gamada no se toman decisiones decisivas referentes a la política de nacimientos, la pirámide nos demuestra claramente que la caída de la natalidad provocará la extinción del pueblo. La pirámide se transforma en una urna funeraria.

Habrían en Alemania, en 1975:

9,2 millones de más de 65 años
10,1 millones de menos de 15 años

En 1975, habrían casi tantos ancianos como niños, mientras que en 1910 el número de niños era siete veces mayor que el de las personas de edad.

Las causas de la disminución de la natalidad

Cuando nos interrogamos sobre las causas de la disminución de la natalidad, resulta que:

La actitud de los hombres, su concepción de la vida y del mundo están en el origen de las *causas que provocaron la violación del deber de asegurar la supervivencia numérica del pueblo. La miseria económica* no fue nunca la razón mayor; ella tan sólo colaboró, particularmente después de la guerra. Pues mientras que la prosperidad de Alemania se acrecentó después de la creación del Imperio en 1870/71, el número de nacimientos cayó de año en año desde el principio del siglo hasta el desencadenamiento de la guerra. Y actualmente las familias más desfavorecidas tienen casi siempre más hijos que las familias acomodadas. No eran, pues, la miseria y las preocupaciones lo que impedían los nacimientos, sino el amor del confort, un razonamiento egoísta y la cobardía ante la lucha por la existencia o el temor de tener que reducir los placeres y el lujo. La ilusión de la educación tenía también su importancia. Una familia que no contara más que con uno o dos hijos puede darles una mejor educación que a un gran número de niños. Pero la preocupación exagerada de educar bien al niño tiene como consecuencia producir una generación blandengue, que los padres sustraen desde el principio a las pruebas de la vida y que, en consecuencia, no lucha.

Las grandes personalidades de la historia alemana *procedían muy a menudo*, y no fortuitamente, *de familias numerosas*. Los grandes personajes son frecuentemente los últimos nacidos de una larga serie de hermanos y hermanas.

Dejando a parte la doctrina liberal de la felicidad del individuo sobre la Tierra, las Iglesias ejercían también una acción perniciosa con su sermones de la felicidad en el más allá, su doctrina del pecado original y la promesa de recompensa celeste. Durante la era cristiana, innumerables hijos se perdieron para el pueblo alemán porque los curas y las religiosas negaban la ley de la vida en su búsqueda de una felicidad paradisiaca y renunciaban voluntariamente a convertirse en padres y madres de niños.

La voluntad de tener un hijo, o mejor, de tener muchos hijos, debe ser una evidencia para cada uno de nosotros, SS, pues el pueblo alemán no debe morir, sino que debe ser eterno.

SS-Ustuf.Dr. Gerhart Schinke



OSS.I.2.4

Cuaderno de la SS. nº 3. 1939.

¿De qué mueren los pueblos?
(II)

Selección y contra-selección

En el primer cuaderno del nuevo año de los Cuadernos de la SS, nos interrogábamos sobre las causas de la muerte de un pueblo y había quedado demostrado que, durante muchos decenios, el pueblo alemán había faltado a su deber nacional de conservación *numérica*. Se ha visto cómo la cifra de la población ha bajado continuamente desde 1870 hasta 1932 hasta el punto de que ha aparecido el peligro de ver a nuestro pueblo alemán, no tan sólo envejecer, sino morir a falta de una nueva juventud.

Vamos a demostrar a continuación que nuestro pueblo, también, ha faltado a su deber de supervivencia y ha contravenido a la *ley natural de la selección*.

El valor de un hombre o de una mujer para la perennidad del pueblo alemán reside en la pureza de su sangre, sus cualidades hereditarias y su valía puesta al servicio de la existencia de su pueblo.

Negligencia en el estímulo a conservar la pureza de la sangre

La doctrina de la igualdad de los hombres, enseñada a todos los pueblos tanto por las Iglesias como por los apóstoles del bolchevismo, ha tratado de vencer a la idea original de la raza y suprimir entre los pueblos las barreras naturales propias de las leyes de la vida y de la evolución. La Iglesia ha unido en comunidades religiosas a hombres que estaban separados y diferenciados por su raza. Y, según el sermón de los curas, un negro bautizado católico estaba más cerca de una joven alemana católica que de un alemán no católico, pariente por la misma sangre. La Iglesia ha hablado de matrimonios mixtos y entiende bajo esta denominación un matrimonio entre alemanes cuando uno de los dos aprendió y cantó en su juventud salmos luteranos y el otro himnos a María. Los ministros del culto rechazaban el matrimonio entre alemanes de confesiones diferentes pero bendecían sin dudarlo, a veces con una cierta satisfacción interior, un matrimonio entre un judío o un negro bautizados y una joven alemana cristiana bautizada.

Mientras que la Iglesia incitaba a las gentes a determinar su elección conyugal en función de consideraciones religiosas, la sociedad liberal se esforzaba en impulsar a sus miembros a no elegir como compañero más que en función de su rango social, de manera que la mayoría de las veces se descuidaba el valor hereditario y racial. La elección conyugal no estaba, pues, determinada por el vigor del hombre, el encanto y la alegría de vivir de la mujer, sino por la pertenencia a la misma comunidad de ideas o el importe de la dote.

Y los hombres, olvidando la selección de la especie, se unieron con impura sangre extranjera y destruyeron así su patrimonio hereditario.

El bolchevismo, emanado, como el pensamiento religioso, de una concepción judía, abolió finalmente todas las barreras naturales entre las razas y los pueblos. Ya durante siglos las Iglesias habían enseñado que el ideal, al final de la evolución, era la constitución de un solo pastor y de un solo rebaño; el bolchevismo exigía igualmente el caos de las razas como objetivo último.

Cuando elementos de nuestro pueblo empezaron a mezclarse con hombres de especie diferente, su vitalidad disminuyó a consecuencia de ese cruce racial. La especie, de la que el romano Tácito dijo un día «que no se parecía más que a sí misma» se mezcló y se convirtió en impura. En lugar de las bellas y sanas estaturas de nuestra raza de actitudes y comportamientos armoniosos, aparecieron entonces especies cuyo estado de espíritu era inestable. Exteriormente inarmónicos, tenían también muchas almas en su corazón, su carácter no era ni fuerte ni homogéneo; estaban interiormente desgarrados en sus pensamientos y en sus valores. Cuando nuestros compatriotas perdieron su unidad de raza y de carácter, pronto dejaron de comprenderse los unos a los otros.

Unos hombres de la misma raza se conducen de la misma manera ante un destino puesto que tienen la misma alma y el mismo valor de carácter, el mismo sentido de la vida y el mismo objetivo. Unos hombres de la misma sangre y del mismo patrimonio hereditario no tienen solamente la misma concepción del honor, de la libertad y de la fidelidad; tienen el mismo espíritu de decisión en el combate ante el peligro, y conciben a Dios de la misma manera. Un pueblo cuyos elementos tienen en común el mismo carácter hereditario presenta una unidad viviente, fuerte en sí misma, clara en todas sus decisiones. Un pueblo es una representación de Dios y la representación de Dios siempre es clara.

Unos hombres de raza diferente piensan diferentemente en lo que se refiere al valor del carácter, el amor y el matrimonio, el derecho y la injusticia. Se comportan de una manera diferente con sus amigos y sus enemigos e igual les sucede en los momentos de peligro.

Si un pueblo está racialmente mezclado, le falta unidad corporal y espiritual. No hay un pensamiento común, ni una voluntad unitaria, ni de creencias ni de comunes concepciones de la vida.

Es así cómo nuestro pueblo alemán, a consecuencia de cruces raciales, se ha alejado del antiguo ideal del hombre bello y heroico. Se le han presentado como figuras ideales de la vida, criaturas enfermas y miserables santos, cuando su héroe y modelo

era, antaño, Siegfried. Una tal evolución ha conducido siempre a la desaparición de un pueblo.

Somos conscientes de la profunda verdad contenida en esta frase del Führer: «El pecado hereditario contra la sangre y la raza constituye el único gran pecado de este mundo y el final de los pueblos que lo cometen.»

La infracción de la ley de la selección natural

En la naturaleza, que ella misma se organiza desde siempre según las leyes divinas, la ley de la selección natural reina despiadadamente. El perpetuo combate por la existencia aniquila todo lo que no es viable, y ello ya en el estado embrionario. Los fuertes y los valerosos pueden afrontar los mil peligros que presenta la naturaleza; en los bosques y en los mares no puede subsistir ninguna vida de calidad inferior o hereditariamente enfermiza. La selección natural actúa de modo que tan sólo el fuerte y el sano sobrevivan por la lucha y se multipliquen por la procreación, pero que todo lo que es enfermo decaiga y muera.

Los más fuertes y los mejores cumplen su destino en la selección según las leyes divinas, y, por ello, al constituir el mantenimiento del valor de las especies el sentido eterno de la lucha perpetua por la existencia, para su mejoramiento y su elevación queda asegurado.

Nuestros ancestros germánicos seguían las leyes de la selección como todos los pueblos sanos cuya inteligencia y sensibilidad no habían sido aún contaminadas por falsas doctrinas de piedad.

La falsa concepción que la Iglesia tenía de Dios negó las leyes divinas de la naturaleza. La enseñanza eclesiástica se opuso deliberadamente a la voluntad de la naturaleza.

Una vez que se hubo predicado a los pueblos que Dios había muerto crucificado por piedad por los débiles y los enfermos, los pecadores y los pobres, la enseñanza contranatura de la piedad y un falso humanitarismo pudieron promocionar la conservación de los enfermos congénitos. Sí; se consideró como un deber moral cuidar y favorecer principalmente a los enfermizos, los desgraciados abrumados y los pobres de espíritu.

De este modo los enfermos congénitos pudieron multiplicarse sin trabas y la comunidad de las gentes sanas debió soportar el peso de los cuidados efectuados para conservar a esos elementos afligidos por taras hereditarias.

El gran número de enfermos hereditarios provocó un gravamen financiero casi insoportable del presupuesto del Estado y de las colectividades locales. Un escolar retrasado cuesta al Estado dos o tres veces más que un niño normal. Un enfermo hereditario en una residencia especializada, un enfermo mental o un epiléptico, reciben, anualmente del Estado, en promedio, cinco veces más que un asegurado social sano después de una vida entera de trabajo. Muchos millones han sido dilapidados cada año para los manicomios, mientras que a familias obreras sanas les faltaba a menudo lo estrictamente necesario.

El patrimonio hereditario del pueblo alemán se empobrece también a causa de la reproducción indiferenciada de ciudadanos de valía racial diversa. La estructura de un pueblo permanece homogénea cuando todos sus elementos se casan a la misma edad y engendran en cada unión muchos hijos. Se produce de manera necesaria y natural un acrecentamiento de la rama de población cuyos miembros se casaron pronto y han tenido un mayor número de descendientes. En Alemania, los matrimonios tardíos y la falta de hijos, fueron justamente, durante decenios, el destino de gentes de valor, es decir, de un precioso patrimonio hereditario, lo que causó una importante disminución de la parte de la nación que, precisamente, tenía más valor. Ya durante los años que precedieron a la Gran Guerra, se constató una reproducción indiferenciada en el pueblo alemán.

En 1912, se contaban, en promedio, en las uniones de altos y muy altos funcionarios, 2 hijos; en los matrimonios de empleados y de las profesiones liberales, 2,5 hijos; en las de los obreros instruidos y artesanos, 2,9 hijos, en las de los peones y OS 4,1 y, entre ellos, 5,2 niños entre los obreros agrícolas.

Estos últimos años, los surgidos de la enseñanza superior tenían en promedio: 1,9 hijos, las familias de empleados acomodados y de artesanos, 2,2; en los obreros cualificados, 2,9. Los asociales, los criminales y los padres de hijos retrasados tenían, en promedio, un gran número de hijos.

En consecuencia, la cifra de tarados y de enfermos hereditarios aumentó en el pueblo alemán, mientras que disminuía el número de gentes sanas y valiosas.

Se cuida a más de 700.000 enfermos aquejados de taras hereditarias graves en establecimientos especializados. El número total de enfermos hereditarios llega ciertamente a varios millones.

Este turbador estado de hecho es la consecuencia de las doctrinas de piedad contrarias a las leyes de la vida; es la consecuencia de la glorificación de los incapacitados, de los débiles y de los pobres de espíritu. Todos esos individuos, hereditariamente de mala salud, si debieran encargarse ellos mismos de su propia persona, no tendrían los medios de afirmarse y de triunfar con su energía en la lucha por la vida. En esa lucha querida por Dios, ellos son necesariamente vencidos, pues la naturaleza, en su santa sabiduría, preconiza la eliminación de los débiles y de los enfermos.

En consecuencia, mientras que en la naturaleza reina la ley de la selección, una mala gestión estatal de la nación y la perturbación de la vida que ha suscitado en el pueblo, han provocado, justamente, una contraselección. Del hecho de la contra-selección, el «no-valor» se multiplica a expensas del valor, el débil a expensas del fuerte, y ello a causa de la asistencia y de los cuidados prodigados por la civilización.

Muchas grandes ciudades representan también una fuente de contraselecciones. La gran ciudad ha atraído siempre a las fuerzas vivas del pueblo que querían progresar y demostrar su competencia, pero desaparecieron fatalmente desde la segunda generación. Clanes enteros han muerto en las grandes ciudades. Si Berlín, por ejemplo, no recibiera inmigrantes, según Bürgdorfer, sobre la base del número de nacimientos actuales, no quedarían, dentro de 150 años, más que 100.000 descendientes sobre los 4.000.000 de almas censadas hoy.

La guerra moderna ejerce una acción particularmente eficaz en el sentido de la contra-selección. Se movilizan casi exclusivamente a los hombres de buena salud física y espiritual, de manera que en la guerra no caen más que los detentores de un patrimonio hereditario valioso. Los campos de batalla se tragan así la sangre de los mejores hijos del pueblo cuyo patrimonio hereditario se pierde irreparablemente. Ciertamente, su muerte es un sacrificio sagrado para el honor y la libertad del pueblo.

Igualmente, varios centenares de valerosos jóvenes alemanes caen cada año víctimas del deporte o de la competición, en la lucha contra el hielo, en la nieve, en carreras automovilísticas o en avión.

Por grande que fuera la cifra de estas víctimas, ningún pueblo de la Tierra ha muerto a causa de una guerra, de malas cosechas o a consecuencia de un período de recesión política.

Los pueblos sólo han desaparecido cuando la substancia viva que asegura su vida histórica, su sangre, su raza, se han agotado. Sólo mueren, pues, en los siguientes casos:

1. Cuando la cifra de nacimientos desciende a causa de la regresión de la fuerza popular, ofreciendo así la posibilidad de ser aplastado por un vecino cualitativa y cuantitativamente más fuerte.

2. Por un cruce racial que ha quitado a un pueblo originalmente sano su armonía interior.

3. Por desprecio de las leyes de la selección lo que provoca una disminución del patrimonio hereditario de valor y propicia una reducción de las capacidades y de las cualidades en la población.

La muerte de un pueblo se basa, pues, en una concepción errónea de la vida, y se debe a la inobservancia de las leyes eternas de la Tierra. El hombre ha aprendido a despreciar las leyes de la vida porque ha perdido el vínculo con la naturaleza y la vida.

Las Iglesias han frustrado a millones de los nuestros de la creencia germánica en la inmortalidad terrestre, hasta el punto de que numerosos hombres y mujeres renunciaron, en el nombre de una voluntad celeste irreal, a engendrar hijos sanos. Las Iglesias han dicho que la Tierra sagrada es un valle de lágrimas y han enseñado que la

procreación y el nacimiento eran una falta y un pecado. Cuando la fuente esencial de la vida, la voluntad de vivir, fue substituida por la búsqueda de la felicidad material o en el más allá, la instauración del egoísmo y finalmente del bolchevismo fue posible; empero, este último no tiene otro objetivo que el debilitamiento y la decadencia de los pueblos.

El nacionalsocialismo, enseñando la vida eterna de un pueblo, hace que los hombres vuelvan a respetar las leyes divinas de la vida. El Führer dijo: «La gran revolución del nacionalsocialismo es haber abierto la puerta del conocimiento, a saber que todas las faltas y errores de los hombres son debidos a ciertas circunstancias y son, pues, reparables, salvo uno solo: despreciar la importancia de conservar su sangre, su especie y, en consecuencia, el estado de espíritu y el carácter que Dios les ha dado. Nosotros, humanos, no debemos preguntarnos por qué la Providencia ha creado las razas; debemos solamente constatar que castiga a los que menosprecian su creación.»

«Por primera vez, posiblemente, desde que existe una historia humana, se ha llamado la atención en Alemania sobre el hecho de que la primera de todas las misiones que nos son encomendadas, la más noble y, por ello, la más sagrada para los hombres, es la de la conservación de la sangre y de la especie, tal como Dios las ha creado.»

Como SS, somos conscientes de nuestro deber nacional y queremos, bajo el signo de la vida renaciente, de la santa cruz gamada, convertirnos en padres, y por amor por la tierra tres veces consagrada que es la patria de nuestros ancestros y la nuestra, dar la vida eterna al pueblo alemán.

Las palabras de nuestro camarada SS Lothar Stengel von Rutkovski *en Reino de este mundo,* las hacemos nuestras:



¿Tiene un Estado el derecho de practicar el eugenismo para evitar a unos desgraciados el fardo de unas taras hereditarias?. El nacionalsocialismo responde afirmativamente. A la derecha, jardín de infancia de la asociación de «Lebensborn».

Tú, nieto,
A las victorias y a los peligros
De tus ancestros,
Debes tu existencia.
Como abuelo,
Tienes en tus manos
La felicidad y la desgracia
De las generaciones más lejanas.

SS-Ustuf. Dr. Gerhart Schinke

«Los pueblos disponen de dos armas en su lucha por la vida:

Su capacidad de defenderse y su fecundidad natural. No olvidemos nunca que la aptitud a defenderse no puede, por sí sola, asegurar la perennidad del pueblo en un lejano futuro, pero que la fuerza inagotable de su fecundidad es necesaria.

Veámoslo claro y actuemos a fin de que la victoria de las armas alemanas sea seguida también por la victoria del niño alemán».

Heinrich Himmler

OSS.I.2.5

Cuaderno de la SS. nº 4. 1938.

El nuevo derecho matrimonial de la Gran Alemania

Las caducas disposiciones de la jurisdicción matrimonial y sobre el divorcio, igual que el retorno del pueblo austríaco al Reich alemán precisaban de una transformación acelerada de la reglamentación concerniente a este aspecto importante del derecho familiar. Estas leyes han permitido dar el primer paso conducente a la creación del derecho matrimonial y familiar alemán. La concepción del Estado nacionalsocialista sobre la naturaleza del matrimonio determinó la institución del nuevo derecho. Dogmáticos y rígidos vínculos religiosos existentes en Austria, tal como los definía la creación de la ley, habían permitido abusos en este terreno de interés vital; más allá del marco de las simples familias amenazaban con envenenar la vida pública y debían, pues, ser suprimidos. En todo el Reich, el derecho matrimonial había ya provocado un gran cambio en un espíritu nacionalsocialista por las modificaciones fundamentales de la ley sobre la protección de la sangre alemana, de la ley de la salud matrimonial y de la ley que preservaba de los abusos en ocasión del matrimonio.

La nueva ley rechaza deliberadamente la concepción individualista que considera el matrimonio como una especie de contrato influenciado por los intereses personales de ambas partes. Igualmente, se aleja también de la concepción religiosa, haciendo derivar el carácter sagrado del matrimonio de vínculos religiosos. El nuevo derecho prescribe más bien el carácter sagrado y la dignidad del matrimonio, que, en tanto que célula de la vida comunitaria y corazón de la familia, asegura la perennidad de la vida nacional y crea las condiciones favorables a una educación sana y rigurosa de la descendencia.

Cada SS debe conocer las cláusulas más importantes de esta ley. Deben ser expuestas en algunos puntos.

I.

1. Un matrimonio sólo puede ser concluido por un empleado del Registro Civil. En Austria, con sólo una bendición nupcial bastaba hasta hoy.



La selección «positiva» incitava a los seres del mismo valor hereditario a unirse.

2. A priori, un matrimonio puede ser considerado como nulo, es decir, como si nunca se hubiera celebrado. Es nulo en los casos fijados por las leyes de Nuremberg y por la ley sobre la salud matrimonial.

Además, también lo es:

--cuando no ha tenido lugar en la forma prescrita ante el empleado del Registro Civil,

--cuando uno de los cónyuges es incapaz de contratar o de tener libertad de juicio.

--cuando un matrimonio se lleva a cabo sin tener por motivo la vida en común,
--cuando uno de los cónyuges ya estaba casado,
--cuando estaba prohibido a causa de un parentesco demasiado cercano o a consecuencia de un adulterio.

II.

1. Un hijo de un matrimonio considerado como nulo según las leyes de Nuremberg sobre la salud conyugal, es ilegítimo.

2. Un hijo de un matrimonio nulo por otras razones de las citadas es considerado como legítimo. Estos niños no deben sufrir por las culpas de los padres.

III.

Antaño, un matrimonio podía ser impugnado en casos muy precisos. Si era declarado nulo, estaba considerado como si nunca hubiera tenido lugar a priori. Esto, de ahora en adelante, ha sido suprimido. Un matrimonio puede ser «anulado» en ciertos casos concretos. Entonces es roto gracias a la autoridad de la justicia.

Las razones de la anulación son las siguientes:
—Ausencia de consentimiento del representante legal,
--matrimonio no autorizado,
--Mala condición física referida a la persona del otro cónyuge (por ejemplo, infecundidad en la época en que se concluyó el matrimonio), - engaño o amenazas más o menos caracterizadas.

Las razones para la anulación se corresponden con las antiguas cláusulas de impugnación.



Broche destinado a ser ofrecido a toda madre cuando tiene su primogénito en una familia SS.

IV.

Un matrimonio puede ser «roto»:

—cuando uno de los cónyuges ha cesado la vida en común,

—cuando un cónyuge rehusa, sin razón fundada, procrear o aceptar una descendencia,

—cuando uno de los cónyuges ha perturbado profundamente la armonía del matrimonio, atentando a los deberes conyugales, y entonces no puede razonablemente esperarse el retorno a una vida en común,

—cuando el otro cónyuge es un alienado,

—cuando el otro cónyuge está aquejado de una enfermedad muy contagiosa o que provoque la repulsión,

—cuando el otro cónyuge se ha vuelto prematuramente estéril tras la unión. (Son embargo, en ese caso, el divorcio se evita cuando los esposos tienen una descendencia legítima o un hijo adoptado y hereditariamente sano.)

En los casos de matrimonios totalmente destruidos en que los esposos viven frecuentemente separados el uno del otro durante años y no han podido divorciarse hasta ahora, la nueva ley prevé que cada cónyuge puede pedir el divorcio si la vida en común ha cesado desde hace tres años y no puede ser restablecida.

V.

En lo que se refiere a la cuestión del deber de asistencia.

Un nuevo reglamento que se corresponda con las concepciones, ya no puede tener en cuenta el nivel de vida de su beneficiario. Debe ser considerado por el total excesivo considerado como apropiado al nivel de vida de los dos esposos.

VI.

La suerte del niño después del divorcio.

Por el hecho de que el Estado nacionalsocialista se interesa particularmente por la protección de la juventud, la cuestión de saber a quién será confiado el niño dependerá ante todo de la aptitud de los esposos para darle una educación conveniente. En todo caso, no es la culpa de los padres sino el bien del niño lo que es determinante.

VII.

En Austria, la situación era particularmente desagradable. Un matrimonio entre católicos no podía ser anulado. Antaño, las autoridades administrativas austríacas conferían en ciertos casos la pretendida dispensa. Si el esposo a quien se le había concedido aquélla, concluía un nuevo matrimonio, debía precisar que éste último no era reconocido por los tribunales. Los hijos nacidos en este segundo matrimonio era pues ilegítimos. Esta terrible confusión es suprimida por la nueva ley. Un matrimonio no válido según las antiguas leyes puede ser considerado como válido si los esposos todavía vivían juntos el 1° de abril de 1938.

La nueva ley entra en vigor el 1° de agosto de 1938.

SS- Ostuf.Dr Schmidt-Klevenow

OSS.I.3.6

Configuración de las fiestas en el curso del año y en la vida de la familia SS.

El matrimonio y la admisión de la mujer en la comunidad de clanes SS

El matrimonio o esponsales son efectuados por la oficina del Registro Civil. Hasta el principio del II Reich sólo contaba el matrimonio religioso que, luego, cuando la ley de Bismarck de 1875 confió al Estado la legislación del matrimonio, fue considerado por la mayor parte de la gente como indispensable, e incluso como la ceremonia, con mucho, más importante. Las autoridades acreditaban esta concepción por el hecho de considerar el matrimonio como un asunto oficial en los ambientes poco acomodados.

El Tercer Reich ha adoptado otra posición con relación al matrimonio. Contrariamente al viejo régimen y a la Iglesia, se aconseja a las personas que quieren casarse demostrar que cumplen todas las condiciones previas para una unión y que gozan de una buena salud hereditaria. El estado se encarga de las familias, se ocupa de su cuidado, remedia en lo posible sus dificultades materiales y promociona siempre la importancia de la familia. En el futuro, la forma civil del matrimonio debe tener también en cuenta esta importancia. Ciertos municipios ponen a disposición de los futuros cónyuges una sala particularmente hermosa. Los funcionarios efectúan allí la ceremonia del matrimonio de manera digna y solemne. A tal efecto, el Ministerio del Interior del Reich ha emitido los pertinentes decretos. Recientemente, ha sido aplicada una orden del Reich que confiere a las oficinas del Registro Civil el estatuto de oficinas de los clanes y prevé un traje oficial para los funcionarios. Es posible, sin embargo, que a menudo falte la instrucción necesaria para aplicar tales decretos.

En tales casos, el jefe de negociado, el servicio del cuidado de los clanes, el jefe de unidad o el jefe de instrucción pueden intervenir de manera cualificada para celebrar los esponsales de los SS. Debe asegurarse de que el intercambio de anillos durante la ceremonia se cumple con el mutuo consentimiento.



La SS «orden de clanes», admitió a las mujeres en sus filas, aquí, voluntarias siguiendo cursos de morse



Ejemplo de una ceremonia de «imposición del hombre» (bautizo), en los años 36-37

El matrimonio en el marco del estado civil confiere al hombre y a la mujer la cualidad de pareja. Se deben prohibir un tipo de ceremonia SS durante la cual se practica una especie de «bendición del matrimonio» con un juego de preguntas-respuestas, altares ficticios, una entrega de puñal, antorchas y otras imitaciones del mismo género

del ritual cristiano.

Nosotros, hombres de las SS, debemos también proceder a la admisión de la mujer en la comunidad de los clanes SS. Ella debe ser admitida preferentemente durante el ágape de bodas o, mejor aún, antes del comienzo de éste. Ya se ha hablado de la importancia del festín en el momento de la adjudicación del nombre, así como en ocasión de las ceremonias de admisión del niño en el Jungvolk, etc. El banquete es una costumbre muy antigua, indisolublemente ligada a la fiesta familiar. Se debe pues conceder una atención particular a la preparación y a la ejecución del banquete de bodas. ¡El festín debe hacerse, incluso si los medios son modestos! La sala en la cual tendrá lugar será escogida en función de las condiciones respectivas. No obstante, si es posible, debe encontrarse en el mismo domicilio, o en un albergue. La mesa debe estar adornada de una manera solemne y decorada con flores o ramas de pino verde. Se puede acentuar la decoración de los lugares de la pareja. El jefe de unidad o un camarada particularmente afín a la pareja que recibe a la mujer en la comunidad SS se sienta delante de la pareja. Dice unas palabras a los recién casados antes del comienzo del banquete o en el curso del mismo, entre dos platos. En su discurso debe insistir sobre el valor del matrimonio para la salvaguardia del pueblo y para la comunidad de clanes de la SS. Debe hablar de la divisa «Mi honor se llama fidelidad» que concierne a la mujer de manera también imperativa puesto que a partir de ese momento se somete a las leyes de la SS. Debe, además, subrayar que el hombre SS, la mujer SS, que deben ser fieles el uno al otro, cumplen con su deber, son miembros preciosos de nuestra comunidad y que se encontrarán siempre en total seguridad en su seno. El orador recibe a la mujer en el clan de la SS advirtiéndole solemnemente que debe siempre pensar en su elevada misión de mujer y de futura madre, respetando las leyes de la SS y viviendo según ellas. Se procede a continuación a la entrega de un regalo, alusivo al matrimonio, o a la mujer y a la madre. Se recomienda un libro particularmente bien elegido, con una dedicatoria o una ilustración. Hay también una hermosa costumbre, consistente en ofrecer un plato de madera con sal y pan y dos copas de porcelana o de loza. Este regalo simboliza el estilo de vida sencillo que nunca debemos olvidar.

Las palabras del orador deben concluir con un «Sieg Heil» al Führer y a la joven pareja.

El resto del banquete de bodas debe transcurrir con alegría y buen humor. Si hay posibilidad de bailar, entonces debe hacerse.

El vestido de la novia debe ser solemne. Se deben, sin embargo, evitar las coronas nupciales y los velos, por tratarse de ornamentos orientales. Aparte de la forma que hemos descrito, la admisión de la mujer en la comunidad de clanes SS es comparable a la celebración del matrimonio por el registro civil, pero bajo la forma de una ceremonia íntima. La sala debe ser escogida con un cuidado particular. Si no hay una sala apropiada en los servicios SS locales, la sección femenina, la Hitlerjugend o la administración de la ciudad prestarán su concurso. La realización de la ceremonia necesita una preparación minuciosa. Exige, ante todo, un ambiente musical. En la medida en que los miembros de una unidad musical SS o círculos de camaradas SS no puedan hacerlo, la Hitlerjugend, la BDM, la sección femenina u otros pueden aportar su ayuda. Un prólogo, un poema o un pasaje en prosa, unas palabras del Führer o del Reichsführer, pueden servir de introducción al discurso pronunciado por el camarada SS. Las palabras de éste deben seguir el hilo de las ideas precedentemente evocadas. Considerando que el círculo de los camaradas SS se acrecienta con ocasión de esta ceremonia, conviene entonar, para concluir, el canto de la fidelidad. La sala debe ser decorada con sencillez. Al fondo se encuentra la bandera con las runas de la victoria; además, una decoración floral es de rigor, sin palmas ni laureles, pero con roble, pino verde, acebo y hiedra. La sillas deben estar dispuestas para los novios y la mayoría de participantes. Añadamos, una vez más, a título de conclusión: el camarada que acoge a la mujer en la comunidad de los clanes SS, cuanto más conozca a los futuros cónyuges, con más convicción podrá hablar. Es por tal razón que la intervención de un jefe de unidad e incluso de un oficial superior sería un grosero error, pues éste haría la mayor parte del tiempo un discurso de tipo general, mientras que el camarada adaptará sus palabras a la evolución sentimental que seguirá la joven pareja en el futuro, y tal vez también de sus eventuales conflictos. Es la condición primera en nuestra comunidad.

«No hay mayor nobleza para la mujer que ser la madre de los hijos y las hijas de un pueblo. Toda esta juventud que vemos, tan hermosa, hoy, en las carreteras, rostros alegres, ojos brillantes ¿dónde estaría si, sin cesar, no se hubiesen encontrado mujeres para darles la vida?»

Adolf Hitler

(Discurso del Führer en el Congreso de las Mujeres, Parteitag del año 1935).

OSS I.2.7

"De estoque y de talla», Gunther d'Alquen. 1937.

Unas palabras sobre el divorcio

Desde siempre, todos los códigos civiles se han ocupado del divorcio, uno de los más controvertidos problemas. Hasta ahora, las oposiciones ideológicas en el seno de los parlamentos encontraban siempre una solución homogénea. La soluciones justificadas no se encontraban más que cuando un Estado o un movimiento seguían una ideología clara.

Así, la Iglesia católica sostiene el punto de vista de la indisolubilidad del matrimonio bajo el pretexto de que ha sido concluido por Dios. Esto nos obliga a tomar posición sobre esta concepción del mundo en el marco de estas aplicaciones. Por otra parte, nuestro punto de vista es suficientemente claro. Pero declaramos en seguida que la actitud de la Iglesia católica en este punto no ha sido siempre tan simple y uniforme. La evolución del derecho matrimonial religioso de los tiempos modernos muestra más bien una tendencia en ese sentido.

En cambio, el liberalismo preconiza una opinión totalmente opuesta en lo que concierne al matrimonio... como nos muestra el ejemplo de Rusia soviética. Lo considera como un contrato jurídico privado que puede ser sujeto a caución en todo momento. Esta rescisión no precisa más que la demanda de uno sólo de los cónyuges.

Debemos rechazar igualmente esta interpretación, pues se funda sobre un desconocimiento y un menosprecio del valor de la familia.

Nuestra posición debe inspirarse directamente en el *Mein Kampf* de Adolf Hitler. El Führer, por primera vez, ha definido que el matrimonio no es simplemente un estado: es una misión.

El Comité del derecho familiar de la Academia para el Derecho alemán adopta también este punto de vista cuando nos da actualmente una definición legal instituyendo un nuevo derecho de divorcio. Él prevé la siguiente versión:

«Es considerado como matrimonio el que es conveniente para la comunidad popular, una comunidad de vida que se basa en la fidelidad, el amor y la estima recíprocas. Personas hereditariamente sanas de sexo diferente tienen por finalidad salvaguardar y mantener el bien común por una colaboración estrecha y para la procreación de hijos de la misma raza, hereditariamente sanos, con vistas a convertirlos en verdaderos ciudadanos.»

Está claro que el Estado nacionalsocialista, a pesar de la importancia que atribuye directamente al matrimonio, debe también pronunciar la autorización de separación. Él ha definido legalmente la prohibición de los matrimonios que lleven el germen de la degeneración (enfermedades hereditarias, por ejemplo). Desde el principio, ha impedido que los interesados se extravíen verosímilmente, más pronto o más tarde, en un divorcio.

Pero a pesar de todas las medidas preventivas, siempre habrá matrimonios en los cuales las condiciones de una vida en común serán duraderamente perturbadas. Esto deriva de la ignorancia de la naturaleza humana. Mientras no seamos capaces de comprender la naturaleza íntima del hombre, de prever el futuro, nada cambiará.

Pero como el Estado nacionalsocialista atribuye una gran importancia al matrimonio -particularmente por el peligro que representa una dislocación de la familia y, a partir

de ello, de la comunidad- debe también prever la eventualidad de un divorcio. No puede limitarse a retomar las fórmulas del Código Civil, sino que debe revisar esa ley en función de su concepción del mundo.

Ante todo, debemos ser, nuevamente, conscientes de la importancia de la dignidad.

Es un hecho que, en todas las demandas de divorcio, unas razones imperiosas desembocan a corto plazo en una conclusión deseada. La razón invocada más frecuentemente suele ser el adulterio. Una estadística de 1933 nos indica que la tercera parte de los divorcios se basaban en ese motivo. Se concibe, pues, fácilmente, que numerosos cónyuges tuvieran tendencia a recurrir a ese pretexto para obtenerlo. No se puede, empero, demostrar, pero hay casos conocidos en que un adulterio ha sido enteramente *fabricado* para obtener más rápidamente el divorcio.

Sería generalmente deseable que antes de concluir un matrimonio, se tomaran en consideración las condiciones sentimentales previas y profilácticas, tal como la SS lo exige a sus hombres y a sus mujeres. Pero no podemos evitar situaciones, por otra parte existentes: existen falsos matrimonios en que los esposos viven juntos. Se ven obligados a encontrar razones para divorciarse para escapar a una situación que para ellos ha llegado a ser totalmente insoportable, y sin valor para la comunidad. Aunque en nuestro caso los elementos humanos prevalezcan, se debe encontrar una razón externa justificada. Según la ley actualmente en vigor, la separación debe ser igualmente castigada.

No es necesario demostrar que tal procedimiento es incompatible con la actitud nacionalsocialista. El comité de derecho familiar de la Academia del Derecho alemán se ha ocupado, pues, minuciosamente de esta cuestión al crearse la jurisdicción sobre el divorcio. Ha sometido así a examen la proposición del pretendido «divorcio por consentimiento recíproco», es decir, un divorcio con un consentimiento recíproco de los dos esposos.

Aquí se trata, pues, de saber si se debe únicamente considerar un divorcio basándose en el hecho de que, aunque no se pueda encontrar una razón motivando la separación, los dos cónyuges ya no tienen prácticamente nada en común a nivel moral y sentimental. Esta separación se considera, pues, justificada.

Considerado desde el punto de vista nacionalsocialista, tal solución sería siempre preferible a la utilización del pretexto embustero de un adulterio o de cualquier otra razón.

El comité de derecho familiar debe invocar, ante todo, dos razones contra el «divorcio por consentimiento recíproco». En primer lugar, muestra el peligro representado por decisiones precipitadas debidas a una cólera pasajera, que pueden romper un matrimonio por otra parte perfectamente viable. Y, por otra parte, cree que esto puede atentar al respeto del matrimonio, por el hecho de ese consentimiento recíproco.

Hemos tenido ocasión de consultar la opinión de un hombre de la profesión, un juez berlinés. Nos ha declarado que él aprueba una separación hecha por demanda recíproca. Se puede obviar la objeción de la decisión precipitada proponiendo un tiempo de reflexión preciso antes de ser tomada -alrededor de seis meses- para determinar si los dos cónyuges han actuado precipitadamente o si el matrimonio, en efecto, ya no es viable.

El juez hace observar también que si las dos partes piden conjuntamente el divorcio, es que un problema insuperable ha destruido el matrimonio. En tal caso, no se deben buscar las razones.

Naturalmente, en tales casos, la intervención de un juez no puede limitarse a recibir las proposiciones de los cónyuges y a pronunciarse sobre la validez de su divorcio... ni siquiera después de un período de espera. Al contrario, su tarea debería consistir en ser bien consciente de la fragilidad del matrimonio, comprendiendo la situación (en ciertos casos solicitando una consulta médica). Cualquiera puede ver claramente que una ley sobre el matrimonio elaborada en ese sentido confiere una mayor responsabilidad al juez y le obliga a adoptar una actitud de naturaleza espiritual y moral más elevada que en el caso de la actual legislación.

Nosotros no consideramos suficientemente válido el pretexto de que la consideración del matrimonio puede resultar afectada por una solución de este tipo, particularmente

cuando se tiene en cuenta la mentalidad alemana comparada con la de otros pueblos.

Tales temores eran muy legítimos en los años de la postguerra. Pero hoy los matrimonios se concluyen en condiciones totalmente diferentes. Un hombre que observa la concepción nacionalsocialista no concluirá ciertamente un matrimonio tan de prisa porque él sabe que la legislación sobre el divorcio le permite una separación conveniente. Si hoy un nacionalsocialista se casa, es totalmente consciente de su responsabilidad, pero no puede afirmar que tal será el caso dentro de veinte o treinta años para cada alemán.

La observación de que ciertos individuos presentan un carácter superficial o ligero (siempre los habrá en una comunidad popular), no nos parece válida, pues las leyes no están hechas para una minoría numéricamente insignificante, y tales grupos serían capaces de hacer la experiencia de una «unión libre» que no les impone los deberes obligatorios de una vida conyugal.

Adolf Hitler ha dicho que la lucha no terminó en 1933. El nacionalsocialismo es una doctrina que practica una educación nacional, luego una educación en sí, que enseña la adaptación, la consideración, la ayuda recíproca que, de generación en generación, eleva y vivifica cada vez más la comunidad del futuro.

Nosotros creemos ciertamente que cuanto más la idea nacionalsocialista impregne la naturaleza profunda de nuestro pueblo, menos numerosos serán los casos de divorcio, y así no habrá ninguna necesidad de temer una falta de respeto contra el matrimonio.

Sin embargo, siempre habrán casos de divorcio que ninguna medida de tipo educativo podrá prevenir; no son previsibles, como se ha dicho, y no implican una noción de culpabilidad. Por ello, debe ser posible impedir esos pseudomatrimonios sin necesidad de recurrir a pretextos más o menos válidos, en particular porque hasta ahora la persona pobre quedaba siempre en desventaja con relación a la rica, pues la intervención de especialistas es, usualmente, bastante cara.

En última instancia, el mismo Estado no puede tener ningún interés en que tales matrimonios continúen existiendo. Al contrario, debería proceder directamente a la anulación de un matrimonio que es, a menudo, estéril, y dar así la posibilidad a los dos cónyuges de conocer a otra persona, de una manera armoniosa y sirviendo a los intereses del Estado. En esos casos, siempre queda una posibilidad de concluir nuevos matrimonios felices.

No obstante, la cuestión se hace más difícil cuando se trata de los hijos. El juez consultado insistía siempre en la influencia nefasta que un divorcio provoca en su desarrollo. El peligro de una educación exclusiva para el crecimiento psíquico de los hijos es extraordinariamente mayor en caso de una separación. Por otra parte, el juez citaba numerosos casos en que los hijos han tenido una influencia directa sobre el matrimonio. Los parientes se ven finalmente obligados a entenderse a causa de ellos.

En muchos casos -subrayaba el juez- las relaciones diversas y personales tendrán un papel a desempeñar. Naturalmente, no se pueden olvidar los fracasos y no pensar en esos desgraciados hijos que han crecido en un hogar en el que, desde su más tierna infancia, han sufrido las consecuencias de una unión desafortunada. Podemos imaginar que, en muchos casos, la separación sería deseable en el interés del hijo. Aquí no pueden haber normas, pero cabe insistir en el hecho de que el Estado no exija nunca demasiado al juez en cuanto a las cualidades humanas, tanto al nivel del carácter como de los conocimientos.

En principio, no queremos en modo alguno preconizar la idea de una separación facilitada, pues el ejemplo de la Unión Soviética nos ha mostrado a qué pueden conducir tales situaciones. Contrariamente a ello, somos de la opinión de que la gran importancia del matrimonio en el Estado nacionalsocialista conduce a limitar las posibilidades de divorcio, cuando esté motivado por razones egoístas o por cobardía ante los deberes a cumplir.

Pero si un matrimonio no puede realizarse en el espíritu nacionalsocialista, debemos ser lo bastante comprensivos y honestos para seguir un camino que permita encontrar una solución.

OSS.I.2.8

"De estoque y de talla», Gunther d'Alquen. 1937.

El hijo ilegítimo

En ciertos medios se considera todavía al hijo ilegítimo como «un desliz». Está claro que nosotros no podemos compartir esta opinión. Son principalmente los círculos clericales los que pronuncian en alta voz juicios censores sobre los «pecadores» en un tono de penetrante convicción. Naturalmente, se fundan en la doctrina del más allá, que, por principio, considera al cuerpo como algo culpable. En las regiones católicas se sabe perfectamente hasta qué punto los usos y costumbres contradicen tan limitada concepción. En general, un campesino dista mucho de estar encantado cuando su hija soltera le anuncia la llegada de un hijo, lo que causa una sorpresa bien legítima en la familia; sin embargo, en las regiones rurales, una sana manera de pensar hace que, en la mayoría de los casos, se resuelvan mucho más rápidamente esa clase de cosas que, por ejemplo, en las ciudades. En diversos valles del Tirol, incluso, se llega al punto de que las jóvenes que no tienen ningún hijo ilegítimo encuentran difícilmente un pretendiente pues se supone que son víctimas de esterilidad.

En la ciudad, las cosas son netamente más complicadas... No vamos aquí a pasar revista de todos los casos en que madres de nivel inferior, a menudo borrachas, prostitutas, ninfómanas y demás comercian carnalmente con hombres y dan vida a retoños que terminan en los asilos, lo que atestigua en favor de la necesidad de una higiene racial. El peligro que representan para la posteridad las relaciones sexuales de este género, incluso legítimas, es, pues, mucho mayor para el bien del pueblo en general. Nadie se atreverá a poner en el mismo nivel los tristes productos de tales matrimonios con unos niños sanos y, sin embargo, ilegítimos.

Nos vemos pues forzados a concluir que a un nivel puramente biológico y hereditario, los niños nacidos de un matrimonio concluido legalmente no pueden ser considerados, de entrada, como superiores a los hijos ilegítimos.

El hijo ilegítimo no es el único en ser despreciado por más de una clase; es ante todo la madre ilegítima la víctima del menosprecio del hombre ignorante. Esas mujeres que hacen profesión de sus relaciones ilegítimas y esas otras en las que se supone lo mismo no quedan nunca encintas porque disponen de la técnica y la experiencia necesarias para evitarlo. Esta clase de mujeres no tienen el menor derecho a ser mejor consideradas, por no tener hijos, que una joven que trae un hijo al mundo, tal vez a consecuencia de un auténtico amor y por ignorancia de «los diversos medios».

El problema de las grandes ciudades resulta particularmente evidente, con sus centenares de miles de personas hacinadas en áreas muy reducidas.

La cuestión de los nacimientos ilegítimos es, sobre todo, un problema social. Como nos enseña la historia del pasado, los sistemas políticos no tenían la posibilidad de resolver el problema social, y el nacionalsocialismo tuvo pues, también la misión de dar al hijo ilegítimo el lugar que le corresponde en la comunidad popular sin desvalorizar el matrimonio.

Hasta aquí, las reformas sociales no han conseguido reunir a las «clases» en una comunidad; al contrario, antes de 1933, los socialistas y los demócratas se aprovechaban de la creación de antagonismos extremos entre las clases sociales. De esta época procede precisamente la palabra «desclasado», que se aplicaba al hijo ilegítimo.

Esta intolerable situación no puede mantenerse en nuestra comunidad popular, pues lo que está por encima de todo es la futura existencia del pueblo y, a pesar del actual aumento de nacimientos, no es cierto que pudiésemos prescindir numéricamente de los hijos ilegítimos.

Nosotros no tomamos partido en pro de las relaciones ilegítimas y sus consecuencias; pero es cierto que, con la elevación de la posición social del hijo ilegítimo, se ha dado un gran paso para limitar las múltiples infracciones cometidas contra los reglamentos referentes al aborto, lo que ha hecho ganar al pueblo nacimientos y disminuir el número de casos de enfermedades femeninas.

Se acusa a menudo a los hijos ilegítimos de desempeñar un papel considerable en las estadísticas policiales. En casi todos los casos, se debe a que las madres ilegítimas tienen una profesión y no pueden consagrarse, por razones materiales, a la educación de sus hijos. Ahora, la madre se consagra a su hijo. Ni los padres de la mujer, ni los padres del hombre, ni el mismo padre físico, substituyen a la madre. Incluso cuando los abuelos se ocupan cuidadosamente del niño, en el noventa por ciento de los casos éste es mimado, consentido y finalmente considera siempre a su madre como una mujer que no cede nunca por razones pedagógicas y que es, pues, «severa». Con razón se hace la misma crítica en lo que concierne a la ausencia del padre.

Sea cual fuere la manera en que se considere el asunto, no tenemos ningún derecho moral a rehusar el respeto al hijo ilegítimo, así como a la madre, y concederles un papel secundario en la comunidad popular.

El objetivo de nuestros esfuerzos debe ser lo más extensamente posible la conclusión de matrimonios merced a una ayuda financiera. La adopción es la segunda solución para educar al hijo ilegítimo y hacer de él un miembro válido de la comunidad nacional. Pero esto sólo será posible si la madre acepta libremente dejar a su hijo en buenas manos cuando sabe que no podrá educarle ella misma.

OSS.I.2.9

Cuaderno de la SS. nº 2. 1938.

¿Por qué hablar siempre de un «árbol genealógico»?

El instructor entró en la oficina de la sección. Apenas había soltado el picaporte de la puerta cuando el camarada más cercano se volvió hacia él: «Franz, te he traído mi árbol genealógico, ¿quieres verlo?»

Ese término de «árbol genealógico» obsesiona al genealogista. Oye hablar de él entre sus conocidos, en la calle, en su medio de trabajo, entre sus superiores y el círculo de sus amistades. En sólo unos años, se ha convertido en un concepto muy extendido en Alemania. ¡Pero en la mayor parte de los casos es mal utilizado!

Todos nuestros camaradas lo utilizan sin duda de esa manera inexacta cuando quieren exhibir la prueba de su origen. La certificación de origen que se pide es efectuada por la lista y el recuento de todos los ascendientes directos. Como se utiliza también la designación de ancestros para decir ascendientes, la mala expresión de «árbol genealógico» debe pues significar, de una manera exacta: *certificación ancestral*. Esta certificación comprende al candidato, sus padres, los cuatro abuelos, etc. y se representa con la forma de un cuadro sumario que se denomina «tabla de los ancestros». No tiene *nada que ver* con el árbol genealógico.

Si la tabla de los ancestros es la del candidato, es decir, del procreado, entonces el árbol genealógico muestra a los descendientes de un procreador preciso, del abuelo. El abuelo engendra unos hijos; éstos, unos nietos y otros descendientes a los que se llama, generalmente, «descendencia», en la medida en que todos transmiten el apellido del abuelo. Un «árbol genealógico» (partiendo del más antiguo hacia abajo) muestra una descendencia en siglos con todas sus ramas. Cuando se imagina la disposición de los miembros de esta descendencia bajo la forma de una tabla precisa (partiendo del más antiguo hacia arriba) se obtiene la «tabla genealógica».

La tabla de los ancestros y la tabla genealógica .son tipos de representación de dos clases de consideraciones genealógicas diferentes a las cuales se añadió más tarde la tabla de parentesco y de descendientes. El «árbol genealógico» no es nada más que una «tabla genealógica» invertida, que, sin embargo, ha sido concebido y designado con un marcado acento por la estética.

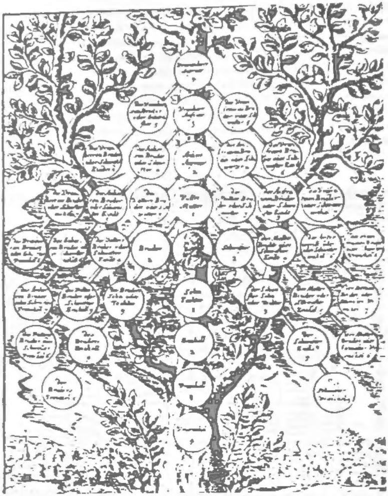
¿Por qué es precisamente el «árbol genealógico» quien designa (equivocadamente) tantas representaciones genealógicas diferentes en boca de todas las gentes? Tal vez

un breve estudio de su historia podrá ayudarnos a explicar este hecho.

Existen ciertamente viejos «genealogistas» que han suscitado la cuestión de saber si el árbol genealógico es de origen «alemán», «católico romano», u «oriental». Esta cuestión va al meollo de la cuestión tal como lo vemos en función de la consideración racial de la Historia. Preguntémonos primero dónde apareció, por primera vez, bajo la forma de una representación de las relaciones genealógicas. Esta pregunta encuentra su respuesta: se encontraron los primeros ejemplos de «árboles genealógicos» en manuscritos de Europa Central de los siglos XI y XII. Esas miniaturas -dibujo a pluma o pintura- tienen diferentes contenidos genealógicos, primero bajo la forma de un esbozo de árbol genealógico que irá evolucionando cada vez más hacia la forma de un árbol.



Tabla de consanguinidad. Módena, biblioteca eclesiástica. I. 17.



Arbol genealógico procedente de la liquidación jurídica de Jul-Berg. Düsseldorf 1696.

La mayor parte de esos «árboles» no son árboles genealógicos en el sentido propio del término, es decir representaciones figurativas de descendencias definidas de manera histórica comportando detalles para cada rama. Son sobre todo géneros evolucionados de «tablas de consanguinidad», es decir, unas vistas generales secas, esquemáticas, establecidas por juristas católicos romanos por cuestiones de derecho de herencia y de matrimonio. La primera ilustración muestra una de esas tablas de consanguinidad, es decir, una «vista de conjunto del parentesco biológico» sacada de un manuscrito del siglo IX de Módena, en el norte de Italia. El esquema va desde el centro hacia abajo: los hijos, los tíos, los tíos abuelos, etc.; con todos los parientes en línea colateral del lado paterno y materno. Se puede así determinar el grado de parentesco.

A pesar de esto, ese diseño no es conforme con el espíritu de un «árbol genealógico», en cuya parte más baja se encuentra el más antiguo de la casta; no obstante, podemos fácilmente imaginar que un árbol soberbio ha nacido a partir de ese bosquejo, como muestra la segunda ilustración. Vemos que la misma tradición ejerce su acción sobre esta evolución de la representación de los «árboles», así como también vemos su influencia sobre la actual denominación de las diferentes tablas y formas genealógicas en tanto que «árboles genealógicos».

Además de esos «falsos» árboles, hay también -desde aproximadamente el año 1100- árboles que son conformes al concepto actual del árbol genealógico. Como un magnífico ejemplo, se puede indicar el árbol genealógico de la antigua casa güelfa que, aunque todavía un poco confuso, es, no obstante, un árbol digno de ese nombre. Ese

diseño constituye el arquetipo de todos los árboles genealógicos siguientes. La mayor parte de los árboles genealógicos de esa época representan la descendencia de Isaías cuyo miembro más conocido era Jesús de Nazaret. Las diversas representaciones de la «rama de Isaías» explicaban a las tribus alemanas recién cristianizadas de aquélla época, que Cristo, fundador religioso, procedía de una vieja casta célebre, de la cual habían formado parte reyes, profetas, etc. Estos esfuerzos, hechos para demostrar que el nuevo dios es portador de una sangre pura nos recuerdan los relatos del «Heliand» (el salvador) que trataban de hacer aceptar el Cristo como rey alemán a los pueblos germánicos, aparentemente no excesivamente entusiastas. Como ejemplo, citemos un manuscrito salzburgués (hacia 1130) sobre la «rama de Isaías».

A propósito de la «rama de Isaías» y de los pocos árboles del siglo XII que aún se conservan, hay que decir que se trata de auténticos árboles genealógicos en el sentido estricto del término; sin embargo, la tabla de consanguinidad ya citada nos muestra que la representación gráfica del árbol traduce también otras relaciones de ese tipo. Desde el siglo XII, nociones diversas son representadas bajo forma de árbol cuyo contenido es totalmente diferente y no se asemeja más que por el hecho del parentesco. Sin embargo, la forma del árbol no se adapta en modo alguno a la naturaleza de esas representaciones. Incluso les es, a menudo, totalmente contraria. Alemania y los países limítrofes han tenido, pues, una preferencia particular por el árbol que simbolizaba los grados de parentesco. Esta preferencia que marca el viejo pasado germánico implica un considerable trabajo de investigaciones, que, como en otros asuntos, es agravado por la falta de fuentes que, en su mayor parte, han desaparecido. La forma de expresión perfectamente reconocible que traduce ciertos grados de linajes simbolizada por la imagen del árbol, atrae directamente nuestra atención sobre la importancia que los germanos atribuían al árbol, lo que nos vale también la obtención de otros testimonios. La popularidad aún viva hoy de la expresión «árbol genealógico» se explica por la general toma de conciencia de la importancia de esas relaciones biológicas.



El ramo de Isaías. Antifonario de San Pedro, Salzburgo, folio 383, de la publicación de Lind, Viena 1870, tabla 18.

OSS.1.2.10

Cuaderno de la SS. nº 5. 1944.

Cómo nació mi libro de familia

Pienso en el número de años que paso en confeccionar mi libro de familia. Cuando todo empezó, yo iba todavía a clase. Era en medio de la I Guerra Mundial. Tal vez un viejo campesino, con su pluma de ave llenaba con una torpe escritura un viejo carpetón de cuero de cerdo que había heredado, y dio así nacimiento a un libro redactado en forma de crónica. Transcurrieron veinticinco años antes de que yo adquiriera ese libro. No obstante, que nadie se asuste en vista de un tan largo periodo; yo mencionaba este hecho para mostrar que a priori un libro de familia, una crónica familiar se elabora lentamente; que no se pueden crear súbitamente y que cada vez tendrán una apariencia diferente. Ninguna crónica familiar se parecerá a otra, y si hago un esbozo de la estructura de este libro, no es más que un plan de trabajo, una presentación de la manera en que mi libro de familia ha visto la luz.

En el principio de todo libro de familia, se encuentra el carnet de los ancestros. Establece el bosquejo de los nombres y las fechas, más algunos datos profesionales. Luego, es preciso que este cuadro tenga vida.

Una persona empezará a reunir títulos, a juntar textos y cartas, completando el conjunto con unos retratos. Otra constituirá un conjunto de cartas de antepasados, a las que añadirá regularmente todo lo que pueda ir aprendiendo progresivamente sobre los mismos. Una tercera redactará un libro anotando aquí y allá los resultados de sus pesquisas. Otras tendrán aún otra manera de ver, pero todas persiguen el mismo objetivo: conservar lo que han ido encontrando para transmitirlo a los hijos y a los nietos. No pocos lectores de estas líneas habrán ya optado por uno u otro de estos métodos.

En lo que concierne al nacimiento de mi libro de familia, debo reconocer que ya no me acuerdo del pasado, sino solamente de la historia de mi familia. Yo no consideraba -inconscientemente al principio pero con una creciente claridad- a la familia más que como una rama de la nación, y mi aspiración era *reflejar al pueblo a través de la historia de la familia.* Si hubiera podido prever las dificultades que esa tarea representaba, no sé si habría tenido el ánimo de empezarla.

Como cualquiera hubiera hecho, empecé por reunir las fechas y los nombres más simples. Pero también traté de seguir las huellas de las tradiciones orales del pasado que habían llegado hasta mí, y así fui de sorpresa en sorpresa; sin duda, aquellos primeros resultados dieron alas a mi motivación. Pero nadie debe dejarse abatir si no encuentra nada; obtener datos requiere a menudo mucho tiempo, pero luego afluyen cada vez con más abundancia.

En primer lugar me interesé por la rama de los apellidos paternos, luego los maternos. Luego rellené los intervalos. Reuní todo lo que pude encontrar como cartas, anoté historias y anécdotas (molestando con mis preguntas a más de un anciano del círculo familiar). Lentamente, el conjunto iba tomando forma. Viejos expedientes administrativos iban apareciendo en los archivos; toda clase de detalles procedentes de registros de parroquias mostraban rasgos de carácter personal. Visité los lugares en que los ancestros habían vivido, las iglesias en que habían rezado, las granjas que habían poseído; tomé fotografías de todos esos lugares. En un pequeño cementerio de pueblo encontré seis lápidas sepulcrales con inscripciones casi ilegibles; pero cerca de esas lápidas crecían los más bellos tilos que jamás había visto, y como estábamos en junio, florecían constantemente, envueltos en la exhalación olorosa y el zumbido de las abejas en una maravillosa parábola de la vida más fuerte que lo que es perecedero. Así pasaron los años. Los cajones de mi escritorio se llenaban de material. Yo apenas podía tener una visión general del conjunto de las pesquisas que me aportaban nuevas informaciones (ya se sabe que la investigación genealógica no tiene fin). Pero todavía me faltaba la *forma* que debía circunscribir aquella substancia.

¿Qué individuo no ha oído nunca hablar de viejas crónicas familiares transmitidas de generación en generación? Necesitaba, de entrada, reescribir una crónica rela-

tando todas las experiencias vividas por los ancestros, y reservar la posibilidad de ir añadiendo constantemente detalles nuevos. Tal era la dificultad mayor: una crónica no termina nunca. Siempre surge un acontecimiento, por ejemplo, que se pretenda aportar un testimonio o que, más tarde, los hijos o los nietos quieran hacerlo. Me costó más encontrar la solución adecuada que llevar a cabo todas aquellas investigaciones durante tantos años.

Luego expliqué las razones por las cuales quise escribir esa crónica. Quería presentar a mis hijos sus ancestros y su país, la patria y su vida. Y de pronto supe lo que debía hacer: *Debía adoptar el tono de la sencillez.*

De modo que empecé. Pero ¿por dónde? Pensando en las viejas sagas, comencé por las épocas antiguas. Me puse a contar la historia de los gigantes de hielo que se hunden y la aparición del país, surgiendo del agua esmaltada del Mar del Norte y del Báltico. Describí los chorros de los glaciares tragados por los valles y el nacimiento, en el corazón de todo esto, de una bella mancha de tierra: la patria de los ancestros. Evoqué la prehistoria hasta la aparición de aquéllos. El país y los hombres tomaban vida por medio de sus cuentos y leyendas que yo relataba. Las anotaciones llenas de detalles sobre antepasados precisos o sobre grupos de ancestros, terminaban casi siempre con ilustraciones de la patria, del estilo: «Mi padre habla de Peter Pück», o «la abuela J. y la historia de los mil thálers», o, en fin, «la vieja casa y la reja diabólica de St. Marien». Y sobre la página del título, escribí estas palabras:

Libro de la casa y de los ancestros de los hijos Metelmann
Relatos y retratos de la vida de sus antepasados
acompañados de nuevos cuentos y leyendas de la patria

Para ser leído de viva voz
entregado a su madre
por su padre

Ahora, había, pues, encontrado la forma. Todavía faltaba la *apariencia exterior* definitiva. Pero ésta se imponía lógicamente: me hice confeccionar un clasificador conteniendo las hojas limpiamente escritas, los retratos cuidadosamente pegados y como conclusión un árbol genealógico resumido en forma de lista. Las páginas no están numeradas con objeto de poder insertar otros capítulos o nuevos relatos. El conjunto es perfecto y magnífico. Verlo y leerlo significa una alegría para todos. Hace dos años, el «libro de la casa y de los ancestros» reposaba bajo el árbol de Navidad; son incontables las veces en que ha sido entregado a los hijos para que lo lean. Y, si Dios quiere, numerosas generaciones tendrán todavía el placer de hojearlo e incluso de inscribir en él su vida y la de su familia, permaneciendo así fieles al espíritu de nuestra gran patria alemana.

OSS.I.2.11

Cuaderno de la SS. nº 7. 1944.

¿Cómo debe llamarse nuestro hijo?

Ya muchas semanas antes del nacimiento de un hijo o de una hija, los padres empiezan a pensar en qué nombres deben darles. Hasta aquí, la tarea de escoger el nombre se tomaba tan a la ligera que la futura madre miraba un calendario cristiano y escogía algunos nombres de chicas y de muchachos que le gustaran. Cuidaba de que esos nombres fueran de uso común en la región y en la familia, y se veían inscritos en los boletines y calendarios los nombres siguientes: Fritz, Karl, Klaus, Karl-Heinz, Peter, para un muchacho y Ursel, Gisela, Annemarie, Bärbel i Gerda para una chica. Ella consultaba entonces con el padre. Éste examinaba otra vez el calendario y añadía su elección; luego se ponían de acuerdo sobre dos o tres nombres según las característi-

cas, el color del pelo de los bebés esperados o el «aire» de la familia. Los restantes nombres no eran desestimados, sino que se guardaban en reserva.

Los padres, efectivamente, han reflexionado mucho y, sin embargo, han pensado poco. No sabían que todos los nombres tienen un origen histórico y un significado particular.

En la elección de la madre de que hablábamos, se encuentran, ciertamente, nombres muy corrientemente usuales, y sin embargo todos tienen una diferente significación. Fritz es una forma abreviada de Frederic, un viejo nombre alemán, y está formado por dos sílabas germánicas «frid» y «richi». Frid está aparentado con «Froh» (alegre) y «frei» (libre). «Fro» es la antigua designación del hombre libre, el señor; «Frowe» significaba la mujer libre, la soberana. «Frederic» es un hombre que es rico en fuerza, garantizando la paz. El hecho de que nuestros ancestros crearan unos nombres tan magníficos en una época precristiana demuestra que poseían una gran ética natural.

Cuando nuestros padres consideraban muy conscientemente dar a un hijo el nombre de Frederic, le otorgaban así un nombre cargado de sentido, distintivo de un espíritu, de una cualidad particular que iba a seguir al niño. Ernst Wasserzieher escribió en su librito *Hans y Grete*: «Desde la época de los Hohenstaufen, el nombre Frederic es extraordinariamente apreciado a causa del recuerdo de las figuras legendarias de Federico (Frederic) Barbarroja y Federico II y puesto al gusto del día desde Federico el Grande, el Viejo Fritz.»

Pero cuando se da actualmente el nombre alemán Fritz, no se piensa en su origen y en su significado, igual que sucede con el nombre Hans u otros. Está claro que «Hans» no es más que una forma abreviada y «germanizada» del «Juan» hebraico. Juan significa «Jehovah es clemente». Todos los nombres bíblicos que empiezan por «Je», «Ju» o «Jo», como Jeremías, Joachim, Job, Jonas, Joseph, contienen abreviado en esas sílabas los dos nombres del dios judío Jehovah y Jahvé. ¿De dónde procede Klaus? Klaus es la forma abreviada de Nicolás, cuyo origen no es tampoco germánico, sino griego. ¿Karl-Heinz? Tanto Karl (Carlos) como Heinz (Enrique) son nombres alemanes muy antiguos. Carlos caracteriza un «Kerl» (individuo capacitado), el hombre libre de clase no caballeresca, el campesino libre en su terreno hereditario. Enrique viene de Hagenrich (la huerta rica), el señor de un terreno rodeado de setos.

Pedro es un nombre cristiano muy extendido que se encuentra aún con mayor frecuencia en los estribillos. Pedro viene de Petrus, la roca, un nombre romano, que se añade al del apóstol Simón en tanto que primer Papa.

El nombre hebraico Miguel parece particularmente corriente. Numerosos ciudadanos creen que llaman a su hijo como al arcángel «invenciblemente fuerte», dándole, pues, un nombre muy moderno. Pero dar nombres extranjeros a los niños no puede ser más que nefasto hoy en día, pues crecen en una época en que nos esforzamos en reencontrar nuestros orígenes, y ellos preguntarán apenados, más tarde, a sus padres: En 1944, once años después de la Revolución nacionalsocialista ¿cómo pudisteis todavía ponernos estos nombres judíos?

Expliquemos lo que significan los cinco nombres escogidos por la madre: Ursula es latín y significa «la pequeña osa». Este nombre se ha puesto de moda a causa de su armoniosa eufonía. Bärbel, una variante gentil de Bárbara, es de origen griego y significa «la extranjera» (la bárbara). Annemarie es judío en sus dos componentes. Existen tantos magníficos nombres germánicos que no necesitamos manifestar nuestra ignorancia dando a las hijas de nuestro pueblo semejantes nombres y esos centenares de apodos, como Mieke, Mia, Maja, Ria, Mimi, Miezl, Anke, Anne, Antpe, Annchen, etc. Lo mismo cabe decir de los nombres orientales corrientes, como Margarete y sus formas abreviadas de Marga y Grete.

Sobre diez nombres, nuestra madre ha escogido, pues, seis nombres extranjeros, en su mayoría judíos, y sólo cuatro germánicos.

Después de haber criticado esa elección irresponsable, debemos ahora presentar los puntos característicos siguientes, que permitirán escoger entre nombres que corresponden a nuestra raza y a nuestra especie.

1. Los nombres o formas usuales definen un tipo racial y nacional particular; expresan una esperanza y un deseo vinculados al destino de las futuras generaciones. Expresan el conocimiento del valor del carácter, la conciencia de la identidad del clan,

del pueblo y de Dios.

2. Es nuestro deber dar nombres característicos a nuestros hijos y poner fin a la persistente tradición, aquí y allá, de escoger nombres extranjeros.

3. Cada nombre posee su origen y su significación étnicas precisas. Nosotros diferenciamos principalmente los nombres nórdico-germánicos (Harald, Sigurd, Astrid, Thora), alemanes (Albert, Heinrich, Gertrud, Irmgard), romanos (Anton-ius, Martin-us, Pet(e)r-us, Agnes, Klara), griegos (Georg, Eugen, Lydia, Monika) y judíos (Jakob, Joachim, Johann, Joseph, Mathias, Michael, Thomas, Anna, Elisabeth, Eva, Edith, Gabriele, Magdalena, Martha, María, Suzanne).

4. El nombre debe concordar con los de la patria de los padres. En Frisia gustan nombres diferentes de los que agradan en Baviera. El nombre debe expresar la etnia. Se comprende, pues, que sea importante informarse sobre el significado del nombre antes de imponerlo al hijo. (Un número especial «Nombres característicos» ha sido publicado por el SS-Hauptamt. Círculos y profesores de diversas regiones informan).

5. El nombre debe armonizar con el nombre de familia para constituir con él un conjunto orgánico. Pero esto no es siempre posible dado que muchos apellidos casi no significan nada. La consonancia tiene también un papel a desempeñar.

6. La costumbre que consiste en dar a los hijos el nombre de sus antepasados (abuelos y bisabuelos) es sana. El nombre constituye un deber ancestral para el hijo, heredero del ancestro. Cuando el padre y el hijo llevan el mismo nombre, las confusiones son fácilmente posibles. Pero el hijo llevará con orgullo el nombre del padre fallecido. Al escoger nombres de linajes colaterales, se expresa el deseo de una relación familiar clásica; mientras los nombres familiares o de clan expresan el más estrecho parentesco de sangre que se traduce bajo la forma de una comunidad homogénea. El nombre permite influir sobre el *devenir*, es decir, determinar cómo podrá ser la evolución de la herencia biológica. Esto es lo que constituye la mayor dificultad en la elección del nombre. Esto supone un conocimiento de las características hereditarias del clan, que podrá también permitirnos crear nuevos nombres si no se quiere que la imposición de nombres no se adapte a la evolución de la vida.

7. En lugar de las formas abreviadas que han llegado a ser usuales, en el futuro deberá escogerse nombres completos que serán los utilizados, a parte de los apodos en uso en los círculos familiares.

8. Los nombres dobles (Karl Heinz, Ernst Dieter) sólo adquieren un sentido cuando designan el grado de relación con el padrino. Se debe sensibilizar a los niños en estas cuestiones antes de sus futuros aniversarios. Cuando hay nombres compuestos con Bauer, Müller, Schmidt, etc., el empleo de varios nombres es deseable. En cambio, la transcripción de varios nombres bajo una forma única debe ser proscrita. (Karlheinz u otros).

Ahora, en una época en que el pueblo retoma conciencia de sus orígenes raciales, la elección del nombre ya no es un asunto arbitrario. A través de la imposición del nombre, nuestra concepción del mundo expresa que el individuo representa un eslabón en la cadena de las generaciones de su clan y una rama del árbol de vida constituido por su pueblo. El nombre forma también un voto como en el de un vínculo biológico. La imposición del nombre constituye un grado en el despertar progresivo del pueblo, y cuando todos los alemanes lleven de nuevo nombres alemanes, se podrá concluir que la elección matrimonial así como la protección de las familias han recobrado su carácter prioritario y su derecho a la consideración.

Que el nombre sea la expresión de la especie

OSS I.2.12

Cuaderno de la SS. n° 3. 1944.

El cementerio-jardín

Detrás de nosotros se encuentran las extensiones infinitas y extenuantes de Rusia; delante de nosotros el paisaje exiguo de la patria. En el tren de permiso del frente, las cartas encuentran mezclados los recuerdos de los esfuerzos a menudo sobrehumanos realizados en las batallas emprendidas para salvaguardar una tierra alemana en el Este, la sencilla vida de familia, la aldea verde, el árbol aislado en el camino campestre, el murmullo del arroyo serpenteando a través de los pardos, el bosque encantado y el seto lleno de flores y de pájaros en sus nidos. Hans de Brandebourg recibía una carta de su mujer que le decía que el cerezo de la izquierda de la ventana de su dormitorio parecía cubierto de escarcha de tanto como florecía; Toni Wieser se enteraba de que un vino de la cosecha del 43, afrutado, ha requerido demasiados esfuerzos y trabajo en la viña; el hijo de Schulte de la Tierra Roja le decía que trabajaba mucho y ayudaba a alimentar el ganado; Draxler de Tannensteig podía estar contento: su madre le informaba de que la casa reluce y que se complace ante su llegada. Me gusta la Marca, y no quisiera frustraros por nada del mundo, a los que amáis vuestro país suabo por encima de todo, o a los que os sentís realmente en casa en Silesia. Cada uno de nosotros insufla la vida a la región en la que ha nacido, no tan sólo en el sentido físico, sino también espiritual. Las generaciones precedentes de la familia en la que nacimos modelaron nuestro país y marcaron este pedazo de tierra con su carácter y su fuerza. Hoy resplandece, fecunda nuestro ser y contribuye a la plenitud magnífica de todas nuestras cualidades.

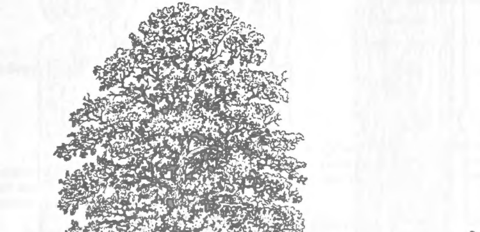
Una vez llegamos a casa, damos una vuelta para ver si todo está aún tal como lo dejamos. «¿Por qué habéis talado el gran árbol, allí abajo? ¿Por qué los frutos son tan agusanados? Me acuerdo perfectamente de haber mordido con gusto una manzana del árbol de detrás del establo. ¿Quién ha construido este cementerio desolado, sin árboles ni matorrales, donde no gorjea ningún pájaro, sin muros, desnudo y descubierto, expuesto a todas las miradas, sin que ningún cercado le proteja de intrusos profanadores? Sin embargo, está bien que hayáis puesto unos nidos allá abajo, detrás del gran tilo. Los pájaros podrán otra vez anidar y contribuir a destruir los parásitos.» La mujer ha tenido mucho trabajo, aunque también el muchacho y la chica han trabajado duramente porque el padre que se bate tan lejos y tan bravamente por nosotros deba estar plenamente satisfecho y feliz.

--Dime, mujer, me preocupa saber quién ha arreglado el cementerio con tan poco gusto. Sabes, he visto caer a muchos camaradas y a todos les he prometido guardarles un lugar en mi corazón. Sin embargo, la aldea no parece oír su petición: «¡No nos transforméis en graves sombras, dejadnos el dulce perfume de la serenidad que gravitaba por encima de nuestra juventud como un brillante esplendor! Vosotros, los vivos, dais a vuestros muertos el derecho del retorno, que podamos quedarnos entre vosotros, tanto en los buenos días como en los malos. No llevéis nuestro duelo hasta el punto de que cada amigo deba temer hablar y reír al recordarnos.» Debes saber que el cementerio-jardín debería ser bello hasta el punto de que nos gustara frecuentar a los muertos. Cualquier lugar puede ser bueno para esa clase de cementerio, allí, cerca del gran tilo, o en el montículo que se encuentra a la salida de la aldea, o allí en frente, junto al río: pero esté donde esté, debe estar en relación privilegiada con la aldea y convertirse en un componente de la belleza regional, como los viejos túmulos o ciertas capillitas. Lo comparo con la descripción hecha por Walter Flex en «Viajero entre dos mundos»: «A la altura del lago de Lemno, yo decoro una tumba de héroes. Dos tilos como guardianes tranquilos, el cercano susurro de los bosques y el centelleo lejano del lago la protegen. El Sol y las flores del verano florecen en abundancia en los jardincitos rurales de los alrededores. El joven alegre y solar debería tener una tumba hecha de Sol y de flores.» Porque, tú ves, nuestro deber no es simplemente enterrar a los difuntos que nos legaron esta hermosa aldea; debemos también honrarlos con orgullo. Las gen-

tes siempre apáticas y las que son avaras de su tiempo no pueden tener derecho a la palabra cuando se decidan los lugares, sino tan sólo los que son como esa anciana que me encontré en un abarrotado autobús. El cansancio y la carretera no le espantaban; venía de Prusia Oriental para visitar a su hijo en el hospital de Innsbrück. El cementerio-jardín con sus emplazamientos debe inscribirse en la vasta extensión natural en la que se siente la respiración de la eternidad. Una vez acostados los niños, voy a hablar de mis motivaciones y de lo que debe preocuparnos a todos.

--Debemos hacernos a la idea de que habrán unos deberes en el seno de la comunidad que ya no podremos encomendar a un «profesional» que viva de ello. Constantemente tenemos todos deberes sagrados, que cada individuo debe cumplir seriamente, con amor y el mismo calor y que no pueden ser transferidos a nadie más. El mantenimiento y la custodia de este cementerio para nuestros muertos y para los que cayeron constituyen ese deber sagrado. Deberemos unirnos todos en la aldea, para hacer ese cementerio.

--Pienso que tú has debido experimentar a menudo diferentes emociones según la naturaleza de los espacios en que te encontrabas. Un camarada arquitecto me lo explicó en tiempo de paz: «Ciertas relaciones de proporción suscitan ya diferentes estados de espíritu en nosotros, humanos: el sentimiento profano o la solemnidad. Un espacio más largo o más alto evoca en nosotros emociones más solemnes que un teatro, incluso si está muy recargado de decoración, porque un espacio equilateral hace nacer un sentimiento de tranquilidad y de encanto, pues incita más al reposo que al movimiento. Pero el presente, el pasado y el futuro juegan un papel esencial en la gran fiesta de la vida. Por sus pensamientos, el hombre va del presente al pasado y luego se proyecta hacia el porvenir. Se encuentra en movimiento. Física y moralmente el hombre se pone en movimiento en un largo espacio como un peristilo o la nave de una gran iglesia. La altura y la longitud de un espacio pueden generar un estado de recogimiento en los hombres en lo cotidiano, en función de la relación de proporción siguiente: 2/3 para el cementerio-jardín en el cual el presente y el infinito se encuentran.»



En el futuro, la apariencia de los cementerios y de los memoriales deberán ser concebidas en un espíritu de extrema simplicidad. Los signos creados por la mano del hombre deben incluirse de manera ingeniosa entre la naturaleza envolvente llena de carácter. Lugar de recuerdo para los difuntos de un pueblo.

--Como el camarada tenía todavía muchas otras cosas interesantes que contar sobre el cementerio de nuestra aldea, te narraré lo que me dijo: el contenido y la forma del cementerio-jardín son determinados por la más pequeña unidad formal, la tumba, que no debe jamás tener la forma de un triángulo o de un círculo. Los rombos, las estrellas, las cruces causan un efecto particularmente impresionante sobre los planos, pero en la naturaleza modelan los espacios de una manera absurda. No son vividos por el hombre en la forma deseada porque él no camina por las nubes, sino sobre la Tierra.

--El cementerio-jardín acoge al hombre, al árbol y a la eternidad. El árbol es una intermediario entre ésta y la generación. Se convierte en el árbol de los ancestros en el campo o el cementerio de la aldea cuando sus ramas velan sobre un linaje. Unos al lado de los otros, los hombres se encuentran en estrecha comunidad, sin diferencias, bajo el césped. El túmulo debe elevarse a diez centímetros por encima del nivel del suelo. El mejor emplazamiento para un individuo, a menos que no sea obligatorio, no está determinado por la riqueza, sino sólo por el buen nombre y la respetabilidad de una familia o de un individuo. La comunidad toma a su cargo los gastos por un período no menor de los 25 años y por el tiempo que los descendientes participen en el mantenimiento de la tumba. Así es cómo nacerá nuestro cementerio-jardín, en el que el rango y el valor de la tumba no tendrán ninguna importancia, sino tan sólo la planta y su mantenimiento, pues un jardín sin flores no es un jardín. Las flores específicas del país deben alegrarnos por la belleza y la diversidad de los colores y las formas. La gran cantidad de plantas de invernadero repugna a la vista que esperaba ver en el cementerio una pradera de flores, ciertamente de múltiples especies, pero íntimamente escogidas. En un lugar en el que el sentido olfativo del hombre resulta privilegiado con relación al de la vista, unas especies de olorosas flores deben suscitar la calma en su corazón por su cautivante perfume.



Esbozos de Klaus Stärtzenbach para nuevas lápidas sepulcrales.

La estela que se encuentra en el corazón de estas praderas llenas de flores simboliza al hombre.

La tumba contiene la memoria de centenares de instantes de una vida y borra todas las querellas.

Ella representa al hombre en su realización final. Evoca tanto la perspectiva pasada del hombre que podía alcanzar la edad madura, como la del individuo que todavía debía haber vivido muchos años. Sin meterse en grandes gastos, cada uno de nosotros puede grabar con un simple cincel signos de vida, motivos solares que son la rueda solar y la cruz de San Andrés. El árbol de vida nos enseña que la vida, incluso cuando se extingue, viene siempre a extraer nuevas fuerzas del viejo linaje. La tumba no se dirige al mundo, sino a uno, dos, tres, cuatro, cinco o seis hombres que se encuentran en un estrecho parentesco físico o moral con la muerte, pues la inscripción ya no es un simple texto, sino un diálogo. Así, la calma que reina en este cementerio-jardín llega a ser, en cierto modo, un movimiento perfecto en sí, donde los símbolos se alternan bajo una forma tangible; ninguno es superior al otro, del mismo modo que el hombre ya no se diferencia de su vecino.

La estela de madera será siempre más alta que ancha. Cuanto más estrecha es, más se acerca a la forma del árbol que tiende hacia la luz. En cambio, la piedra es pesada, estratificada; depende estrechamente de la tierra y debe ser conforme a su carácter. El monumento funerario será más ancho que alto. El hierro trabajado por el herrero, redondeado, cuadrado o plano, deberá ser acuñado o torcido, doblado y remachado, con objeto de que el viento y el sol pasen libremente, como en una telaraña. Influenciadas por nuestro espíritu libre y alegre, la forma y la esencia se unen de tal modo que la esencia engendra a la forma, como el árbol nace de la tierra y el sonido de la flauta.

Me regocijo ya de la época en que todos los campesinos se reunirán para construir juntos el cementerio-jardín según este hermoso proyecto, con la convicción de que todo el pueblo alterna con otro pueblo de inmortales cuya existencia fue indispensable, pues representan nuestras raíces sin las cuales no podríamos avanzar.

Klaus Stärtzenbach

OSS.I.2.13

Cuaderno de la SS. nº 6. 1944.

Del niño

¿Existe un placer mayor que el de ver a un niño?— ¿Conoces tú uno?— ¡Yo no!— Es un placer de los ojos. Es un placer del oído. Es un placer para tus manos que le acarician. Es un bálsamo para tu corazón. La verdad es que un niño exige también una atención constante que adopta diversas formas.

Las preocupaciones son múltiples.

El niño que tú has tenido, que se desarrolla, crece en función de su ser íntimo, es una parte de ti y sin embargo sigue su propio destino. Tú te sientes responsable de él, pero tú no puedes hacer nada para su bien ni para su mal. Tú te prolongas en él, pero es su voluntad quien le guía. ¿Es que hay una inquietud mayor?

Esto no se acaba nunca. Antes de su nacimiento, tú te preguntas si vivirá, y si está sano. Te preocupas de su salud, de sus malos pasos, de sus resultados. Te preocupas por sus opciones, por sus propias preguntas. Tu apego a tu hijo es tan profundo, ¡tan total!

Pero tú te realizas realmente a través de tu hijo. Los esfuerzos que tú haces por tu hijo representan tu valor secreto, tu valor de vivir anónimamente. Tu valor, es tu felicidad muda. Finalmente, tú te tranquilizas: él vive, y millares de pequeñas vidas florecen en él como sobre un árbol en primavera; su belleza resplandece como la humedad matinal del día. Tu muda alegría encuentra su coronación en su resplandor físico. El sano carácter de tu hijo parece iluminar tu gozo. Su llegada te llena de un desbordante orgullo.... ¿puede

haber un placer más profundo? Se te dice también que este niño es un fardo, el producto de un descuido. Pero otros expresan ideas más sanas y más íntegras, dicen que es una cuestión de opiniones,... y, ciertamente, lo que hay de más irrefutable, que es un deber hacia el pueblo, un acto responsable, una prueba de confianza.

Pero las palabras más sensatas te las diré yo: ninguna otra razón motivará tu deseo de tener un hijo, que el amor. Tú no le amas por ningún otro motivo que por tu alegría.



III. Cuestiones raciales

OSS.I.3.1

Revista «Creer y combatir», para los SS de los grupos populares alemanes del Sudeste.

¿Qué es la raza?

«Lo que no es de buena raza en este mundo no tiene valor.»

Adolf Hitler, *Mein Kampf*

En el seno de la masa de los seres vivientes se disciernen grupos que se parecen más o menos y que manifiestan características físicas concordantes. Poseen la misma esencia. Nombramos a estos grupos de seres vivientes, «especies».

La humanidad actualmente viva forma una «especie» pues los individuos son mutuamente fecundos. Pero cuando se considera y compara un blanco, un negro o un mongol, claramente se ve que no se puede hablar sin restricción únicamente de la especie «hombre». Debe efectuarse una nueva sub-clasificación con objeto de emitir un juicio exacto. Esto nos lleva al concepto de las razas humanas.

Podemos distinguir cada raza por las diferencias que posee en cuanto a la particularidad de sus características, disposiciones y cualidades hereditarias, psico-intelectuales y físicas. Cada raza posee cualidades y características determinadas que sólo son propias de ella. Estas *características raciales* se transmiten hereditariamente a los descendientes.

La raza forma pues un grupo de seres vivientes que se distingue por la posesión común de características hereditarias determinadas. Ella engendra siempre seres semejantes. O, para resumir: la raza es una comunidad de disposiciones hereditarias propias (Stengel v. Rutkovski).

Mientras una raza permanece pura, su patrimonio hereditario se transmite intacto de una generación a otra. Es pues necesario que los hombres de una misma raza tengan una conciencia racial clara y que reconozcan los peligros que llevan a un cruce, a una transformación, a una degeneración y, así, a una decadencia de la raza en cuestión. Cada pueblo ha evolucionado a partir de razas determinadas en una comunidad de vida homogénea. La raza global define la característica étnica y se exterioriza de manera inmutable gracias a su patrimonio hereditario. Como todos los pueblos germánicos, la raza nórdica dominante marca también con su especificidad al pueblo alemán.

¿Qué es un pueblo?

Cada pueblo representa una comunidad exteriormente visible. La misma sangre, la misma tierra, la misma lengua, cultura, costumbres e historia constituyen un vínculo inseparable. Tanto la raza como la historia y la cultura son necesarias al deve-

nir popular. El pueblo es a la vez una comunidad de disposiciones hereditarias y una comunidad de entorno. Cada generación no es más que un eslabón en la cadena que comienza con los más antiguos antepasados y se prolonga en el porvenir con las generaciones futuras. Todas juntas, forman la comunidad popular. La existencia del individuo tiene pues una finalidad cuando está en íntima relación con el conjunto del pueblo.

Todo portador de sangre viviente de esta comunidad tiene la responsabilidad de dar vida a las generaciones futuras.

Cada pueblo posee su característica étnica. La composición racial del pueblo determina esta característica.

El pueblo es una comunidad de origen y de destino. En tanto que comunidad de disposiciones hereditarias, es capaz de crear y de modelar ampliamente a su entorno.

La importancia de las razas

La masa hereditaria común condiciona la aptitud física y espiritual a la creación que es propia de una raza. La «raza» en tanto que concepto de trabajo no se relaciona solamente con la vitalidad particular que habita y se expresa en nosotros, sino que se convierte, además, en el valor esencial, el punto de referencia ideológico.

Existen razas que pueden producir grandes civilizaciones y otras que no se elevarán jamás por sí mismas. Hay razas que tienen una actitud heroica y otras sin coraje combativo. Las creaciones culturales son exclusivamente el hecho de razas de gran valor. La humanidad evoluciona o decae por el hecho de la conservación de la pureza y de las fuerzas de las razas creadoras de civilización.

La estructura racial de un pueblo es única; su modificación conlleva siempre una transformación de su carácter y de su civilización. Toda mezcla racial significa para la raza digna de ese nombre una disminución de su valor.

Emparentado—extranjero—del mismo origen—de diferente origen

La humanidad hace aparecer en su seno grupos raciales fuertemente separados los unos de los otros. Nosotros diferenciamos, en líneas generales: los blancos, los negros y los amarillos. Cada uno de estos grupos comprende a su vez un número de sub-razas que poseen ciertos rasgos comunes. En tal caso se habla de parentesco o, brevemente, de razas emparentadas. Los pueblos que, por su composición racial, presentan los mismos componentes que el pueblo alemán, están emparentados con nosotros. La mayoría de pueblos europeos están en ese caso.

Como la substancia racial esencial varía a menudo considerablemente en los pueblos con los que estamos emparentados, se debe tener en cuenta el aspecto cuantitativo de los componentes raciales. Los pueblos germánicos tienen un predominio de sangre nórdica en su mixtura racial. Su relación con el pueblo alemán se define, pues, como «del mismo origen». Los otros pueblos que, ciertamente, presentan también unos componentes raciales nórdicos débiles, pero no son nórdicos en el fondo, decimos que son «de origen extranjero».

La mezcla racial favorable presente en el pueblo alemán se basa en el confluente de razas emparentadas y en la parte superior y predominante de la sangre nórdica.

El origen de la raza nórdica

La esfera central de la raza nórdica comprende las regiones del sur de Escandinavia, de Jutlandia, del mar del Norte, del mar Báltico y se extiende hasta el corazón de Alemania.

Desde los tiempos más remotos, el hombre nórdico fue un campesino sedentario. El inventó el arado que, más tarde, otros pueblos adoptaron, cultivó los cereales y tuvo animales domésticos. El enorme aumento de población de esta humanidad nórdica le incitó a adquirir nuevos territorios y le hizo afluir, en sucesivas oleadas a las tierras limítrofes, en el espacio europeo y en vastos territorios de Asia. La población original establecida quedó marcada con el sello de las costumbres nórdicas, incluso si

a menudo sólo fue temporalmente.

La afirmación que dice que «la luz viene de Oriente», como la ciencia afirmaba antaño, es falsa. Se debería decir mejor: «¡la fuerza viene del Norte!».

La importancia de la raza nórdica para la humanidad

El Führer dice en *Mein Kampf*:

«Todo lo que hoy admiramos en esta Tierra, la ciencia y el arte, la técnica y los inventos, son el producto creador de algunos pueblos y tal vez, en el origen, *de una raza*.»

Las grandes civilizaciones creadas por los indo-germanos de la India, de Persia, de Grecia y de Roma, atestiguan de manera irreprochable el espíritu creador nórdico. Han desaparecido también con la decadencia de la clase dirigente nórdica. Todavía hoy, somos conscientes del parentesco natural existente con esas culturas que tienen el mismo origen.

No obstante, no somos lo bastante presuntuosos para creer que toda cultura, incluidas las de las épocas antiguas, debería atribuirse a la única raza nórdica. Los pueblos con otra composición racial han creado igualmente civilizaciones. Pero experimentamos otros sentimientos cuando tratamos de captar, de aprehender, las culturas de la antigua China, de Babilonia, o las viejas culturas indias de los aztecas (en el actual México) y de los incas (en el actual Perú). Es innegable que fueron también grandes civilizaciones; no obstante, sentimos la marca de una naturaleza innegablemente extranjera al entrar en contacto. Los creadores de esas mismas culturas son la causa. No están emparentados con nosotros, sino que son extranjeros en razón de la raza. En ellos, otro espíritu habla. Jamás estas culturas de otro tipo han alcanzado un nivel comparable al que ha estado influenciado por el espíritu nórdico.

La evolución técnica de hoy ha sido igualmente el producto de hombres de raza nórdica. Tal es el caso, por ejemplo, de la nueva Turquía, el auge de la América del Norte o los progresos de Extremo Oriente a un nivel equivalente.

En los lugares de mezcla con las razas vecinas, la influencia de la raza nórdica ha demostrado constantemente ser extremadamente innovadora y ha conllevado unas tendencias al desarrollo activo, suscitando las más elevadas creaciones culturales.

El pueblo alemán y la raza nórdica

A pesar de la mezcla a menudo elevada y de la imbricación de razas en diversas regiones del Reich, encontramos en las diferentes partes de Alemania razas distintas con caracteres muy acusados.

Hay regiones en que predominan una alta talla, una faz estrecha y unos colores claros en cabellos, ojos y piel (aspecto físico de la raza nórdica). Estrechamente emparentado con el hombre nórdico, a menudo designado como siendo una «subespecie» de éste, el hombre westfaliano resulta sin embargo ser más corpulento, más alto y más macizo.

En numerosas regiones del Reich, encontramos, en cambio, hombres altos, con la cabeza pequeña, con una faz estrecha, una gran nariz, ojos marrones y cabellos negros (aspecto físico de la raza dinárica).

En ciertas partes viven unos hombres bajos, esbeltos y ágiles, con los ojos y un color de la piel oscuros (aspecto físico de la raza occidental o mediterránea).

En otras comarcas predominan las siguientes características: Cuerpos de talla mediana, rechonchos, cabezas pequeñas, rostros largos con los pómulos salientes, cabellos rubios y ojos claros (aspecto físico de la raza báltico-oriental).

Finalmente, se encuentran en ciertas partes del Reich hombres macizos con la cabeza redonda, rostros anchos, ojos marrones, cabellos entre oscuros y negros y un color oscuro de la piel (aspecto físico de la raza oriental).

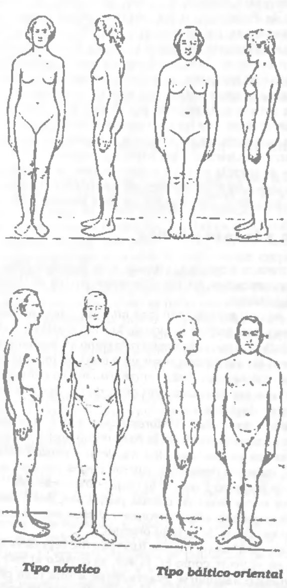
La raza nórdica está más o menos fuertemente representada en todas las regiones del Reich, tanto en el norte como en el sur, al oeste o al este. Muchos hombres en nuestro pueblo no pueden asimilarse exactamente a una raza precisa. Exceptuando a los representantes que parecen de raza pura, cada raza se encuentra en el seno de

todos los pueblos bajo una forma más o menos fuertemente mezclada.

El patrimonio hereditario nórdico predomina en el pueblo alemán. La raza nórdica no es tan sólo la *raza predominante*, sino *que su sangre se halla presente en casi todos los alemanes*. Los conceptos de «Sangre y Suelo» no forman una noción vacía, sino que constituyen nuestro destino. Se ha definido, pues, también, el objetivo perseguido por la selección del pueblo alemán. Se efectúa permaneciendo fiel a la ley vital de su raza creadora.

La parte de sangre nórdica en la masa hereditaria del pueblo alemán se eleva a, aproximadamente, el 50%. Además, la genealogía nos demuestra que *cada alemán es portador de sangre nórdica.*

Así, el pueblo alemán es una comunidad racial en el sentido más verdadero del término. La Historia interpretada en función de un principio raciológico ha demostrado desde hace mucho tiempo que la raza nórdica produce un número mucho mayor de hombres eminentes que las otras razas. La raza nórdica es ante todo la detentora del genio del pueblo alemán. Grandes realizaciones en todos los terrenos la han convertido en la raza dirigente de la humanidad. Ninguna otra raza humana ha producido tantos jefes espirituales, jefes de ejército y hombres de Estado eminentes.



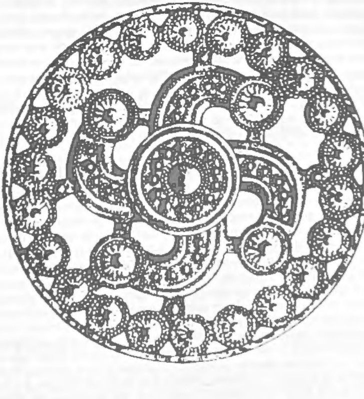
Tipo nórdico *Tipo báltico-oriental*

En el curso de intrépidas expediciones, el hombre nórdico conquistó vastos territorios, fundó Estados y creó civilizaciones. Ya hacia el año 1000, los vikingos habían llegado a América. El espíritu nórdico revalorizó y colonizó vastos territorios.

Una de las cualidades más notorias de la raza nórdica es el dominio de sí misma. La audacia nórdica ha inspirado las conquistas guerreras. La probidad y la fuerza de voluntad, aliadas a la seguridad en sí mismo, refuerzan poderosamente el sentimiento de independencia. Estas cualidades disminuyen ciertamente la intuición, y el hombre nórdico incurre entonces en el gran peligro de perderse y desperdiciarse. El nórdico siente una gran predilección por el deporte y el combate: ama el riesgo. Se le encuentra, pues, más frecuentemente que otros hombres en las profesiones que conllevan un peligro. Pero hay que confesar que el carácter del individuo es más determinante que el color de los cabellos. El individuo pertenece para lo esencial a una raza cuyas virtudes profesa por la acción.

Cuando se examina cada país de Europa en su composición racial, se comprueba que en casi todos los Estados se encuentran las mismas razas. Encontramos a la raza nórdica fuera de Alemania, en los países escandinavos, en Inglaterra y en los Piases Bajos, así como en Rusia, en Italia, en Francia, en España, etc. Pero encontramos también, por ejemplo, a hombres del tipo oriental en los diversos países europeos. Lo importante, a fin de cuentas, no es emitir un juicio racial general sobre un pueblo. Se trata más bien de estudiar los *elementos predominantes de cada raza* en el pueblo en cuestión. Y se constata que, a un nivel puramente numérico, el Reich ya va en cabeza de los otros pueblos en lo que concierne a la parte de sangre nórdica.

De una manera totalmente legítima, Alemania puede pretender dirigir a los pueblos germano-nórdicos.



Cuaderno de la SS. Nº 7. 1942.

El sentido biológico de la selección

Desde que Darwin no se contentó, como Linneo, con definir un sistema de las especies, sino que se interrogó también sobre su origen y trató de aportar una respuesta, la idea de la selección tomó un nuevo auge. En el transcurso de las últimas décadas ya se trataba de aplicarla al hombre. Hoy, la idea de la selección es una de las piezas maestras de la concepción del mundo nacionalsocialista. Desde su irrupción victoriosa, el público se fue interesando cada vez más en ella. Añadamos a ello el hecho de que todas las cuestiones relativas a la elección y a la orientación profesional de los hombres, su tipo de función y la distribución de tareas son, hoy, particularmente acuciantes.

Las razas y las especies nacen a causa de la selección y de la eliminación

Dos respuestas fundamentalmente opuestas se han dado sobre las causas del origen de las especies y de las razas que pueblan la Tierra. Una, investiga los factores motores en unos impulsos exteriores, en el entorno, el «medio ambiente.» El otro, en cambio, habla de las leyes de la transmisión hereditaria, y localiza el fundamento del origen, de la conservación y de la consolidación de los rasgos característicos de la especie en el mismo corazón del plasma viviente. Nosotros nos sentimos más cerca de la segunda respuesta que de la primera. Sabemos, por ejemplo, que la pérdida de un individuo debida al hielo o a factores externos, no tiene por consecuencia la desaparición de ese individuo en la descendencia. Tampoco sería el caso si el enfriamiento debiera repetirse durante varias generaciones. A pesar de ello, entre el origen de las especies y las condiciones vinculadas al hábitat, existen profundas relaciones de interacción que no podemos considerar en la óptica de cualquier teoría superficial del medio ambiente. Grupos humanos homogéneos, es decir, grupos raciales enteros igual que razas precisas, adquieren la característica homogénea de sus rasgos físicos y psíquicos propios en el curso de diez mil a cien mil años en relación armoniosa con un área de vida apropiada a la especie en cuestión. Bajo el efecto del conjunto de sus condiciones geológicas, climáticas y biológicas, el área de vida provoca poco a poco la consolidación y la armonización interior de un rasgo hereditario perfectamente determinado. Esto no fue el fruto de «la transmisión hereditaria de cualidades adquiridas», sino de la selección en un sentido positivo y de la eliminación en un sentido negativo.

El hábitat produce un tipo de selección determinado

La selección y la eliminación efectuadas en un territorio propio de una especie determinada hacen que sólo se reproduzca a largo plazo quien ha crecido sometido a las condiciones de esa área particular. Inversamente, quien no supera esas condiciones, desaparece. Un ejemplo: Como ha hecho el investigador v. Eicktedt, tomemos como base que la humanidad nórdica europoide de piel clara ha sido particularmente marcada por el hábitat uniforme y aislado nord-eurásico (siberiano) de la era glaciar. Podemos imaginar fácilmente las consecuencias de una selección y de una eliminación naturales en ese espacio. Sólo los que habían estado sometidos a las condiciones de existencia más duras podían sobrevivir y perpetuarse durante los siguientes milenios. Reproducirse y perpetuarse no estaba concedido más que a los que se revelaban finalmente superiores a ese clima y a ese aspecto inhóspito de la tierra, a los que eran, en fin, más fuertes que la naturaleza gracias a su inflexibilidad y a su dureza. Sólo las cualidades que permitieron al hombre victorioso vencer a la naturaleza fueron perpetuadas y consolidadas por la vía de la transmisión hereditaria. En la guerra del Este, el invierno nos ha dado una prefiguración y una viva ilustración de lo que significa, para unos hombres

que son seres vivos, no tan sólo estar sometidos a una naturaleza todopoderosa, sino superarla victoriosamente.

Vencer a la naturaleza significa, en efecto, más que poseer dos cualidades precisas. La fuerza muscular o la insensibilidad al frío no bastan. Triunfar en la naturaleza y en el entorno se relaciona con los rasgos generales del carácter del cuerpo y del alma. La naturaleza debe ser vencida por la dureza física y una inflexible voluntad de vivir. Debe serlo también por la fuerza espiritual y un gran entusiasmo. Ya en nuestros antepasados más lejanos, ella favoreció la emergencia de esas cualidades que nosotros sentimos hoy en nuestra alma como las más excelsas: el desafío a los obstáculos externos, la dureza hacia nosotros mismos, la insaciable voluntad de vivir, la profunda creencia en la victoria del alma, así como todas nuestras cualidades y nuestras fuerzas superiores.

El origen de las especies no es el fruto de un proceso de adaptación fácil

No podremos nunca considerar el triunfo sobre la avara naturaleza y la dureza de sus condiciones de vida como el resultado de una adaptación fácil. Es evidente que el hombre se adapta también y sigue el camino de la resistencia más débil, en la medida en que le es posible. Pero sustraerse al entorno circunscrito a la era glaciar y, por otra parte, rodeado por poderosas barreras naturales fue a menudo imposible o tan sólo de una manera limitada durante largos períodos de evolución. Cuando los obstáculos naturales desaparecieron poco a poco y pudieron ser vencidos, la conquistas de espacios vitales más favorables, antaño como hoy, no fue posible más que enfrentándose a otros grupos humanos que allí estaban ya implantados.

El nacimiento de una especie no es el producto de una fácil adaptación a un entorno y a un «medio ambiente». Es más bien una cristalización progresiva y una acentuación de todas las cualidades que permiten afrontar victoriosamente la dureza de las condiciones de vida. Sólo el más duro sacrificio lo hace posible. El ser que no puede aguantar la prueba exigida por la naturaleza elemental desaparece y es despiadadamente eliminado. Nosotros sentimos, pues, un profundo respeto por ese proceso que nos incita a ser responsables de la conservación y de la reproducción de los seres humanos de nuestra especie.

Los progresos de la civilización facilitan las condiciones de existencia y modifican también las leyes de selección biológicas originales

Cuanto más consigue un grupo humano dominar y transformar las condiciones de su área de vida por el establecimiento de una cultura fiel a la ley de la vida, más fácilmente consigue el individuo preservarse y evitar la eliminación. La leyes de selección y de eliminación, severas en su origen, desaparecen poco a poco y se atenúan. Cuanto más envejece una cultura y alcanza el estado de las épocas civilizadoras tardías, más pierde de su vigor. Ella produce incluso el proceso inverso. Individuos débiles y enfermos pueden así sobrevivir y reproducirse; tipos raciales diferentes se mezclan. Le ley creadora de la especie ya no parece actuar.

Cuando la cultura desarrolla su propia evolución espiritual y produce simultáneamente unas condiciones de existencia considerablemente fáciles, el espíritu y naturaleza de la selección resultan fuertemente comprometidos. La conservación de la pureza, la educación complementaria y la evolución de la especie que se desarrollaron durante milenios son, poco a poco, cuestionadas.

La selección cultural reemplaza a la selección biológica

Las especies y las razas fueron el magnífico resultado de la selección natural biológica. Al evolucionar la civilización a causa de la modificación de sus condiciones de existencia, impone, por su parte, una forma determinada de selección. Esta clase de selección resulta de las condiciones de existencia, de las necesidades y de las ideas

fundamentales de la cultura dominante y de su espíritu. El objetivo de la selección perseguido por una cultura puede tener una relación diferente con la selección natural biológica original. Esta relación determina nuestra apreciación del valor de una selección cultural y de su justificación. Poco importan los medios por los cuales se realiza. Es de una importancia secundaria que ella exija ciertas aptitudes, un grado mínimo de instrucción, que coloque en primer plano de los valores la preservación de la vida, o que se sirva de los medios de la ciencia moderna para conocer al hombre.

Diferentes formas de selección cultural

El caso más favorable de la relación de la selección cultural con la selección natural biológica original se encuentra cuando el objetivo de la última es continuado por la primera. Gracias a un agudo sentido de la ley que regía el origen de su especie, pueblos como los espartanos recurrieron en sus selecciones a los mismos principios de inflexible severidad prescritos originariamente por la naturaleza, y ello incluso después de haber llegado a territorios más hospitalarios. Otros pueblos de raza nórdica, como nuestros antepasados germanos, obedecieron naturalmente a las leyes biológicas que regían la creación de su especie.

En cambio, nosotros sabemos que otras formas de selección natural van totalmente en contra de las leyes biológicas del origen de la especie, o incluso les son hostiles. Éste es, especialmente, el caso cuando el espíritu civilizador proviene del exterior y no es el producto de la misma especie. La aceptación, lo mismo que el establecimiento por la fuerza, de una cultura de espíritu extranjero, produce otros tipos de selección, y conduce finalmente a la negación y a la destrucción del carácter original y específico de la especie. La intrusión del Cristianismo en la cultura de nuestros antepasados germánicos ha hecho nacer una forma de selección que, desde el principio, se reveló hostil a nuestra especie y a sus leyes de evolución. La élite de los sacerdotes cristianos escogió unos hombres apropiados y utilizables para sus fines, pero les prohibió la perpetuación y la conservación de la mejor herencia racial al obligarles al celibato. Forma extraña a los principios de la selección cultural, se aprovecha ventajosamente de las consecuencias de una selección natural biológica de cientos de miles de años de vida. Utiliza el tesoro, tan rico de talentos psico-espirituales de nuestra raza, pero rehusa consciente e instintivamente que sean preservados y se renueven. Durante siglos, vivió de ese capital, proceso cuyo alcance sólo hoy empezamos a entrever. Vemos que ese capital de talentos se encuentra ya amenazado y que no es inagotable.

El espíritu que anima las formas de selección cultural de nuestra época

Las formas actuales de la selección cultural dependen estrechamente del mismo nivel cultural.

Cuando la cultura presenta ya las características de una acción civilizadora tardía, la «selección» por si misma ya se ha transformado en una espantosa contra-selección. He aquí pues a lo que nos ha llevado el hecho de haber protegido a enfermos y a seres inferiores, a causa del «interés» mal aconsejado por el valor único del individuo. La depravación moral, el bienestar, la decadencia de los sentimientos y la pérdida de todos los instintos naturales han sido las causas. Nuestro punto de vista ante todo esto es claro y no necesita ninguna explicación.

Dejando de lado esta contra-selección civilizadora que se deriva automáticamente, vemos numerosas tentativas hechas para practicar una selección cultural consciente y metódica. Su finalidad y su intención son siempre «situar al hombre preciso en el lugar adecuado». Nadie objetará lo idóneo de los esfuerzos concretos de este tipo. Todas las instituciones y las organizaciones importantes de nuestra vida cultural se preocupan hoy de dotar a su descendencia de un número suficiente de cualidades. Las grandes misiones históricas que el destino ha asignado a nuestro pueblo no permiten ya revalorizar los dones existentes. Es, pues, tanto más necesario poner al hombre preciso en el lugar adecuado.

El carácter biológico problemático de nuestra selección cultural

Para poder apreciar la importancia de las tentativas de selección efectuadas por nuestra época, no nos basta con comenzar por estudiar sus indiscutibles éxitos inmediatos. Debemos constantemente preguntarnos si están de acuerdo con las leyes biológicas de la conservación de la especie. Debemos examinar si contribuyen a la vez a favorecer y hacer prosperar la especie milenaria o, por lo menos, a conservarla, a parte de su efecto práctico momentáneo. Cuando tenemos en cuenta esta necesidad, constatamos, en efecto, que nuestras formas de selección cultural han perdido de vista el sentido biológico original de toda selección. Llegamos, incluso, parcialmente, a una inconsciencia o una indiferencia totales, a veces hasta a una hostilidad instintiva y manifiesta. Este último caso concierne particularmente a todas las formas de selección «puramente espirituales».

Desde el punto de vista práctico, la selección cultural se efectúa principalmente sobre individuos superiores y adaptados a objetivos culturales particulares. El sentido original biológico de la selección, es decir que los hombres de valía sean favorecidos en su reproducción, la mayor parte del tiempo no se toma en cuenta, ni incluso intencionalmente negado numerosas formas de vida y de organización condicionadas culturalmente impiden a sus miembros de reproducirse gracias a la instauración de múltiples trabas de tipo económico o moral. Por ejemplo, la incitación a seguir cursos de formación demasiado largos, que hacen económica y concretamente imposible la fundación de una familia. Así se llega a la obligación de limitar el número de hijos porque su educación exige enormes sacrificios. Otras organizaciones culturales que, naturalmente, reivindican el derecho a escoger a los mejores, elevan más bien unas barreras morales. Una moral de clase, por ejemplo, en el seno de la cual el sentido del deber biológico no está bien visto, que reprueba como vulgares tanto el matrimonio precoz como tener muchos hijos o los padres jóvenes, traiciona el sentido original de la selección biológica. Las clases que expresan su moral «distinguida» con la fórmula: «¡Enamórate a menudo, comprométete raramente, no te cases nunca!», no tienen, pues, ningún derecho moral a participar en la selección en el seno de nuestra raza.

La selección cultural produce así el efecto inverso al nivel biológico cuando sólo son elegidos los mejores cuya existencia se pone en peligro porque deben arriesgar su vida para cumplir sus misiones. La guerra actual nos da la prueba flagrante de ello, pues, a causa de los caídos, impide a los mejores de entre nosotros reproducirse plenamente.

Cuando examinamos la situación de conjunto, la selección cultural se efectúa, todavía hoy, en los campos más variados, a pesar de las razones diferentes, de una manera biológica totalmente similar a la selección de la Iglesia, que se nutre constantemente del capital de talentos. Mientras ella se dedica, de manera tan engañosa, a situar al hombre necesario en el buen lugar, no se apercibe a menudo del sentido original de toda selección a causa de la estrechez de su horizonte histórico-temporal, ideológico y moral. Y no es raro que incluso crea deber rechazar desdeñosamente los puntos de vista biológicos por razones «espirituales». Ella deviene así una espantosa forma de contra-selección a nivel práctico, porque es perfcetamente disimulada. A ello se añade lo bien fundado y la justeza de sus procedimientos selectivos en parte altamente desarrollados.

Nosotros no podemos renunciar al resultado inmediato de una buena selección cultural en la gigantesca lucha por la existencia de nuestro pueblo. Pero esto no debe obtenerse al precio de *un empobrecimiento de nuestra substancia popular y racial, rica en talentos*, acelerado por los medios más refinados. Sería una política a corto plazo. Lo que la contra-selección civilizadora produce progresivamente, es decir, la extinción y el agotamiento de la buena e incluso de la mejor sangre por el simultáneo aumento de todo lo que es mediocre, se vería entonces acelerado por procedimientos conscientes. Lo que, entregado a sí mismo, representaría un proceso escalonado sobre unos siglos, se produciría en algunas décadas: una raza detentora de cultura vería desaparecer sus últimas fuerzas concentradas y exaltadas de una manera tanto más rápida y dramática.

¡Sería un caso de heroísmo trágico en el sentido spengleriano!. Ver ese peligro implica combatirlo por todos los medios.

La reproducción de los genes de raza valida es más importante que todas las selecciones naturales

Nuestro punto de vista es claro: Toda selección cultural -poco importan los medios que ella emplee- debe disculparse y justificarse ante la historia milenaria de nuestra raza. A la vista de los principios creados por Dios y que rigen nuestra especie, no tiene ninguna razón de ser por cuanto se opone de manera hostil, indiferente o inconsciente a las leyes biológicas. Voluntariamente o no, incita a la explotación destructora de las obras más elevadas y más eminentes de la creación. La naturaleza y el Creador aplican entonces una única sanción: a saber, la desaparición, la muerte de la especie. Toda selección consciente que conlleve éxitos inmediatos que son tal vez evaluados en años y en decenios, debe poder efectuarse a la vez en siglos, milenios y centenares de milenios. Si no, la misma pierde todo crédito ante la historia de nuestra especie y finalmente ante su divino Creador.

Nuestro derecho a la selección

El nacionalsocialismo no puede concebir su exigencia de selección más que con el objetivo de que pueda concordar con las leyes biológicas del origen de las especies. Debe pues velar porque la idea de selección sólo sea defendida y aplicada en función del *conjunto* de la concepción del mundo nacionalsocialista. Todas sus aplicaciones parciales y racionales producen el efecto contrario. Hasta ahora, la SS ha sido su instrumento más apropiado. Sus leyes de la Orden y sus instituciones están animadas por el espíritu del deber biológico. Desde 1931, el Reichsführer SS ha promulgado en ese espíritu la orden sobre los esponsales y el matrimonio. La orden SS del 28 de octubre de 1939, concerniente a toda la SS y a la policía, emana del mismo sentido del deber hacia la raza, de sumisión al Creador y por esa razón, ha sido mal comprendida y mal interpretada por los que no piensan de una manera biológica.

Ludwig Eckstein

(Nota del autor: la orden del 28 de octubre prescribe que la asistencia y el sostén deben ser aportados sin discernimiento a los niños, legítimos o no, de los SS que han muerto en el frente. Los sectores religiosos y reaccionarios vieron en ella un atentado insoportable contra la moral.)

OSS.I.3.3

"Anales". nº 2. Edición de la brigada SS Valonia

Del cuerpo racial al alma racial

No es sólo porque la forma del cuerpo del hombre nórdico conlleve ciertas dimensiones en altura, anchura y longitud, o porque se caracterice a menudo por cabellos rubios y ojos azules que le concedemos una cierta importancia.

No es tampoco por eso que atribuimos un cierto valor a nuestra herencia nórdica.

Ciertamente las indicaciones que nos proporciona la forma del cuerpo del hombre nórdico no dejan de constituir la base misma de nuestro ideal de belleza. Siempre ha sido así en la historia occidental y basta para convencerse de ello con echar una ojeada sobre el panorama de las obras de arte que han sido producidas en el curso de los siglos por todas las civilizaciones y las «culturas» que se han ido sucediendo sobre el

territorio europeo. Por lejos que nos remontemos en el pasado, siempre encontramos en las figuras esculturales y en las pinturas que evocan un ideal de belleza, las formas características del hombre nórdico. Incluso en ciertas civilizaciones orientales nos encontramos en presencia del mismo fenómeno. Mientras que las divinidades son representadas con unos rasgos netamente nórdicos, las figuras de demonios o que representan a fuerzas inferiores o tenebrosas afectan rasgos característicos de otras razas humanas. En las Indias e incluso en Extremo Oriente se encuentran a menudo Budas cuyos rasgos son netamente nórdicos.

Que el cuerpo racial nórdico representa para nosotros el ideal de la belleza, nos parece de lo más natural. Pero todo esto sólo adquiere su significación real y profunda porque nosotros encontramos en él la expresión y el símbolo del alma nórdica. Sin esa alma nórdica, el cuerpo nórdico no sería nada más que un objeto de estudio para las ciencias naturales, como la forma física de cualquier otra raza humana o animal.

Así como el cuerpo nórdico nos ha llegado a ser precioso y agradable en tanto que soporte y expresión perfecta del alma nórdica, de la misma manera experimentamos repulsión por ciertos indicios raciales judíos porque son el símbolo directo y la indicación cierta de un alma judía que nos es totalmente extranjera.

Sabios especialistas de la cuestión nos dicen que una cierta forma física racial y una cierta alma racial van necesariamente juntas y que no son, después de todo, más que la expresión de una sola y misma cosa. Sin embargo, nada nos parece más difícil que demostrar científicamente o por otros medios la exactitud de esa homogeneidad entre el cuerpo racial y el alma racial.

Creemos que hay que mostrarse muy prudentes en este tema. En el estado normal de las cosas, hay, de toda evidencia, homogeneidad e interpenetración entre estos dos aspectos de la realidad humana. Y nos parece muy difícil llevar hasta sus extremas consecuencias lógicas el dogma de la diferenciación del cuerpo y del alma. Los representantes más autorizados de esta doctrina particular no están, por otra parte, de acuerdo sobre este punto.

La impureza racial, sin embargo, se manifiesta, como podemos constatar cada día, por unas contradicciones interiores entre el cuerpo racial y el alma racial. Hay individuos que poseen, sin duda, dichas características físicas de la raza nórdica y que, sin embargo, no poseen en absoluto el alma nórdica.

No obstante, la cuestión esencial consiste en considerar una tal situación como absolutamente anormal e incluso monstruosa.

Y nos parece que la transparencia entre el cuerpo racial nórdico y el alma racial nórdica es el verdadero objetivo que deben asignarse toda política y toda moral raciales.

OSS.I.3.4

Cuaderno de la SS.. n° 6b. 1941

Gemelos y herencia

Los gemelos demuestran la exactitud de nuestra doctrina racial

Los cuadernos de la SS presentan esta vez una ilustración que parece salirse considerablemente de lo ordinario: se trata de parejas de gemelas que participaban en una «competición de los gemelos más parecidos» que tuvo lugar en California en 1941. Algunos se preguntarán qué viene a hacer en los cuadernos de la SS esta imagen, una tal expresión de la predilección estúpida de los americanos por lo sensacional. En la mayoría de los casos, las jóvenes presentadas no son ni siquiera hermosas.

Sin discusión, no se puede decir que estas jóvenes sean, por lo menos, «monas». Sólo fueron escogidas para divertir a un público simple y, sin embargo, esta imagen es extramadamente interesante, sorprendente y demostrativa.

¿Por qué? Porque la fotografía con su toma de vista general ha *proporcionado una prueba inconsciente e impresionante de la exactitud de la doctrina racial del nacionalsocialismo.*

Esta afirmación parece, de entrada, abusiva. Si la estudiamos, veremos la imagen de una manera diferente. Nos muestra seis pares de mellizas que pertenecen a razas diferentes. El par central, a la izquierda, parece ser del tipo nórdico-westfaliano; son unas muchachas de origen ciertamente germánico. Las chicas de arriba a la izquierda parecen ser occidentales (mediterráneas). Salta también a la vista que las otras dos de abajo, a la izquierda, son de origen israelita. Los tres pares a la derecha son mestizas; en la del centro predomina la sangre india, mientras que en la superior y la inferior hay mayoría de sangre negra.

Vemos, pues, que los seis pares de gemelas son extremadamente diferentes en su conjunto, lo que nos da una idea clara del caos racial que reina en los Estados Unidos. Lo que hay de más sorprendente es que las dos hermanas de un mismo par son exactamente parecidas cada vez. Se las podría invertir sin dificultad. No hay más diferencia que si la misma persona se hubiera hecho fotografiar dos veces. Un ejemplo: En ellas se ve cada vez exactamente la misma sonrisa que demuestra así el mismo carácter espirttual y moral. Para distinguir a esas gemelas, la madre debió ponerles, ya cuando eran bebés, un lacito rojo y otro azul para no confundirlas.

Para nosotros, hombres «ordinarios», la diferencia existente entre los genes es tan evidente que se los puede distinguir sin dificultad. Pero quien encuentra en la vida mellizos comparables a los de la ilustración, experimenta el sentimiento notablemente desconcertante de no poderles diferenciar. Encontrar a ese hermano gemelo haría entonces nacer la reflexión siguiente: «Cuando te he visto llegar, he pensado al principio que era tu hermano. Luego he pensado que eras tú. Pero ahora me doy cuenta de que era tu hermano.»

Hay, sin embargo, excepciones: Todos los gemelos no son tan parecidos como los de la ilustración. Pensemos simplemente en los que podemos conocer. *Existen dos clase de gemelos.* En la primera clase, las parejas presentan rasgos de semejanza y de equivalencia equivalentes, como hermanos y hermanas corrientes. Estos gemelos pueden ser, también, de sexo diferente. Se puede explicar fácilmente su origen: cada ser vivo superior es el producto de la unión de un óvulo y de un espermatozoide. Los núcleos de estas dos células contienen el patrimonio hereditario. El óvulo fecundado posee pues el patrimonio hereditario de los lados paterno y materno que produce un



Concurso de mellizas en California, Estados Unidos.

nuevo ser vivo. La mujer, en ocasión de un ciclo menstrual, no emite normalmente más que un óvulo de su stock de óvulos que puede ser fecundado. Pero en casos excepcionales puede suceder que dos óvulos se separen, cada uno fecundado por un espermatozoide, y que crezcan después. Así nacen los gemelos que no se diferencian de los hermanos y hermanas habituales más que por su crecimiento común en el cuerpo materno. Son los gemelos «bivitelinos».

La creación de gemelos exactamente parecidos se desarrolla de una manera completamente diferente. Estos últimos representan aproximadamente una cuarta parte de los gemelos que nacen. En lo que les concierne nacen de un óvulo único que es fecundado por un espermatozoide. Pero por razones desconocidas, esta célula se divide en un instante muy precoz de la evolución. Las dos mitades producen cada una un individuo completo. Cada uno es el producto de un huevo único fecundado y a cada división celular, el patrimonio hereditario se reparte de manera totalmente equivalente en las dos mitades. Estos gemelos así nacidos tienen exactamente el mismo capital de caracteres hereditarios. Son gemelos "univitelinos" y, por su procedencia, seres humanos exactamente parecidos desde el punto de vista hereditario. Su parecido francamente ridículo tiene su origen en su similitud hereditaria.

Ridículamente similares y destinos sorprendentemente parecidos.

La similitud de gemelos univitelinos puede manifestarse hasta en los más pequeños detalles. Se pueden citar dos ejemplos auténticos: Una institutriz tenía unas gemelas en su clase, que era incapaz de diferenciar. Finalmente, se puso muy contenta por haber logrado una señal de reconocimiento gracias a las pecas recientemente aparecidas en la punta de la nariz de una de las chicas. Poco tiempo después, la otra chica tuvo exactamente el mismo número de pecas en el mismo lugar. Ciertas enfermedades (por supuesto, únicamente del tipo hereditario) pueden aparecer y evolucionar de una manera totalmente similar en gemelos que tienen la misma herencia, incluso si los dos individuos viven de manera totalmente diferente. Antaño vivían dos hermanos gemelos, uno de los cuales llegó a ser un alto funcionario. Vivía, soltero, en la capital. Su hermano se casó y vivió en el campo como propietario rural. A pesar de esas grandes diferencias de condición de vida, ambos cayeron enfermos a los sesenta años. Esas naturalezas, que habían estado siempre en perfecta salud, fueron víctimas de una diabetes violenta, que les provocó una gran irritabilidad psíquica y posteriormente dificultades al andar. En el curso de la enfermedad los dos hermanos estuvieron aquejados de una retinitis y de un absceso abierto en un dedo del pie, y ambos murieron a causa de su afección en el transcurso de unas cuantas semanas.

La historia de los gemelos univitelinos con predisposiciones criminales sigue a menudo un curso sorprendentemente parecido. Estos mellizos son condenados a una misma pena en la misma edad, cometen el mismo género de delitos y se comportan de una manera parecida hasta en los más mínimos detalles. Por ejemplo, después de la I Guerra Mundial, vivían dos mellizos que eran conocidos por ser dos estafadores de gran estilo. Uno de ellos declaró haber hecho un invento de una importancia inaudita. Gracias a su brillante personalidad y a su persuasiva elocuencia, supo interesar a muchas personas en su invento y sacarles dinero. Pero el aparato en cuestión nunca funcionó bien. El dinero le sirvió para vivir lujosamente. Finalmente, fue detenido. Mientras estuvo en prisión, su hermano gemelo construyó el mismo tipo de aparato; supo igualmente encontrar a ingenuos y a gentes crédulas que le prestaron fondos, hasta que él también fue detenido por estafa. Ante el tribunal, los dos adoptaron la misma actitud. Con una habilidad sorprendente supieron expresarse y convencer en parte a los jurados. En prisión tuvieron el mismo comportamiento y supieron agenciarse diversas ventajas.

Hay innumerables historias divertidas a propósito de los mellizos. Uno de los dos hermanos Piccard, pilotos de estratosfera que más tarde llegaron a ser célebres, va al barbero en su época de estudiante, se hace afeitar y declara sufrir de un crecimiento de barba extremadamente rápido. Entonces el barbero le promete afeitarle otra vez gratuitamente en caso de necesitarlo otra vez por la tarde. Una hora después, el mismo estudiante vuelve a la barbería -en realidad el hermano gemelo- luciendo una buena

barba. El sorprendido barbero nunca había visto crecer tan deprisa una barba y debió afeitarle gratuitamente, de acuerdo con su promesa.

Dos hermanas tenían la costumbre de engañar regularmente a su profesor de música cuando una de ellas quería tener el día libre. Tenían sus horas de curso en momentos diferentes y una de las dos se sacrificaba durante dos horas el mismo día mientras su hermana se divertía.

¿El patrimonio hereditario es preponderante?

A pesar del parecido desconcertante y a veces funesto para algunos gemelos, se cometería seguramente un error si se dijera que el hombre es únicamente el producto de su patrimonio hereditario. Existen mucho más de dos grandes grupos de causas que determinan la naturaleza del hombre: su carácter hereditario y las influencias del entorno actuando sobre él. Los gemelos univitelinos no son totalmente parecidos en todas las cosas. Siendo sus caracteres hereditarios parecidos, las diferencias que presentan se atribuyen a las influencias del medio. Pero subsiste un hecho interesante e importante: en esos mellizos univitelinos que han crecido en un entorno diferente, se puede determinar la fuerza y el límite de las influencias de este último. Es posible constatar la extensión y el grado de las influencias del medio. Pueden suscitar diferencias precisas. Pero la impresión dominante que resulta de la investigación sobre los mellizos prueba claramente que el patrimonio hereditario es mucho más fuerte que el entorno. Ahora, volvamos a nuestra ilustración. ¿Qué revela lo esencial de esta foto, una vez que hemos adquirido algunos conocimientos sobre los procesos que actúan en unos mellizos hereditariamente parecidos? Muestra a unas personas que no se pueden diferenciar porque tienen el mismo patrimonio hereditario. Sin embargo, las parejas pertenecientes a varias razas presentan unas diferencias extraordinariamente grandes. Y ahora, para concluir:



Durante el III Reich no habían tales «concursos» expresando una tendencia hacia hacia el sensacionalismo. En cambio, la feminidad no maquillada y natural era propuesta como ejemplo en publicacines de este género.

Si la similitud física y espiritual de estas mujeres procede de la similitud de su patrimonio hereditario, la desigualdad de los individuos y la diferencia de los grupos biológicos humanos que se llaman razas procede de la desigualdad de su patrimonio hereditario. Es precisamente ahí donde reside la gran idea fundamental de nuestra doctrina racial.

Las razas son diferentes a nivel psíquico y físico porque poseen caracteres hereditarios diferentes. Su diversidad, como la del individuo, no procede de la acción de un clima diferente, de condiciones de vida diferentes, de una influencia espiritual diferente, en una palabra de su entorno, sino de su patrimonio hereditario diferente. Al principio está la sangre. Es gracias a su patrimonio hereditario que un pueblo racialmente homogéneo se construye su propio desarrollo, marca su espacio vital, crea su cultura. La igualdad y la diferencia reposan pues sobre el proceso natural y fundamental de la transmisión hereditaria. En el raro caso de la igualdad total de los hombres tal como se manifiesta en los gemelos univitelinos, podemos demostrar de manera formal que su concordancia reposa sobre la igualdad del patrimonio hereditario. Pero se demuestra también que la diferencia entre los hombres y las razas se fundamenta en la diferencia del patrimonio hereditario.

Nosotros deducimos de ello la siguiente enseñanza: El patrimonio hereditario, la raza, determinan las manifestaciones exteriores como el pensamiento, el sentimiento y la acción, la actitud psíquica de cada individuo como de cada pueblo.

¿Se sustrae el alma a la influencia de las leyes hereditarias?

Muchas personas consideran que sólo el cuerpo resulta ser el objeto de la transmisión hereditaria, pero el alma les parece ser una entidad sobrenatural conferida directamente al embrión por el Creador. Los mellizos univitelinos nos dan también la prueba de lo contrario de manera irrefutable. ¿Qué nos muestran? Nosotros vemos la misma actitud, la misma sonrisa, los mismos lloros, el mismo lenguaje, la misma coquetería, las mismas cualidades y defectos en los dos mellizos. Cuando se parte el embrión, no son solamente los corazones, sino también las almas quienes se desdoblan.

El sentimiento totalmente humano que emana de estos gemelos univitelinos nos parece extremadamente fuerte. Sentimos que nos encontramos en un lugar en donde la naturaleza nos deja contemplar sus misterios de una manera profunda y clara. Es como si, por medio de los mellizos univitelinos, nos quisiera mostrar que podría también crear hombres idénticos, si quisiera. Estas raras excepciones ponen en evidencia que ella desea la *desigualdad* y no la igualdad. Por esta desigualdad de su esencia, la naturaleza mantiene la vida en potencial, la impulsa hacia adelante.

Los hombres del país de Roosevelt, que es un enemigo mortal de la nueva Alemania y de la doctrina del Führer, debieran verse de frente y no con la mirada de gentes sedientas de sensaciones. La verdad existe también en ellos: la verdad sobre la ley eterna de la sangre.

OSS.I.3.5

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1939.

Grupos sanguíneos y razas

A la luz del descubrimiento de los grupos sanguíneos del que hemos hablado brevemente en el último cuaderno, su importancia para la raciología ha sido muy sobrevalorada. Así, por ejemplo, se cree corrientemente que la sangre determina directamente la pertenencia racial de un individuo. Pero, como se sabe, hay más de *cuatro a seis* razas sobre la Tierra. Es pues bien evidente que los *cuatro a seis* grupos sanguíneos no bastan para asociar a una de las numerosas razas a un grupo sanguíneo determinado. De hecho, los cuatro grupos clásicos A, B, AB, 0 aparecen en *todos* los pueblos y

razas. Los grupos sanguíneos no pueden, pues, determinar la pertenencia de un *individuo* a una raza. Clasificar a las gentes según *una* particularidad -en el caso presente, el grupo sanguíneo- no conduce a nada. Si se quisiera, por ejemplo, juzgar a los pueblos y a las razas *sólo* según el índice encefálico, los nórdicos y los negros estarían emparentados, pues ambas razas son dolicocéfalas. Es comprensible que la importancia de la particularidad sanguínea en la investigación racial haya sido sobrestimada, pues esta particularidad merece, por lo menos, una consideración especial. Sin embargo, en la determinación de los grupos sanguíneos, la raciología no está menos -pero tampoco más- presente que el primer procedimiento biológico, el cual está cualificado para completar ricamente a los que, hasta aquí, son casi únicamente descriptivos y utilizados para medir a los cuerpos. Además, la pertenencia de un individuo a un grupo sanguíneo es constante durante toda su vida, y contrariamente a otras particularidades corporales, es totalmente independiente de toda acción del mundo exterior.

Si no se puede asignar una raza precisa a los *cuatro a seis* grupos sanguíneos, el descubrimiento de estos grupos proporciona, no obstante, preciosos datos para establecer la historia de las razas y el descubrimiento de los pueblos. Se podría, efectivamente, demostrar, que se encuentran los cuatro A, B, AB y O en todos los lugares de la Tierra, pero que la *frecuencia de su aparición* es diferente según los pueblos y las razas. Un ejemplo que nos es familiar aclarará el problema: Si se compara el reparto en porcentajes de los grupos sanguíneos en el pueblo alemán, teniendo en cuenta todos los sondeos publicados hasta hoy, con el de los 1000 judíos examinados, se obtiene la siguiente tabla (cifras redondeadas):

Grupos sanguíneos	O	A	B	AB
Alemanes	36	50	10	4
Judíos	33	37	21	9

Constatamos que los valores para B y para AB son dos veces más altos en los judíos que en los alemanes. El reparto de los O es, más o menos igual, mientras que A es significativamente más extendido entre los alemanes que entre los judíos.

Está claro que tales porcentajes dan una imagen tanto más exacta cuanto mayor sea el número de individuos examinados. Si no se examinaran más que cien hombres de las SS, se obtendría seguramente otra imagen del reparto de los grupos que la que acabamos de indicar para los alemanes. Un examen de la totalidad de los SS nos daría, no obstante, unas cifras aproximativas. Los datos sobre el reparto de los grupos en el interior de un país determinado son, en consecuencia, muy inciertos, porque muy pocos nativos de esos países son examinados y su elección influencia los resultados. De todas maneras, se puede desde hoy trazar la *imagen del reparto de los grupos sanguíneos en los diferentes pueblos y entidades nacionales* teniendo en cuenta los resultados de los descubrimientos precedentes:

Una visión de conjunto nos muestra *una preponderancia significativa de sangre A en la Europa del noroeste y de sangre B en el Asia central y oriental.* Sangre A y raza nórdica no deben, empero, ser confundidas, a pesar de los datos geográficos conocidos hasta hoy, como el examen de un grupo de poblaciones del este de Alemania con mayoría del grupo A ha revelado. En el área Europa-Asia, el grupo A disminuye regularmente de oeste a este. Es sorprendente que en la Rusia europea haya menos A que en el Próximo Oriente, en los iraníes y los persas, antaño nórdicos. Es la revelación evidente del impulso de los pueblos nórdicos indogermánicos hacia el Asia. En lo que concierne al B, se observa una preponderancia de reparto en el nordeste de Europa, con relación a las regiones del sudeste de Europa y del Próximo Oriente. La Prehistoria y la Historia nos demuestran que unos elementos raciales emigraron de Asia hacia Europa. Por lo que se refiere al reparto del A en otras regiones del mundo: la preponderancia del A fuera de Europa se encuentra en Australia, en Polinesia, en el Pacífico y en el Japón, así como en los pueblos del Africa del Norte. Los australianos y los polinesios muestran alguna analogía por sus características físicas con el tronco-madre europeo, aunque la gran preponderancia del A en estos pueblos no es tan sorprendente. En los japoneses, la preponderancia de la sangre A se detiene después de los ainos, esa antigua población de las islas japonesas que presenta, también, un predominio del A, y está vinculada a

los pueblos europeos por otras características físicas. En los pueblos del África del Norte el predominio de la sangre A concuerda con la pertenencia de esa región a la esfera racial mediterránea y, por lo tanto, europea, pertenencia debida tal vez, también, en parte, al Imperio de los vándalos germánicos que permanecieron en África del Norte durante más de cien años. En lo que concierne al grupo B, fuera del continente Europa-Asia, hay que hacer resaltar su presencia bastante limitada en el Pacífico y su ausencia total en Australia. El grupo sanguíneo O es tan preponderante (90%) en los esquimales y los indios de América del Norte que se emparentan con ellos, que los individuos no-O no han podido tener su pertenencia sanguínea más que de una influencia extranjera. No hay, por así decirlo, AB en ellos. A y B son tan raros que se ha podido explicar su penetración en la población primitiva norteamericana por la mezcla de razas posterior a la colonización. Al principio los esquimales y los indios de América del Norte parecen haber poseído sólo sangre O. Serían, así, la única «raza pura» en cuanto al grupo sanguíneo, de las que conozcamos hasta ahora en la Tierra. Ya que los indios tienen un grupo sanguíneo tan netamente diferenciado, se puede aquí ver claramente cómo la mezcla con otros pueblos y razas cambia la estructura sanguínea original de un pueblo. Se puede ver claramente en la siguiente tabla:

Grupos sanguíneos	O	A	B	AB(%)
Indios pura sangre	91,3	7,7	1,0	0,0
Indios mestizos	64,8	25,6	7,1	2,4
Blancos de América	45,0	41,0	10,1	4,0

Como cabía esperar, después de la mezcla de su raza, los media-sangre indios en porcentaje tienen una posición intermedia entre los indios pura sangre y los blancos. Donde se han producido las mezclas se encuentran en los promedios cifras también intermedias. Las cifras de la Rusia oriental hacen presentir una vasta mezcla entre los rusos y los pueblos fino-ugros y mongoles.

Inversamente, *con la ayuda de los grupos sanguíneos se puede demostrar si un pueblo conserva, o no, la pureza de su sangre.* Como se ha podido demostrar hasta aquí que el reparto de los géneros permanece estable sobre tres generaciones, se debe también presumir que el reparto de los grupos sanguíneos de un pueblo permanece el mismo siglo tras siglo, mientras no hayan mezclas de sangre con pueblos de grupos diferentes. De hecho, se podría ahora afirmar que, por ejemplo, los «sajones de Transilvania» que emigraron de Alemania hace setecientos años poseen, hoy día, el mismo reparto de grupos que los alemanes de Alemania, diferente de la de sus vecinos rumanos o húngaros. Los negros de América presentan un reparto de grupos comparable al de sus hermanos del África. Los neerlandeses también, en África del Sur y en las Indias Orientales, han conservado la misma tipología que sus hermanos de la madre patria; lo mismo sucede con los ingleses en el Canadá y en Australia. Correlativamente, el reparto es muy sorprendente también en los gitanos -los verdaderos gitanos- que no hay que confundir con los vagabundos que se han mezclado, aquí y allá, con esos nómadas. El reparto de los grupos en los gitanos no tiene ninguna relación con el de los pueblos europeos, sino más bien con el de los hindúes. Sin embargo, la lengua gitana se constituye con porciones de todas las lenguas de los países que atraviesan, y ciertas palabras indican que los gitanos son originarios de la India. La investigación sanguínea ha demostrado el fundamento de esta concepción como se deduce de las comparaciones siguientes:

Grupos sanguíneos	O	A	B	AB(%)
Gitanos	27-36	21-29	29-39	6-9
Hindúes	30-32	20-25	37-42	6-9

Este sorprendente ejemplo nos demuestra lo poco que ha cambiado la tipología sanguínea del pueblo gitano, aunque esté demostrado que desde el siglo XIII se ha dispersado en innumerables hordas a través de Europa, donde han vivido su vida de parásitos.

Como en otras particularidades hereditarias, se puede naturalmente diferenciar

a los individuos en el seno de un pueblo por la pertenencia a un grupo sanguíneo. Así, los alemanes del oeste y del sur difieren de los alemanes del este y del centro. Las diferencias no son, sin embargo, tan importantes como entre los rusos y los alemanes o entre los polacos y los neerlandeses. Se puede, pese a todo, hablar en el interior de algunas fronteras de ciertas cifras permanentes características del conjunto de los alemanes. Aparte de algunas diferencias locales, todo pueblo, en lo que se refiere al reparto de los grupos sanguíneos, es homogéneo en el interior de ciertas regiones y esta homogeneidad es, también, sorprendentemente constante.

Vemos, pues, que es completamente posible explicar, con la ayuda del examen del grupo sanguíneo, ciertos procesos raciales y nacionales.

Los estudios de las propiedades de los grupos sanguíneos parecidos M, N, P, S, G, recientemente descubiertos y que, hasta hoy, no han sido todavía confrontados con las experiencias raciológicas, nos hará descubrir, tal vez en el futuro, un nuevo método para explicar la interdependencia entre grupo sanguíneo y raza.

Paul Erich Büttner

OSS.I.3.6

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1936.

Cuarto ejemplo sacado del trabajo del SIPPENAMT

Se puede añadir lo siguiente al tercer ejemplo sacado del trabajo del Sippenamt (Oficina de los clanes) en el Cuaderno de la SS. Nº2:

En diversas comarcas de Baviera todavía es posible encontrar al padre de un hijo ilegítimo. El hombre que se casa con una mujer que tiene un hijo natural, lo acepta a menudo como suyo. Se encuentra frecuentemente indicado en el «contrato de filiación única», que se conserva en los archivos del Estado, el procreador del niño con la fecha y el lugar de nacimiento.

1ª semana del 26 de abril al 2 de mayo de 1936

Cuando se establece el árbol genealógico, la mayor parte de los hombres de la SS llegan a un «punto muerto» y no pueden ir más lejos. Se mostrará con un ejemplo cómo se puede, a veces, solucionar esta situación.

Un hombre de la SS ha constatado que su bisabuela nació en Lüneburg en 1820. El tatarabuelo era el patrón de la salina local. Para poder remontar hasta 1820, se necesitaban los extractos de fe de bautismo y el acta de matrimonio de los tatarabuelos. Pero éstos no estaban bautizados ni casados en Lüneburg.

Entonces se llevaron a cabo las siguientes gestiones:

Se buscó primeramente el acta de defunción. Entonces resultó que el tatarabuelo murió el 27 de septiembre de 1865 a la edad de 82 años, 3 meses y 10 días; así se obtuvo el día aproximado del nacimiento, el 17 de junio de 1783, pero no el lugar de nacimiento. La investigación del registro del fallecimiento de los tatarabuelos no dio ningún resultado.

Como la fecha del fallecimiento era 1865, primero se investigó en la Oficina de Declaración de Residencia para el lugar de nacimiento, pero las listas sólo empezaban en 1868.

Entonces se pidió al cura que compulsara el registro de bautizados. En ese registro, al lado de la anotación indicando el bautizo de una vieja hermana de la bisabuela, estaba inscrito que esa hermana había nacido en 1815 en Neusalzberg, cerca de Minden. Los tatarabuelos pues, habían posiblemente partido de Neusalzberg hacia Lüneburg entre 1815 y 1820.

UNA MISMA SANGRE RECORRE EUROPA AL TRANSCURSO DE MILENIOS.



1. Guerrero germánico. 2. La reina Octavia. 3. El emperador Vespaciano. 4.Hermes en los rasgos de un noble romano. 5. El emperador Agusto. 6. Rostro de un boxeador griego.

Se escribió a la parroquia de Neusalzberg. Pero la carta fue devuelta por imposibilidad de entrega.

¿Qué se podía hacer, entonces?

Todos los registros locales fueron compulsados; sin embargo, no se encontró ningún lugar con el nombre de «Neusalzberg». Como última tentativa, se podía escribir a la administración del municipio de Minden para preguntar si ese lugar existía y a qué parroquia estaba agregado.

Resultó que la actual estación termal de Oeynhausen se llamaba antes Neusalzberg.

El acta de matrimonio y los extractos de fe de bautismo pudieron ser, pues, establecidos por la parroquia competente. Se llegaba, pues, a los alrededores del año 1800.

2ª semana del 3 al 9 de mayo de 1936

¿Por qué fórmulas de salud hereditaria?

Cuando se discute con las SS sobre la manera de cumplimentar las fórmulas de salud hereditaria, se tiene a menudo la impresión de que la mayor parte de ellos no ha comprendido la inmensa importancia de proporcionar escrupulosamente las referencias exigidas. ¿Qué significa entonces una salud hereditaria? Aquí se aborda la noción conocida de la salud, es decir, el cuidado de las enfermedades, y una cosa totalmente nueva, a saber el tratamiento de predisposición para taras hereditarias graves. Muchos se preguntarán ahora qué se transmite hereditariamente. Brevemente, puede decirse todo lo que constituye un hombre al nivel físico, espiritual y psíquico. Sus aptitudes proceden de sus mayores y él mismo las transmite a sus hijos. Se sabía ya de manera empírica que en cada familia unas características físicas sorprendentes reaparecían en el curso de las generaciones, por ejemplo, la forma particular del labio inferior en la casa de los Habsburgo, o el gran talento musical de ciertas familias. Muchas enfermedades se transmiten al mismo título que las características físicas y las facultades espirituales. El trágico universo que reina hoy en los asilos de alienados y de discapacitados se debe casi exclusivamente a esas enfermedades hereditarias. Todo hombre reflexivo y responsable exige de una manera clara y natural que se reduzcan las taras hereditarias más graves.

Las dificultades empiezan cuando hay que diagnosticar a niños y a enfermedades hereditarias de la misma sangre. Frecuentemente se trata de hombres exteriormente sanos que, según las leyes del atavismo pueden almacenar en su patrimonio hereditario predisposiciones para alguna de esas enfermedades. Quien no sea un experto será incapaz de comprender que un hombre en apariencia totalmente sano, cuyos parientes más próximos no tienen taras hereditarias y que no sabe, tal vez, que un antepasado ya estaba enfermo generaciones atrás, pueda llevar consigo esta tara. Y si su cónyuge es también portador de la misma predisposición, la enfermedad se manifestará en él o en el hijo. Cada individuo tiene, pues, el deber, por responsabilidad hacia sí mismo y hacia sus descendientes, de hacerse aconsejar por un médico experimentado en estas cuestiones. Para facilitar esa tarea al SS, se crearon las fórmulas de salud hereditaria, con las cuales el médico examinador SS aconseja a sus camaradas. Con unos ejemplos particulares mostraremos que es imposible al profano distinguir lo esencial de lo accesorio, en las cuestiones hereditarias para juzgar su salud hereditaria. Es su deber decir franca y fielmente al médico examinador todo lo que ha descubierto sobre sus más próximos parientes. Éste puede decirle entonces, con las más grandes probabilidades de acertar, si sus hijos y sus nietos estarán sanos. El que omite mencionar a las autoridades consejeras las enfermedades, los óbitos y los sucesos particulares de sus ancestros, no tan sólo actúa de una manera criminal con relación a su futura esposa, a la sana familia de la cual él aporta la enfermedad, sino que aflige con una tara, no tan sólo a ella, sino también a sus hijos y a sí mismo.

Contrariamente a lo que piensan muchos camaradas, las exigencias fijadas por el RuSHA no son superfluas. A menudo, con ellas se llega a unos resultados benignos, pero también patentizan unas taras hereditarias que el individuo ni siquiera sospechaba. Sólo un médico habilitado puede diagnosticar si el demandante es víctima de una

tara.

3ª semana, del 10 al 16 de mayo de 1936

En nuestra patria, muchos camaradas que han pedido la autorización de matrimonio habrán echado pestes ya muchas veces contra el RuSHA en su fuero interior o incluso abiertamente.

Por ejemplo, un tal quisiera casarse rápidamente. Envía, pues, sus papeles y desea que el asunto se solucione lo más deprisa posible. Para acelerar el proceso, ha mandado, incluso, numerosos datos detallados, por ejemplo un informe de médico especialista sobre los defectillos de los ojos de su prometida o un certificado sobre cuidados dentales. Creyendo realmente haberlo hecho todo, espera con confianza la ulterior evolución del asunto.

Él está completamente tranquilo, porque todo ha sido cumplimentado y ninguna singularidad aparece en ninguna de las dos familias. Un «no» responde a todas las preguntas de los cuestionarios de salud; sólo hay un punto de interrogación para un tío; en casa de los padres se sabe que ese tío ha comparecido ante la justicia a causa de un incendio voluntario; pero no fue condenado y murió poco tiempo después.

Este asunto es, pues, manifiestamente benigno. Y cuando llega una carta del RuSHA, él se dispone a leerla, contento, pues supone que debe traer la esperada autorización de matrimonio. Pero, ¡gran decepción!.

«Para el estudio en profundidad de su demanda, el RuSHA necesita:

1°. Un certificado sobre el accidente mortal de la abuela de su prometida.

2°. Datos más amplios sobre su tío que compareció ante la justicia a causa de un incendio. Indicación del nombre, de la fecha y del lugar de nacimiento, así como del tribunal que le juzgó; además, pueden exigirse los expedientes penales.

De entrada, la irritación es grande a causa de esta carta y de sus exigencias manifiestamente secundarias. Casi hay ganas de contestar con una carta enérgica diciendo todo lo que se piensa. Pero como hay prisas, se reúnen los datos exigidos. Las conclusiones son interesantes y sorprendentes para el SS inexperto en las cuestiones médicas de biología hereditaria, y aún mucho más importantes para los especialistas médicos del RuSHA.

Se constata que la abuela, de la que la prometida había solamente oído hablar por sus padres, no fue víctima de un accidente, sino que en realidad se suicidó. Ella fue siempre un poco especial e individualista, informan ahora los padres.

Y lo que hay de más sorprendente, es que los propios miembros de su familia, interrogados a propósito del tío, le cuentan algo totalmente parecido. Dicen que era un «original» del que no se podían fiar, y que a menudo hacía cosas incomprensibles que él mismo, luego, se veía incapaz de explicar.

Es así cómo las investigaciones, aparentemente menores, revelan un hecho que sorprende al mismo camarada, pero cuyo alcance conocen los consejeros del RuSHA. Según estas indicaciones, se puede ya suponer que en los dos casos, la abuela de la prometida y el tío del pretendiente, se encuentran los síntomas de la misma enfermedad mental hereditaria. Esta suposición se encuentra confirmada por los expedientes penales consultados. Resulta que, según el informe médico-legal, el tío no fue condenado porque estaba aquejado de una alienación mental. No fue internado, como estaba previsto, en un asilo de alienados porque murió antes a causa de una neumonía.

Se ve, pues, que los ancestros de sangre emparentada de los dos futuros cónyuges presentan la misma enfermedad hereditaria. Así, debido a la transmisión hereditaria de esas enfermedades, es muy verosímil que ambos prometidos lleven consigo la predisposición por esa enfermedad. Incluso si no se detecta nada en ellos, hay un grave peligro de que, en los hijos comunes, las predisposiciones patológicas internas de los dos progenitores se adicionen y que la enfermedad reaparezca.

¿Cuál es el resultado? Se deberá desaconsejar casarse a los dos prometidos porque el peligro sería demasiado grande para sus hijos. Pero se podrá consentir que cada uno se case con otra persona sana en el parentesco de la cual esa enfermedad no esté presente. El hijo no corre ya el peligro de heredar la misma predisposición patológica que, al ser doblada, provocaría la enfermedad. Otras enfermedades hereditarias

poseen también otros tipos de transmisión que deben ser tenidos en cuenta en el diagnóstico de un posible peligro para los hijos. Es, pues, importante, tener datos precisos sobre las enfermedades de los miembros del clan con objeto de que el médico pueda hacerse una idea exacta.

4° semana del 17 al 23 de mayo de 1936

Con ocasión del estudio de una petición de matrimonio se descubrió que un tío del demandante era sordomudo. Datos suplementarios revelaron que se trataba de un caso de sordera hereditaria. Como la sordera afectaba a un tío, esta tara no es muy grave para el demandante. Investigaciones complementarias revelaron también que la madre de la novia era sorda. Una negativa debía concluir el asunto si una investigación reiterada no hubiera revelado que la madre de la prometida había estado aquejada de la escarlatina en su más tierna juventud; el médico que la trató en un hospital informó que ella había perdido el oído a consecuencia de una lesión del oído medio debido a la escarlatina. No era, pues, una sordera hereditaria, sino la consecuencia de una enfermedad infecciosa. Entonces, las cosas cambiaron totalmente. Se podía aprobar la petición porque la tara no se situaba más que en un lado, pero no en el otro. Los hijos de ese matrimonio tendrán la mayor probabilidad de ser sanos.

«La naturaleza crea especies, no crea seres.
La especie es el fin; el ser no es más que el servidor de ese fin. Es propio del individuo obsesionarse con su destino y creer que ha nacido para sí mismo».

René Quinton

OSS.I.3.7

Cuaderno de la SS. N° 3. 1944.

Sin título

Ante ti estás viendo un caballo. ¿Te gusta ese animal? Quiero creerlo. No es, tampoco, cualquier caballo. Es particularmente bello, noble y distinguido y pertenece a la raza de los Lipizan cuyo árbol genealógico se remonta a la antigüedad clásica.

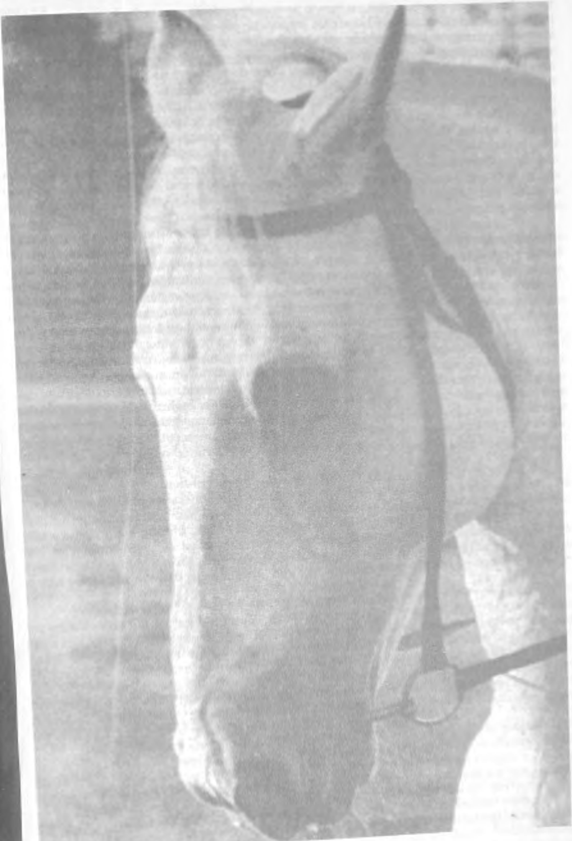
¿Por qué te gusta tanto este animal? ¿Por qué eres tan feliz al verle? ¿Por qué su vista enriquece tu alma?

Extrañas preguntas, piensas tú; no hay necesidad de interrogarse sobre el hecho de que un caballo, una criatura tan magnífica, nos guste. ¿Por qué me gusta? Simplemente porque es bello; porque es armonioso en su talla; porque todo en él está en armonía, el tronco, la cabeza y las piernas; porque su pelo es uniforme, su color elegante su movimiento ágil y su porte garboso.

Todo esto es exacto, pero quiero que me hables de otra manera, que me expreses, no las razones de tu satisfacción al contemplar este caballo, si no las que subyacen en el fondo de ti.

¿Qué es lo que te hace apto para sentir la belleza de un caballo? ¿Qué cualidades tuyas lo permiten? Yo sé que tú puedes responder también con facilidad a esta pregunta... Dices que es tu sentido de la belleza, tu instinto... Exacto, pero, ¿con mayor precisión?... ¡Pues tu sentimiento de la raza!

Ya ves; no es tan fácil tomar conciencia de la evidencia; he tenido que hacerte varias «preguntas idiotas» para obtener finalmente la respuesta más pertinente. Así sucede a menudo con las cosas más simples. La continuación parece tan evidente y sencilla. A las soluciones tan simples se las llama huevos de Colón. Hoy día, es difícil imaginarse que nuestros antepasados hayan podido ocuparse durante siglos del cultivo de las plantas y la cría de animales, ciertamente con un celo sagrado, olvidando totalmente la evidencia, es decir, el cultivo y la conservación de la pureza de su propia



Caballo lipizano

raza. Aunque se pueda cotidianamente persuadirse de lo contrario, la errónea doctrina de la igualdad de todos los hombres, impuesta por una fe extranjera, fue tenida por verdadera durante siglos. Y aún es una suerte que nuestro pueblo haya tenido una vitalidad suficientemente fuerte para que la mayor parte de hombres y mujeres hayan escogido unos cónyuges del mismo valor. Pues de lo contrario habríamos caído desde hace tiempo en la condición de los franceses que favorecen la mezcla de razas de una manera totalmente irresponsable. Ha sido el Führer quien, antes que nadie, ha enfatizado la necesidad divina de un orden racial en la conciencia del pueblo, en el momento de la mayor tragedia, en el último instante. Siempre debemos pensar en ello. No olvidemos nunca estos hechos: el Führer ha debido imponer su doctrina ante un mundo hostil; un Hans Günther fue cubierto de desprecio y de sarcasmos a causa de su doctrina racial. Y la guerra actual, ¿no se debe principalmente al hecho de que el mundo adverso que vive aún bajo el dominio de las ideologías derrotadas en Alemania, teme la fuerza inquietante que estos conocimientos revelan y nos procuran?

Tú vuelves a mirar ahora al espléndido caballo confrontando los dos puntos de vista. Hombre SS, mujer SS, alégrate con la Creación, absorbe con todos tus sentidos la belleza de este mundo. Pero sé siempre consciente de las preguntas que te hace Dios a través de sus manifestaciones. Porque tú siempre encontrarás en ellas la respuesta fundamental que debe determinar nuestra vida. Interrogarse y encontrar las respuestas es lo propio de los que viven en el umbral. Vemos detrás de nosotros los siglos en que los que ejercían un férreo dominio sobre las almas, daban falsas respuestas y prohibían plantear preguntas.

Nuestro duro destino consiste en aportar la última respuesta con la sangre de los mejores a fin de que tras nosotros crezca una generación que sepa seguir el buen camino sin preguntarse el porqué de la victoria o de la derrota. El éxito no depende más que de cada uno de nosotros, de su vida y de su lucha y -sobre todo- de su reconocimiento de las razones, de las necesidades y de su fe arraigada en la consciencia de servir a la misión más sagrada.

H. Kl.

OSS.I.3.8
Cuaderno de la SS., nº 6. 1944.

La actitud del soldado ante las mujeres extranjeras

Tú eres un SS, es decir que tú no eres un mercenario. Éste era reclutado a ambio de un sueldo para batirse por alguna cosa que no le concernía. En tanto que SS tú defiendes a tu pueblo y a tu sangre. Tú defiendes, además, a la SS, una comunidad, una Orden en el seno de tu pueblo, que se ha dado como tarea particular conservar una sangre pura y elevar el valor de la raza. En consecuencia, cuando tú te encuentres en un país extranjero, con el arma en la mano, tu deber es doble: debes defender con dignidad a tu pueblo y a la SS.

Sin embargo, te comportas sin dignidad cuando, bajo el uniforme de un oficial que lleva las insignias del Reich y de la SS, deambulas por los cafés y las tabernas con esas jóvenes y esas mujeres que se burlan de la tristeza y el dolor de su pueblo porque no tienen corazón. Tienes razón al pensar que no son muchachas ni mujeres honestas. Pues esas muchachas cuyos hermanos, esas mujeres cuyos maridos han sido vencidos por ti y tus camaradas, no se van a echar en tus brazos con alegría. Debes ser, pues, perfectamente consciente de lo que te puede aportar esa relación efímera.

¿Qué derecho puedes tú pretender tener si dejas que la relación siga su curso? ¿Cómo podrás conservar un juicio sano y un comportamiento correcto si pierdes el respeto por ti mismo? Durante esta guerra, muchos de vosotros habéis tenido la posibilidad de asumir más responsabilidades que no hubierais podido hacerlo en tiempos de paz. Deberéis mostraros dignos de estas responsabilidades. Sabemos que sois valientes en el combate. Que todos deseáis aprender a ser nobles, disciplinados y sobrios, incluso cuando no estáis en combate; he aquí lo que todos esperamos para el porvenir de nuestro pueblo.

Voy a decirte también lo que deberás hacer cuando hayas leído estas líneas. Tienes una mirada viva, un corazón valiente y comprendes lo que esto significa. Tú sabes también, tal vez, que tal o cual de tus camaradas no se comporta como debiera. Hasta hoy, tú has mirado hacia otro lado y pensado que esto no era asunto tuyo. Créeme, es asunto tuyo, es asunto de todos. Prueba primero el camino de la verdadera camaradería: háblale razonablemente. Dile de qué se trata. Dile que la hora del Destino suena para todo nuestro pueblo. Recuérdale que el Führer necesita de todos sus hombres.

Pensad siempre que os acordaréis hasta el fin de vuestros días de los meses y los años en que habéis llevado las runas SS en vuestra guerrera. Para un alemán, estos años son los más decisivos de su vida. No sólo porque el joven voluntario SS se hace un hombre, su pecho se ensancha, su paso se afirma, su mirada se abre hacia el exterior, sino también porque su espíritu se forma y aprende, en el seno de la comunidad SS, lo que siempre conservará consigo: el orden, la disciplina, la probidad, la puntualidad, el espíritu de sacrificio y la solidaridad. No estropees este recuerdo pensando que tú no faltas, al actuar así, a tus deberes como tu pueblo espera de ti. Si descuidas estas cosas, es a ti mismo a quien más daño haces.

Hubo un tiempo en que se proclamó «el derecho a disponer de su propio cuerpo». Era la época que bendecía el matrimonio de un hombre negro con una mujer blanca, la unión de un alemán y una judía, la época también en que se protegía a los que mataban al niño en el vientre de su madre si su nacimiento importunaba a sus padres.

Pero los campeones de esta época a quienes hemos vencido en Alemania, gracias a la lucha del Führer, nos hacen frente hoy tenazmente en todos los frentes.

Cuando dejas que tu cuerpo y tu sangre hagan lo que te piden tus deseos, estás ayudando a los adversarios de nuestro pueblo y de nuestra ideología. Dominándote, estarás en la verdad pues encontrarás la fuerza y el orgullo de vivir según las leyes de tu pueblo, de tu SS y de las que tú defiendes.

Quien corrompe su sangre
corrompe a su pueblo

OSS I.3.9

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1938.

Las cuestiones raciales en los Estados Unidos

La conquista y la colonización de los Estados Unidos de América representan una migración de pueblos que sobrepasa ampliamente todas las que han sido realizadas hasta el presente. Así como la colonización de la América del Sur fue efectuada por los pueblos latinos, la colonización del continente septentrional fue obra de grupos germánicos. Los ingleses y los alemanes fueron los principales pioneros en ese joven país. La porción francesa no debe ser subestimada pero tiene un carácter puramente histórico y no tiene influencia en el desarrollo, la cultura y la fisonomía racial del país.

Según el balance de la colonización propiamente dicha, después de que el nuevo estado conquistara su independencia con relación a la madre patria, el flujo procedente del Viejo Mundo se acentuó. Desde 1820 hasta 1935, treinta y dos millones y medio de hombres emigraron de Europa; cinco millones y medio de los demás países. También ahí el elemento germánico predominaba. Los británicos iban en cabeza con unos nueve millones, los alemanes les seguían con seis millones. En esa época, los pueblos en mayoría nórdicos representaban aproximadamente dos tercios de los inmigrantes europeos.

Conviene que recordemos estos hechos cuando hablemos de una América de raza nórdica. Pensamos en nuestra propia sangre que está en esa nación y en la sangre de los otros pueblos que son de la misma raza que nosotros. No podemos, pues, permanecer indiferentes a la evolución de la América del Norte, y al hecho de saber si la herencia racial se ha conservado o se ha dilapidado.

Los grandes pueblos nórdicos de América son los más amenazados; primero por las razas de color que ellos han acogido en su seno; además, la infiltración hecha por los pueblos de Europa oriental y occidental desempeña un papel que ha aumentado de manera extraordinaria en las pasadas décadas y contribuido a transformar la imagen racial original.

Todo el mundo sabe hoy que la cuestión de los negros constituye el problema crucial para los Estados Unidos. Doce millones de negros y mulatos se hallan ante una población total de unos 123 millones (cifras de 1930). Representan la décima parte de la población. Los mestizos fueron igualmente considerados como «negros» en el censo de 1930, incluyendo los que sólo tienen una pequeña parte de sangre negra, los *near whites*, así como los mestizos de negros e indios, a menos que la sangre india predomine, en cuyo caso son generalmente considerados como indios. Según cálculos seguros, los mestizos representan aproximadamente las tres cuartas partes de la población negroide total, y solamente una cuarta parte son negros de pura raza. Es precisamente este gran número de mestizos lo que pone en peligro la existencia de los blancos, pues es primero a ellos a quienes la raza blanca transmite un patrimonio hereditario duradero y no a los negros puros. Ellos aportan también sangre de color en el pueblo blanco.

Por primera vez, en 1619, veinte esclavos negros procedentes de la costa occidental de Africa fueron introducidos en Virginia. La América del Norte seguía así el ejemplo del Sur que, ya 100 años antes, había utilizado esta mano de obra barata en las plantaciones y en las minas, en vista de que los indios eran demasiado débiles como bestias de carga. La mezcla de la raza blanca con la raza negra empezó, pues, en el Sur... Los neerlandeses reinaban en la Guayana -por lo demás, se comportaban también de una manera similar en las Indias Neerlandesas y en Africa del Sur- y los franceses en Haití. Los servidores blancos, que eran al principio más numerosos que los

esclavos y en su mayor parte contratados para trabajar durante años o para pagar las travesías desde Europa con trabajo, tuvieron al principio relaciones con los negros. Hubo pues más frecuentemente matrimonios entre las mujeres blancas de las clases más bajas, y los negros. Aún hoy, la mayoría de las mezclas negro-blanco son entre mujeres blancas y negros, o bien mulatos. Pronto, la aristocracia de los plantadores siguió el ejemplo de esa clase social baja. Mientras que, por instinto de conservación, los servidores blancos se veían obligados, con el tiempo, a acentuar la distancia entre ellos y los esclavos, el todopoderoso amo de esclavos podía mantener tranquilamente relaciones con las criadas de color sin temer que su rango o la disciplina en la plantación sufrieran menoscabo por ello. La «amante» de color y sus hijos mulatos eran una institución general en las plantaciones. «Muchos amos de esclavos eran los padres o los abuelos de una parte de sus esclavos», decía Reuter (*). Más tarde, cuando nació una clase de mestizos con una parte mayoritaria de sangre blanca -los cuarterones y los octavones (un cuarto y un octavo de sangre negra) que, a menudo eran de buena posición y *blanqueados* por la civilización occidental- el número de uniones ilegítimas entre los blancos y las mulatas libres se extendió de manera considerable en las grandes ciudades.

Las reivindicaciones políticas y sociales de la población de raza negra se acrecentaron proporcionalmente a su aumento tras la abolición de la esclavitud... Debemos recordar que su número pasó de un millón en 1800 a doce millones en la actualidad, y que aumenta en un millón cada década. Pero la defensa de los blancos se instauró de manera proporcional. Los Estados del Sur fueron los defensores más ardientes de la «color line» (límite del color); fueron los primeros en levantar una barrera entre los blancos y las gentes de color desde el punto de vista social y racial.

Antes de que abordemos las medidas de defensa de los Estados, tomadas contra las uniones inter-raciales, debemos aún echar una ojeada sobre las relaciones sociológicas y raciales entre los «negros». Ya se ha dicho que los negros puros no representan más que una cuarta parte y que la mayoría se compone de mestizos de todos los matices que van desde el medio negro hasta el octavón. El nivel de instrucción, la situación social y las reivindicaciones políticas son, pues, igualmente diferentes.

El negro puro se encuentra cultural y socialmente en el escalón más bajo. En los mestizos, la posición cultural y social se acrecienta también con la mayor proporción de sangre blanca... y el rechazo de los negros. Cuanto más patrimonio hereditario blanco posee un mestizo, más radicalmente se aleja de sus conciudadanos raciales. Les contempla con desdén, se siente mejor que esos «negros» y se esfuerza por encontrar una mujer que, preferentemente, sea aún más blanca que él. Se encuentra ubicado entre las dos razas, renegando de la raza inferior y no siendo admitido por la superior. De vez en cuando, consigue penetrar en la raza blanca y si él no lo consigue, entonces tal vez sus hijos lo conseguirán. Así, a pesar de todas las barreras, la sangre negra se introduce en el cuerpo popular blanco, aunque esté diluida. Una entrada más fácil será posible donde la imagen racial esté ya coloreada por tipos mediterráneos u orientales.

El mestizo no aspira siempre a ser admitido en la raza blanca. Un cierto número de mulatos inteligentes se han puesto al lado de los negros y se han convertido en sus jefes. Así como los primeros reniegan de su sangre negra, ellos reniegan de su herencia de sangre blanca. Quieren ser negros y predicar la conciencia racial del hombre negro y atribuyen al negro la misma inteligencia que ellos poseen... ciertamente a causa de su origen blanco. Es su baza: pretenden que en las realizaciones espirituales el negro es capaz de hacer las mismas cosas que el mestizo. Está incontestablemente demostrado que más de las cuatro quintas partes de los «negros» importantes tenían muy poca sangre negra, es decir que la parte de herencia de sangre blanca domina en la clase dirigente negra.

Una gran parte de los negros emigró ya muy pronto hacia las grandes ciudades del norte. En 1930 ya eran el 43%. Así, Nueva York alberga alrededor de unos 330.000, Chicago más de 230.000 miembros y descendientes de la raza negra. Las condiciones de vida son más favorables para el negro en el norte. No está expuesto al destierro social y a la restricción de la práctica de sus derechos políticos como en el sur. (Desde la guerra civil, es un ciudadano igual en derechos, ¡sobre el papel!). Su vida es igualmente más segura en el norte que en el sur. Desde 1885 hasta 1924, 3.165 negros fueron

linchados, el 90% de ellos en los Estados del Sur. A pesar de la emigración hacia el Norte, el Sur está hoy en día, extremadamente negrificado. En cabeza se encuentra Mississipi. Más de la mitad de su población (50,2% contra 58,5% en 1900) es de sangre negra. Luego viene Carolina del Sur, con 45% y los tres Estados de Georgia, Alabama y Louisiana con un promedio del 30 al 40% de negros o de mulatos. Ningún Estado está sin negros. Ni siquiera el nordeste y el centro-norte que muestran todavía las relaciones más sanas.

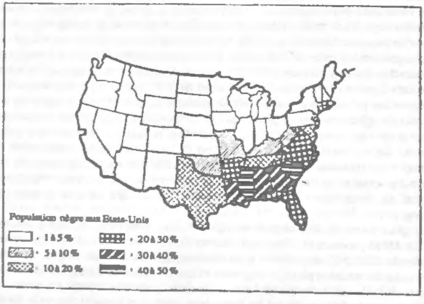
Los Estados Unidos se han enfrentado a la mezcla racial. No quieren, como en Sudamérica, absorber a los negros y formar un *melting pot* de razas. Muy pronto se tomaron medidas en los Estados del Sur más peligrosamente amenazados. No se debe abordar aquí la evolución histórica de la legislación racial, sino tan sólo el derecho en vigor actualmente (**). Las comparaciones con la legislación racial progresista de los alemanes son evidentes.

En primer lugar, hay que decir que no se trata de una legislación en el sentido alemán, que impide el nacimiento de mestizos y así el acrecentamiento del grupo de mestizos en todos los casos. Las prohibiciones en vigor no visaban tan sólo las *relaciones conyugales entre blancos y gentes de color*. Las relaciones sexuales ilegítimas -la mancha racial más frecuente por ser la más difícilmente controlable- no están legalmente prohibidas. (Se puede mencionar como ejemplo opuesto: Italia prohíbe las relaciones sexuales entre los italianos y los indígenas; mientras que el matrimonio mixto no será castigado por respeto a la Curia). Del mismo modo, el matrimonio y, naturalmente, las reacciones ilegítimas entre los mestizos y las diversas razas de color no están prohibidas. Algunas tribus indias representan una excepción, pues se las quiere proteger contra el mestizaje con los negros.

Tampoco hay un derecho racial homogéneo para el conjunto de la Unión. De cuarenta y ocho Estados, solamente treinta han promulgado prohibiciones sobre matrimonios mixtos. Son esencialmente los Estados del sur y del oeste. El nordeste continúa pasivo en este sujeto.

Cuando examinamos atentamente las relaciones entre la población negra de cada Estado y la legislación racial, puede entonces establecerse lo que sigue:

Sobre dieciocho Estados en los que el número de negros supera el 5%, diecisiete han prohibido el matrimonio mixto (excepción: Nueva Jersey). Se puede, pues, decir que aquí ha sido tomada en cuenta la necesidad racio-biológica. Los restantes Estados en los que el número de negros es inferior al 5% no muestran la misma tendencia.



Sobre el conjunto de los catorce Estados con una población negra de 1-5%, sola-

mente cinco prohíben el matrimonio mixto; los nueve restantes no parecen estar persuadidos de la necesidad de tal medida.

En cambio, sobre dieciséis Estados cuyo número de negros es inferior al 1%, ocho se han pronunciado en contra del matrimonio mixto.

Esta falta de unidad concerniente a la concepción principal relativa a la cuestión racial se manifiesta también cuando se trata de definir la noción de «negro» en el espíritu de la ley del matrimonio. En un caso son también considerados como negros los mulatos, incluidos hasta el cuarterón; en diez casos, los mulatos incluyendo los octavones; en tres casos, la prueba de una huella de sangre negra y en dieciséis casos se habla generalmente de personas «de origen africano» o de «raza de color». En cuanto al trazado del límite, se deja a la apreciación de la justicia.

Un octavón puede pues casarse con un cónyuge blanco en el Estado en que el límite entre blanco y negro llega hasta el cuarterón, y finalmente los matrimonios mixtos pueden ser concluidos entre blancos y gente de color de todas las clases en los Estados que no tienen ninguna legislación racial. Esto demuestra que esta barrera también puede complicar la mezcla racial legítima, pero no puede impedirla. Resumamos una vez más:

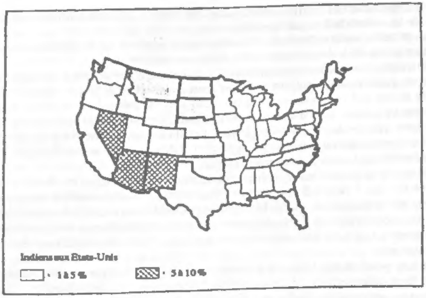
No hay posibilidad legal de impedir la mezcla racial que se efectúe mediante las relaciones *ilegítimas* entre el pueblo civilizado blanco y los negroides. No hay tampoco un medio para poner un límite al crecimiento de la población mulata por medio de uniones legítimas o no en su seno y con otras razas de color. Las leyes de prohibición de matrimonios de una serie de Estados tampoco confieren una protección suficiente contra el crecimiento racial.

América del Norte no podrá resolver el problema negro con las medidas actualmente en vigor. La población mestiza aumentará de año en año. Primero, a partir de su propia substancia, y luego por la posibilidad constante de relaciones existentes y futuras entre blancos y gente de color. A esto se añade el hecho agravante de que la clase dirigente blanca, como en muchos otros sitios, sufre un déficit de natalidad. Encontrar una solución será difícil. El viejo proyecto de devolver a los negros a su patria africana se replantea siempre: pero doce millones de hombres no se dejan retirar tan fácilmente de un entorno civilizado que, para ellos, se ha convertido en un lugar de vida, para volver a aquél del que sus antepasados fueron desarraigados hace trescientos años. Y la experiencia infructuosa de Liberia no anima a repetirla. A esto se añade que la transplantación, la «reparación», debería llevarse a cabo contra la voluntad de la vasta mayoría de la población negra. Hay, además, la influencia en la misma África, de los indígenas y de los detentores de colonias y mandatos.

No se puede tampoco abandonar a los negros el sur de la Unión, invadido por ellos, y establecerse más al norte en una posición defensiva. Pero se puede -a título de medida temporal- crear una legislación racial realmente general que demuestre tanto al demócrata blanco más entusiasta como al negro más ignorante que no es aconsejable romper las barreras que la naturaleza ha creado. Y contra el aumento de la población negra y mestiza, se puede por lo menos movilizar la voluntad y la vitalidad de la raza blanca.

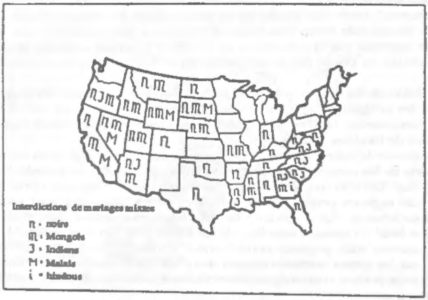
Además de los negros, los Estados Unidos albergan también otros grupos raciales. Están los antiguos dueños del país, los indios, en número de 330.000; además, 1.400.000 mexicanos, 140.000 japoneses, 75.000 chinos, unos 50.000 filipinos y algunos millares de hindúes y malayos.

Se conoce la suerte de los indios. Su exterminio casi total es un capítulo turbio de la historia de los conquistadores blancos. Si hoy su número ha pasado de nuevo por encima de los 330.000, no son todos ellos indios puros y hay un cierto número de mestizos. Las regiones principales de extensión de los indios son los Estados del sudoeste, como Arizona, Nuevo México y Nevada donde representan entre el 5 y el 10% de la población total. El número más bajo de los indios y de sus descendientes, la separación radicalmente más pequeña entre blancos e indios y la opinión deferente de los blancos hacia los indios norteamericanos motivada por su valiente actitud en la época de la conquista, no han creado oposiciones raciales y medidas racistas como fue el caso con relación a los negros.



Allí, sólo siete Estados prohiben los matrimonios mixtos entre los blancos y los indios y sus descendientes. En conjunto, hay una parte de los Estados del Sur que tienen menos de un 1% de población india, es decir, relativamente poco, mientras que los Estados que tienen de un 1 a un 10% de indios -con la excepción de Arizona- no han prohibido los matrimonios mixtos. La actitud de los Estados del Sur se explica por las desagradables experiencias que han tenido con los negros. Toman precauciones en todos los casos. En cierto Estado, sólo los indios y medio-indios no tienen derecho a contraer matrimonio; en otros dos Estados, los indios y los mestizos, incluidos los octavones; en los restantes Estados un poco de sangre india basta para la exclusión y, generalmente, se habla de indios y de descendientes de indios, y la decisión incumbe entonces a la justicia.

Un capítulo especial debería consagrarse a los judíos de América del Norte. Aproximadamente cuatro millones y medio de judíos viven en los Estados Unidos... y viven perfectamente bien. En ningún otro lugar del mundo gozan los judíos de una posición tan dominante como en este país democrático. Ellos no participaron en su descubrimiento, vinieron más tarde, cuando la época de los combates había terminado, reemplazada por la del capital. Les habría sido difícil, más pronto, integrarse en las clases



dirigentes, pero cuando se instauró un nuevo orden mundial, que clasificaba a los indi-

viduos según su dinero, la actitud originariamente reservada de la «sociedad» desapareció completamente. La campaña de odio que podía hacerse (y que todavía se hace) libremente contra la Alemania nacionalsocialista demuestra hasta qué punto la influencia del elemento judío es fuerte al otro lado del Océano. Por ello, nadie esperará encontrar medidas racistas contra la Judería halógena. Ya no están sometidos a restricciones en la Ley de Inmigración. Son inscritos como huéspedes miembros de su antigua nación, como «alemanes», «ingleses», «franceses».

Para terminar, unas palabras más sobre el efecto selectivo ejercido por las leyes de inmigración sobre los pretendientes europeos. Las ordenanzas actuales (ley de las cuotas de 1924) quieren frenar la afluencia de elementos del sur y del este de Europa. Esto significa un retorno de las fuerzas indogermánicas que crearon el continente del Norte y a las cuales no se puede renunciar en el futuro. América no debe abandonar el grupo de los grandes pueblos nórdicos. De lo que acabamos de leer resulta que los americanos actuales ya no son racialmente el mismo pueblo que hace cien años o más. Madison Grant, el campeón de la idea nórdica en América, estima la parte actual de la raza nórdica en los Estados Unidos en un 70%, contra un 90% en la época de la Revolución. Se puede considerar que es exagerado teniendo en cuenta que él subestima la parte de sangre nórdica en el pueblo alemán. Pero no es una cuestión de cifras, es una cuestión de idea. Se trata de constatar la importancia de la raza para la vida de los pueblos. Y es gratificante ver que unas voces que confirman nuestra concepción del mundo atraviesan los océanos.

Notas:

* Reuter, *The American Race Problem*

** Una excelente investigación es presentada por Krieger: *El derecho racial en los Estados Unidos*.

SS-Ustuf. Dr. Karl

OBS.I.3.10

Cuaderno de la SS. Nº 4. 1938.

Iglesia romana y raciología

En Italia tiene lugar actualmente una discusión extraordinariamente interesante. Por primera vez desde la existencia del Partido Fascista, se habla de la necesidad de considerar de una manera racial las cuestiones nacionales e históricas.

Los círculos que han suscitado este impulso y esta exigencia se componen de un conjunto de profesores de universidad italianos eminentes. Así, esta visión ideológica innovadora había encontrado ya algún crédito. No podía ser ignorada y no lo fue. Su importancia fue inmediatamente reconocida porque permitía operar una modificación de la imagen global del Estado que se hace, en la base del Fascismo o, por lo menos, ampliar los puntos de vista esenciales. Mientras que, desde el principio, la ideología, en particular racial, constituyó el elemento motor del nacionalsocialismo, el Fascismo sólo defendió, al principio, objetivos y exigencias estatales. El gran pasado italiano, sobre todo la Antigüedad, ejercía una influencia capital sobre su visión espiritual. Además de ello, dejó un amplio espacio a la actividad religiosa del catolicismo romano que ocupaba una posición predominante en Italia. Vista desde este ángulo, la reciente toma de posición del Fascismo por la raza italiana y por la comunidad racial aria significa un avance revolucionario cuyas repercusiones históricas no se pueden aún prever.

La Iglesia romana ha reaccionado más rápidamente a los propósitos fascistas que lo que los usos de la política vaticana permitían suponer, pues uno de sus principios básicos referentes a la política es saber esperar. El mismo Papa aprovechó una audiencia que concedió a los alumnos de la congregación misionera, en su residencia veraniega de Castelgandolfo, para oponerse de una manera categórica contra todo pro-

pósito racista. Se olvida a menudo que él ha dicho, entre otras cosas, *que todo el género humano forma una gran raza humana universal.* Llegó incluso a emitir la sospecha de que el Fascismo quería imitar la raciología alemana.

«Debemos preguntarnos», tal como se dice literalmente en su discurso, «por qué por desgracia Italia ha tenido necesidad de imitar a Alemania».

La respuesta a esta advertencia agresiva no podía dejar de llegar. Mientras que Starace, había admitido el fundamento de las exigencias raciales ante los profesores de universidad, nada menos que Mussolini las aprobó y refrendó. Su respuesta al Papa, breve y lapidaria, fue rápidamente conocida en Alemania:

«Todo el mundo debe saber que también nosotros marcharemos hacia el futuro adoptando el punto de vista de la cuestión racial. Decir que el Fascismo ha imitado a algo o a alguien es simplemente absurdo.»

La discusión en Italia no ha terminado todavía, pero se lleva a cabo de una manera estricta y directa, pues la Iglesia continúa el combate, de una manera oculta, contra la raciología; con esfuerzos cada vez mayores porque ninguna cuestión parece tan peligrosa a la Iglesia romana como la raciología, por su crédito, su influencia y su existencia en tanto que sociedad religiosa, como veremos.

Cuando estas cuestiones han tomado una dimensión particularmente actual, parece lógico preguntarse, para un examen profundo, qué relaciones mantiene la Iglesia romana con la raciología. Esta actitud no es tan clara como parece serlo a primera vista si se consideran las declaraciones totalmente auténticas del Papa. Las tomas de posición eclesiásticas sobre la raciología revelan un punto de vista bastante confuso.

Es cierto que la Iglesia expresa así su visión bíblica constante que es de predicar el Cristianismo a todos los pueblos. Esta misión representa el fundamento de la voluntad de poder universal de la Iglesia romana, que no puede en ningún caso tolerar una diferencia racial entre los pueblos, especialmente a nivel del sentimiento religioso, y una diferencia de *valor* racial. Pero, por otra parte, los resultados de la investigación raciológica alemana tienen tal valor científico que un rechazo incondicional expresado por la Iglesia romana debería provocar una importante pérdida de prestigio para ella en Alemania.

También Copérnico debió desmentir los dogmas religiosos por sus resultados científicos. Es Copérnico y no la Iglesia quien tuvo razón ante la Historia. Por una lucha encarnizada contra la raciología, la Iglesia romana corre hoy el peligro de, un día, deber bajar también el tono sobre esta cuestión.

Ella se encuentra, pues, confrontada a la opción de hacer el ridículo ante la Historia rechazando la raciología, o de abandonar, por el reconocimiento de ésta última, una de las más importantes condiciones de su eficacia internacional. La Iglesia romana *mundial* se ha pronunciado de manera provisional por la primera opción, lo que sólo ha sido posible mientras que la raciología y su aplicación práctica permanecían limitadas, más o menos exclusivamente, al espacio alemán. La Iglesia romana en *Alemania* se ha orientado por otro camino.

Pero antes de que empecemos a estudiar las tomas de posición episcopales y eclesiásticas, citemos la publicación del sacerdote romano y profesor de universidad Wilhelm Schmidt, cuya tentativa de «refutar» la raciología científicamente es interesante desde más de un punto de vista. Schmidt es el científico romano que se ha ocupado de la raciología de una manera particularmente detallada, incluso aunque sólo haya sido superficialmente.

Pero los resultados a los que llega en su libro *Raza y Pueblo* no corresponden a los de la ciencia raciológica, ni a los principios fundamentales de la concepción del mundo nacionalsocialista. El método que ha utilizado es, por cierto, extremadamente simple: científicamente no sólo criticable sino perfectamente condenable. Él intenta -ciertamente de una manera pérfida- de oponer a los representantes de la raciología unos a otros. De esta manera, llega a los resultados que necesita para su convicción religiosa.

En la página 33, llega a constatar que las «cualidades físicas no se han revelado ser características raciales manifiestas» y saca la conclusión de que «sin embargo, la doctrina racial al definir todo lo que es espiritual como determinado por la raza y basándose en cualidades físicas, se hunde totalmente.»

Cuando él considera la relación entre las cualidades morales y la raza, Schmidt es aún más netamente superficial cuando se basa simplemente en la doctrina de la Iglesia, según la cual:

«El alma es una substancia propia, autónoma, que, por su parte, no mantiene ninguna relación hereditaria, no tan sólo con ningún cuerpo sino tampoco con ninguna otra alma, ni con las almas de los padres, sino que cada vez Dios la crea para cada individuo» (p. 41).

Schmidt concluye así este pasaje de su libro con la declaración más simplista:

«El alma no está vinculada a ninguna raza, como tampoco tiene una patria terrestre.»

Como, al entender de Schmidt, no existe ninguna transmisión hereditaria de las cualidades psíquicas y físicas, habría podido ahorrarse el trabajo de dar estas explicaciones. En vez de ello, ha revelado por sus razonamientos citados, a veces extremadamente claros, cuáles son los puntos particulares de la raciología que causan problemas a la Iglesia romana. Schmidt se defiende contra el hecho:

«Que la raza determine *toda* experiencia humana; podría ser que ella abarque únicamente campos precisos y podría incluso existir una diferencia racial que se expresa en ciertos campos de una raza como de otra» (p. 53).

Y en la pagina 56 se dice:

«Se debe rechazar enérgicamente la concepción... que afirma que cada uno de estos tipos (raciales) tenga sus propia facultad sensitiva y su moral que le sea propia, de tal manera que esa moralidad conlleve, por así decirlo, unos deberes..., así como existen verdades reconocidas por los hombres de todas las especies, igualmente existen también normas humanas generales de moralidad que resultan de la naturaleza humana y no pueden desaparecer más que con la misma humanidad» (p. 56).

Estas posiciones son reveladoras, pues nos muestran claramente cuáles son las brechas que la Iglesia romana considera como una amenaza para su propia doctrina. Si, como afirma la raciología de acuerdo con la etnología, la proto-historia, la germanística, etc. debiera ser exacto que cada raza no puede tener más que una moral adaptada a su naturaleza, que por ejemplo la raza nórdica no puede respetar las mismas leyes morales que la raza judía, si ella es capaz de las más grandes creaciones, entonces no ha lugar ni hay ninguna justificación «para las normas humanas generales de moralidad que resultara propiamente de la naturaleza humana». Por normas humanas generales de moralidad, Schmidt evoca en particular la moral de la doctrina cristiana romana.

Schmidt es consciente de la imposibilidad de querer realmente refutar de una manera seria la raciología. Y así, su objetivo propio no es en absoluto negar la raciología, sino arrancarle sus garras para hacerla inofensiva. En ocasión de una conferencia pronunciada en Viena, se explicó claramente sobre este aspecto:

«La raza y el pueblo no pueden tomar su valor más que en la fe deísta en el Uno Creador que ha creado a todos los hombres a partir de un origen. Son los dos aún más transfigurados, purificados y reforzados en la religión cristiana-católica que admite completamente los numerosos deberes que se derivan de la pertenencia a una raza y a un pueblo, les concede el carácter moral y da a los hombres la fuerza y la voluntad para cumplirlos.»

Tal es el sonido de la melodía entonada de acuerdo con todas las declaraciones eclesiásticas en Alemania. Esto significa que la Iglesia pretende admitir deliberadamente los valores de la raza, del pueblo, de la nación y del amor, como los más altos valores «naturales» queridos por Dios. Pero, por encima de esos valores simplemente «naturales», se elevarían los «sobrenaturales» de la gracia divina, etc., que son utilizados para disminuir, pulir y así convertir en perfectas las simplificaciones y las exageraciones de los valores naturales. Se encuentra un ejemplo práctico de esta opinión en las «misiones católicas», donde se dice, en el cuaderno n° 3 de marzo de 1936:

«Ella (la Iglesia) admite al hombre tal como es, con su raza, su pueblo, su nación, su Estado, en la región donde la voluntad creadora de Dios le hace crecer; aprueba pues todas esas fuerzas creadoras emanadas de la sangre y del suelo. Pero nosotros no podemos y no queremos olvidar una cosa. El hombre de hoy, ante todo el hombre redimido, ya no vive en la «pura naturaleza». La redención y la supra-naturaleza son una realidad, y por esta realidad, la naturaleza ha entrado en un orden nuevo. La conse-

cuencia del pecado original quiere que los hombres exageren y defiendan los valores naturales; la humanidad, la libertad, el derecho o la raza. La Iglesia detendrá siempre estas escaladas en el lugar que ellas ocupan en el orden de valor divino y absoluto. No son pues, en absoluto, rechazadas; reciben solamente un lugar exacto en todo lo que tiene un valor.»

Indicarles su lugar exacto es la consigna que permite a la Iglesia conseguir su mayor éxito, donde ella dispone de la mayor experiencia, la mejor, la más hábil y la más eficiente. Cuando, a lo largo de todas las épocas, la Iglesia no ha conseguido reprimir espiritualmente unas corrientes ajenas o incluso hostiles a su naturaleza, porque ella descuidó el instante propicio o no tuvo la fuerza suficiente, se reservó siempre un medio que le permitiría casi siempre triunfar: la asimilación. Ella acepta simplemente los valores que le son ajenos, los invierte y los falsifica hasta que se adapten a su propio sistema, les adjudica un lugar en su escala de valores y los hace inofensivos, mientras los difunde como si fueran de su propiedad espiritual. Un manifiesto de la «hoja clerical bávara», del 23 de enero de 1935 ofrece un testimonio, prueba de una intuición inigualable:

«El encuentro de la Revelación y de la raza pertenece precisamente al capítulo más atrayente de la historia de la Iglesia. La raza era el instrumento, la Revelación era la melodía, Cristo el artista. Y así, la Iglesia inflamada por la Revelación, tuvo en todos los tiempos el olfato más fino para percibir todos los valores biológicos reales.»

(¡Tan sólo su actual Papa parece haber perdido ese olfato!) ¡Tras leer esto, no podemos por menos que sentirnos estupefactos!

No queremos dar por acabados estos testimonios sin haber por lo menos citado una frase episcopal. Con ocasión del discurso en memoria del obispo Bares en la iglesia Hedwig de Berlin, el obispo Machsen, de Hildesheim expuso lo que sigue sobre el lugar exacto de la raciología:

"Es absolutamente imposible para un obispo católico negar todo lo que se relaciona con las nociones de pueblo y de patria, todos los valores de la sangre y del suelo. El saber religioso nos da la certeza de que la carne resucita y así confiere a nuestro cuerpo y a sus valores una dignidad que les acerca a lo divino. Según la enseñanza de la Iglesia, la naturaleza es la base de la fe, y así, a partir de la supra-naturaleza, ponemos los fundamentos, no sólo de las cuestiones biológicas y etnográficas, sino también sociales... Este punto de vista de la fe nos proporciona así una visión exacta de la nobleza y de la dignidad de la naturaleza humana. La nociones de la sangre y del suelo encuentran un lugar jerarquizado y así tienen la posibilidad de desarrollarse de una manera orgánica.»

Todos estos ejemplos demuestran claramente que la Iglesia romana es incapaz de sustraerse a la influencia de la raciología en Alemania. Fuera de Alemania, en un mundo en el que dominan, sea la misma Iglesia, sea el liberalismo por lo menos emparentado en este punto por su doctrina igualitaria, sea el marxismo, se hacen oír los rechaces de la raciología con unas manifestaciones de odio que atestiguan una impotencia rencorosa.

Renunciamos citar los artículos de los periódicos de inmigrantes católicos anti-alemanes, pero citamos en su lugar dos ejemplos de una obra aparecida en Suiza en 1935 en la cual, olvidándose de los hechos, se expresa una demagogia puramente política, a pesar de que entre sus colaboradores figuren obispos romanos. En este artículo, el obispo de Debreczen invita a la teoría racial a mantenerse en los estrechos límites de su naturaleza pueril», y en el artículo de N. Berdiajev se dice:

«La teoría racial y la de las clases, significan, ambas, la intrusión de un politeísmo en la vida social; ellas -la teoría racial en un grado más elevado que la de las clases (!)- son incompatibles con la doctrina cristiana y llevan al enfrentamiento con el Cristianismo. Estas dos teorías no son hipótesis científicas sino unos mitos idólatras en el seno de un mundo ateo e impío.»

Citamos el pasaje siguiente sacado de esta obra sobre todo a causa de su indecible estupidez y de su torpeza, de su placentero efecto humorístico, más que por su importancia práctica. El autor llega a la asombrosa conclusión de la afirmación errónea de que Zaratustra fue un profeta oriental, a quien Nietzsche hace decir en su obra del mismo nombre la célebre frase: «Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la

tierra...»

«Las teorías raciales representan pues (!!!) únicamente una fase del orientalismo; deben ser consideradas como un ataque dirigido contra el corazón de la cultura occidental, contra la creencia en el poder del espíritu sobre el cuerpo y deben ser combatidas.»

En vista de tales enormidades que no se pueden interpretar más que como políticas y que sólo son comprensibles para los partidarios romanos, se debe afirmar con asombro que incluso en los cenáculos del Vaticano, que de ordinario demuestran un poco más de habilidad, de acierto y de ductilidad diplomática, tan pronto como se creen incitados a expresarse sobre la raciología, adoptan un tono que no se diferencia mucho del de sus colegas emigrados fuera de Alemania.

El Cardenal y Secretario de Estado del Papa tuvo ocasión de pronunciarse dos veces en 1933 sobre la raciología; una vez en su discurso de clausura de las fiestas de Lourdes, lugar de peregrinación francés, y la otra en su texto de felicitaciones dirigido al Cardenal Schulte por su 25° aniversario episcopal. En Lourdes, Pacelli expuso:

«Con su pretensión de proclamar una nueva sabiduría, no son en realidad más que unos deplorables plagiarios que disfrazan los antiguos errores con nuevas vestiduras... Aunque estén obsesionados por la superstición de la sangre y de la raza, esas dos filosofías se basan, no obstante, en principios que son contrarios a la fe cristiana.»

Y se dice en el texto de felicitaciones al Cardenal Schulte:

«Cuando surgen falsos profetas con un orgullo luciferino pretextando ser los portadores de una nueva fe y de un nuevo evangelio que no es el de Cristo, entonces ha sonado la hora en que el obispo, ni pastor ni mercenario, imbuido de su función y de su juramento que le une desde el día de su bendición a las almas fieles, debe elevar su voz y repetir sin miedo e inexorablemente la frase del apóstol ante el Supremo Consejo:

«¡Juzgad vosotros mismos si es justo obedeceros a vosotros más que a Dios!».

Este tono traiciona una nerviosidad que traduce un rasgo de carácter que se encuentra también el discurso antes citado del Papa; esta nerviosidad proviene del hecho de que la Iglesia sospecha que la concepción del mundo racial es capaz de cambiar la imagen del mundo y de la Historia aún más fuerte y radicalmente que lo hicieron en otra época los resultados de las investigaciones de Copérnico. En todo caso, ella resulta así alcanzada más gravemente y en profundidad.

En una carta de la congregación del seminario y de las universidades de la Curia romana en Roma, enviada a los rectores de los institutos católicos que le están subordinados, el Vaticano vuelve ciertamente a su antiguo tono judicial y doctrinario, pero continúa, en este tema, absolutamente intransigente. En esa carta, que es un reglamento que invita a luchar contra todas las doctrinas de la raciología y sus aplicaciones, se dice:

«Lo que afecta a nuestro Santo Padre de manera extremadamente dolorosa, es el hecho de que nos informan de las impúdicas blasfemias para excusar esta injusticia, y que por la difusión de doctrinas muy perniciosas presentadas como ciencia, nombre que usan equivocadamente, se trata de confundir los espíritus y extirpar de las almas la verdadera religión.»

He aquí los principios citados que deben ser particularmente condenados:

2. La fuerza de la raza y la pureza de la sangre deben ser conservadas y protegidas de todas las maneras posibles; todo lo que conduce a este objetivo es, pues, bueno y válido.

3. La sangre que contiene el tipo racial proporciona todas las cualidades espirituales y morales al hombre a título de fuente principal.

6. La primera fuente y la medida absoluta de toda regla jurídica es el instinto racial.

La obra ha sido fechada en abril de este año. La profesión de fe del Fascismo por la raciología no ha podido aún cambiar nada de esta toma de posición. La Iglesia trata de conservar su vieja posición. Tratará de conservarla desesperadamente hasta que deba retroceder un paso. Pero no hay duda de que un día ella *deberá* entonces retroceder en toda la línea.

SS-Schaf. Horst Pabel



IV. Campesinado, economía, población

OSS.I.4.1

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1939.

La gran cuestión planteada a la economía alemana

Es un hecho que todas las realizaciones de un pueblo, su cultura y sus obras, no le aprovecharán y no le serán propias más que si los creadores históricos de estas realizaciones subsisten. Obras de arte de una gran civilización pueden aún existir: recordemos tan sólo la historia de Egipto. No es entonces más que una cuestión de azar si se encuentran documentos históricos unos siglos más tarde. Incluso si el pueblo, en tanto que tal, identificado con esas obras de arte, ya no vive porque su sangre se ha agotado, los hombres que habitan el país, y se sienten sus herederos, pueden todavía existir con ese nombre. No son, sin embargo, los descendientes físicos de los creadores de entonces, sino, a lo sumo, los detentores de un nombre; ya no poseen la fuerza creadora de la sangre de origen y así, a menudo, no son capaces de regentar sus tradiciones y, con más razón, de comprenderlas y perpetuarlas.

Los helenos son un buen ejemplo de ello. Por supuesto, les conocemos hoy por sus obras de arte. Sabemos, gracias a éstas, que el pueblo de los Helenos existió antaño, pero a pesar de unas instituciones estatales perfectas, no consiguieron impedir el agotamiento de su sangre: Los helenos de la Era Clásica ya no existen hoy, su sangre ha desaparecido y se ha fundido en una sangre extranjera. A causa de que los helenos comenzaron a despreciar la procreación, hoy ya no tienen descendientes que den testimonio de las acciones de sus antepasados carnales. Sólo la sangre emparentada de la esfera germano-alemana ha sabido redescubrir los documentos culturales de los helenos y comprender su sentido antiguo. *Sin la sangre hermana de la civilización alemana, la Hélade habría caído en el olvido largo tiempo ha.*

El pueblo chino nos da el ejemplo contrario: *La religión de ese pueblo le prescribe conservar su sangre por una numerosa descendencia:* Ella es la base misma de su religiosidad. A pesar de todas las catástrofes nacionales y naturales, el pueblo chino atraviesa los milenios y contradice por su misma existencia todas las consideraciones intelectuales de Occidente sobre el nacimiento o la desaparición de una nación. Toda idea de decadencia fatal, en el sentido en que la entiende Oswald Spengler, se derrumba en el caso del hecho chino y de su vitalidad.

Tal vez se explicaría mejor la oposición que existe en la evolución de estos dos pueblos, chino y helénico, si se recuerda que Licurgo, ciertamente mítico pero no obstante genial creador de una de las legislaciones helénicas más perfectas, del Estado espartano, no pudo salvar a Esparta y hacerla perdurar hasta nuestros días por que la sangre espartana, entretanto, se agotó.

En el sentido opuesto, los *descendientes* de Confucio viven todavía hoy; y se le

puede considerar como *contemporáneo* de Licurgo; él influyó de una manera decisiva la actitud espiritual y moral de los chinos. Estos viven hoy en el mismo lugar, en la misma escena en que Confucio vivió y trabajó en su época. En la 77ª generación, el descendiente de Confucio da testimonio de las realizaciones de su genial ancestro, mientras que unos no-helenos -investigadores alemanes- tratan, mediante unos trabajos delicados y minuciosos, recrear la legislación de un Licurgo y las supervivencias de ésta. *Confucio no sabía ciertamente nada de la construcción de un Estado, pero insuflaba en el alma de su pueblo la voluntad de vivir eternamente, proclamando que el cumplimiento de su fe religiosa residía en el hijo, y que la eternidad sería suya, no sólo en sus obras, sino en su identidad viviente y en sus descendientes:* Licurgo construyó ciertamente el Estado de Esparta, único en la Historia, pero olvidó imponer a su pueblo la voluntad de vida eterna por una descendencia, y a consecuencia de esta ley vital, de perpetuar la creación de su Estado por la perennidad de la sangre.

La cuestión de la supervivencia de un pueblo por las leyes de la vida consiste esencialmente en saber si un pueblo tiene «la voluntad de sobrevivir para siempre dando vida a una nueva generación y en su descendencia futura; se trata también de saber si el pueblo se somete a esta ley vital de la sangre o si ya no tiene la fuerza espiritual, moral o física para hacerlo.

Es notable, pero históricamente irrecusable y probatorio, que todos los pueblos de carácter indogermánico o germánico sólo han sobrevivido en la medida en que, además de su conocimiento de las leyes de la sangre, no han olvidado su pertenencia a sus propias tierras y en tanto que han podido continuar siendo campesinos y reconociéndose como tales.

Los germanos entran en la historia europea en tanto que campesinos y su sistema de vida es de tal modo característico que evitan colonizar las villas romanas para establecerse fuera de las ciudades en campo abierto. En el mundo ateo del Imperio romano decadente, que cayó completamente bajo las garras de una plutocracia semitizada, los germanos crearon un nuevo derecho del suelo de tipo campesino. Si algo hay que pueda demostrar el origen campesino de los germanos, es este derecho del suelo germano en el interior del Imperio romano.

Estas consideraciones y constataciones nos muestran nuestro deber de hoy. Nosotros, alemanes, hemos entrado en la Historia bajo la égida de las leyes germánicas. Debemos, por lo tanto, respetar las leyes de la vida de la sangre germánica si queremos sobrevivir y no condenarnos a muerte nosotros mismos. Pero la legitimidad de la germanidad tiene sus raíces en el campesinado. En el alba de la historia, la germanidad nació del campesinado y es del campesinado donde sacó la fuerza sagrada de la vida eterna. Es la ley fundamental de la legitimidad germánica.

Si nos encontramos hoy enfrentados al problema del éxodo rural, no es cuestión de nuestra política alimentaria. No es tampoco una cuestión agrícola. El éxodo rural constituye simplemente el problema de la existencia y del destino de nuestra nación. Pues por primera vez en su historia, nuestro pueblo debe decidir si quiere separarse de su campesinado o reconocerse en él. El problema del campesinado no es un problema social, ni siquiera un problema corporativo, como muchos piensan, sino una cuestión de sangre y, pues, de la perennidad y del porvenir de nuestro pueblo. Sólo la juventud podrá resolver este problema pues ella sola lo afrontará y deberá saber si quiere tan sólo aprovecharse de los años históricos actuales o ser su gestionaria fiel. *La juventud alemana debe decidir claramente lo que puede y quiere hacer en esas circunstancias. Necesitará avanzar con un rigor y una determinación inflexibles por un camino claramente definido. Pero la juventud nacionalsocialista de Adolf Hitler ha estado habituada a seguirle hasta ahora en lo que concierne a otras cuestiones de nuestra existencia política nacional.* He aquí todo lo que se le puede decir a la juventud alemana a propósito de la desertización del campo si todavía se quiere confiar en su alma y en su dinamismo.

(Con la autorización de la redacción de *Voluntad y poder*, Cuaderno 6 del 15 de Marzo de 1939).

SS-Obergruppenführer R. Walther Darré

OSS.I.4.2

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1939

La ley fundamental del campesinado alemán

«Realizar el pensamiento fundamental de la política nacional despertado por el nacionalsocialismo, que encuentra su expresión en la teoría de la «Sangre y el Suelo», significará la más profunda transformación revolucionaria que haya jamás existido.» Tales son las palabras del Führer algunas semanas antes de la decisiva victoria del movimiento de liberación nacionalsocialista, el 3 de enero de 1933, en su discurso en el congreso de política agraria del NSDAP. Las primicias de esta realización fueron la puesta en vigor de la ley sobre la finca hereditaria el día de la fiesta de la cosecha del pueblo alemán reunificado por el nacionalsocialismo. El trabajo había sido ya preparado en general y en sus detalles en el tiempo de la lucha por el poder, por R. Walther Darré y sus colaboradores en el Servicio Nacional para la política agraria del NSDAP. Así fue posible, apenas dos meses después del nombramiento de Darré en el ministerio, además de los proyectos fundamentales concernientes a la reglamentación del mercado, presentar al Führer la ley sobre la finca hereditaria.

El día de la puesta en vigor de esta ley es más importante de lo que se pueda pensar. Ese día, el Führer declaró ante una delegación de campesinos en Berlín: «La condición de campesino alemán no es tan sólo, para nosotros, un oficio, sino la representación de la vitalidad alemana y, a partir de ahí, del futuro alemán». Estas palabras son la clave que permite comprender la ley sobre la finca hereditaria. Para dar a todos los que recurren a esta ley agraria fundamental una imagen neta de los objetivos y de las ideas directrices, el gobierno del Reich hace preceder esta ley de un prólogo tan impresionante que vale por todo un resumen o por toda exégesis. Helo aquí:

«Para proteger a las viejas tradiciones hereditarias, el gobierno del Reich quiere conservar al campesinado en tanto que origen racial del pueblo alemán.

Las granjas deberán ser protegidas del endeudamiento y de la parcelación por herencia, de manera que sean siempre herencia del clan, en manos de campesinos libres.

Habrá de hacerse un reparto equitativo de las grandes fincas, pues un gran número de pequeñas o medianas granjas viables, si es posible repartidas por todo el país, será la mejor defensa de la salud del pueblo y del Estado.

El gobierno del Reich ha promulgado, pues, la siguiente ley. He aquí su idea principal:

Una finca agrícola o forestal de la extensión de un acre y de menos de veinticinco hectáreas es una finca hereditaria si pertenece a un profesional de la agricultura.

El propietario de una finca hereditaria se denomina campesino.

Sólo un ciudadano alemán (de raza alemana o equivalente) y de buenas costumbres puede ser un campesino.

La finca hereditaria es legada sin partición al heredero principal.

Los derechos de los coherederos están circunscritos a los demás bienes del campesino. Los descendientes no-herederos privilegiados recibirán una formación profesional y un equipamiento proporcional a la dimensión de la finca. Si fueran víctimas de la fatalidad de una manera injustificada, el Estado acudiría en su ayuda.

El derecho de primogenitura no podrá ser suprimido ni restringido por causa de muerte.

La finca familiar es fundamentalmente inalienable y no puede ser hipotecada.»

Este prólogo, así como la notable, muy clara y comprensible carta de presentación del Dr. Harald Hipfinger (Reichnährhrstand-Verlag, Berlín, 1938) *Del derecho sucesorio agrario en el Reich*, son más importantes que una proclamación de programa. Según una formulación precisa de la ley sobre el patrimonio agrícola y si hay alguna duda en cuanto a la aplicación de esta ley, deberán servir de guía para la conducta a seguir en las decisiones importantes.

Se deduce claramente del prólogo que los jefes del Estado nacionalsocialista han elaborado conscientemente la ley sobre el patrimonio agrícola del Reich a partir del viejo derecho hereditario que encuentra su origen en el derecho odálico... R. Walther Darré ha demostrado en su obra fundamental *El campesinado como fuente de vida de la raza nórdica* que este ancestral derecho hereditario de la raza nórdica aseguraba un vínculo vital entre la sangre y el suelo, que siempre ha sido la ley de los pueblos campesinos del Norte y que su violación significaba a la larga la muerte de la nación. Esta verdad ha evitado al gobierno nacionalsocialista contentarse tan sólo con generalizar las costumbres de la herencia aún existentes en numerosas comarcas de Alemania. Esto hubiera sido una semi-medida peligrosa, pues estos usos significaban ya, en un terreno decisivo, una alteración capitalista del derecho hereditario ancestral.

La idea fundamental del derecho hereditario, la transmisión única de la granja agrícola en tanto que base de la familia campesina, de generación en generación, sólo se ha mantenido, a veces, arbitrariamente, en los usos hereditarios. De hecho, la granja ha sido considerada como un capital en la herencia y repartida entre los herederos, de manera que el heredero principal que se encargaba de la granja debía pagar substanciales indemnizaciones a los otros herederos, o bien hipotecar pesadamente su granja. Es característico que en las regiones cuyas costumbres preveían un heredero preferencial, más de un tercio de la deuda agrícola había que atribuirlo a acuerdos y compromisos surgidos a consecuencia de disputas de herencia. No eran raros los casos en que una conciliación no podía establecerse a causa de las excesivas pretensiones de los coherederos en el momento de la sucesión, obligando así a sobrevalorar la granja. El campesinado ha tratado en otros lugares de evitar los efectos destructivos de esta alienación del suelo en capital, volviendo cada vez más a menudo al sistema de la doble progenitura, o incluso al del hijo único. La ley del Reich sobre la finca hereditaria ha hecho tabla rasa de esta posibilidad al asegurar una sucesión no gravada, total, al heredero privilegiado, impidiendo a los otros hijos solicitar una indemnización, bajo forma de tierras, de hipotecas o de dinero.

La firmeza de esta solución que evita todo compromiso ha sido interpretada como una severidad injusta para con los coherederos por los que no han comprendido el sentido profundo de la ley del Reich sobre la herencia comunal: la necesaria seguridad, para el campesinado, de una fundamental razón de vivir, fuerte e intangible como fuente racial de la nación. Un rápido examen demuestra que esta crítica es errónea. Hay que reconocer, primero, que en ningún caso, los otros hijos son privados de derechos con relación al heredero principal, como afirman estos críticos. La ley agraria del Reich les concede, al contrario, explícitamente, los siguientes derechos importantes:

1. Derecho a una educación y un mantenimiento conveniente en la finca hasta la mayoría de edad.

2. Derecho a una formación profesional en la especialidad de la finca.

3. Derecho a un mobiliario que será entregado en el momento de su instalación, en particular para las descendientes femeninas en ocasión de su matrimonio.

4. Derecho a recurrir a la nación en caso de apuro inmerecido.

Estas exigencias están naturalmente limitadas por la extensión y la capacidad de producción de la finca heredada y no dependen, pues, en modo alguno, de la arbitrariedad del heredero principal. Por regla general, no es él, sino el mismo padre quien satisface esas exigencias. El gran progreso de la ley sucesoria agrícola con relación a la legislación anterior reside justamente en el hecho de que la ausencia de toda carga financiera en la sucesión permite al campesino poder trabajar para sus hijos desde los primeros años de actividad. Ya no está obligado, como antes, a consagrar sus mejores años creativos a pagar las deudas contraías en el momento de la sucesión. Toda su energía está libremente empleada para el bien de sus hijos. La afirmación que aún se oye a veces hoy según la cual la ley sobre la herencia agraria, a causa del pretendido handicap que inflige a los coherederos, coacciona al campesino pobre en la obligación de tener un hijo único, es insensata o malévola. Es al contrario: sólo la ley sucesoria agraria garantiza al campesinado la plena afirmación de su energía vital.

Igual de aberrante es la afirmación que se oye de vez en cuando, según la cual la ley agraria del Reich impide la atribución de la finca al más meritorio de los herederos. Esta ley no tiene nada de una reglamentación rígida y esquemática. Es muy consciente

de las diferentes viejas costumbres del terruño. En ningún caso se excluye el poder de decisión del campesino si éste, tras madura reflexión, ha llegado a la convicción de que otro hijo sería más apto para dirigir la finca que el heredero legal. En las regiones en que reina, en virtud de viejos usos, el derecho de primogenitura o el derecho del hijo menor, el campesino deberá en todo caso, para designar a un hijo diferente del heredero principal, solicitar el acuerdo del tribunal de sucesiones. Si su proyecto está fundamentado en hechos comprobados, recibirá la entera aprobación del tribunal, pues éste está compuesto por jueces campesinos como él.

Las otras autoridades públicas superiores que rigen las cuestiones sucesorias son igualmente tribunales de campesinos. Así, la aplicación de la ley sucesoria agrícola está, en gran medida, en manos de los mismos campesinos, tanto más cuanto que los dirigentes agrícolas se han comprometido deliberadamente en el proceso. Así se tiene la seguridad de que la aplicación práctica de la ley sucesoria estará de acuerdo con el sentimiento de justicia de los campesinos y tendrá en cuenta las contingencias de la vida agraria. Esto es tanto más importante en cuanto que la ley sucesoria no es un rígido conjunto de párrafos, sino que únicamente plantea los fundamentos según los cuales los jueces agrarios definirán, formarán el derecho y contribuirán así a la creación de un estatuto agrario realista. Esta ley significa también, en este aspecto, el renacimiento de la vieja concepción del derecho alemán que despreciaba el reinado de la letra muerta y hacía al juez enteramente responsable de la aplicación literal de la ley.

El hecho de que los tribunales agrarios trabajen en coordinación con los dirigentes agrícolas para velar por que los campesinos que olviden sus deberes o sean incapaces, sean reconducidos al recto camino o condenados, muestra hasta qué punto los jueces-campesinos son conscientes de su responsabilidad. La firmeza de acero de la ley sucesoria, sobre este punto concretamente, es característica de la concepción nacionalsocialista de la propiedad. La ley sucesoria adopta todas las medidas imaginables para salvaguardar la propiedad agrícola. He aquí por qué, si ella no quiere degenerar en dispensadora de privilegios, debe hacer respetar firmemente el principio del derecho. La posesión conlleva una doble obligación: el mantenimiento de la finca hereditaria como medio de vida suficiente para una familia numerosa, así como su mejor utilización como fuente de abastecimiento del pueblo alemán. Un campesino culpable de abandonar y dejar deteriorar su granja, falta a la fidelidad tanto a su clan como a su pueblo. No sólo los que se quejan de la restricción de la propiedad negligen este hecho, sino también, los que hablan, al contrario, de un privilegio concedido al campesinado. En la concepción alemana de la justicia, el derecho y el deber, se condicionan recíprocamente, de modo que el derecho campesino es inconcebible sin su corolario, el deber campesino. El derecho de herencia ha sido erigido teniendo en cuenta la importancia vital del campesinado como fuente racial de la nación. Por este motivo se ha montado una fuerte protección de las fincas hereditarias, fundamento de familias campesinas sanas. El campesino olvidadizo de su deber o incapaz pone en peligro ese objetivo, perjudica a su familia y a su pueblo. Que olvide, al mismo tiempo, su deber de alimentar a la nación agrava todavía más su falta. Si el nacionalsocialismo no quiere poner en peligro su objetivo consistente en proteger la fuente racial agrícola, necesita, en tales casos de falta al deber, ocuparse de restablecer la noción del derecho y del deber. El modo de acción de la ley sucesoria indica que ella ha sabido, por medio de sus medidas punitivas, combinar defensa y creación.

Así, la ley sobre la herencia agraria resulta ser en todos los puntos la ley fundamental del campesinado alemán. La crítica que se le hizo en el momento de su promulgación se ha vuelto muy discreta. El sentido común del campesinado ha comprendido desde hace tiempo lo que significaba para él la ley sucesoria. Hubiera sido, por otra parte, muy sorprendente, que la visión limitada y la incomprensión, siempre presentes, no buscaran pegas a una ley tan revolucionaria y fundamental como esta ley sobre la sucesión agraria. Después de todo, el coro de críticas ha permitido, aunque involuntariamente, evidenciar aún más la importancia de esta ley. «El sólido fondo del pequeño y mediano campesinado ha sido una vez más, como lo fue en todos los tiempos, la mejor protección contra las enfermedades sociales.» Así habla el Führer en su obra *Mein Kampf*. La ley sucesoria ha erigido el principio del desarrollo de la fuerza campesina, cuya característica ha subrayado Walther Darré con estas justas palabras:

«Es un campesino el que, arraigado hereditariamente en el suelo, cultiva su tierra y considera su actividad como un deber hacia su generación y su pueblo».

Günther Pacyna



OSS.I.4.3

Cuaderno de la SS. nº 5. 1942

Campesinado

Incluso si el campesino se conduce exteriormente como un ciudadano, lleva ropa interior blanca cada día, tiene un piano y muebles en una hermosa habitación, todo esto no modifica gran cosa su naturaleza íntima. No deja de ser un campesino, piensa como un campesino y obra de la misma manera. Incluso si mantiene relaciones con gentes de la ciudad, tiene parientes y amigos urbanos, les considera a todos como hombres de otra especie, de otra naturaleza, no como prójimos. Esta noción sólo concierne a los hombres que se encuentran en la misma gleba, que piensan y que viven como él. En el mejor de los casos, llega a ser un buen amigo, igual que nosotros podemos serlo con un representante particularmente distinguido de una raza extranjera. Pero entre él y todos los conciudadanos que no surcan la tierra con la reja del arado, no siegan el trigo con la hoz, habrá siempre un muro que no podrá ser derribado. Incluso donde, como en los suburbios de las grandes ciudades, los campesinos y los ciudadanos habitan mezclados en los pueblos, no hay ninguna relación entre ellos. El orgullo campesino es demasiado grande; incluso el criado es más orgulloso que el ciudadano que habita en una ciudad multicolor y posee un coche.

Este orgullo es muy natural, pues el campesino forma el pueblo; él es el detentor de la civilización y el guardián de la raza. Antes que la ciudad existiera con su barniz, el campesino estaba allí. Su árbol genealógico se remonta a los tiempos en que la pala de piedra adornaba el suelo. El campesino hizo germinar la primera cultura y estableció sus costumbres allí donde, hasta entonces, hordas de cazadores y de pescadores semisalvajes llevaban una existencia comparable a la del lobo y la nutria.

Luego vino al campesino con sus pastos, trazando el emplazamiento de la casa, hundiendo postes en el suelo, cubriéndola y uniéndola con sólidos muros. Mientras hacía surgir las llamas de las tres maderas sagradas en el hogar de piedra, tomó posesión del país en nombre de la civilización. Pues fue primero el campesino el que creó lo que nosotros llamamos así. Los cazadores, los pescadores y los pastores errantes no tienen ninguna -o muy escasa- cultura. Él era precisamente el detentor de la civilización. El *Edda*, Tácito, el rico apogeo de la arquitectura en la época de las grandes invasiones nos muestran hasta qué punto era grande la civilización. El mobiliario de los antepasados que, antaño, adornaba el hogar del campesino alemán y ahora se exhibe en los museos, es también un rasgo de ello. El fundamento de toda cultura reside en el campesinado.

El campesino lo sabe bien. No ciertamente a nivel individual, sino en tanto que comunidad. Pues el individuo no es solamente una memoria; las capas populares poseen también una facultad de recuerdo que es infalible, más fiel y más sólida que objetos inanimados como la piedra, el pergamino y el papel. La fuerza de esta memoria dice: «Antes de que estuvierais ahí, gentes de la ciudad, ricos o pobres, yo creaba el campo gracias al cual podéis vivir y crecer con vuestra actividad, vuestro comercio, vuestra industria, vuestras relaciones. Yo inventé el derecho, yo di la ley, yo rechacé al enemigo, yo llevé el peso mayor durante milenios. Yo soy el árbol y vosotros sois las hojas, yo soy la fuente y vosotros sois el chorro, yo soy el fuego y vosotros el fulgor.» Tales eran sus pensamientos, que él podía expresar con toda justicia.

¿Dónde estaríamos nosotros si el campesino no hubiera tenido los huesos fuertes, los nervios sólidos y la sangre pura? El hambre, la peste y la guerra nos habrían destruido. Nunca nos habríamos recuperado de la Guerra de Treinta Años. ¿Y quién conservaría nuestra esencia profunda?, ¿habría sobrevivido el espíritu alemán sin los techos de paja de las aldeas?

Hermann Löns

OSS.I.4.4

Cuaderno de la SS. nº 8. 1939.

El convoy hacia la muerte

El que sepa interpretar los signos de los tiempos no sabría considerar la emigración del campo más que como «el convoy hacia la muerte». Un escritor alemán utilizó esta fórmula sorprendente hace ya un siglo, para designar muy justamente lo que corrientemente se llama «éxodo rural», sobre el cual, el Ministro de Agricultura, el SS-Obergruppenführer R. Walther Darré, hace poco, ha llamado con insistencia al atención de *todo* el pueblo alemán. En su gran discurso celebrado con ocasión del Día de los Campesinos del Reich, se ha dirigido, con razón, a *todos* los trabajadores agrícolas alemanes. En ningún caso, el sector puramente agrícola de la economía política alemana será el único afectado por esa emigración. Se trata, muy al contrario, y hay que decirlo muy claramente, *de un problema que decidirá la suerte de toda Europa.*

¿Qué es exactamente un «éxodo rural»?

Desde hace mucho tiempo la ciencia se ocupa de este problema; expertos en política agrícola han hablado y han 0escrito sobre el tema. Se han dado las respuestas más diversas a la cuestión de saber qué era, de hecho el éxodo rural. Unos han visto en él una emigración; otros no han visto más que *un problema de mano de obra agrícola.* El ministro ha tomado firmemente posición contra esta última opinión, recordando que había que ver que «el problema afectaba por igual a las hijas e hijos de campesinos.» Desde 1885 hasta 1910, sobre una emigración de 3.578.000 campesinos, 2.019.000, es decir 56,4%, eran independientes, mientras que 43,6% (1.559.000) solamente eran obreros agrícolas.

A la afirmación de que *toda* emigración no podría ser considerada como un éxodo rural, hay que oponer ante todo la misión que ha sido encomendada al campesinado de ser la fuente de la sangre alemana. Sabemos, en efecto, desde hace tiempo, que las ciudades están condenadas a muerte sin la corriente ininterrumpida de población que viene del campo. Berlín sólo contribuye con el 43% de nacimientos necesarios para su supervivencia. El promedio para las ciudades alemanas es del 58% e incluso para las ciudades pequeñas y medianas, no es más que del 69%. En el campo, sólo hace diez años, nacían 13% de niños *más* de los necesarios para la renovación natural. Sólo el campo registra, pues, un verdadero crecimiento, y sólo la corriente que procede de él preserva a las ciudades de la decadencia y de la muerte. Se conoce el cálculo de Burgdorfer según el cual, sobre los 4.000.000 de habitantes de Berlín, apenas quedarían 100.000 tras la quinta generación en la capital del Reich. Se conoce menos el cálculo que se ha hecho, que indica que después de cinco, sobre 750.000 habitantes no quedarían más que 20.400. El ejemplo de Viena no nos enseña otra cosa. Allí han nacido, en los cinco últimos años, (1933-1937), 58.000 niños, *pero* han muerto 122.000 habitantes. Así pues, mientras no se quiera abandonar las ciudades a su propia suerte en lo que concierne a su supervivencia, habrá que permitir una cierta inmigración procedente del campo.

Deberíamos desconfiar, por otra parte, de esta idea de «huida» que sugiere la palabra éxodo, pues por éxodo se entiende una huida desordenada, sin objeto y debiendo provocar un desastre. Nunca la fuerza desbordante del *exceso* de nacimientos rurales puede ser considerada como funesta. No se debe considerar como éxodo rural, perjudicial a la vez para la economía política y rural, perjudicial para el pueblo entero, más que una emigración *desmesurada* de la población del campo hacia la ciudad, en tanto que no se trate del flujo del *exceso* natural de la población rural, sino de una amputación persistente de esa población.

Una historia milenaria

Después de todo, el éxodo rural no es de ningún modo un producto de los tiempos modernos. Antaño, el éxodo rural ya existía en Roma. La Edad Media lo sufrió también en diversas ocasiones. En todo caso, no hay una región del territorio alemán en la cual la «desertización», es decir, el abandono progresivo de las fincas, no atestigüe un verdadero abandono del campesinado, desde el fin del siglo XIV hasta principios del XVI. En Hesse, para no citar más que un ejémplo, aproximadamente el 40% de las localidades rurales desaparecieron. Por otra parte, las superficies cultivadas y los campos de cereales han disminuido en favor de las praderas y los bosques. El experto, incluso no especializado, sabe que la «falta de rentabilidad» de la agricultura, los impuestos, más pesados, la diferencia de precio entre los productos agrarios y los productos industriales (hoy se diría la sobrevaluación de la agricultura) fueron la causa de la miseria rural en esa época. Se conoció igualmente un éxodo rural en el curso de los siglos siguientes. Tal es el motivo de que los registros de las cámaras agrícolas de Prusia hagan constantemente mención de la penuria de obreros agrícolas.

En Mecklenburgo, en los siglos XVII y XVIII, se oye hablar sin cesar de la escasez de la mano de obra. Sin embargo, fue a mediados del siglo pasado cuando el éxodo rural adquirió una amplitud inquietante.

Las raíces profundas

Hay que mencionar aquí las causas profundas del éxodo rural en Alemania que no se ha detenido desde entonces: la alteración de la legislación agraria de Stein por el francmasón y amigo de los judíos Hardenberg, alteración que arrancó a la tierra una gran cantidad de campesinos para convertirlos en una clase de obreros agrícolas sin tierras y sin bienes; la parcelación del bien común que quitó a muchos pequeños agricultores su complemento de medios de existencia; la transformación de la parte del granjero en retribución en especies o pecuniaria, que no podía rivalizar con el auge general del comercio; las nuevas técnicas de explotación agrícola, el cultivo de la remolacha azucarera, la trilladora, etc., que hicieron el trabajo agrícola aún más temporero; el empleo de trabajadores extranjeros (había 437.000 en 1914) que invaden regiones enteras, haciendo bajar el nivel de cultura y de retribución de los obreros agrícolas alemanes. ¡En Mecklenburgo los extranjeros llegan a los dos tercios! Pero, sobre todo, es el espíritu capitalista, el derecho hipotecario liberal, la parcelación y el mal reparto consecutivo de las propiedades en ciertas regiones, las causas principales del éxodo rural. El desamparo de la agricultura, que procedía a menudo del hecho de que se la desvalorizaba, la prosperidad (real o tan sólo aparente) de la industria han provocado siempre un fuerte éxodo rural, porque, en esos casos, la demanda en obreros de la industria se traga a la clase obrera agrícola y, por otra parte, el desarrollo de las fábricas de la gran industria obliga a los campesinos a abandonar sus tierras. Así es como, en todas las épocas, numerosos condicionantes reunidos, diferentes según el lugar y el tiempo, o incluso las mismas migraciones, determinan ese éxodo. Interrogados, el 50% de los emigrantes dieron, un día, como motivo de ese éxodo los bajos salarios, cuya causa era a menudo la falta de dinero de los patronos. El resto de las personas interrogadas acusaba la ausencia de posibilidades de promoción, la creciente dificultas de crear una familia, lo que es causa, a menudo, de un celibato forzoso, la duración y la irregularidad de los horarios de trabajo, la dureza del trabajo en el campo. A fin de cuentas, las distracciones propias de las grandes ciudades ha hecho, aquí y allá, la prueba de su fuerza de atracción: Bismarck lo había dicho en pocas palabras: «Es el café concierto quien roe la tierra».

Se pierden millones

Después de haber echado una ojeada sobre la naturaleza del éxodo rural, podemos dar, ahora, su imagen numérica. No existen cifras verdaderamente irrecusables, ni para el pasado ni para los tiempos presentes. Es un hecho, sin embargo, que *millones*

de personas han desertado la tierra, desde que esa devastadora oleada humana alcanzó a los campesinos. Una comparación ya, entre los 15,9 millones de agricultores en 1882 y los 13,6 millones en la fecha de la toma del poder en 1933, nos da, para ese medio siglo, *una pérdida total de 2,25 millones*, en verdad mucho más importante porque el crecimiento natural de la población no se tiene en cuenta. Según otra estimación, 1,5 millones de trabajadores agrícolas emigraron a la ciudad desde 1907. Es más que el número de habitantes de toda Turingia. Como las regiones industriales son siempre las más atractivas y que en el Nordeste de Alemania, la industria está, en general, poco desarrollada, el éxodo rural se presenta a menudo como una *migración este-oeste*, lo que es significativo en lo que concierne a las cifras ocasionales concernientes a ese éxodo. El Este de Alemania se ha visto amputado de 3,5 millones de hombres entre 1840 y 1910: 730.000 prusianos del Este; 600.000 prusianos del Oeste, 750.000 pomeranios, 675.000 silesianos, 880.000 habitantes de Posnania. Silesia perdió en esa época más del 20%, la Prusia Oriental incluso más del 50% de su excedente de nacimientos y la pérdida debida al éxodo rural en Pomerania oriental fue de 378.000 personas.

Igualmente, una comparación de los porcentajes de nuestras poblaciones urbanas y rurales con relación a la población global nos da una imagen consternante. La extensión de la «ciudad, máquina estéril» muestra mejor que toda fraseología a dónde nos ha conducido el éxodo rural de nuestro pueblo y a dónde nos conducirá aún. Desde la Edad Media hasta los tiempos modernos, en efecto, el 90% y, todavía en 1816, aproximadamente el 70% del pueblo alemán vivía en el campo; en cambio, la población urbana representaba en 1871, con 14,8 millones, cerca del 36% y en 1934, el 76,5% de nuestra población. El número de habitantes de las grandes ciudades pasó, desde 1871 hasta 1932, del 5,5% al 30,4%. En 1871, un alemán de cada veinte vivía en una gran ciudad; en 1933, en cambio, cerca de uno de cada tres.

El éxodo rural desde la toma del poder

El Ministro de Agricultura, en su discurso de Goslar, ha insistido de nuevo en el hecho de que el éxodo rural ha persistido a pesar de todas las medidas tomadas para combatirlo; él ha constatado, ha visto las cifras dadas por las estadísticas de los libros de familia de los obreros: «En 1938 había una mano de obra agrícola disponible inferior en 400.000 obreros a la de 1933». Teniendo en cuenta el hecho de que Darré no evaluaba más que en 300.000 personas las familias de obreros no comprendidos en las estadísticas, así como el excedente debido al aumento de la población, llegó a un cálculo de *700.000 a 800.000 personas, en lo que concierne a la mano de obra perdida por la agricultura.*

El último de los ciudadanos puede, pues, comprender perfectamente lo que significa el éxodo rural si se quieren ver las consecuencias.

Las consecuencias para la cesta de la compra

En función de las dos misiones encomendadas al campesinado, las consecuencias de este éxodo rural pueden clasificarse en dos grandes categorías. Ya que el campesinado recibió un día la misión de alimentar a nuestro pueblo, nos amenazan peligros, a causa de ese éxodo, en el campo de la política alimentaria. Peligro que el campesinado ha podido evitar hasta aquí en lo esencial gracias a la inimaginable disponibilidad del pueblo rural que ha usado sus fuerzas para cumplir esa misión. En efecto, sólo por el «cultivo con el pico», se han realizado, durante estos dos últimos años, 21 millones de jornadas de trabajo de más, a pesar de que la mano de obra ha disminuido en número. Sin embargo, cualquier persona sensata verá claramente que hay límites fijados por el destino. Todo retroceso en el sector de «la salvaguardia del aprovisionamiento alemán» debe afectar al estómago del ciudadano, y la falta de pan en su desayuno debe recordarle la existencia del éxodo rural, incluso si su propia empresa industrial y, a causa de ello, su mano de obra «se intensifica». Pues, «sin el trabajo de los campos, el pueblo termina por morir de hambre». O bien, como expresó el representante de Hannover-Este: «Cada ciudadano, aunque sea millonario, morirá de hambre si no hay

nadie para labrar, sembrar y segar.» Si se admite, como se subraya más arriba, la incidencia del éxodo rural sobre la cesta de la compra del ciudadano, la disminución de la mano de obra agrícola evoca el «*fantasma de la regresión de la producción agrícola*». La sensible baja de la producción de leche, por ejemplo, ha demostrado la dañina fuerza del éxodo rural. Darré, de todas maneras, ha llamado suficientemente la atención de su auditorio de Goslar cuando ha afirmado: «Si el personal permanente de los ganaderos se fuera un día a otra parte atraído por el éxodo rural, sería difícil formar, incluso con los voluntarios disponibles, un nuevo personal cualificado.»

¿Daños irreparables?

Que se nos perdone por no continuar describiendo las consecuencias que un éxodo rural acarrearía en el sujeto de la alimentación. Su aumento impediría en particular al campesinado de ser la fuente de vida de la nación. Las grandes ciudades son los cementerios del pueblo y toda migración hacia ellas representa, en el fondo, un convoy hacia la muerte. Una familia urbana desaparece, en promedio, en tres generaciones. Si el éxodo rural agota *indirectamente* en la ciudad la fuente de vida del campesinado, constituye, además, un peligro *directo* para ella. El Ministro de Agricultura ha explicado abiertamente lo que queremos decir: «La situación de los trabajadores rurales, en particular la penuria de mano de obra femenina en la granja, arrebata hoy al campesinado alemán, en razón de su excedente de trabajo, toda posibilidad de tener numerosos hijos. Aunque el campo, y en particular el campesinado, supera siempre a la ciudad por el número de nacimientos, la situación creada por la sobrecarga de trabajo de la campesina hace que el verdadero objetivo de nuestra legislación agrícola, que quiere garantizar abundantes nacimientos en el campo, sea apenas realizable. Hay que explicar con el mayor rigor que la situación en el campo toma en este terreno una orientación que puede causar al conjunto del pueblo unos daños irreparables.

Así como las incidencias del éxodo rural desde el punto de vista de la biología nacional representan un peligro evidente, lo mismo puede decirse desde la óptica de una política nacional para las regiones fronterizas. Pues un dominio extranjero sólo se produce donde la muralla humana de campesinos comienza a dislocarse. El gran peligro que representa un retroceso de los alemanes fuera de las zonas fronterizas, resulta del hecho de que los polacos, por ejemplo, en las ciudades minoritarias de la antigua marca de Posnania, en Prusia Occidental, han aumentado en un 7,9% entre 1913 y 1937. En cambio, se ha calculado que cinco cantones de esta antigua provincia habían sufrido una pérdida, a causa de la emigración, de, aproximadamente, 12.000 personas. Se ha contado en aquellas comunidades rurales una disminución del 15% de la población. Para los mismos emigrantes, las consecuencias del éxodo son nefastas: el salario aparentemente más alto de la ciudad no basta, a menudo, para las mismas condiciones de alimentación y se encuentra en gran parte dilapidado por unos gastos desconocidos para el obrero agrícola (desplazamientos, distracciones, alquileres, etc.).

¿Qué hay que hacer para combatir ese éxodo?

Nos saldríamos del marco de nuestro estudio si enumeráramos todas las medidas adoptadas por la política agraria del nacionalsocialismo contra el éxodo rural. Las raíces profundas de este tipo de éxodo han sido extirpadas por la vía de una consolidación del patrimonio rural (ley sobre la finca hereditaria) y de una modernización del campesinado. Como se ha observado, además, la relación entre el problema del obrero agrícola y el del éxodo rural, en la modernización de la agricultura alemana se ha favorecido ampliamente a los obreros agrícolas distribuyéndoles el 45% de las nuevas granjas creadas. La mejora de las condiciones de vida por la construcción de apartamentos obreros más salubres, la reglamentación de sus horarios y de su salario mínimo, la creación de posibilidades de promoción, la ampliación de la «contratación temporal», estos acondicionamientos han contribuido también a combatir el éxodo rural. El Año de la Agricultura, el servicio nacional agrícola, así como la elevación del nivel de vida cultural han contribuido a contrarrestar el éxodo rural. Si, pese a todo, la llamada de la

ciudad se ha mostrado más fuerte, la culpa no es, en ningún caso, de la política agraria del nacionalsocialismo. Ella debe ser atribuida a los motivos más arriba mencionados y que el SS-Gruppenführer Dr. Reischle ha resumido en la corta fórmula de «que el éxodo rural ha sido provocado por la depreciación actual del trabajo agrícola».

El éxodo rural, enemigo del partido

Una cosa es segura y, ahí también, el Ministro de Agricultura nos ha indicado el camino: «El éxodo rural no podrá ser contenido únicamente por medidas económicas o legislativas; sólo lo será si el NSDAP, por su conocimiento de la sangre y de la raza, decide inquebrantablemente combatirlo en todas las circunstancias». Darré explicó también que la victoria sobre el éxodo rural «sería una prueba decisiva para el NSDAP» y, designando a los responsables de la autoridad como «los verdaderos protagonistas del final de la misma idea del éxodo», tachó al éxodo rural de «enemigo del Partido» y que la derrota de aquél ya no sería un asunto de clase o de organización permanente. Esta lucha contra el éxodo rural es un asunto que atañe al Partido, como ha dicho el Gauleiter de Hannover Oriental antes citado y debe ser llevada a cabo con una gran energía. Esto será la realización de la exigencia del Führer formulada con ocasión de la manifestación de la asamblea del Partido el 6 de Marzo de 1930: «El Estado tiene el deber de elevar el nivel económico y cultural del campesinado hasta un grado que esté en relación con su importancia para todo el pueblo y suprimir así una de las causas principales del éxodo rural.» ¡Todo hombre de la SS está llamado a combatir en tal sentido, en función de sus medios!

Jost Fritz

OSS.I.4.5

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1938.

Economía e ideología

La economía tiene por objeto sostener al Estado en su lucha por la salvaguardia de los principios vitales del pueblo.

En la época liberal, ningún tema de la vida no se ha alejado tanto de nuestra ideología como el de la economía. Pero como ésta está hecha de actos y de resultados humanos, y que toda acción válida es el fruto de una ideología fuerte y de un tipo de vida responsable. Todavía hoy, numerosos «realistas» se ríen de esta exigencia. Se la considera como un «idealismo vago» o un «romanticismo», cuando se exige la armonía entre la economía y la ideología y se afirma que la economía sigue su «ley interna» que tiene muy pocas relaciones con la ideología.

La «ley interna» de la economía

El nacionalsocialismo rechaza este tipo de ideas porque tiene a la vista constantemente y en todas partes el bien del conjunto del pueblo. Ha reconocido claramente que la expresión de «ley interna de la economía» no tiene otro objeto que impedir la gestión política de las tareas económicas de nuestra época, considerada como una «intromisión injustificada del Estado en la economía». *Pero no se debe olvidar que esta ley tenía por consecuencia la ausencia de autoridad política, el hundimiento de la economía internacional, la miseria del campesinado, la plaga del paro y un aniquilamiento del poder adquisitivo popular, es decir, la destrucción total de la economía.*

Cuando, al contrario, el nacionalsocialismo declaró que la autoridad política

necesaria y el dominio de la economía son los principios de base de todas política económica, hizo tabla rasa de la quimera de la ley interna de la economía. *La economía no puede conocer más que una sola ley: servir al bien del pueblo.* Cuanto más sigue esta ley mejor se somete a las necesidades vitales del pueblo y ello permite tanto más fácilmente establecer una concordancia entre la ideología y la economía. *Pues servir al pueblo es la ley suprema de nuestra ideología.*

Cuando tratamos de bosquejar en pocas palabras el conjunto de nuestra ideología, resultan los principios siguientes: *Creemos en la ley del Suelo y de la Sangre, en la ley del deber y del honor y en la del pueblo y de la comunidad.* Si se examina la pasada forma económica comparándola con algunas de nuestras leyes fundamentales, deberemos convenir en que la práctica y la ciencia económica no han reconocido estas leyes. El liberalismo económico dominante correspondía mucho más al pensamiento inglés de los siglos XVIII y XIX. El fundador económico de esta visión fue Adam Smith. Estas ideas tuvieron un efecto tan destructor en Alemania como las de la Revolución Francesa procedentes del Oeste. Así mismo, aún hoy, esta doctrina inglesa es llamada «clásica» en Alemania, lo que significa más o menos la misma cosa que si se designara la democracia parlamentaria constitucional como «clásica». Hoy en día, esta concepción no puede realmente generar un resultado válido. Por desgracia, aún actualmente, las ideas de la escuela inglesa son aceptadas en el terreno de la ciencia económica.

Los pioneros de una economía nacional alemana

Se olvidaba completamente que una concepción económica nacional y particular había nacido también en Alemania. Friedrich List había desaprobado vivamente a Adam Smith. Gustav Ruhland había fustigado las consecuencias destructivas de la explotadora economía capitalista en su *Sistema de la Economía Política*, editado hace tiempo por R. Walther Darré. Sin embargo, Ruhland fue ignorado. List fue, ciertamente, citado con consideración, pero su refutación de la doctrina inglesa no fue tomada en serio. Finalmente, el gran filósofo alemán Fichte, que había puesto los fundamentos de la liberación patriótica en sus *Discursos a la nación alemana* y que había propuesto importantes sugerencias de política económica en su «Estado comercial autárquico», no fue tomado en consideración.

Pero un estilo de vida errónea se desarrolla obligatoriamente a partir de una doctrina errónea. *Unas ideas extranjeras no pueden nunca producir una forma de vida que aproveche al pueblo.* Esto es lo que demuestra la evolución económica antes de 1933.

La decadencia de la economía alemana

Fue precisamente en la economía donde la asimilación de los judíos tuvo las consecuencias más funestas. Mientras que se deben tener como objetivo, orgullo y deber, los fundamentos de toda forma de vida y también de economía verdaderamente característicos, el tipo del comerciante honorable fue suplantado por el del comerciante taimado. El campesino, cuyo trabajo alimenta al pueblo y representa así la base de toda economía, fue calificado de inferior y despreciado. La situación social del trabajador, que adoptaba cada vez más la idea de la lucha de clases, empeoraba día a día. Fue aplastada por los palacios de los grandes bancos y de los grandes almacenes. El capital, cuya misión debería ser servir a la economía, fue confiado a sus dueños, y la gestión del capital, entregada a potencias anónimas. Se hablaba de «la expansión infinita de la economía» y se descuidaba a los grandes inmuebles y a los barrios miserables de las grandes ciudades que habían engendrado. Se hablaba de «economía internacional» y no se veía que las bases internas de la economía, del campesinado y de la clase obrera estaban terriblemente afectadas a nivel económico. Las bases de la economía alemana de alimentación y de materias primas en el Extranjero habían sido modificadas porque la importación y la exportación ya no se efectuaban en función de puntos de vista nacionales, si no que quedaban sometidas a la arbitrariedad del individuo. Se olvidaba el hecho de que las potencias internacionales habían echado su zarpa sobre las mate-

rias primas más importantes. Pero se olvidaba también el de la guerra económica contra Alemania que había empezado en 1914... y que fue continuada de una manera diferente. Los pagos de tributo de Alemania sobre la base del Plan Dawes y Young, el endeudamiento privado de este país por una política de empréstitos extranjeros, la súbita deducción del crédito extranjero a corto plazo en 1931 hicieron que se hundiera todo el sistema de fachada. El boicot contra Alemania y simultáneamente la entrada de capital extranjero representan, en verdad, la lucha económica más considerable de todos los tiempos.

El nacionalsocialismo como fundamento de un nuevo orden

Al salvar al campesinado y a los trabajadores por el primer plan cuadrienal, el Führer ha planteado así los fundamentos de un nuevo orden económico alemán, que sólo podía ser creado en una tierra alemana por el trabajo alemán. El segundo plan cuadrienal prosigue lógicamente ese trabajo creador: incremento del rendimiento en todos los dominios de la economía, gestión de la economía exterior, organización del trabajo en función de los objetivos nacionales, protección y mejora del poder de compra y, así, del poder nacional por la gestión responsable de la fijación de los precios. Todas estas medidas están concebidas para el pueblo y para la protección del país. El segundo plan cuadrienal incita al pueblo a trabajar y a expresar su determinación, fija grandes objetivos que suscitan la voluntad moral del individuo y la creatividad de la comunidad al servicio de la nación, y muestra así que la lucha está en el origen de todo lo que existe.

Una nueva actitud, fruto de una nueva concepción del mundo, comienza así a aparecer en Alemania en el campo económico.

SS-Hstuf. Dr.Merkel

OSS.I.4.6

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1939.

Subestimar el resultado agrícola es un peligro para el pueblo

La misión y el espíritu de la SS es tomar posición de una manera clara y distinta sobre todos los problemas decisivos que afectan al porvenir del pueblo. Esta actitud es necesaria, aunque lo más cómodo sería, tal vez, «enterrar la cabeza en la arena» e ignorarlo todo. La tarea de todo SS no es tan sólo ser consciente de esta toma de posición, sino también argumentar por su parte cada vez que la ocasión se presente.

Cuando el jefe de propaganda y camarada del Partido, Goebbels, indica que una de las tareas más urgentes del Partido es comprometerse claramente en la lucha contra el «éxodo rural» y la «subestimación de la importancia del trabajo agrícola», la SS recibe así la señal de ataque.

La cuestión del éxodo rural ya ha sido estudiada. Medidas como la convención del Reichsführer SS y del Reichsjugendführer que favorece *la implantación de campesinos-soldados*, la puesta en marcha del *servicio agrícola de la HJ*, la extensión del *servicio del trabajo femenino, las llamadas de los «gauleiters»* de Sajonia y de Brandenburgo a la industria, etc., son comienzos en la lucha contra el éxodo rural cuyo resultado se irá viendo poco a poco. A largo plazo, *la educación ideológica del pueblo alemán, y en particular de la tropa joven, concurrirá también a que la juventud de Alemania considere el trabajo de la tierra como un servicio noble y muy importante para la nación.*

Poner fin a la «subestimación de la importancia del resultado agrícola» representa la condición que permitirá resolver de manera natural y apropiada el problema del éxodo

rural.

Ya desde mediados del siglo pasado, es decir, con la creciente industrialización de Alemania, la agricultura ha debido enfrentarse a una subestimación de la importancia de sus resultados. Por supuesto, sin éxito. Se habían habituado, según los «principios económicos» liberales, a *«considerar la importancia de la agricultura para la economía nacional en función de cálculos»*. Por este método, la agricultura alemana debía naturalmente periclitar, ya que el extranjero, favorecido por un mejor clima, unos salarios y precios de la tierra inferiores, podía proporcionar alimentos a unos precios sin competencia. Pero además, mucho antes de la Primera Guerra Mundial, se había forjado una opinión, gracias a consejos que parecían autorizados, de que la alimentación del pueblo alemán no necesitaba estar absolutamente asegurada en el interior de sus fronteras. La conocida frase del «agrónomo nacional» muniqués Lujo Brentano: «Nuestras vacas pacen en La Plata», es típica de la vieja actitud irresponsable ante la agricultura alemana y también, pues, ante *una de las cuestiones vitales más importantes del pueblo alemán.* Debido a las posibilidades de importación barata de los productos alimenticios procedentes del extranjero, se estaba dispuesto a sacrificar al campesinado alemán a los intereses de la exportación de la industria. *Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, la consecuencia funesta de esta dependencia del extranjero fue una preparación económica alimenticia totalmente insuficiente, que costó al pueblo alemán más de 750.000 ciudadanos muertos durante la guerra a consecuencia de la subalimentación y, a fin de cuentas, la victoria final.*

Rehusando considerar las legítimas exigencias del campesinado fundadas en la *salvaguardia de la alimentación* alemana, no se veía en absoluto *la importancia política para la población,* de un campesinado numéricamente fuerte y eficaz.

No es, pues, nada raro que el gobierno nacionalsocialista, partiendo del conocimiento de que *sin un campesinado sano, el porvenir nacional está gravemente amenazado,* haya estudiado de una manera global el problema de la subestimación y haya debido tomar posición con respecto a él.

Balance de producción de la agricultura de 1936/37 (en millones de RM).

Asignaciones del dinero:	
Uso personal (domésticos, prestaciones y otros).	**3033**
Salarios y cobros en especie	**1572**
Seguro social (participación del patrono)	**136**
Indemnización del detentor de la explotación con el personal.	**4200**
Gasto económico de hecho	**3438**
Tarifa global para los gastos generales	**450**
Representación profesional	**68**
Impuestos	**480**
Servicio de la deuda	**630**
Pago de los intereses del capital propio	**2440**
	16447
Producciones:	
Producción total: 11894	
Déficit	**4553**
	16447

¿Se considera esto como la noción de «subestimación de la importancia de los resultados agrícolas»? Viéndolo fríamente, la tasación de los precios para las producciones agrícolas en relación con la salvaguardia del trabajo y de los costos que necesitaba la producción agrícola, es insuficiente.

Esta subestimación que se traduce por una retribución insuficiente del rendimiento agrícola, se pone en evidencia con los cálculos.

Cuando se escoge un tipo de *balance de producción* fundado en puntos de vista mercantiles en curso, se obtiene la tabla anterior.

El «pago de los intereses del capital propio» de la agricultura (alrededor de 54,3 miles de millones de RM) con un porcentaje del 4,5% corresponde al impuesto usual en el país. Es, también, importante, ya que el campesino debe retirar los fondos necesarios para desarrollar la finca (batalla del rendimiento) para el equipamiento y la educación de los hijos, para el seguro de la pensión de vejez, etc. El «salario por el trabajo del detentor de explotación con su familia» correspondiente a las directrices de la legislación fiscal, con 700 RM al año por la buena mano de obra, no es demasiado elevado. La agricultura renunciaba a un pago de intereses del capital propio: una exigencia por demás injusta, que podía incitar al cierre a toda explotación profesional por «rentabilidad inexistente»; así el déficit se elevaba aproximadamente a dos mil millones de RM.

Partiendo de las mismas bases cuando se calcula el balance de producción de la agricultura alemana para el período de los años 1929/30 a 1937/38, se llega al siguiente producto:

La evolución de producción de la agricultura alemana de 1928-38
(en millones de RM)

Año	Déficit
1929/30	4894
1930/31	5336
1931/32	5853
1932/33	6180
1933/34	5252
1934/35	4405
1935/36	4481
1936/37	4545
1937/38	4372

Se distinguen claramente los peores años de la crisis agrícola antes de la toma del poder y *la eficacia de las medidas de política agraria tomadas por el III Reich.* Se puede ver también la consecuencia de la buena cosecha de 1937/38, pero también el hecho de que la agricultura vuelve a comenzar a distanciarse a causa del sector industrial necesario para asegurar la seguridad del espacio vital alemán, y *a pesar de las producciones suplementarias importantes obtenidas en la lucha por el rendimiento.*

Esto resulta también del reparto de la renta anual por cabeza de la población agrícola y no agrícola, así como del trabajo establecido sobre otras bases de cálculo por «el Instituto de Investigación de la Coyuntura» sobre la cuestión «agricultura y renta nacional», que fue hecho público a finales del mes de marzo de este año.

Renta anual por persona

	pob. agríc. en RM	pob. no agríc. en RM	en %
1913/14	1191	1665	139,7
1924/25	813	1953	240,2
1925/26	846	2006	273,1
1926/27	976	2058	210,8
1927/28	1024	2313	225,8
1928/29	1171	2404	205,2
1929/30	1147	2404	209,6
1930/31	1021	2206	216,0
1931/32	907	1772	195,4
1932/33	782	1364	174,4
1933/34	912	1358	148,9
1934/35	1084	1510	139,3
1935/36	1103	1687	152,9
1936/37	1136	1871	164,7
1937/38	1172	2048	174,7
Promedio:			
1933/34-1937/38	1081	1695	156,8

Ya en ocasión del *Día de los campesinos del Reich, en Goslar, en 1938*, el Reichsbauernführer y SS-Obergruppenführer R. Walther Darré llamó la atención sobre estos hechos. Consciente de su deber hacia el pueblo alemán, señaló los peligros que se manifestaban ya o que podrían todavía manifestarse si la agricultura alemana no se beneficiaba de una ayuda decisiva a corto plazo.

Estos peligros son tanto de naturaleza económica y alimenticia como concernientes a la política de las poblaciones. Así, por ejemplo, no se puede evitar que se manifieste un principio de *retroceso de la producción agrícola* constatado ya hoy, aquí y allá. Le será cada vez más difícil a la agricultura proceder por sus propios medios a las *mejoras técnicas* exigidas por la batalla del rendimiento (construcción de silos para la fermentación del forraje, compra de tractores), mejoras que aumentarían su capacidad de producción de manera no apreciable. La tensa situación económica de las explotaciones así como la imposibilidad de pagar unos salarios como los que ofrece la industria (la depreciación del salario en especie usual juega un papel notable en la agricultura) anima al éxodo rural. El resultado es, pues, que, además de la sobrecarga de trabajo de la que es particularmente víctima la mujer campesina, que hay que tener en cuenta desde el punto de vista de la salud y de la política natalista, se asiste también a una *despoblación del campo.*

Este *debilitamiento de los recursos alimenticios* y esta *amenaza a la fuente de la sangre* de nuestro pueblo obliga a éste a consagrar toda su atención no tan sólo al problema del éxodo rural sino también a la devaluación de la agricultura.

No se trata de estudiar aquí los medios que permitan suprimir esta fuente de peligros para el pueblo. *Ya se han tomado un gran número de medidas, tanto por parte del Reich como del Partido y el Servicio Alimenticio del Reich (Reichsnährstand) o están en preparación* (por ejemplo, incitar a construir apartamentos para los obreros agrícolas,

silos de fermentación y de fertilizantes, conceder subsidios de Estado y créditos con los fines más diversos, una exoneración de impuestos, un soporte financiero importante para el obrero agrícola cuando contraiga matrimonio, en señal de reconocimiento por un trabajo fiel realizado durante largos años, etc.) Son, ciertamente, acciones parciales. *Pero, en conjunto, contribuyen a llegar al resultado final que, por supuesto, sólo puede alcanzarse con una acción global y sistemática de los servicios participantes y, en última instancia, de todo el pueblo.*

Es comprensible que la economía agrícola, gracias a la *ley sobre la finca hereditaria*, deba su consolidación a la *regulación del mercado agrícola* y a las otras medidas de política agraria del III Reich. Ella sabe igualmente que así *se ha salvado del hundimiento total que estuvo a punto de producirse antes del amenazador caos de 1932.* Es igualmente comprensible que la economía agrícola reconozca también que una época regida por unos puntos de vista superiores de naturaleza nacional permite difícilmente asegurar una ayuda inmediata. *Pero el hecho de que servicios importantes hayan constatado la existencia de los problemas y tomado posición ante los mismos, le da la legítima creencia de que el Führer y sus delegados actuarán en el momento oportuno.* La agricultura alemana se encuentra hoy en la posición del soldado en el frente que conserva una confianza extrema en la autoridad y mantiene así la camaradería bajo el terrible fuego de la Gran Guerra.

Para el 1° de Mayo de 1936

«¡El 1° de Mayo, día de la primavera de la nación!
¡Día de la solidaridad de un pueblo en el trabajo!
Este día debe traducir simbólicamente que no somos los ciudadanos de una villa y de un país, que no somos trabajadores, empleados, artesanos, campesinos, estudiantes, burgueses, ni partidarios de cualquier ideología,
sino que somos miembros de un pueblo.

Lo más grande que Dios me ha dado en la Tierra, es mi pueblo. En él reside mi fe. Le sirvo con gusto y le consagro mi vida. Que éste sea nuestro juramento común más sagrado en este día del trabajo alemán que es, con toda justicia, el día de la nación alemana.»

Adolf Hitler, 1° de Mayo de 1936.

OSS.I.4.7

Cuaderno de la SS. N° 2 B. 1941

En el Este crece un nuevo pueblo sobre una tierra nueva

Transplantación e instalación realizadas concertadamente

Entre todos los acontecimientos históricos actuales, se discierne un proceso de un carácter particular: ¡la gran obra de transplantación y de colonización del Führer! Ha transcurrido un año y medio desde que Adolf Hitler lo anunció en su discurso ante el Reichstag el 6 de octubre de 1939. Medio millón de alemanes han regresado al país. No se trataba de un migración de *pueblos*, sino más bien de grupos y de pequeñas colonias cuya situación ya era insoportable y que fueron de nuevo unidos al cuerpo popular y al suelo alemanes. La posesión de un nuevo espacio constituía la condición que permitiera esa repatriación Se abría a nosotros por la recuperación de antiguas tierras de población y de cultura alemanas. Tomábamos, pues, posesión de las futuras áreas de colonización destinadas a centenares de miles de nuevos colonos procedentes del antiguo Imperio.

La falta de espacio conlleva siempre la miseria del pueblo

En el curso de los siglos nuestro destino ha estado siempre determinado por el hecho de que el espacio vital demasiado estrecho impulsó a miles de alemanes a emigrar al Extranjero. ¡La falta de espacio fue constantemente la causa de la miseria del pueblo!.

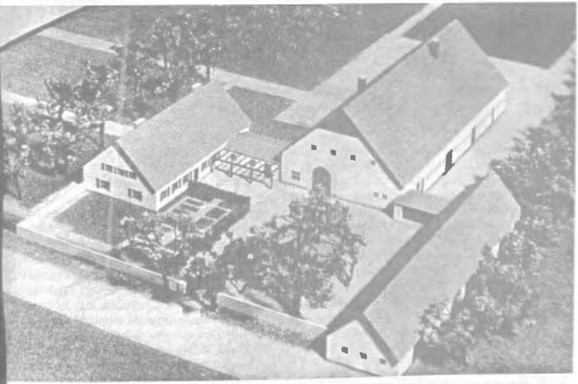
Desde hace ya un milenio, hombres de nuestra sangre partieron para instalarse en los vastos territorios del Este para conquistar un nuevo espacio vital mediante un duro trabajo de pioneros.

Su destino nos enseña que un gran país poblado de alemanes sólo puede subsistir merced a una explotación sana del suelo por un campesinado fuerte y que tenga muchos hijos.

En el futuro, se trata de asegurar el espacio vital alemán reconquistado en el Este, primero con la aportación de grupos populares alemanes procedentes del Extranjero, y luego con la repoblación con alemanes del Reich. Este trabajo sólo puede hacerse de una manera centralizada y con una amplia planificación cuyo objetivo sea una total reorganización de los espacios vitales según principios nacionalsocialistas.

Cuando el Führer confió esta misión al Reichsführer SS nombrado comisario para la consolidación del germanismo, a la SS se le encomendaba una nueva tarea. Su educación orientada en un sentido racial y natalista ofrece unas condiciones y unas posibilidades tan particulares que fueron sobre todo oficiales y hombres de tropa de la SS quienes actuaron en la realización de ese trabajo con camaradas de otras asociaciones y los colaboradores de los diversos servicios del Partido y del Estado.

Mientras que la recuperación de las poblaciones se efectúa a pesar de la guerra, la colonización y la organización de los nuevos espacios de repoblación en el Este sólo empezará después del fin de la guerra, de acuerdo con la orden del Führer. El soldado alemán que regresa al país debe aportar su concurso y su autoridad. La llamada del



Maqueta de granja para los inmigrantes alemanes en el este

Este se dirige a los mejores para garantizar y mejorar, por su trabajo y su intervención, lo que nos pertenece por derecho de una vieja herencia. Según las lecciones de la Historia, el punto crucial será alcanzado, esta vez, por una política de acondicionamiento rural. La consolidación y el acrecentamiento de la germanidad tienen el poder-clave a consecuencia de esta organización, lo mismo que en la política de organización general en el Este. La separación y la selección raciales, así como el nacimiento de un campesinado fuerte y sano se hallan, pues, en el centro de este objetivo. Desde el punto de vista territorial, un sano reparto del suelo deberá permitir vincular un máximo de alemanes a la tierra. Las granjas familiares proporcionarán, tanto por su estructura, como su extensión y su situación, una base segura para la vida y el desarrollo de familias campesinas con numerosos hijos.

La instalación de los *Volksdeutsche* que han regresado al país está cuidadosamente planificada en función de estos principios. Mientras que la organización general es llevada a cabo por la Oficina Superior de Estado Mayor del comisario para al consolidación de la germanidad, se han creado estados mayores particulares para efectuar el trabajo a escala individual y hacer el estudio práctico de la implantación, de la que dispone el mandatario del comisario en las regiones orientales.

Es cierto que se necesitan datos exactos para llevar a cabo un plan de trabajo. Se debe saber cuántas tierras, cuántas granjas, cuántos pueblos hay disponibles, cuál es la estructura general y regional del país. ¿La tierra es buena, mediana o mala? ¿Cuál es el aspecto de las granjas, de los pueblos? ¿Qué extensión tienen, de promedio? ¿Pueden instalarse, allí, alemanes? ¿Qué comarcas son concebibles para el establecimiento de campesinos alemanes? ¿Cuáles son las posibilidades de circulación; en qué estado están las carreteras? Éstas no son más que algunas de las numerosas preguntas que hubo que plantearse. A menudo fue difícil responder, pues el país había estado bajo dominio polaco. O no se disponía, de todas maneras, de ninguna información, o eran inexplotables. Debían crearse nuevos datos... ¡fue un trabajo enorme!. Además, debía elaborarse un plan para la instalación, el reparto y el transporte de los grupos de colonos. Los campesinos de las tierras bajas fueron a un país llano, los mineros a la montaña, los mineros alemanes de Galitzia fueron a los Beskides de la Alta Silesia.

¡La colonización es un asunto de corazón!

Como «transplantar» significa «replantar», diversas cosas deben ser tenidas en cuenta para un trabajo de planificación organizada. Sin embargo, se debe aspirar a crear unas condiciones de vida similares o equivalentes a las de la antigua patria de las gentes transplantadas. Se debe conservar absolutamente la estructura comunitaria, así como los principales pueblos. Se tienen, pues, en cuenta, los problemas de vecindad en los estudios de conjunto. Según las posibilidades, los criadores de caballos reciben unas tierras rodeadas de praderas, los agricultores son conducidos a unas tierra adecuadas, cerca de los pueblos.

Cada futura granja debe ser seleccionada, igual que cada pueblo. El campesino idóneo puede ser escogido para cada granja disponible en función de indagaciones llevadas a cabo en la antigua patria del migrante, que indiquen cuál era el aspecto de su granja, y de la carta EWZ (Resultado de selección de la central de inmigrantes).

Cuando se ha realizado esta detallada planificación, se reúne a los grupos destinados a instalarse en los pueblos a colonizar. Entonces se debe, en el marco del estudio de los transportes, fijar un plazo para la partida y el itinerario a seguir, y garantizar el buen desarrollo de la instalación práctica. Los grupos deben ser concentrados en campos del Este, ser nuevamente examinados, hacer las listas de transporte; los números de granjas deben ser afectados, el inmigrante y su equipaje embarcados, instalado en un nuevo hogar y finalmente ser conducido a una nueva granja de acuerdo con los planes de los pueblos.

Una vez organizado este servicio, 180 familias parten cotidianamente hacia la última aventura.

En el curso de los diez primeros meses, unas 20.000 granjas fueron atribuidas a campesinos de Volynia y de Galitzia, sobre todo en el Wartheland así como en los alrededores de Cholm y de Lublin.



Miembros de la SS cumplen su servicio agrícola trabajando en los campos

Paralelamente a esta implantación se realizaba también en las ciudades (los alemanes bálticos eran igualmente mayoritarios en las profesiones ciudadanas), la administración alemana empieza su empresa general de reconstrucción. El aspecto del país que conoce el soldado de la campaña de Polonia se ha transformado por completo: el inculto desorden y la economía polaca ceden paso al orden estricto, a la dignidad y a una vida económica y cultural cada vez más en auge. El Este ya no tiene la apariencia que tenía en ocasión de la campaña de Polonia, es decir, el reflejo de un Estado degenerado, hundido a causa de la incapacidad de los polacos. Todavía, hay, ciertamente, mucho que hacer para terminar definitivamente con la herencia polaca y suscitar en cada circunscripción una vida nueva, sana y bella. En todas partes se nota el impulso y el ritmo del trabajo alemán, de la enérgica voluntad creadora. Para tomar un ejemplo, el trabajo que se ha hecho, únicamente en lo que concierne a la construcción de carreteras, así como de puentes, sobrepasa hoy la actividad de veinte años del Estado polaco.

En los pueblos, numerosos edificios se han edificado y se edifican cada día; el número de lugares de cultura alemana aumenta. Se expulsa a los judíos de los pueblos y las ciudades, y allí donde se encuentran en gran número, se les ha atribuido su propio barrio de residencia.

El trabajo creador comenzado durante la guerra, será continuado, cuando llegue la paz, por una gran reestructuración. El área de colonización ha sido totalmente reacondicionada según un plan que ha debido ser establecido por un minucioso trabajo científico. Cuestiones como las de la armonización entre la ciudad y el campo, del acceso a la circulación y de los centros industriales, deben ser resueltas de una manera tan orgánica como el problema de la inserción inteligente de los nuevos pueblos en el programa de conjunto. No tiene ningún sentido querer únicamente «remendar» las consecuencias de la anarquía que reinaba en el Este. El país debe ser considerado como una tierra nueva. Por primera vez desde el período de las grandes invasiones, tenemos la oportunidad de llevar a cabo un verdadero acondicionamiento de las tierras del Este; esta vez, según los conceptos de 1941. Los pueblos que nacen y nacerán, tendrán emplazamientos nuevos que no serán determinados al azar, sino por una elección consciente, teniendo en cuenta todas las leyes científicas.

Este trabajo será perfectamente realizado por la agregación a un grupo de pueblos, de un pueblo principal fácilmente accesible a pie. Mientras que cada pueblo (300-400 habitantes) debe estar provisto de centros comunitarios que se ocupen de la vida política, cultural y económica, el pueblo principal estará dotado de establecimientos comunitarios y administrativos que exijan una mayor cooperación. Cada pueblo tendrá, pues, una casa del Partido, que dispondrá, además, de una pequeña sala para las ceremonias y las salas administrativas del Partido, y regirá un jardín de infancia y una oficina de sanidad. Los edificios educativos y de entrenamiento físico, un albergue con una sala y unos edificios con objetivos económicos y comunitarios ya existen en cada pueblo. En cambio, los establecimientos mayores, los mercados y los salones de fiestas, los estadtos, los almacenes, los talleres de reparaciones y un campo del servicio del trabajo, deberán ser construidos en el pueblo principal. Cada pueblo debe, además, tener un hermoso campanario.

La forma y la estructura del pueblo deben corresponder a su extensión y a su localización en la provincia. Se debe conceder una gran importancia al acondicionamiento de los jardines y a la apariencia que adquiera el paisaje por la plantación de árboles, de arbustos y de setos, y a consecuencia de la repoblación forestal. La tarea y el objetivo son marcar constantemente a los pueblos con un espíritu alemán, y esto en todos los aspectos; procurar a los alemanes una hermosa patria en un paisaje cultural sano, alemán, y asociar al mismo tiempo la belleza y la rentabilidad. De acuerdo con esto, las granjas deben no solamente cumplir unas exigencias prácticas en el Este, sino también ser la marca visible de una nueva cultura campesina alemana. La más moderna técnica economizando trabajo es utilizada en su construcción, y son edificadas con los mejores materiales de construcción que les garantiza una gran solidez. Esto no significa que se construya sin reflexionar, sino que es una realización que se adapta al paisaje y a la naturaleza de sus hombres.

Se tiene también una particular preocupación -y esto es un hecho nuevo- por la condición del trabajador agrícola y del artesano lugareño. La distribución de puestos de trabajadores agrícolas debe ser estudiada cuidadosamente y se debe asegurarles un porvenir duradero. Ellos representan así unas formas de ascenso social hasta la condición de campesino propietario, pero el candidato debe cumplir en principio una actividad de varios años en una explotación ajena como sirviente y obrero agrícola casado.

El artesanado lugareño, indisolublemente vinculado a la función campesina se siente más fuertemente unido al pueblo cuando está arraigado en el seno de la comunidad pueblerina por una asignación de tierra correspondiente y una finca hereditaria. Deben crearse puestos de trabajo de artesanos necesarios para la comunidad lugareña, en este espíritu general de trabajo.

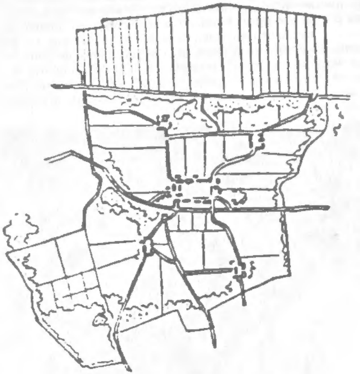
Todas estas cuestiones que revelan la extensión y la profundidad de las tareas que nos son impartidas en el Este, hacen comprender la naturaleza de este elevado objetivo. Se trata, primero, de unir de una manera orgánica y sentimental a los emigrantes con la vieja vida popular y cultural alemana. Se ha apelado a su energía, a su

aplicación y a sus capacidades puestas al servicio de la tierra alemana, de una manera tan importante, que tienen la garantía de un futuro seguro. Su trabajo aprovechará de nuevo a nuestro pueblo y a nuestro país, y nunca más a un pueblo extranjero.

No obstante, subsiste una tarea superior, que consiste en salvaguardar este espacio en el futuro por una obra global de colonización y de construcción, realizada por primera vez de una manera centralizada y con el claro objetivo de reforzar y acrecentar al pueblo alemán. Lo que los pioneros alemanes obtuvieron y construyeron desde hace siglos, lo que la espada alemana ganó, ahora el arado lo conquistará definitivamente.



El campesinado, nueva nobleza de la sangre y el suelo.



Un village d'un style nouveau

Un pueblo de un estilo nuevo.
Apartándose de la imagen habitual de
nuestros pueblos del Reich, esta estructura se compone de
un centro lugareño, rodeado de varios
caseríos, tal como muestra el boceto.
La ventaja consiste en que cada campesino vive en sus tierras.
El camino que conduce al centro se puede
recorrer andando en pocos minutos.

OSS.I.4.8

Cuaderno de la SS. Nº 1. 1944

Pueblos viejos y nuevos

¿Cómo serán los nuevos pueblos y las granjas campesinas de las que tanto nos hablan en estos últimos tiempos: qué extensión tendrán los lugares y de qué manera empezará el trabajo?

Tales eran las preguntas que me hacía el campesino a quien ayudaba durante la siega del año pasado. En ocasión de estas investigaciones hemos constatado que han sido siempre influenciados por las condiciones locales y se han desarrollado de una manera progresiva. La tribu, la naturaleza del suelo, el espacio y el clima tienen siempre una importancia que influye sobre su forma. Allí dónde, por ejemplo, se encontraban reunidas las condiciones de unos buenos pastos, nacieron unas granjas aisladas y autónomas, grupos de granjas y pocos pueblos. En cambio, al no permitir los valles montañosos más que un desarrollo en longitud y donde mayores superficies podían ser labradas, sólo nacieron, primero, granjas aisladas. Pero más tarde, la extensión de las

superficies sembradas permitió el nacimiento de grupos de granjas y finalmente de pueblos sin alineación que tan bien conocemos hoy. En cambio, aún existen pueblos con las formas más diversas, los de los terrenos llanos. El agua u otros condicionantes desempeñan un gran papel. Incluso si muchas de estas estructuras pueblerinas están presentes aún hoy, muchas de las condiciones han cambiado desde su aparición, haciendo necesaria su renovación.

A título de ejemplo, en Prusia, el mismo suelo debía alimentar a una población que había doblado en el espacio de setenta y cinco años (1815 a 1898) con relación al siglo XVIII. Había que encontrar medios que rentabilizaran el suelo con objeto de que el avituallamiento del pueblo ya dejara de depender de las importaciones extranjeras. Hemos conseguido llegar a un punto que habría parecido imposible en otras épocas. Una explotación pomerana de 80 hectáreas con cuatro obreros agrícolas producía, por ejemplo, en el siglo XVI: 9 grandes unidades de ganado y 21,6 toneladas de cereales (los productos de cultivo con la azada se convierten en valor cerealista).

En cambio, hoy, una explotación de tan sólo quince hectáreas en el mismo pueblo proporciona igualmente nueve grandes unidades de ganado y 35 toneladas de cereales. Además de las crecientes exigencias a que se enfrentó la economía agrícola en los últimos siglos, se produjeron grandes cambios bajo el efecto de otras circunstancias. Industrias y nuevos medios de transporte acapararon vastas superficies, y tuvieron unos efectos secundarios nefastos sobre grandes territorios a causa de una mala gestión y de evoluciones no previstas a tiempo, y degradaron particularmente el orden social.

Los campesinos y campesinas objetan que es difícil, hoy, en la granja, llevar a cabo los trabajos necesarios por falta de mano de obra cualificada. Un tiempo de trabajo regular comparable al de una empresa urbana no es suficiente, y, en consecuencia, el trabajo agrícola en general no es tan solicitado como en el pasado. Quiero llamar la atención sobre el hecho de que, desde la utilización de las máquinas, la fuerza del trabajo puramente mecánica ha aumentado de tal modo que en promedio (mundial) hay quince veces más máquinas que trabajadores manuales.

Esta comparación muestra de una manera particularmente clara que todas las empresas que deben efectuar numerosas tareas físicas difíciles, están desfavorecidas con relación a los talleres más mecanizados. Estos tienen la posibilidad de realizar un trabajo y unos proyectos de una manera relativamente independiente. Las empresas campesinas deben, por ejemplo, contar con el tiempo y repartir el tiempo de trabajo de manera apropiada.

Cuando se considera que el 70% del trabajo campesino se realiza en la granja, es prioritario construir edificios y crear herramientas que permitan evitar, al máximo, el trabajo inútil.

Pero los campos deben estar igualmente bien situados con relación a la granja. Los rodeos y los obstáculos de toda clase, como los desniveles, los límites mal trazados, los caminos de transporte, etc., entre la granja y las tierras deben ser suprimidos.

Nuestras nuevas granjas campesinas y nuestros pueblos se enfrentan, así, a dos exigencias importantes:

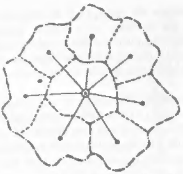
1. Implantación de edificios administrativos que faciliten, además de las más diversas exigencias, el transporte de cargas pesadas (vías cortas para transporte de abonos y de forraje, disposición de garfios, etc.).

2. Reorganización del suelo por una reconsideración de los campos con objeto de acortar las distancias de explotación.

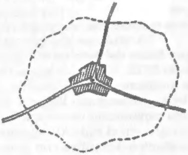
Los trazados deben estar previstos para facilitar un buen trabajo con las máquinas. El viejo pueblo, demasiado denso, debe ser espaciado, y el nuevo pueblo debe ser construido de manera que el mejor reparto posible del suelo se haga teniendo en cuenta todos los datos.

El campesino pregunta de qué manera debe realizarse esta reorganización.

Igual que en las ciudades, se llevaron a cabo planes económicos y de urbanismo. Deben hacerse también planos de pueblos fijando los límites de propiedades que tengan en cuenta todas las mejoras concernientes a la comunidad del pueblo, la utilización de la tierra, la circulación y otras cosas. Modelar el paisaje constituye un trabajo particularmente minucioso. Necesita que se tengan en cuenta las diferentes relaciones



1. Emplazamiento del pueblo principal
Esquema que indica la comunicación
de pueblos secundarios con el pueblo principal



2. Pueblo denso.
Esquema para grandes distancias.
Gran pueblo con
edificio comunitario en el centro



3. Pueblo repartido en caseríos
(Pequeñas distancias)

existentes entre el suelo, el agua, el aire, el crecimiento de las plantas y el mundo animal. Además de las tareas particulares, se deben estudiar:

La repoblación de tierras áridas y de vertientes escarpadas, la mejora de la gestión del agua, por ejemplo, mediante el almacenamiento del agua procedente del deshielo, la creación de setos para-nieves, el acondicionamiento de las orillas de capas de agua, la supresión de las zonas frías y húmedas y muchas otras cosas. La protección de las plantaciones mediante la creación de setos forestales y de matorrales es particularmente importante en los nuevos distritos del Este. Ofrecen una protección contra el viento al detenerlo, protegen de la nieve amontonada y luchan contra la evaporación excesiva de las extensiones de campos y praderas, impiden el empobrecimiento del suelo y su dispersión por el viento. Pero deben también proporcionarnos maderas y frutos, ofrecer un abrigo al mundo animal y servir para concentrar y destruir las malas hierbas. Las plantaciones protectoras son de una gran importancia para las desnudas regiones orientales. Además de las mejoras climáticas, nos procuran una gran variedad de paisajes y modelan así el rostro de una nueva patria. Para los diseñadores, la atracción que constituye la creación de nuevos pueblos en el Este reside en el hecho de poder aprovechar todas las experiencias y conocimientos sin tener que soportar los inconvenientes de situaciones paralizantes.

Quiero llamar la atención sobre las instrucciones del Reichsführer SS, comisario para la consolidación de la Germanidad, referente al tamaño de los nuevos pueblos. Definen las modalidades de ejecución relativas a su construcción en los nuevos distritos del Este. Se deben contar de 400 a 500 habitantes para uñ pueblo de üna superficie [illegible] a 15 km2. Se obtiene un perímetro de alrededor de una hora de marcha. De 30 a [illegible]anjas campesinas de diferente tamaño deben componer un pueblo, pero serán principalmente granjas o explotaciones familiares. Deberán ser de 25 a 40 hectáreas sobre un suelo ligero o mediano. Se ha previsto la posibilidad de alojar una familia de trabajadores agrícolas en cada granja. Aproximadamente, ocho o diez pueblos constituyen, con el pueblo principal, una finca aldeana central. En el pueblo principal, se debe

prever la existencia de todas las instituciones comunitarias y administrativas que no pueden existir en los pueblos pequeños, por ejemplo, la nueva gran escuela.

La campesina se pregunta si el pueblo tendrá un campanario con un reloj que dé las horas.

Cada pueblo conllevará en su centro los edificios comunitarios bien visibles y fácilmente accesibles desde todas partes: la casa comunal con las salas comunes, la escuela, el jardín de infancia y un campanario, los edificios económicos de la comunidad con una lavandería, máquinas que los campesinos no puedan adquirir, un pequeño taller para las reparaciones mecánicas y otras instalaciones. En medio del pueblo se hallan también los almacenes y las tiendas de los artesanos. Cuando se estudian todas las condiciones necesarias que rigen la gestión de las explotaciones y la modelación del paisaje, el pueblo nuevo está mejor organizado que el precedente. El suelo, el clima y otras cosas determinan, ciertamente, de manera esencial la forma del pueblo, y se puede esbozar el esquema siguiente:

La estructura fuertemente articulada del nuevo pueblo facilita una buena disposición recíproca de las granjas y de los campos; permite una ligera expansión y a pesar de la implantación espaciada, permite establecer relaciones muy ricas con los edificios comunitarios del centro. El reparto corresponde también a la evolución metódica y a nuestra representación espacial actual incitando a crear contrastes más fuertes entre los caseríos construidos y delimitados, los campos abiertos con una plantación protectora y el centro del pueblo. Si el emplazamiento es en altura, su importancia se notará todavía más. El cementerio debe estar también bien situado y ser visible en el paisaje.

Para concluir nuestra exposición, el campesino y la campesina se preguntan si la norma prevista para las granjas no va a contribuir involuntariamente a crear una similitud monótona y aburrida en el pueblo. Yo hago notar que en todas las épocas y en las diferentes regiones, los diversos tipos de casas que conocemos tan bien y que nos son tan queridos, aparecieron por la semejanza de las funciones: por ejemplo, la casa campesina de la Baja Sajonia, la granja alpina o franca y otros estilos de casas campesinas. Se debe también tener presente el hecho de que hoy produciremos tal vez menos estilos diferentes en nuestra patria que se extiende más allá de las antiguas e innumerables fronteras étnicas. Sería incluso un error querer modificar unas formas arquitectónicas que tienen su razón de ser para arriesgarnos a crear, así, unos edificios tal vez más inadaptados. La diversidad debe más bien traducirse por la mejora de la creación artesana en un espíritu típico que ya ha producidos cosas de un valor indiscutible.

Alfred Roth

OSS.I.4.9

Cuaderno de la SS. nº 9. 1944.

Las ciudades, fortalezas del Reich

«Tan sólo los muros separan a los burgueses de los campesinos» afirma un viejo proverbio popular. Esta frase revela indudablemente una profunda sabiduría. El carácter de la fortaleza defensiva es determinado por sus muros. Es uno de los rasgos esenciales de la ciudad. El otro fundamento de la ciudad alemana se manifiesta tanto por el carácter campesino fundamental que se manifiesta en una gran parte de la burguesía agrícola como en el estado de espíritu corporativo que emana de las regiones campesinas.

Los germanos no pudieron integrarse en las ciudades del Imperio romano, como informa Tácito. Poco importaba la diversidad del carácter romano de estas ciudades del Rin y del Danubio de la época. Presentaban todos los rasgos fundamentales de ese estilo de vida urbano, por naturaleza extraño a las colonias campesinas, producido por ese espíritu de clase particular. La herencia de la Ciudad-Estado griega se repercutió sobre las ciudades hermanas de Roma. Así, incluso las doce grandes ciudades que

cayeron en manos de las tribus germánicas en estado de vestigios de colonización a lo largo de las viejas fronteras romanas de Colonia hasta Ratisbona, fueron reconstruidas a partir de nuevos planes y en función de un nuevo estado de espíritu. Comunas de corporaciones de mercaderes alemanes, estas primeras construcciones parecidas a ciudades, instaladas sobre suelo alemán, tuvieron un mayor radio de acción. Luego, una cadena de ciudades y de fortalezas con otros orígenes se desarrollaron a lo largo del Elba y el Ems, así como en la frontera oriental del Estado alemán. Por supuesto albergaban una corporación de mercaderes, pero más importante era esa guarnición campesina que vivía en las grandes fortalezas y constituía un baluarte ante los ataques enemigos procedentes del este. Esta espina dorsal de la cintura defensiva levantada contra las hordas de jinetes era, al mismo tiempo, el punto de partida de una penetración alemana hacia los países desorganizados más cercanos.

La historia de la fundación de estas ciudades alemanas se relaciona particularmente con la personalidad del rey Enrique I. Entre todas, Magdeburgo fue la fundación más radiante; Lübeck, Nuremberg y Viena revalorizaron a continuación las regiones del este. En dos siglos, los emperadores sajones y los salios consiguieron desarrollar estas comunas burguesas, instaurando un derecho municipal en suelo alemán, que parece emanado del campesinado alemán aunque habiendo sido adaptado a otros usos. Este derecho de las ciudades alemanas de la Edad Media fue una de las fuerzas más eficaces que protegieron la instalación de ciudadanos alemanes cuando se produjo la emigración medieval hacia el Este.

«Sabed que los alemanes son gentes libres», dice el duque de Bohemia en la carta de la comuna burguesa alemana en Praga en pleno núcleo del entorno checo. El derecho municipal de Magdeburgo, Nuremberg y de Lübeck en vigor en las ciudades de la Hansa a lo largo de las costas del Mar Báltico y el derecho municipal vienés en el sudeste fueron, en un principio, relaciones jurídicas elaboradas. Ese derecho instauró también el orden gracias al cual prosperaron, no sólo las regiones de paisanos y de mineros que vivían en las viejas tierras de las tribus germánicas del este, sino que permitió también a los eslavos y a otros pueblos adquirir una estructura estatal.

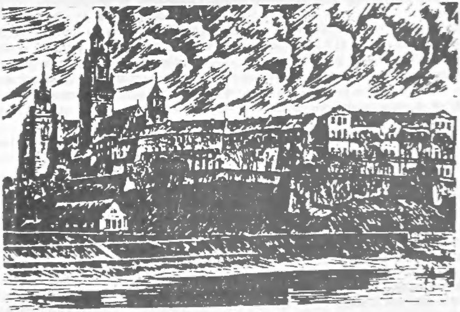
«Las ciudades se convirtieron en los burgos más fortificados de los tiempos antiguos y los representantes de la idea de Imperio.» Desde el principio, el Reichsführer SS ha adoptado esta postura como Ministro del Interior para testimoniar su apoyo a los alcaldes. Consideremos el inmenso resultado de la Hansa y la repercusión de aquellas implantaciones en el área del Mar Báltico, o el grandioso trabajo de los mercaderes imperiales llevado a cabo en la época del emperador Maximiliano I gracias a las ciudades alemanas del Sur. El águila imperial fue constantemente el animal heráldico cuyas alas abrigaron las diversas ordenanzas. Los Fugger en Hungría, así como en España llegaron a ser los hombres del Imperio. Además de los jefes de campesinos y de caballeros del temple de los Hutten y Sickingen, son los burgueses de la especie de un Tilman Riemenschneider en Wirzburg, un Alberto Durero en Nuremberg, un Veit Stoss en Cracovia, quienes fueron los mensajeros de la fe en la idea de Imperio. Innumerables fueron los alcaldes que llegaron a ser rebeldes por fidelidad al Imperio contra los príncipes.

Durante los siglos en que la clase principesca alemana acaparó progresivamente los derechos reales del Imperio para obtener privilegios, las ciudades alemanas no se transformaron en Ciudades-Estados cualquiera, sino en ciudades imperiales en el más elevado sentido de la palabra. En ocasión de los ataques de los hussitas y de los turcos, así como más tarde en la Guerra de los Treinta Años, las ciudades alemanas resultaron ser las guardianas armadas del suelo y del derecho imperiales alemanes hasta nuestros días. Liberadas de las antiguas fronteras y de las cadenas principescas de los pequeños Estados opresores, cumplieron su misión y aparecieron como las detentoras de la idea imperial alemana.

«Si las clases, los príncipes espirituales y laicos representaban un egoísmo espiritual o dinástico e hicieron todo lo posible para romper poco a poco el Imperio en el curso de los siglos, desgraciadamente con éxito, las ciudades alemanas -a parte de unas excepciones concretas- fueron el baluarte de la idea imperial y las representantes de la fidelidad al Imperio. De los rangos de los alcaldes alemanes salieron innumerables grandes hombres que se convirtieron, en numerosos casos, en los campeones y los

defensores de la unidad y de la grandeza del Imperio al precio de su sangre y de su vida.»

Para retomar las palabras del Reichsführer SS, esta «tradición rica y gloriosa» de las ciudades alemanas representa el fundamento de la voluntad de resistencia que sostiene el combate librado en el corazón de la patria. Es precisamente porque las ciudades fueron el cimiento de la antigua estructura imperial y no los productos de estrechos planes nacionalistas, que hoy poseen esta fuerza unificadora. Ni casas, ni fábricas y talleres sobreviven hoy al granizo de las bombas. Sólo este apego, profundamente arraigado, por la ciudad, ha demostrado su valía. Atacadas y defendidas, representantes del Imperio, las ciudades que se han mantenido interiormente sanas encuentran su destino en esta guerra al cumplir sus nuevas tareas por el Imperio.



V. Política general

OSS.I.5.1

«De estoque y de talla», de Günther d'Alquen. 1937.

La idea opuesta al sistema

Desde que el alzamiento alemán se operó bajo el signo de la cruz gamada, la noción de revolución aparece bajo una luz totalmente nueva.

Todas las revoluciones de los tiempos modernos, la Revolución Francesa de 1789, la revolución parisina de julio de 1830, la insurrecciones de 1848, los días del Terror, de marzo a mayo de 1871 de la Comuna parisina, en fin la Revolución Rusa de marzo y de octubre de 1917 y la revuelta alemana de noviembre, y también todas las revoluciones de los siglos precedentes ofrecen generalmente la misma visión desfigurada: terminan siempre según una lógica destructiva y no creativa. Son manifestaciones sociales revolucionarias promovidas únicamente por tendencias puramente sociales o económicas, emanadas de una doctrina ajena a la tierra y, consiguientemente, hostil a la vida.

En todas estas revoluciones, un sistema frío se rebela contra la vida. Se apoyan, no en las clases ligadas a la tierra, sino sobre masas ciudadanas y sobre esa decadencia espiritual que se opone ya a toda vida auténtica.

¡El populacho y una inteligencia desarraigada! Tales son esos grupos de sangre viciada que se agrupan en torno a la bandera de la destrucción. El odio de esos degenerados no se dirige solamente contra el Estado o el orden social en vigor, sino contra la misma vida. Así se explican también las orgías de ese furor sangriento en las que se revuelcan esos revoltosos, pues su sentido real consistía en esa estúpida efusión de sangre: sacrificar la vida a una idea doctrinal.

Sólo se puede concebir la grandeza de la revolución alemana más que ante este sombrío trasfondo. No se diferencia de todas las revoluciones de la Historia mundial tan sólo por la extrema disciplina de su desarrollo externo, sino, más profundamente aún, por su forma interna, que no es el producto de un esquema de pensamiento inerte, sino de una idea viva. No se limita a esperar objetivos sociales y económicos. No aspira tan sólo a hacer la revolución, quiere crear la *nueva revolución* de todo un mundo. La renovación alemana no ha escogido por azar el viejo símbolo solar nórdico como emblema. Es porque la misma vida marcha bajo sus banderas. Es la sangre de todas las profundidades terrestres que gruñe y que quiere abolir todos los sistemas para crear formas propias de su alma en el Estado, el derecho, la ciencia, el arte, y todos los campos de la vida económica.

No es sorprendente que esta revolución de la sangre y de la tierra atraiga a las mejores fuerzas raciales que, como una oleada de sangre roja, haga flotar sus banderas sobre el país.

Son un símbolo, pero no un sistema; se agitan y crujen como todo lo que vive. No es posible que, en este pueblo, la vida se transforme en sistema. Queremos sacrificar

todas las doctrinas a la vida, en nuestra condición de rebeldes de la tierra alemana.

El que considere que la recuperación del pueblo alemán sigue las leyes de la lógica no ha comprendido nada. Una revolución interna no puede desarrollarse más que según las leyes de la evolución de la vida. Pues como nos enseña el fracaso de todas las tentativas doctrinarias, la vida no se organiza bajo la coacción, y la sangre se venga siempre.

Antaño, el Movimiento llevó a cabo su lucha legalmente siguiendo este gran orden de las leyes orgánicas; se purificó de los doctrinarios de las barricadas y continuó en las vías legales hasta que la evolución interna de la vida alemana maduró en una encrucijada histórica.

Y cuando la persecución arrancó el grito de represalias sangrientas a los corazones oprimidos, se perdonó y se olvidó. Pero tal fuerza moral es lo propio del vencedor, que considera las cárceles y las tumbas de los héroes como un destino finalmente necesario. ¿Cómo podrían haber buenas espadas si no estuvieran templadas por el fuego y los martillazos?

Pero incluso la armonía de las grandes leyes de la vida se traduce en la manera mesurada con la cual la recuperación victoriosa de la nación se encamina en la vía de la construcción.

El cambio era ya rico en sí mismo. Durante las revoluciones de las épocas pasadas, éste no se manifiesta más que a nivel espacial. Y mientras se destruía todo para construir un nuevo sistema sobre el tablero de dibujar, se observa el esfuerzo para dejar que las cosas se vayan haciendo y den sus frutos. Pues, como en toda cosecha, la creación no se realiza de una sola vez, si no que se va entrojando poco a poco.

Nada se hace con precipitación, nada se hace de una manera artificiosa. El Führer tuvo la gran sabiduría de no abordar más que los problemas que conllevan una solución, como una fruta madura.

Sólo un loco haría observar que los bancos y los grandes almacenes no han sido enteramente nacionalizados, que todavía quedan residuos del antiguo mundo y que muchos problemas no han sido ciertamente resueltos. ¿Quién querría segar el trigo en primavera, cosechar en verano, cuando se hace en otoño? Los doctrinarios son impacientes. Comen los frutos verdes... y por ello mueren.

El nacionalsocialismo no se expresa por la ejecución esquemática de un programa, sino que se esfuerza más bien en hacernos participar de las experiencias de la vida floreciente, Actualmente, los objetivos finales se encuentran aún lejos de nuestro campo visual, y, en todo caso, inaccesibles; tan sólo gracias a una evolución progresiva nos iremos acercando a ellos poco a poco.

En el terreno de la política interior, la evolución ha progresado de tal manera que la recuperación alemana, viendo llegar su hora, libró el gran combate de la apertura histórica. Podría y debería, pues, golpear de una manera severa, como a golpes de hoz en el trigo maduro. No quedaban más que los rastrojos. ¿Y quién podría negar que el trabajo ha sido hecho, que los recuerdos anticuados se evaporan y que un objetivo elevado había sido alcanzado? La cosecha estaba hecha y ya se pensaba en la próxima. Lo que puede hacerse hoy y mañana no exige grandes hazañas. Las medidas y las intervenciones doctrinales no conducen a nada, incluso si, en un momento dado, parecen deseables a mucha gente. Hoy no pueden subsistir más que dos objetivos: la libertad en el exterior, el pan y el trabajo constructivo en el interior del país. Pues la querella académica que se refiere a las divisas y al sistema económico no es importante; sólo la vida es sagrada y 67 millones de hombres deben tenerla asegurada, y con pan sobre su mesa.

El trigo está ahora alto, pero todavía no ha llegado el tiempo de cortarlo. El campesino afila su hoz para la cosecha; no tiene prisa, observa y espera. Cuando llegue el momento, el trigo caerá, pero habrá que transcurrir todavía un tiempo hasta entonces. Luego labrará, gradará y sembrará. Llegará el invierno y luego otra vez la primavera, como una marea que va y viene.

¡Bienaventurado el pueblo que reconoce la fuerza de la tierra! Bienaventurado el hombre que sabe actuar y decidirse en el momento justo. Él honra a la ley eterna de la vida.

OSS.I.S.2

«De estoque y de talla», de Günther d'Alquen. 1937.

¿Comunidad o colectividad?

Cuando los viejos nacionalsocialistas recuerdan los primeros años de lucha, evocan la soberbia imagen de una verdadera comunidad. Sin ninguna coacción los hombres de esa época, que no formaban más que un espíritu, se habían encontrado y habían creado una comunidad como el mundo raramente ha podido ver otra. A pesar de la débil escasez de organización externa, estos hombres formaron una fuerza increíblemente sólida.

Realizaron grandes cosas que tomaron una dimensión casi mítica, expresando la fidelidad de la tropa germánica, culminando en el sacrificio supremo. Constatamos que esta fuerza del Movimiento procede directamente de esta fusión voluntaria que, no obstante, deja existir al individuo en tanto que personalidad y le permite así ser un combatiente independiente.

Esta comunidad de combatientes fue la primera en otorgar una fuerza al Movimiento. Se trata de mantenerla en el futuro y de procurar que, en una época en que el Movimiento debiera usar de la violencia, nunca subsista el peligro de que la comunidad degenere en una colectividad. Pues nunca la reunión organizada en masa puede, destruyendo los valores de la personalidad en el hombre natural, acrecentar sus fuerzas.

Al contrario, hace falta una buena dosis de violencia para mantener la cohesión de una tal formación fundamentalmente no-alemana. Todo lo que destruye la personalidad en beneficio de una masa no es alemán y quien no piensa más que en la masa lo hace de una manera bolchevique y debe finalmente llegar a esa idea que un marxista expresó un día cuando él prefería «equivocarse con la masa que tener razón en tanto que individuo».

Pero toda colectividad reposa espiritualmente sobre el viejo error marxista de la igualdad de todos los hombres. Tal no es el caso en la naturaleza. Al contrario, los hombres son desiguales. Unos son válidos, otros ineptos; uno es honrado, el otro deshonesto: de la misma manera que uno es alto y otro es bajo, gordo o delgado. Los defensores espirituales de la colectividad se encontraban siempre confrontados ante un combate desesperado, tanto más difícil cuanto que les era necesario negar permanentemente la realidad manifiesta.

No hay ninguna duda de que, dejando a parte los que, como enemigos del nacionalsocialismo, defienden el viejo error de la igualdad, todos los que por naturaleza y carácter, no pueden comprender analógicamente el nacionalsocialismo incurren en el riesgo de actuar inconscientemente en un espíritu colectivista.

Este tipo de hombre es, a la vez, peligroso y cómico cuando, para defender la vieja teoría marxista igualitarista, introduce la noción nacionalsocialista de la comunidad, y sospecha de profesar la lucha de clases a quien constata que, en un pueblo, hay gentes inteligentes y su contrario.

No; esto no tiene nada que ver con una división del pueblo, pues se trata simplemente de hechos naturales. Pero nuestro viejo punto de vista nacionalsocialista de la «minoría decisiva» es también la traducción política de estos hechos naturales que la exigencia «a cada uno lo suyo», que ha opuesto siempre el nacionalsocialismo al eslogan marxista «todos iguales».

Una distinción fundamental entre comunidad y colectividad se manifiesta también en el mando. La comunidad tiene natural y necesariamente un jefe que detenta el poder sobre las almas y los corazones de sus camaradas. El déspota de una colectividad es el dueño supremo de los cuerpos de los individuos. Su posición se basa en el miedo, mientras que el jefe de una comunidad está animado por el amor de los hombres que le siguen voluntariamente.

No es, pues, un azar, si las naturalezas reales de los jefes se consideran como los servidores de su comunidad por el hecho de su sabiduría y del sentimiento de su superioridad humana. Federico el Grande se consideraba como «el primer servidor del

Estado». Adolfo Hitler se ve como «el mandatario de la nación», y el representante del Führer llama la atención de los dirigentes políticos cuando prestan juramento sobre su misión que consiste en ser los servidores de la comunidad popular. Constatamos, pues, que los partidarios de la colectividad ven su ideal en la «dominación». Por su sentimiento de insuficiencia humana caen en el otro exceso y son tan despóticos hacia sus subordinados como sumisos fingen ser ante los mandos superiores. No saben que el jefe debe tener una facultad de comprensión superior, pero, ante todo, esa superioridad de alma y esa fuerza de corazón de las que Fichte nos dice que son las que nos hacen conseguir las victorias.

Además, se constata que el jefe de una comunidad llama a su lado a los hombres más capaces y más cualificados, y que el jefe de una colectividad no necesita, naturalmente, de colaboradores independientes, sino tan sólo de criaturas que sean sus ciegos instrumentos y que deban constantemente respaldarle. Así podemos ver claramente qué monstruoso peligro, surgido del pensamiento colectivista, podrá amenazar directamente a nuestro pueblo en la época de su renacimiento.

Aquí, otra vez, el Movimiento nacionalsocialista ha dado a la nación un principio de un valor inestimable al presentar bajo una forma ejemplar la noción de la comunidad de los compañeros fieles. Así ha dado para siempre un ejemplo de la verdadera fusión de las fuerzas y ha rechazado claramente toda idea colectivista.

Pero los viejos soldados del Movimiento no admitirán jamás que las poderosas masas humanas de nuestros manifestantes y nuestras organizaciones puedan ser consideradas, erróneamente, como un feudo del hombre-masa, y que la noción nacionalsocialista de la comunidad sea, así, conscientemente o inconscientemente falseada y transformada en colectividad.

«La coronación de todo espíritu de sacrificio
reside en la dedicación de la propia vida
para la existencia de la comunidad».

Adolf Hitler

OSS.I.5.3

«De estoque y de talla», de Günther d'Alquen. 1937.

Reflexiones sobre el principio del jefe

Cuanto más grandes son las misiones que una época otorga a los hombres, más distintamente se manifiesta el grupo de los que tan sólo aparentemente están cualificados para ellas. Allí donde los valores elevados son bien visibles, los inferiores siempre tratarán de camuflarse y de adoptar la aptitud de los hombres superiores de la élite.

Imaginemos a un buen ciudadano totalmente insignificante cuyo más ardiente deseo es poder mandar un día. No quiere esperar a que, por fin, se le confíe una misión que cargue grandes responsabilidades sobre sus espaldas. El podrá, verosímilmente, esperar mucho tiempo; aunque carezca de capacidades, posee una ambición desbordante y sólo ese hecho le impediría conseguirlo. Supongamos que el pequeño Moritz, con sus complejos de poderío, se convierte en un gran Moritz, y la desgracia quiera que aprenda, primero, a simular unas aptitudes inexistentes.

Nuestro amigo llega a ser jefe en una función cualquiera. Él sabe que la importancia de su personalidad es, ahora, admitida (sólo durante un cierto tiempo). Los camaradas de antaño, que no han ascendido en el escalafón, se imaginan ser inferiores al camarada en cuestión. Unos enfáticos discursos persuaden a los conciudadanos de la autoridad del gran Moritz. En sus nuevas oficinas, las instalaciones telefónicas son transformadas. Una mesa de escucha se instala en la oficina del jefe para «aumentar la confianza», los cargos son reorganizados y una primera circular deja bien establecidas las competencias.

Desgraciadamente, controlar el trabajo no resulta ser tan sencillo. Al flamante superior no le gusta que se note que aún no está cualificado y que debe dejarse aconsejar. Siente que su autoridad vacila y no quiere poner de manifiesto las pequeñas debilidades que afectan a todo el mundo, ni tampoco su falta de experiencia de base. La ausencia de seguridad interna debe ser compensada por una mayor seguridad externa. La distancia con los antiguos camaradas aumenta a ojos vista. ¿Quién es, ahora, su preferido?.

El «subordinado» es su preferido, pues es quien le confirma, gustosamente y a menudo, públicamente, que él es el «supertor», un individuo particularmente meritorio. En su estupidez, no se da cuenta de que el «subordinado» dice exactamente lo contrario a sus espaldas. Pero si notara, aquí o allá, unas objeciones realistas por parte de uno de esos «subordinados» o incluso unas contraproposiciones sobre cualquier tema, entonces el «jefe» vería infaliblemente que tenía ante él un adversario peligroso. De modo que se le rebaja, y, si es necesario, se intriga secretamente contra él, a pesar de estar persuadido de su incontestable valía y de la ineptitud del otro.

Pero este hombre se encuentra siempre al borde del abismo. Mal lo va a pasar cuando llegue el momento en que necesite que sus colaboradores corrijan su trabajo, en una alegre colaboración, con un sentido de entrega absoluta y resuelta hacia su jefe. Esta prueba puede producirse cada día, por azar, cuando un error, una tarea absoluta la necesite. Una penosa situación se instaura cuando el superior ya no goza de la confianza de sus hombres. Su caída es, entonces, cierta. El destino se cumple con una lógica férrea.

Existe otro género, dejando a parte los ambiciosos que se vuelven salvajes, los tiranuelos de bolsillo: es el de los burócratas puntillosos. Poseen, a menudo, unos conocimientos incontestables. Pero lo que les distingue de los verdaderos jefes es el hecho de que no están absolutamente dispuestos a aceptar cualquier responsabilidad. Aceptan pacientemente y ejecutan al pie de la letra los reglamentos y las ordenes. No ven más que el aparato, la organización y sus alvéolos. La manera de actuar de un York en las guerras de la independencia es, para ellos, una abominación. No habrían seguido a un Hitler, sino a un Kahr.

En ambos casos, se trata de deformaciones caricaturescas de la naturaleza del jefe. El primero no ve más que los hombres. En la dirección ve, exclusivamente, un

rango de precedencia de personas. El siglo de las democracias y del parlamentarismo se había opuesto con un éxito total a esa dominación de los hombres sobre los hombres, y tenía toda la razón ante esos jefes que no ven más que preponderancias personales en sus derechos.

La antigua autoridad había perdido su legitimidad interna. Los príncipes egoístas y ambiciosos ya no tenían ningún derecho al poder pues ya no se veían a sí mismos como servidores del Estado, sino que lo consideraban como una herramienta de poder personal. Cuando esta falsa autoridad se convirtió en regla y sistema, la hora de una organización más estructurada del pueblo había llegado. Así es cómo en Alemania la falsa autoridad se destruyó en una lógica interna, mientras que la educación y la selección producen una élite auténtica que se desarrolla de manera natural. No se trata de aplazar esta misión hasta el siguiente milenio, pues la creación de una nueva clase de jefes no fue nunca, en la Historia, un asunto de unos cuantos años. Lo que importa es la marcha de nuestro pueblo en esta Historia, y no los pequeños delatores y los caracteres indisciplinados. En el fondo, ni sirven ni perjudican en nada: nuestra fuerza se dirige a la acción, a la creación y al futuro. Los combatientes sinceros al servicio de un ideal construyen siempre la Historia.

«Del carácter ha nacido la acción».

Darré

OSS.I.5.4

Cuaderno de la SS. Nº 10. 1937.

SS-Staf. Kinkelin:

El nacionalsocialismo crea un nuevo mundo a partir de una nueva fe.

Con el nacionalsocialismo, el Führer nos ha dado una nueva concepción del mundo. Esto significa que el nacionalsocialismo que enseña la doctrina del Führer se considera, él y el mundo, bajo una luz diferente. Ahora, tiene *su manera de ver* y ya no mira a través de las gafas deformantes que le habían impuesto otros poderes representantes de una ideología ajena.

El nacionalsocialismo ilumina con una luz nueva el antiguo sistema de valores y de relación de fuerzas que rigen el mundo. Cuando observa el pasado reciente, ve que él mismo, y también su pueblo, han sido, no solamente desposeídos de sus riquezas espirituales, apartados, sino también reducidos al estado de peones sobre el tablero de las potencias extranjeras. Actualmente, aprende a diferenciarse de los demás definiendo lo que constituye su esencia y lo que le es alógeno. Confronta los viejos valores que se le enseñaron, con los nuevos, totalmente diferentes y desconocidos que se manifiestan cuando él sigue su *propia* regla. El alemán ha aprendido a diferenciar *lo que le es propio de lo que le es ajeno*, porque ha tomado conciencia de su naturaleza profunda, cosa que se le había negado hasta hoy. Antaño, no era considerado más que como un borrego que vivía en un amplio corral. Pero se ha evadido del mismo. Ha reconquistado, así, su libertad al encontrarse consigo mismo. Antes, él y su pueblo no eran más que los componentes de un mundo cultural, de un universo mental cuya fuente, el espíritu y la línea directriz son ajenos al pueblo alemán.

Está, pues, claro que el nacionalsocialista considera el vasto mundo, él mismo y su pueblo, su destino, con una visión enteramente nueva, rejuvenecida. Desde entonces, se ve confrontado a un mundo totalmente diferente que ya no era el suyo desde hacía mucho tiempo, del que ya no formaba parte, y al cual ya no podía pertenecer.

Descubre un nuevo sistema de valores y lo asimila para rechazar, abolir con

tanta mayor facilidad los antiguos valores que son, precisamente, los de los demás, porque ya no le convienen en absoluto. Él sabe que forma parte de un grupo poderoso, de una gran comunidad cuya extensión no tiene límites: *Él vive, al fin, su pueblo.* Y siente que él constituye un *elemento*, un eslabón de esta cadena inmensa, de la conciudadanía, de la comunidad nacional.

Mil lazos le atan y le unen a esa comunidad. Su porvenir está inextricablemente unido a la poderosa corriente de la sangre de su pueblo. Él capta por primera vez a su pueblo en tanto que inmensa *comunidad racial*. Antaño, se le decía que es la lengua, la nacionalidad, la religión cristiana, etc., quienes determinan la pertenencia a una comunidad. Hoy, sabe que estas viejas consideraciones son todas caducas, pues ve, junto a él, a hombres que no pertenecen a su pueblo, y al otro lado de estas viejas fronteras, hombres que forman parte de su pueblo tanto como él mismo. Las viejas barreras caen, las viejas fronteras, las viejas murallas ya no tienen ningún valor. Allí donde dirige su mirada, ve, por todas partes, una inmensa renovación. Una nueva y grande unidad ha nacido del hundimiento de los viejos sistemas: *El pueblo alemán*. Viejos corruptores tratan de pervertirle, pero ya no tienen ningún poder sobre él. Los ruegos, las amenazas, ya no sirven de nada. El alemán nacionalsocialista se les ha escapado; se ha desembarazado con facilidad, libre y naturalmente, de su presión, como de un traje usado. ¡Tocan a llamada! A millares, a millones se unen a su pueblo.

Así es cómo el ciudadano alemán ha hecho la experiencia *del misterio de la sangre*. Pero no únicamente esto. Considera esta sangre como el vehículo de su esencia profunda. Reconoce en la sangre la herencia más preciosa que sus más lejanos antepasados le han transmitido y que le une a ellos de manera indisoluble. Es difícil imaginar hasta qué punto, en el pasado, se le ha enseñado a menospreciar, despreciar, ignorar su sangre. Hasta qué punto se le ha enseñado a despreciar y renegar de los ancestros en lugar de venerarlos. Múltiples vendas han caído de sus ojos. Los enemigos del pueblo se vieron incluso obligados a diabolizar la doctrina de la sangre con objeto de poder someter más fácilmente esta noción peligrosa, y destruirla. Pero, hoy, las presiones y las amenazas ya no resultan.

Viviendo en el corazón de su pueblo, el alemán experimenta sentimientos diferentes: siente que forma parte de él y que él mismo es un componente activo. Las divisiones en clases y en capas sociales de otras épocas, han desaparecido... Es una unidad viva, inmensa, ordenada y estructurada de manera significativa, un ejército gigantesco de hombres libres: *el pueblo*; un conjunto vivo que se fundamenta en unos deberes y unos derechos. Esta profesión de fe activa, ferviente para el pueblo, supera hoy en día el nivel de la toma de conciencia intelectual, de una enseñanza sin raigambres, de un sentimiento de riqueza egoísta. *¡Lo que no sirve a mi pueblo le perjudica!*».

Provisto de esta nueva escala de valores que ha adquirido al escuchar el mensaje de la sangre, el alemán se interesa ahora por todos los aspectos de la vida. Está firmemente decidido a ignorar todo valor que no es el suyo, que no contiene la visión de su mundo, de no prestar atención a las cosas que él mismo no juzga importantes. Ningún tema está excluido de esta inversión de valores y de estas nuevas consideraciones. El alemán nacionalsocialista reestructura, pues, todo su universo.

Este alemán consciente, despierto, vuelve su vista hacia sí mismo. *Una nueva fe* vive en él. De ella extrae su mayor fuerza. Pero esta fe no es un dogma, no es una doctrina de origen extranjero: es el fruto de su antigua herencia biológica. El nacionalsocialismo se encuentra en armonía con el mundo interior de sus padres y se une *directamente* a lo divino.

Nuestra fe constituye el origen y la medida de todas las cosas: Todas las creaciones espirituales proceden de ella y a ella retornan. Es, pues, comprensible, que se haga un examen general con objeto de ver si todo lo que procede de los campos creativos espirituales de nuestro pueblo, la filosofía, el arte, la ciencia, etc., se encuentra o no de acuerdo con nuestra nueva ideología, nuestra nueva fe. Cuanto más estrictos y consecuentes somos, más se precisa nuestra visión de las cosas. ¡No hay ninguna duda de que vamos a proceder a una gran limpieza! Estamos decididos a no dejar intacto ningún aspecto de la vida. Examinamos con la mayor atención el más insignificante elemento procedente del antiguo mundo. Para nuestra gran sorpresa, constatamos que muchos de ellos nos pertenecen, que el antiguo sistema, pretextando que eran de su propiedad,

acaparó. Les reintegramos, pues, a nuestro sistema. Si tenemos aún necesidad de los antiguos elementos, los conservamos, pero para crear nuestro propio substituto. Evacuamos todo lo que es ajeno y lo echamos a la basura. Estamos decididos a construir un nuevo mundo a partir de nuestra sangre y de todo lo que con ella se relaciona, bajo el signo victorioso de la cruz gamada.

Antaño se nos consideraba como intelectualmente menores y se gestionaba de manera pretensiosa todo nuestro patrimonio intelectual. Hoy, hacemos saber a todas las potencias enemigas que *el pueblo alemán ya es adulto*, que tiene la intención de encargarse él mismo de todos sus bienes espirituales sin excepción. Exigimos que se nos restituya nuestra herencia ancestral que fue usurpada por unos mandatarios indignos e infieles. En este terreno también, hay que poner en vigor un plan de cuatro años para reconstruir el espíritu del pueblo.

Nada puede impedirnos concebir un nuevo derecho, una nueva moral o cualquier otra regla de vida nacional. Nuestra concepción del mundo considera que la economía es una componente del nuevo orden, que debe servir al pueblo y no someterle.

Igual que la economía, muchos otros viejos ídolos sufren la ley de la renovación y del orden nacionalsocialista. Ninguna obra, por amenazadora, monstruosa o respetable que pudiera parecer, nos asusta. Incluso si la época superada continúa dirigiéndonos advertencias amenazantes, tales tablas de la ley no aterrorizan ya a ningún nacionalsocialista. Han sido exorcizados, no porque un nacionalsocialista no respete nada, como se complacen algunos en deplorar, ofuscándose beatamente. Sino simplemente porque ha adquirido una nueva fe, una nueva escala de valores que definen lo que para él es sagrado y lo que no lo es, lo que es divino y lo que representa unos ídolos arrogantes, extranjeros. Unas nuevas bases, un sentido extremo de lo divino experimentado en su pueblo, en su sangre, le otorgan certeza y la invencibilidad. La aprehensión divina de su propio pueblo, de su sangre y de esta nueva fe, ha desarrollado en el nacionalsocialista un sentido de lo sagrado que le incita al respeto. Sabemos hoy que nuestra sangre, nuestro país, son sagrados para nosotros, porque estos dos nombres son de esencia divina. Considerando este hecho, la verborrea de «neopaganismo» o incluso de «ateísmo» aparece como mezquina, falsa, engañosa y, en fin, representa una ilusión peligrosa para nuestros adversarios. Se enterarán de que es nuestra fe la que nos permite arrasar el viejo mundo y construir uno nuevo más hermoso.

El pueblo alemán se ha liberado políticamente de todas sus cadenas, de la dictadura económica y ha purificado su raza de la invasión. En el futuro, pondrá fin también a estas tutelas, soberanía y autoridad espiritual ajenas al pueblo y sin servirle. El pueblo alemán va a reconquistar pronto su libertad en todos los terrenos. Estar al servicio del pueblo para seguir la ley divina, volver a los principios originales de nuestra sangre y del mundo divino, tal es el sentido del nacionalsocialismo.

«El que es
no se preocupa de parecer».

Rückert

OSS.I.5.5

Cuaderno de la SS. Nº 5. 1943.

Nuestra misión revolucionaria

Nosotros, alemanes, hemos desempeñado siempre un papel particular en el mundo. Eramos el elemento agitado y atormentado en el seno de los pueblos. Incluso en las épocas de nuestra mayor prosperidad comercial, estábamos descontentos con nuestro destino. El desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial se sintió como una liberación. La causa de este fenómeno no se basaba en una exaltación guerrera y fanática que nos ha sido tan a menudo imputada por nuestros enemigos, sino en el sentimiento liberador de tener una nueva vocación decisiva. El alemán no puede aco-

modarse en una vida de tendero. El estado de reposo y de saciedad va contra su naturaleza. Se siente llamado a misiones más elevadas que practicar un comercio lucrativo de productos agrícolas o industriales. Se ha descrito esta manera de ser como una característica fáustica del alemán. Se puede interpretar como una suerte o como una maldición; determina, en todo caso, para bien o para mal, el renombre del germanismo. Tal fue el destino original de todo el mundo germánico. Sin esta obsesión por desplazarse, los germanos no habrían sido más que un pueblo insignificante de campesinos del norte de Europa. Ellos vertieron su sangre en todo el Occidente en constantes combates, pero también dieron forma al rostro de este rincón del mundo. Aún hoy, parecen llamados a cumplir el destino de este siglo

****

Las gigantescas batallas de esta Segunda Guerra Mundial marcan el fin de una de las grandes épocas de la humanidad. La dominación por el oro ha sido detenida, los pueblos recuperan sus derechos, el hombre mide de nuevo el valor de las cosas. Esta guerra se lleva a cabo por otras razones, que no tienen nada que ver con las modificaciones de fronteras o las esferas de intereses. Se trata del destino de una cultura milenaria que ha dado al mundo las magníficas expresiones del genio humano. La mayor revolución de todos los tiempos se realiza en la tempestad de las batallas: la revuelta de los campesinos contra los comerciantes, del trabajo contra el poder del oro. El mismo proceso que hemos vivido hace años en la lucha por el poder en Alemania, se reproduce hoy a escala mundial, y nos enfrentamos a los mismos adversarios. Conocemos demasiado bien sus métodos de lucha para poder, todavía, sorprendernos. Estamos, ahora, en el corazón de la lucha y esta guerra no se acabará sin que el continente se haya desembarazado de sus verdugos. Sea lo que fuere lo que nos aporte el futuro, es nuestro deber para con nuestros camaradas muertos, resistir, atacar sin cesar, hasta el aniquilamiento de las fuerzas enemigas. No puede haber compromiso en esta lucha pues la continuación de la situación anterior se saldaría con unas terribles convulsiones que, a fin de cuentas, destruirían a Occidente. Alemania se ha convertido en el baluarte de Europa. Los enemigos de nuestro país lo son también de Europa. Ya no se trata de una querella entre pueblos y Estados, sino de diversos principios de configuración cuya realización definitiva decide entre la muerte y la vida. Así, nuestra lucha sobrepasa la esfera del poder y de los intereses para alcanzar la del espíritu. No se trata, en primer lugar, de los pozos de petróleo o de los yacimientos de minerales, sino del mantenimiento de todos los valores espirituales que permiten a la presencia humana concretarse magníficamente. ¿Qué tienen que ver los ferrocarriles norteamericanos y los déspotas bolcheviques con Europa y su cultura multimilenaria? Inglaterra se ha vuelto desde hace mucho tiempo a sus posesiones de ultramar y no considera a nuestro continente más que como un juguete de sus intereses. Alemania, en cambio, ha permanecido ligada al destino continental, por doloroso que ello pudiera ser. Ahora ya no hay más elección posible para los pueblos europeos si quieren creer en su destino. Los frentes son más claros que nunca, la misma divinidad juzga a las naciones por su fuerza y su valor.

La guerra resulta ser, como antaño, un juicio de Dios. En el estruendo de las batallas de nuestra época, el aspecto del mundo será remodelado y nadie reconocerá su antigua faz. Sea cual fuere el resultado de la lucha, nada quedará del mundo de antaño. Las viejas fuerzas primordiales de la vida están en movimiento y ya no se detendrán hasta que las fuerzas de la degeneración y de la destrucción no hayan sido finalmente aplastadas. Desde hace treinta años se está desarrollando el más gigantesco proceso de transmutación que la Historia haya vivido. Las fuerzas vivas exigen sus derechos. Los pueblos se estrujan fuera de la atroz exigüidad de su espacio vital hacia la luz y el sol. Una nueva migración de los pueblos está en marcha. Con las viejas potencias se derrumba todo un mundo espiritual que ha encorsetado a Europa durante dos mil años. La alianza de las democracias con el Kremlin ha terminado con lAs últimas dudas sobre la necesidad de nuestra lucha. La verdad, la justicia y la vida están con nosotros.

****

Occidente se encuentra aún comprometido en un combate decisivo para su porvenir. El horizonte parece a menudo obscurecido por terribles acontecimientos pero, en el momento de mayor peligro, la fuerza del corazón humano demuestra su valía. Hay todavía vastos territorios de Europa en situación de tranquila contemplación, que no se preocupan de la amenazante gravedad de su situación. Ciegos locos se revuelven contra la única potencia que puede protegerles contra la destrucción y el aniquilamiento. Pero estas cosas no nos afectan. Estamos acostumbrados a luchar solos, rodeados por el odio y el desprecio, pues somos conscientes de nuestra misión. El destino del mundo se cumple por nuestra acción y por la voluntad de la divinidad. Aunque miles de hombres mueran, aunque decenas de miles vuelvan heridos, la Idea vivirá mientras nazcan hombres en Alemania. Somos invencibles porque tenemos una fe inquebrantable. Esta fe nos ha sostenido en todas las circunstancias de nuestra existencia; nos ha dado los preciosos instantes de triunfo y nos ha acompañado en la pena y la miseria; ella nos conducirá un día hacia la victoria. Los dioses no regalan su gracia; no conceden sus favores más que a los bravos que resisten a todas las violencias. El destino nos ha designado unas misiones particulares. Nosotros debemos cumplirlas. A los ojos de Dios, un pueblo no es más que una herramienta de Su todopoderosa voluntad. Hace perder despiadadamente a quien se revela inepto. Nosotros, en pie, luchamos, pues el imperio, la fuerza y el esplendor son nuestros.

Hans Henning Festge

«El hombre es superior a la materia cuando se enfrenta a la necesidad de una gran actitud, y no se puede concebir ningún poder externo, de la naturaleza que fuere, al cual la fuerza espiritual no sea superior. Así pues, quien sea capaz de ello puede sacar la conclusión de que en el hombre, en el hombre real, viven unos valores que no pueden ser destruidos ni por proyectiles ni por toneladas de explosivos».

Ernst Jünger

OSS.I.5.6

Cuaderno de la SS. Nº 7. 1943.

Idea y aspecto del imperio

La idea del Estado nacionalista debe ser vencida

Por clara que se presente la lucha para la defensa de nuestra patria contra el asalto del Este, con igual claridad se perfilan los contornos de una nueva organización de Europa; unos contornos que ya no siguen las fronteras que les asignaba una concepción nacionalista. Lo que hoy en Europa llama a millones de hombres a las armas, ya no es solamente la lucha por las materias primas y el espacio vital; es también la voluntad de una reorganización radical de este Continente por la cual valga la pena vivir y morir. El hecho de que millares de noruegos, de neerlandeses, de flamencos y de valones se batan en el frente oriental en las filas de las Waffen SS no puede ser considerado más que como el síntoma de un despertar de la energía en los pueblos germánicos que, más allá de las fronteras del orden político en las cuales han vivido hasta ahora, buscan la vía de un nuevo porvenir. Ya no puede quedar ninguna duda sobre el hecho de que la representación que nos hacemos de lo que será un día Europa cuando habrá terminado esta dura e implacable refriega nos lleve mucho más allá de los límites de la vieja concepción nacionalista. Ningún espíritu reflexivo de Europa cree que al final de este áspero combate, como el destino lo decidirá para siempre, pueda realizarse el restablecimiento del viejo orden político. Los sacrificios de la presente guerra legitiman, a su conclusión, la creación de un orden que se corresponda con la amplitud y la profundidad de la revolución nacionalsocialista culminada en el corazón del Continente. Este

nuevo orden sólo puede establecerse sobre la idea de la *raza*. Los neerlandeses, los flamencos, los valones, los escandinavos que, hoy, combaten a nuestro lado en las filas de la Waffen SS no defienden únicamente sus hogares contra la oleada asiática; son también los pioneros de una *reorganización de Europa sobre la base de la idea germánica*. Así se cumple en el área del territorio europeo un proceso análogo al que, hace setenta años, condujo a la creación del Reich de Bismarck.

En aquEl tiempo, los principados alemanes, bajo el efecto del principio nacionalista, se agruparon para formar un Imperio. La revolución nacionalsocialista ha reabsorbido la idea nacionalista y la ha reemplazado por la idea de raza. Por tal razón, es preciso que al final de esta guerra se alce un nuevo orden europeo basado en la solidaridad germánica. La idea nacionalista alcanzó su plenitud en el Reich de Bismarck. En el momento en que las innumerables hordas del Asia se lanzan al asalto de las fronteras europeas, el Continente se vuelve hacia esta gran construcción histórica que siglos atrás se había ya levantado sobre la base de la germanidad. Hemos llegado a un punto de la evolución en que el concepto de la raza comienza a ser una realidad histórica y política. El pueblo y la nación aparecen cada vez más como expresiones particulares de este concepto. La revolución del pensamiento político que ha empezado a operarse en el interior de nuestro Imperio, ha extendido pronto sus efectos más allá de las fronteras del viejo Reich. Ya no es posible contenerla; ella barre los viejos errores de la vieja doctrina liberal con el mismo inflexible rigor con que derriba los pequeños Estados artificiales creados por la política inglesa del equilibrio. La prueba que constituye la guerra contra el enemigo asiático no permite ya la supervivencia del sistema de Estados que nació en Versalles. Y ahora nos encontramos en la hora del combate y del peligro ante una nueva organización europea: asistimos al *nacimiento de un Imperio racial*.

Éste es el objetivo de nuestra lucha. Son llamados los que en su actitud están influenciados por una idéntica sangre. El alemán se siente, por supuesto, como el corazón de este Imperio que debe comprender toda el área de nuestra raza. Pero no debe considerar este Imperio como una extensión de la idea nacionalista. La idea nacionalista alemana ha adquirido una nueva dimensión en 1938. *Nuestros adversarios quieren persuadir a los pueblos de Europa de que todo lo que ha sucedido no ha sido más que la consecuencia de un imperialismo alemán*. Tampoco en esto han comprendido la revolución nacionalsocialista. Ésta no puede conducir a un imperialismo, sino que debe, según sus principios, integrar al Estado nacional de los alemanes en un vasto Imperio germánico. Todas las tentativas hechas para definir en términos jurídico-políticos la relación en que se encontrarán en el futuro los Estados germánicos en función del Imperio, deben fracasar, porque los conceptos existentes, tales como federación, sistema federal, federalismo, pertenecen al campo del pasado y soslayan la revolución operada en nuestro pensamiento por el concepto de la raza. La revolución alemana está en el trance de convertirse en una revolución germánica. En los campos de batalla de la más terrible de las guerras que se hayan llevado a cabo contra un mundo hostil que trata de sofocar el germen de un nuevo orden vital realizado por la revolución alemana, resuena una pujante llamada a los pueblos germánicos para que constituyan *un* imperio germánico que sea el suyo.

El Imperio eterno

La idea de un Imperio nórdico no es fruto de nuestra época. Acompaña toda nuestra existencia histórica como la imagen de un mundo ordenado que invita al hombre de nuestra raza, sobre la fe de su poder de creación artística, de sus dotes de inventiva, de sus capacidades para fundar un sistema orgánico sólido, sobre el modelo del Imperio. Los orgullosos siglos de la historia del Imperio alemán están lo suficientemente cerca de nosotros para recordarnos que todos los Estados deben su fundación a la energía de jefes nórdicos: el Estado del Cherusco Armin, del Batavio Civilis, de Marbod, el de los borgoñones, de los vándalos, de Teodorico y de Carlomagno, el creador del Occidente germánico, el Estado de los varegos, que se extendía desde el Báltico hasta el Mar Negro, el de los vikingos y el de los normandos. La historia de estos pueblos germánicos es nuestra propia historia. Podemos experimentar hoy el hecho de que en las filas de la Waffen SS hay representantes eminentes de la etnia germánica que, durante si-

glos, han combatido difícil y solidariamente contra las fuerzas del extranjero y que hablan del Imperio como de una idea que han defendido con las armas y la han salvaguardado. He aquí una prueba de la influencia siempre activa de las estructuras históricas del pasado y que atestigua que la idea del Imperio fuera del Estado alemán se ha mantenido siempre viva. Se trata ahora de revisar esta imagen histórica que una imagen hostil y una falsa educación escolar han suscitado en las poblaciones germánicas del oeste y del norte y de restablecer las relaciones históricas como las que concedieron a los neerlandeses, flamencos, valones y escandinavos durante siglos cuando eran miembros del Reich, una vida civilizada, libre y floreciente. Debemos pensar en términos de siglos. La propaganda enemiga ha modificado profundamente el rostro original de estos países. Las organizaciones estatales que la Revolución francesa y la política inglesa del equilibrio edificaron tan artificiosa como tenazmente están condenadas por la ley de bronce de la Historia. Las creaciones políticas del siglo XIX se derrumban hoy definitivamente. En cambio, la idea de Imperio renace, como el Ave Fénix de sus cenizas; renace en todos los pueblos de sangre germánica y que no creen ya en la posibilidad de una existencia política distinta del Reich, sino dirigida contra él. La idea de Imperio es la tradición más fuerte del Continente y, por eso mismo, la fuerza real más determinante para un orden histórico duradero.

El Imperio y Europa

Hoy estamos de acuerdo en reconocer que las creaciones políticas de los germanos en el pasado, sólo podían ser efímeras, pues la energía de la raza, un sentimiento de inagotable riqueza se diluyeron en una etnia extranjera. La idea de la raza nos obliga, ante el futuro, *a Conservar y concentrar nuestra energía de la manera más severa.* De su dispersión y de una consciencia a menudo deficiente o demasiado estrecha nació la trágica división que dominó al Imperio en la Edad Media. Esto sólo explica que la Europa de entonces, ya estructurada según el principio germánico, sucumbiera al *universalismo de la Europa imperial y del cristianismo* y que se vertiera una sangre preciosa por ideas que eran contradictorias con su historia y su manera de pensar. Es preciso reconocer los errores del pasado si se quiere evitar repetirlos en el futuro. Por tal razón conviene especificar que un orden duradero en Europa sólo puede ser instaurado por el Imperio. El destino de Europa será en el futuro, tal como sucedió en el pasado, determinado por el destino del Imperio. Europa constituyó una unidad, el centro de la civilización humana, mientras el Imperio fue grande y poderoso. En la época en que alcanzó el apogeo de su poder, los reyes de Inglaterra y de Francia se consideraban vasallos del Imperio alemán. Pero Europa fue perturbada y sometida a la agresión de potencias extranjeras a su área cuando el Imperio se descompuso. Debemos recordar que tanto el nombre como la realidad histórica que implicamos en la palabra «Europa» son una creación de la raza nórdica. Tal es la razón por la cual el Imperio será, en el futuro, *el corazón y la cabeza de puente europeos*, ese centro magnético que atrae y mantiene unidos a los pueblos germánicos. Nuestra tarea no consiste en definir *las modalidades de la estructura política* que el futuro reserva a la comunidad de los pueblos europeos. La respuesta al interrogante que plantea la situación de los holandeses, valones, escandinavos con relación al Imperio, sólo podrá darse al final de la guerra y teniendo en cuenta la decisión del Führer. Dependerá, ciertamente, de un examen de la participación de estos pueblos en la lucha por la regeneración de este Continente. No se formará, en ningún caso, sobre un esquema fijo, válido para todos; no procederá tampoco de los métodos y del vocabulario de las teorías liberales nacionalistas y jurídicas. Lo que nacerá será un *verdadero orden comunitario* en el interior del cual cada uno tendrá un lugar y un rango en función *de los resultados y sacrificios realizados por el conjunto* y de la especificidad y las particularidades de su ser propio. La posición de tal o cual unidad germánica popular en el seno de este Imperio será fijada de acuerdo con la energía política y espiritual que emane de ella. La última decisión no será pronunciada en una mesa de conferencias, sino en los campos de batalla donde los pueblos germánicos, bajo la dirección de Alemania, luchan por su futuro, miembros iguales del futuro Imperio. La Waffen SS ha recibido del Führer la misión de cultivar la idea germánica. Es su inmediato deber preparar el camino al nuevo Reich por el cual combaten y mueren en sus

filas miembros de todos los pueblos germánicos.

«Todo Imperio que está dividido se debilita.
Así pues, ningún Imperio desaparece sin división interna. La construcción de una casa y la creación de un Imperio precisan de la misma unidad».

Paracelso



OSS.I.5.7

Cuaderno de la SS. Nº 9/10. 1943.

La solidaridad germánica de Europa

Una voz de Holanda

Cuando se reflexiona o se quiere escribir sobre un tema, es necesario ver claramente qué objetivo se persigue. Es posible que entonces uno se dé cuenta que no se ha planteado la pregunta adecuada y que se haya apartado del objetivo inicial.

Esto es lo que me sucedió con este artículo. Yo había ya escogido el título; sabía a dónde quería ir y, sin embargo, lo que yo deseo expresar sobrepasa el marco de la simple solidaridad.

Es siempre útil dar una definición exacta de una palabra. Cuando, por ejemplo, abrimos la página del Brockhaus lingüístico en el vocablo «solidaridad», encontramos: «Sentimiento de una misma pertenencia». ¿Debemos dar un nombre extranjero a lo que representa el más grande ideal a alcanzar? ¿No existe, pues, ninguna palabra germánica? No necesitamos buscar mucho tiempo: «¡Unidad!». Pero, ¿qué significa la unidad? El Brockhaus dice: «Algo fuertemente unido, inseparable». La diferencia, pues, no es grande y, no obstante, el vocablo extranjero suena de un modo diferente en nuestros oídos y tiene, por tanto, otro contenido. Pensemos ahora en el lenguaje corriente. Hablamos de una unidad orgánica, de la unidad de Alemania. Un ser vivo representa una unidad, sólida; se compone de órganos, pero estos órganos, por diferentes que puedan ser, no son «solidarios»; forman, precisamente, una unidad. Una «solidaridad» orgánica es un absurdo. Así, pues, nos acercamos al sentido de nuestra cuestión.

Sentimos claramente que no podemos considerar a Alemania tan sólo como una simple unidad. La palabra solidaridad conviene a Europa. Ésta forma un todo, tiene enemigos comunes, no puede existir más que si se manifiesta un sentimiento de cohesión y comienza a ser solidaria. La composición racial del sur de Europa es diferente de la de la Europa del norte. En cambio, el enriquecimiento mutuo viene de antiguo; podemos incluso decir que es tan antiguo como la civilización europea, y un conjunto ha surgido por la situación geográfica y la Historia. Pero la unidad de Alemania representa algo diferente. Se trata realmente de una unidad *orgánica*, de una forma que es también una unidad racial porque la raza nórdica impregna el todo desde los tiempos más remotos y los marca con su impronta.

Hemos, pues, llegado, a dónde queríamos, precisamente, ir. Si Alemania es algo «fuertemente unido, inseparable», porque es racialmente homogénea, entonces podemos decir que la unidad de todos los pueblos europeos debiera también basarse en ese principio. Nosotros, germanos que no pertenecemos al pueblo alemán, podemos, por esta razón, mantener con Alemania una relación diferente a la de la solidaridad. Y esta otra relación, esta unidad orgánica que representa para nosotros lo que hay de culminante y de absoluto, nosotros lo llamamos «el Imperio».

¿Es inexacto este título? Sí y no. Sí, si pensamos en una solidaridad de cada uno para sí de todos los pueblos de Europa, a la cual nosotros, pueblos germánicos, pertenecemos también. No, si comprendemos que la unidad de Germania es solidaria de la del resto de Europa. Esto se expresa claramente en la política. Hay mucha gente en las regiones limítrofes germánicas que comprenden y piensan lealmente que la solidaridad es necesaria. Así, hablan gustosamente de una «Europa». Piensan como «europeos» y se sienten «nacionalistas», lo que es totalmente compatible. Para ellos, esta solidaridad representa el punto de partida y la conclusión de todas sus reflexiones. Hay otros que raramente hablan de «Europa», que no son ni siquiera nacionalistas en el sentido más estrecho de la palabra. Al decir esto, soy consciente de estar abriendo la puerta a algunos malentendidos.

Es falso decir que esos hombres no se sienten fuertemente unidos a su pueblo, a sus costumbres y a su arte, a su país y a su manera de vivir; pero aspiran a algo que es superior a esta patria, que no es el simple producto de un vulgar sentimiento de solidaridad, sino a una causa más profunda: el gran despertar germánico, la conscien-

cia del vínculo racial, la experiencia de lo que nosotros llamamos «el Imperio». Cuando hablamos de Imperio, no pensamos principal ni secundariamente en la solidaridad. El Imperio representa para nosotros la consciencia de una unidad orgánica simplemente presente, pero que había desaparecido del horizonte, de la consciencia de nuestro pueblo y que espera tomar forma. Somos, ciertamente, «nacionalistas», pero de una manera diferente a la de los demás.

Todo lo que quiere llegar a ser una unidad *orgánica* necesita tiempo para crecer y no puede ser decretado. No podemos profesar la idea del Imperio sin un segundo plano ideológico, y una concepción del mundo no puede ser un asunto de reglamentos. Sólo esta unidad creada puede ser definida como «firmemente coherente e indisoluble».

El camino que lleva a ello es largo. No queremos negar a la solidaridad el carácter del sentimiento de cohesión. Puede también conducir al Imperio, pero debemos ver claramente que hay una gran diferencia.

La SS es la primera organización que se esfuerza conscientemente en realizar la idea del «imperio» basada en esa importancia de la unidad, no en la solidaridad sino en una conciencia racial interna.

Nosotros *tenemos fe* en el Imperio. Queremos luchar por él. Sabemos que representa más que una simple construcción estatal, que encarna el conjunto de la civilización germánica unida en el marco de una forma estatal externa.

El que hace el sacrificio más duro debe ocupar el lugar de dirección, pero no por sentimiento «nacionalista» pues «el Imperio» existirá allí donde sea conscientemente vivido, al estar por encima de todos los pequeños nacionalismos, incluso si éstos podían ser dignos de estima por sí mismos.

Después de una larga división histórica, el nacimiento del Imperio es difícil. Ya podemos decir que nunca ha existido, pues los países germánicos nunca han formado parte de él. El Imperio no es, pues, una reposición del pasado, sino un *devenir*, tanto para el espacio central como para los pueblos limítrofes.

J. C. Nachenius, Holanda.

«Como nacionalsocialistas, queremos reunir a los otros pueblos germánicos por la fuerza de nuestro corazón y convertirlos en nuestros hermanos».

Heinrich Himmler
(a los *junkers*, en Brunswick, el 12 de diciembre de 1940

OSS.I.5.8

Cuaderno de la SS. 1944.

El despertar de nuestra raza

Escrito por un neerlandés

La misión confiada por la Historia a los pueblos germánicos es hoy inflexible. El mundo occidental de las ideas en el que tanto tiempo hemos vivido, se ha hundido. Nuevas fuerzas se enfrentan. Europa sufre hoy la competencia de potencias que quieren reducirla al estado de colonia. Esta Europa no podrá afirmar su autonomía, su espacio y su alta cultura más que si ella lucha por ello. Es de este pensamiento continental, de esta consciencia del carácter común de las comunidades germánicas, de donde surgieron las primeras alianzas políticas. Las consecuencias políticas han seguido al despertar de la raza. Todos los países germánicos han unido en la Orden de la SS una selección de su juventud.

El hecho de que Alemania nos preceda en el cumplimiento de su misión de devolver un vigor político a la raza y al espíritu nórdico es una consecuencia de que nosotros, pueblos germánicos, hemos dormitado largo tiempo a la sombra de Inglate-

rra.

Noruega tiene su flota, los Países Bajos tienen sus colonias, Lituania, Estonia, Letonia, liberadas con la ayuda de Alemania y de Inglaterra, basculan entre ambas. Ahora, para todos nosotros, se trata de un caso serio. A menudo se dice, con demasiada facilidad, que estamos viviendo una de las mayores revoluciones de la historia del mundo, una época situada al final de numerosos siglos. En términos generales, no se es demasiado consciente de la dimensión de esta época, en la que no se trata de un simple cambio de régimen de gobierno. La confusión se extiende a lo largo de todo un siglo y lo que hoy estamos viviendo es el relevo de la revolución francesa por la revolución nacionalsocialista. Se trata del comienzo de una época en la que ya no dominan los ideales de una pretendida democracia dominada por el capital internacional, sino de una encrucijada histórica en el curso de la cual la renovación de nuestra sangre, la rebelión de nuestra raza influyen sobre nuestra vida. Sólo así se puede comprender la sobrehumana aportación que, desde hace cuatro o cinco años, está haciendo el soldado alemán. Los hombres y las mujeres no habrían soportado con tal grandeza de alma los espantosos bombardeos de las ciudades si no supieran que su misma existencia se hallaba en juego. Todos estos millones de seres humanos actúan, luchan y mueren con un nuevo impulso religioso. De su sangre ha nacido una nueva fe que enriquece las fuerzas naturales y sanas de la vida. Esta ley de la sangre es, a la vez, la ley de la misma raza. Quien traiciona a su sangre se traiciona a sí mismo. Toda mezcla conduce a la destrucción. Si una raza quiere sobrevivir, los hombres deben luchar por la conservación de la especie y las mujeres estar prestas a asegurar la supervivencia de esta especie durante generaciones, a través de sus hijos.

Luchamos, como nacionalsocialistas y hombres de la SS por una vida conforme a nuestra especie, contra toda intrusión psíquica extranjera y contra la mezcla de las razas. Queremos regresar a las fuentes de nuestra vida y de nuestra especie. La ley según la cual las sangres emparentadas se atraen, exige la lucha contra todas las fuerzas que quieren bastardearnos y dividirnos. Son las mismas fuerzas para las cuales, en su plan de dominación mundial, los pueblos y las razas no son más que objetivos a explotar. Son también ellas quienes quieren impedir que hombres de la misma sangre se unan. Es la potencia bolchevique-plutocrática con sus nuevos agentes en el mundo entero, el gran capital internacional, la potencia del Judaísmo, de la francmasonería internacional y, como tercera fuerza, la Iglesia cristiana politizada con su sed de poderío político. Enfrentado a todo ello, la contraseña que quiere la unificación del mundo germánico: la lucha por el gran Imperio alemán.

Hoy luchamos, siendo a menudo incomprendidos por nuestros propios conciudadanos y vituperados como traidores en nuestra patria. Se diría que esas gentes han tomado el relevo de los judíos y de los francmasones en los años 30 y actúan en su sitio y lugar. Los pueblos y las razas no se extinguen en las guerras si permanecen fieles a su sangre, sino por la descomposición interna, en el curso de un larga paz.

Las guerras no son más que pruebas que la Historia impone a los hombres. Nosotros honramos, en la persona de Adolfo Hitler, al jefe de todos los germanos y cuando nosotros, voluntarios germánicos, hablamos de Germania, es porque creemos que, en el futuro, nuestra propia supervivencia no será garantizada más que en el conjunto de los intereses del mundo germánico.

Los pequeños países germánicos en la periferia del Imperio gran-alemán quieren actuar en un proyecto general europeo. La sangre llama a la sangre. Debemos aportar nuestra fuerza y nuestra voluntad a un gran Imperio germánico porque, más que Alemania, hemos caído en la desunión y bajo la dominación extranjera. Incluso si no hubiera habido un Imperio germánico en la Historia, aún estaríamos a tiempo de construir uno. No sólo seguiríamos entonces una ley de la naturaleza, sino que nuestra supervivencia y nuestra libertad amenazadas por la Unión Soviética, los Estados Unidos y los ingleses, estarían aseguradas.

Debemos adherirnos a esta futura comunidad de todos los pueblos germánicos con unos derechos iguales, pero sólo se puede hablar de derechos iguales si se han cumplido unos deberes iguales. Es un principio nacionalsocialista para la vida en común de los pueblos. Igualdad de derechos presupone igualdad de deberes y de prestaciones. Estamos persuadidos de que, dentro de diez, veinte o treinta años, esta gran

comunidad germánica será una realidad y que en el gobierno de esta gran Germania habrán hombres de las diferentes regiones germánicas que hoy combaten en la SS. Así como hoy luchan juntos hombres de los Países Bajos, de Noruega, de Dinamarca y de Suecia, igualmente trabajarán en la nueva comunidad de los pueblos, respaldados por fidelidad de sus conciudadanos, para el conjunto de la nación. Los pequeños malentendidos que se han producido de vez en cuando no pueden destruir esta vasta obra, esta apertura llena de esperanza en el porvenir sobre el futuro. Adolfo Hitler es el guía y el garante.

Abramos otro paréntesis importante a propósito del Imperio germánico. Mi padre sirvió en el ejército neerlandés pero nunca tuvo que arriesgar su vida, ni mi abuelo, ni mi bisabuelo. Y luego, de golpe, heme aquí como soldado en primera línea y esta vida de clan, apacible y burguesa es interrumpida, por primera vez, por mi llegada al frente. Este acto es una contribución importante a la formación del futuro Imperio germánico. Además, por primera vez, en nuestro clan, mi hijo tendrá un padre que fue soldado en el frente. Así accedemos a la tradición heroica tal como se vive en Alemania.

Esta nueva tradición naciente conlleva, además, una orgullosa generación de mujeres de soldados. Así estamos seguros del futuro, pues el nacionalsocialismo, en su expresión guerrera, no puede basarse más que en soldados de primera línea.

En uno de sus últimos discursos, el Führer ha dicho: «Ningún Estado burgués sobrevivirá tras esta guerra». Esto ha tenido una gran importancia para muchos trabajadores, pero debe tenerla también para nosotros. Ningún Estado burgués sobrevivirá a esta guerra; lo que significa que va a emerger una sociedad totalmente revolucionaria. La lucha no se acabará con nuestra victoria y los hombres del frente de todos los países germánicos deberán también, después de la guerra, ponerse a trabajar para que el nacionalsocialismo llegue a ser una realidad. La SS debe ser el elemento motor de la Revolución nacionalsocialista. La SS no es el Partido, sino solamente la tropa de asalto de la ideología nacionalsocialista.

Ella es, además, una comunidad de la Orden cuyo objetivo, después del combate, es transmitir sin discontinuidad el patrimonio ideológico de generación en generación.

Como constatamos, no hay casi nada que separa al neerlandés del alemán o del noruego. La grandeza que nos es común a todos es la herencia sublime de la raza nórdica y el nacionalsocialismo en tanto que ideología conforme a nuestra especie. Consideramos la combinación de estos dos conceptos como lo más importante y superaremos las pequeñas divergencias. En la fe en nuestra misión histórica queremos, con todos los hombres germánicos, construir la nueva Europa. No somos tan sólo soldados, sino también pioneros, y, a ese título, garantes de la raza y del porvenir de Europa.

La realidad del compromiso heroico de una élite de los pueblos germánicos en todos los frentes de Europa demuestra de manera patente el valor de la sangre nórdica en general.

OSS.I.5.9

Discurso pronunciado en París, el 5 de marzo de 1944, en el palacio Chaillot, por el SS-Sturmbannfuhrer León Degrelle

«A las armas por Europa»

La salud del pueblo

La unidad allí está hecha y es la única unidad que triunfará. Europa no se hace únicamente porque está en peligro, sino porque tiene un alma. No nos une tan sólo algo negativo, como salvar nuestra piel. Lo qûe importa en la Tierra, no lo es tanto el vivir como el bien vivir. No lo es haber arrastrado cincuenta años de inactividad; es, durante un año, durante ocho días, haber vivido una vida orgullosa y triunfante.

Los intelectuales pueden desarrollar sus teorías. Son necesarias. Son unos juegos inocentes; a menudo, además, juegos de decadencias. ¡Cuántos franceses se complacen en estas sutilezas! *Cuántos franceses creen que han hecho la revolución cuando han escrito un hermoso artículo sobre la revolución!* Europa es el viejo país de la inteligencia, y las grandes leyes de la razón son indispensables para la armonía europea. Pero, de todos modos, nuestro siglo significa algo más que el despertar de las únicas fuerzas de la inteligencia. Hubo muchas personas inteligentes que fueron seres estériles. Despertando todas las fuerzas instintivas y rugientes del ser humano, recordando que hay una belleza del cuerpo y una armonía, que no se guía a un pueblo con enanos, mequetrefes y seres deformes, recordando que no hay acción sin alegría, ni alegría sin salud, el racismo, despertando esas grandes fuerzas que proceden del fondo del mundo, se atrae al frente de Europa a una juventud sana e indomable, una juventud que ama, una juventud con ganas. Así, cuando contemplamos el mundo, no es para analizarlo... ¡sino para tomarlo!

Alemania habrá prestado a una Europa decadente el inestimable servicio de haberle aportado la salud. Cuando contemplábamos la Europa de la pre-guerra, cuando se iba a esos zoológicos que eran las asambleas parlamentarias, cuando se veía todos esos rostros haciendo muecas, todos esos vejestorios embrutecidos, con sus vientres prominentes, como si hubieran tenido demasiados embarazos, con sus miradas cansadas, sus ojos vidriosos, uno se preguntaba: «¿Es esto nuestro pueblo?». El pueblo francés todavía era capaz de rasgos de ingenio, que eran, en el fondo, una forma de risa burlona y de revuelta, pero ya no tenía esa gran alegría inocente de la fuerza, mientras que Alemania, en cambio, poseía esa reserva de fuerzas sin límites. ¿Qué era lo que os sorprendía, hombres y mujeres de Francia, cuando les visteis llegar en 1940? Es que eran hermosos como dioses, con cuerpos armoniosos y ágiles, es que eran limpios. Nunca habéis visto a un joven guerrero, no lo veréis tampoco en estas horas en Rusia, con una barba democrática. Todo esto es claro, tiene buen aspecto, tiene raza, tiene *buena pinta.*

Con el racismo, con el despertar de la fuerza sana, Alemania ha devuelto la salud a su pueblo, primeramente, y luego a Europa entera. Cuando partimos hacia Rusia se nos dijo: «Vais a sufrir allí, seréis unos ancianos prematuros». Cuando, al regresar del frente, miramos a los demás, somos nosotros quienes vemos, en todos, unas caras viejas, mientras sentimos en nuestras venas una fuerza que nada detendrá.

Revolución del pueblo

En toda Europa, el pueblo era desgraciado, en todas partes la felicidad era monopolizada por unas cuantas docenas de monstruos anónimos... felicidad material encerrada en las cajas fuertes de los bancos, felicidad espiritual ahogada por la corrupción en todas sus formas. Europa era vieja porque no era feliz; los pueblos ya no sonreían porque no se sentían vivir.

En estos mismos momentos, ¿Qué es lo que sucede? Si se contempla París, o Bruselas, se encuentra en los suburbios el mismo pueblo humillado, con unos salarios de hambre, con un avituallamiento de leprosos. Paseamos por los bulevares y nos tropezamos con esos gordos pachás indolentes, con sus bistecs y sus billetes de mil, y que os dicen: «Es práctica, la guerra: antes de la guerra se ganaba, durante la guerra se gana, después de la guerra se ganará». Pues bien, se equivocan; lo que ganarán serán las ráfagas de nuestras ametralladoras, ¡ganarán la cuerda de los ahorcados!.

Pues lo que más nos interesa en la guerra, es la revolución que seguirá; es devolver a millones de familias obreras la alegría de vivir; es que los millones de trabajadores europeos se sientan seres libres, dignos, respetados; es que en toda Europa el capital deje de ser un instrumento de dominación de los pueblos, para convertirse en un instrumento al servicio del bienestar de los pueblos.

La guerra no puede terminar sin el triunfo de la revolución socialista, sin que el trabajador de las fábricas y el trabajador del campo sean salvados por la juventud revolucionaria. Es el pueblo que paga, es el pueblo que sufre. La gran experiencia del frente ruso lo demuestra una vez más. El pueblo ha demostrado que era capaz de hacer su revolución sin los intelectuales. En nuestras filas, el ochenta por ciento de nuestros

voluntarios son obreros. Han demostrado que tenían las ideas más claras y tenían más amplitud de miras que miles de intelectuales que no tienen más que tinta en su estilográfica, nada en la cabeza y, sobre todo, nada en el corazón; unos intelectuales que pretenden ser la élite. Todo esto se acabó.

Las verdaderas élites se forman en el frente, una caballería se crea en el frente, los jóvenes jefes nacen en el frente. La verdadera élite del mañana está allí, lejos de las habladurías de las grandes ciudades, lejos de la hipocresía y de la esterilidad de las masas que ya no comprenden nada. Se crea en el curso de los combates grandiosos y trágicos, como los de Tcherkassy. Fue para nosotros un soberano placer estar allí, entre jóvenes llegados desde todos los confines de Europa. Había miles de alemanes de la vieja Alemania, hombres del Báltico -y sobre todo del Batallón Narva con los letones- estaban los muchachotes rubios de los países escandinavos, los daneses, los holandeses, nuestros hermanos de armas flamencos, húngaros, rumanos. *Había también algunos franceses, que os representaban en esa «melée», mientras que muchos de vuestros compatriotas estaban comprometidos en otros sectores del frente del Este. Y allí, entre nosotros, se estableció una fraternidad completa, pues todo ha cambiado desde que empezó la guerra. Cuando contemplamos en nuestra Patria a un viejo burgués embrutecido, no consideramos que ese hombre forma parte de nuestra raza, pero cuando miramos a un joven revolucionario de Alemania o de otra parte, pensamos que él sí es de nuestra Patria, puesto que nosotros estamos con la juventud y con la Revolución.*

Nosotros somos soldados políticos; la divisa de la SS muestra a Europa dónde está la verdad política, dónde está la verdad social y, uniéndonos a este ejército político del Führer, preparamos a los dirigentes políticos de la postguerra. Europa tendrá, mañana, unas élites como nunca tuvo. Un ejército de jóvenes apóstoles, de jóvenes místicos, entusiastas de una fe que nada podrá detener, que surgirá un día de este gran seminario del frente. *Allí es, también, franceses, donde hay que estar presentes.*

Cada pueblo debe merecer su lugar

En los partidos nacionales hay ahora, en Francia, hombres que han comprendido que hay que trabajar con toda Europa; que han comprendido, sobre todo, que la unidad revolucionaria de Europa es la SS. Antes que nadie, la SS tuvo el coraje de dar la cara, de pegar duro y de querer la verdadera revolución socialista. Desde hace un año o dos, en el frente hemos visto a Francia. Y ahora, en el interior, se ve a Francia: la Francia de los De Brinon, de los Déat, de los Doriot, de los Darnand, y sobre todo la Francia de la juventud. Es una cosa distinta de los tipejos de los bares, con el cigarrillo colgante y el *pernod* a punto de ser engullido. Vemos a unos muchachotes robustos, capaces de hacer la revolución y de elegir, después, una hermosa chica en Francia, para darle unos hijos vigorosos.

Desde hace años, habéis hecho, proporcionalmente, tres veces menos hijos que los rusos, dos veces menos que los alemanes. Me pregunto por qué, en este país del amor. ¡El amor no puede ir sin hijos! ¿Acaso no son ellos la poesía y la resurrección del amor?

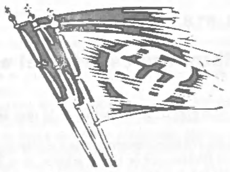
Esta disminución de la natalidad era uno de los síntomas de la impotencia general de los pueblos democráticos, incapacidad de pensar en el mañana, incapacidad de tener audacia, incapacidad ante el fervor revolucionario, e impotencia ante las privaciones e incluso ante los sufrimientos. Hay que deciros, franceses, que habéis perdido cincuenta años en una Europa de soldados, que lucha, que demuestra su coraje, que necesita ser heroica, pero que prepara una revolución social y unas bases morales para cada pueblo. Ya no es posible que estos centenares de miles de hombres hayan muerto, impulsados por las más sublimes virtudes, para que volvamos otra vez al estiércol de la mediocridad, de la bajeza, de la debilidad. El frente no ha creado tan sólo fuentes de salvación en el campo militar, sino también unas fuerzas revolucionarias que mañana lo arrollarán todo, y además prepara la revolución que más necesita Europa: la revolución espiritual. Necesitamos hombres íntegros y puros, que sepan que los mayores goces del hombre están en el alma. Ya no admitiremos la mediocridad de las almas; no admitiremos que los hombres vivan para unos goces sórdidos, para su egoísmo, en una

atmósfera mezquina. Queremos elevar a los pueblos, devolverles el ánimo, la grandeza. Queremos que los pueblos gocen de los placeres supremos de elevarse por encima de la vida cotidiana.

He aquí la razón por la cual, mis queridos camaradas, debemos estar unidos. Europa, levantada contra el comunismo, para defender a nuestra civilización, nuestro patrimonio espiritual y nuestras viejas ciudades, debe estar unida, y *cada pueblo merecer su lugar, sin tener en cuenta el pasado, sino dando la sangre que lava y que purifica. Europa debe estar unida para realizar, bajo el signo de la SS, la revolución nacionalsocialista, y para aportar a las almas la revolución de las almas.*

«No se mendiga un derecho
se lucha por él»

Adolf Hitler



OSS.I.5.10
Cuaderno de la SS. Nº 6. 1943.

El respeto de la persona

El Movimiento debe velar por todos los medios por el respeto de la persona; no debe nunca olvidar que el valor de todo lo que es humano reside en la calidad personal, que cada idea y cada resultado es el fruto de la fuerza creadora de un hombre y que admirar su grandeza no representa tan sólo un derecho que le es debido sino que ello le une también a los que de él se benefician.

La persona es irreemplazable. Debe serlo, pues encarna el elemento cultural creador de naturaleza no mecánica. De la misma manera que un maestro célebre no puede ser substituido por otro que quiere continuar su pintura inacabada, también un gran poeta y pensador, un gran militar y un gran hombre de Estado son únicos. Porque su actividad se sitúa siempre en el terreno del arte; no puede ser inculcada mecánicamente y representa una gracia divina innata.

Los más grandes transformaciones y conquistas de esta Tierra, sus mejores resultados culturales, los actos inmortales en el terreno del arte estatal, etc., están indisolublemente unidos a un nombre que les representa. Renunciar a rendir homenaje a un gran espíritu significa perder una fe inmensa emanada de los nombres de todos los grandes hombres y mujeres.

Mein Kampf de Adolf Hitler

OSS.I.5.11
Cuaderno de la SS. Nº 8. 1938.

El libro, esa espada del espíritu

Sin duda hubo una época en Alemania en la que se sobrevaloró la importancia del libro.

La burguesía, cada vez más desarraigada e intelectualizada, no escapó al peligro de considerarlo como un fetiche que se debía adorar, una llave mágica que abría todas las puertas, en particular las que conducían a una carrera rápida y llena de éxitos. Era la época en la que unos adolescentes enclenques y con gafas, devoraban libros día y noche y eran mimados y adulados a causa de sus resultados escolares. La actitud de los padres no cambiaba a pesar de que la mayoría de esos galardonados eruditos huyeran, gimiendo, ante la dureza de la vida. La generalidad de la gente omitió el hecho de que una generación sedentaria y paliducha creciera, amamantada por una lectura ininterrumpida, con un espíritu colmado, pero que descuidara las fuerzas y las cualidades del cuerpo. El espíritu, o lo que se consideraba como tal, triunfaba. La juventud alemana corría cada vez más el peligro de ignorar lo que es realmente la vida y de hacerse una idea de segunda mano por medio de instrumentos -o, de una manera aún más nefasta- de escritores, de vidas vividas en obras literarias o de simulacros de vidas en novelas superficiales.

La transformación general de las cosas se refiere también a ese terreno. El peligro de sobrevalorar el libro ha desaparecido. El espíritu se mantiene dentro de sus límites y el cuerpo recupera sus derechos. El libro y el saber libresco ya no representan un objetivo absoluto. Deben ayudar al renacimiento de nuestro pueblo alemán por la formación armoniosa del individuo, por la definición y la puesta en marcha de las tareas generales.

Pero como la evolución no sigue jamás una línea recta, el péndulo del acontecimiento vuelve con una fuerza aún mayor hacia el sentido contrario. Y así, el peligro

precedente ha sido substituido por su contrario. Una sobrevaloración ya no es de temer en la actualidad. Más bien se trata de prevenir una *subvaloración* del libro.

El libro de calidad define mejor qué es la realidad de la vida; tiene por misión comunicar nuevas experiencias a los que están dispuestos por la visión espiritual que suscita en ellos y las emociones emanadas de su arte. Un libro verdaderamente digno de este nombre no debe apartar al hombre de lo que le es propio, sino descubrir en él lo que tiene de más profundo, si posee la fuerza mágica de concretizar su voluntad bajo la forma de actos. Tal libro sobrevive al instante efímero y constituye hoy la levadura, una materia de reflexión extremadamente importante.

En consecuencia, después de haber sobrevalorado el libro durante años es preciso, en el momento de un peligro real, impedir por todos los medios su apartamiento. A tal efecto, la semana del libro, etc., representa una ayuda notable. El individuo que incorpora un libro a su biblioteca y hace partícipe de su experiencia a los otros miembros de la comunidad, lleva a cabo una acción muy importante. Junto a ellos, desea concretizar lo que ha leído y encontrar lo que inspiran todos los libros importantes: la vida vivida de una manera ejemplar, arraigada en el suelo, y rica.

Hans Franck

OSS.I.5.12

"De estoque y de talla», de Günther d'Alquen, 1937.

El humor, ¡una necesidad!

¡Desgraciado el pueblo que no tiene humor!

Desgraciado aquél que no puede reír de buena gana hasta que se le llenen los ojos de lágrimas. Desgraciado el que teme al humor, que le contempla con desconfianza en su cerebro temeroso y no puede adoptar una actitud espontánea por falta de seguridad interior y de dominio de sí mismo. Desgraciado, tres veces desgraciado, pues demuestra que es débil y fariseo.

Recibimos muchas cartas, a centenares, que expresan una gran alegría, y que nos hablan de la manera en que tratamos los diversos problemas de la vida cotidiana o de asuntos que no lo son. Y la masa de correo cotidiano, cada vez más abundante, nos demuestra que nuestro pueblo comprende de una manera entusiasta que no hay que observar, con el ceño fruncido, los ocasionales granitos de arena que hacen rechinar ligeramente la gigantesca maquinaria de nuestro Estado.

Los observamos sonrientes y no los tomamos en serio hasta el punto de creer que los granitos de arena podrían detener la máquina.

Un buen amigo nos aconseja no disparar cañonazos contra los gorriones. Sólo «trabajamos» con armas pesadas cuando muy raros casos lo exigen. Los gorriones creen que las risas amenazadoras son disparos de advertencia y ya se pavonean considerablemente, menos cuando se dan cuenta de que no les tomamos por águilas reales. No dispararemos contra los gorriones con nuestros cañones, sino con ballestas, porque no queremos ensuciar las fachadas de nuestros edificios... es decir, más por razones estéticas que por temor a que pongan en peligro los fundamentos del nacionalsocialismo.

Nadie podrá obligarnos a empuñar las armas, seriamente, por unas insignificancias. Pero tampoco vamos a tolerar que unas pequeñas manchas ensucien un vaso de cristal, pues un simple trapo basta para que vuelva a ser brillante.

Para nosotros, el humor ha sido una de las armas esenciales en el combate por la toma del poder. Debe continuar siendo un arma. Nos hemos burlado de todo un sistema con risas sonoras, hemos observado con lupa a todos los responsables de la pandilla de noviembre con un humor terrible y les hemos arrebatado la nariz postiza de su «dignidad». El acerado lápiz de Mjölnir (célebre caricaturista del diario SS *Das schwarze Korps*) se burlaba de ellos y ridiculizaba un sistema policíaco malo y peligroso. Todos los que conocemos a Mjölnir le apreciamos y le honramos por su humor, como un

artista serio que pone esta arma al servicio de la lucha. Cuanto más confiada era nuestra risa, más duro era el combate. En los peores momentos, los sonrientes rostros de nuestros compañeros de combate indicaban al Führer que su tropa estaba intacta e impregnada por una fe indomable en la victoria, pues los escépticos no ríen nunca.

¿Acaso debíamos poner caras de entierro cuando ahora estamos en el poder y el nacionalsocialismo ha conquistado su inexpugnable posición porque el pueblo le ha otorgado su confianza?

El nacionalsocialismo no es una institución medieval. Ha conquistado el corazón de la juventud alemana. Esa juventud que contempla gozosamente el porvenir con su indomable y desbordante fuerza que ha encarnado al nuevo Reich. Esta confianza consciente y orgullosa suscita un optimismo alegre, feliz. Es una fuente inagotable de humor contemplativo.

Un día, nos gustaría «armar ruido» y provocar el descontento de unos y otros. Pero nos limitaremos a ventilar frecuentemente los polvorientos reductos de la burguesía asmática. No es nuestro polvo el que respira el interesado. Pues, ¿quién es el que se siente insultado cuando se le llama la atención sobre el punto negro que se encuentra ante su nariz? Sólo los pequeños burgueses y los fariseos que creen que la hora de la evolución alemana se ha detenido porque ellos llevan unas orejeras, porque son estúpidos y no quieren ver.

Pero el tiempo transcurre sin cesar. No se puede cambiar nada. Un poco más de humor barre los pensamientos sombríos y la risa alivia y libera. ¡Un poco más de humor cada día!, si no, os volveréis agrios, viejos y gruñones y ya no os soportaréis a vosotros mismos.

Pero nosotros.....

OSS.I.5.13

Cuaderno de la SS. nº 9. 1944.

Díselo a todos

Que cada uno se diga a sí mismo
en lo más profundo de su corazón,
a cada minuto:
Cuando soy débil, mi pueblo es débil.
Cuando soy hipócrita, mi pueblo es hipócrita.
Cuando desfallezco, mi pueblo desfallece.
Cuando abandono a mi pueblo, me abandono a mí mismo.
Cuando me opongo a mi pueblo,
me opongo a mí mismo.
Perder el coraje y el espíritu de iniciativa
significa perder la vida,
significa traicionar a su padre y su madre,
a sus hijos y a sus nietos.

No hay más que un medio
contra la guerra: ¡la guerra!
contra las armas: ¡las armas!
contra la bravura enemiga: ¡su propia bravura!
y contra la desgracia: el espíritu de sacrificio.
Contra el odio del mundo, la única ayuda es el amor de nuestro pueblo,
dispuesto a todos los sacrificios.

La debilidad de corazón lo devora todo a su alrededor
como la podredumbre,
como entre los frutos.

una manzana corrompe a las demás.
Lo que tú te permites
tu vecino se lo permite también.
Cuando tú engañas,
él engaña también.
Cuando tú te quejas,
él se queja también.
Cuando tú chismorreas,
él chismorrea sobre ti.
Y cuando uno de nosotros traiciona,
en fin, cada uno se traiciona a sí mismo.

Nosotros apelamos a la justicia.
Pero hay que merecer también nuestro destino.
Quien es indigno, cosecha indignidad,
quien animoso, el ánimo,
los mejores, lo mejor.
E incluso cuando los dioses
rehusan su ayuda,
el hombre íntegro logra, no obstante,
su bendición.

Toda vida es peligrosa.
No sólo se muere ante el fuego.
Cada madre arriesga su sangre
por la vida de su hijo,
perpetuando así a su pueblo.

Para preservar la vida,
todos arriesgan su existencia,
unos para sí mismos, su hambre,
su propia necesidad,
otros, por muchos
y un hombre, por todos:
el héroe en el campo de batalla.
Da la vida a todos. Vive en ellos.
Por su muerte,
los laureles eternos coronan su sueño
y sobrevive la patria.

Lo que ha sucedido, continúa en activo,
tanto lo bueno como lo malo.
Que nadie llegue a creer
que podría disimular algo,
y hacer secretamente el mal.
Lo que es sano engendra lo sano,
lo podrido, la podredumbre.

Nada puede traicionarnos ...
salvo nuestra propia boca.
Nada puede perdernos...
salvo nuestro propio corazón.
Nada puede herirnos...
salvo nuestra propia mano.
Nadie puede liberarnos...
salvo nosotros mismos.

Wil Vesper.



Era también misión de la SS guardar los símbolos del Imperio.

CAPITULO II

I.- Historia

OSS.II.1.1

Cuaderno de la SS. Nº 8. 1938.

El juramento de los efebos atenienses

«Sea cual fuere nuestro objetivo, yo no quiero mancillar las armas sagradas y abandonar a mis camaradas. Yo quiero combatir por lo que es grande y sagrado, sólo o con muchos más. No quiero traicionar a mi patria por mucho que me tienten. Debo escuchar siempre a los jefes y acatar las leyes actuales y futuras, pues es el pueblo quien las crea. Y si alguien trata de abolir las leyes, o desobedecer, no podré admitirlo sin intervenir, sólo o con todos los demás. Yo debo honrar las creencias de mis padres. ¡Que los dioses me sean testigos!» (*)

(*) Del «Breviario del soldado», editado por Bruno Brehm.

OSS.II.1.2

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1944.

El nacimiento de la Europa germánica hacia el año 500 después de Jesucristo

Cuando en el siglo V después de J.C. los pueblos germánicos asestaron violentos golpes provocando la desintegración del Imperio Romano en Europa -en Italia, en las Galias y en España- crearon simultáneamente los fundamentos de la Europa actual. Una nueva época comenzó con ellos. El *Imperium Romanum* se encontraba ya en un estado de decadencia interna cuando en aquellos días de enero del año 406 las tropas germánicas abatieron definitivamente sus fronteras en el Rin y en Francia. No engrandecieron tan sólo el territorio germánico por una incesante colonización, sino que también fundaron ciudades en expediciones de audaces conquistas. Unas decenas de años más tarde, un romano cuenta:

«Los funcionarios, no sólo de las ciudades, sino también de las comunidades

rurales y de los pueblos, son todos unos tiranos. Se les quita todo a los pobres, las viudas gimen, los huérfanos son pisoteados. La presión de los impuestos y las extorsiones pesan sobre todos de una manera terrible. Muchos de entre ellos, incluso hombres de origen noble y ciudadanos libres, huyen al territorio de los germanos para no ser víctimas de las persecuciones de los poderes públicos y ser ejecutados. Buscan, pues, una humanidad romana en la casa de los bárbaros porque no pueden soportar la bárbara inhumanidad de los romanos. Prefieren ser libres bajo la apariencia de la servidumbre que llevar una vida de esclavos bajo la apariencia de la libertad. E incluso los romanos que viven bajo la dominación de los godos, de los vándalos y de los francos sólo tienen un deseo: no volver a vivir bajo la legislación romana. Todo el pueblo romano suplica al cielo poder continuar viviendo con los germanos.»

Donde los germanos establecían su poder, el derecho y el orden reemplazaban al despotismo de los grandes propietarios agrarios y de los grandes financieros.

Estos nuevos Estados germánicos implantados en el suelo del Imperium tuvieron un destino rico en peripecias. Fueron, en su mayoría, tribus germánicas orientales quienes se establecieron en el Sur. Habían venido desde Suecia y Dinamarca al principio de la era cristiana y se habían establecido entre el Oder y el Vístula.... los godos, vándalos y borgoñones, así como otros, tales como los ruges, los hérulos o los gépidos. Tomaron la patria de los bastarnos y de los skiras que, mil años antes, se habían instalado en las costas de Pomerania. Desde el siglo II los convoyes conquistadores de los germanos orientales partieron de ese espacio este-alemán. Mientras que una parte de los vándalos se apoderaba de Hungría, los godos fundaban un poderoso Imperio en el sur de Rusia y en Rumania. A partir del siglo III, emprendieron simultáneamente constantes expediciones guerreras contra el Imperium romano. Los romanos, tan orgullosos antaño, se defendían muy penosamente contra las tropas atacantes y, en ese caso, únicamente gracias a las tropas auxiliares germánicas enroladas en el ejército romano. Pero, cuando hacia el año 370, los hunos surgieron del Asia y derrotaron al Imperio godo en Rusia, los visigodos abandonaron sus hogares... Devastaron los Balcanes, entraron en Italia en el año 410 conducidos por su rey Alarico, conquistaron Roma y consolidaron su reino tras la muerte de su glorioso rey en el sur de Francia, desde donde llegaron a España hacia el año 460.

De una manera análoga, los vándalos y los suevos habían llegado al Rhin en el año 406, atacando a lo largo del Danubio; habían atravesado la Galia y conquistado España. Mientras los suevos se quedaban en el noroeste de la península, los vándalos fueron, algo más tarde, al África del Norte y sometieron a esa rica provincia. Pero su fuerza guerrera se debilitó pronto bajo el clima debilitante del Mediterráneo. Y su fuerza numérica no bastó para instaurar una supremacía duradera sobre los habitantes del país, originarios de otros pueblos... el pueblo vándalo no se componía más que de 85.000 hombres. Ya no quedaban rastros de él cuando, un siglo después, fue destruido por las tropas del emperador de Bizancio.

Aparentemente, el destino de los ostrogodos en Italia fue similar. Habían salido de Hungría hacia el año 470, bajo el reinado de su gran rey Teodorico -donde habitaban desde el hundimiento de su Imperio del sur de Rusia- y habían conquistado en poco tiempo la península italiana. Teodorico superaba en poder, en renombre y en influencia a todos los demás reyes germánicos de su época. Y, sin embargo, su pueblo tampoco fue lo bastante fuerte y numeroso para poder conservar el poder. Tras veinte años de combates, debieron finalmente sucumbir ante la superioridad del Imperio romano oriental en el año 553. Los restos del pueblo que habitaba en la alta Italia se asimilaron a los lombardos que recibieron su herencia y erigieron en Italia septentrional y central un poder fuerte que duraría siglos.

Así había nacido en el sur de Europa una zona en la que las tribus germánicas dominaban a la población romana: en España los visigodos, y los borgoñones, luego también los francos, en Italia los ostrogodos y, más tarde, los lombardos.

En todos estos países, los inmigrantes germanos se habían instalado con esposas, hijos, criados y criadas, en tanto que nobleza combatiente que ejercía el poder sobre los autóctonos vencidos por ellos. Aquéllos debieron ceder una parte de sus propiedades y de sus esclavos a los nuevos señores con objeto de que cada familia germánica pudiera poseer y regir su finca. Los hombres germánicos eran pues, a la vez, cam-

pesinos y guerreros. En tiempo de paz vivían la mayor parte del tiempo diseminados por todo el país, mientras que muchos de los más jóvenes constituían el séquito del rey en su corte o combatían en las unidades que servían de guarnición en los castillos y fuertes fronterizos y las ciudades para salvaguardar la paz con las armas en la mano. Pero, en caso de peligro, se reincorporaban de nuevo a sus antiguas unidades militares y empuñaban alegremente sus espadas.

La descripción que hace un contemporáneo de los godos que reinaban en España revela cuál era la naturaleza de los conquistadores germánicos: «Los godos tienen cuerpos ágiles y fuertes, espíritus vivos llenos de confianza en sí mismos. Son altos y esbeltos, llenos de dignidad en la actitud y el gesto, prontos a la acción e insensibles a las heridas. Llegan a vanagloriarse de sus cicatrices y desprecian la muerte.»

Pero, a la larga, esas numerosas tribus numéricamente débiles, no pudieron mantenerse distanciadas de los pueblos dominados. Con el paso de los siglos debieron fusionarse cada vez más estrechamente con ellos. Los jefes de los autóctonos accedieron primeramente a cargos dirigentes y pronto los señores germánicos aprendieron también la lengua de sus súbditos y vistieron trajes meridionales. Perdieron progresivamente su carácter germánico y se fundieron así, poco a poco, con los pueblos indígenas. Puede deplorarse que se perdiera tanta sangre germánica. Pero esto, por otra parte, condicionó el nacimiento de una Europa homogénea, pues durante siglos, incluso hasta los tiempos modernos, la herencia de la sangre germánica sobrevivió en las clases dirigentes de esos pueblos románicos.

La influencia duró mucho tiempo, incluso hasta la Edad Media. El personaje-clave de la Edad Media, el caballero, estaba totalmente animado en su actitud por el espíritu germánico. Fue pues también la herencia de la sangre germánica la que se tradujo en las grandes obras de esos pueblos en los siguientes siglos. La herencia germánica se perpetuó en los nobles españoles que, a partir del siglo XII, expulsaron a los árabes de España y partieron como conquistadores a América. Vivió en los caballeros provenzales que contribuyeron a proteger a Europa en el frente del Mediterráneo Oriental del asalto del Islam. Se expresó igualmente en un Leonardo de Vinci y en otros grandes hombres del Renacimiento que, hacia el año 1500, crearon las realizaciones culturales sin las cuales nuestra vida actual sería inconcebible.

La anexión del Sur europeo a la comunidad de los pueblos germánicos, esa creación de una base adelantada en el sur del espacio vital germánico fue de la mayor importancia para el devenir global de Europa. Sólo gracias a la clase dirigente del tipo germánico pudieron estos pueblos cooperar en la civilización caballeresca de la Edad Media, en la cual se reveló la primera Europa, tal como la conocemos hoy.

Pero esta Europa «nuestra» no fue fundada realmente más que por esta parte del pueblo germánico que hizo de la Europa central, el corazón alemán, -incluidos los Países Bajos, Bélgica y el norte de Francia- un territorio étnico germánico. Las realizaciones de los francos fueron su origen. En el siglo VIII pudieron decir con toda justicia y claramente conscientes de su importancia histórica, que Europa era la tierra del Imperio Franco. Poco tiempo antes de la era cristiana, las tribus germánicas habían abandonado su antigua área de «hábitat» para dirigirse hacia el sur y el oeste y habían colonizado toda Alemania hasta el Danubio, los Vosgos y el Mosa. El territorio alemán se había convertido en una «Germania». Durante siglos el Imperio Romano había contenido a estas tribus, principalmente a los francos del Bajo Rin, a los alamanes del Alto Rin y del Danubio, a los bávaros en Bohemia, aunque no pudieron impedir la instalación cada vez más importante de estos colonos germánicos al oeste del Rin. Pero tras el hundimiento del *Imperium*, poco después del año 400, estos pueblos progresaron también; sin embargo, no sometieron más que el país que podían colonizar enteramente. Así, Alemania se convirtió en germánica hasta las cimas de los Alpes incluidas Suiza y Alsacia, mientras que los francos atravesaban el Rin, desde el Mosela hasta su desembocadura e invadían en un siglo todo el país que se extiende hasta la región del Sena (un poco al norte de París) con densas implantaciones germánicas. Simultáneamente, los frisones y los sajones habían ocupado los Países Bajos al norte de la desembocadura del Rin. Más al norte aún, los anglos y los sajones empezaron a colonizar Inglaterra partiendo de la desembocadura del Elba.

Así, el espacio vital germánico situado en el centro de Europa había llegado a ser

un bloque poderoso, que se extendía al oeste y al este del Rin hasta La Mancha y hasta el Oder. Allí vivía la mayor parte de los germanos que, en los siguientes siglos, debían unirse para constituir el pueblo de los alemanes. Y es desde allí que se desarrolló el centro de la Europa germánica.

Los francos llevaron a cabo una obra mayor, creando una potencia política homogénea con las tribus hasta entonces independientes de los bávaros, los alamanes, los sajones y los turingios. Durante siglos, fueron el único pueblo de Europa realmente dominador. Su rey Clodoveo fundó este Estado cuando tomó el poder hacia el año 500. Antes que nada, soldó las diferentes regiones francas en un solo Estado franco poderoso. Con esta unificación los francos llegaron a ser tan poderosos que Clodoveo y sus hijos consiguieron integrar las otras tribus -los alamanes, los turingios y los bávaros- en el Estado franco y crear así un gran bloque germánico en el centro de Europa. Debía ser completado más tarde por Carlomagno, que anexionó a los sajones y a los bávaros en el Reich. Carlos terminó, pues, la obra de Clodoveo que había ya iniciado la anexión del sur de Francia tras su triunfo sobre los visigodos y los borgoñones: así, después de haber sometido la Italia lombarda, -con excepción de los españoles- los pueblos romanos dirigidos por una autoridad germánica quedaron estrechamente ligados, políticamente hablando, al poderoso Imperio germánico central. Así como el rey Clodoveo, con mano férrea, había aumentado su poder, Carlomagno creó también las bases futuras de la estructura interna de Francia. Rompió toda resistencia que se le opuso, consolidó y extendió su poder real. Concedió poderes especiales a los jefes de las regiones, de las tribus y a los jueces, que dependían de él y debían aplicar sus decisiones y no las de las asambleas populares. De esta manera, el rey adquirió el poder de conducir al pueblo y dirigir el Estado según su voluntad.

Gracias a sus capitulares pudo emerger, poco a poco, bajo sus sucesores, una clase de jefes francos ligados al rey por la regla germánica de la fidelidad de la tropa, y cuyos valores del honor y de la lealtad determinaban sus actos. Preocuparse de sus subordinados, de aquéllos a quienes debían proteger, y la aplicación justa del derecho eran su ley suprema. Mantenían el orden y la justicia en nombre del rey.

El Imperio Franco permitió así la creación de una estructura interna nacional comparable a la que existiría luego en la época imperial alemana en la que los valores del alma germánica determinaban la vida de todo el pueblo así como la de cada individuo.

La marca de los rasgos fundamentales de la vida nacional originó el principio de la Europa germánica, debido a que ese Imperio comprendía la mayor parte de los pueblos germánicos y que se convirtió en una realidad política europea.

Esa Europa unificaba en su seno al pueblo germánico entre el Canal de la Mancha y el Oder. Las clases dirigentes germánicas en los pueblos romanos de Italia, de Francia y también de España estaban vinculados a ella. La cultura germánica de la época imperial medieval pudo florecer e impregnar igualmente a los pueblos germánicos del norte y de Inglaterra. Así, la unidad de sangre germánica de los pueblos europeos, a la cual, hacia el año 500, las tribus germánicas habían dado su impulso, estuvo en el origen de la evolución de la actual Europa y de su cultura.

Hans Jörg Boecker

QSS.II.1.3

Cuaderno de la SS. Nº 8. 1939.

Las modernas leyes antijudías, ya existían en tiempos de los germanos.

Impuesto sobre parte de la fortuna judía, hace 1.300 años

Hoy es universalmente sabido que la cuestión judía no se ha planteado únicamente desde el nacimiento del nacionalsocialismo, sino que, ya en la Edad Media, los campesinos y ciudadanos alemanes debieron defenderse contra el judaísmo destructor de pueblos. Pero muy poca gente sabe que una tribu *germánica* debió librar, hace más de 1.300 años, una lucha a muerte contra el judaísmo internacional.

Desgraciadamente, poseemos pocos documentos relatándonos este conflicto entre germanos y judíos. Son, sin embargo, suficientes para que podamos formarnos una idea de los acontecimientos que se desarrollaron en el Imperio español de los *visigodos*. Constatamos con sorpresa que las leyes y decretos contra los judíos se parecen de una manera pasmosa a las leyes y decretos antijudíos del III Reich, y, en particular, los últimos promulgados en lo que se refiere al impuesto sobre la fortuna.

¿Cómo llegaron los visigodos a la promulgación de esas leyes antijudías? En tiempos del Imperio Romano, España había sido una ciudadela para los judíos. El pulpo judío había introducido sus ventosas en todos los centros comerciales, vías de comunicación y cargos públicos. Esa preponderancia había sido abolida con la fundación del Imperio godo en España. Al principio, los visigodos consideraban a los judíos como un pueblo más entre los muy numerosos que vivían entonces en la península ibérica. Así pues, los judíos fueron tratados, de entrada, con mucha benevolencia. Los reyes visigodos, sin embargo, pronto constataron que se trataba de una raza de hombres muy particular que se distinguía del resto de la población, no tan sólo por sus creencias, sino también, y ante todo, por sus predisposiciones delictivas. Por tal razón, el rey visigodo *Recaredo I* fue el primero, en el año 590, en promulgar una ley prohibiendo a los judíos poseer esclavos, desempeñar cargos públicos y contraer matrimonios mixtos con no-judíos. Su sucesor, *Sisebuto*, fue aún más severo. Naturalmente, no fue, tal como pretenden judíos y cristianos, la consecuencia de un exceso de celo religioso cristiano, sino porque ese previsor jefe germano, descrito por sus contemporáneos como excepcionalmente erudito, generoso y tolerante, en particular en lo referente al trato dado a los prisioneros de guerra, estaba persuadido del peligro que representaban los judíos y su nocividad. Sisebuto promulgó dos decretos antijudíos de los que citamos a continuación las disposiciones más importantes.

1. Los judíos ya no podrán tener domésticas ni sirvientes. Si todavía los tienen, aquéllos deberán ser despedidos tras un plazo legal.
2. Los judíos sólo podrán tener empleados judíos.
3. Los matrimonios entre judíos y cristianos serán inmediatamente disueltos.
4. Los cristianos que se conviertan al judaísmo serán severamente castigados.
5. A los judíos se les prohibe toda actividad política o pública.
6. Todo judío que desee viajar deberá proveerse de un salvoconducto que hará visar por un eclesiástico en todas las ciudades en que habrá permanecido y que deberá devolver cuando regrese a su domicilio.
7. Se prohibe a todo cristiano comprar medicamentos a un judío o ser tratado por un médico judío.

En conclusión de esta ley, Sisebuto, rey de los visigodos, añadió: Mis sucesores en el trono godo que anularan estas prohibiciones, serán condenados, juntamente con los judíos culpables, a la condenación eterna.

Sisebuto sólo reinó durante ocho años. *Murió de repente, en el año 620, envenenado por un desconocido.*

Su hijo *Recaredo II*, reforzó aún más las leyes antijudías de su padre. Sólo reinó catorce meses, pues el 16 de abril del año 621, ¡se le encontró, *a él también, envenena-*

do! Los que hemos vivido el asesinato de Wilhelm Gustloff, de Ernst von Rath, de Codreanu y de otros adversarios del judaísmo, sospechamos quiénes fueron los instigadores del asesinato de aquellos dos reyes de los Visigodos. Sin embargo, *Suintila*, que subió al trono tras Recaredo II, ¡abolió las leyes antijudías de Sisebuto!

Es verdad que ciertos reyes visigodos que les sucedieron tomaron medidas contra los judíos, sobre todo contra los que se habían bautizado. Parece, no obstante, que tales prescripciones no fueron seguidas con el necesario rigor por el bajo clero encargado de su aplicación. En efecto, la influencia desmoralizante del judaísmo no se debilitó, sino que, al contrario, se reforzó en los años siguientes. En el curso de los desórdenes internos que sacudieron al Imperio visigodo y disminuyeron la autoridad del trono en detrimento del clero católico, los judíos encontraron la posibilidad de reanudar sus actividades subversivas. Sin embargo, la resistencia contra los judíos aumentó de nuevo con el reinado de los mejores reyes visigodos: el rey *Egika* (687-702) invitó, en el año 693, al Concilio de Toledo, al que asistió personalmente, a *¡extirpar totalmente el judaísmo!* Pidió, además, una nueva ley que *prohibiera a los judíos penetrar en los puertos para comerciar con los cristianos.* En otro Concilio de Toledo (año 694) desveló *el plan de alta traición de los judíos contra el Imperio de los visigodos: los judíos del Imperio visigodo habían entrado en relación con los judíos de África del Norte. La revuelta urdida por los judíos, debía estallar en el año 694. Los judíos norteafricanos desembarcarían en España y eso sería la señal de ataque contra la pequeña clase social de los visigodos germánicos.* Tras el descubrimiento de esta maquinación judía que amenazaba la estabilidad del reino, el rey Egika adoptó las conclusiones del Concilio, a saber, que *los judíos serían, juntamente con sus mujeres, sus hijos y todos sus bienes, considerados como formando parte del tesoro público, despojados de sus moradas y colocados individualmente, en calidad de lacayos del rey, al servicio de los cristianos.*

Constatamos aquí, con turbadora precisión, cómo los métodos y los objetivos han permanecido inalterables, pero también con qué perspicacia ese rey germánico había descubierto los planes judíos y, con perfecto conocimiento de causa, había tomado unas medidas, muchas de las cuales, hoy, nos parecen banales.

El drama del Imperio visigodo fue que el trabajo de agitación subversiva de los judíos se había extendido demasiado en un Estado desorganizado y que al rey le faltaba la fuerza necesaria para hacer cumplir verdaderamente sus leyes. La suerte de ese Estado fue trágica e inevitable. Los judíos iniciaron entonces su vengativa obra contra ese Imperio germánico que había osado levantar la mano contra «el pueblo elegido». El primer plan de alta traición había sido descubierto por el mismo Egika. El segundo plan tendente a la aniquilación del Imperio germánico de los visigodos tuvo éxito: *los judíos facilitaron la llegada a España de los árabes del África del Norte.* Les halagaron prometiéndoles convertirse al Islam. Como los árabes se mostraban escépticos, les citaron viejas profecías en las cuales podía leerse que era justamente en esa época precisa cuando los judíos debían «volver al Islam». *Los árabes desembarcaron en España y los judíos les abrieron las puertas de las plazas fuertes. La misma capital, Toledo, cayó, por una traición, en manos de los árabes.* En todas partes, los judíos acogieron al enemigo como un libertador. Éste les demostró su agradecimiento entregándoles, «en custodia» las ciudades de Córdoba, Sevilla, Toledo y Granada. Con la ayuda de los judíos españoles, el general musulmán Tarik desembarcó en Andalucía y derrotó con su ejército, en Jerez de la Frontera, en el curso de una batalla que duró siete días, en el año 711, a Rodrigo, el rey antisemita de los visigodos. El Imperio de los visigodos se derrumbó y los últimos visigodos se refugiaron en las montañas de Asturias.

Un pasaje de una obra del judío Rosenstock, escrita en 1879, nos muestra con qué júbilo saludan los judíos las «proezas» de sus padres: «La crueldad de las persecuciones aumentó con Ervigio y Egika, pero no menos que la resistencia de los judíos y de los falsos conversos (es decir, de los judíos bautizados), y la dominación visigoda terminó por hundirse cuando los judíos acogieron como libertadores a los invasores árabes conducidos por Tarik, hicieron causa común con ellos y les ayudaron a conquistar todo el país. Combatieron por la conquista del poder de los unos y por la caída de los otros.» La caída de los visigodos hizo de España un paraíso para los judíos que pronto coparon las más altas funciones en la Corte y en los cargos públicos.

SS-Uscha Büttner

OSS.II.1.4

Cuaderno de la SS. Nº 6b. 1941.

El Imperio germánico del mar Negro

Discusiones bajo el cielo de Crimea

Un dulce sol de septiembre resplandece en un cielo sin nubes. Bajo él se extienden las vastas estepas colindantes con el Mar Negro, salpicadas hasta el infinito por pequeñas colinas. Nuestras columnas en marcha parecen igualmente interminables y, extendiéndose a lo lejos, alcanzan el próximo vado del río. Poco tiempo antes, las hábiles manos de los pioneros han habilitado un paso provisional. Ahora, las grises columnas cubiertas de polvo se amontonan... las ametralladoras y los cañones antiaéreos invaden el camino. Tras las marchas forzadas de los últimos días, un reposo, ciertamente breve pero doblemente bienvenido, se impone.

«Como en el tiempo de las grandes invasiones... sólo que ahora llevamos ametralladoras en lugar de lanzas»....piensa en voz alta un joven y espigado soldado.

--¿Todavía piensas en tus germanos, particularmente a tus bien amados vándalos? le pincha su amigo renano.

--Esta vez más bien en los godos, responde riendo el interpelado. Edificaron un poderoso Imperio, aquí en Ucrania, pronto hará dos mil años.

--Pero, interviene un joven Rottenführer, los godos vivían, sin embargo, en Italia bajo el gran Teodorico, y cayeron en decadencia tras veinte años de heroicos combates.

--Naturalmente, tú sacas esto de tu Federico Dahn, *¡Combate por Roma!*, le replicaron.

--Dejemos hablar a nuestro «trovador de la prehistoria» -tal es el apodo de nuestro silesiano en su compañía- dijo el renano, divertido, dando unos golpecitos en la espalda del joven. Pero unos cuantos camaradas interesados en el tema se acercaron al grupo para escuchar también.

--Os he contado a menudo, comienza el silesiano, que mucho antes de la fundación de Roma (año 753 antes de Jesucristo) nuestros propios ancestros, los germanos, habían alcanzado un nivel de gran prosperidad cultural más que milenaria. Pero hacia el final de esa era (hacia el año 800 antes de Jesucristo) se produjo en nuestra patria un cambio climático tan brutal que las tribus se vieron cada vez más obligadas a abandonar su país natal en busca de tierras más favorables. Vivieron la misma catástrofe que la que nos afecta actualmente: ¡un pueblo que se encuentra sin territorio!

Naturalmente, los campesinos resultaron particularmente afectados. Por esta razón, esta emigración enorme conquistando territorios durante varios siglos fue sobre todo obra de los pueblos escandinavos. Se les llamaba también los «germanos orientales» porque al principio se establecieron en las tierras orientales alemanas y en las regiones fronterizas del Mar Báltico. Los más conocidos de todos son los vándalos, ya citados, los borgoñones que, más tarde, establecieron su Imperio cerca de Worms, junto al Rin -todos les conocéis por nuestra canción de los Nibelungos- y los Ruges, que dieron su nombre a nuestra hermosa Rugia.

Hacia el comienzo de nuestra era, los godos llegaron desde Suecia por el Mar Báltico. Allí, las provincias suecas se llaman, hoy todavía, Gotland oriental y occidental, lo mismo que la isla de Gotland, como referencia a ellos. Tomaron posesión del territorio situado en la desembocadura del Vístula, y se extendieron pronto en toda la Prusia Occidental hasta Pomerania y por el este hasta Ermland y Samland. El comercio y los transportes prosperaron tanto gracias a ellos que pronto dominaron todas las regiones bálticas. Nuestro Führer ha bautizado Gdingen, liberada, como *Gotenhafen*, en su honor, y muy merecidamente. ¿Alguno de vosotros se acuerda de nuestra peligrosa campaña a través del Tucheler? Allí os mostré las piedras yesosas y los cerros cerca de Odry, viejos emplazamientos arqueológicos godos que datan del primer siglo de nuestra era.

Un convoy de viajeros que partió hace 2000 años

Pero la región del Vístula pronto resultó demasiado exigua para la expansión del pueblo godo. Su leyenda tribal, transcrita más tarde en Italia, cuenta que un gran número de ellos emprendió la marcha bajo el rey Filimer (siglo II), para apoderarse de tierras más lejanas hacia el sudeste. Esta leyenda gótica describe también con precisión las dificultades a que debieron enfrentarse los emigrantes. Nosotros, soldados, podemos comprenderles perfectamente. Debieron, también, atravesar los terribles pantanos del Pripet, construir puentes e instalar caminos de maderos. ¡Y si no hubieran habido más que hombres, soldados! ¡Pero no! Igual que nuestros *Volkdeutsche*, los alemanes de Rusia, los campesinos godos partieron con sacos y paquetes, con mujeres y niños, con carretas, arneses y todo lo necesario. Pese a todo, fueron unos creadores. Esos condenados mozos hicieron algo realmente increíble. Vosotros sabéis muy bien qué educación y qué disciplina son necesarias para alcanzar estos resultados, pero también qué sentido del mando y de la organización.



Viniendo del Norte, de sus domicilios en Suecia, l os Godos franquean el Mar Báltico y se instal an en los territorios del Vistula. Pero también e n convoyes hacia el Este y el Sur. Fundaron un Im perio orgulloso en las regiones en los que se lucha actualmente.

—¿Pero cómo es eso? ¿Los campesinos emigraban a ciegas con todo su equipaje? ¿Cómo conocían los godos estos países del sur? ¿No tendrían mapas, acaso?

—¡Naturalmente que no! Los godos no partieron al azar. Pero tres o cuatro siglos antes que ellos, ya otros germanos orientales, los bastarnos y los skiras, llegaron hasta

el Mar Negro. Por supuesto, éstos mantenían todavía relaciones con su vieja tierra natal del Norte. Por medio de ellos, los godos conocieron la existencia de la fértil Ucrania. Numerosas rutas comerciales, así como las rutas del ámbar conducían también hacia el sur. Cuando luego hubo otra vez demasiados hombres, algunos se instalaron sistemáticamente en los ricas campiñas del sudeste.

--Pero, dime, ¿cómo se puede saber todo esto con tanta precisión? Hay muchas viejas leyendas por todas partes.

--No digas eso. Son auténticas. En lo que concierne a los godos y su expedición del sudeste, nuestros investigadores han demostrado su autenticidad gracias a su infatigable trabajo de puesta al día efectuado en centenares de excavaciones. ¡Lástima que nuestra ofensiva no haya llegado hasta Kowel! En sus alrededores se ha descubierto una soberbia punta de lanza con una inscripción rúnica y un adorno con cruz gamada. Verosímilmente fue perdida por un jefe godo. Es una prueba indiscutible de la ruta seguida por nuestros «precursores» en Ucrania.

--¡Vaya!, ¿Todo esto habría sido pues, antaño, una tierra alemana?

--No; no exactamente. Los godos no se instalaron en esta región más que a título de clase señorial bastante diseminada. Pero llegó a ser tan poderosa que hacia el año 200 de nuestra era pudieron fundar un verdadero Estado. Su señor de entonces era el legendario rey Ostrogotha. Fue el último jefe de todo el pueblo de los godos. Al oeste, su Imperio se extendía hasta Rumania y Hungría, sobre toda la actual Besarabia, Moldavia, Valaquia y Transilvania; al este, más allá de Ucrania hasta el Don.

A la larga, este Imperio gigante tuvo dificultades en mantenerse, pues no estaba poblado más que de una manera muy dispersa por los godos. La leyenda pretende que el mismo Ostrogotha diseminó a su pueblo entre los visigodos o *terwingen* (godos occidentales) entre el Dniester y el Danubio y los ostrogodos o *greulungen* (godos orientales) entre el Dniester y el Don, originando el nacimiento de Ucrania. Todavía bajo su reinado, la península de Crimea, en el Mar Negro, fue también anexionada a la región de población goda.

--Pero, dime, ¿esto ocurría de manera tan simple? ¿Es que este país estaba despoblado?

--Por supuesto, durante el siglo III Gotia fue sacudida por disturbios. Siempre habían choques con el poderoso vecino meridional, el Imperio Romano. Los nuevos señores debieron también imponerse a los indígenas. En el siglo IV se había llegado al apogeo.

Bajo la dirección de su rey *Ermanarico* de la gloriosa saga de los *Amelungen* que duró casi una generación, el Imperio ostrogodo no comprendía tan sólo la inmensa región del sur de Rusia. Los países eslavos del norte y del este, incluso los aestios y los fineses se habían ya sometido anteriormente, de modo que la dominación gótica comprendía finalmente el enorme espacio que va desde el Mar Negro hasta el Mar Báltico. El historiógrafo godo Jordanes informa orgullosamente que Ermanarico fue muchas veces comparado a Alejandro Magno.

Pero este despliegue de poderío político era naturalmente paralelo con la expansión cultural de los godos. Los centros comerciales e industriales griegos, antaño célebres, situados en las desembocaduras del Dniester y del Dnieper, Tyras y Olbia, habían caído en sus manos. Los dos emplazamientos experimentaron un nuevo y constante impulso pues el artesanado de arte godo se hallaba en plena prosperidad. Los godos se revelaron también como maestros incomparables en la metalurgia, y particularmente en la orfebrería. Estimulados por el contacto con los pueblos hermanos arios y escitas, desarrollaron en la Rusia del sur un estilo artístico de un género nuevo que ejerció una influencia muy fuerte sobre el resto de Germania y también sobre las artes decorativas locales. Las creaciones de este «estilo brillante», una técnica tabicada en oro, a menudo complicada con incrustaciones de piedras multicolores, constituyen lo más bello que ha sido creado por el espíritu humano. Magníficos broches para vestidos, de formas soberbias y otras joyas diversas fueron creados por sus hábiles manos.

El arte godo, prueba de civilización

Las hebillas con águilas góticas, los cierres de cinturón lucidos por las mujeres, con placas de herraje culminadas por una cabeza de águila son totalmente originales. Esas hebillas fueron decoradas con elegancia, de una manera artística e igualmente adornadas con piedras de colores. Una de las más magníficas procede de Nokopol, junto al Dnieper. En realidad, esas hebillas con águila se remontan a una época ya algo más tardía, hacia los siglos VI y VII.

En cambio, la corona de Kertsch, en Crimea, que ha llegado a ser, técnicamente, tan célebre, parece haber sido producida en tiempos del viejo Ermanarico. Es una diadema de oro en forma de banda ricamente decorada con incrustaciones de piedras con un aderezo central arqueado, que forma aparentemente dos cabezas de águila, esta vez opuestas la una a la otra. El águila desempeñaba antaño un papel importante en el artesanado del arte godo. Incluso pomos de espada fueron así decorados, y más tarde hasta se crearon magníficas hebillas con forma de águila. Debemos pues reconocer en ésta al animal heráldico godo que es también hoy el símbolo de nuestra propia unidad imperial. Los godos debieron ver y cazar a este pájaro real en las grandes estepas de su Imperio, y todavía hoy es un espectáculo frecuente en estos países.

Los resultados culturales únicos de los godos en el sur de Rusia tienen tanto más peso que los descubrimientos de las excavaciones hechas hasta ahora que son más o menos consecuencia del azar. Los trabajos metódicos son cada vez menos frecuentes. Fueron llevados a cabo por los investigadores alemanes, sobre todo en los meandros del Dnieper y en Crimea. Se descubrieron muros de fortificaciones y de cementerios. Demuestran una vez más que los señores godos supieron también asimilar las influencias extranjeras sin nunca renegar de su propia facultad creadora y su independencia.

Por primera vez en la historia, los godos suscitaron una fuerza organizadora del más alto nivel en el Este europeo hasta entonces impenetrable y virgen. Sin embargo, esta evolución pacífica y feliz fue víctima de un ataque brutal procedente del Este, como tan a menudo ha ocurrido en el transcurso de los siglos: el ataque de los hunos (año 375). Estas hordas de jinetes procedentes de las estepas asiáticas, se abalanzaron sobre el Imperio Godo, llevando consigo asesinatos e incendios, y terminaron por destruirlo. Según la leyenda, el viejo Ermanarico no sobrevivió a la desgracia de su pueblo y se suicidó después de haber sido gravemente herido en la batalla. Los poetas germánicos compusieron a este propósito un canto sobre una trágica lucha de clanes que se cuenta entre el precioso tesoro de la vieja *Edda* islandesa cantada (*Hamaismal*).

Los germanos... ¡antaño ya fueron el baluarte de Europa!

El hundimiento del brillante Imperio godo en Rusia tuvo unas consecuencias históricas internacionales. El poderoso baluarte que se extendía lejos hacia el este y había protegido una rica y grande cultura próspera había sido demolido. Europa yacía sometida al ataque de los asiáticos. Nosotros, contemporáneos de Adolfo Hitler, estamos particularmente bien situados para saber lo que esto significa.

Durante casi un siglo, las expediciones de pillaje y las devastaciones de los hunos asolaron incluso la alejada Europa occidental, llevando a todas partes el terror y el espanto. Naturalmente, las tribus germánicas orientales más duramente afectadas trataron de esquivarles. Europa vivió, pues, una encrucijada fatal de su destino. A causa de la consiguiente decadencia del Imperio Romano, la trayectoria de los conquistadores germanos fue así desviado del este hacia el sur y el oeste de nuestro continente.

Ciertamente, los descubrimientos de las hebillas de águila, ya citados, atestan, aún, durante un largo periodo, la presencia de vestigios ostrogodos considerables en Ucrania. El grueso de su ejército, no obstante, había partido. Grupos más importantes deben haber regresado a las riberas del Vístula y a Prusia Oriental, como lo demuestra la hebilla de águila encontrada en la región de Sensburg.

En cambio, una población goda subsistió todavía durante más de mil años en la cerrada península de Crimea. Los objetos excavados se remontan hasta el año mil. Tradiciones orales y escritas subsisten aún hasta los siglos XV y XVI; luego, el nombre de godo se pierde definitivamente, aquí, en la Rusia del sur, lo mismo que desapareció un milenio antes en Italia y en España, a menudo tras heroicas luchas contra la superioridad numérica.....

Un camarada quiso hacer algunas preguntas, pero resonaron las órdenes. Se formaron las columnas y se prepararon para llegar a la ribera opuesta. Pero en más de un corazón vibraban aquellas palabras. Involuntariamente, aquellos hombres se enardecían, conscientes de ser los depositarios de una herencia y de cumplir una gran misión germano-alemana en Europa.

G. M.

OSS.II.1.5

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1943.

La orden teutónica en Prusia

El 14 de septiembre de 1772, las puertas de Marienburg se abrieron ante el general prusiano Thadden, que tomó posesión de la fortaleza al frente del regimiento de Sydov. Así acababa una dominación extranjera más que tricentenaria. No obstante, el aspecto del castillo había cambiado mucho. El ladrillo claro estaba escondido bajo un untado gris, añadido perpetrado por los jesuitas de un barroco inoportuno, turbaban la grave solemnidad y la estricta pureza del viejo edificio de la Orden; unos barracones mugrientos se hacinaban a sus pies. Los polacos habían construido unos estrechos muros entre los pilares del castillo porque dudaban de la solidez de la bóveda. Incluso los restos mortales de los jesuitas habían reemplazado a los de los dueños en sus tumbas.

Sin embargo, una nueva regla se instauró con la llegada del regimiento prusiano. Después de las guerras de la independencia, se empezó a restaurar el viejo castillo: los trabajos duraron un siglo. Hoy, brilla de nuevo con su inmortal belleza, como testimonio único de ese espíritu de la Orden que hizo de este país una tierra alemana.

Es digno de observación con qué certeza la Prusia de Federico Guillermo I y de Federico el Grande vio que su destino residía en la *misión oriental*. Ya, el príncipe Elector de la Prusia de la época, que no incluía totalmente la actual Prusia Oriental, había acabado con el yugo polaco. Federico Guillermo procedió a un saneamiento político y económico y el gran rey unificó el país al asociarle la Prusia Oriental. Prusia demostraba su vocación alemana, tanto por esta continuación de la antigua política oriental alemana como por su misión de vigilancia junto al Rin. Sabemos que el joven Federico se preocupó vivamente por la suerte de la Orden y que la decadencia del Estado teutónico le contrarió. No es sin razón que la orden de fidelidad mariemburguesa exigía una lealtad incondicional a la autoridad restablecida.

Pocas veces se ha sentido una satisfacción tan profunda, al considerar la historia alemana, como a la vista de la reconquista de la tierra prusiana en beneficio del pueblo alemán, pues, como lo ha demostrado la historia del Estado teutónico durante los trescientos años de su existencia, fue una experiencia definitiva. Y, de la misma manera que el nombre del país de la Orden, el espíritu del Estado teutónico imprimió también su marca sobre la gran potencia convertida en alemana, como la Prusia del Brandenburgo. Se ha dicho de la Prusia de los Hohenzollern que debía ser el martillo o el yunque, lo que significa que debía golpear para imponerse, o ser destruida. El rey prusiano debía ser, pues, un rey-soldado, pues la felicidad de su pueblo se encontraba en la punta de su espada. La Orden había, pues, igualmente, escogido el ideal de vida guerrero y estaba regulada por la *ley del combate*.



La Orden teutónica constituyó una de las grandes referencias históricas de la SS. Al lado, Hermann von Salza, gran maestre de la Orden de los Teutónicos

Ya en Occidente, la fraternidad que se había fijado como objetivo cuidar a los enfermos, se había transformado en una orden caballeresca. Transcurría el año 1198, año trágico en que el emperador alemán Enrique IV murió y perdió el poder. En el año 1230, el amo del país, Herman Balk, emprendió con sus siete hermanos el viaje al salvaje territorio de Prusia, iniciando así el gran capítulo de la historia de la Orden, que no podía escribirse más que con sangre. Apenas los prusianos habían sido vencidos y anexionados al nuevo Estado teutónico, y ya la Orden se enfrentaba a los lituanos, que le cerraban el paso hacia Livonia. Una Orden similar, la Orden de los Porta-espadas, había adquirido allí la soberanía tras arduas luchas, pero en el año 1237 fue absorbida por la Orden de los Caballeros Teutónicos. Así, la reivindicación soberana de la Orden alcanzaba ya a Narva. Entretanto, los lituanos avanzaban entre las partes occidental y oriental del territorio de la Orden, y todo el siglo XIV transcurre en medio de incursiones guerreras hacia Schamaiten y Memel, en dirección al corazón de Lituania. La rama del Vístula no podía tampoco permanecer en los límites occidentales. Pomerania orien-

tal y Dantzig debían volver a la Orden. Con ocasión de la conquista de la Pomerania oriental, resultó evidente que la Orden no actuaba movida por la idea de un combate anti-pagano, sino que luchaba por *unas reivindicaciones específicas perfectamente legítimas*. Pomerania oriental tenía una gran importancia como cabeza de puente hacia el espacio central alemán del oeste. Por primera vez, la Orden topaba seriamente con la política polaca, que sólo llegaría a ser peligrosa en el año 1386 con la unión de Polonia y de Lituania. En el siglo XIV, la Orden se enfrentó a Dinamarca, aliándose con la Hansa, a fin de que el Báltico pudiera continuar siendo un mar alemán. La Orden se convirtió así en una potencia marítima. En 1398, tomó posesión de la isla de Gottland en la lucha contra los hermanos Vitalie.

El siglo XV transcurre entre combates y retiradas ante la tenaza polaco-lituana. Abandonada por el Káiser y por el Imperio, la Orden perdió en 1410 la gran batalla de Tannenberg contra los polacos, y después de 1466, en ocasión de la segunda paz de Thorn, totalmente abandonada, libró un combate desesperado para conservar los restos de su Estado, hasta la última batalla en 1519. Los últimos caballeros, bajo el mando de un brandemburgués, se enfrentaron una vez más a los polacos. Hans, el hijo de Franz von Sickingen, puso a su disposición un pequeño ejército por orden de su padre, pero tampoco esto les ayudó mucho. La derrota en esta batalla conllevó la transformación del Estado teutónico en un ducado occidental.

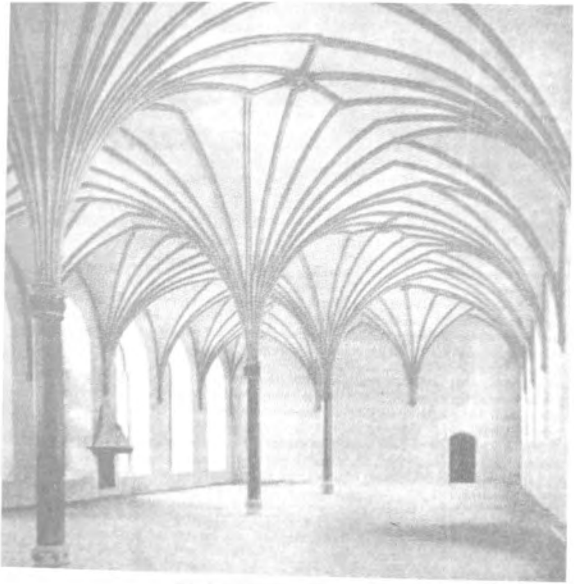
Es admirable ver todas las soluciones que supo encontrar la Orden a sus problemas militares. Es igualmente sorprendente ver que la conquista de Prusia se llevó a cabo con muy pocos medios, gracias a un impulso metódico y a una acción oportuna. Con una clarividencia y una intrepidez singulares, la Orden ejerció su limitado poder al servicio de una política de gran poderío soberano. Se defendió con tenacidad y obstinación ante la superioridad de numerosos adversarios, tanto externos como internos. Sólo una élite alemana fue capaz de ello. Es totalmente falso decir que *la Orden traicionó la ley del combate*, y fue víctima de la relajación interna, incluso aunque si ciertos hombres quisieron distinguirse a pesar del pacto de algunos con los polacos, lo que detuvo a Heinrich von Plauen.

El espíritu combativo de la Orden era superior, igual que su *sentido de la autoridad estatal*. Y esto fue lo que unió la nueva Prusia a la antigua. Este Estado teutónico se distinguía por su administración magistral, maduramente pensada y controlada hasta en los más mínimos detalles. Mientras que, por una parte, todas las fuerzas del país colaboraban en unos objetivos comunes, por otra, los impuestos eran repartidos de una manera tan flexible sobre el individuo, que todas las clases podían desarrollarse armoniosamente en el país. En su rigor y en su justicia, la administración del Estado teutónico constituye una de las más bellas creaciones del espíritu voluntarioso y estructurado de los nórdicos. Todavía pueden examinarse las cuentas de la Orden, ya que todos los documentos de su gestión financiera se han conservado hasta hoy, y podemos constatar que no ha habido ningún desfalco hasta finales del siglo XV. Esto sólo pudo ser posible con un orden de hombres seleccionados. Una ilustración de ello es la regla que se habían impuesto los hermanos de no cerrar los armarios con llave. La vida de esta comunidad combatiente de hombres nórdicos se basaba en una mutua confianza incondicional.

Una tercera idea unía a los hombres de la Orden, los reyes y los estadistas de la nueva Prusia: *la voluntad colonizadora*. Donde ondeaban los estandartes de la Orden, los pantanos fueron desecados, bosques casi impenetrables fueron talados, se construyeron diques, se abrieron caminos y fértiles campos y verdes praderas iban apareciendo donde, anteriormente, habían pantanos y desiertos. La tierra de la Orden se convirtió en una tierra de campesinos alemanes. Su mayor éxito consistió en atraer al país a campesinos alemanes. Confirió a su conquista una estabilidad y un valor histórico. Luego, los campesinos alemanes fueron seguidos por los artesanos y los comerciantes, y las ciudades nacieron, protegidas por las fortalezas de la Orden. Hasta el año 1410, la Orden creó 1400 pueblos y 93 ciudades. Este trabajo obtenido por la colonización es la única justificación posible, aunque evidente, de la intervención alemana en el este.

La revalorización de la tierra prusiana en beneficio de la cultura alemana es, pues, obra de la Orden teutónica, una obra comunitaria en el mejor sentido del término. La Orden contaba ciertamente con toda una serie de grandes espíritus en sus filas:

los hermanos de la Orden eran, en su mayor parte, personalidades fuera de lo común. Pero la historia sólo ha retenido unos cuantos nombres. Todo el mundo conoce a Hermann von Salza, consejero y amigo de Federico II, que impulsó a la Orden hacia el Este e influyó en el porvenir alemán. Tal vez se haya oído hablar de Winrich von Kniproche, el Gran Maestre que llevó a la Orden a su apogeo y bajo el cual fue terminado Marienburg. Posiblemente se conozca también a Heinrich von Plauen que, después de la derrota de Tannenberg, fue con el resto de la Orden a Marienburg y la defendió victoriosamente. Pero, dejando a parte a estos grandes nombres, conocer a los demás es un síntoma de erudición. Nadie conoce los nombres de los numerosos caballeros de la Orden, abandonados a sí mismos, en duros combates invernales, que defendían las bases avanzadas en territorio prusiano, miserables atrincheramientos de madera y de tierra, ante la marea desatada de la Prusia atacante, y que se batían a menudo durante meses. Pero todos contribuyeron a la unión de las fuerzas que se realizó a la luz de la historia, y el conjunto del trabajo hecho por su Orden les hizo inmortales. Está en la naturaleza de una Orden que *la comunidad se beneficie del renombre, y no el individuo.*



Sala de los caballeros de Marienburg.

Interroguémonos, aunque sea brevemente, sobre *las razones de la decadencia.* La primera es que el objetivo ideológico de la Orden estaba condicionado por *la idea de*

la cristianización. Cuando esta idea perdió su fuerza debido a la conversión voluntaria de Polonia y de Lituania, la Orden se encontró ante una situación totalmente nueva. Pero no dudamos de que habría superado esto, pues las premisas existían, si no se hubiera añadido la segunda razón, que era su *forma de vida monástica*. Y, consecuencia nefasta del voto de castidad, la Orden decidió colmar su vacío practicando una inmigración externa al Reich. Con cada caballero teutónico que moría, desaparecía una fruta noble del gran árbol que representaba el pueblo alemán, y que debía germinar en esa tierra. Así pues, la Orden no podía sobrevivir por su propia fuerza puesto que no tenía hijos. No se reconocían, tampoco, los hijos naturales, nacidos cuando el voto de castidad había sido roto, y la entrada en la Orden estaba igualmente prohibida a la nobleza prusiana. Una tercera razón era que la Orden hizo su aparición en la historia *en la época de la decadencia del Imperio*. El emperador y el rey habían patrocinado la creación de la Orden, pero la Iglesia pontifical la abandonó pronto, pues era demasiado independiente. Finalmente, Roma estaba en muy buenas relaciones con Polonia. Tras la muerte de Federico II, ningún emperador se interesó ya por la Orden. Los intereses de la política de la casa de Habsburgo se extendían hasta el nordeste del Imperio, y allí no había nadie con quien aliarse. La Orden afrontó, pues, sola, el ataque polaco-lituano, mientras que las oleadas de la lucha de los Estados -también una consecuencia del desmoronamiento del Imperio- minaban sus fundamentos. Si la Orden hubiera tenido hijos hubiera roto sus lazos, sin el emperador y sin el Imperio.

Aunque la Orden se hundiera, sus realizaciones forman parte de la historia alemana. Tras una larga dominación extranjera, resucitó en la Prusia de Federico el Grande. El emperador otorgó al Gran Maestre el *águila negra del Reich* como blasón, en calidad de príncipe del Imperio, que Prusia ha conservado. Y cuando los Hohenzollern llegaron a ser reyes, recibieron el águila negra, mientras que el águila habsburguesa se convertía en roja. El águila negra llegó a ser también el vínculo con la Prusia de Federico el Grande como animal heráldico del nuevo Reich alemán. ¿Podríamos ver en ello un símbolo del hecho de que la auténtica obra realizada es inmortal?

Heinrich Gaese

OSS.II.1.6

Cuaderno de la SS. Nº 10. 1938.

La universidad alemana en la lucha de la Contra-reforma

(Un capítulo sobre la tragedia espiritual de la Iglesia católica romana).

Si hoy ya no podemos vivir la revolución religiosa que la Reforma desencadenó contra la servidumbre espiritual romana, nos queda, no obstante, el beneficio histórico que aportó Lutero cuando incitó a las gentes a liberarse de la dominación espiritual de Roma. La llamada de Lutero encontró un poderoso eco en los alemanes, pues poco tiempo después, vastas regiones se liberaron de la tutela del Papa, aunque es verdad que luego volvieron a perderse parcialmente. *La historia de la universidad alemana* nos muestra también con qué inteligente premeditación se llevó a cabo la tentativa de recuperación por medio de la Contra-reforma.

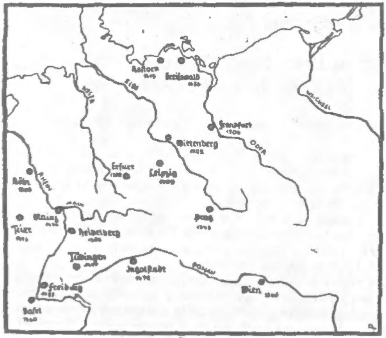
A finales de la Edad Media, la vida espiritual alemana se hallaba concentrada en las universidades. Las escuelas eclesiásticas y monásticas habían perdido su importancia y los castillos -antaño detentores de la cultura medieval- estaban, en su mayor parte, en ruinas; además, las ciudades iban prosperando y abrigaban en su seno los nuevos centros de la vida espiritual, las universidades.

Desde el principio, aunque todavía necesitaran de la autorización papal para ser inauguradas, las universidades alemanas estaban impregnadas de un espíritu germano-alemán, opuesto al tipo romano-francés del que la Sorbona en París era el

ejemplo típico. Reinaba todavía la escolástica, esa filosofía que considera que su misión consiste en ser una herramienta de la teología. Ciertamente, al principio, las primeras universidades alemanas no podían liberarse aún de la influencia de la escolástica. Mientras la Sorbona continuó siguiendo durante siglos el antiguo esquema, las universidades alemanas siguieron su propia evolución y, tras el llamamiento de Lutero, se liberaron casi todas del yugo espiritual romano, atestiguando así el magnífico rechazo del alma alemana a dejarse sojuzgar. Pero el punto importante, cuando se crearon las universidades alemanas fue que, gracias al nacimiento de estos centros espirituales, la ciencia abandonó las viejas escuelas eclesiásticas y monásticas entumecidas en sus mezquindades escolásticas y en una esterilidad espiritual, para ir a estas nuevas universidades.

Al principio de la Reforma, vemos un conjunto de universidades dispersadas en Alemania (ver primer mapa adjunto). Cuando se considera que solamente un siglo y medio separa la fundación de la primera universidad alemana (Praga, 1348) de la Reforma, se constata la importancia de esta fecha. La misma Reforma fue la causante de toda una serie de nuevas instituciones, como Marburgo (1529), Königsberg (1544), Iena (1558), Helmstedt (1576) y Altdorf (1578). Marburgo fue la primera universidad reformadora que se creó, así como el primer instituto alemán que ya no pedía la autorización papal y aún menos la del emperador, pero comenzaba a impartir cursos. Por otra parte, el consentimiento del emperador se hizo esperar doce años. Pero el hecho de que la universidad alcanzara un gran auge en esa época arroja una luz significativa sobre la autoridad reducida del Imperio.

Además de estos nuevos centros protestantes, la mayoría de las universidades ya existentes pasaron a la Reforma, con Wittenberg, dirigida por Lutero, a la cabeza. Estos institutos que se reclamaban de la Reforma se convirtieron entonces en los centros de irradiación más importantes de la doctrina no romana. Los jesuitas se percataron claramente de este peligro y desencadenaron la lucha contra la «decadencia protestante de Roma». Casinius, el más inteligente e importante jesuita, trató de actuar sobre esos hogares de pensamiento «herético» mediante un «plan de contención» típico de la refinada estrategia de los jesuitas.



Las universidades alemanas hasta la Reforma

Uno tras otro, centros católicos adversos se instalaron junto a las regiones que se habían pasado a la Reforma (ver segundo mapa adjunto). Un cinturón de universidades jesuíticas en forma de herradura rodeó la parte de Alemania convertida al Protestantismo, que iba desde Olmutz (1573) al este, Graz (1585), Innsbrück (1606), Würzburg (1582), Paderborn (1614) hasta Osnabrück (1630). El colegio de los jesuitas fundado en 1636 en Breslau se convirtió en una universidad en 1702 y en un pilar angular del ataque jesuita.

El círculo no se habría cerrado si se hubiera olvidado Dillingen (cerca de Augsburg) que fue el primer instituto de la Contra-Reforma creado desde 1554... es decir, antes de la aparición de los jesuitas en Alemania.

Hay todavía un acontecimiento que no puede ser descuidado en este contexto. En Praga, cuya primera universidad alemana estaba en la punta del combate por la libertad de investigación y de conciencia, los jesuitas contraatacaron de una manera cuyo efecto se deja sentir todavía hoy, y que destruyó la vida espiritual de esta ciudad. Desde 1565, la academia clementina comienza a ser favorecida en Praga. En 1618, los jesuitas resultaron vencedores de la querella que fue la causa de esta usurpación de derecho y ocuparon las facultades de Teología y de Filosofía. Hoy, sabemos que detrás de la querella de las naciones se esconde un combate de ideologías determinadas *por la raza*. A este respecto, Praga nos proporciona precisamente un ejemplo instructivo de la perpetua lucha sostenida por el espíritu germano-alemán contra las pretensiones imperialistas halógenas.

Este ataque envolvente llevado a cabo contra la vida intelectual y espiritual liberada por la Reforma debía ser rechazado. Se consiguió gracias a la lucha de las viejas universidades y también de los nuevos centros que pasaron al bando protestante, oponiéndose a las fundaciones jesuíticas. Les universidades de Giesen (1607), Estrasburgo (1621) y Rinteln (1621) debieron su nacimiento a esta iniciativa.

Cuando estos últimos centros protestantes surgieron en respuesta a la política jesuítica de contención, la guerra de los Treinta Años rugía ya desde hacía tres años en Alemania. La lucha no se desarrolló con armas espirituales. Alemania debía ser puesta de rodillas en una guerra: ¡la semilla de los jesuitas fermentaba terriblemente! Dos tercios de la población alemana perderían la vida. El tratado de Osnabrück sellaba entonces la división y la impotencia de Alemania.

La actual universidad católica de Salzburgo demuestra que las «acciones espirituales» de los jesuitas adoptadas en la base continúan siendo las mismas. También aquí, un centro de resistencia espiritual, una plaza fuerte católica, consigue nacer en las fronteras directas del Reich. Una ojeada a la historia explica el alcance que Roma espera de esta nueva «implantación jesuítica adversa» contra una liberación alemana del yugo espiritual romano.

Dr. H. W. Hagen

Cuaderno de la SS. Nº 10. 1936.

SS-OSTUF. Dr. Walther Bohm:

La creencia en las brujas

Aunque la Inquisición no pudo causar demasiados daños en Alemania -el peor promotor de autos de fe. San Conrado de Marburg fue muerto a tiempo por nuestros antepasados- la Iglesia fue, no obstante, la causante de otra gran desgracia en Alemania, que fue peor, mucho peor, que el auto de fe: la caza de brujas. La doctrina perentoria de la Iglesia, tanto la católica como la luterana, afirma que el diablo existe. Seduce al hombre y a la mujer para practicar la lujuria con ellos y luego les confiere, en agradecimiento, la naturaleza de brujas a las mujeres, y de brujos, a los hombres. No debemos reírnos de tales estupideces. Centenares de miles de personas de la mejor sangre, especialmente mujeres y muchachas, perecieron en la hoguera en el Renacimiento, no en la «obscurantista» Edad Media. San Agustín, un africano, y Santo Tomás, divulgaron la creencia en las brujas en el bando católico; en el protestante fue Martín Lutero, apoyándose en la Biblia. He aquí lo que él predicó en el púlpito de la iglesia del castillo de Wittenberg. «Debe matarse a las brujas porque causan toda clase de males. No se las debe matar tan sólo porque son dañinas, sino, sobre todo, porque hacen comercio (lo que quiere decir: practican la lujuria) con el diablo.»

Así como el concilio, es decir, el nuevo Papa, ostenta la verdad suprema para los católicos, la Biblia lo es para los luteranos. Ni el Papa ni Lutero reconocen la libertad de creencias. La Biblia enseña que la mujer es inferior, que su seno es insaciable (Proverbios 30, 15-16), que se compromete con el diablo (Génesis 6, 1-7). La Iglesia enseña que, para seducir al hombre, el diablo puede también transformarse en una hermosa mujer. Martín Lutero no abandonó nunca sus ideas, que procedían de su estancia monacal, ni su creencia literal en la Biblia.

La Inquisición incoó los procesos de las brujas. El caballete de tortura arrancó cualquier confesión que los lúbricos beatos -pensemos en los constantes procesos de moralidad hechos en nuestra época contra los franciscanos- ponían en la boca de las pobres víctimas. El fuego era su conclusión. En los procesos de brujería no era posible obtener el perdón conmutado en encarcelamiento o en pena de galeras como ocurría con los heréticos. Un cuerpo que se había entregado al diablo debía arder. Tan sólo el alma podía ser salvada. Los jesuitas y los pastores luteranos se ocupaban luego de la eterna felicidad de la víctima.

La caza de brujas empezó hacia 1454 cuando, por primera vez, se pretendió que existía una «secta de brujas», es decir, de personas que eran aliadas del diablo en su lucha contra las enseñanzas de la Iglesia, y que eran, pues, consideradas como «heréticas» que debían ser perseguidas como tales. Sprenger e Institor aparecen en Alemania en calidad de inquisidores pontificales para suprimir a esos herejes. En todas partes encuentran resistencia, al no comprender el pueblo sus alegaciones y sospechas, mientras que las autoridades laicas no soportan que incoen procesos. En particular, se afirma que el obispo de Brixen les expulsó de su diócesis y afirmó que estaban locos.

En 1484, obtuvieron del Papa Incocencio VIII la «bula de las brujas», conocida también con el nombre de bula Summis Desiderantes (primeras palabras de esa bula). La bula afirma que todavía hay brujos en ciertas regiones de Alemania -se incluyen precisiones- pero que el clero y las autoridades laicas ponían dificultades a los inquisidores. Se prescribe a los inquisidores emplear todos los medios que les parezcan apropiados, y, en particular, predicar en el púlpito de todas las iglesias parroquiales. Nadie podía obstaculizarles en el ejercicio de sus enseñanzas o de su aplicación bajo pena de excomunión y de severos castigos. Un edicto imperial de Maximiliano I concede toda validez a esta bula ante las autoridades laicas.

En 1487, aparece el *martillo de las brujas* de Sprenger e Institor, que reapareció hasta el año 1500 en nuevas ediciones sucesivas; luego hubo otras ediciones en 1511,

1519 y 1520; posteriormente hubo una pausa en 1580, y después otras ediciones con breves intervalos.

Para dar crédito al *martillo de las brujas* en el tiempo de su primera aparición, Sprenger e Institor solicitaron un informe de la facultad de Teología de Colonia, pero no lo recibieron en la forma que esperaban. Se trataba de un texto muy reservado, de tan sólo cuatro profesores. Publicaron únicamente unos extractos de ese informe en la edición de Colonia. Por lo que se refiere a los extractos difundidos fuera de Colonia, el informe está de tal modo falsificado que contenta a los magistrados pontificales y obtiene la aprobación escrita de toda la facultad.

En 1487 tuvo lugar la primera gran cremación de brujas en Estrasburgo donde, ya un siglo antes, las primeras hogueras de herejes habían tenido lugar bajo Conrado de Marburgo (80-100 víctimas). Para romper la resistencia de los magistrados y de las autoridades laicas, Sprenger e Institor confiaron a los tribunales locales la conducción de los procesos de brujería, a fin de que los jueces cargaran con la responsabilidad de los mismos. Como toda la fortuna de los condenados era embargada, los procesos de brujería conllevaban unas inesperadas fuentes de ingresos para las autoridades locales, lo que explica en gran parte su amplitud: regiones enteras son quemadas con objeto de que todas las propiedades caigan en manos de los señores del lugar. El número de brujas quemadas en Estrasburgo en 1489 es de ochenta y nueve.

Pero Sprenger e Institor tuvieron su mayor «éxito» cuando extendieron esta creencia en el pueblo por medio de su *martillo de las brujas*, y facilitaron de este modo la caza de brujas. Desde 1515, las hogueras ardieron todos los días: en los veinte años siguientes, 5.000 personas fueron quemadas únicamente en ese lugar. Los mismos acontecimientos se reproducían allí donde el *martillo de las brujas* comenzaba a hacer efecto. Constatamos, pues, que los procesos de brujería empezaron en la misma época en que Cristóbal Colon descubría América (1492) y en que Martín Lutero trataba de reformar la Iglesia (1516). Los procesos de brujería no eran, pues, un hecho típico de la Edad Media, sino que empezaron al principio de la época que tenemos por costumbre llamar Renacimiento. ¡Esta peste causó terribles estragos! El número de víctimas en Estrasburgo es, ya, suficientemente elocuente: 5.000 personas en veinte años. Lo mismo sucedía en las otras regiones eclesiásticas: no se menciona ninguna cifra oficial para la región de Treveris pero la *Gesta Trevisorum* (historia de Treveris) nos dice, por ejemplo, que en 1588, no quedaban más que dos mujeres en dos pueblos, porque las demás habían sido quemadas todas como brujas. Por «mujeres» hay que considerar a todas las personas de sexo femenino de más de ocho años. «Ya no habían campesinos, no habían viticultores. Ninguna peste, ningún feroz enemigo no había devastado tanto la región de Treveris como la terrible Inquisición. Ninguna de las personas acusadas escapaba a la muerte; los hijos de los ejecutados fueron quemados, las propiedades embargadas...» La Cámara Capitular adquirió así 1.000 fanegas de buena tierra (¡viñedos!). En el obispado principesco de Breslau, el principado de Neisse, más de 1.000 personas fueron quemadas en nueve años... entre ellas criaturas de uno a seis años, porque sus madres habían «confesado», en el potro de tortura, que sus hijos habían sido engendrados por el diablo. En 1539, tan sólo en Zuchmantel, Freiwaldau, Niklasdorf, Ziegendals y Neisse fueron quemadas 249 brujas, y en 1551 la fundación religiosa de Zuchmantel tenía ocho verdugos en actividad. En la diócesis de Bamberg murieron, entre 1625 y 1630 -es decir, cien años después de la Reforma- seiscientas personas en la hoguera; en 1659, mil doscientas. La diócesis sólo contaba entonces con 100.000 habitantes, de modo que en 1659, más del 1% de la población fue víctima de la creencia en las brujas. En la diócesis de Würzburg, en Gerolzhofen, la cifra llegó, en 1616, a noventa y nueve, en 1617, a ochenta y ocho, en 1623, a noventa, de 1627 a 1629, sólo en la ciudad de Wirzburg, se quemaron ciento cincuenta y siete brujas.

Pero sería un error creer que este horror sólo fue cometido por las autoridades católicas. La regiones protestantes tampoco se salvaron. Ante los ojos de Lutero se instalaron hogueras para las brujas en Wittenberg. Lutero dio un impulso particular a la caza de brujas, enseñando que el matarlas era un ley justa. En Mecklemburg, en 1532, las cazas de brujos se iniciaron con la cremación de una mujer y de un hombre acusados de haber practicado la magia para contrarrestar la extensión de la Reforma. Hubo un aumento tal de cremaciones -desgraciadamente hay pocos datos comprobables-

que, según historiadores contemporáneos, ciudades enteras quedaron despobladas porque todos sus habitantes acabaron en la hoguera. El convento luterano de Quedlinburg hizo quemar, a partir de 1569, unas sesenta brujas; cuarenta en 1574; ciento treinta y tres en 1589, y esto sobre una cifra de habitantes de alrededor de 11.000 almas. Así pues, también aquí, en un año, más del 1% de la población fue asesinada a causa de esa locura. Desde 1589 hasta 1613, el duque de Brunswick-Wolfenbüttel adquirió una triste celebridad como cazador de brujas: tenía por costumbre asistir a las torturas, y a menudo mandaba quemar, en un solo día, más de diez brujas. Por otra parte, las regiones calvinistas reformadas vivían el mismo drama: Tan sólo en Ginebra, entre 1512 y 1546, Calvino mandó detener, por brujería, unas novecientas personas. Su suerte continúa siendo un misterio, pero no hay ninguna duda de que la mayor parte fueron quemadas. Pero lo peor ocurrió en la misma región del origen de la Reforma, en Sajonia Oriental. El Príncipe Elector Augusto participaba también en las torturas. Promulgó una ley que todavía superaba en demencia lo ya existente: pena de muerte también para las alianzas diabólicas que no hubieran perjudicado a nadie. En Sajonia Oriental vivió el más «brillante» juez de brujas, el célebre jurista Carpzow que, hasta su muerte en 1666, pronunció o confirmó, de una manera certificada, alrededor de veinte mil condenas de muerte.

Las hogueras de brujas se generalizan hasta el siglo XVIII. Luego, no disminuyen porque la Iglesia o sus curas y predicadores lo pidan, sino porque los señores absolutos no podían admitir, a la larga, que los hombres que necesitaban como soldados, o las mujeres y muchachas que los traían al mundo, fueran ejecutados. La última hoguera oficial, por proceso y a pesar de la protesta del gobierno -cinco brujas- tuvo lugar el 20 de agosto de 1877, es decir, hace apenas sesenta años, en San Jacobo (México) y han habido hogueras de brujas en ese país hasta hoy. Todavía en nuestra época, se sabe que hay cremaciones ilegales de brujas, cometidas en Italia y en Irlanda, por ejemplo. Por consiguiente, no se puede afirmar, con toda seguridad, que la caza de brujas haya terminado.

Vastas regiones de Alemania fueron masacradas y despobladas a consecuencia de las hogueras inquisitoriales.

Pero, desde siempre, la Iglesia se aferra a su vocación misionera que produjo las Cruzadas, a su dictadura religiosa de la que surgió la Inquisición, a su creencia en el diablo y en las brujas por la que fueron sacrificadas millones de personas en el mundo entero hasta el siglo XX inclusive.



OSS.II.1.8

Cuaderno de la SS. Nº 5. 1938.

Los lansquenetes

Casi toda la Edad Media fue dominada por la Caballería, blandiendo la espada. La Infantería desempeñaba un papel accesorio a un nivel general: la nobleza y sus tropas ecuestres acorazadas dominaban en los campos de batalla y reivindicaban el honor de poder ser las únicas en llevar las armas.

Con el comienzo del Renacimiento, hacia el siglo XVI, se terminó definitivamente su hegemonía en los campos de batalla. El periodo romántico caballeresco se acabó, no sólo a causa de la invención de la pólvora de cañón, en Occidente, por el monje Berthold Schwarz, sino también por la aparición de un ejército compuesto por campesinos y artesanos que ya eran conscientes de defenderse con éxito contra los abusos de unos cuantos déspotas dominantes.

Como esta reestructuración definitiva se produjo precisamente en una época en que artistas geniales flirteaban con la Antigüedad y estuvieron, así, en el origen de una época que llamamos Renacimiento, se podía también hablar de un renacimiento bélico. En efecto, la infantería romana se tomó como ejemplo con algunas variaciones y demostró una vez más la gran valía de los soldados de infantería en numerosas batallas para abrir paso a la caballería.

Aunque el arte estuviera muy cerca de igualar al de la Antigüedad, y muy especialmente en la pintura, los nuevos ejércitos creados no lo consiguieron; la *disciplina* que hizo invencibles a las legiones romanas, faltaba casi totalmente en el conjunto. La fuerza disuasoria de la infantería, decisiva en numerosas batallas, sólo se sostuvo porque un amor ardiente por la patria animaba a cada soldado; así, la falta de disciplina militar fue compensada por la combatividad.

La sabiduría táctica en la organización de las tropas se expresó principalmente en los *destacamentos en cuadrado*, de 5.000 a 8.000 hombres eran reunidos en un cuadrado compacto, en cuyas primeras filas se encontraban ya los combatientes más experimentados. Unas picas de varios metros eran las armas principales que se alzaban contra el enemigo, y ante las cuales los jinetes capitularon ya que no podían enfrentarse a esos «erizos». En la batalla de *Granson* en 1476, el caballero *Chateauguyon* alcanzó así un renombre inmortal porque se abalanzó temerariamente con su caballo sobre un «erizo» suizo y deshizo esa formación combatiente. Sin embargo su audacia no influyó esencialmente el curso del combate. Él mismo encontró la muerte ante la infantería. Fue el último «golpe de audacia» coronado por el éxito de finales de la Edad Media.

La primera forma de combate utilizada por los suizos fue rápidamente adoptada por los españoles y los alemanes. En Italia se ensayó, en la misma época, hacer avanzar a la infantería *en líneas separadas*, por las cuales los fosos, muros y setos fueron utilizados como parapetos, lo que desmentía la suposición de que la línea de infantería es un invento del siglo pasado.

Las constantes guerras de la vieja época tuvieron como consecuencia que muchos hombres, por gusto del arte de la guerra, abandonaran sus profesiones y se consagraran enteramente a esta nueva rama de actividad. Así nació *el ejército de mercenarios* como hoy llamamos a cada *lansquenete*, (es decir, servidor del país). No eran solamente la codicia, la perspectiva de obtener ricos botines por el pillaje de las ciudades, el motivo principal del alistamiento en esas temibles unidades. El gusto por la aventura, el placer de medirse en combate abierto con el adversario, la vida libre y variada eran motivos suficientes para impulsar a millares de hombres a seguir a los diversos caudillos de guerra.

El más famoso de los caudillos de los lansquenetes fue sin duda *Georg von Frundsberg*. Los guerreros se enrolaban orgullosamente en su destacamento de ejército, encontrándose en primera línea en más de un combate con su poderoso espadón que golpeaba con hercúlea fuerza el elmo erizado de picas de sus enemigos. No obstante, no era fácil ser aceptado en su restringida tropa: Frundsberg prefería a gente que

había demostrado ya su valía en las batallas, y sometía a una prueba de armas al que quería ser reclutado.

Fue también Frundsberg quien, en su tiempo, trató de resolver de una nueva manera el problema de dislocar a los destacamentos enemigos.

Se había dado cuenta de que la victoria en el combate dependía únicamente de las seis primeras filas del «erizo», y el resto del cuadrado no hacía más que impulsar hacia adelante a la primera línea combatiente. Así, los lansquenetes perdían su libertad de movimientos y se encontraban imposibilitados de evitar las lanzadas asestadas habitualmente por la tercera línea. Cuando dos «erizos» se entrechocaban, entonces se iniciaba un violento impulso cuyo objetivo consistía en hacer que se desmontara el destacamento militar adverso que, en tal caso, solía estar inexorablemente perdido.

Frundsberg amplió el riguroso cuadrado en detrimento de la profundidad para poder presentar al enemigo un *frente mayor.* Así, se ofrecía la posibilidad de poder llegar antes a los flancos del enemigo, pero también, simultáneamente, de conjurar el peligro de sucumbir precisamente a un ataque de flanco. Colocó los portadores de armas de fuego en ese punto sensible ya que no conseguía, con los movimientos de sus lansquenetes, modificar rápidamente el frente. El valeroso Frundsberg no podía llevar a cabo su idea favorita de frentes amplios con tan sólo unas pocas filas porque faltaba, en su ejército, *la necesaria disciplina y el entrenamiento individual,* dos condiciones que sólo permitieron a los soldados modernos conseguir resultados con líneas de tropas dispersas.



Georg von Frundsberg. Creador y organizador de los lansquenetes alemanes. 1473-1528.



Diferentes tipos de lansquenetes. Lansquenete con un «espadón», a la derecha, con una alabarda, en medio con una flauta, un tambor y un abanderado. (Dibujo de Daniel Hopfer, mediados del siglo XVI).

El valor combativo de los lansquenetes consistía, pues, principalmente, en su espíritu arriesgado y en la ambición de poder combatir en la primera fila de destacamentos militares famosos. Como no tenían que ejecutar ningún manejo de armas, disponían de mucho tiempo libre cuando no estaban en campaña. Su estilo de vida era una inactividad forzosa en una cierta medida, puesto que no podían permanecer mucho tiempo en un lugar que, poco después, sería arrasado por los chicarrones de Frundsberg, ya que éste tampoco estaba en condiciones de hacer seguir el avituallamiento necesario para sus tropas. Añadamos también que los salarios de los soldados tampoco eran pagados con mucha puntualidad. Por esta razón, los gobernantes de entonces les permitían que se entregaran al pillaje para calmar sus revueltas.

Sin embargo, el ejército no era el peligro principal para las regiones que recorrían; mucho más peligroso era el *tren de equipajes* que le seguía los pasos. No se componía tan sólo de las mujeres de los lansquenetes que cocinaban para sus maridos, se ocupaban de su vestimenta y, además, velaban por una familia nómada por naturaleza. El sentido peyorativo que tiene en el lenguaje popular la palabra «suboficial» procede de su papel de vigilancia sobre el tren de equipajes.



Combate de lansquenetes. Sacado del libro de guerra de Frondsberg de 1565. Grabado sobre madera del grabador suizo Jost Amman.



Lansquenetes seducidos por la voluptuosidad y amenazados por la muerte. Grabado sobre madera del artista suizo Urs Graf hacia 1520.

El mismo lansquenete tenía la impresión de ser un señor en el país. El era el que marcaba el buen tono en la moda y a quien los burgueses imitaban, quien indicaba cómo debía ser diseñado el jubón y cómo debían llevase las plumas sobre el birrete. Las transformaciones radicales en el corte del traje no emanaron siempre, sin embargo, de los caprichos del gusto de los mercenarios. Los vestidos ceñidos pasaron de moda en un solo día.

Cuando, bajo el gobierno del emperador *Maximiliano*, la fortaleza *Stuhlweissenburg* fue tomada al asalto por los lansquenetes, no consiguieron escalar los altos muros, por impedírselo sus estrechos trajes. Sin dudarlo un instante, cortaron con sus cuchillos sus pantalones a la altura de las rodillas y los jubones en los codos para dar a sus miembros la necesaria libertad de movimientos. Y, una vez concluido el asalto, pusieron, con orgullosa satisfacción en los lugares cortados de sus vestidos, seda amarilla azafrán y pusieron así la primera piedra de la moda de los «pinchados» que pronto reinó en toda Alemania.

Sin embargo, también se progresó a nivel militar, y se formaron verdaderas tropas de asalto. La experiencia bélica había mejorado en todos los terrenos en el mismo grado y cada vez fue más difícil romper el «erizo adversario». También aquí fue la ciencia estratégica de Frundsberg la que concibió una transformación sorprendente en la manera de combatir.

Dividió su bando en un destacamento «perdido» y uno «de reserva» y agotó así -salvo en caso de innovaciones técnicas- las posibilidades de ataque de la infantería que, en el transcurso de los siglos, había abandonado el tipo de combate de sus antepasados. Sin embargo, durante la Gran Guerra lo había readoptado, y ofreció la única posibilidad de llevar a cabo victoriosamente los ataques con un número reducido de pérdidas en material humano.

El «destacamento perdido» cuyos mercenarios se llamaban «los golpeadores», armados con espadas cortas y sólidos garrotes, tenían por misión asaltar el «erizo» enemigo, deslizarse bajo las lanzas y permitir, por un cuerpo a cuerpo, que varios camaradas de combate apartaran con garrotes las lanzas poco manejables de los adversarios. Cuando esto se había logrado, llegaba el grueso del «destacamento de reserva» que penetraba por la brecha así creada en el cuadrado enemigo, para dispersarlo.

Después de la victoria, aparecía el terrible peligro al que está expuesta una tropa sin disciplina. Incapaces de reagruparse en poco tiempo o de llevar a cabo un combate en retirada ordenada, echaban todos a correr y, perseguidos por la caballería ligera, eran finalmente abatidos.

La experiencia de dos años de guerra no habría sido necesaria para comprender la importancia de disponer de tropas de asalto, si se hubiera aprendido algo de la historia de los lansquenetes. Millares de los mejores alemanes de Austria no estarían enterrados en las desiertas estepas de Rusia por haber tratado de romper la resistencia del enemigo mediante masivos ataques suicidas. ¿O es que, tal vez, nuestros valientes soldados de las tropas de choque eran algo más que los «golpeadores» que, en la Edad Media, penetraban en la brecha del adversario, imbuidos en la «técnica moderna» de las mazas de ataque y de los puñales y preferían en una refriega las terribles layas de labranza al fusil? La compañía, así, las seguía después de los ataques por sorpresa, coronados por el éxito -el «destacamento de reserva»- atacando y conservaba la posición conquistada.

Los lansquenetes eran unos luchadores brutales; más de una ciudad fue pillada por ellos y más de un campesino torturado. Sus jefes fueron culpables de la mayoría de tales excesos, enrolando más mercenarios que los que permitían sus bolsas y cediéndoles, luego, extensas zonas del país a título de compensación. Pero eran, todos, unos muchachos valientes y se batían bien cuando las cosas iban mal y consideraban un honor que se les confiara la decisión de una batalla, incluso cuando hacía meses que no habían cobrado sus sueldos.

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1939

La Tierra prometida

Las sombras están muy delimitadas en este país; no hay, en absoluto, un estado intermedio entre la cegadora claridad y la obscuridad profunda; el día no amanece, sino que irrumpe, súbitamente, radiante. La noche no cae lenta y dulcemente como allí, en Alemania; la bola de fuego desciende rápidamente tras las desnudas montañas rocosas, el desierto y las áridas estepas se sumergen en tonalidades azul-púrpura, la noche surge bruscamente sobre el paisaje sombrío, extendiéndose a lo lejos.

¡Es, pues, la Tierra Prometida, el país prometido! El emperador Federico II contempla la profunda noche sobre la cual se extiende el cielo estrellado, al sur, en una diversidad resplandeciente. Sólo Hermann von Salza, el hombre fiel y discreto, el señor de la corte alemana, se encontraba a su lado. El emperador piensa profundamente. Finalmente, habla, con calma y circunspección. «Me fío del sultán egipcio: juega limpiamente. Él y yo somos un par de solitarios en este mundo. Hemos comprendido que no se puede obligar a nadie a adoptar unas creencias que no son las suyas. Quiere dejarme Jerusalén y el sepulcro, el libre acceso y la ruta de peregrinación. ¿Qué más queremos? Si llevo estas concesiones a Alemania, ya no habrán más Cruzadas. La Santa Sede romana dejará por fin de enviar cada año millares de guerreros a este país, de obligar a los príncipes a abandonar sus tareas importantes y de querer liberar un sepulcro que en realidad nadie ha perturbado.»

Hermann von Salza hizo un signo dubitativo con su cabeza: « Yo creo que al Papa no le gustaría nada si un día no hubieran más razones para enviar cruzadas a Palestina. Nosotros, alemanes, no despilfarraremos más nuestras fuerzas en este país extranjero, sino que edificaremos un gran Imperio en el norte y el este, mucho mayor de lo que quieren los papistas. Tengo noticias de que la Orden del Temple y la Orden Juanista quieren hacer todo lo posible para que este proyecto imperial fracase y no se firme el tratado con el Sultán.»

El emperador no dice nada; contempla la noche. A lo lejos se oyen ligeros ruidos de herraduras de caballo. La sombra de un jinete se acerca, atraviesa las líneas de vanguardia. Dos guerreros conducen al jinete hasta la tienda del emperador. El árabe se apea, cruza las manos sobre el pecho, toca su frente y el suelo con la mano derecha. Es un hombre de buena apariencia, esbelto, con una fina nariz y unos ojos muy grandes en forma de almendra. Saca de su bordada chaqueta un rollo de pergamino y lo tiende al emperador con una comedida reverencia, y permanece en silencio. Federico ha contestado a su saludo, formalmente, educadamente, pero, no obstante, con la actitud de quien está en un rango más elevado, como exige la costumbre en Oriente. Desenrosca el pergamino: contiene una carta en idioma árabe, y una segunda epístola en caracteres latinos.

El emperador lee en primer lugar el texto árabe, luego la carta latina, coge espontáneamente el puñal recamado de piedras preciosas y lo tiende al jinete árabe: «Expresa al sultán Malik al Kamal mi imperial agradecimiento; pueda el Eterno concederle vida durante cien años. Se ha comportado conmigo como un adversario caballeresco. Toma este puñal de mi parte como recuerdo, pues el mensaje que me has traído me ha salvado, tal vez, la vida.»

El mensajero se inclina. Dos de los más jóvenes caballeros alemanes le conducen a una tienda para permitirle descansar.

Pero Federico II, hablando entrecortadamente, cogió la mano del jefe de caballeros de la casa alemana: «Hermann... ¿sabes qué significa esto? Los superiores de la orden del Temple y los juanistas han escrito al Sultán, diciéndole que yo tenía la intención, este domingo, de ir cabalgando al Jordán para hacer el peregrinaje habitual al lugar donde el señor Jesucristo fue bautizado. Han aconsejado al Sultán que me matara. El Sultán me manda la carta y me previene personalmente. ¡Éste es el resultado de lo que el Papa Clemente ha tramado contra mí!»

El viejo parador de caravanas está abarrotado de peregrinos alemanes que van a Jerusalén. El Sultán ha visitado al Emperador. Acompañados únicamente de algunos consejeros, ya llevan cuatro horas sentados en la gran habitación decorada con tapices... pero fuera esperan los caballeros alemanes, y también los compañeros del Sultán, sus gigantescos negros, inmóviles, elegantes señores árabes con sus pequeños cascos puntiagudos, sus escudos redondos, sus largas vestiduras blancas; jinetes kurdos con sus obscuras túnicas y sus amplios mostachos; jeques con verdes turbantes que les identifican como lejanos descendientes del Profeta con sus venerables barbas. Por encima de todos ellos, esbelto, con su rostro de color marfil, con una corta barba puntiaguda negra como el azabache y sus grandes ojos en forma de almendra, el general del sultán, el emir Said, a quien llaman «Rukn ed Din», «el pilar de la ley».



Los guerreros de ambos señores se han reunido rápidamente. Uno de los caballeros alemanes dibuja con arena, sobre una vieja baldosa, el plano de un castillo, y ahora empiezan a jugar al cerco; se examina cómo podrían destruirse las torres, dónde provocar incendios en los muros y contra-pasajes. El gran emir observa, interesado.

De vez en cuando, algunos echan un vistazo hacia la ventana tras la cual el emperador está hablando con el sultán.

Cuando baja un viejo árabe canoso, el emir le detiene: «¿Debo subir?»

--Tu presencia ya no es necesaria. El tratado está a punto desde hace dos horas; el emperador obtiene Jerusalén sin la mezquita, y, además, el camino de peregrinaje. La ciudad continuará sin ser fortificada. El emperador no dejará ningún guerrero.

Entretanto, uno de los caballeros alemanes pregunta torpemente en árabe: Si el tratado ya está a punto... ¿qué hacen todavía allí arriba?

El jeque ríe brevemente, en parte por educación y en parte por el placer de haber descubierto los secretos de los grandes hombres: No te lo vas a creer. Hablan de matemáticas y del sentido profundo de los números.

El caballero teutónico mueve la cabeza.

En este momento hay movimiento ante la puerta; el patriarca Gerold de Jerusa-

lén entra rodeado por sus eclesiásticos y algunos hombres armados. La entrevista termina entonces como si se hubiera dado una señal. Es como si llegara un espíritu sembrador de discordia. El patriarca, un hombre corpulento, distribuye a unos y a otros su bendición. Una parte de los caballeros se inclina, la otra finge no haber visto la bendición. Son los vasallos del emperador y el patriarca es el representante del Papa que le ha desterrado. Los árabes permanecen inmóviles; sólo uno de ellos, un hombre de larga barba y el rostro surcado de cicatrices, cuando el patriarca imparte su bendición, hace el signo de defensa contra el «mal de ojo» y murmura: «¡Apelo al dios único ante las mentiras de los que sirven a los tres dioses!» Sin que el patriarca pronuncie una palabra, parece como si el espíritu del odio religioso, que tanta sangre ha bebido ya aquí abajo, marchara encarnado a través de las filas. El patriarca franquea la estrecha entrada de la casa donde el emperador todavía discute con el sultán. Tan sólo dos de sus clérigos le siguen, los demás permanecen juntos ante la puerta. En el patio las conversaciones se han interrumpido, incluso las de los caballeros a propósito del juego. Se oyen voces arriba, y entonces la silueta del patriarca se divisa junto a una de las ventanas. Se apoya en el alféizar de la abierta ventana, y habla al emperador, pero tan alto que todos en el patio pueden oírle. He aquí lo que dice: «...Esta paz, emperador, es una traición a toda la cristiandad, un compromiso insultante, pero, lo que es más grave, es una venta del Santo Sepulcro a los infieles. Tú has tolerado con indiferencia que esta ciudad quede sin protección. Sin muros, sin guarniciones, solamente con la palabra de un sultán descreído, quieres aceptar esta ciudad, para el regalo ridículo de esta posesión engañosa, dejarte comprar el sagrado privilegio que tiene la Cristiandad de combatir con la espada por el Santo Sepulcro y de glorificar el nombre de Cristo en la sangre de los paganos.»

El patriarca, mientras camina, continúa hablando, mientras el emperador le vuelve la espalda con desprecio: «En nombre del Santo Padre de la Cristiandad, yo pronuncio el interdicto sobre Jerusalén; no repicará ninguna campana, no se celebrará ninguna Santa Misa allí donde el pie de este emperador proscrito ha pisado, que ha concluido un tratado insultante con los infieles, que ha despojado a la Iglesia de su ilustre privilegio de llamar al combate por el Santo Sepulcro contra los infieles. ¡Maldito sea quien esté al lado del emperador proscrito, maldito cada uno de sus pasos, maldita su amistad con los infieles y con su falso profeta!».

La profunda voz resuena hasta el patio. Es la voz del odio que ha devastado este país desde hace más de un siglo. Todas las horribles imágenes de las luchas entre los pueblos por ese sepulcro resurgen. Los emires y los guerreros árabes evocan el espantoso recuerdo, transmitido de generación en generación, del primer ejército de cruzados atacando Jerusalén y masacrando a la población islámica hasta el punto de que la sangre, en las callejuelas, alcanzaba las articulaciones de las patas de los caballos. En los cruzados se recuerdan todas las cosas espantosas que les han contado sobre la crueldad de los mahometanos, las mazmorras secretas en que se torturaba a los prisioneros, la sanguinaria barbarie de los turcos. Naturalmente, los dos grupos se separan. Cuando el patriarca terminó su venenoso discurso, uno de los jefes de la caballería kurda gritó desde la ventana una de las más vulgares maldiciones árabes utilizadas por los muleros y los camelleros. Ya, de una y otra parte, los hombres se ponen en guardia. Cuando el patriarca, seguido por sus clérigos, camina hacia la puerta del patio, los guerreros de Occidente y de Oriente forman como una valla, los unos a su izquierda y los otros a su derecha. Pero el patriarca levanta la cruz sobre su pecho ante los guerreros del emperador: «¡Benditos sean los que no dejen de levantar su espada contra los infieles!».

Una minúscula chispa bastaría en este momento para hacer que las tropas se enzarzaran en una lucha. En este momento llega, sin armas, en su vestimenta de seda multicolor, con tan sólo un pequeño puñal al cinto, uno de los lacayos del emperador. Casi involuntariamente, las miradas convergen hacia él. Un árabe, el joven mensajero que trajo la carta al emperador, se dirige hacia él. Los dos hombres se saludan, el alemán un poco más torpe que el otro, que ha crecido en el clima de Oriente: «¿Te acuerdas de que me diste pan y agua en vuestra tienda cuando cabalgué para ver a vuestro emperador?».

--»Fue muy poca cosa, pero que sea una señal de paz», dice el otro, recuperando

rápidamente sus conocimientos lingüísticos.

La tensión, pues, ha cedido. Las manos se alejan de la empuñadura de las armas, como si el espíritu de los dos hombres que discuten arriba, o que tal vez hace tiempo que departen de una manera amistosa y profunda, se transmitiera a la tropa.

El gran emir Said se dirigió también al lacayo: «Yo quiero también agradecerte de que hayas acogido a mi hijo como tu huésped. Mi casa es tu casa, siempre estará abierta para ti.»

--Tendré mucho gusto en poderla ver; el emperador dice que podemos llamos de vuestra amistad, a pesar de nuestras diferentes creencias.

El emir frunce ligeramente el ceño, tal vez sorprendido de que el joven aborde con él temas tan serios. Luego, se dirige a uno de los más viejos caballeros teutónicos y dice: «Este hombre de tu ejército dice también que tu emperador quiere poner un término a las luchas de creencias.»



El canoso alemán inclina la cabeza: «Sin perjuicio, naturalmente, por la verdad de nuestra fe, que nos ha sido revelada por Jesucristo.»

El emir reflexiona un momento: «Tú sabes que nuestra fe también nos ha sido revelada, aunque haya sido varios siglos después de vuestro Cristo».

--Sabéis, dice el alemán, que nosotros poseemos la palabra de Dios escrita en la Biblia.

El emir sonríe ligeramente: «Sabéis que nosotros poseemos por escrito la palabra de Dios en el Corán... ¿cómo podéis demostrar que vuestra revelación y vuestro mensaje son exactos?».

--Nosotros lo creemos, emir. ¡Creemos que poseemos el mensaje exacto de Dios!

--Nosotros también lo creemos, pero nuestro mensaje divino es más reciente. Tú has vivido el suficiente tiempo en esta país y sabes que todo lo que vuestros sacerdotes

cuentan sobre nuestro profeta son mentiras, pues fue un hombre estimable realmente persuadido de que Dios le hablaba. ¿Cómo quieres tú demostrar que nosotros no tenemos razón?

El viejo caballero le mira, pensativo. Sí, era verdad, y no se podía rechazar esta objeción simplemente con sonoros desaires sobre los *falsos profetas* como hacían los predicadores; ¿tal vez tendría, él, razón también? ¿Habría Dios hablado dos veces?. Finalmente, el viejo caballero repuso: «Entonces Dios ha debido hablar, en efecto, puesto que tú invocas a Dios y yo también, y cada uno de nosotros tiene un libro santo y una revelación que nos es propia.

--Dios ha hablado a mi manera de sentir las cosas, dice el emir. Tú conoces este país. Cuando el hombre está solo en el desierto, oye voces en la arena y el viento, las oye en sí mismo. Y cuando un hombre es elegido, entonces Dios le llama en su presencia y le habla de la soledad del desierto y le hace partícipe de sus misterios, que de otro modo no podría descubrir. El hombre es minúsculamente pequeño ante Dios, un grano de polvo en la mano del Eterno. No puede saber lo que está bien o está mal. Pero en la soledad del desierto, en el gran aislamiento, Dios le llama a él, que es un verdadero profeta. Y así ha dado también Su verdad, por misericordia, a un mahometano -que su nombre sea alabado-, que era un hombre como nosotros. Le ha revelado lo que el hombre no podía saber, pues nadie es grande a parte de Dios.

Hubo muchos entusiastas signos de asentimiento en el círculo de guerreros árabes, como si el alto emir hubiera expresado lo que todos sentían.

Los dos hombres se contemplan; el joven árabe parece emocionado.

El viejo caballero reflexiona: «Nosotros no lo sentimos así. No tenemos desiertos y no podemos oír voces; no tenemos arenas muertas ni viento muerto. Todo vive en nuestra tierra. La semilla vive en la tierra, incluso bajo la nieve; en primavera la selva es virgen allí en Alemania, el campo es verdeante, las flores se abren; en verano, los trigales se agitan con la brisa; en otoño, el bosque es de un color rojo oscuro... pero todo vive siempre en nosotros. Dios se encuentra también en las más pequeñas semillas. Dios está en el bosque y en el año, está en todas las cosas que traen la vida. Dios está también en nosotros. Tú ves: yo no soy ni siquiera un cura; digo solamente lo que pienso. En cada hombre hay una pequeña chispa de Dios. El hombre no es, en absoluto, pequeño, sino pequeño y grande a la vez. Es una parte de Dios... Pero ¿Cómo podría explicarte esto?...Dios es, precisamente, todo lo que vive, está en nuestra conciencia, en nuestro corazón.

El emir le mira, muy pensativo: Dios es el creador de todas las cosas: así resumiría yo tus pensamientos. Pero sé que te mal iterpretaría. Más al norte, en Persia, he visto a muchos hombres que profesan la fe de nuestro profeta y sin embargo piensan como tú. ¿Pero es que todo lo que me has dicho se encuentra en la Biblia, y qué enseñan los curas con respecto a ello?

El viejo caballero le mira, asombrado, sorprendido y algo turbado. «Yo sólo he expresado la manera en que me represento a Dios y cómo lo siento...no, nuestros curas no dicen gran cosa.»

--Entonces vosotros tenéis dos fes... Por una parte sois cristianos; pero si queréis ser fieles a vosotros mismos debéis pensar de una manera diferente y tenéis una segunda fe. Ésta es la diferencia entre vosotros y nosotros. Vosotros habéis venido para conquistar el Santo Sepulcro y siempre habéis querido creer en ello en la batalla... pero vuestro corazón se ha acercado siempre a la otra fe. Nosotros tenemos una fe que procede del mejor hombre de nuestro pueblo, en la cual Dios nos habla realmente tal como nosotros Le sentimos y Le comprendemos; por esta razón todos vuestros ejércitos han sido incapaces de arrebatarnos este país. No se puede convencer más que con el Dios propio.

En este momento el emperador y el sultán salen por la puerta de la casa; las discusiones cesan y los guerreros les saludan.

Una luz emana de los rostros de los dos soberanos. Mientras acompaña al sultán hasta la puerta, Federico II dice, una vez más: «Hay más piedad en las matemáticas que en todos los patriarcas de Jerusalén y en los derviches que mañana dirán pestes de ti. Las matemáticas son eternas y válidas para todos los pueblos... pero Dios, sin embargo, habla a cada pueblo en su lengua.»

El sultán asiente: ¿puedo decir algo y saber que no te voy a herir? ¿Por qué vuestros curas hablan a vuestro pueblo en latín y por qué el Papa no podrá ser nunca un gibelino?

El emperador sonríe:» Sí, es un mundo al revés. Los curas deben buscar la paz de Dios y predican la guerra de las religiones, pero los soberanos, que debían emprender la guerra de las religiones, concluyen la paz en su lugar, hablan de matemáticas y se preguntan por qué hay tantos conceptos diferentes de Dios.»

Pero en su aposento el patriarca se sienta y escribe al Papa: «Y de tal relación blasfema con los sarracenos no puede salir más que la duda. Hemos llegado a un punto -y es terrible tenerlo que decir- que los hombres que partieron para liberar el Santo Sepulcro, se preguntan hoy si la revelación de Mahoma no es preferible a la de Cristo, o incluso si las dos revelaciones son justas o no y hasta -¡horror supremo!- en los combates recurren a la razón y dejan a ésta decidir qué religión es la mejor. Santo Padre, veo con espanto surgir un nido de herejía en este país; me imagino con temor qué te sucederá, a tu dolor y a tus rentas si se propaga esta llamada a la razón, así como la terrible doctrina errónea que dice que cada pueblo viva su dios a su manera...»

****

Una raza es una unidad del cuerpo y del alma, de cualidades físicas y espirituales. El sentimiento religioso más profundo de un hombre está, en última instancia, condicionado por su raza. Es, pues, por esta razón, que no se puede, en absoluto, cuestionar el valor de las religiones para los miembros de razas diferentes. Es preciso, simplemente, que cada pueblo viva de conformidad con su especie. El peligro reside únicamente en el hecho de que una religión universalista reivindique el poder de violentar espiritualmente a hombres de razas diferentes y de fanatizar a un clero ambicioso con unos objetivos a menudo muy laicos.

SS-Stubaf. Dr. Johann v. Leers

OSS.II.1.10

Cuaderno de la SS. Nº 1. 1944.

Los cosacos

Vestigios germánicos en el Este

La historia de los rusos está a menudo poblada de lagunas, porque los historiadores estaban a menudo sometidos a las órdenes y a las consignas de los señores zaristas o de los tiranos soviéticos. Así sucedió que los historiadores rusos sostenían que los ostrogodos partieron hacia el oeste después de la muerte de Ermanerich. No conocían las tres batallas de los godos y de los colcos contra los hunos en la región de la Cólquida; el hecho es que una gran parte de los godos vivía lejos, en la región del norte del Cáucaso y en el mismo Cáucaso. Estaban tan debilitados que ya no fundaron ningún Estado. Un relato de los colcos explica que más tarde, un godo fue nombrado obispo de la Iglesia ortodoxa de Cólquida. Melanchton cuenta además que algunos testigos le contaron que los turcos hallaron una Godia en los alrededores de Colchus, durante la conquista de Crimea. Dice además que los habitantes de este país hablan una lengua germánica. Así pues, está demostrado que los godos partieron tan sólo en pequeño número hacia el oeste tras la muerte de Ermnerich.

Los varegos y los vikingos fundaron el Imperio de Kiev. Hacia el año 1000, una parte de éstos se dirigieron hacia el sur y crearon probablemente el principado de *Tumtarakan*, a orillas del mar Negro. Estos hombres del Norte penetraron por la fuerza en el Imperio Bizantino. El príncipe Mistislav de Tumtarakan nos cuenta que sometió a los cosogos (cosacos) hacia el año 1022, y que los cosacos se mezclaron con los habitantes de Tumtarakan. En esta época existió también el Imperio de los khazares, en la

región situada al este del mar Negro. En los amplios espacios donde los pueblos del Este mongol se enfrentaron a menudo con el oeste ario, donde la raza nórdica y la raza dinárica se unen, el ruso cree haber borrado todos los vestigios de los pueblos germánicos, como los baskares, los esquiros, los ruges, los godos y los normandos. De ningún modo.

En el siglo II, los cosacos hicieron su aparición en la región de Zaporoga y en el Don. ¿Quiénes eran sus antepasados? No se sabe. Los historiógrafos rusos afirman, a veces, que se trata de una tribu eslava pura, o que son los descendientes de los hunos o de los péchenos... Sin embargo, las características raciales externas nos indican que se trata de un pueblo formado por una mezcla de nórdicos y de dináricos. Bien es cierto que estos vestigios de pueblos germánicos que desaparecieron en la estepa se mezclaron con los chechenos eslavos y con otros pueblos caucasianos. Este pueblo de caballeros luchadores de la estepa, que rechazó a todos los invasores, llevó a cabo correrías en otros países.

Los cosacos debieron sufrir duras represalias tras el asalto de los mongoles. Una parte de ellos huyó a las montañas, otra acudió a los grandes duques en Moscú, donde vivieron en fortalezas (Gorodnoje) o como cosacos libres (Wolnje).

Un autor genovés relata que durante el siglo XV los cosacos, a quienes los turcos llamaban brodnikis, hablaban una lengua mezclada. Esto no concuerda con el hecho de que, desde siempre, habían hablado ucraniano o ruso. En las disputas entre Polonia, Moscú y Turquía, se les encuentra bien del lado de Moscú o bien del lado de Polonia. También sucede que combatan solos contra los turcos.

En 1654, el zar consigue ganarse a los cosacos del Don gracias a un tratado de amistad. Obtuvieron derechos y privilegios especiales y, desde entonces, llevan una vida que guarda muchas similitudes con las del campesino-soldado germánico. Estos campesinos-soldados libres de la estepa no adoptaron tan sólo más de una característica de la caballería occidental, sino también principios arios del Cáucaso. Siempre estuvieron en lucha contra los pueblos invasores del este del Asia interior y protegieron a Europa occidental en un tiempo en que ésta se debilitó a sí misma en las guerras religiosas (las Cruzadas, la Reforma, la Contra-Reforma).

Además de los zaporogos y de los cosacos del Don, existen los cosacos de Kuban, de Terek, de las montañas, de Orenburgo, de Semir, de Sibier, de Saheikul, de Usur y de Amor.

Los cosacos viven en poblados cerrados a los que llaman stanizas. Una pequeña colonia recibe el nombre de chuter, y varios chuters pueden agruparse en una satina. En la cúpula de la satina está el atamán. Es escogido en una asamblea de hombres. Como símbolo de su rango y en las ocasiones solemnes, lleva un cetro de plata sobre el que se halla esculpida una calavera. En la época de los zares se grabaron en el cetro las siguientes palabras: «¡Por Dios, el Zar y la Patria!». Cuando el atamán alzaba su cetro durante una reunión, daba así a entender que debía hacerse el silencio. Los cosacos obedecieron libremente a este atamán electo. Las grandes decisiones relativas a la tribu se tomaban durante las reuniones populares de los hombres. Se hablaba de la guerra y de la paz, de la atribución de tierras, pero también se celebraban juicios. Tres cosacos actúan como consejero, secretario y tesorero al lado del atamán, y diez cosacos armados constituyen la policía. El atamán se ocupa también de juzgar los delitos leves. El honor y la fidelidad son los principios fundamentales, no tan sólo enseñados en la familia, sino también al joven soldado. Los ladrones son excluidos de la comunidad. Las mujeres no tienen acceso a las reuniones populares. Las mujeres se ocupan del hogar y gozan de gran consideración. Al elegir esposa se lleva a cabo una cuidadosa selección. Cuando un cosaco desea contraer matrimonio, tan sólo puede casarse con una cosaca, o bien ha de raptar bonitas jóvenes de un pueblo caucasiano vecino. Cuando toma a una cosaca, el padre de la joven ha de dar su consentimiento al matrimonio. Los divorcios no existen. Cuando una mujer es infiel, es castigada por su propio marido. En tal caso, tiene derecho a pegarle. El cosaco no puede contraer matrimonio con mongoles, y posteriormente tampoco con judías. En las celebraciones, como en las bodas, podía estar bebiendo durante días enteros. Generalmente, la pareja estaba acompañada en el templo por los compañeros, que iban montados a caballo.

Tras su conversión, se adhirieron a la Iglesia ortodoxa. Vivían estrictamente según los preceptos de su fe; ayunaban durante las fiestas de Navidad y Semana Santa,

es decir, no comían ni carne ni leche durante largos períodos. Eran los defensores de la Iglesia. A los 19 años, los cosacos de Zaporogue, del Don y de Terek eran reunidos en un campamento militar que se hallaba en una isla, donde reinaba un orden y una disciplina severos. Los cosacos de Zaporogue tenían su campamento militar en la isla de Kortiz, los cosacos del Don en la isla del Don, en las proximidades de la ciudad de Novotcherkask; los cosacos de Terek en la isla de Chechen (desembocadura del Terek en el Volga). Los varegos normandos se reunían también en estos campamentos militares. El ejército familiar de los cosacos es, también, germánico.

En tiempos del Zar, el cosaco de 19 años de edad se presentaba para el servicio militar. Durante la inspección era dirigido, en función de su nivel de aptitud, hacia la caballería, la artillería o la infantería. Recibía una instrucción que duraba nueve meses. En diciembre del mismo año, el joven cosaco rico ingresaba en su regimiento con un caballo, una silla de montar y una espada, que debía suministrar a su costa. El cosaco pobre ingresaba en la infantería, o bien en un regimiento de caballería, provisto de una espada. Recibía, además, un caballo y una silla de montar, un abrigo, dos uniformes, tres juegos de ropa interior, una gorra, una escopeta, una pistola y una espada.

El equipo siempre era inspeccionado por unas comisiones militares. El servicio activo duraba tres o cuatro años. El regimiento se dividía en centurias (centurias germánicas). Eran agrupadas según el color de los animales. Se daba una gran importancia a la disciplina y al compañerismo. Se concedían premios por las proezas en equitación y en tiro. Los más dotados eran destinados a las escuelas de oficiales. Tras el período de servicio activo, el soldado regresaba a casa. Después de cinco años en la reserva, donde debía presentarse a menudo con su equipo, iba a la segunda reserva. Entonces tenía el derecho de vender su caballo.

Tras el servicio militar, se le permitía aparecer armado en las reuniones de los hombres, y también tenía derecho a votar. Podía, además, solicitar unas tierras, y se convertía así en un campesino independiente. Podía disponer del excedente de sus ingresos como se le antojara. En las reuniones populares, el atamán tenía que redactar un informe sobre la propiedad común de la comunidad aldeana. Al igual que en las tribus germánicas, existía también un bien comunitario: los pastos, el semental, el toro del pueblo, la pesca y la caza.

Tenían también una escuela común. Los niños de pueblos extranjeros no podían ir a la escuela cosaca. La propiedad común era administrada por el atamán. En sus tiempos de ocio, el cosaco se ocupaba, por lo general, de la caza y la pesca.

Como ya se ha dicho anteriormente, los cosacos de Zaporogue tenían un campamento militar en la isla de Kortiza. Por razones políticas, fueron desplazados por Catalina II y se establecieron a orillas del mar Negro o de Kuban. Por consideración a esta gran emperatriz, fundaron la ciudad de Ekaterinburgo (Actualmente Krasnodar), donde erigieron un monumento en su honor. Los cosacos no recibía tan sólo privilegios económicos, sino también militares. Estos hombres eran los guardaespaldas (la Guardia de Corps) del zar. Los hombres más altos, más fuertes y más apuestos fueron elegidos para esta unidad. Uno de ellos recibió, además, la orden de vigilar a los hijos del zar. Aún hoy, los cosacos muestran con orgullo la fotografía de un cosaco del Kuban con el hijo del antiguo zar.

Los cosacos del Don tenían su campamento militar en la isla del Don. No fue hasta 1624 que el zar concertó tratados de amistad con los cosacos del Don y más tarde con los demás cosacos, de los que se puede constatar que, en verdad, eran campesinos y guerreros libres. Se convirtieron en los más fieles defensores del Imperio zarista.

Los cosacos de Terek vivían en Terek y su fortaleza militar se hallaba en la isla de Chechen. No quisieron someterse al zar Iván IV y por ello fueron atacados por él en su isla. Tras duros combates, cedieron ante la superioridad de sus adversarios. Los supervivientes huyeron a las montañas y se denominaron cosacos de la montaña. Poco tiempo después, reconocieron al zar, el cual les envió a luchar contra los Tártaros. Tras vencer a éstos últimos, les autorizó a regresar a las llanuras, donde se instalaron. Para aumentar su número, hizo instalar a mil familias de cosacos del Don y quinientas familias de las regiones del Volga en Tekek.

No existe una gran diferencia entre los usos y costumbres y el estilo de vida de cada tribu. Las costumbres se adaptan las particularidades de cada provincia. Como

rasgos caracteriológicos pueden citarse la valentía, el arrojo, un gran sentido del honor y el orgullo. La desmesura y la inconsistencia son los defectos de los cosacos. Poseen, además, un rasgo notable: un gran sentido de la hospitalidad. No se echa a nadie. Si un visitante piensa que un objeto es extraordinariamente bello, se le obsequia con él. Los cosacos de las montañas y del Ural se adaptaron a las condiciones de vida de la montaña. Todas las tribus de cosacos proceden de los cosacos del Don, de Kuban y de Terek. Los zares enviaban cosacos a cualquier lugar del Imperio que estuviera amenazado por enemigos o cuando debieran emprenderse conquistas. Los cosacos participaron en gran medida en la conquista del Asia oriental y occidental. Como tropas de choque, invadieron los países enemigos, se instalaron en ellos y fundaron pequeños fuertes, los «Ostrogi», y luego pacificaron el país. Estas tropas de choque comprendían de cincuenta a cien hombres, y se denominaban «centuria». Los mandos del pueblo extranjero eran destituidos, el resto de la población, vencido y políticamente sometido. Aparte de su carácter guerrero, los cosacos encargaban la realización de los trabajos agrícolas a los siervos que les cedía el zar. En el apogeo de la servidumbre, acogieron a una afluencia de campesinos que huían de todas las regiones del Imperio. Fueron admitidos en la comunidad de la tribu, tras prestar juramento. En las reuniones de las stanizas, también se les daban tierras. El zar mandó establecer soldados de la reserva en las regiones cosacas para reforzar la implantación de los cosacos. En 1835, los cosacos del Don se vieron forzados a pedir al zar un ukase que promulgara la prohibición de colonizar posteriormente en la región de los cosacos del Don.

Tras el desmoronamiento del Imperio de los zares, los cosacos lucharon por una república libre. En 1917, la proclamaron en la zona norte del Cáucaso. Los bolcheviques intentaron por todos los medios destruir el Imperio que acababa de fundarse. Tras cuatro años de combates, los cosacos fueron vencidos por los bolcheviques. Se dice que los comisarios judíos trataron al pueblo con crueldad. Los supervivientes fueron enviados al interior del país o a presidio. En 1929, los cosacos se sublevaron de nuevo y se convirtieron en contrarrevolucionarios, pues rechazaban la kulakización. El levantamiento fue sofocado. Tuvieron que renunciar a su independencia y a sus particularismos en beneficio del Estado bolchevique. El estallido de la guerra en 1941 incitó a los bolcheviques a devolver la independencia a los cosacos. En lo sucesivo, ya podrían llevar de nuevo sus vestimentas y sus armas y se les reconocía una identidad nacional. Se esperaba así ganar la confianza de estos valientes guerreros. Pero la mayor parte de los regimientos cosacos aprovechó la primera oportunidad para pasarse al lado de los alemanes, esperando de este modo conseguir la victoria junto a ellos. También aspiran a que, tras el final de la guerra, se les permitirá construir un Estado independiente bajo la dirección de Alemania.

Fue, en verdad, la sangre germánica, lo que motivó a estos campesinos-soldados, enamorados de la libertad, a actuar de este modo.

Nunca he oído hablar del derecho matriarcal eslavo, ni de las costumbres eslavas ni siquiera hunas de los cosacos. En ningún relato se encuentran particularismos extranjeros.

¿Acaso no hay analogías entre la descripción de los chattes germánicos y de los cosacos cuando Tácito dice de éstos: «En esta nación, los cuerpos son más duros, los miembros nerviosos, el rostro amenazador y un espíritu más fuerte. Para los germanos, mucho razonamiento y habilidad: adoptar por jefes a hombres de élite, escuchar a sus mandos, conservar la formación, reconocer las ocasiones, diferenciar los ataques, ordenar sus jornadas, reforzar sus noches, considerar a la suerte como incierta, la virtud segura; en una palabra, lo que es muy infrecuente y que sólo ha sido concedido a la disciplina romana: esperar más del jefe que del ejército?».

OSS.II.1.11

"Anales". nº 1. Enero 1944. Edición de la brigada SS Valonia.

Los bastones de Borgoña

Mucho antes de su llegada a los Países Bajos, los duques de Borgoña tenían por emblema unos bastones cruzados en forma de cruz de San Andrés. La elección de tal cruz no había sido hecha a la ligera, sino en clara oposición con la de los reyes de Francia y de los ingleses, la cruz de Saint-Denis (San Dionisio) y la de San Jorge.

Un santo era el patrón de los duques de Borgoña: San Andrés. ¿Se trataba de una prueba de clericalismo? No, pues cada país tiene su santo patrón.

Con Felipe el Atrevido vemos por primera vez los bastones de Borgoña en nuestras provincias; estos bastones se hicieron nudosos con Juan sin Miedo. Desde entonces se convirtieron en el símbolo de las provincias del Oeste, sobre todo bajo el Imperio. Nuestras dos primeras páginas de ilustración son un ejemplo de la forma en que se consideraban los bastones nudosos. Estas páginas, extraídas del magnífico manuscrito del Toisón de Oro, propiedad del señor León Degrelle, muestran las armas de Carlos V, en las que pueden distinguirse cuatro veces los bastones nudosos y los eslabones del Toisón de Oro, y por otra parte un retrato del mismo emperador. En su atavío de ceremonias lleva bordados los bastones; su cuello está adornado con una guirnalda de eslabones y del Toisón de Oro.

Se sabe que las ciudades de Valonia nunca fueron fáciles de gobernar, y a menudo los duques de Borgoña tuvieron que actuar con rigor contra ellas. No obstante, inscribieron por su propia voluntad los bastones nudosos. No puede citarse ejemplo más bello que el que puede contemplarse en Lieja, la ciudad indisciplinada por excelencia. En la vieja chimenea del ayuntamiento, el antiguo emblema de los duques de Borgoña fue grabado con orgullo.

Bajo el Imperio, fueron numerosos los valones que entraron al servicio armado del Emperador. El príncipe Eugenio, glorioso en más de una batalla, estaba orgulloso de combatir junto a las banderas militares que llevaban la cruz de Borgoña, que se mezclaban con las banderas que ostentaban el águila. Los valones siempre incluyeron los bastones nudosos en sus banderas militares y puede verse a continuación de la página 84 de las *Batallas* del Príncipe Eugenio, editadas en La Haya, una placa de gran tamaño, que representa al Príncipe en combate junto a una bandera con la Cruz de Borgoña durante la batalla de Audebarde.

Por otra parte, las monedas del Imperio acuñadas para las provincias occidentales, desde Carlos V hasta José II, estaban periódicamente marcadas con bastones nudosos al mismo tiempo que el águila.

Durante la Revolución Francesa, miles de germanos de nuestras provincias se sublevaron por fidelidad al Imperio contra la Francia jacobina. Sus estandartes llevaban la Cruz de Borgoña roja sobre fondo blanco.

Así pues, los últimos soldados valones fieles a la comunidad germánica resistieron con heroísmo a la invasión francesa bajo los pliegues de las viejas banderas con bastones nudosos.

Nunca nuestras provincias tuvieron otro símbolo. Fueron precisos los frenéticos esfuerzos de la propaganda francesa para hacer olvidar a algunos los bastones nudosos y para que apareciera un nuevo emblema: el gallo, símbolo de las miras expansionistas de Francia en Valonia. Por otra parte, sólo aparecerá hacia el año 1913 como signo anti-flamenco y anti-alemán.

Todavía ahora, es bajo el signo de los bastones nudosos de Borgoña que se baten los mejores hijos de Valonia al lado de las águilas germánicas.

II. Historia cultural

OSS.II.2.1
Cuaderno de la SS. Nº 10. 1937.

Formación de un grupo de trabajo sobre la etnología nacional

Los Reichsleiters Darré, Hierl, Himmler, Rosenberg y v. Schirach han formado, a principios de enero, un grupo de trabajo que concierne a la etnología nacional alemana.

¿Qué objetivos se fija la formación del grupo de trabajo sobre la etnología nacional?

Todavía hoy, nuestros adversarios ideológicos de los diversos campos de la reacción como las Iglesias, tratan, de una manera tanto potencial como efectiva, de destruir nuestra obra y de denigrarla, de la misma manera que los enemigos del pueblo atacaron a su más sagrada herencia durante el último milenio.

Este grupo de trabajo debe actuar con la mayor energía para neutralizar a estos enemigos. Debe, además, facilitar al trabajo etnológico encontrar aplicaciones en el seno del Partido y de sus asociaciones en razón de su gran importancia para la educación y la formación.

¿Qué significa la etnología nacional?

La etnología nacional es «la ciencia que estudia lo que constituye el pueblo». El modo de vida del pueblo alemán es, pues, el centro de interés de la etnología nacional científica; por ejemplo, las creencias populares, las canciones, las danzas, el lenguaje, las costumbres, los símbolos, el conjunto de los relatos (cuentos, leyendas, historias divertidas, adivinanzas, proverbios, etc.) el artesanado, la vestimenta (trajes), los muebles, la construcción, el *hábitat*.
La reciente ciencia nacionalsocialista, que es la etnología nacional, basa la proto-historia de nuestro pueblo en los conocimientos de la raciología y de la psicología racial. Considera que una de sus misiones principales es sustraer el patrimonio nacional a las influencias extranjeras introducidas en el curso del último milenio.

¿Qué importancia tiene, para nosotros, la etnología nacional?

Contrariamente a la ciencia «objetiva» y «absoluta» del pasado, nosotros consideramos la etnología nacional, no como un fin en sí y por sí mismo, sino en la óptica de la concepción del mundo nacionalsocialista, que es servir al pueblo. La explotación de los resultados científicos sirve para educar ideológicamente al pueblo, pues el patrimonio

tradicional popular expresa y pone perfectamente de relieve la concepción del mundo propia a nuestra sangre.

La religiosidad germánica y la creencia en el Dios nórdico están tan diseminadas en el mundo tradicional de los cuentos, de las leyendas y de los cantos como en el de las costumbres. Se las puede distinguir en los signos sagrados y los símbolos que encontramos continuamente en nuestras casas campesinas y en las creaciones de nuestro arte artesanal.

No se trata en absoluto, recurriendo a interpretaciones precipitadas, de elaborar un sistema religioso a partir de estos restos de una visión del mundo precedente. Ello equivaldría a seguir un proceso no orgánico, que provocaría el nacimiento de un nuevo dogmatismo. Pero conocer la historia de la accidentada evolución seguida por el universo tradicional, espiritual y material de nuestros antepasados, puede agudizar nuestros sentidos con el fin de permitirnos discernir lo que nos es propio y lo que nos es alógeno. Así, captamos mejor las interacciones y efectos de las fuerzas espirituales de nuestro pueblo que han atravesado la noche de los tiempos y que hoy se expresan de manera pura en las fiestas de las organizaciones combatientes del Movimiento y en las grandes fiestas de la nación. Estas últimas expresan la nueva unidad recobrada por nuestro pueblo.

La gran frase de Ernst Moritz Arndt expresa esta voluntad de concretización: «Ser un pueblo, tal es la religión de nuestra época; por esta fe debe estar unido y fuerte, y gracias a ella, vencer al diablo y al infierno. Abandonad todas las pequeñas religiones y seguid el gran mensaje del que es superior al Papa y a Lutero, reuníos en él en una nueva fe.»

Las tareas prácticas de una etnología nacional alemana

Conciernen ante todo a la concepción de las fiestas y el estilo de vida cotidiano. Las fiestas que siguen el ritmo de la vida, el año y las grandes fiestas de la nación representan ante todo un campo de actividad extenso para una ciencia consciente de la importancia de su trabajo nacionalsocialista. Estudiar la preparación de las veladas de fiestas en todas las grandes organizaciones del Movimiento y del Estado plantea numerosas cuestiones a la etnología nacional. Tiene, pues, una responsabilidad fundamental y debe estudiar los temas de la arquitectura, de la vestimenta y de la creación artesanal.

SS-Ostuf. Ziegler, director de la oficina especializada de la comisión de trabajo.
SS-Hstuf. Strobel, responsable del servicio educativo de la oficina

OSS.II.2.2

Cuaderno de la SS. N° 3. 1944.

Nacimiento y fin del mundo en el mito ario.

¿De dónde proceden los mundos, los dioses, los hombres y todas las cosas que se encuentran entre el Cielo y la Tierra? ¿Y cuál es su destino, ante todo la de los dioses y de los mundos, incluso si sobreviven a la vida terrestre del hombre y se encuentran sometidos a una gran ley cósmica? Tales son las preguntas eternas que se ha planteado siempre el hombre, en todas las épocas y en todos los pueblos. El estudio comparativo de los mitos y las leyendas revela una concordancia sorprendente, tanto en las preguntas como en las respuestas. Pero no se trata simplemente de constatar una diferencia racial en el estudio de los mitos. No obstante, existe: el mito ario del nacimiento del mundo es, por principio, diferente de los mitos chino, babilonio o azteca. Aunque las representaciones de un orden cósmico parezcan, a primera vista, ser también divergentes en el área racial aria, existe, a pesar de las diferencias espaciales y temporales, una

estructura de base común que se manifiesta. Se distingue la existencia del mismo conocimiento de una ley universal eterna en la experiencia naciente del Norte germánico, en la de los pensadores de la India védica y en las oraciones del gran ario místico Zaratustra.

El Rig-Veda y el Edda revelan los más magníficos testimonios de los mitos del nacimiento del mundo que nos llegan desde la esfera racial aria. Cerca de dos mil años antes que comenzara la percepción filosófica del mundo en Grecia, la sabiduría aria india alcanza los límites de los conocimientos humanos más allá de los cuales impera la ignorancia. Hoy no podemos más que experimentar un gran respeto por la pureza imperiosa de la sabiduría aria que manifiesta toda su profundidad en el décimo libro del Rig-Veda, capítulo 129:

1.- En otro tiempo no había el no-ser ni tampoco el ser. No había ni espacio ni cielo encima. ¿Qué se movía? ¿Dónde? ¿En qué extensión? ¿Era, el agua, de una profundidad insondable?

2. En otro tiempo no había ni muerte, ni inmortalidad, ninguna diferencia entre la noche y el día. El Uno respiraba sin viento de su propia fuerza; no había nada más que eso.

6.- ¿Quién sabía con certeza, quién puede aquí anunciar de dónde ha nacido, de dónde procede esta creación? Los dioses están a este lado de la creación del universo. ¿Pero quién sabe de dónde procede?

7.- ¿De dónde ha salido esta creación; si ella es creada o no creada? El que desde lo alto de los cielos vela sobre ella. ¡Ése lo sabe bien! ¿O tampoco lo sabe ?

A los ojos del pensamiento cristiano esta última pregunta podría parecer constituir un grave ultraje y una negación de la omnipotencia divina. El espíritu ario de la India no conoce este tipo de trabas, ni ninguna revelación divina absoluta que maldice a priori toda idea humana relativa a ello. Como los griegos de Homero, como los germanos de los cantos heroicos del Edda, el indio se presenta ante sus dioses con una orgullosa consciencia de sí mismo y una calma casi serena. Él sabe también que los dioses están «de este lado de la creación del universo» y que, igual que el hombre, están sometidos a un orden del mundo superior. Y, para comprender textualmente esta última causa del mundo, se consagra enteramente en sí mismo, aislado en los atrayentes y prometedores campos del espíritu. No era tampoco capaz de definir lo que no existía al principio. Pero, igual que un vagabundo que no puede explicar nada más, busca y lucha por el conocimiento, explora la palabra en sus bases más profundas y encuentra mucho antes que un Platón y un Aristóteles la noción fundamental absoluta: Atmá y Brahma -el uno y el todo-, *sat y asat* -ser y no ser-. De este modo, nuestro texto ilustra de manera ejemplar el hecho de que la India aria ha transformado la creación múltiple y gráfica de la experiencia poética en una razón que reflexiona, en una noción abstracta.

En el Edda, el destino de los mundos ha permanecido como un mito auténtico, estructurado, de la predicción profunda de las Normas y de las sabias videntes con rostros impregnados de misterio. Allí donde la India manifiesta ya el carácter sagrado de un pensamiento abstracto, la predicción de la volva germánica envuelve al país nórdico con su canto susurrante, en el que cada palabra refleja el entorno terrestre.

Se encuentran ciertamente múltiples preguntas y respuestas, no obstante, el «rostro de la vidente» actúa como una música poderosa, mugiendo en acordes fatales, luego susurrando de nuevo y hablando en voz baja de las cosas eternas... mientras que en la India aria el lenguaje desnudo y crudo es el único explícito.

El *Edda* comienza con la predicción de la vidente. Ya puede verse la importancia que se le atribuía en el pasado. Las tentativas hechas para encontrar en este poema del destino de los mundos una finalidad religiosa de naturaleza ajena han fracasado siempre. La predicción de la volva no es una religión y no quiere serlo. Es una visión de gran estilo, mítica, de una época que todavía sabía extraer enseñanzas del estudio del mundo exterior, que deseaba espiar los múltiples secretos de los bosques y de los mares.

La vidente expresa su ciencia misteriosa con una voz que hace cesar todos los ruidos e impone un solemne silencio:

Silencio yo pido a todos
Los seres sagrados

Pequeños y grandes
Hijos de Heimdall;
Tú quieres, Valfödr, que yo
Revele
Los viejos relatos de los hombres,
Los más antiguos que recuerde.

Yo me acuerdo de los gigantes
Nacidos al principio,
Ellos que, hace mucho tiempo,
Me trajeron al mundo;
Nueve mundos yo recuerdo,
Nueve extensiones inmensas
Y el glorioso árbol del mundo
Hundido bajo la tierra.

Era en la primera edad
Donde no había nada,
Ni arena ni mar
Ni frías olas;
No había tierra
Ni alto cielo,
Abierto era el vacío
Y no había hierba en ningún sitio.

¡Qué abismo entre «el ser y el no-ser» del Rig-Veda y el «ni arena ni mar/ni frías olas»;» de nuestro poema! Allí los límites de las reflexiones solitarias del espíritu; aquí las huellas vividas del país nórdico. En un lado se expresa la primera gran tentativa de la arianidad, siempre ajena a este entorno, de comprender las cosas de manera puramente racional; en el otro lo visto y lo vivido se transponen en palabras míticas e igualmente poéticas, lo que revela una relación extremadamente viva con ese entorno. Se observan los fallos particularmente flagrantes que han hecho seguir caminos diferentes al espíritu ario durante la evolución.

El mito germánico del nacimiento del mundo es un testimonio inmortal de la interacción viviente que existe entre la experiencia y la creación. Y cuando la vidente evoca primero los tiempos antiguos del recuerdo mítico, despliega inmediatamente ante nuestros ojos una imagen grandiosa del mundo que hace la síntesis del pasado, del presente y del porvenir con una necesidad inflexible. Los dioses y los hombres nacen, es una creación, una construcción, y «vino también la guerra al mundo», un hecho que se debe afrontar heroicamente.

Se tiene la impresión de asistir a un proceso de evolución del mundo presentado como una gran sinfonía en tono mayor, pero la vidente maldice pronto los primeros acordes menores. Presiente la desgracia que nadie puede evitar. El crepúsculo de los dioses y de los mundos se esboza. Los dioses se preparan, y los hombres también. De una manera inevitable, la volva interpreta los signos infalibles del inminente final:

Los hermanos se batirán entre sí
Y se matarán,
Los padres mancillarán
Su propio lecho:
Tiempo rudo en el mundo,
Adulterio universal,
Tiempo de las hachas, tiempo de las espadas,
Los escudos se extienden,
Tiempo de las tempestades, tiempo de los lobos
Antes de que el mundo se hunda;
Nadie protegerá a nadie.

El sol se obscurece,
La tierra se hunde en el mar,
Las relucientes estrellas
Vacilan en el cielo;
Hay humo en todas partes,
Crepitan las llamas.
Un intenso ardor
Trepa hasta el cielo.

El crepúsculo de los dioses y de los hombres... he aquí el pensamiento ario más atrevido. Deduce el mito del nacimiento de los mundos y el grandioso comienzo concluye en un final igualmente pujante. El espíritu ario no conoce un mundo perfecto, que nace y luego se destruye, ni tampoco un juicio final. El mundo consiste más bien en una «rueda que rota sobre sí misma», simbolizada por la cruz gamada. Los textos védicos llaman a menudo al orden cósmico «la gran rueda del llegar a ser» que gira irresistiblemente siguiendo al destino. La decadencia de los dioses y del mundo no es tampoco el último fin que se persigue en una vida en un eterno más allá.

Desde Nietzsche, la noción del «eterno retorno de todas las cosas» traduce un gran pensamiento en devenir. La enseñanza del retorno encuentra su forma más sublime en la Võluspa. Sí, el crepúsculo de los dioses es totalmente absurdo sin un nuevo amanecer de los mundos en la óptica germánica. La victoriosa transformación de los malos en buenos se cumplirá cuando «los malos llegarán a ser mejores y Balder regresará». La certeza aria más sagrada quiere que la luz triunfe finalmente sobre las tinieblas, el bien sobre el mal. Encontró su manifestación intemporal en las enseñanzas del gran persa ario Zaratustra en una época ilustre.

Fritz Reich

OSS.II.2.3

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1938.

Visión germánica del cielo

Desde hace milenios, la Tierra gira alrededor del Sol, de las estrellas y lleva a la humanidad consciente de su existencia propia. Y continuará haciéndolo durante millones de años, pero sólo hace apenas un millón de años que los ojos humanos se vuelven conscientemente hacia el Sol y las estrellas más próximas de «su cielo».

Aparte de la adopción de un tipo de vida extremadamente simple, no conocemos nada de las primeras proles humanas que se desarrollaron hace centenares de miles de años. Sólo hacia los 100.000 años antes de J.-C. las huellas de su migración terrestre resultan claras, y hacia 30.000, 20.000 años antes de nuestra era empezamos a encontrar algunos detalles. Sin embargo, sólo hacia el año 10.000 aparece el hombre bajo *la luz de la Historia* y, desde esa época, empezamos a conocerle mejor, así como su vida cotidiana y espiritual, y también sus relaciones con los astros. Ya que, después de asegurarse sus necesidades cotidianas, nada hay a que el hombre esté más íntima y originalmente ligado que el Sol y las estrellas. Los poetas, que expresan la consciencia popular, cantan y hablan siempre de las estrellas. El hombre aprendió siempre a conocerlas mejor y se creó su imagen del mundo, su *imagen del cielo*.

Los astrónomos nos describen esas visiones terrestres y celestes de los pueblos, ya sean griegos, romanos, egipcios o babilonios. Encontramos obras de astronomía, muy detalladas, de los cincuenta últimos años -no falta la astronomía de los árabes- ¡pero no hay nada de la visión celeste de los germanos! Si acaso, algunas observaciones sobre el emplazamiento arqueológico de *Stonehenge*, porque un astrónomo inglés ha escrito algo sobre él, pero incluso sobre ese punto los eruditos no estuvieron mucho tiempo de acuerdo.

En la literatura especializada, se encuentra una nueva historia, muy profunda, de la astronomía, que, en seiscientas cincuenta páginas, consagra siete a la astronomía de los germanos. El autor hace afirmaciones tales como: «Los germanos aprendieron de los romanos el uso del mes y de la semana de siete días», y, por lo demás, sólo añade algunas ligeras informaciones. Algunas obras de jóvenes investigadores les contradicen, pero no se llega muy lejos cuando, por ejemplo, uno de ellos sostiene el siguiente punto de vista:

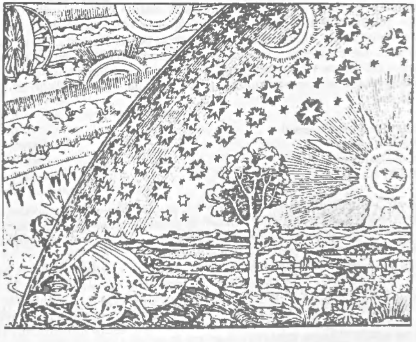
«En los emplazamientos originales de los germanos, en el norte de Alemania, en Dinamarca y en el sur de Suecia, el tiempo apenas ha variado con relación a la Edad de Bronce a la Edad de Hierro y más tarde. Muy a menudo, a causa del cielo cubierto y de las frecuentes lluvias, es raro poder observar cada noche el cielo y sus manifestaciones y constatar sus cambios, excepto un cuerpo celeste tan claro y brillante como la Luna.»

No; no se puede dar crédito a esta opinión porque el cielo de la Edad del Cobre (del 5000 al 2000 antes de la era cristiana) y el de la Edad de Bronce (del 2.000 al 500 antes de J.-C.) eran diferentes del cielo de la Edad de Hierro (desde 500 a.d.C. hasta hoy, en que la edad del metal ligero ya ha empezado). Pues una era cálida más soleada y menos lluviosa, ha dejado paso, progresivamente, desde el año 3000 a.d.C., a un clima más frío y más lluvioso.

Fue precisamente a principios de la Edad de Hierro cuando desaparecieron las modificaciones climáticas y se instauró la situación que conocemos hoy. No se puede ignorar este hecho. Así pues, durante la Edad de Bronce y mucho antes, reinó en el espacio germánico, a principios del Neolítico, un clima esencialmente más favorable, sobre todo para la observación del cielo.

Los dibujos rupestres del sur de Suecia nos describen la pluviosidad durante toda esta época.

Estos grabados se refieren principalmente a la observación del Sol y a las fiestas solares. Su riqueza indica que un examen minucioso y constante del cielo se ha llevado a cabo y no concierne únicamente al período diurno. ¡No es posible interesarse por el año solar, a sus causas, e ignorar el cielo nocturno! En efecto, las huellas de un conocimiento astronómico datando de esta época nos lo confirman.



Gravado de la Edad Media
«Que conozca el mundo en su naturaleza más íntima».
Goethe

Si retrocedemos once siglos, podemos leer en la oración del claustro de Wessobrunn:

Dat gafregin ih mit firahim firiwizzômeistâ,
da êro ni was noh ufhimil...

Esto me parece ser la sabiduría más profunda de los hombres,
Cuando antaño ni la tierra existía, ni el cielo encima,
Todavía ningún árbol, ninguna montaña,
Sin estrellas luciendo ni el sol resplandeciente
La Luna no brillaba, el mar no existía.
La nada reinaba... no había ni fin ni devenir...

Siguen luego tres versículos en los cuales «el dios todopoderoso es llamado el más clemente de los hombres», actitud puramente germánica y totalmente no-cristiana hacia Dios. A ese respecto, la oración propiamente dicha termina por la prosa. A pesar de la modificación cristiana al final de la oración, una huella de tradición brilla en esta primera parte por su descripción espiritual que nos hace pensar. Esto es aún más sorprendente cuando se hace una comparación con el Edda y su Völuspa, tres siglos más reciente:

Era en la primera edad
En la que no había nada
Ni arena ni mar
Ni frías olas;
No había tierra
Ni alto cielo.
Abierto era el vacío
Y no había hierba.

En los dos poemas, la descripción es equivalente, pues antaño «no había tierra ni cielo encima». Por otra parte, encontramos lo mismo en la oración de Wessobrunn cuando dice que no habían árboles, mientras que la Völuspa asegura que el verde, es decir, literalmente la hierba, no estaba en ninguna parte. El Edda, igual que la oración de Wessobrunn, fue transcrita por una mano cristiana y cabría pensar que esta concordancia deriva tal vez de una concepción cristiana. Pero disponemos todavía de otras fuentes indogermánicas que son mucho más antiguas, en casi 3.000 años. Así, en el Rig-Veda se dice:

Antaño era (el universo)
Ni no-ser ni ser;
No había espacio
Ni cielo encima...

En la segunda parte de las líneas del Rig-Veda, se constata una concordancia casi literal con los otros dos textos. Se reconoce, pues, el paganismo germánico. Las palabras del Rig-Veda del ser y del no-ser son perfectamente equivalentes y análogas a las líneas últimamente citadas de la oración de Wessobrunn.

Esta oración fue escrita hacia el año 800 en un claustro bávaro y el Edda data del siglo X. Pero el pasaje de la concepción del mundo germánico común corresponde a la época germánica y, como el Rig-Veda demuestra, se remonta a milenios atrás. Pero incluso la tradición transcrita en el Rig-Veda fue introducida en la India procedente de la patria original y no parece haber sido creada en Germania inmediatamente antes de la partida de los emigrantes hacia la India. Así pues, esta idea de la creación del mundo es, ciertamente, aún más antigua.

He aquí cómo nuestros antepasados se representaban el estado original y el naci-

miento del universo y de la Tierra. Después de esto, puede también mencionarse el relato posterior de la creación en el Edda. Citemos una estrofa del Wafthrudnismal que relata el destino del gigante de los orígenes, Ymir. Había sido muerto por Odín y sus hermanos, los hijos de Burr, y se dice más adelante:

De la carne de Ymir la tierra fue formada,
Y de sus huesos, las montañas,
El cielo, del cráneo
Del gigante frío como la escarcha,
Y de su sangre, el mar.

Así, el pobre Ymir proporciona con su cuerpo la materia prima de la edificación del mundo. Volvamos de nuevo a la Võluspa:

Después los hijos de Burr
suscitan la tierra firme,
Ellos, que crearon
El Midgard glorioso;
Del sur brillaba el sol
Sobre el pavimento de la sala,
Entonces la tierra se cubrió
De verdes hojas.

El sol del sur,
El compañero de la luna
Extendió la diestra
Hacia el borde del cielo;
El sol no sabía
Dónde estaba su lugar,
La luna no sabía
La fuerza que tenía,
Las estrellas no sabían
Dónde estaba su sitio.

Entonces todos los dioses subieron
A las sedes del juicio,
Divinidades supremas,
Y se consultaron;
A la noche y a la ausencia de luna
Dieron un nombre,
Dieron la mañana,
Y el mediodía,
Las sombras y el atardecer
Y contaron el tiempo por años.

La creación se ha realizado y conlleva sus leyes. Está claro que la instauración de esta legislación mítica sólo podía hacerse después de que el hombre hubiera observado minuciosamente estas leyes de la naturaleza. Esto prueba, una vez más, la antigüedad de los conocimientos astronómicos de los germanos.

Según los testimonios de las pinturas rupestres del sur de Suecia, nuestros antepasados conocían perfectamente el curso del año, no sólo durante la Edad de Bronce sino también mucho antes, durante *la Edad de Piedra.* Sus construcciones pétreas, esos lugares de culto solar enormes que se remontan a esa época, nos lo demuestran también. No queda ninguna duda sobre el hecho de que tales conocimientos no fueron reunidos en dos décadas ni siquiera en dos siglos, y que ello precisó de un período mucho más largo.

Además, sabemos que la adquisición de estos conocimientos no fue consecuencia del puro azar, sino que nuestros ancestros actuaron de una manera absolutamente

sistemática *porque ya eran campesinos en aquellos lejanos tiempos*. Todos estos conocimientos emanan del trabajo del campesino que cultiva su campo, tal vez, al principio con un azadón sobre la tierra fértil.

OSS.II.2.4

Cuaderno de la SS. Nº 6. 1944.

Árbol de vida y árbol del mundo

Transformación de un símbolo ario

En diferentes regiones de Alemania, existen monumentos funerarios de piedra que datan del siglo XVII, cuya ejecución materializa la muerte del yacente de manera característica y significativa.

Se ve, por ejemplo, en el bajorrelieve de la placa mortuoria, un ramo de hermosas y grandes rosas. La muerte, representada por un esqueleto, está indolentemente sentada y recoge irónicamente las flores más bellas. Nadie podría equivocarse sobre el sentido de esa imagen: al ser bruscamente cortada la flor, el fluido vital ya no pasa en ella, ni en el ramo; tal fue el destino del muerto de esa tumba.

La dulce melancolía y el tono sutil que emanan de esta ilustración han dejado paso en otros monumentos funerarios a una violencia salvaje y altanera, casi brutal. Se ve a la muerte, representada siempre por un horrible esqueleto, abatir un árbol con un solo gesto. El corte es ya profundo; el resultado fulminante es claro.

En otras representaciones, el árbol ya ha caído bajo sus golpes; a veces un rayo destructor surge de las nubes. Pero en todas partes resuenan netamente estas palabras: «¡Igual que cae el árbol, caerás también tú, hijo de los hombres!». No hay pues ninguna duda de que el hombre representa el árbol de vida del muerto, que su vida simboliza la del hombre.

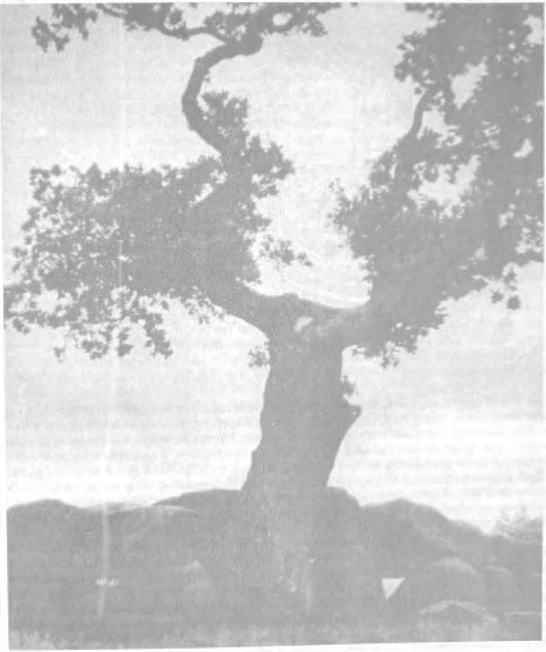
El hombre y el árbol son presentados aquí en profunda simbiosis interior. El árbol no es una imagen de la realidad, ni el reflejo de la naturaleza, ni una obra de arte para ser apreciada de una manera estética. Hay aquí un significado, sin duda inconsciente, para el escultor del siglo XVII, arraigada en la profundidad de nuestras creencias. No podemos más que evocar la amplitud de la utilización de este «árbol de vida». La mitología del fresno tiene sus raíces en los comienzos de nuestra tradición indo-aria. El árbol vive en las leyendas en la forma de árbol de casa, de árbol protector, de árbol plantado para un recién nacido. Se le adivina en los cuentos de hadas como el del Machandelboom o el de las manzanas de la vida. Se le encuentra en los cantos y las costumbres del árbol de Mayo y el de Navidad, clavado en la azotea de las casas y conservado durante un año. En todas partes, la vida del hombre o de la familia está secretamente vinculada a la buena salud de ese árbol. Es pues, realmente, un «árbol de vida».

Sería ilusorio creer que estas representaciones de un árbol abatido hubieran nacido en el siglo XVII, ese siglo tan triste y tan doloroso, que fue marcado tan a menudo y tan duramente por el hacha de la muerte. No es así. La idea de la muerte abatiendo el árbol apareció mucho antes. Una estampa gravada en los cantos de Sebastian Brant, editada hacia el año 1500, reproduce ya una imagen comparable. Más significativo, no obstante, es el hecho de que no se trata aquí de un solo hombre sino de varios, sentados en el árbol que se inclina hacia una fosa antes de ser abatido.

Más característica aún, la escena final de la danza de la muerte, de Nicolás Manuel Berner. En el árbol atacado con un hacha, se ven a muchos hombres que la muerte abate con flechas. Como ya hemos dejado entrever, no se trata del árbol de vida de un solo hombre, sino de todo el género humano. Todavía se ve más claramente en un grabado del maestro, sacado de una obra de los años 1470: el árbol de vida es realmente un árbol del mundo, pues pueden verse a los hombres en orden y en tres filas, símbolo de un mundo bien estructurado.

Arriba, vemos al clero; más abajo los señores, los emperadores, los reyes, los

príncipes y los condes; luego, más abajo aún, los burgueses y los campesinos. En la época declinante de la Edad Media, constatamos la existencia de esta antigua subdivisión de la humanidad en tres clases diferentes, conocida por la poesía y la filosofía de los indo-germanos. Sin embargo, el árbol no ha sido cortado; es roído noche y día por dos bestias y colocado en un barco que boga sobre las olas, símbolo del tiempo que pasa. La muerte levanta su arco y lanza su flecha sobre los hombres sentados en el árbol.



Para nuestros antepasados paganos, las piedras y los árboles expresaban el poder y la sabiduría de los dioses.



«En cuanto a individuos, no somos más que las hojas del árbol; hoy, éstas son verdes, una más grande, otra más pequeña. La una florece, después la otra. Todo esto no tiene importancia, mientras que el árbol siga vivo»
Adolf Hitler.

Este árbol es, pues, mucho más que un árbol de vida, más, también, que un «árbol de clases», como se le ha llamado erróneamente; es, en verdad, el árbol del mundo que abarca a todos los hombres en un orden preciso. Podemos referirnos al fresno nórdico que acoge en sus ramas a los dioses y a los hombres, y también a otros árboles del mundo indo-germánico. No tan sólo proporcionan abrigo, sino que dispensan igualmente alegría y felicidad. Hoy no podemos menos que sospechar lo que fue, en la lejana obscuridad del pasado, este gran mito surgido de las profundidades de nuestra raza. Podemos, no obstante, seguir su evolución merced a los diversos testimonios que acabamos de aportar.

En este grabado de finales de la Edad Media reviven todavía algunas huellas de la grandeza nórdica y se siente la cosmología mítica emanar de la representación del árbol sagrado. Las formas siguientes del libro de Sebastian Brant, como de la danza de la muerte de Berner son más simples, más flagrantes, más crudas, pero aún llenas de simbolismo. En esa época el sentido cambia mucho. Lo general deja paso a lo particular que raramente se encuentra en la Edad Media en las representaciones de árboles de vida. A causa de ese particularismo, las imágenes van siendo más simples y más comprensibles; pierden su sentido oculto y su grandeza mítica; se hacen sensibles, incluso sentimentales, y suscitan la emoción, la melancolía y la piedad.

Pero, finalmente, el contenido simbólico desaparece y el lector ya no considera estas imágenes más que como alegorías u obras de arte, en las que admira la belleza y la eficacia estética. Así se acaba la evolución del viejo símbolo del árbol del mundo y del árbol de la vida. Sólo nos queda observar con precaución, a través de los testimonios, la profundidad del pasado y sentir esta marca de majestuosidad.

OSS.II.2.5

Cuaderno de la SS. Nº 4. 1942.

Túmulos y dibujos rupestres

Una contribución a la fe germánica

En la región de origen del pueblo germánico se han conservado hasta nuestra época los monumentos culturales más impresionantes de su lejano pasado: los dólmenes y los grabados rupestres. Hace casi 4.000 años, un pueblo campesino honraba a sus muertos en el norte de Alemania y en Escandinavia, erigiendo monumentales emplazamientos funerarios a los cuales aluden todavía hoy leyendas y costumbres prehistóricas ajenas al pensamiento cristiano. Las tumbas atestiguan la fortaleza moral de esos hombres y de su desarrollado sentimiento comunitario. En una época tan antigua ya encontramos, no sin emoción, la idea de familia que adquiere una gran importancia en cuanto a la noción del deber de los vivos hacia los muertos. Habían santificado el ritmo vital eterno, inmutable, del nacimiento y de la muerte. Lo vivían en el curso inconcebible de los astros y a él se sentían vinculados como campesinos. Tenían una percepción interior de las fuerzas de la vida. Así nació su sentido del deber con respecto a la vida. de su mundo moral. Era un mundo absoluto y homogéneo que sólo se podía concebir de una manera espiritual.

El muerto abandona la vida de aquí, abajo, y sin embargo continúa viviendo; no físicamente, de una manera terrestre, sino en una unidad del alma y del espíritu parecida al cuerpo, como los descendientes de su clan. Necesitaba incluso de sus armas, de comida, de bebida, del recuerdo y de la solicitud de los humanos. Llegaba a ser un ejemplo e, incluso, un protector de su clan.

Bajo esta severa apariencia, estaba en contacto con las fuerzas del destino e influenciaba la vida de los vivos.

Los hombres de esta época mística de los dólmenes traducían sus sentimientos religiosos en símbolos, de la misma manera que el alemán de hoy. Encontramos cincelados en lápidas sepulcrales la rueda solar y el signo del hacha como símbolo de las fuerzas dispensadoras de vida. Encontramos el hacha escondida bajo el hogar de la casa. No se trataba de magia, sino tan sólo de la creencia en la fuerza de los poderes que el hombre necesitaba.

El universo religioso y también las leyes morales de los campesinos nórdicos se hallaban arraigadas en ese mundo. Los poderes eran accesibles a sus sanos sentimientos religiosos pues actuaban sobre la vida y no se parapetaban en un «más allá sin substancia».

En Kiwik-am-Schonen (sur de Suecia) se descubrió en 1748 una tumba de piedra debajo de un dolmen, que nos facilita una nueva perspectiva del universo de representación religiosa de nuestros antepasados. Data de principios de la Edad de Bronce (hacia el 1800 antes de J.C.) y es una forma perfeccionada de túmulo. Los muros interiores de las baldosas de la cámara están diversamente decorados, de una manera artística y ornamental, en parte con signos simbólicos, y en parte con imágenes ilustradas que deben relatar seguramente acontecimientos culturales. La relación con las potencias vitales, el Sol (la rueda solar), el relámpago (el hacha), la tierra (la franja en zigzag como símbolo simplificado de la serpiente) con el culto de los antepasados es, aquí, muy clara. Se conciben siempre como una unidad... como el gran cosmos insondable.

Las imágenes rupestres escandinavas hablan de las representaciones religiosas de nuestros ancestros germánicos de una manera aún más penetrante. Grabadas sobre desnudas protuberancias rocosas se hallan en medio de fértiles tierras arables. Una extraña costumbre prehistórica se ha conservado también hasta nuestra época. Son los símbolos de la creencia y de las representaciones de la costumbre religiosa. Los hombres no concedían ninguna importancia a una representación hiper-realista de lo que contenía el fondo de sus concepciones. Nos hallamos aquí, pues, en presencia de



La cámara funeraria de Kivik

divinidades de formas múltiples, personificadas o abstractas: el Sol a través del símbolo de la cruz en la rueda o del dios portador de lanza que ha sobrevivido hasta la época cristiana bajo la forma del misterioso Wotan-Odín, el relámpago como dios con el hacha, que era considerado simultáneamente como dispensador de vida y de fertilidad y que aparece bajo los rasgos del dios germánico tardío Thor-Donar. La tierra, y verosímilmente también el agua, son también simbolizadas por una serpiente o un zigzag. En su conjunto, las imágenes rupestres ilustran las fiestas culturales del paso de un año a otro. Sobre un carro arrastrado por caballos, o sobre un barco, el Sol atraviesa el universo y fecunda la Tierra con sus rayos. El es el centro del pensamiento campesino. Después del final del invierno en el Norte, el día de su regreso era celebrado con fiestas religiosas. La tierra era desbrozada con el arado sagrado que conllevaba el símbolo del Sol.

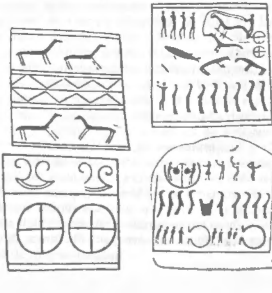
La vida se relaciona con el mundo de la representación terrestre y no se extravía en «especulaciones trascendentales».

Detrás de estos símbolos de las potencias fundamentales de la vida se oculta la conciencia de la esencia del mundo. La conciencia del hombre alemán tardó mucho tiempo en recorrer este largo camino. Pero no es esto lo importante. Sólo cuenta la actitud ante la vida. Las raíces de la fuerza moral de la antigua germanidad no son ni la magia, ni ninguna otra forma del espíritu o del alma, sino la fe y el culto.

Werner Mähling

Un pueblo vive feliz en el presente y en el futuro mientras es consciente de su pasado y de la grandeza de sus ancestros.

Heinrich Himmler



Representaciones simbólicas de los poderes de la vida (izquierda) y de las costumbres religiosas del culto de los antepasados (derecha) en las lápidas sepulcrales de la tumba de Kivik.

Cuaderno de la SS. Nº 4. 1942.

Del origen religioso de las runas

Pocas personas se imaginan que la lengua que hablamos cotidianamente no es tan sólo un medio de comunicación en las relaciones entre los hombres, sino que es la expresión del alma en sus más profundas raíces. La lengua del poeta expresa los mayores misterios y ejerce siempre su influencia sobre la creación lingüística. El sonido de una palabra, su matiz, su contenido musical, expresan a menudo más cosas que los conceptos lógicos. La lengua y la escritura, en fin, tienen un origen religioso igual que el arte. Nuestros antepasados eran conscientes de ello. En el canto del Edda sobre el despertar de la Walkiria, la creación de las runas, es decir, de los signos que nuestros ancestros gravaban en pequeños caracteres, se atribuye a Odín: «Los interpretó/Los grabó/Los concibió Hopt». Pero en la época vikinga, Odín era el dios de los guerreros y de los skaldas y, en consecuencia, el detentor de la misteriosa sabiduría original. El mito de la esencia de las runas nos es revelado en dos estrofas del Edda. Odín habla de sí mismo:

Yo sé que pendía
Del árbol batido por los vientos
Nueve noches completas,
Alcanzado por una lanzada
Y dado a Odín,
Yo mismo entregado a mí mismo,

—

Yo escrutaba hacia abajo,
Yo recogía las runas,
Las recogía gritando,
Desde allí, caía.

En el peligro extremo, Odín se salvó recogiendo los caracteres rúnicos. En el sublime poema del Edda, «La predicción de la vidente», se encuentra el versículo «Los Ases se reúnen.../se acuerdan/Los grandes acontecimientos/ Y las viejas runas/De Fimbultyr». Fimbulryr es Odín.

La piedra de Nobely, que data del año 600 aproximadamente, atestigua la misma concepción del origen de las runas a causa de la inscripción: «Yo pintaba las runas que procedían del consejero» (Odín). Para los germanos, las runas son una parte de la creación, de la fuerza que guía al mundo.

Las palabras «runas» no evocan únicamente los caracteres de la escritura rúnica, sino los signos de fuerzas sagradas, misteriosas, que conceden la gracia divina, protegen contra todos los peligros que amenazan al cuerpo y el alma, y pueden amenazar y destruir. La creencia popular en la inmensa fuerza de los signos rúnicos se ha mantenido en los países del Norte hasta los tiempos modernos, en particular para los casos de enfermedad o de decepciones amorosas. Pero vivió e imperó también en la Alemania antigua. Es lo que nos enseña el verbo *vecheren* (hacer un regalo). Su sentido original era: crear o hacer algo por alguien por el tallado de las runas. El nombre de la raíz de mandrágora (Alraun) mágica, provista de fuerzas misteriosas, debe también relacionarse con ello. La clave para comprender esta creencia popular germánica reside en el interrogante del destino por el lanzador de pedacitos de madera, de que habla Tácito. Las marcas entalladas por la suerte eran tan fuertes que los mismos dioses estaban sometidos a ellas; debían, pues, ser fuertes, sagradas y proceder precisamente de las fuerzas del destino.

Las antiguas runas utilizadas por las viejas tribus germánicas:

Runa	Letra	Significado
ᚠ	f	Ganado, riqueza
ᚢ	ur	Uro
ᚦ	th	Thurse, gigante
ᚨ	a	As, dios
ᚱ	r	Carrera, movimiento continuo
ᚲ	k	Enfermedad
ᚷ	g	Regalo
ᚹ	w	Alegría, pasto
ᚺ	h	Hagal, corrupción súbita
ᚾ	n	Necesidad
ᛁ	i	Hielo, corrupción taimada
ᛈ	p	
ᛉ	z	Aliento, defensa
ᛊ	s	Sol
ᛏ	t	Tiu, dios de la victoria, la runa de la victoria más antigua
ᛒ	b	Rama de abedul, vida nueva
ᛖ	e	Caballo (ehwaz nórdico original)
ᛗ	m	Hombre
ᛚ	l	Peral, prosperidad
ᛜ	ng	
ᛟ	o	Odal
ᛞ	d	Día

Estos caracteres ya suscitarán respeto por su antigüedad. Las investigaciones de la última década han descubierto que, entre las runas del Futhark germánico común, por lo menos una cuarta parte, si no la mitad, se remontan a símbolos prehistóricos desaparecidos.

Los caracteres del citado Futhark se derivaban de nombres que comprendían todo el mundo conceptual de los germanos: reflejaban el mundo de los campesinos germánicos en el área de población germano-nórdica. Cada marca correspondía, pues, a una palabra particular, por ejemplo, la cuarta runa a la palabra «anzuz», es decir Ase. Cuando se procedía al sorteo, se recogían tres bastoncillos y se escribía manualmente un verso a partir de las palabras-signos que representaban la respuesta del destino. Pero sólo se podía hacer cuando el signo era considerado al mismo tiempo como signo del sonido inicial, es decir como una letra, cuyo sonido inicial «anzuz», por ejemplo, servía de letra «a». Este doble aspecto de las runas sólo ha sido claramente percibido desde el último decenio. Los germanos poseían también, a través de sus letras de predicción, un conjunto de letras que podían servirles para comunicarse de manera escrita. Quién tuvo la idea creadora de esta utilización y dónde ello tuvo lugar son, de momento, preguntas que continúan sin respuesta. Algunas indicaciones facilitadas por los autores romanos permiten concluir que este arte fue practicado desde muy antiguo por los jefes espirituales de las tribus germánicas.

No obstante, de todo esto resulta que nuestros antepasados eran conscientes del origen religioso de la escritura rúnica y, en consecuencia, también de la lengua. En 1938, las investigaciones permitieron formarse una opinión fundamentada: «En el origen, las runas fueron más que un simple medio de comunicación. Su grabado tiene un fundamento religioso y una finalidad análoga a los antiguos dibujos rupestres: reforzar e inmortalizar.»

Edmund Weber

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1939.

Autoridad germano-alemana

El destino de un pueblo está vinculado a la grandeza y al valor de su clase dirigente. En ella se expresa la pujanza revolucionaria del coraje, de la voluntad y de las aspiraciones. Las leyes de que depende, que rigen sus actos, son intemporales y eternamente válidas. Sólo son llamados a ser jefes los hombres que aman el riesgo y el peligro, sus promotores incansables no se satisfacen nunca con objetivos fáciles; no pierden nunca la fiebre creadora, se ponen su casco después de cada victoria y buscan constantemente pruebas más difíciles y más atrayentes en nuevos combates. En el pasado, la historia de nuestra nación fue modelada por estas fuerzas. Períodos de debilidad y de vacío histórico en nuestro pueblo imperaron cuando ellas estuvieron ausentes y, con ellas, ese espíritu animoso. Pero después de esa decadencia y mucho antes de que la fuerza popular pereciera en un desolador renuncio, un jefe fuerte tomó en sus manos a la nación, de nuevo enderezada por una nueva voluntad. La historia de nuestro pueblo es la historia de sus jefes. Quien quiera comprenderla y extraer una enseñanza de ella debe remontar a sus fuentes.

La asociación de todas las fuerzas populares y su reagrupación en el objetivo de servir a una comunidad superior fundada en la idea de clase dirigente y de tropa, no son inventos de la ideología nacionalsocialista, surgidos tras el período de impotencia política y división interna de la postguerra. Lo que ella ha hecho, más bien, es resucitarlos. Pues la noción de jefe es un componente esencial de la naturaleza del hombre germano-alemán. Es, por así decirlo, una ley inherente a la sangre, una expresión vital ligada a la esencia racial que aspira a instaurar un orden en el seno de la comunidad y corresponde a la necesidad íntima de comprometer la vida por una causa y una obra. No da un sentido a la vida del individuo más que en el seno del grupo, y le permite, en tanto que elemento de la comunidad, desarrollar los valores nacionales en un sentido creador. Sin la unidad orgánica de los jefes y de la tropa no se podría esperar ninguna realización nacional y social por parte de los hombres germánicos. Todas las épocas de expansión nacional tenían al frente de ellas figuras que podemos contemplar con orgullo y admiración. Pero su resultado se basaba siempre en un reconocimiento voluntario y fiel de su aptitud en dirigir la comunidad.

Élite de jefes

Toda clase dirigente auténtica en el espíritu germano-alemán se ha elevado desde abajo, desde el pueblo, hacia las alturas, y ello por la fuerza de la personalidad, por sus predisposiciones y su valía. Este proceso selectivo natural se remonta lejos en la historia reciente de nuestro pueblo y corresponde al concepto político del campesino germánico, que comprende al individuo y su economía hasta el municipio, extendiéndose en círculos cada vez más amplios hasta los pueblos y los grupos étnicos. La inteligencia de un juego orgánico entre todas las fuerzas presentes en el seno de los bloques comunitarios organizados, surgidos de las necesidades cotidianas fue suscitada por la particularidad de la explotación campesina en la cual todos los miembros trabajan en común. Como el campesino que dirige una explotación es una parte del conjunto, un jefe se encontraba a la cabeza de comunidades y grupos populares mayores, concentrando a todas las unidades sobre la base de la subordinación voluntaria. No obstante, la voluntad del jefe no influía sobre el orden comunitario; sólo la autonomía de los miembros libres era determinante. El pueblo detentaba todos los derechos, el jefe no tenía ningún poder jurídico propio. Era el simple delegado del pueblo y tenía deberes a cumplir para con su grupo.

La elección o la aceptación del jefe germánico se hacía en función de su origen y de su valía personal. El germano consideraba que su aptitud para dirigir la comunidad

procedía de la calidad de la sangre, del clan del que ha salido el hombre. A esta selección racial se añadía el juicio de la personalidad: lo que el origen racial prometía en virtud, carácter y valía del individuo, era estimado en sus realizaciones y su aprobación era hecha por el clan y la comunidad. Según estos dos principios, los hombres germánicos cooptaban a su jefe. Se ha dicho con razón que la vida germánica era una «evaluación de los hombres» en la que se juzgaban recíprocamente la aptitud y los actos con objeto de detectar a los mejores elementos de la comunidad. Sólo el mejor, el más noble, el más valiente y el más orgulloso podía ser elegido como jefe, el primero de todos.

El jefe y la tropa

El jefe germánico no reinaba sobre súbditos. Su relación se fundaba en una alianza fiel y un pacto de asistencia entre hombres libres e iguales en derechos; este pacto se establecía sobre un sentimiento voluntario, la dignidad, el amor por la libertad, el orgullo y el sentido de la responsabilidad. Todos los derechos y los deberes entre el jefe y la tropa eran recíprocos y determinados por aspectos de la vida puramente prácticos, jurídicos, económicos y políticos, suscitando una elevada moral. El jefe, considerando el derecho de su tropa como suyo, sus preocupaciones como suyas, veía también su honor, su renombre, como suyos, y su afrenta o su ultraje eran sentidos como de toda la tropa. «En el campo de batalla», escribe el romano Tácito en su Germania, «es vergonzoso para el jefe ser superado en coraje, y es vergonzoso para los compañeros no igualar el coraje del jefe. Pero, sobre todo, es una mancha para toda la vida y un oprobio, regresar de un combate en el que el jefe ha muerto; defenderle, salvarle, añadir a su gloria los éxitos propios, he aquí la esencia de su compromiso: los jefes luchan por la victoria, los compañeros por su jefe.»

El clan detentaba la fuente de la vida rural alimentada por la posición hereditaria indisolublemente vinculada a la descendencia. El producto del campo, el Odal, constituía la base vital de cada germano legítimo, tanto del jefe como del hombre de tropa. Como las comunidades étnicas no se componían más que de campesinos, los jefes campesinos eran también jefes de pueblos. Ni el enfrentamiento con el mundo romano ni las emigraciones, ni la gloria y la alegría de combatir destruyeron las raíces campesinas de los germanos. Su objetivo era conservar a todo precio la libertad del hogar y de la tierra, proteger el trabajo y el esfuerzo campesinos. Cuando Bojokal, el jefe de los angrivarios, se entrevistó con los monarcas romanos con objeto de encontrar una tierra, mirando hacia el sol y con los brazos en alto, exclamó: «Como el cielo a los dioses, la tierra es dada también al género humano, toda tierra abandonada debe convertirse en posesión de alguien.» El legado romano se equivocó sobre la legítima petición de los angrivarios; sólo quería dar la tierra cultivable a su jefe, con la intención de convertirle en un aliado. Sin embargo, Bojokal rehusó tal absurdo, «como una prenda de traición», en estos términos: «La tierra puede faltarnos para vivir, pero no para morir.» La fidelidad del jefe germánico unido a su tropa para lo mejor y para lo peor se expresó con esta actitud y prefirió la muerte antes que aceptar unas ventajas de las que su pueblo debía verse privado.

Sentimiento de libertad

Los nombres de los grandes jefes germánicos y sus actos políticos son inolvidables. Las palabras de Hermann el Cherusco expresan hasta qué punto tenían una consciencia étnica: «Si ellos (los germanos) preferían la patria, los antepasados y las antiguas costumbres a los déspotas y a las nuevas colonias romanas, entonces debían seguirle como jefe para alcanzar la fama y la libertad.» Y, cuando más tarde, se entrevistó con su hermano Flavus (el rubio), comprometido con los romanos, se burló de «la baja recompensa por su servidumbre» y habló «de los sagrados derechos de la patria que heredaron de sus antepasados». La dignidad y la actitud de estadista con la cual Ariovisto, el jefe germano, se encaró con el general en jefe César, es ejemplar: «Yo no dicto al pueblo romano la manera cómo debe manejar su derecho; yo no debo, pues,

tampoco, ser molestado en el ejercicio de mis derechos por el pueblo romano... Si César me dice que no considerará sin reaccionar la hostilidad de los eduos, entonces debe saber: nadie ha luchado todavía contra mí sin caer. Si César quiere, puede luchar: verá que los germanos invencibles son unos héroes.» Estas palabras expresan el mismo orgullo nacionalista que el discurso del Führer en Wilhelmshaven sobre la política de insolente injerencia de los ingleses en cuestiones relativas a la vida y al territorio alemanes.

Aunque faltara a la idea de Estado germánico un marco externo sólido -el concepto de fronteras- estando así privado de una fuerza de disuasión homogénea, se distinguía por una justicia elaborada y una buena estructura. La ampliación del orden comunitario a varias tribus y poblados dependían todavía más de la capacidad de cada jefe para crear un Estado que del sentimiento de parentesco. Así, el historiógrafo romano Velleius Paterculus relata que Marbod, el jefe de los marcomanos «no obtuvo el poder entre sus compatriotas por un golpe de fuerza o los favores del Destino... después de haber consolidado fuertemente su Imperio, tomó el poder real y luego hizo salir a su pueblo de la esfera de influencia romana. Habiendo cedido los pueblos ante la superioridad de las armas, decidió más bien avanzar allí donde podía aumentar su poder personal. Tomó posesión de los... campos rodeados por la selva herciniana... y sometió a todos los territorios circundantes mediante guerras o tratados. Bajo su autoridad, la masa de los que protegían su Imperio y que habían adquirido por la constante práctica la fuerte estructura de la disciplina militar romana, alcanzó en poco tiempo un gran nivel de desarrollo, peligroso para nuestro Imperio (romano)».

Pero cuando Marbod, de jefe étnico y campesino, se transformó en un soberano obstinado y se alió con los romanos «para acrecentar su tiranía», su orgulloso Imperio marcomano entró en guerra con los cheruscos «por su viejo renombre y la libertad pronto recobrada». Tácito habla de ello (Anales II): «La fuerza de los dos pueblos, el valor de sus jefes eran equivalentes, pero el título de rey hizo odiosos a los de Marbod, mientras que Armin (Hermann) acaparaba todas las simpatías en tanto que combatiente de la libertad». La resistencia del pueblo no se dirigía contra la realeza en sí, que es una forma de expresión germánica, sino tan sólo contra los abusos del poder real y, por esta razón, la mayor parte de las tropas de Marbod se pasaron a su enemigo Hermann a fin de luchar bajo su mando por su antiguo derecho y la libertad. En el curso de todo el período germánico hasta la Edad Media, se producen movimientos de sublevación dirigidos por la clase dirigente unida al pueblo contra los soberanos considerados como degenerados porque no querían ser jefes de pueblo, los primeros de todos, sino los dueños de súbditos y amordazar así el antiguo orden y la libertad. Julius Civilis, el jefe de los batavios, tradujo este sentimiento de libertad germánica con estas palabras. «Que Siria, el Asia Menor y el Oriente, ganados por el rey, permanezcan en su servidumbre: en la Galia viven aún muchas gentes que nacieron antes de que un tributo fuera impuesto a su país... La naturaleza confiere a los animales mudos el sentimiento de la libertad. En cambio, la virtud viril es propia del género humano. Y los dioses son favorables a quienes tienen más coraje.» (Josephus, Bell. Jud. IV).

Ejemplo y actitud

El marco del orden comunitario germánico no apareció más que con ocasión de acontecimientos extraordinarios. Se manifestó más en acontecimientos políticos externos, en casos de colonizaciones y expediciones guerreras. La misiones del jefe superaron entonces ampliamente las propias de lo cotidiano, y precisaron, paralelamente al coraje y a la bravura, un don, una inteligencia y un sentido de la prudencia política particulares. En las asambleas nacionales, el más válido de los numerosos pequeños jefes de tribu era puesto por las nubes. «Se escoge a los reyes según su nobleza, a los jefes según su coraje», informa Tácito «pero el poder de los reyes no es ni ilimitado ni arbitrario, y los jefes, más por el ejemplo que por la autoridad, si son decididos, si atraen las miradas, si se baten en primera línea, se imponen por la admiración.»

Tanto en la guerra como en la paz, el jefe germánico era ejemplo de valor y de acción. Cuando su competencia era puesta a prueba en épocas agitadas y guerreras, la

tropa cerraba filas alrededor de él y exigía que expresara su sentido del deber sin reserva hasta la muerte. El poder soberano del jefe no era, empero, ilimitado; un derecho más elevado implicaba solamente mayores deberes. El hombre de tropa debía menos obediencia que fidelidad a su jefe. Tal era el vínculo, la base de la relación de responsabilidad recíproca. Si el jefe traicionaba, perdía el derecho a la obediencia de su tropa, pues el hombre germano-alemán no debe obediencia más que cuando la fidelidad la exige. El despotismo y la obediencia ciega le son ajenos.

La relación puramente humana entre el jefe y la tropa sólo es sana y natural cuando está determinada por la amistad y la camaradería y no infringe la distancia natural condicionada por el valor y su respeto. Pero se cometería un error si se confundiera esta distancia tomada por todo verdadero jefe con respecto a la tropa con una falta de espíritu de camaradería. La ausencia de distancia y la familiaridad grosera excluyen también toda noción de autoridad; quien se encuentre en esta posición es un individuo entre otros. El jefe debe compartir las alegrías y las penas con su tropa en los buenos días como en los malos, estar unido a ellos tanto en la prosperidad como la desgracia. Debe, sin embargo, conservar constantemente su dignidad, ser un ejemplo en el mejor sentido, impedir los excesos y los desbordamientos, conservar la medida y respetar las buenas costumbres. Estas cualidades son una manifestación de la naturaleza del hombre germano-alemán, principalmente del campesino, que no puede conservar más que por la distancia, el poder y la dignidad, su autoridad sobre los miembros y los subordinados con los cuales cohabita estrechamente bajo el mismo techo. En una auténtica clase dirigente el sentimiento de distancia traduce la herencia viva de la sangre germánica. No debe perderse en ninguna circunstancia y prohibe incluso la manifestación de emociones delante de la tropa.

Toda comunidad jurídica germano-alemana auténtica se caracteriza por la participación de todo el pueblo libre en la vida política y por la débil diferencia social existente entre los jefes y éste último. La ampliación de este principio elemental se revela actualmente en el carácter natural de nuestro sistema estatal nacionalsocialista cuya estructura interna se funda en el claro reconocimiento de nuestra particularidad. Cuando el campesino nórdico Aki replica a su rey en el Heimskringla: «Si yo soy tu hombre, rey, tú eres, pues, también el mío», expresa lo mismo que sentimos hoy día, a saber, que la relación entre el jefe y la tropa reposa sobre el deber mutuo de fidelidad y de asistencia.

Misiones pacíficas

La clase dirigente germánica no participaba sólo de manera eficaz en la guerra y en el combate, sino que influía también sobre la paz reinante en la patria, sobre el derecho y la civilidad, sobre el honor, la tranquilidad, el orden y la prosperidad. Faltaba todavía un marco externo en esta época, pues «durante la paz», dice César (B.G. VI) «no hay autoridad común, sino que los jefes de las tribus de las provincias y de los distritos discuten con sus gentes, sobre derecho y querellas benignas...» El hecho de que estos jefes de comunidades restringidas hayan pertenecido a comunidades raciales nobles o que hayan sido grandes campesinos libres determina de manera esencial sus particularidades y sus tareas. En los viejos textos nórdicos, son generalmente designados jefes de tribu o de clan «los primeros de la región» o los que «tienen la dirección de la provincia», contrariamente a su tropa, denominada «gentes del Thing». Tales comunidades del Thing constituían unidades jurídicas y administrativas; sus jefes eran considerados como «los primeros de todos» basándose en su origen, sus realizaciones, su honorabilidad y formaban el pilar portador del orden político y de la estructura comunitaria. Esta relación entre el Thing y la clase dirigente en el origen del orden político de la comunidad, puede ser definida en el mejor sentido como una feliz unión entre un principio democrático (soberanía popular) y aristocrático (soberanía noble).

Aparte de esta autoridad militante actuando en caso de guerra, las tareas del jefe germánico se extendían al ejercicio de la fe religiosa, a la salvaguardia del derecho y de la administración. Como líder, el jefe era también el más adecuado para presidir las ceremonias religiosas en público y en la comunidad y para patrocinar las fiestas

culturales. Pues la clase dirigente intervenía en todos los campos de la vida que todavía formaban un todo, como la fe, las costumbres y el derecho. El conocimiento de lo sagrado no estaba monopolizado por los magos, sino que constituía el bien común de todos, y los actos de consagración eran ejecutados tanto por cada campesino en su comunidad como por el jefe del Thing.

Referente a la salvaguardia del derecho, el jefe sólo tenía la facultad de practicar el derecho de asamblea, la convocatoria y el desarrollo de la asamblea del Thing. Tenía poca influencia sobre la jurisprudencia en sí misma, pues pronunciar, dictar el derecho y promulgar las leyes pertenecía a la asamblea del Thing. «Después, el rey o el jefe», dice Tácito, «cada uno según su edad, según su nobleza, según la gloria de sus campañas, según su elocuencia, se hacen escuchar más por la influencia de la persuasión que en virtud de sus dotes de mando. Si el discurso no ha gustado, lo rechazan con murmullos; si ha gustado, agitan sus frámeas: el asentimiento más honorable es el encomio por las armas.» Sólo sus grandes conocimientos jurídicos permitían al jefe imponerse, salvaguardar el derecho de sus gentes del Thing y garantizar su protección. En los antiguos textos nórdicos, se insiste especialmente sobre el conocimiento del derecho, por ejemplo, en el Njala: «Había un hombre que se llamaba Mörd... un poderoso jefe de tribu y un gran consejero jurídico, tan instruido en la ley que ningún texto era considerado como legal si él no se hallaba presente. Skapti y su padre eran grandes jefes de tribu y grandes conocedores del derecho.»

El saber jurídico, la obsequiosidad, la rectitud y la perspicacia tenían tanto valor como la fama guerrera. En aquella época en la que no existían aún los tratados ni jurisdicción neutral sino tan sólo la legítima defensa y el derecho de la disputa, constituían el mejor instrumento a disposición del jefe para arreglar de una manera pacífica los problemas y conservar el orden comunitario y las leyes para asegurar la paz: «Nuestro país se ha construido con la ley, pero devastado por la ilegalidad.»

Los germanos se colocaban voluntariamente bajo la protección de la autoridad del jefe; de él esperaban una ayuda amistosa, no sólo en palabras y en consejos, sino también un apoyo social enérgico cuando sufrían los efectos de malas cosechas y de viejos problemas. En las sagas nórdicas, el jefe generoso es designado como «el hombre más amado de la región» o como «uno de los más nobles de la época pagana». La relación humana entre el jefe y la tropa correspondía a un pacto de asistencia que estaba animado por un auténtico espíritu de camaradería e imponía al primer hombre de la comunidad el sentimiento de deber aportar su ayuda cuando la miseria aparecía. «Es costumbre», dijo Tácito, «que las ciudades, por contribuciones voluntarias e individuales, ofrezcan a los jefes ganado y trigo, que, aceptado como un homenaje, subviene a sus necesidades.» El jefe recibía tanto como daba; los presentes que le eran hechos se consideraban como un capital cooperativo para los socorros que él distribuía de una manera patriarcal. Para el hombre de tropa, sus contribuciones eran voluntarias; él no proporcionaba al jefe ningún servicio o contribución impuestos sino una ayuda y unas donaciones amistosas como es costumbre entre hombres libres e iguales.

La ley del honor

La clase dirigente germánica no se ocupaba tan sólo de la «dirección de la provincia», del orden jurídico y de la administración a un nivel externo, sino también de la definición de las buenas costumbres. Las leyes que eran generalmente reconocidas como valores morales representaban el fundamento. La ley moral suprema era la «vida en el honor», a la cual el jefe estaba aún más fuertemente sometido que cualquier otro. Para el hombre de la época germánica antigua, el honor era de una importancia decisiva, que le permitía juzgar el valor de su vida y de su carácter. Al nivel del juicio público, el honor proporcionaba también la prueba de su aptitud y de su valor para la comunidad. Del honor dependían el amor propio y el compromiso del individuo, la consciencia de su propio valor. Fijaba su autoridad así como su posición política y social. Se relacionaba tanto con el orgullo personal como con el juicio público, y era generalmente considerado como la ley reconocida que regía la vida de los hombres y según la cual se emitía el juicio.

La comunidad se sentía mandatada como juez para aplicar la ley del honor concerniente al jefe. Éste debía aportar pruebas de su honorabilidad y defenderla, pues el honor del jefe era también el de la tropa. Si el honor de un ciudadano o el suyo era lesionado, entonces todo el de la comunidad entera lo era también, y todos tenían el deber de repararlo. El jefe manifestaba un sentido del honor, una virtud extrema ante la tropa, y ejercía su influencia moral sobre la comunidad. Estos valores morales comprendían la actitud heroica, la bravura y la voluntad de auto-afirmación, el sentimiento de individualidad, la responsabilidad individual y comunitaria, el cumplimiento incondicional del deber hacia la comunidad confiando en él. Además de todo esto, otras virtudes particulares del jefe fueron celebradas, tales como la magnanimidad, la generosidad, la amplitud de miras, y la constante abnegación para ayudar, en actos y en palabras, a los que necesitaban ayuda.

Todas estas cualidades y virtudes del jefe no son herencia de una época. No caracterizan tan sólo la estructura comunitaria interna de nuestros ancestros germánicos sino que determinan constantemente los rasgos de naturaleza de la auténtica clase dirigente, principalmente del tipo nórdico. Participar en ellas, ser sus émulos, constituye para nosotros la acción más noble, pues siempre se necesitan jefes, hombres que no puedan vivir sin objetivos ni lucha, sin deseo y fiebre de acción, hombres poseídos de una fuerza creadora y que su dominio de sí mismos llame a conducir a los demás.

Nuestra generación está sola en el fugitivo presente. Debemos volver a conocer las leyes de la vida más características de nuestra existencia popular, lo que nos fue rehusado por la vía directa de la transmisión natural. El reciente pasado que transcurre hasta el desencadenamiento de la Guerra Europea no nos muestra más que generaciones satisfechas y reblandecidas que manifestaban su propia incultura y participaban, desde lejos, en la lucha. No podemos sacar ninguna fuerza del vacío de su existencia porque hoy nos encontramos en el umbral de un nuevo mundo. Debemos buscar un camino virgen y marchar con coraje en la penumbra del porvenir. Debemos encontrar nuestra propia escala de valores en la fuente cristalina de nuestra historia, en la historia germánica antigua, y escoger los modelos de sus combatientes y de sus jefes para guiar nuestra peligrosa existencia. Somos una generación despierta y creadora que no puede vivir sin sus vínculos históricos y sus hermanos del pasado.

El que hoy pretenda dirigir, debe conocer lo que estuvo en el origen de la clase dirigente en el curso de la Historia, debe ser consciente de los grandes deberes que debe cumplir a todos los niveles, para con el pasado y para con el futuro. Debe desconfiar del espíritu de autosatisfacción y estar imbuido de un inflamado orgullo germánico que supere y destruya todos los obstáculos.

SS-Hstuf. Ernst Schaper

OSS II.2.8

Cuaderno de la SS. Nº 11. 1943.

El honor de la mujer germánica

Se ha considerado con razón que el eje de la moral y de la vida germánicas era el sentido y la consciencia del honor. Para el hombre de la Antigüedad germánica, el honor es la ley que rige su existencia, la escala de valores que le permite juzgarse. Pero es también la piedra de toque de su confirmación, de su mérito y de su valor para la comunidad. La posición social y política depende también de la importancia otorgada a la observancia de la ley del honor por el individuo.

El honor implica una dignidad y un dinamismo interiores personales y un valor personal y comunitario. El sentido del honor es proporcional a la consideración que el individuo tiene de sí mismo. Pero el honor significa también la consideración y la posición social. Por su carácter bilateral, vinculado a la dignidad tanto como al juicio del

entorno, el honor resulta ser la ley generalmente reconocida a la cual se somete la vida humana germánica y que sirve de referencia al nivel jurídico. Pero esto no significa nada más que el hecho de que el hombre germánico se subordina completamente a una idea, a un valor supramaterial, espiritual, que el espíritu germánico ha establecido. El honor es el bien más grande del hombre. Es lo que le confiere, para empezar, la autoridad, lo que le convierte, por así decirlo, en un hombre. El hombre sin honor no cuenta en la comunidad germánica. El honor es más importante que la vida, tan apreciada, sin embargo, por el campesino. «Antes morir con honor que vivir con la vergüenza.» «Prefiero perderte que tener un hijo deshonrado.» «Los bienes desaparecen, los clanes desaparecen, tú también mueres, sólo conozco una cosa que nunca perece: la fama que la muerte adquiere.»

La estrecha unión de todos los parientes biológicos, que implica deberes y derechos, quiere que todo lo que concierne al individuo concierna al clan, y recíprocamente. En su principio, adquiere un carácter de ley general. El honor del individuo llega a ser el del clan, del mismo modo que el del clan es el del individuo. Si el honor de cualquier miembro del clan es lesionado, el de los demás lo es también y todos tienen el deber de disculparse. También la mujer, a la que se reconoce como miembro del clan igual que el hombre y cuya personalidad se respeta, es una parte integrante de este gran patrimonio del hombre germánico. No podemos, empero, contentarnos con esta constatación general evidente para el hombre que vivía en el antiguo mundo germánico pero que es incomprensible para el hombre enturbiado por una visión oriental del mundo. Nos interesamos sobre todo por la cuestión de saber en qué medida ha contribuido la mujer en la elaboración de esta ley de la vida germánica y a este principio de toda moralidad, cómo la ha concretado, defendido y perpetuado durante su existencia; cómo ha vivido ella el honor.

El honor es el ideal común a la mujer y al hombre

Nuestros textos hablan tanto del sentido del honor de la mujer que del hombre. Es significativo que el mismo término sea empleado para una mujer consciente de su honor que para el hombre, no haciéndose pues ninguna diferencia de naturaleza, tampoco, entre el honor del hombre y el de la mujer. El hombre y la mujer son designados por el *drengr-godr*, el honor del hombre» (literalmente, un individuo recto y digno) del viejo Norte. Constatamos, pues, que el ideal *dregr-godr* tiene unas raíces más profundas que la sobrevaloración de las sedicentes «cualidades masculinas». Pero, ante todo, nos parece importante que este ideal del sentido del honor, el Ser-en-posesión-del-honor, necesario a los dos sexos, se encarne en los dos individuos que lo han puesto en valor. A nosotros, que nos esforzamos de suprimir la etiqueta alógena clasificando todas las manifestaciones vitales en «masculino» o «femenino», de nuestro uso lingüístico y de nuestro pensamiento, esta formulación nos parece, por lo menos, peligrosa. Es nuestro deber actuar con seriedad y terminar con este concepto que considera la bravura, la disciplina, la selección y el honor, como virtudes «masculinas». Tan sólo unos hábitos de pensamiento oriental y occidental nos han inculcado esta visión limitada. *La antigüedad germánica demuestra que las campesinas germánicas están imbuidas del mismo coraje, de la misma bravura, amor de la libertad, autodisciplina, que sus hombres*, y que ellas están, también, dispuestas a arriesgar sus vidas por estos valores.

No son tan sólo las mujeres de los cimbrios y los teutones, de los ambroses y de los tipurinios, cuya intrépida bravura en las guerras romanas, un amor salvaje por la libertad y un ardiente sentido del honor han sido inmortalizadas para siempre, incluso por una mano enemiga, quienes han dado pruebas de sus cualidades «masculinas». Las campesinas germánicas, que permanecieron al margen de los grandes acontecimientos políticos, se encontraban en la misma situación; su estilo de vida, su indisoluble adhesión a la comunidad y al clan no conocían ninguna tregua guerrera, les impulsaban a pensar y actuar para el clan con bravura y firmeza. Ellas no debían aspirar más que al bienestar del clan y a seguir una disciplina. No afirmaremos que la bravura, la disciplina y el sentido del honor sean virtudes masculinas o femeninas, puesto que se hallan presentes tanto en un sexo como en el otro. Tampoco haremos la afrenta a nuestras

viejas madres de decir que no son femeninas si poseen estas virtudes «masculinas». Pero tampoco podemos acreditar estos asertos que atribuyen el espíritu *dregr-godr* únicamente al hombre. Conociendo la visión del mundo germánico, la estructura de la comunidad, la evaluación de la personalidad independientemente del sexo, no es sorprendente ver continuamente campesinas germánicas codearse con los hombres, muriendo por el honor, y animadas por el mismo sentido del honor. Es natural que un pueblo que considera que sus mujeres son «sagradas y misteriosas» no les discuta lo que hace plenamente humano a los ojos germánicos, es decir el honor. En cambio, nos parece importante constatar que en el curso de la evolución, una visión oriental del mundo ha ahogado poco a poco el carácter germánico del sentido del honor de la mujer o lo ha substituido por otro contenido. El honor femenino deviene -de acuerdo con un tipo de vida oriental- únicamente y simplemente, un asunto físico-sexual y a fin de cuentas no significa más que una virginidad y una pureza físicas. Los conceptos, aquí, se han invertido.

El mayor honor de la mujer reside en la maternidad

También en Germania, la castidad es naturalmente prescrita; pero esta exigencia se refiere, en primer lugar, a los dos sexos, y en segundo lugar tiene una motivación diferente que la de la regla de vida oriental: «Tener comercio con una mujer antes de los veinte años era considerado como extremadamente vergonzoso... los que han permanecido castos durante mucho tiempo merecen el mayor elogio entre los suyos; piensan que así se favorece alcanzar una buena estatura y esto acrecienta las fuerzas y el deseo.»

El texto de César pone en evidencia que el nórdico concedió un valor a la castidad para evitar el peligro de los excesos sexuales -a los cuales es más proclive la mentalidad oriental que la naturaleza reservada del Norte-, y además no la ha confundido con la idea del honor. La ausencia de castidad antes de una cierta edad, o, más exactamente, las relaciones sexuales demasiado precoces son consideradas en Germania como un peligro para el psiquismo y el físico del hombre. Significan una perturbación del ideal de perfección del hombre y una amenaza para otros principios de vida germánicos. La exigencia de pureza sexual del joven, física y espiritualmente inmaduro, se basa en la voluntad de no amenazar la pureza de la sangre por una parte, y por la otra conlleva el principio moral general de la autodisciplina que rige la vida entera del germano.

En Germania, se exigía la castidad de hombres inmaduros con objeto de preservar la sangre que debe transmitirse intacta al descendiente y por deber hacia sí mismo, de su valía fundada en el amor propio y la dignidad. En cambio, cuando el hombre germánico ha llegado a ser plenamente adulto, física y moralmente, es natural que no se contravengan, por una enfermiza inversión propia de espíritus deformes, a la ley de la creación y a las disposiciones que la naturaleza le dio, perturbando su fecundidad y su voluntad de reproducción por una castidad demasiado prolongada. El germano no vive contra la naturaleza y sus leyes, sino en armonía con ella. No deja marchitar, envileciéndose de manera humana, los dones que ella le ha dado para pensar, sino que considera que el hombre se realiza valorándolos; que la naturaleza quiere hombres y mujeres, y no seres asexuados y neutros. Así pues, la exigencia de una castidad demasiado prolongada, la elección de una vida de soltería y abstinente que producen una humanidad «superior» no son en absoluto naturales en Germania. Son, incluso, considerados como una contradicción y una ofensa a la ley de la misma vida eterna. Para los germanos, la castidad no es más que una necesidad condicionada por la regla de vida, y no un valor moral absoluto que rige inflexiblemente la conducta del hombre. *La virgen y el monje no son ejemplos germánicos ni de los seres superiores sino más bien lo contrario, porque no han puesto totalmente en valor las fuerzas presentes en ellos.*

En Germania, este concepto del valor de la castidad impuesta únicamente al ser inmaduro, se aplica tanto al hombre como a la mujer. Las ordenanzas prescribiendo las penas por concubinato y homicidio de mujeres demuestran de manera contundente que la virginidad, la pureza de la mujer no son absolutamente fundamentales, ni si-

quiera se tienen en cuenta para juzgar el valor de la germana libre. El derecho popular suabo prescribe que el concubinato con una mujer casada (mulier) debe ser castigado con el doble de severidad que el cometido con una virgen (virgo). No son pues la virginidad, la castidad y la pureza quienes determinan el valor. Los libros jurídicos salios, ripuarios y turingios prescriben que la pena por homicidio de una mujer apta para parir o de la que ya ha parido es el triple de severa que el de una virgen que todavía no ha tenido hijos. Este tipo de derecho que establecía una diferencia entre la virgen y la mujer (virgo y mulier) muestra claramente que la noción de virginidad no es fundamental para juzgar el valor de la mujer. La virginidad es totalmente ignorada, pues el asesinato de una mujer es considerado tres veces más grave que el de una virgen. No es la castidad, sino el valor biológico lo que, contrariamente a la condición de virgen, está vinculado al cumplimiento de la maternidad, y es fundamental para apreciar a la mujer. La idea germánica del valor únicamente determinado por la castidad no puede ser más clara. La mujer embarazada, la madre cuya concepción no es nunca una mancha, goza en Germania de la mayor consideración porque sigue la ley de la vida, tanto en el plano individual como en el espíritu del pueblo. Pero el valor de la mujer depende, como ya se ha dicho, de sus cualidades, de sus realizaciones, del alma y del corazón, del espíritu y del carácter.

¿Cómo es posible que la castidad haya sido considerada como un concepto moral? ¿Cómo la pureza ha podido ser asimilada al «honor de la mujer» en el concepto moral? Recordamos que el ideal femenino germánico, la «santa germánica», estaba siempre representado por las madres, las madres originales (Frigg, Dame Holle); que, según el sentimiento germánico, la concepción no era una tara, una mancha y un envilecimiento. Al contrario, tal idea habría sido considerada como una ofensa hecha a las madres germánicas. En las sagas vemos centenares de veces que las viudas son tan deseadas como las vírgenes, y que ningún germano pensaría que una viuda es inferior porque ya no es «pura».

En cambio, el espíritu judeo-oriental considera a la virgen como más deseable que la mujer: se escoge intencionadamente la palabra «deseable» porque apenas se trata de una evaluación moral de la castidad en la valoración de la virgen por el espíritu oriental. Cuando el libro santo del Islam, el Corán, promete al musulmán ortodoxo, en el jardín del Paraíso «jóvenes mujeres que ningún espíritu ni ningún hombre han tocado aún», como recompensa para su uso personal, se ve que la castidad femenina debe efectivamente tener un valor particular para el oriental puesto que constituye, por así decirlo, una recompensa y un goce paradisíaco.

La virginidad y la pureza que reinan en el «jardín de las delicias del Edén» no pueden, en modo alguno, conllevar un valor moral, si no, al contrario, un valor sensual. La castidad de la mujer sólo tiene un sentido cuando es prometida al hombre que la destruye en esa vida paradisíaca. La posesión de «la virgen de ojos negros como las de una concha», el amor de Dios de los adeptos del Paraíso, revelan claramente que la castidad de la mujer oriental sólo es exigida para el mayor placer del hombre.

Hemos visto, pues, qué raza concede un papel tan evidente a la pureza de la mujer y qué se esconde realmente detrás de la exigencia de castidad. El germano no habría podido concebir una virgen madre ni tampoco le habría otorgado un valor superior. Sus diosas y las mujeres que le eran queridas presentaban rasgos maternales y eran madres. La maternidad era lo propio de su naturaleza. Después, la Virgen Madre de Dios reemplazó la divinidad maternal de Germania, debido a la intrusión de un sistema de valores ajeno. Las monjas fueron privilegiadas con respecto a las madres de los clanes germánicos, y un mayor respeto por la virginidad antes que la maternidad fue imbuido en el cráneo del hombre germánico hasta que lo admitiera en su concepción moral. Podemos, pues, apreciar, cuál fue la profundidad del violento cambio que afectó a la visión del mundo germánico y la enorme conmoción que sufrió el instinto del germano. Las jóvenes de todo un pueblecito lo demostraron. Todas se habían puesto el velo, revelando hasta qué punto esa idea había perturbado su ser arrebatándoles la serenidad de su sana y piadosa concepción del mundo.

El concepto del honor sobrevive en la moral campesina

La moral campesina no se parece, todavía, a lo que la nueva doctrina podría desear. Aún hoy, ciertas costumbres están imbuidas de una fuerza antigua. Un sentido moral las había instituido, y no se correspondía con la ulterior enseñanza extranjera. A pesar de las amenazas de los tormentos infernales y del purgatorio, las «citas en la ventana» han sobrevivido en las tribus alemanas del sur como el derecho reconocido de los jóvenes, y a nadie se le habría ocurrido la idea de considerarlo un pecado. Incluso los poderes públicos, creyéndose mandatados para ser los guardianes y los jueces de las buenas costumbres, cierran, impotentes, los ojos, aunque de manera reticente. A pesar de que el Cristianismo estipula una exigencia absoluta de castidad hostil a la maternidad, no es raro que jóvenes campesinas ofrezcan ya un hijo a su futuro marido antes de la bendición cristiana y el matrimonio. Pero ellas no son cubiertas de vergüenza y de infamia por los campesinos con quienes conviven y los niños prenupciales no son considerados hijos del pecado afectados de una tara. Esto sólo sucede cuando una joven manifiesta una debilidad de carácter y es rechazada por el espíritu moral de la comunidad, pero no cuando ella se casa con el padre de su hijo justo después del nacimiento. La apreciación extranjera, oriental, de la castidad, se tiene muy poco en cuenta en comparación con la antigua ley moral germánica de la conservación de la sangre y de la disciplina interior. Todavía hoy, perder la castidad no está considerado como una pérdida del honor, como tampoco lo era en la antigua Germania. En Germania, la exigencia de castidad es un valor en sí, complementario del honor, un bien cuya pérdida no puede, en ciertas circunstancias, devaluar a la mujer, pero que no equivale nunca a la pérdida de su honor. ¿A quién se le habría ocurrido la idea de reprender a una chica de Thordis Sur por haberse deshonrado? El juicio de la comunidad germánica no es tan dogmático, sino que depende de circunstancias particulares. Los libros jurídicos demuestran también este hecho cuando no fijan las penas por el concubinato más que cuando una mujer ha tenido comercio con cuatro o cinco hombres y que su debilidad moral queda así comprobada. En el mismo espíritu, se puede constatar que la virginidad en los tiempos antiguos no se había considerado nunca un ideal, ni siquiera un concepto, pues no existe un vocablo para definirla. Es también una prueba de la importancia concedida a una vida femenina que se realiza en la maternidad considerada como una misión y un ideal. Ante todo está claro que la castidad del hombre inmaduro conforma uno de los numerosos valores que tenían curso en Germania, pero el honor era la ley absoluta de la vida.

La castidad no constituye el honor de la mujer. Esta restricción, consecuencia de un escala de valores extranjera y nociva para la feminidad germánica, produce esas turbadoras visiones de palizas dadas por los maridos y que tanto abundan en los textos de la Edad Media. Pero esto permite también comprender los signos de decadencia que presenta la vida femenina de la época moderna. En efecto, ¿qué queda de la mujer si se devalúa, de entrada, su personalidad, si, como instigadora del pecado, como manifestación carnal y material del principio malo, es opuesta al buen polo espiritual masculino? ¿Qué le queda si, además, se la separa del marco del clan unido y se culpabiliza su ego de pecados, o bien se la someta al hombre considerado como su «dueño»? ¿Tiene todavía conciencia de sí misma, de su libertad y de su responsabilidad, condiciones primeras de toda moralidad?

La frase «Él debe ser tu dueño» no significa nada más que la destrucción de todo valor femenino germánico, de toda posibilidad de colaboración constante en el trabajo de la comunidad, e implica una alteración patológica de la comunidad, por cuanto la mujer es el otro componente de la misma. Esto significa más particularmente que el hombre se irroga también el monopolio de la moral y llega a ser, por así decirlo, el amo de la moralidad. Desempeña, en efecto, un peso decisivo en las cuestiones morales, de la ética o, como se decía antaño, «las enseña» según principios dogmáticos escritos. Mientras que se ha suprimido en la mujer la seguridad de su sentido del bien y del mal, que se la ha convencido, más o menos, de su inferioridad y que se ha calificado de mala su moralidad ligada a la sangre, no es evidentemente muy difícil excluirla de las cuestiones de moral.

Margarete Schaper-Haeckel

Cuaderno de la SS. Nº 8. 1943.

Amor y matrimonio

«Joven, fui dada a Njal, y le prometí: debemos vivir un destino comparable»

La campesina Bergthora

Cuando queramos hablar del amor y del matrimonio, debemos huir de las grandes ciudades para ir hacia el norte, en las montañas llenas de aire sano y puro donde viven las viejas familias bajo los robles y los fresnos. En la patria de la campesina Bergthora contemplamos el viejo país, digno y floreciente en el que la juventud entona de nuevo los viejos cantos de amor:

Tu corazón quieres darme,
entonces esto se hace en secreto,
y nuestro pensamiento común
nadie puede adivinarlo

y

Conocer un corazón fiel,
vale el mayor tesoro,
es muy afortunado saludar
a quien conoce un corazón fiel.

Es nuestra patria que, a menudo mancillada, habla constantemente de la pureza del amor y del matrimonio en las magníficas obras de su arte. Volvemos a ver Njal y Bergthora en Heinrich y Mathilde de Brunswick. Pero nuestros padres en casa nos dan ya ejemplo de una vida digna.

En este hermoso país del que Walther von der Vogelweide cantó antaño la «virtud y el puro amor cortés», el pueblo continúa aún hoy su lucha contra el veneno de la impudicia judeo-liberal que envilece el amor y el matrimonio, y que actúa desde hace décadas. En este terreno, una ética nacional no se ha impuesto del todo a nivel del público. No es la dignidad y los modales, ni la conciencia viva de tener un deber sagrado para con nuestros ancestros y el porvenir de nuestro pueblo lo que influencia la vida amorosa, sino más bien la voz de la «musa ligera». Siempre se verá la expresión de los sentidos superficiales y una sangre caliente. Pero no nos damos cuenta de que el judío puede utilizarlos para manipular a nuestro pueblo, y afectarnos así en nuestra substancia.

El amor y el matrimonio son la fuente de la vida cultural y popular de nuestra nación. El amor entre los sexos no engendra tan sólo la vida, sino también el arte, el auténtico conocimiento, la religión y el orden de la sociedad (moral). Pero si todo procede del amor, el destino de un pueblo depende también de la ética amorosa que impera en su Estado.

Consideremos dos aspectos en el amor y el matrimonio: *La experiencia* amorosa y la *ley natural* que rige el amor.

¿En qué consiste la experiencia amorosa? Los dos sexos se atraen, se conmueven, se inflaman recíprocamente y se sienten impulsados el uno hacia el otro por un abandono tal que ya no se hallará nunca más en la vida. Esta experiencia amorosa es general. Pero, aparte de esto, nos interrogamos sobre el cómo. ¿Cómo ama el alemán, cómo ama el hombre nórdico? ¿Qué *valor* concede él al amor? O bien, ¿qué es lo que a sus ojos confiere valor al amor? En cada caso, esto depende estrechamente del valor personal del que busca el amor o del mismo enamorado. Su *naturaleza* influencia también su manera de amar. Puede, a veces, olvidar completamente su origen, considerar la civilización judeo-americana del tango (hoy diríamos del rock) como una creación cultural nórdica y no darse cuenta de en qué manos ha caído. Pero puede también

conseguir manifestar completamente su valía racial personal a través de su amor. El valor de una personalidad se revela en su manera de pensar, en sus inclinaciones y, por ende, en sus sentimientos. Cada uno expresa su verdadero carácter en el amor, si se abandona, si se deja arrastrar, si se convierte en prisionero de las pasiones sexuales elementales y ya no considera la unión amorosa más que como la satisfacción del placer sensual. En cambio, su carácter puede conservar su dignidad en el amor. Valora, entonces, la valía personal de su amada pareja. Puede también tratar de comprender el aspecto religioso del acontecimiento amoroso, la experiencia de una voluntad divina de creación. Entonces es capaz, por medio del placer y de la felicidad de la unión amorosa, de experimentar el deseo divino de procrear numerosos hijos. Y luego, para ciertas personas, el sentido del honor está también relacionado con el amor. Cuando el sentimiento del honor está ligado al de identidad, entonces el hombre noble experimentará un poderoso sentido del honor en su amor, pues el amor no es ese «pecado secreto», sino una relación personal hecha de honor recíproco. Más allá del campo de la vida amorosa, el honor masculino debe ser también consciente de que debe hacer respetar la dignidad y la cultura del amor en el pueblo entero. No son las mujeres las culpables cuando sus encantos y sus gracias son envilecidos. No son las bailarinas las culpables cuando exhiben sus piernas en el transcurso de un espectáculo, sino el hombre que tiene por misión dirigir la comunidad, en la cual la vida amorosa tiene su importancia.

Cuando se llama *matrimonio* a esa unión entre los sexos que está determinada por la valía y no por la locura sensual, que quiere encarnarse en hijos y es, pues, virtuosa, entonces puede decirse: «el amor» de algunos no merece el nombre; ni siquiera puede ser considerada como una unión, aunque haya estado celebrada por diez sacerdotes. Pero el amor de los otros lo es en el sentido verdadero de la palabra y constituye una unión, incluso si nunca fue bendecida y consagrada. El divorcio representa entonces una gran desgracia.

Interroguémonos ahora sobre la ley natural que rige el amor. Lo que está en el origen de lo que sentimos como amor, la atracción de los sexos, es muy sutil. Esta ley no hace nacer el amor más que entre unos seres precisos. Entonces decimos que los cónyuges son iguales. Los esposos enamorados se abrazan en un acto creador. Una nueva vida nace en el óvulo fecundado en que las partes materna y paterna se «acoplan» en el embrión. Se aman hasta en sus gustos recíprocos. Los que buscan el amor practican, pues, la elección. Buscan lo que va a satisfacer a sus ojos, sus sentimientos y su espíritu crítico. Para el hombre... tan sólo una cierta relación de proporciones físicas en la mujer y un tipo determinado de formas le gustará. Todos tenemos una marcada preferencia por un determinado aspecto, unos gestos particulares. La mirada, la fuerza de los rasgos de la cara, la curvatura de las líneas de la boca, de la nariz y de los ojos, del mentón, de las orejas, de las sienes y de la frente concurren para forjarse una opinión. Ya en ese punto se siente nacer la afinidad o la antipatía. Pero son en primer lugar las cualidades del carácter las que son determinantes, que no se manifiestan en la pura apariencia sino únicamente mediante el profundo conocimiento de la persona, situada en diversas circunstancias de la vida o de la historia de los clanes; su sentido de lo bello y del bien, sus opiniones sobre cuestiones importantes, su dignidad, su consecuencia, su obsequiosidad y su temperamento, la prueba de su confianza inquebrantable en un dios, su fe y un amor puro y desinteresado de Dios. Los valores a los que los hombres que buscan el amor «conceden un precio» revelan, casi siempre, como ya hemos dicho, algo de estimable. Todos nos sentimos más o menos atraídos por lo que tiene un valor incontestable, por lo que es puro, incluso si nosotros no lo seamos. La mayoría de la gente admirará con respeto una Venus griega, una estatua femenina de Kolbe, lo mismo que sus encarnaciones vivientes. Más de uno de nosotros desearía amar a un ser cercano a la perfección, aunque él le sea inferior. Lo desearía incluso en el caso de que se equivocara y no fuera amado. La misma naturaleza vela por que el amor no se base en la reciprocidad. Aparte de esto, el clan influencia también la elección conyugal desde su juventud. Una auténtica relación amorosa sólo nace allí dónde las cualidades decisivas que forjan un carácter encuentran su equivalencia en otras personas. Así pues, lo que se «parece», se «ama».

Debemos también ver que esta ley natural del amor es la que rige el matrimonio, pues éste tiende precisamente a la procreación de niños hereditariamente sanos y

a una buena educación, suscitando un fuerte sentimiento familiar entre caracteres semejantes. En consecuencia, se aspira a que los descendientes gusten de reunirse. Así es cómo nace el espíritu de la descendencia.

Hoy, el amor (muy a menudo confundido con la vida sexual que no es más que el aspecto orgánico del amor) es considerado como un momento agradable («El amor aporta un gran gozo, todo el mundo lo sabe...") por oposición al matrimonio digno de compasión («matrimonio = cuerda al cuello»). Esto se debe al desconocimiento general de la naturaleza profunda del amor que procede del estado de espíritu artificial, egoísta y ávido de goces de los hombres de hoy. El problema «amor y matrimonio» se resuelve también cuando se sabe cuál es el objetivo último del amor. Todo amor auténtico aspira al matrimonio. Los matrimonios que respetan la ley natural son matrimonios de amor, que son consolidados por un buen patrimonio hereditario. Entonces se puede hablar en verdad de paraíso en la Tierra. La asociación de los objetivos se encuentra así realizada: El acontecimiento procreador deseado se une a la experiencia amorosa feliz.

Ya que, por una parte, la felicidad, la paz y la salud del pueblo residen en el mayor número posible de matrimonios, pero por otra parte es extraordinariamente difícil encontrar un buen esposo en nuestra vida moderna y en la masa del pueblo, la tarea fundamental de un Estado etnista consistirá en crear las condiciones que permitan encontrar un cónyuge sano. Tal es también el objetivo práctico más importante de todo nuestro trabajo cultural.

J. Mayerhofer

«El amor absoluto no se halla más que en una fuerza absoluta».

Hölderlin

OSS.II.2.10

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1943.

Sigurd, el caballero Jorge y la lucha con el dragón

La lucha por la patria nos obliga a todos a volver a una existencia natural. Todos los que habían perdido sus vínculos con la tierra, sienten otra vez la llamada de la herencia del pasado, una herencia campesina que incita a amar a la patria.

Fuera, la naturaleza todavía duerme. Pero la luz del día va apareciendo, la primavera ya no está lejos. Esta palabra conmueve a todos los corazones pues significa el final del combate anual por el renacimiento de la vida.

El espíritu campesino ha producido maravillosas alegorías sobre la lucha de las estaciones, que además son los símbolos de una concepción del mundo característica de la raza. Son símbolos que no se pueden definir perfectamente con palabras y conceptos, pues comprenden el mundo global de la existencia. A veces son nuevos y sin embargo se unen, fuere cual fuere la apariencia que adopten, a un próximo o lejano pasado, al pasado germánico de nuestro pueblo. Los cuentos y leyendas, incluso las leyendas cristianas, contienen símbolos de sabiduría y de conocimientos antiguos. ¿Cuál de nuestros hijos, en los duros tiempos del invierno, rehusaría recibir a los huéspedes del país de las leyendas? ¿Qué auténtico corazón juvenil no palpitaría orgullosamente al escuchar por primera vez el relato de un combate heroico?

Feliz es el mundo cuyas costumbres y artes han conservado símbolos de la lucha por la vida. En muchos lugares, el invierno es todavía muerto bajo la forma de un dragón, la dulce reina de la primavera liberada y unida al rey de mayo. Detrás de estas imágenes se esconde el antiguo mito de la renovación de la vida. Sólo el eterno «estar alerta» consigue superar a la muerte. En todas partes el destino, el dragón monstruoso se interpone en nuestro camino y nos impide el acceso a la fuente de la juventud, nos impide la conquista de la bebida vital, del «tesoro brillante».



El dios solar Wotan. Placa ornamental sobre un casco de Vendel en Suecia.

Los dos aspectos de la vida, nacimiento y muerte, día y noche, verano e invierno, se encuentran bajo diversas formas y nuestro patrimonio popular las ha conservado en su gráfica riqueza, incluso bajo la vestidura cristiana que no podía vencer de otro modo la fuerza del alma popular germánica, si no era poniéndola al servicio de la Iglesia. Es así cómo el caballero San Jorge, el matador del dragón, ha permanecido como la más germánica de todas las figuras heroicas. Es de la fuerza del alma, de esencia germánica, donde Bernd Notke ha sacado su San Jorge. Un antiguo documento dice: «Es justamente en esta época -Pascuas- cuando se debe triunfar con San Jorge cuando el invierno es expulsado por el viento del sur, y la tierra entra en su adolescencia y da vida a las plantas y a las flores.»

Y cuando buscamos en el pasado germánico símbolos de esta vida marcada, quedamos sorprendidos por la abundancia de los testimonios y la franqueza de la expresión. Veamos ante todo el sublime símbolo de vida que es el Edda: «Yo sé que se eleva un fresno,/se llama Yggdrasill,/el árbol elevado, rociado/Por blancos remolinos;/De allí viene el rocío/Que cae en la cañada,/Se levanta eternamente verde/Por encima del pozo de Urd.» Pero en su fondo habita Nidhögrr, el horrible destino que guarda la fuente de la bebida de la inmortalidad y roe las raíces del árbol de vida. «Llega volando/El tenebroso dragón,/La víbora centelleante, bajando,/De Nidafell;/Lleva en su plumaje/Planea por encima de la llanura/Cadáveres, Nidhögrr./Ahora, va a desaparecer.» Y el dragón dice de sí mismo: «Yo soplaba veneno/Cuando yacía sobre la herencia/Inmensa de mi padre./Más fuerte, yo sólo/Me creía, que todos,/Despreocupado del número de mis enemigos.»

Odín y Thor, los dioses magníficos, participan ellos mismos en el combate contra ese sombrío dragón por la supervivencia del mundo. Su fuerza divina se perpetúa en héroes como Sigurd y Dietrich, cuyas gestas de armas han sido cantadas en los coros

reales germánicos. «¡Oh poderosa serpiente!/Tú lanzaste grandes escupitajos,/Y silbaste rudamente/El odio aumenta,/Entre los hijos de los hombres/Cuando se lleva este yelmo en la cabeza.» La vida no podía ganarse sin la muerte: «Yo te aconsejo ahora, Sigurdr,/Y tú, escucha este consejo:/¡Vete de aquí!/El oro sonoro/Y la plata roja como la brasa/Los anillos, te conducirán a la muerte.»

Esta actitud germánica es ya manifestada por los más antiguos testimonios que poseemos, datando del tercer milenio antes de Cristo. En las piedras grabadas de Suecia -símbolo de las viejas costumbres- aparece la serpiente Midgard, el árbol de vida, la lucha de Thor y del dragón. Pero es sobre todo en la época de las grandes invasiones, el tiempo de la gran apertura política de la germanidad, conocida ya en la Edad del Bronce, cuando las fuerzas espirituales emanadas de una concepción de vida intacta animaron el artesanado del arte. Con el arte de los vikingos del Norte, esta fuerza encontró una gran renovación y sobrevivió hasta las épocas cristianas.



Ornamento con un dragón y la rueda solar.
Motivo de una vieja puerta islandesa.

Seguro y dueño de sí mismo, el dios del Sol representado sobre la piedra del caballero de Hornhausen, cabalga a través del mundo, sin temer a las funestas potencias del abismo. El motivo del dragón aparece bajo formas diversas incluso en los ornamentos de la indumentaria y los grabados sobre madera de las primeras iglesias del Norte. Manos de artistas representaron la lucha de Sigurd con el dragón en la puerta de Hyllestad. Un motivo de Islandia ilustra magníficamente el triunfo de la vida sobre la muerte. En este símbolo aparecen los dos aspectos del universo, la esencia del dios mítico Odín nos es explicada. Se transparenta constantemente en todas estas personificaciones, que la germanidad era consciente de que el destino divino de la vida reposa-

ba en ella misma, en su fe, en su fuerza de acción. En todos los tiempos, su potencia supo desafiar los destinos divinos. Tan sólo el débil sucumbe ante las fuerzas obscuras.

Nuestros relatos, cuentos y leyendas, nuestro arte popular, son símbolos de la vida espiritual y moral de los antepasados de nuestro pueblo. No debemos tomar la simplicidad y la claridad de estas representaciones psíquicas por candidez. ¿Acaso no aspiramos parecidamente a reencontrar esa unidad de vida que irradia de la tradición antigua, de la cual la misma Iglesia medieval extrajo su energía para reforzar su doctrina extranjera? ¿No son los fundamentos morales de nuestra voluntad los mismos que en los tiempos pretéritos?.

No conocemos todavía las fuerzas profundas que llevaron a la germanidad a adoptar un pensamiento cristiano que le era ajeno. Tal vez fue en el peligroso momento en que adquiría una nueva conciencia de una vida más elevada. Descubrió unos conceptos seductores, casi similares, pero petrificados en la perspectiva formal de una vida romano-cristiana.

El conocimiento de nuestra identidad nos ha hecho volver al orden divino del cual somos un elemento, del que ninguna trascendencia espiritual nos puede separar. Cuerpo, alma y espíritu constituyen otra vez una unidad. El ritmo eterno de la vida late en nosotros, hoy como antes, y la vida aparece como la manifestación divina presente en todas las cosas.

Dr. Mähling



El combate de Sigurd con el dragón. Motivo sobre un montante de puerta de Hyllestad, en Suecia.

OSS.II.2.11

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1944.

Cómo Loki y Heimdal lucharon por el collar de Freya

Las leyendas germánicas han perdido mucho de lo que contaban sobre las acciones y los sufrimientos de los dioses.

En un célebre poema, el escaldo Ulf Uggisshon cantaba el duelo de Heimdal con Loki por el hermoso collar reluciente de la diosa Freya. De este poema y de la leyenda que celebraban este duelo, no quedan más que dos líneas que nos cuentan que Heimdal obtuvo la victoria sobre el malvado compañero de los dioses. El sabio islandés Snorri nos dice también que en el curso de esta lucha ambos tenían la apariencia de unas focas.

Concedamos al poeta la posibilidad de recomponer una visión general a partir de estos escasos restos:

«Una vez, Loki, el retoño inestable de un gigante que los dioses habían aceptado descuidadamente en su comunidad, voló por encima del mar adoptando la forma de un halcón; vio un gran pez en la superficie, cuyas escamas y aletas brillaban como el oro.

En su codicia de apoderarse de la joya, Loki se abalanzó hacia las olas, pero en el momento en que sus garras se hundían en el agua para capturar al precioso pez, la red invisible de la giganta de los mares, Ran, las rodeó. Con astucia, haciendo que se forjara ilusiones, había atraído a esa celada al ser ambicioso, y se lo llevó entonces a su sombrío reino del fondo del mar.

Le mantuvo encarcelado durante nueve días, entre los marinos ahogados en las profundidades abisales hasta que prometió por el más sagrado juramento por la cabeza de su fiel esposa Sigrun, traer el collar de Freya como rescate a la horrorosa soberana de los mares.

Este collar de estrellas de la diosa que resplandece cada noche clara en el cielo, era el orgullo de los dioses y la felicidad de los hombres. Freya nunca se lo quitaba de su cuello. Pero Loki, el muy hábil hijo del gigante Laufey, sabía qué lenguaje utilizar con ella para que le confiara el celestial adorno.

Freya, la diosa radiante de belleza que inflamaba el corazón de los dioses y de los hombres, y cuya gracia hacía consumirse de deseo a los pesados gigantes era, por su parte, desgraciada en amores. Había entregado su corazón a un hombre llamado Od y se casó con él; sin embargo, él la abandonó y ella siguió su pista, en vano, en todos los países. Cuando Loki regresó a Asgard, en el castillo de los dioses, fue a ver a Freya y le dijo: «He encontrado a Od, al que tú buscabas. Ran, la giganta ladrona le ha atraído hasta su nido mortal y le mantiene prisionero en el fondo del mar. No obstante, ella está de acuerdo en devolvértelo si tú le entregas tu brillante collar como rescate.»

Freya no se hubiera separado nunca de su magnífica joya, pero el amor exigía el más alto precio. Lágrimas de alegría resbalaron por sus mejillas: «¡Toma la joya!», dijo ella. «Ninguna joya vale la vida de Od, mi amado. ¡Trae a mi esposo cerca de mi corazón y te seré eternamente reconocida!».

Loki, satisfecho, se zambulló, bajo la forma de una foca, en la profundidad del mar para llevar la joya a la despiadada Ran.

Pero alguien había oído las palabras del taimado: Heimdal, el gran guardián del cielo cuyo ojo lo escrutaba todo, día y noche, y no dormía nunca, y cuya oreja era tan fina que percibía el menor ruido. Él, que podía ver hasta el centro de la Tierra, estaba al corriente de la cautividad de Loki en poder de Ran y se dio cuenta del engaño. Con la rapidez del rayo, adoptó el aspecto de una foca y se sumergió en persecución de Loki.

Entre las olas del mar tuvo lugar un furioso combate entre la fuerza de Heimdal y la pérfida astucia de Loki, que siempre se escurría de las sofocantes presas del guardián del castillo celeste. La horrible Ran quería acudir en socorro de Loki, pero las nueve olas madres de Heimdal, el hijo del mar, la sujetaron y se lo impidieron. Gjalp, la mugiente, Greip, la sorprendente, Eisth, la atacante, Eyrgjafa, la creadora de arena, Ufrun, la loba, Angeyfa, la opresora, Imd, la murmurante, Atal, la perecedera, Iarnsasea,

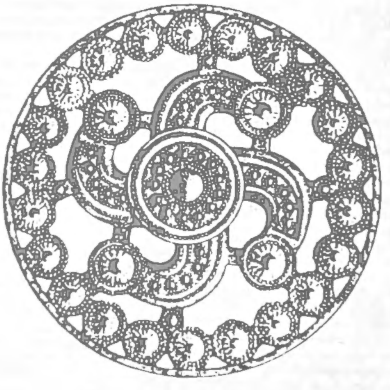
la del cuchillo de hierro, todas las que dieron vida a Heimdal, se precipitaron sobre la giganta ladrona, impidiéndole intervenir en el combate.

Las olas se movían con tanta furia, que la encolerizada espuma blanca volaba hacia el cielo, los barcos de los hombres se bamboleaban sobre el tremendo oleaje que se levantaba incluso por encima de las tierras próximas.

Finalmente, Heimdal consiguió atrapar a Loki y le arrebató la brillante joya. Loki, sin fuerzas, se hundió bajo el agua, pero le sacó a la superficie mientras salía volando bajo la forma de un águila hacia las cumbres divinas. «¿Cómo has podido confiar en el corruptor?», reprendió Heimdal a Freya mientras le devolvía la joya. «Sabes, tú no volverás a ver a Od antes de que llegue el Ragnarök, el crepúsculo de los dioses. Le estás buscando en vano en casa de Ran. Sólo Odín y yo conocemos el secreto que le esconde. Pero volverás a verle el día de la lucha de los mundos, antes de que el nuevo mundo surja de las olas de lágrimas y de sangre. Y entonces Loki recibirá su castigo, él, cuya maldad nos ha perjudicado tan a menudo nosotros, los dioses.

Cuando el Ase blanco volvió a los puentes celestes, velando que los gigantes no tomaran de asalto el castillo de los dioses antes de tiempo, asió el bastón de madera entallada e hizo en él una muesca, al lado de las muchas otras que allí estaban en memoria de las fechorías del malvado Loki. Éste, que yacía en su cama con una amarga sonrisa, notó súbitamente un dolor en el pecho y gimió, en un suplicio que ya había presentido; pero Sigrud, su fiel esposa, le reconfortó.

Hermann Härder



III. Costumbres y religión

OSS.II.3.1

«De estoque y de talla», de Günther d'Alquen, 1937.

La forma y el contenido

Uno de los interrogantes más importantes que se plantean en nuestra época concierne a la actitud religiosa. Por necesidad moral durante estos últimos años, en la búsqueda de una vía acorde con la concepción nacionalsocialista, un número extraordinario de ciudadanos alemanes se ocupó espontáneamente de este difícil problema llegando a las más diversas conclusiones.

No es nuestra misión definirnos en pro o en contra de tales o cuales tipos de soluciones. Pero es deber nuestro aportar unas aclaraciones sin tomar partido sobre el conjunto de estas cuestiones.

Como siempre, en ocasión de tal examen, nuestro objetivo no es negativo: una experiencia religiosa no debe nunca basarse en un conflicto con otra concepción religiosa. Tal actitud estaría en contradicción con el espíritu del programa del Partido, con nuestra ética. Así pues, cuando se examina el problema, debe reiterarse que, en tanto que nacionalsocialistas, la substancia de una u otra de estas doctrinas no debe interesarnos; pero lo que importa es, únicamente, saber en qué medida ella se corresponde con el principio de nuestra visión del mundo, pues la religión es un asunto privado.

El nuevo Estado ha definido claramente por medio de dos declaraciones fundamentales su posición con respecto a la cuestión religiosa. El artículo 24 de nuestro programa garantiza: «la libertad de todas las confesiones religiosas en el seno del Estado, en tanto que no comprometan la estabilidad de éste o no contravengan al sentimiento moral y a las buenas costumbres de la raza germánica.» Es decir, que un instinto racial viene a ser el criterio absoluto con relación la concepción religiosa.

En la ley sobre dicha libertad de conciencia, el Estado nacionalsocialista define claramente cómo debe ser interpretado este sentimiento: «Creer es el asunto más personal y sólo se es responsable ante la propia conciencia.» De ello se deduce que:

El Estado nacionalsocialista rehusa toda injerencia en las cuestiones religiosas mientras sus representantes no intervengan en el terreno político.

Tan sólo esta actitud puede permitir a un cristiano, católico o protestante, o a un adepto de otra religión, vivir su fe en el seno del Partido y de Alemania, si lo hace por convicción y por elección personal.

Pero esto no debe implicar que esta libertad pueda ser objeto de una interpretación negativa o malévola.

El Reichsführer SS ha dicho claramente en ocasión de un discurso sobre las misiones de la SS:

«Pero por esta razón, no toleraremos ser tratados como ateos a causa de la mala

utilización de la palabra «pagano», porque en tanto que comunidad nosotros no dependemos de tal o cual confesión, o de cualquier dogma que fuere, o de que no exijamos que nuestros hombres se identifiquen con el mismo.»

Nosotros aspiramos a un sentimiento y a una renovación de orden religioso y esto significa que no tenemos nada que ver con esa concepción histórica materialista que rechaza por principio toda religiosidad, porque niega la existencia de lo metafísico en razón de su subordinación al mundo terrestre. Según el Reichsführer SS, consideramos a las gentes que no creen en nada como personas «presuntuosas, megalómanas y estúpidas».

Por consiguiente, nuestra posición no tiene nada que ver con los que, desprovistos de toda religión, están desligados de vínculos espirituales. Las Iglesias confesionales no se equivocan del todo cuando constatan que no cabía esperar de esos medios el menor despertar o la menor renovación de naturaleza religiosa pues la negación por sí sola no constituye un terreno válido que permita la eclosión de ideas nuevas. Una experiencia religiosa vivida, y realmente original, sólo puede proceder de una voluntad de concretización positiva que incite a tratar de crear un nuevo contenido religioso.

Pero, siguiendo las leyes naturales, sólo un individuo puede realizar esta obra... Un hombre que deba tener la madera de un reformador o de un profeta, sin que sea, en verdad, necesario, que se conduzca como tal.

Tampoco comprendemos por qué alemanes que, por razones ideológicas, no quieren saber nada del Cristianismo, porque rehusan admitir como ley moral los elementos de la moral cristiana al parecerles de naturaleza extranjera, no se organizan en la forma de un comunidad pública y legal.

En sí, esto sería deseable, porque es la única manera de tratar en un pie de igualdad a los interesados y sus familias, lo que es necesario e incluso urgente.

Por estas razones, creemos también que, a la larga, no se podrá exigir a todos nuestros conciudadanos que se sienten unidos con fidelidad y convicción a la ley moral de nuestra raza, que sus descendientes y prometidos sean privados de toda bendición pública y, a fin de cuentas, sus inhumaciones, de toda solemnidad. Pero sabemos también que una nueva forma de religión, para evitar transformarse en una payasada, debe elaborarse progresivamente y arraigarse orgánicamente en viejas costumbres auténticas que existan todavía hoy, y no puede, pues, ser «creada» súbitamente por cualquier organización.

Pero nosotros pensamos, ante todo, que esas costumbres que justifican por sí solas una reglamentación, no deben jamás desembocar en un «organización ideológico-religiosa». Pues no tolerar en este aspecto un tutela de ninguna clase o una concepción colectiva es el típico signo de una actitud religiosa realmente germánica.

Para los germanos, la religión era y continuaba siendo un asunto privado. Los jefes de las familias germánicas actuaban, así, como clérigos y no toleraban ninguna clase sacerdotal.

Lo que nosotros necesitamos, no es una oleada de entusiasmo por una pseudo-religiosidad de sociedad secreta o sectaria, sino adaptar de una manera franca y de buena fe estas concepciones religiosas y, ante todo, morales de nuestros antepasados.

Tal fue uno de los más funestos errores cometidos por los numerosos personajillos que querían renovar la tradición de nuestra raza incorporándose a la tradición viva que la violenta cristianización había amordazado antaño.

Es imposible borrar un milenio de evolución humana y nacional y considerarla como inexistente.

Wotan y Thor han muerto...y esos espíritus soñadores que sacrificaban un caballo sobre una vieja piedra de sacrificio hace una docena de años, eran unos tristes locos que comprometían inútilmente la buena causa. No se pueden utilizar ni las costumbres religiosas precristianas ni las representaciones que se encuentren en su base. Si se trata de expresar nuestra propia conciencia moral en formas religiosas externas, hay que tratar de referirnos al libro sagrado de nuestros antepasados, el Edda, tal como hizo el Cristianismo con los libros del Viejo Testamento. Si se quiere crear una especie de ley moral, debemos inspirarnos en hermosos pasajes poéticos, y en particular en los que expresan la visión del mundo. Pero no queramos ir demasiado lejos.

La religión es un asunto espiritual y no puede fundarse más que en lo espiritual. Nuestra misión consiste únicamente en actuar con objeto de no herir a un alemán que ha renunciado a las doctrinas orientales y se esfuerza, por sí mismo, en recuperar la herencia ancestral.

OSS,II.3.2

«De estoque y de talla», de Günther d'Alquen, 1937.

La crisis espiritual

Cuando los adversarios del nacionalsocialismo comprenden que una resistencia abierta u oculta en el plano político es inútil, se recubren de una apariencia respetable y reaparecen para tratar de enfrentarse de una manera más camuflada. Este camuflaje puede ser muy diferente: puede ser puramente religioso o bien teñido de «ciencia». No obstante, esto no nos ha hecho perder de vista que son siempre los mismos medios los que, como antaño, tratan de perturbar al nacionalsocialismo en su evolución.

«En su nueva obra *El socialismo alemán*, Werner Sombart ha tratado de revisar totalmente la situación actual y de aclarar, así, las causas de la crisis en la que se encuentran sumergidos nuestra patria y todo el mundo civilizado. Busca con razón -las causas últimas del enorme caos que sacude y amenaza toda nuestra existencia- en el campo de la concepción del mundo más que en los acontecimientos políticos y económicos.»

Con estas palabras, el de Düsseldorf empieza con la máxima claridad su editorial. Estamos, ciertamente *Deutsche Bergwerkszeitung*, habituados a toda clase de odiosos ataques contra nuestra concepción del mundo... pero raramente se nos ha dicho con tal impertinencia que no somos tan sólo responsables del actual debilitamiento del Cristianismo, sino también de la futura decadencia del mundo entero.

El autor, que se llama Spitama, sabe hasta dónde puede llegar sin caer bajo el peso de la ley, con su montón de insultos hábilmente camuflados contra el nacionalsocialismo. Olvida que nosotros no juzgamos las palabras, sino el espíritu y que, además, no somos estúpidos hasta el punto de no considerar esta «discusión científica» como lo que realmente es, es decir un texto político.

Pero una reacción autoritaria por nuestra parte serviría tan bien al señor Spitama como al *Deutsche Bergwerkszeitung* que ha permitido que este insolente desprecio por la visión nacionalsocialista se expresara en sus dos primeras páginas sobre ocho columnas. Una esfera espiritual atacada no puede ser saneada por cualquier medida coercitiva. Queremos demostrar con claridad y determinación a estos ciudadanos alemanes a los cuales se dirige el *Deutsche Bergwerkszeitung* que la «crisis espiritual actual» se diferencia totalmente de lo que presenta el señor Spitama, y en particular que lo que él considera como una «causa de enfermedad» es el único remedio y la única solución para el porvenir alemán.

Nosotros no sabíamos en absoluto que viviamos en un «caos espantoso, que sacude y amenaza toda nuestra existencia». Teníamos la impresión que, ciudadanos que no comparten todavía nuestro ideal (en el caso de que los hubiera aún entre los lectores del *Deutsche Berwerkszeitung*) están de acuerdo con nosotros sobre el hecho de que el nacionalsocialismo ha puesto, precisamente, fin a ese «caos espantoso» y lo ha substituido por un orden tan productivo como fértil. Pero la evolución del último año no ha sido, manifiestamente, percibida por el señor Spitama y su colega, pues ellos presumen que el pueblo alemán continúa viviendo en el infierno de la destrucción que ellos presentan, pues tal es el verdadero sentido de su artículo, como el resultado inevitable de un abandono del Cristianismo.

Mediante justificaciones objetivas de alto copete, el señor Spitama demuestra en su artículo que él denomina «la causa de la enfermedad» que el marxismo se ha fijado como objetivo marcado como objetivo destruir la religiosidad en el pensamiento occi-

dental. Demuestra con numerosas citas que el abandono efectivo del Cristianismo o, más bien de la Iglesia cristiana, sobre todo en la segunda mitad del siglo pasado, era un elemento concomitante evidente de la concepción del mundo materialista.

No habría nada que oponer a esta exposición, en cuanto se refieren a los terrenos histórico, religioso y filosófico, si el sentido de la disertación no tendiera a atribuir tendencias similares precisamente al nacionalsocialismo en ese campo. La sabiduría del señor Spitama culmina en su conclusión: «La salvación y la liberación para Alemania sólo pueden llegar con el retorno al que es el camino, la verdad y la vida. (¡Es decir, Cristo!). Sólo esta vía permitirá a Occidente escapar a la previsible decadencia.»

¡Así estamos! El nacionalsocialismo, al que se atribuye una hostilidad evidente hacia la Iglesia, es responsable de la eventual desaparición de Occidente. Porque la descristianización «es la enfermedad que nos aqueja y de la que debemos perecer si no conseguimos vencerla».

La demostración se hace con el apoyo de toda la gama de los argumentos clericales. El ingenuo y polvoriento profesor Sombart es citado a través de una frase algo obscura, que el señor Spitama considera «llena de carácter»:

«Lo que hemos vivido no puede ser explicado más que como obra del diablo. Se pueden discernir claramente los caminos por los que Satán ha atraído a los hombres hacia él: ha erosionado siempre la fe en un mundo del más-allá y así ha lanzado a los hombres a la perdición de este mundo.»

Un poco más y el señor Spitama, calificándonos de grandes y de pequeños diablos, nos habría hechos responsables del hecho de que, hoy, su creencia en «el más-allá», efectivamente desaparecida, no tenga curso entre la mayoría de nuestros conciudadanos. Pues, como dice el escritor, es el más horrible de los terrores: el hombre moderno ya no está sometido al temor de infiernos amenazadores y la promesa de una recompensa en el más-allá no le consuela en absoluto del desagradable carácter de este mundo.

No era, ciertamente, necesario, tendernos una celada y movilizar nada menos que a Heinrich Heine en apoyo de sus tesis, como si el pensamiento judío y, en consecuencia, retorcido, hubiera previsto exactamente el curso de la evolución considerando que se podía abandonar de buen grado el cielo a los ángeles y a los pajarillos.

Ciertamente, nuestra religiosidad, es decir nuestra fe en nuestro pueblo y en su porvenir, se encuentra sólidamente anclada en lo real. Pero que no se nos venga a replicar que esas visiones «se esforzaban en reemplazar el dios presente en la conciencia».

Nosotros no toleramos que nuestra convicción más sagrada sea tratada de pseudo-religión porque nuestra fe sería inferior a la de los medios confesionales. Creemos en la eternidad de la misma manera que los cristianos religiosos. Creemos que las fuerzas que han permitido a nuestro pueblo escapar a la muerte, son tan «religiosas» como esas representaciones -tan diversas- que, casi amortajadas bajo los dogmas medievales, forman el verdadero núcleo de la actual doctrina religiosa. Si podemos, es justamente porque somos capaces de ver y de vivir la eternidad en este mundo... una facultad que el Cristianismo, allí dónde ha vivido y vive, ha cultivado y mantenido.

«La creencia en Dios y en el más-allá es, en verdad, el fundamento de la moral de la que extrae su fuerza de acción. La moral autónoma que ya no quiere ver en Dios a un legislador y a un juez, es el producto de reflexiones intelectuales. No puede subsistir y resistir ante los ataques de las grandes tentaciones de la vida. La autonomía moral, ese producto del subjetivismo moderno, desemboca en una adoración del hombre.» ¡He aquí la taimada puñalada!.

Para nosotros, esta moralidad que viene de arriba y que es impuesta al pueblo es tan condenable como estas maneras hipócritas que, por ejemplo, utilizan, gracias al secreto de la confesión, los pecados más comprensibles para dominar políticamente a los débiles de espíritu.

La recóndita doctrina del pecado original hace necesaria una redención. La caída, e incluso la noción de pecado según la concepción cristiana, con una recompensa y un castigo en el más-allá, es insoportable para las gentes de nuestra raza porque no son compatibles con la concepción del mundo propia de nuestra sangre.

Mirando por encima todas las controversias confesionales -y casi no pueden haber en Alemania muchos debates sobre problemas religiosos- consideramos de ma-

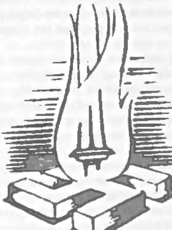
nera irrefutable que es importante para el porvenir de nuestro pueblo que la religión al servicio del Estado cree nuevas formas espirituales apropiadas, con objeto de que pueda realizarse el ideal de vida heroico de nuestra raza. Entonces -y solamente entonces- el Cristianismo, por desgracia siempre influenciado por el Sur, podría implantarse realmente en nuestro pueblo, lo que no fue capaz de hacer, como es sabido, mil años después de la forzada cristianización.

Tal es la razón por la cual Spitama es insolente cuando define precisamente la forma católica dogmática del Cristianismo como «la fe de nuestros padres»; como si no hubieran sido precisos siglos de duros combates para imponer a nuestros padres, por la espada y la tortura, esta religión del amor.

Además, hoy sabemos hasta qué punto el sentimiento religioso del germanismo impregna fuertemente al cristianismo «alemán», y que la moral social, que la Iglesia quisiera considerar como su creación más fundamental, se funda más sobre las cualidades éticas de nuestra raza que sobre la doctrina de púlpito de los siglos medievales.

Finalmente, no debemos olvidar que los mil últimos años han constituido una alienación del principio de nuestro ser y de nuestra especie, en todos los aspectos. No queremos, ciertamente, ignorarlos o eliminarlos por completo de nuestra conciencia, pero no queremos olvidar que este milenio no representa más que «un día y una noche a los ojos de Dios... de la eternidad que nosotros sentimos en este mundo», que está en el origen de nuestra era y de nuestra religión.

Ante los milenios de existencia de nuestro pueblo y las decenas de milenios de existencia de nuestra raza, los orgullosos errores de una doctrina falsa y ajena a nuestro pueblo no cuentan mucho. Esto debería decirse a los que, teniendo una mala voluntad y recubiertos de oropeles prestados, se imaginan poder calumniar impunemente nuestra sensibilidad religiosa.



OSS.II.3.3

«De estoque y de talla», de Günther d'Alquen, 1937.

El poder y el corazón

La Trinidad del cuerpo, del espíritu y del alma, forma una unidad armoniosa y viva en los hombres sanos. Pero es posible evaluar diferentemente estas tres esencias que para nosotros son perfectamente equivalentes. En el curso de la Historia, esto ha sido siempre perjudicial a los hombres.

Por ejemplo, se conoce el punto de vista medieval religioso que no procura una legitimidad más que a una supuesta «alma», tratando así de desviar las esferas intelectuales del hombre hacia el más-allá y no concediendo ningún interés al cuerpo. Conocemos también las tendencias que no tomaban en cuenta más que el espíritu, la *ratio*, y lo reducían todo a un puro mecanismo, a una causalidad sin alma.

Estas posiciones parcialmente falsas son malsanas porque chocan de frente con la realidad pura. Es una visión que no es tan fuerte como la realidad y no coincide con ella. Es inadaptada e inviable.

Hay derecho a hablar de una sobre-afirmación del aspecto «moral» en lo que concierne al principio nacional. Cuando antaño el liberalismo sólo acentuaba lo material, se ve el mismo error opuesto que surge en reacción contra el liberalismo, siendo solamente de naturaleza más exclusiva a nivel conceptual e ideológico. En este caso, en efecto, la realidad nacional, la idea racial y, en suma, nuestro amor por este mundo devienen una ilusión sin fundamento y ceden su lugar a consideraciones que analizan el pueblo de manera metafísica, o bien escolástica, especulaciones quiméricas y una falsificación del sentido místico de la realidad nacional.

Vemos que esta mística «nacionalista» actúa aquí y allá. Sus representantes son tan beatos e intolerantes como los dominicanos de la Edad Media; sus concepciones tratan de la «costumbre», la gimnasia rúnica y la magia misteriosa. Se reúnen en sectas y creen que combatir contra otros beatos les proporciona una coartada. Detestan los conceptos claros. La ciencia y la economía no representan para ellos, a priori, más que unos conceptos liberalistas y unas invenciones del diablo.

El nacionalismo se considera como una realidad popular. Insiste en la primacía de la concepción del mundo, pero sin descuidar los otros aspectos de nuestra existencia.

La descomposición del conjunto de la humanidad y la disociación de los ámbitos físicos, espirituales y morales se han manifestado también desde el punto de vista estatal. No es sólo el individuo quien se ha equivocado ni la esencia popular quien ha sido violada; esta auténtica armonía ha faltado también al Estado y a la autoridad. Además, el arte fue obligado a limitarse a las necesidades políticas del poder, y éste no poseía ya estos valores espirituales y morales que son lo propio de la verdadera humanidad.

Alemania ha encontrado, pues, en nuestra presencia, a la vez el poder y el espíritu, el poder y el alma. Así el arte se hace independiente y el poder hace lo mismo. La razón de esta separación de los dos terrenos reposa finalmente en esta hostilidad y esta naturaleza extranjera. Un arte no puede prosperar duramente sin poder político y un Estado se fosilizará y se volverá reaccionario si el espíritu y el alma no le procura una vida interior.

Nosotros hemos superado el ideal de un aparato de Estado puramente activo, pues todo el pueblo influencia hoy al Estado y, así, el espíritu y el alma de la nación. Por ello, la espiritualidad alemana no evoluciona sin mantener un contacto positivo con el poder. Ya no corre, pues, el peligro de caer, como antaño, en manos de los judíos. Pero, contrariamente a antaño, el Estado ya no considera al espíritu como un enemigo deliberado, indeseable y prohibido, sino como una manifestación vital de la nación.

Nuestra tarea es hacer la síntesis entre el poder y el espíritu que reinó hace mucho tiempo. El arte encontró a menudo protección en pequeños príncipes, pero los grandes permanecían generalmente mudos. Por ello, poder y espíritu deben ir a la par.

Se evocan los dones morales de que el pueblo alemán dispone con gran abundancia. Así, el problema más serio no es tan sólo instaurar una armonía entre el poder y el espíritu, sino hacer la síntesis perpetua del poder y del alma.

La mayor misión que ha sido dada hoy a nuestro pueblo es asociar y mantener así, continuamente, estos principios. Entonces el poder no se fosilizará; no se transformará nunca en una fachada y estará siempre en estrecha unión con los alemanes.

Pero el alma alemana se concentrará en sí misma y se liberará de estos sueños extranjeros porque tomará como punta de partida la realidad.

Se esforzará siempre en observar la realidad más elevada que existe en esta Tierra: un pueblo feliz y su perennidad.

OSS.II.3.4

Cuaderno de la SS. Nº 4. 1942.

Piedad germánica

A través de su religión, nuestros antepasados honraron fuerzas sobrenaturales cuya acción creían sentir, y el poder en los campos y en el bosque, en el cielo y en la Tierra, ciertamente, pero, ante todo, sobre su propia existencia. Tal fue siempre el aspecto esencial. El hombre es también un hijo de la naturaleza, pero en tanto que ser dotado de palabra y de espíritu, su vínculo con la comunidad es totalmente diferente del animal. Las relaciones originales con la familia, el clan y el pueblo en los cuales ha nacido, influyen en su vida a un nivel mucho mayor que sus relaciones con la «naturaleza» que es el campo de su actividad. La comunidad popular le procura también su religión... ¡igual que su lengua! Por medio del culto y del mito que aprende, ella le transmite la especificidad de su relación con la divinidad. Más aún: él distingue la voluntad de la divinidad misma que se expresa en la acción y en la motivación de esta comunidad, en las leyes y las reglas que la rigen, en los valores morales que le son inherentes. La discierne primero en la comunidad, pues estas reglas y estas relaciones extraen su fuerza sagrada del hecho de que han sido establecidas, según la antigua creencia, por los mismos dioses y están sometidas a su vigilancia y a su protección.

En este contexto, las sagas islandesas que describen la fiesta del sacrificio de los noruegos son particularmente instructivas. En ellas aprendemos que en ocasión de las grandes fiestas anuales, se sacrificaba, por una parte «por la cosecha» (o por un «buen año») y la «paz», y por la otra, por la «victoria» y el reinado del rey. De ello se deduce que el sacrificio organizado por la comunidad popular representada por el culto comunitario estaba vinculado a la vida y al destino de esa comunidad. Una buena cosecha y la paz por una parte, la victoria y la soberanía, por otra; tales son los dos polos alrededor de los cuales gira la vida de un pueblo: el aspecto biológico natural y el aspecto político-histórico. Por una parte, la paz que conlleva el trabajo del campesino y culmina en la cosecha; por otra, la guerra que, coronada por la victoria, proporcionaba el honor y la fuerza. Si se piden estas cosas a los dioses en las fiestas del sacrificio, ello demuestra que se les consideraba como los dispensadores y los protectores de tales bienes, es decir, de todo lo que constituye el alma y la razón de ser de la comunidad étnica. El germano creía que los dioses eran artífices, tanto de la prosperidad de su trabajo pacífico -cultivar sus campos- como de la conquista de la victoria en la guerra que aseguraba la supervivencia del pueblo.

Pero la fórmula *til ârs ok fridar* conlleva una enseñanza mayor que la traducción «por un (buen) año y la paz»; pues la palabra «paz» no caracteriza tan sólo el estado de paz, en oposición a la guerra, sino también el orden moral y jurídico sobre el que reposa la vida común pacífica de la comunidad humana. Nada podría explicar mejor el sentido religioso de esta vieja fórmula que las palabras de Schiller: «Orden sagrado, hijo celeste que aporta la bendición que une a toda la comunidad en la libertad y la alegría.» Los dioses son los que aportan el bien, los bienes de la vida; son los jefes de la guerra, los soberanos de la victoria y así determinan el destino de los pueblos. Son también los guardianes de la paz sagrada que se funda en el derecho y la ley.

En comparación con los conocimientos que se tienen del culto y de la repercusión de la religión en la vida pública, más difícil es representar la actitud religiosa interior del germano, su piedad.

El carácter sagrado y la fuerza de la divinidad suscitan en el creyente el sentimiento de la dependencia. Pero para el germano, ese sentimiento de dependencia hacia su dios estaba exento de toda sumisión servil. En cambio, estaba basado en una confianza fuerte, animosa. En el Norte, *trua* («confianza») es la expresión de la fe religiosa y del dios con el que el islandés contaba antes que todo ante las miserias y las dificultades de la vida. Le llamaba su «fultrui», es decir, el que merece toda la confianza. Como el noruego Thorolf Mosterbart, muchos hombres germánicos buscaron su salvación ante su dios cuando debían tomar decisiones difíciles y solicitaban su consejo. ¿Se consideraban en seguridad bajo la protección del dios poderoso, o era solamente una reacción instintiva de ver en él al «amigo» seguro? Disponemos de numerosos testimonios según los cuales Thor gozaba en primer lugar de esta consideración. Se le llama *Astvinr* («el amigo amable»), en la saga. Una relación tan hermosa y digna no aminoraba la distancia entre el hombre y Dios, sobre la que reposa toda creencia piadosa; de ella fluía una piedad que confería al hombre la seguridad y la fuerza; es la característica más noble que se halla en la concepción de la religión germánica.

Walther Baetke

«El hombre debe comprender a Dios en el corazón de las cosas».

Eckhart

OSS.II.3.5

Cuaderno de la SS. Nº 6. 1942.

Cuerpo y alma

La vieja concepción de la Antigüedad y del Cristianismo establece una diferencia de naturaleza entre el cuerpo y el alma. Tienen un origen diferente: el cuerpo es de origen terrestre y material, el alma de esencia divina y espiritual. Cada uno sigue un destino diferente: el cuerpo muere y se descompone, el alma es inmortal y continúa viviendo después de la muerte. Tienen, igualmente, un valor muy contrastado: el cuerpo es fuente de instinto, de bajeza, de inferioridad y de vileza; el alma es el soporte de lo que es grande y hermoso, es decir, de valor absoluto. Una fosa infranqueable les separa; hostiles, se enfrentan cara a cara. El cuerpo, profano, es la cadena que retiene al alma en su vuelo inmaterial y divino hacia las alturas. Él es su argolla terrestre, impura.

Nuestra visión del mundo y la creencia propia de nuestra etnia contradicen esos principios de un mundo decadente y agonizante.

Nosotros sabemos que estos dos aspectos, alma y cuerpo, nos han sido concedidos por el Creador. Ambos son para nosotros la manifestación de la divina naturaleza, siempre creadora, eterna y maravillosamente activa.

Sabemos que nuestros antepasados nos las han transmitido y que revivirán en nuestros hijos. Sabemos que somos los responsables de su supervivencia o de su muerte. Somos plenamente conscientes de que nuestra misión consiste en continuar la obra del Creador y revalorizarla en el curso del tiempo.

Sabemos que la nobleza y la pureza de nuestro cuerpo constituyen también las de nuestra alma, y recíprocamente. Quien corrompe su cuerpo corrompe también su alma. La educación de nuestra alma y el desarrollo de nuestro cuerpo van a la par.

Nosotros sabemos que nuestro cuerpo y nuestra alma, a fin de cuentas, no son más que uno y que honrar a uno es también honrar al otro.

L.E.

OSS.II.3.6

Cuaderno de la SS. Nº 8a. 1941.

¿Qué significa el «solsticio»?

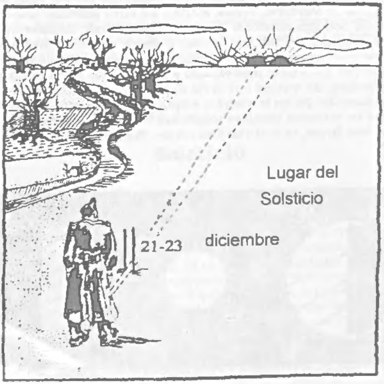
El Sol, padre del universo,
crea la primavera y el invierno, el calor y el frío

Estar de guardia, lejos, en el Este, no tiene nada que ver, francamente, con la astronomía. Sin embargo, el soldado que allí se encuentra, ante el enemigo, puede llegar a ser un «experto en cuestiones astronómicas», sobre todo si observa el amanecer.

La salida del Sol en las vastas llanuras orientales es un espectáculo inolvidable para quien la ha contemplado. Un rojo claro anuncia el acontecimiento en el cielo matinal, después los rayos aparecen por encima del horizonte; un pálido Sol invernal se levanta y prepara un nuevo día. Tales son las cosas que cada uno puede ver todos los días.

Pero ahora nos gustaría estudiar ese espectáculo natural desde un punto de vista astronómico. No necesitamos telescopio, ni compás ni reloj... tan sólo un punto fijo durante varios días y algunos palos. Cada día, cuando el Sol se levanta, marcamos nuestro punto de referencia hincando un palo unas cuantas docenas de pasos delante de nosotros en la nieve.

El día siguiente o algunos días más tarde volvemos al mismo lugar. La salida del Sol es inminente... ¡y es entonces cuando la mayoría de la gente se sorprende! No aparece detrás de nuestro palo como antes, sino un poco más al sur, es decir a la derecha. Como hemos empezado a hacer nuestras observaciones a principios de diciembre, el Sol se desplazará cada día más lejos hacia la derecha en el momento del amanecer... hasta el 22 de diciembre. Los días 21, 22 y 23 de diciembre, aunque no se esté de servicio, vale la pena hacerse despertar antes de la salida del sol y observar ese amanecer al Este a partir de un punto previamente determinado.



¿Qué sucede durante estos tres días? El Sol que, el 21, parte todavía desde el punto este hacia el sur, alcanza su punto de salida extremo en el sur el 22, parte otra vez de nuevo el 23 de diciembre hacia el norte. El hecho de habernos privado de sueño nos ha permitido haber asistido realmente al desarrollo del *solsticio*. Hemos visto que este acontecimiento se produce dos veces por año -con una piadosa admiración- igual que nuestros antepasados germánicos, pues ellos madrugaban, como todo campesino, y aquello determinaba sus fiestas más sagradas. Pues el cambio de la marcha del Sol les prometía -y nos promete también- una claridad del día y una radiación solar crecientes. Indica también que el sombrío invierno ha sido vencido y que aún habrá una primavera. Consideremos ahora nuestro dibujo que traduce esta observación.

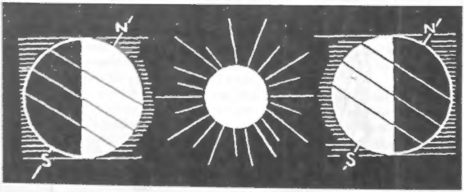
Pero tal vez nos preguntemos por qué el solsticio de invierno anuncia un día tan corto, mientras que el solsticio de verano indica precisamente el día más largo. Para Berlín, la diferencia en la duración de los días es efectivamente de siete horas en invierno contra diecisiete horas en verano.

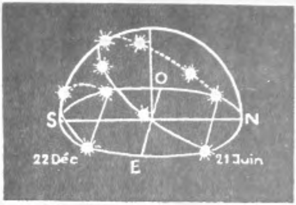
Nuestro segundo dibujo explicará la razón de ello. Imaginemos que pudiéramos subir por encima de la Tierra en un globo estratosférico, y admitamos además que lo que nuestros ojos verían fuera exacto: la superficie terrestre tendría la forma de un disco y el cielo de una semiesfera... Se podría seguir la trayectoria del Sol sobre esta semiesfera, ya que permaneceríamos un día entero con el globo a esa altura. Si subiéramos exactamente el 22 de diciembre, veríamos aparecer el Sol en el sur, rozar el sur durante el día en arco de círculo hacia el oeste y ponerse de nuevo en el sudoeste. Pero el 21 de junio veríamos levantarse el Sol en el nordeste, luego el arco subiendo directamente por encima de la bóveda celeste hacia el oeste y la puesta del Sol en el noroeste. El dibujo revela que estos arcos cotidianos tienen una longitud diferente, y que la radiación del Sol puede tener una duración variable.

Pero tal vez esto no responda siempre a nuestra pregunta. Se dice con razón que la Tierra no es un disco y que el Sol no se desplaza en absoluto de tal manera en el cielo. Penetremos entonces con nuestro globo estratosférico unos miles de kilómetros más en el universo y contemplemos, desde esta enorme distancia, qué apariencia revisten el verano y el invierno en el universo. Necesitaríamos partir un año entero, pues si no no podríamos distinguir las diferencias con tanta nitidez.

Cuando estamos suficientemente lejos en el espacio, apercibimos el Sol. Allí donde realmente está: en el centro de las elipses descritas por los planetas del sistema solar. En compañía de Mercurio, Venus, Marte y los otros planetas, nuestra Tierra gravita alrededor del Sol, gira alrededor de su eje diariamente, durante un año, exactamente una vez alrededor del Sol. Los helados polos de nuestra Tierra nos aparecerían bajo la forma de unos casquetes claros, pero, curiosamente, el polo norte y el polo sur no se encuentran en los puntos más elevado y más bajo del globo terrestre, si no lateralmente desplazados, de manera que el eje de la Tierra es *oblicuo* en el espacio.

Esta inclinación del eje terrestre o eclíptica hace que experimentemos un dulce calor en verano en nuestras latitudes templadas en verano; en invierno, en cambio el frío, en verano días largos, en invierno días cortos. Nuestra tercera imagen nos muestra la explicación.





En medio se encuentra el sol radiante, a derecha e izquierda, nuestra Tierra, en esos dos puntos que designan el 21 de junio y el 22 de diciembre. Ahora, con una linterna y una manzana o una patata redonda que habréis atravesado oblicuamente con un alambre, debéis imitar estas dos posiciones. El eje terrestre indica constantemente el mismo punto en el cielo (hacia la estrella polar), y el Sol permanece también constantemente en el mismo lugar. Sus rayos iluminan pues una superficie mayor en el norte, y seis meses más tarde una superficie mayor en el sur. Podemos reproducir el fenómeno completo con la linterna.

La parte mediana de la Tierra, la zona situada hacia el ecuador, recibe constantemente la misma cantidad de luz. Así, cada día dura exactamente doce horas y el Sol pasa todos los días verticalmente por encima de las cabezas de los hombres que viven en los trópicos. Pero durante el verano, se ve el Sol brillar mucho más por encima de la parte nórdica del globo terrestre. En el Gran Norte, el Sol no se pone, y nuestros camaradas de Narvik conocen incluso el Sol de medianoche, la gran maravilla de esta región. Más hacia el sur, la salida del Sol sube alta hacia el norte, el día es largo y la puesta del Sol se hace hacia el oeste.

En la misma época, la mitad sur de la Tierra vive unos días más cortos y la noche invernal reina constantemente en el polo sur. Después de un año, cuando en nuestra patria los días se han ido acortando poco a poco, la mitad sur terrestre vive los fenómenos exactamente inversos.

Nosotros, humanos, estamos pues sometidos, así como todos los planetas, la Tierra y todos los seres vivientes, a la gran ley divina y solar. Tal es también la idea que penetra en nuestro espíritu el día del solsticio.

OSS.II.3.7

Cuaderno de la SS. Nº 7. 1938.

Solsticio

El campesino caminaba pesadamente sobre la profunda nieve. Su corpulenta silueta se destacaba, negra, sobre el blanco azulado del paisaje invernal y sobre el estrellado cielo de la noche. El hombre que le acompañaba era delgado y demacrado. Dejaba flotar al viento su abrigo de piel y avanzaba tan ágilmente que habríase dicho que acababa de salir de la adolescencia. El cortante frío que había hipnotizado y petrificado el páramo y el bosque no parecía afectarle, pues su chaleco de lana estaba entreabierto. De vez en cuando, con su mano izquierda rascaba su barba gris en la que su aliento se condensaba en pequeños cristales. Detrás de los dos hombres, a una cierta distancia, como es debido por el respeto debido a la edad, seguía Eib, el hijo mayor del campesino. Llevaba, igual que los otros, sus armas: la larga espada, la daga y la lanza. Llevaba su escudo a la espalda, y de su cadera derecha colgaba una trompa artísticamente labrada, conservada desde generaciones y transmitida de padres a hijos.

Los caminantes atravesaron en silencio las colinas en que estaban inhumados sus antepasados. Es allí donde reposaban reyes y príncipes que, antaño, habían sido poderosos y cuyos cantores celebraron el valor guerrero. El viejo era también un iniciado que erraba de granja en granja contando historias y que «sabía más que su breviario». Elb vio que el hombre canoso, cuando pasaba delante de un gran túmulo, saludaba con la lanza. ¿Acaso, en el transcurso de esta marcha solitaria, dialogaba en secreto con los muertos?

El joven campesino se acordó de las historias que el comerciante de negra cabellera, procedente del sur, le había contado. Allí habrían pueblos que evitaban el recuerdo de los muertos porque tenían miedo de los difuntos. Al recordarlo, Elb meneó la cabeza. ¿Por qué temer a los muertos cuando, a pesar de todo, seguían formando parte del clan? ¿Acaso los lazos que unen a las generaciones no se remontan tan lejos que nadie conoce su origen, y no continuarán a través de las generaciones futuras en un porvenir del que nadie conoce el fin? ¿Acaso no habían transmitido los muertos su patrimonio a los vivos como un legado sagrado que exigía ser respetado?

El hombre del sur había hablado de demonios y de fantasmas, de seres inquietantes en cuyo cuerpo vivían los muertos, de seres que jugaban un juego macabro con los hombres, pensando tan sólo en perjudicarles y traerles la desgracia. ¿Tanto habría cambiado la muerte a los padres que reposaban bajo estas colinas? Increíble, no, imposible: el joven campesino respondía a su propia pregunta. Quien había sido natural en vida no podía ser diferente en la muerte. Quien había trabajado por el bienestar y el porvenir de su clan y de su pueblo no podía, una vez sus cenizas enterradas en el seno de la tierra, convertirse en enemigo de su propia raza.

Es posible que en los pueblos del sur, espantaran a los vivos en el curso de las noches solitarias. Lo hombres de cabellos negros eran de una naturaleza tan diferente, de un carácter tan sombrío; tal vez sus muertos eran diferentes de los nuestros. El joven campesino resolvió interrogar sobre ello al anciano del pelo gris, huésped de su padre desde hacía algunos días. Sabía que este hombre tan delgado había visitado muchos países y muchos pueblos.

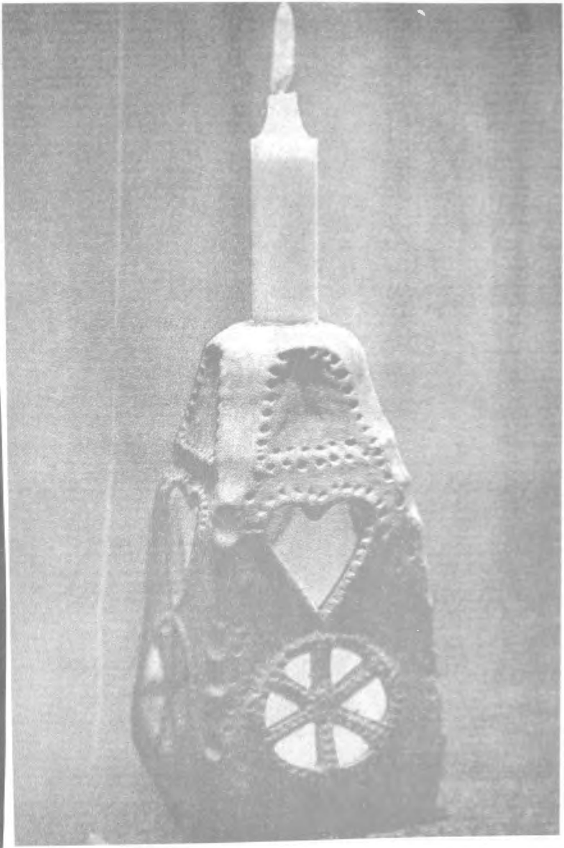
Los tres hombres habían llegado ya a la llanura central del páramo que era el objetivo de su viaje. La glacial noche parecía haberse serenado. Lo círculos formados por bloques verticales macizos aparecían netamente y el campesino y su invitado se acercaban a ellos. Se detuvo ante un bloque en medio del círculo. Aquella piedra tenía un plano secante que parecía apuntar a un punto de la bóveda celeste. Con un gesto tranquilo apartó la capa de nieve que recubría la superficie de la piedra.

Sabía lo que tenía que hacer. Había venido a este lugar, desde hacía varios años, con su padre, en la época del solsticio, tanto en verano como en invierno. Se volvió hacia el norte, avanzó entre dos círculos de piedras hasta un tercero en el centro del cual dos bloques se levantaban, cerca el uno del otro. Quitó cuidadosamente la nieve que lo cubría como un manto y volvió junto a su padre. Mientras tanto, éste había inspeccionado atentamente el cielo estrellado y se había vuelto luego hacia el sudeste donde brillaba una débil claridad anunciando el alba de un nuevo día. El sur se fue volviendo cada vez más claro mientras el norte dormitaba aún bajo el azul más sombrío.

Entonces el campesino levantó la mano: «Ha llegado la hora» dijo solemnemente. «La estrella del día (Arktur) se inclina hacia la Tierra.» Se arrodilló detrás del menhir de manera que la arista viva de su superficie plana no hiciera más que un trazo ante su ojo. Este trazo parecía pasar entre la estrecha brecha entre los dos bloques del otro círculo y alcanzar la brillante estrella que relucía justo por encima del horizonte. Luego se levantó y cedió su sitio al viejo que, con el mismo cuidado, contempló a través de la brecha la estrella que cada vez más iba desapareciendo en el vapor del norte a medida que el cielo se iba aclarando en el sur.

«Tienes razón», constató el más delgado, «la estrella del día se esconde en la dirección que anuncia la fiesta: dentro de tres días celebraremos la mitad del invierno».

El viejo se levantó y, a una señal del padre, tomó la trompa de Elb, la llevó a sus labios y lanzó sobre el páramo la señal tradicional. Sonó tres veces y tres veces resonó la llamada. Los hombres aguzaron entonces sus oídos en la naciente mañana. Poco después, la llamada recibió una respuesta. Se había oído el sonido de la trompa en los pueblos lindantes con el páramo y ahora parecía que por todas partes resonaban las



Antiguos símbolos paganos han sido resucitados por la SS. Aquí, el célebre candelabro de Jul que era ofrecido a cada nueva pareja SS durante el solsticio de invierno.

trompas, que retomaban la llamada y la repercutían de granja en granja, anunciando la fiesta del solsticio en la que se reunirían al cabo de tres días los clanes y las gentes de los pueblos.

(Estos observatorios que servían para estudiar los astros para determinar los días de fiesta, en particular los solsticios de invierno y de verano, eran muy numerosos en las comarcas alemanas. Fueron destruidos por los frailes y los zelotes cristianos. Sin embargo, hemos conservado uno. Son los círculos de piedras del páramo de Tuchel cerca de la desembocadura del Vistula. Estos círculos de rocas con sus piedras de visión están en parte orientadas norte-sur y este-oeste, en parte hacia los dos solsticios. Una quinta línea apunta hacia la puesta de la estrella fija Arktur, llamada «estrella del día» por nuestros antepasados, por la cual el solsticio se anuncia con tres días de adelanto. Este observatorio estelar y solar de los antiguos germanos ha sido estudiado por el profesor Rolf Müller del Instituto de Astrofísica de Potsdam y científicamente certificado como centro de observación).

Alineados por clanes y pueblos, los hombres bien armados, como si se tratara de un batalla, las mujeres con su mejor indumentaria y todas sus joyas, rodeaban todos la alta colina del Thing sobre la que ardía un gran fuego. Las llamas se elevaban en la noche que envolvía la Tierra. Los ancianos de los clanes se acercaron al fuego y escucharon, como sus compañeros de clan, las palabras pronunciadas por el canoso anciano, explicando otra vez el significado de la ceremonia.

El joven Eib había oído a menudo al padre hablar de esta piedra, pero le parecía no haber comprendido hasta ahora el sentido de estas palabras tradicionales. Ahora, el huésped del campesino, que todos los clanes veneraban y cuya sabiduría reconocían, hablaba del orden eterno que rige el cielo y la Tierra, el Sol y las estrellas, los árboles, los animales y los hombres. El símbolo secular de este orden eterno es el curso del Sol. En invierno, se hunde cada vez más profundamente en el seno de la Tierra. Reencuentra la Tierra madre que le da de nuevo la vida y remonta cada vez más arriba en el cielo hasta el ida del solsticio. Una muerte y un renacer eternos.

Oyó hablar al anciano: «La muerte no es el fin de la vida: es el principio de un nuevo devenir. El Sol hace surgir una nueva vida del seno de la Tierra. La hierba y las flores, las hojas y los árboles verdean y florecen de nuevo. La joven semilla brota, el ganado se fortalece en el páramo, una nueva generación crece en las granjas. El año de los hombres transcurre como el año solar del crecimiento. La nieve de los cabellos pesa sobre los ancianos, pareja a la nieve en los campos. Pero como renace la luz, renace también generación tras generación. La llama que honramos como imagen del Sol y a la cual confiamos el cuerpo de los muertos, purifica e ilumina. Libera el alma de lo que es mortal y la conduce de nuevo a un renacer en la luz eterna. Lo que sale del seno de la madre no cesa jamás, como jamás se detiene la naturaleza que cumple su ciclo de la misma manera que el Sol.

Eib meditaba todavía estas palabras cuando hacía tiempo que el anciano se había callado. Alrededor del luminoso hogar, constantemente alimentado por algunos jóvenes, las muchachas iniciaban su ronda. Serían madres y darían vida, como el seno de la Tierra a las plantas y a los animales. Tres mujeres se separaron del círculo. Iban de clan en clan, ofreciendo algunos regalos.

«¿Sabes qué significan estas tres mujeres?», oyó Eib murmurar cerca de él.

Miró alrededor y vio los claros ojos del canoso anciano.

«Estas tres mujeres son las Nornas», dijo la voz del anciano. «Urd, Werdandi y Skuld. Urd, la anciana, que reposa en el suelo, Werdandi, el presente, la sangre que late en nuestras arterias, Skuld, el deber, ese destino que cada ser lleva consigo y que se transforma en falta cuando se le deroga y se le desobedece.»

La ronda de los danzarines había crecido, sus pasos y sus gestos mimaban el juego del bien y del derecho contra el mal y la maldad. Luego vinieron unas figuras disfrazadas que simbolizaban la lucha entre la luz y las tinieblas, y, detrás de ellas, un ruidoso grupo que, a cada chasquido de látigo, estrépito y alboroto, echaba al invierno a fin de que el grano se convirtiera en hierba verde y que todas las criaturas terrestres estuvieran en buena salud.

El estricto orden de los clanes y de los pueblos se relajó; por un lado los viejos,



La SS celebra el solsticio de invierno,
la noche que anuncia el retorno del sol.

reservados y taciturnos, por otro los jóvenes, alegres, cuyas primeras parejas, habiéndose prometido durante las tibias noches del verano, se abrazaron saltando por encima de las llamas.

Cuando llegó la mañana, los clanes se reunieron otra vez y alumbraron sus antorchas en la llama del fuego del solsticio que moría, con objeto de reanimar en sus hogares a los muertos. El campesino, por su parte, se volvió hacia sus compañeros de clan, velando cuidadosamente la santa llama que llevaba.

Eib sabía que los compañeros encontrarían arriba, en la sala, la comida a punto. Volvió, detrás de los suyos, hacia la granja, apretando a escondidas el brazo de la joven que había escogido desde hacía mucho tiempo, con la cual había saltado por encima de las llamas y que, siguiendo la vieja costumbre, llevaba a la granja que un día él heredaría. Ligado a la naturaleza y a la Tierra, como todos los campesinos del Norte, se había unido en esa noche de las madres a la que llevaría a sus hijos y prolongaría el clan. Lo que no era más que un símbolo sería pronto la vida, como mandaba el orden eterno. Una viva alegría llenaba su corazón cuando pensaba que su promesa de matrimonio sería convalidada por los miembros del clan en la gran sala, en casa, ante el nuevo fuego del hogar y bajo la rama verde, símbolo de la eterna vida y de los inmensos árboles que se elevan hacia el cielo. Los compañeros del clan no se opondrían a la felicidad que la llama del solsticio de invierno había ya bendecido.

****

Apegados como eran nuestros antepasados a la naturaleza, veían en esta fiesta del solsticio de invierno la ley divina de la muerte y del nacimiento.

La noche de las madres, noche santa, era, más que cualquier otra, la fiesta del clan, tal como es, aún hoy, la más santa y la más majestuosa de las fiestas familiares. ¿Cuando encendemos las luces del árbol, sabemos todavía que son el símbolo de la luz y de la vida que se renueva eternamente? ¿Cuando estamos reunidos alrededor del pino verde, nos acordamos de que nuestros antepasados veían en él el símbolo de la continuidad de nuestra raza? ¿Sabemos aún que tenemos ante nosotros el gran árbol cuyas raíces reposan en el pasado, cuyo tronco representa la vida intensa y las ramas se elevan hacia el cielo, hacia el porvenir?

Los viejos cuentos y las costumbres de todos nuestros pueblos arios dan fe de lo que representaba esta fiesta para nuestros antepasados. Necesitamos prestar mucha atención para participar de esta vieja sabiduría.

Kurt Pasternaci

OSS.II.3.8

Cuaderno de la SS. Nº 3a. 1941.

Solsticio en el círculo sagrado

Los círculos de piedras rememoran al Sol

Salida del sol en el santuario de Odry

Cerca del pueblo de Odry, en Prusia Occidental, en el corazón del vasto páramo de Tuchel, se encuentra un decena de círculos de piedras que, pese a los múltiples saqueos, todavía presentan una forma perfecta. Es cierto que el emplazamiento de los círculos nos parece escogido de una forma anárquica y accidental. Algunos se alinean en una dirección, pero esas direcciones se entrecruzan en función de ejes cuya significación es difícil de percibir.

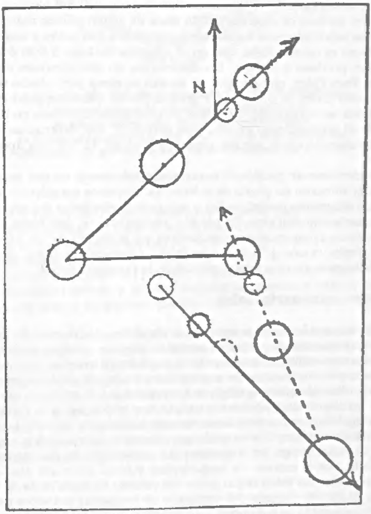
¿Se trata, tal vez, tan sólo de un emplazamiento funerario? Encontramos, ciertamente, túmulos que están rodeados de círculos de piedras. Se ha dicho de los empla-

zamientos de Odry que eran campos funerarios de tribus de Godos, sin atribuirles ningún otro papel.

Sólo hay dos días en el año en que Odry revela su sentido profundo: es el día del solsticio de verano y su opuesto: el solsticio de invierno.

Cuando, el 21 de junio, contemplamos la salida del sol en el círculo de piedras más al oeste del grupo norte y miramos más allá de los dos círculos hacia el que está más al este, conllevando en su medio dos bloques erráticos masivos, el uno al lado del otro, entonces nuestra mirada abarca el horizonte. Cuando sale el sol, -es un momento de gran intensidad- le vemos aparecer exactamente detrás de las dos piedras del círculo más alejado. Un ángulo de vista directo atraviesa, pues, los cuatro círculos de piedras hasta el Sol naciente donde, situados en medio del primer círculo, formamos la «muesca de mira», mientras las dos piedras centrales del último círculo forman el «punto de mira».

Meses más tarde, el 21 de diciembre, podemos, situados en otro círculo, mirar igualmente al Sol el día del solsticio de invierno, hacia el círculo situado más al sur. Deducimos que los círculos de piedras de Odry no han sido dispuestos por azar, sino «orientados» exactamente sobre el solsticio de verano y el del invierno.



La orientación de los círculos de piedras de Odry.
Las líneas unen los centros de los círculos. La línea superior hacia la derecha indica exactamente el solsticio de verano. La línea inferior hacia la izquierda el solsticio de invierno. La línea de puntos indica tal vez la dirección de una estrella.

¿Eran malos observadores los germanos?

Pero el observador crítico replicará que la mañana del solsticio en Odry el Sol no sale totalmente detrás de nuestras piedras orientadas: Los primeros rayos solares deberían aparecer exactamente en medio de la obertura, del «doble punto de mira» de las piedras centrales.

Tal no es el caso. Aparecen detrás de una de las dos piedras. Y cuando determinamos el ángulo exacto hacia la dirección norte con un compás y unas gafas de tanteo, obtenemos, en el solsticio de verano, un ángulo de 48,1 grados, que se llama, en astronomía, el «acimut». Nuestros antepasados o los constructores germánicos de círculos de piedras parecen haber cometido, aquí, un error. ¿O tal vez eran tan malos observadores que no pudieron colocar las piedras exactamente en el lugar en que sale el Sol?

Es casi inconcebible que hayan podido hacer una «falsa orientación». Unos hombres tan próximos a la naturaleza, unos campesinos, sabían tomar unas medidas perfectamente exactas. Pero un desacuerdo podía surgir sobre lo que se entendía entonces por «salida del Sol»; ¿eran realmente los primeros rayos del Sol, o era la aparición completa del disco solar, o incluso el instante en que el Sol abandona totalmente la línea de horizonte? Está claro que así se obtienen diferencias angulares importantes. Cuando, por ejemplo, consideramos en Odry el momento en que el Sol alcanza precisamente la cima de las dos piedras de orientación, la línea de visión parece más bien exacta.

Pero los astrónomos se inmiscuyen en nuestra discusión y nos indican que hoy, el Sol no sale en el mismo lugar que en el solsticio de hace 2.000 ó 3.000 años. Han hecho cálculos precisos y aunque las diferencias no son enormes son, sin embargo, mensurables. Para Odry, por ejemplo, el acimut se eleva para el año 0 a 47,4 grados y para el año 1000 antes de J.C. a 47,1 grados. No es, pues, sorprendente que nuestro ángulo de visión no concuerde, pero nos preguntamos más bien cuál fue la fecha correspondiente al alineamiento exacto. Nos permitirá, así, determinar fácilmente la fecha de la erección de estas agrupaciones de piedras. El Sol nos aporta la respuesta cuando sale.

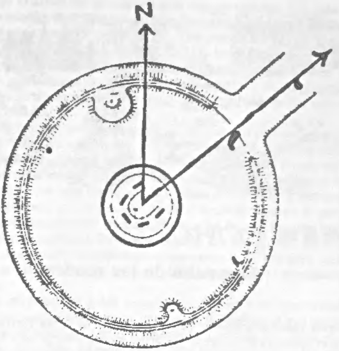
Sería ciertamente posible si supiéramos solamente en qué momento los astrónomos de Odry tomaron su punto de referencia. Podemos establecer un valor medio en función de las diferentes posibilidades y obtenemos alrededor del año 0 como fecha de erección del santuario de Odry. Es posible, naturalmente, que fuera algunos centenares de años atrás y las excavaciones hechas en la región de los círculos de piedras indican, en efecto, el año 150 antes de la era cristiana. Es decir, serían obra de las tribus de Godos que, en otra época, poblaban la Prusia Oriental.

Stonehenge - santuario solar

Según los conocimientos aportados por Odry, podríamos deducir que muchos -si no todos- los círculos de piedra de la región nórdica, estaban orientados en función del Sol. Pero la imposibilidad de proceder a mediciones exactas, las confusiones de que hemos hablado y la destrucción de numerosos círculos de piedras permiten difícilmente confirmarlo. Por ejemplo, las célebres Externsteine y la gruta en que se encuentran, que incluye un mural dirigido hacia el norte han planteado a la ciencia muchos más enigmas, aunque aquí parezca tratarse manifiestamente de un santuario de culto solar.

Las cosas son muy claras en lo que concierne al magnífico emplazamiento arqueológico de Stonehenge, en Inglaterra. La colocación de las piedras es circular y estaba rodeado, por el exterior de empalizadas y fosos sobre un diámetro de 100 metros. Hacia el norte, los fosos dejan pasar un camino en línea recta de una longitud de 400 metros. El círculo exterior del santuario se componía entonces de treinta piedras gigantescas, dispuestas en columnas, que estaban unidas en la cima por unas ménsulas. En el interior se encontraban cinco pares de piedras en forma de herradura en la dirección de la vía norte-este.

El camino mismo es artificial y más allá, a 33 kilómetros, se encuentran largas construcciones de tierras lineales situadas exactamente en la prolongación de una lí



La orientación del observatorio solar de Stonehenge. Los majestuosos círculos del yacimiento se abren sobre una dirección central que se traduce igualmente por una runa y una piedra de referencia: la dirección exacta del solsticio de verano.

nea que va desde el centro del emplazamiento de piedras al de la puerta de piedra y se dirige desde el medio del camino hacia el nordeste. El Sol sale hoy sobre esta línea en el solsticio, o, por lo menos variando apenas en un grado. El «acimut» se eleva hoy 49,34,3 grados sobre esta línea, pero el acimut del año 1900 era de 50,30,9 grados cuando Stonehenge fue estudiado desde un punto de vista astronómico. La diferencia de 56 minutos y 6 segundos es debida a la edad del emplazamiento e indica, con una variación de 200 años en más o en menos, que fue construido hacia el año 1700 antes de nuestra era.

Stonehenge es un emplazamiento arqueológico inmenso, construido con rocas, que debieron representar un trabajo considerable y fueron transportadas desde una distancia de cien leguas. Pero incluso pequeños emplazamientos como Odry no fueron construidos en dos días. Alemania del Norte, que es «rica en piedras», no dispone, en gran cantidad, de bloques erráticos tan grandes que permitan la construcción de diez círculos de piedras, con unas 178 piedras de 80 centímetros de altura en promedio. Una fuerte voluntad y una fe aún más grande están en el origen de tal esfuerzo. El culto del Sol universal es también algo natural para nosotros, hombres actuales, como para nuestros antepasados que erigieron su santuario...

W. J.



OSS.II.3.9

Cuaderno de la SS. Nº 7. 1942.

La noche de las madres

Allí donde viven alemanes y echan raíces en la vasta Tierra, se ilumina el árbol de Navidad en el solsticio de invierno. El árbol siempre verde que florece luminosamente el corazón de la noche sagrada, se ha convertido en el símbolo de la germanidad y el arquetipo de su presencia. El área de población se extiende lejos al este y al sudeste del Reich. Los alemanes portadores de arados irrumpieron en el caos de las tribus y los pueblos extranjeros; pero en todas partes, en los bosques de Bohemia, en el Zips, en los poblados diseminados de los Cárpatos y lejos en ultramar, resplandecen, por Navidad, las luces sobre el árbol que se ha convertido en el árbol de los alemanes.

Cuando un pueblo aumenta su espacio vital, se lleva sus dioses domésticos para permanecer fiel a sí mismo; pueden ser la tierra del suelo natal sagrado, las columnas de la plaza mayor o las costumbres solemnes que expresan la sabiduría popular. Múltiples precursores y numerosas tradiciones equivalentes han adoptado el símbolo del árbol del mundo. Es el árbol-cumbre que los valientes vikingos se llevaron de su patria nórdica hasta Islandia, y más allá de los océanos hasta la lejana Vinland. La llama azul que hoy alumbramos sobre el árbol para todos los hermanos próximos y lejanos de la Tierra está íntimamente emparentada con la llama que se alumbraba antaño para la *minne* de los que estaban lejos, en el curso de peligrosas navegaciones, o que buscaban más allá de las Marcas nuevas tierras para hacer nacer en ellas la luz de la vida popular.

Es el mismo acontecimiento que se repite hoy, como en los tiempos antiguos. Alegres mensajeros surgidos de nuestra Historia antigua, antiguos autores nos hablan de la costumbre y de la creencia de nuestros antepasados, lo que nos emociona porque, tras el paso de los milenios, vive la misma sangre, la misma alma. Los pueblos germánicos han viajado hasta muy lejos y habían conquistado, gracias a sus espadas y a sus arados, nuevos territorios más allá de los límites del Imperio romano. Allí conservaron fielmente lo que antes había nacido en su patria. Los anglos habían abandonado sus tierras de Holstein para convertirse en sedentarios en Gran Bretaña y hacerse finalmente cristianos; pero hacia al año 700 el cura cristiano Beda describía sus costumbres en Navidad:

«Ellos designaban antes con la palabra pagana *Modranicht*, que significa «noche de las madres», la noche que es tan sagrada para nosotros; sin duda a causa de las costumbres de bendición que se celebraban durante toda la noche.

Este nombre de «noche de las madres», que viene de la adolescencia de nuestro pueblo, nos recuerda nuestra propia infancia. Es la noche dedicada al misterio de la maternidad, dejando presentir esta gran experiencia del renacimiento del Sol saliendo del abismo del mundo, del seno maternal de todo ser. Si la madre del hijo constituye hoy, en gran parte, el objeto de la fiesta, es también una antigua herencia, pues la

pareja con el hijo bajo el árbol del mundo es una representación que está estrechamente relacionada con aquellas costumbres de bendición de la noche d las madres. Pero el nombre es aún más significativo: a través de numerosas obras (nuestras costumbres populares y nuestras leyendas lo demuestran todavía hoy), sabemos que las tres madres forman parte de las figuras más familiares de nuestras creencias locales. En esa época, viajaban por el país, portadoras de la sabiduría femenina y de los bienes maternales, distribuyendo dones, dando buenos consejos a los hombres... sobre todo allí donde un niño dormía en una cuna.

Hace ya dos mil años, este pensamiento estaba tan profundamente anclado en nuestro pueblo, que hasta los germanos, convertidos en funcionarios romanos que gobernaban el Rhin alemán, hicieron erigir piedras sagradas en honor de aquellas tres madres que protegían a los recién nacidos. Los romanos abandonaron el lugar y nuevos germanos llegaron. Mil años más tarde, continuaban conociendo a las tres madres. Las amas de casa consideraban un deber, las noches sagradas, poner la mesa y disponer comida y bebida, así como disponer tres cuchillos a fin de que las tres hermanas, como se las llamaba, pudieran saciarse. Piadosos zelotes las fustigaron, pero las hermanas maternales estaban demasiado fuertemente presentes en el corazón del pueblo que incluso se les erigió un monumento en la catedral de Worms, con los nombres de Einbede, Waebede y Willibede.

Las leyendas germánicas y los cuentos alemanes han conservado sus rasgos aún más fielmente. Las sanas noches que ven nacer la nueva luz y el nuevo año les son también consagradas; se acercan a la cuna del recién nacido y le traen sus regalos. En Baviera se llaman las «grandes consejeras», y más frecuentemente las «Perchten», que significa luminosas porque ellas acompañan a la luz en su nacimiento. Son invitadas por los hombres y resultan ser amistosas y serviciales con los que son buenos. Aparecen en el cuento de la Bella Durmiente a la que hacen el don de la vida. A pesar de la mal influencia de la decimotercera hada, continúan siendo las más fuertes. En el viejo relato nórdico del «huésped de las Nornas», las buenas hermanas alumbran la llama de vida del niño; se percibe de manera particularmente clara la relación profunda existente con nuestra luminosa fiesta de Navidad. Y como ellas se manifiestan desde los tiempos más antiguos bajo la forma del ternario sagrado, aportando al niño sus regalos, llenas de sabiduría, han podido transmitir gran parte de su carácter a los Magos de Oriente, de los que no se conocen ni el número ni el nombre, e incluso haber sido el origen de los innumerables juegos de los tres reyes.

Los mitos originales y las leyendas antiquísimas nos hablan de las tres madres que están sentadas al pie del árbol del mundo y tejen el porvenir. La noche de Navidad, que celebramos como hacían los antepasados, les es consagrada. Como lo expresaba un gran poeta, para ver a estas madres, tendríamos que volvernos hacia nosotros mismos, a las raíces mismas de nuestra existencia popular que ha encontrado hoy un símbolo universal en el árbol radiante del mundo.

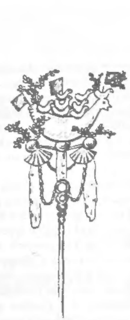
J.O. Plassmann

OSS.II.3.10

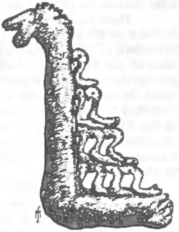
Cuaderno de la SS. Nº 4. 1943.

Costumbre de primavera y abundancia de hijos

Cuando el Sol de primavera ilumina el cielo, cuando los días se alargan y calientan, cuando se hinchan las yemas de los árboles y las primeras flores aparecen tímidamente, alegres tropeles de niños atraviesan los pueblos, trayendo consigo la felicidad y la bendición, mientras piden regalos a los campesinos. En esta época, nuestro Martes de Carnaval se ha terminado hace tiempo; el disfraz de carnaval cuelga de nuevo, tranquilamente, en el armario; las hogueras en las montañas se han apagado; las ruedas en llamas bajando hasta el valle, no son más que un recuerdo familiar.



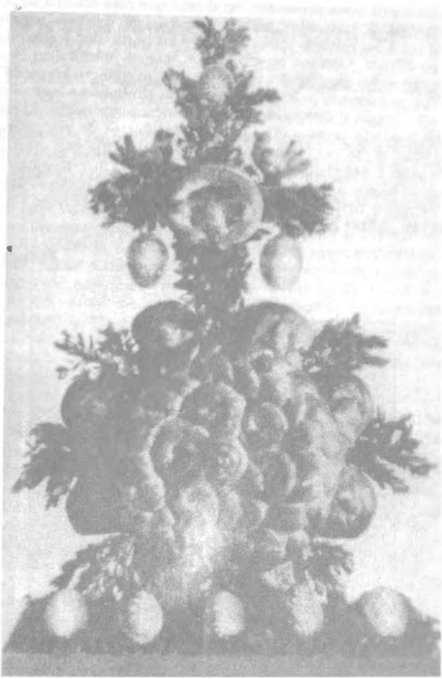
Baston con palmas de Meppel. en los Países Bajos.



Cisne con palmas y numerosas crías, símbolo de fertilidad que se cuece en Pascuas en los Países Bajos.

Pero llega la Pascua. El cortejo de los niños pasa de casa en casa, con sus cantos sonoros y bastones o arbustos primaverales decorados. Se encuentra esta costumbre en toda la Alemania central desde Silesia hasta el Palatinado en el oeste y desde los Países Bajos hacia el sur hasta la región de los Alpes. Ciertamente, cada región tiene una manera personal de expresarla, o es, a veces, el domingo de Cuaresma, el «domingo de Laetare» u otro domingo cercano. Este cortejo puede también tener lugar únicamente en la Pascua o en la semana que precede a esa fiesta; el domingo de Resurrección es también muy apreciado, pero se trata siempre de la misma costumbre. Ramas de pino decoradas con papel multicolor y pasteles o, según antiguas costumbres, con conchas de caracol pintadas, se llevan como símbolos de la primavera. Los bastones están decorados con papel plisado multicolor y verdura fresca. Grandes "bretzels" penden de ellos, en señal de bendición, de suerte y de fecundidad. Las manzanas, viejo símbolo de la fecundidad, no faltan. A pesar de la extrema diferencia de carácter entre los individuos, las hojas de palma se parecen, revelando así su auténtico origen popular y no cristiano. Sean grandes o pequeñas, modestas o ricas, llevan pasteles y verdura, cadenas multicolores y banderitas, manzanas y un conjunto de lentejuelas. En la Baja-Alemania y en los Países Bajos, estas hojas de palma tienen un profundo sentido. Maravillosos pasteles, en forma de ruedas, a menudo ricamente y muy artísticamente trenzadas, juegan aquí un importante papel. Los "pájaros cocidos", cuyos tamaños son muy variables, que adornan y decoran la punta de estos bastones de palmas, no faltan casi nunca.

Son gallos o cisnes, es decir, de animales que proceden de mitos de nuestra prehistoria y que han conservado un eco de su profunda significación en estos pasteles, pero ante todo en los cuentos y leyendas. Una especie, la gallina, reviste una apariencia particularmente divertida y, sin embargo, provista de un sentido muy profundo y delicado. El panadero dispone sobre la espalda de esta ave tres, cuatro, incluso ocho, nueve, diez jóvenes gallinitas, tan bonitas y vivaces que parece que se les oiga piar. ¿Existe un más hermoso símbolo de la abundancia de alegría, del año lleno de riqueza, de la gran primavera rica en fecundidad, que esta representación de la madre y de sus pequeñuelos? La creencia popular le erige aquí un monumento evidente. Se nota cómo se expresa el símbolo de la vida que el hombre alemán lleva consigo. Es la creencia vivaz de que numerosos descendientes constituyen una suerte, una riqueza y una verdadera bendición. Niños alegres, que aman la vida, sonrientes, llevan esa felicidad de casa en casa. Felices y sonrientes, aceptan los regalos que les son distribuidos gustosamente.



A pesar del cristianismo, buen número de costumbres paganas se han conservado en el mundo rural. pan decorativo

uen viejo espíritu de nuestro pueblo sobrevive así en esta modesta costumbre pri-
eral.

Lo que sugieren estos pasteles neerlandeses en forma de pájaro, no constituye
aso único, una excepción o una rareza; otros pasteles expresan ideas comparables.
el Tirol, en Navidad, se ofrece, como regalo para las muchachas una gran gallina
da, que lleva sobre sus grandes alas, como si fueran pollitos, numerosos caracoles.
den llegar a haber hasta treinta pequeñas conchas. La niña está contenta de poseer
riqueza, que se percibe también como la felicidad y la suerte de tener numerosos
. La gallina, por la fidelidad con que cuida a sus polluelos, simboliza perfectamente
erdadera maternidad. Lleva a pasear a sus pequeños, les protege del peligro, les
a bajo sus alas. En Suecia, la gallina de oro en los pasteles de Navidad está también
ada de numerosos pollitos amarillos, unidos a su alrededor como otros tantos ni-
Este hecho nos lleva lejos en el pasado. Hace más de 1.300 años, la reina lombarda
delinda mandó enviar a la catedral de Monza una gallina de oro con siete pollitos de
El costoso trabajo de orfebrería que exigió esta ave que se ha podido conservar
, sin duda, una profunda significación. Todavía se le puede ver hoy, al lado de una

corona de ordenación y de otros presentes, en el arco que está encima de la puerta de la catedral. Considerando la costumbre actual, aún viva en muchas regiones, estamos seguros de que la reina ha querido transmitir algo en particular y que ella siguió, así, una costumbre germánica. Citemos otra tradición que se practica en Sajonia todavía hoy: los padrinos ofrecen a su ahijado una hucha de arcilla en forma de gallina, que lleva a sus espaldas numerosos pollitos. Mediante un simbolismo fácilmente comprensible, se hace el voto de que el dinero abunde y prospere largamente. El pájaro con sus pollitos, se supone que debe traer suerte, como en las fiestas de primavera. Tener muchos hijos es una señal de inmensa felicidad, que garantiza una vida eterna, una flor en la primavera de la vida. Tal es el sentido del alegre cortejo de nuestros niños en la época de Pascua. Las cintas volean al viento, las ramitas crujen, los "bretzel", las ruedas y los pájaros exhalan un dulce perfume. Pero el observador atento percibe un sentido más profundo, inmemorial, detrás de estas cosas.

Friedrich Mössinger



Símbolo de fertilidad con motivo de la fiesta de la primavera en Questenberg en el Harz.

Cuaderno de la SS. N 5. 1943.

Prometida de mayo - Reina de Mayo

El soleado mes de mayo despierta en todas partes en la Alemania tradicional todo un conjunto de hermosas costumbres que tienen un sentido muy profundo que aún es perceptible en nuestros días. El árbol de mayo se eleva en el azul cielo que el Reich resucitado conserva siempre tan bello y fuerte. Al caer la noche, los fuegos de mayo, esqueje tardío de los fuegos de primavera, arden en muchas regiones y traen la felicidad. Envuelto en espeso follaje, el hombre de mayo, el «Maimann» atraviesa los silenciosos pueblos desde las montañas del Sarre hasta los bosques de Bohemia, y también un poco hacia el norte de Alemania. Lleva, también, otros nombres. Los orgullosos luchadores de mayo y de Pentecostés y los múltiples juegos de este período han ido escaseando. Con susurros y chasquidos, las coronas de mayo y de Pentecostés se balancean, suspendidas de cuerdas en las calles de los pueblos y las pequeñas ciudades. Durante el día, los niños se cogen de las manos bajo sus protección, y por la noche, muchachos y muchachas hacen alegres rondas mientras los mayores permanecen en la alegría del hogar e intercambian recuerdos.

Una costumbre de las niñas todavía persiste, aunque a menudo sea olvidada y descuidada. Se reúnen sin hacer ruido y adornan a una de ellas con una corona de flores de colores vivos y tornasolados. Representa a la prometida de mayo, conducida por dos muchachas adornadas de la misma manera, y acompañada por numerosas muchachas, sin adornos, que inician una ronda por el pueblo. El cortejo va de casa en casa. El grupo entona una alegre canción, y se les ofrecen muchos regalos. A menudo, mientras cantan, la pequeña prometida de mayo es rodeada por todas las demás en una ronda solemne y, tal como se hace en Alsacia, ella lleva por lo general un árbol de mayo elegantemente decorado, alrededor del cual se baila por tres veces.

Las dos muchachas responsables mantienen un arco decorado con muchas cintas trenzadas por encima de la pequeña prometida, pero muy a menudo, también, la prometida está sentada sobre un carrito, igualmente decorado. Se esconde enteramente detrás de un verde follaje; la procesión toma un carácter solemne y misterioso. Es más que un simple juego de niños. Se encuentra su huella en los cantos. A título de ejemplo, en una rima del Bajo Rhin se habla de un carrito dorado y de un batidor plateado.

Lo que las muchachas del pueblo hacen simplemente y con fantasía, parece ser una alegre distracción para el observador actual, pero es en realidad el pequeño residuo de una vieja costumbre llena de sentido, practicada en su origen por muchachos y muchachas adultos. Todavía hoy, la pequeña prometida por lo general no está sola, sino que va acompañada por un muchacho que es el prometido de mayo. Antaño, un muchacho y una muchacha interpretaban el papel de esa pareja de mayo. La juventud se reunía en un gran y rico cortejo de bodas, atravesando todo el pueblo, con alegres danzas bajo el árbol durante casi toda la noche, y se aprovechaba la ocasión para decorarlo con luces que le hacían resplandecer con una maravillosa belleza. La reina y el rey de mayo, la condesa y el conde de mayo, sirven a menudo de modelo a los dos niños que representan la primavera del país, el nuevo crecimiento y la prosperidad, el renacimiento de la naturaleza por su unión nupcial simbólica. Igual que la feliz unión de dos seres produce numerosos hijos, la plenitud de los dones de la naturaleza es provocada por la unión de los dos sexos. Se tiene, pues, una idea, profunda y clara, de los fenómenos naturales del mundo, y se ve hasta qué punto el hombre está inscrito en la naturaleza, hasta qué punto estas representaciones son antiguas y arraigadas. Ya en el siglo XII se habla de la visita de una reina de Pentecostés ricamente adornada. El relato de Tácito del viaje del carro de la diosa Nerthus de la fertilidad y de la Tierra procede, sin duda alguna, del mismo espíritu. Esta vieja descripción y la utilizada en el Norte demuestran que ya en los germanos, los mismos pensamientos animaban a los hombres en primavera; la preocupación por el porvenir, la pujanza de la vida, las fuerzas del clan y tam-

bién del pueblo.

En la mayoría de casos, está claro que hoy nuestras costumbres de mayo transmitidas a nuestros hijos ya no han conservado este viejo sentido. Pero quien sabe ver, percibe los lazos que le unen al pasado y a las creencias de sus abuelos.

Friedich Mössinger



Danzas en la fiesta de mayo en el bosque de Bregenz.

OSS.II.3.13

Cuaderno de la SS. Nº 5. 1942.

Costumbres de cosecha

La fiesta de la cosecha comienza en las granjas cuando en otoño el viento pasa sobre los rastrojos y se lleva briznas de paja en los últimos campos de patatas. Con ella se clausura un año rico en labor y la alegría reina, pues el campesino es consciente, por su trabajo, de participar en el gran ciclo natural de la vida y de la muerte, del crecimiento y de la cosecha.

Esta comunión con el acontecimiento natural caracteriza todas las costumbres de las fiestas y trabajos campesinos. Estas tradiciones nos demuestran que el campesino está no tan sólo animado por la preocupación de alimentarse, gracias al producto de su trabajo, sino que está íntimamente ligado a la tierra que él labora. Cuando él «corona», en la Pascua, con la rama de la vida, y lo rodea a caballo, desea que la semilla sea buena. Es por tal razón que se coloca, a menudo, en el campo, un arbusto decorado, un «árbol de vida», y por las mismas razones se veían brillar, antaño, los «fuegos de Hegel», aportando la felicidad a las tierras.

El campesino habla del trigo en floración, dice que él *wodelt* en los campos, que el «macho cabrío» o el «verraco» pasan a los trigos. Estas curiosas expresiones no reflejan tan sólo la imagen del trigal ondulante, cuyas espigas son agitadas por el viento, sino que se asocian con las fuerzas divinas de las que depende la fertilidad del suelo.

El campesino comienza fastuosamente el período de las cosechas, la coronación de su trabajo, con el mismo sentimiento de gratitud.

Los segadores y las espigadoras van ataviados con flores y se inicia la cosecha recitando un refrán o un canto. Generalmente, el campesino de la granja corta los primeros tallos que luego distribuye entre la asistencia. A veces, es un niño quien lo hace también y da la primera espiga al campesino. Estas primeras espigas se suelen conservar y -como los granos de la «última gavilla»- se mezclan con las semillas del año siguiente, pues simbolizan la fertilidad de la tierra. Se nutre también así, al gallo de la casa, o los pájaros, como en Transilvania.

El duro trabajo de la cosecha representa, sin embargo, un período feliz. Los segadores y espigadoras intercambian a menudo sus pañuelos antes de empezar la siega y, por la noche, cuando la primera tarea del día ha terminado, en Mecklenburgo y en Pomerania tiene lugar un solemne festín, la degustación de «la cerveza de la corona» y una danza. El campesino llega de improviso al campo. Entonces es «atado» por sorpresa, por lo general, en nuestros días, con cintas y nudos verdes, y antaño con dos espigas.

Sólo es liberado a cambio de un rescate destinado a los segadores. Esta costumbre debe, simbólicamente, traer suerte, tal como expresan varios refranes pronunciados por la segadora-agavilladora:

Yo ato la cinta de espigas
La atadura que no avergüenza a nadie. No necesitas llevarla mucho tiempo.
Yo tampoco necesito decirte que te la quites.
Sin embargo, como quiere la vieja costumbre
Escucha primero el deseo que expreso:
Que el cielo te conceda la felicidad y la alegría
A lo largo de toda tu vida.

Es el mismo pensamiento que se expresa en el «Hensein» de los recién casados en Hesse, a los que se les une una espiga a los brazos, o en la ornamentación de los árboles frutales con espigas, en Navidad, con objeto de que produzcan buenos frutos el siguiente año.

El trabajo de las siguientes semanas de cosecha no deja tiempo libre para fiestas. No hay más que la «copa de la noche» en Carintia, en la cual un campesino agobiado

por el trabajo invita a los segadores y a las espigadoras, y todo culmina en una cena y unas danzas solemnes. Esta costumbre carintiana ha encontrado su correspondencia más seria en Suabia y en Suiza en la tradición de los «muchachos de la noche» que, a escondidas, vienen por la noche a ayudar en la cosecha cuando un campesino ha sido víctima de una desgracia o una viuda no puede terminar su trabajo. Este ejemplo *ilustra particularmente* el espíritu comunitario del mundo campesino.

Las costumbres se enriquecen y se diversifican al final del período de la cosecha. Al caer las espigas en el último trigal, el «lobo» (o el» macho cabrío», el «verraco» o el «gallo») es «acorralado». Las gavillas son llevadas con ardor y la segadora-agavilladora que ha terminado el último haz, es atada a él como «novia del trigo». Aparte de estos divertidos juegos, en otras regiones reina una gran piedad popular cuando, aún hoy, el segador y la segadora danzan en derredor de la última gavilla atada, particularmente voluminosa, del «macho cabrío de la cosecha», del «gallo de la cosecha» de los «viejos» o del «viejo de paja». Luego la llevan a la granja con la última carretada de la cosecha.

La última gavilla es decorada, recubierta de vestidos. Un arbusto verde, un bastón recubierto de flores es hundido en ella. En su lugar, a veces, se pone un árbol decorado, un nogal, en Westfalia, un pinito, a orillas del Mosela. En más de una comarca, un ramillete de espigas puede también confeccionarse al final de la cosecha, colocándolo en el lugar sagrado de la casa o de la granja.

A menudo, se deja la última gavilla en el trigal, a veces también los «últimos trigos» que no han sido cortados, el «centeno-Waul» como en la región de Schaumberg, en que un niño planta una varita recubierta de flores o cintas, la «varita-Waul». Los segadores danzan entonces alrededor de los trigos gritando nueve veces «Wold» o «Wauld», o los agavillan en un ramo y saltan por encima. La llamada al Wode o Wold demuestra no sólo que esta costumbre es un señal de respeto y agradecimiento a las fuerzas divinas, sino que los versos tradicionales demuestran igualmente lo mismo:

Wode, hal dynem Rosse nu voder (Futter),
Nu distel und Dorn,
Thom andern Jahr beter Korn.
(De Meclkemburgo)
Fru Gode, halet ju Feuer (Futter)
Dat Jahr up den Wagen,
Dat andre Jahr up de Karr (Karren).

(De la Baja-Sajonia)

Por esta razón, se dice también que las últimas espigas son para el «caballo de Wode» (Wotan), para la «señora Gode» o «señora Holle», para los «pajaritos del Señor» o también -en lenguaje religioso- «para las pobres almas». Los frutos y las flores que decoran la sala del altar, no son nada más -actualmente adoptado por la Iglesia- que dones hechos para dar las gracias al Señor.

Pero el retorno de la última carreta representa el punto culminante y la solemne clausura de la cosecha: caballos y carros son recubiertos de flores, los segadores van a la granja cantando, y allí les espera el campesino o el heredero de la finca. La campesina rocía con agua la carretada, como referencia a las fuerzas benéficas del agua de la vida. En la cima de la carreta se encuentra la corona de la cosecha, artísticamente elaborada, decorada con toda clase de cereales. La guirnalda o la corona que se entrega al campesino expresa de nuevo los deseos de felicidad:

Ahora deseamos felicidad al campesino
Y le traemos la guirnalda.
Es la obra de arte del segador,
Que tiene más valor que el brillo del oro.

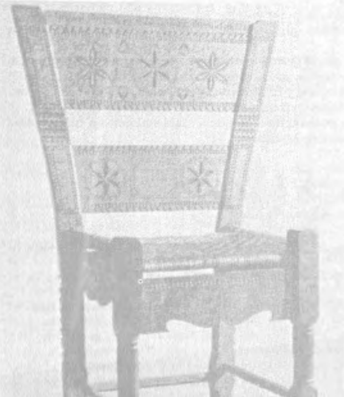
En la granja campesina, el trabajo de las semanas de cosecha se termina con una alegre fiesta, que comienza con un copioso festín y la «cerveza de la cosecha, de Wodel o de los viejos». Las competiciones y los juegos, las peleas de gallos, las carreras, las carreras de sacos, la pesca en el Buntwater (Baja Alemania), los juegos hípicos como

la pica de Goliat silesiana o la carrera de gallos en el Waldeck alternan con la danza de la cosecha que a menudo dura hasta el amanecer. La fiesta celebrada en una sola granja se ha transformado en una fiesta de la comunidad del pueblo, que empieza con un alegre cortejo y la entrega de la corona de la cosecha a los alcaldes de los pueblos. En primavera, los habitantes de la comunidad rural, cabalgan alrededor de los campos y las comunidades campesinas vuelven otra vez a los campos donde han sembrado y cosechado.

La guerra ha terminado con todas estas sonoras fiestas. Pero la unión del campesino con las potestades es demasiado profunda para que le impida darles las gracias. Todo el pueblo alemán lo hace a su lado. Como en tantos otros aspectos de la vida, la guerra purificará también la costumbre de la cosecha. Tan sólo las cosas portadoras de un sentido profundo pueden subsistir en las costumbres. Lo que hay de más antiguo puede retomar vigor a través de esta guerra necesaria, y reactualizarse. La gran fiesta de la cosecha, que fue solemnemente celebrada por el Führer en el Bückeberg, concreta esta renovación, poderosa como la comunidad popular, tan rica y abigarrada como las flores y los frutos de la tierra alemana, como las particularidades de las etnias y paisajes alemanes.

J. Kern

(Nota del autor: los animales citados, como el macho cabrío, el verraco y el gallo, son antiguos símbolos paganos de la fecundidad que han sido malditos por la Iglesia cristiana. Los términos de Wode, Wauld o Wodel hacen referencia al dios nórdico Wotan que presidía los destinos del mundo. Los fuegos de Hegel derivan de la runa Hagal, símbolo de la suerte, de felicidad y del orden del mundo).



Runas Hagal en una silla rural.

OSS.II.3.14

Cuaderno de la SS. Nº 5. 1942.

El pan sagrado

Nuestra infancia ha sido arrullada por la vieja leyenda de la orgullosa mujer Hitt que despreció al pan, lo maldijo y fue castigada siendo transformada en una piedra gigante. Como en la mayoría de las leyendas alemanas, un mito que se remonta a los tiempos más remotos se ha perpetuado también en el nuestro. El pan portador de vida y de salud era sagrado en el Mitgard, en el mundo humano protegido por los dioses. El que alzaba la voz contra él debía volver a Udgard, el mundo desierto de los gigantes de piedra en el cual no había ni pan ni vida, ni paz sagrada para los clanes.

Al no juzgar una época venal los valores de la vida más que según su precio material ha olvidado casi este mito secular; sólo los más fieles guardianes de un patrimonio inconsciente, los campesinos y los niños, lo retienen todavía en su memoria. Pero se revela de nuevo a los que saben ver. En esa época antigua, el hombre y la mujer desbrozaban con una azada de piedra un suelo poco fértil en el cual el grano portador de vida tenía muchas dificultades para crecer. De cultivo en cultivo, ese dios saludable iniciaba su marcha triunfal en todo el país, aportando la vida sedentaria y la paz a las familias allí donde echaba raíces. El trigo y el pan llegaron a ser, pues, los símbolos del espíritu universal que dispensaba la vida. Simbolizaba la ley universal y eterna a la cual también está sometido el hombre; ley a la vez inevitable y consoladora: «Muerte y nacimiento.» El mito de este proceso universal tenía también su equivalencia en el del pan, que germina, crece, madura y muere, reproduciendo así este evento. El espíritu presente en el trigo permite a la vida sagrada superar el riguroso frío del invierno y renacer en primavera. Asegura la vida del hombre que depende de él hasta el punto de que su existencia es inconcebible sin él.

«Sagrado», tal es la palabra que el germano atribuye a todo lo que trae y vehicula la vida. El pan es sagrado para él cuando lo ha esparcido bajo la forma del trigo en el campo; sagrado cuando lo siega, lo muele y finalmente lo consume. El dios celeste y su misma compañera se encarnan en la imagen del pan sagrado. El gran período del año se celebra cuando el cielo abraza amorosamente a la tierra maternal con su fuerza solar para engendrar los granos detentores de la vida.

Yo ruego a la tierra y al cielo:
¡Erke, erke, erke, la tierra madre...!
Sé verdeante en el abrazo de Dios,
Por la alimentación aporta la salud al hombre.

Los antepasados germánicos saludaban así la «boda sagrada», que era también la época de la boda humana. En la época en que los granos maduran, el cortejo de los campesinos pide la bendición divina para el país. Y aún en la Edad Media, el campesino que labraba se encontraba emplazado bajo una protección jurídica muy particular. Finalmente, llega la época de la muerte que representa un sacrificio en el sentido real del término; el segador siega los ondulantes tallos que, con su muerte, deben servir a la vida. Tal es el fundamento del viejo mito del sacrificio del dios: el dios de la cosecha, del trigo y del pan es, pues, igualmente, el de la guerra que corta, el muy antiguo Wodan, que produce la vida destruyéndola. Los campesinos meten la última gavilla en el campo, simbolizando la supervivencia del trigo; está destinada al recadero de Wode; se llama igualmente Wode, pues contiene la vida divina de manera simbólica. En el mismo espíritu, se metía un poco de trigo en la tumba de los muertos; el lugar de la casa donde se guardaba el trigo era una habitación sagrada, y los mercados germánicos contenían un santuario en el que moraba la vida divina. Muy antiguos mitos de pueblos emparentados con el nuestro nos hablan del sufrimiento y del sacrificio vivido por el detentor de la salvación divina; uno de lo cuentos habla de la hija del rey, la nueva vida, que debe ser liberada sufriendo constantemente todas las injusticias. Los griegos con-

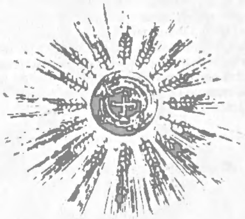
taban que Dyonisos, el hijo de Zeus, fue descuartizado y devorado por los Titanes; pero los ruidosos Titanes engendraron la descendencia de los hombres que, todos, contienen en ellos parcelas de Dyonisos. Los germanos crearon el mito del pan sobre una base muy similar; Wodan, que aún hoy vive en nuestros campesinos, se ofrece a sí mismo en sacrificio, del mismo modo que toma la vida de los hombres cuando es necesario. Pero sobrevive bajo formas diferentes: en el pan sagrado o en la bebida embriagadora, siendo honrado como su inventor, y por la cual transmuta y eleva el espíritu del hombre.

El viejo espíritu del trigo vive todavía hoy en nuestras creencias populares a través de diversos símbolos; puede ser el viejo de paja que echa a los niños del trigal para proteger los frutos sagrados; o también puede ser el «gallo de centeno» o el «cerdo de centeno» que representan las imágenes del espíritu vital y dan así su nombre a la última gavilla. Un idea mítica muy antigua se encarna en el gallo de cosecha, que decora la última carreta en varias regiones alemanas y que está colocado sobre la puerta de la granja en la forma de un símbolo de madera.

El pan y todos los pasteles son, pues, sagrados; ya en los tiempos muy antiguos se daba al pan la forma del círculo representando al mundo sagrado, la forma del dios del año o de sus víctimas, pero sobre todo del signo del renacimiento eterno y de la vida victoriosa, la cruz gamada. Cada nuevo año, esos pasteles se comían en honor de la divinidad dispensadora de la vida. Comer el pan formaliza de una manera simbólica la reunión de Dios y el hombre; los muertos del clan y del pueblo participaban también en ella. Todavía hoy, en ocasión de la fiesta de los difuntos, se distribuye el «pan de todas las almas», pues ellos están también sometidos a la gran ley del universo.

El campesinado es, pues, noble, y cumple la misión más sagrada: es la guardiana y la protectora del pan sagrado en el que vive lo divino. El respeto del pan sagrado significa el respeto de las leyes de la vida, fuentes de inmortalidad.

J.O. Plassmann



IV. Arte

Cuaderno de la SS. Nº 6. 1943.

El mandamiento supremo en toda apreciación artística

Sólo lo que es verdaderamente grande se conserva eternamente y es seguro que será duraderamente considerado. El hecho de que las grandes obras sean numerosas no constituye ningún inconveniente.

Es un error oponer a las grandes creaciones culturales de héroes artísticos eminentes la barrera, muy a menudo condicionada por los tiempos de concepciones artísticas dominantes y efímeras. Sólo una naturaleza totalmente insensible al arte puede concebir tal proceder. Es, en verdad, un error y una falta de respeto por nuestro gran pasado y, además, una estupidez histórica. Sólo un irrespetuoso condenará la *Flauta Encantada* de Mozart porque el texto se oponga a sus concepciones ideológicas. Del mismo modo que sólo un injusto rechazará el *Anillo* de Richard Wagner porque no se corresponde con su visión cristiana; o *Tannhäuser*, *Lohengrin* y *Parsifal* de Wagner porque no es capaz de apreciarlos desde un ángulo diferente. La gran obra conlleva un valor absoluto en sí. Este valor no puede ser juzgado a partir de una concepción exterior a la misma obra artística y condicionada por una época.

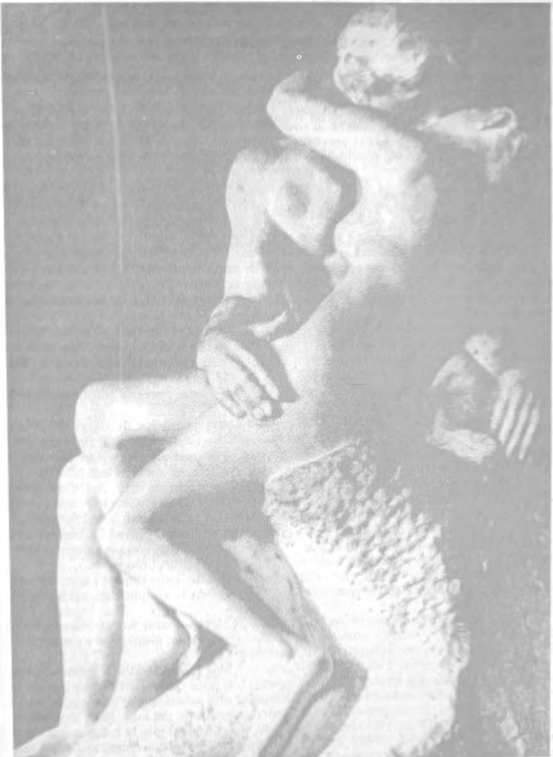
Si, por otra parte, cada generación reivindicara el derecho de prescindir de las obras artísticas procedentes de un pasado político, ello significaría la destrucción de la cultura ajena al entorno político del momento.

Es por esta razón que el mandamiento supremo, en toda apreciación artística, prescribe la mayor tolerancia hacia las verdaderas creaciones culturales del pasado. Una gran época sólo podrá permitirse respetar el trabajo de los antepasados (que ella desea igualmente para sí misma) tanto política como culturalmente, si su era encuentra un crédito ante los descendientes.

Adolf Hitler, en el Reichsparteitag del trabajo de 1937.

«El que quiera crear, debe ser alegre».

Goethe



«El beso», de Auguste Rodin

OSS II.4.2

Cuaderno de la SS. nº 1. 1943.

Artista y soldado

Cada cuaderno de la SS está regido por una idea directriz determinada. En esto tenemos una intención precisa.

No es, pues, nuestro propósito, hacer que los cuadernos sean interesantes. Quien no busque más que la distracción no la encontrará en los cuadernos de la SS. La idea de la facilidad, es decir, reclamar la aprobación de todos mediante artículos amables, fáciles de digerir, sería también mucho más sencilla y agradable. Pero a tal efecto hay otros libros y otros cuadernos.

En los cuadernos de la SS no queremos dispersar y distraer al lector sino, al contrario, concentrar sus mejores fuerzas e instarle a reflexionar sobre sí mismo, es decir, sobre su verdadera substancia. Sólo así podremos ayudar a los camaradas a realizarse a sí mismos y a cumplir su misión en el seno de la comunidad de clan de la SS y del pueblo. Cuando vemos en las cartas la misma frase bajo fórmulas análogas: «Para mí los cuadernos SS son un consuelo antes de cada combate», o cuando un joven artista nos escribe: «... Este artículo me ha hecho sentir por primera vez lo que todavía debo encontrar en mí para llegar a ser un artista», tales ejemplos indican claramente el camino que seguimos.

El presente cuaderno se encuentra regido por la idea directriz «Dureza». El soldado sabe cuán necesaria es la dureza para sostenerse en el combate y soportar los reveses de la fortuna. Y siente también que la dureza es la que permite llevar a cabo cualquier clase de trabajo.

Pero no llega a captar que para comprender el arte, necesita franquear, igualmente, el umbral de la dureza.

Unos toman por arte todo lo que les gusta al primer golpe de vista. Sin fatiga, piensan haber penetrado ya en el santuario y se refieren a menudo a la frase del gran maestro: «Seria es la vida y alegre es el arte». No saben que un arte alegre fue muy a menudo el resultado de una difícil lucha, tal, por ejemplo, el que nos legó Mozart.

Otros dicen: «No comprendo nada», cuando se trata de arte. Antes de poder comprender el enriquecimiento que el arte podría aportar a sus vidas, cierran la puerta a sus fuerzas. En su lugar, se contentan con *ersatz*, con un alimento más fácil de digerir, con insípidas y superficiales obras sin valor. Prefieren una fotografía a una obra de arte cuya profundidad no aparece al primer golpe de vista. Se tragan por docenas novelas sin valor, mientras pretenden no tener tiempo para leer un libro valioso.

El que ha tomado parte en la dura guerra del Este, sabe también que hay momentos de recogimiento en los que, justamente, se busca la simplicidad, en busca de fuerzas ocultas.

Sin embargo, muchos dicen: «¿Cómo se puede comparar nuestro sentido del combate con nuestro sentido artístico? El combate es trabajo, fatiga, dolor y sacrificio. Pero, del arte, esperamos relajación y distracción.»

¿Decís «relajación y distracción?». ¿Por qué sois tan modestos, si podéis exigir de él lo más grande que existe? ¿Por qué le pedís tan poca cosa al arte? ¿Por qué no le exigís fuerza creadora, vida eterna y alegría divina? ¿No sabéis que el arte puede daros todo esto? Pero tal vez no conozcáis el verdadero significado del arte. Hace demasiado tiempo que ha perdido su justo lugar en la vida. No era, igual que la religión, más que un hermoso accesorio para domingos y días festivos. Era un pájaro multicolor, un lujo del que se podía prescindir en caso de necesidad.

Pero, ¿qué es, en realidad, el verdadero arte? Es la más pura encarnación de la comprensión del mundo. Por el don del arte, Dios ha concedido a los hombres la facultad de representar Su ley.

Un ejemplo: Por la observación de las leyes raciales podemos, por la adecuada elección conyugal, acercar nuestra raza a la imagen que corresponde a la voluntad divina. En el deporte, podemos hacer trabajar al cuerpo a fin de darle la forma apropiada al objetivo que le ha sido predestinado. En el arte, sin embargo, el genio puede

modelar un cuerpo humano ideal conforme a la ley natural.

Otro ejemplo: Al principio, los paisajes sólo reflejan de una manera grosera la huella del Creador. Los modelados por las razas puras se acercan a Él. No obstante, reflejar la imagen de ese paisaje en todo su esplendor es un don que Dios ha concedido al artista, es decir, a ese artista (nadie más merece este nombre) que obliga al Creador a manifestársele.

El hecho determinante es que el artista sólo consigue sentir a Dios más que por un trabajo extremo sobre sí mismo. Restituye Su imagen en el cuerpo humano o en el paisaje que representa. Capturar esa imagen en la piedra o sobre una tela le exige, además, un difícil trabajo.

No se puede juzgar de manera habitual la dificultad que representa para un creador el cumplimiento de su gran misión. Leamos las biografías de un Rembrandt, de un Andreas Schlüter, de un Tilman Riemenschneider, de un Schiller, de un Mozart, de un Beethoven. Debieron luchar contra sí mismos para desembarazarse de todo obstáculo, de toda traba interior o exterior para liberar la obra, a fin de que no subsistiera más que el alma creadora libre de percibir y ejecutar la misión divina. No hay más que una comparación que se pueda hacer, la de la dureza del soldado que arriesga conscientemente su vida.



«Muchacha meditabunda», de Schnorr v. Carosfeld.

En este terreno, soldado y artista son parientes en el éxito logrado al precio de un ardiente esfuerzo.

En caso de peligro extremo, cuando se han vencido todas las debilidades, ¿no habéis notado muchos de vosotros ese instante en que, súbitamente, son liberadas unas fuerzas antes desconocidas? Es como si estallara una envoltura en la que se hubiera estado siempre encerrado. Se sale de ella y uno se siente como un dios o un niño. Ya no hay vacilaciones, ni reflexiones, ni dudas ni consideraciones. Se actúa de manera libre y justa, y puede hacerse todo lo que, en ese instante, debe hacerse. Ese es el sentimiento de que hablaba Schiller cuando escribía: «Quien puede mirar la cara de la muerte, el soldado, ese es el hombre libre».

Un joven poeta de nuestra época ha debido sentir de una manera particularmente neta ese parentesco de naturaleza creadora entre el soldado y el artista. Nos escribía, hace poco, en medio de los más arduos combates en el frente del Este: «No puedo expresar qué alegría y qué orgullo siento. Me gustaría narrar una leyenda en la que un pueblo entero viera el día y viviera durante generaciones. Sé que un día podré expresar lo que mi corazón oculta en esta hora guerrera. Quiero llegar a ser un buscador de oro en mi propio corazón, transmitir todo lo que vivo y enriquecer a todos los hombres.»

Por supuesto, la dureza *sola* no puede aportar conocimiento ni al soldado ni al artista. Hacen falta otras virtudes y otros dones. La dureza es, no obstante, un factor no descuidable. Y es de eso de lo que trata mi artículo. Es justamente este conocimiento del carácter común existente entre los artistas y los soldados lo que debe permitiros acceder, camaradas, a una nueva relación con el arte verdadero, que es el único digno de vosotros. El camino no es fácil. Pero ¿quién podría conseguirlo sino vosotros que habéis superado tan duros combates y la superioridad numérica de los bolcheviques? Comprender el arte no es, por supuesto, lo que muchos de vosotros se imaginan todavía hoy. Ello no se opone, no obstante, a la experiencia que habéis vivido en tanto que soldados y combatientes. Al contrario, está en estrecha relación.

A pesar de todo, lo habéis conseguido más fácilmente que los mismos artistas. Ellos os preceden en el camino; buscan la pendiente escarpada y os lo indican. Pero ellos mismos deben seguirla. Y esto presupone sudor y perseverancia.

A cambio, la divina recompensa os hace un signo desde la más elevada cima. Ciertamente la encontraréis, pues está en vosotros mismos. Algunos ya lo han «conseguido» por azar. Habiéndolo agotado todo, han debido resolverse a leer «cosas serias», por desesperación, al principio a desgana, luego con entusiasmo. En resumidas cuentas, han comprendido que no se puede engullir una poesía clásica como una novela de Kolbenhayer, pero que una verdadera obra poética puede proporcionar más fuerza y alegría que un montón de literatura superficial. Quien ha sido consciente de ello en un momento de lucidez, debe también encontrar la fuerza de hacer resaltar los principios superiores.

Cosechará un día los frutos fecundos después de haber vivido los momentos difíciles en que se esforzaba por comprender el gran arte, que son comparables a los momentos más peligrosos de los combates. Encontrará tesoros que hasta entonces no sospechaba y antes los cuales había pasado a ciegas.

Hans Klöcket

OSS.II.4.3

Cuaderno de la SS. Nº 5. 1944.

Los artistas alemanes y la SS

Exposición artística en Breslau

Hubo una vez una época en que el espíritu militar y el arte se consideraban recíprocamente incompatibles. Era cuando se consideraba al primero como un asunto

de espadones y al otro como un impulso bohemio de habitante de buhardilla. En realidad, esas formas de expresión de los dos mundos no eran más que su caricatura. Las verdaderas naturalezas de los mundos militar y artístico son totalmente diferentes, pero, en el fondo, tienen muchas cosas en común. Tienen el mismo origen, es decir la raza que crió con su sangre a los soldados y a los artistas. Al observador atento no le sorprenderá el hecho de que nuestros más geniales soldados hayan poseído una naturaleza de artistas y que nuestros más grandes artistas hayan también tenido una naturaleza de soldados. Federico el Grande no creó tan sólo Sans-Souci, sino que también fecundó todas las artes de su época con sus propias ideas. Citemos también al gran emperador Federico II de Hohenstaufen. El príncipe Eugenio no aconsejó por casualidad a los más grandes artistas y arquitectos de su tiempo cuando encargó a Lukas von Hildebrandt y Fischer von Erlach construir el belvedere de Viena. Leonardo de Vinci, el artista más polivalente de todos los tiempos, trabajó para sus príncipes tanto como arquitecto, inventor de armas y consejero en nuevos planes de operaciones militares como artista. Pueden también citarse numerosos ejemplos en que un talento militar no era directamente perceptible. No podemos representarnos las obras de Goethe, Schiller, Lessing, Kleist describiendo escenas guerreras sin que un vivo interés y una familiaridad auténtica con el mundo militar las haya animado. Sin embargo, en los dos casos, tanto cuando grandes soldados manifiestan un genio artístico como cuando grandes artistas resultan ser unos soldados eminentes, no fue nunca el fruto de un interés particular unilateral. Para esos hombres creadores, esos dos mundos no eran más que formas de expresiones diferentes de una gran idea. Las ideas no son nada más que los reflejos del alma, la expresión de una esencia. La gran idea que va a regir el milenio que comienza es el nacionalsocialismo. Su creador, el Führer Adolf Hitler, un soldado y un artista, ha grabado ya sus contornos con un estilete de bronce en el umbral de la nueva era: el espíritu militar y artístico. La SS, la Orden del Führer que, en tanto que Waffen SS, debe representar el aspecto militar de nuestra concepción del mundo, se siente también llamada a participar de manera activa y estimulante a la creación artística de la época futura. La razón de ello es que la naturaleza del nacionalsocialismo es creadora y la de la SS, es ser el ariete de esta idea. La exposición «los artistas y la SS», en Breslau, no es más que un comienzo. Lo que es más importante, es que esto ocurre en el quinto año de la guerra. Se hace una llamada a todos los artistas actuales y futuros del Reich para que escojan como tema de sus obras la Idea de Imperio y el orden cada vez más poderoso, a fin de que la expresión militar del Reich en todos los frentes encuentre su equivalente en una forma artística.

OSS.II.4.4

Cuaderno de la SS. Nº 2a. 1941.

La belleza bajo el signo de las runas SS

Allach, misiones y objetivo

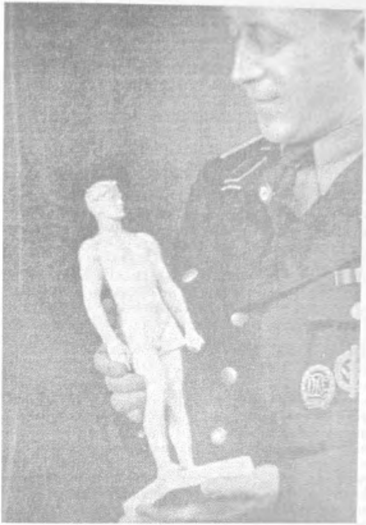
¡Ningún pueblo vive más tiempo que los documentos de su cultura!

Punto de referencia para todas las cuestiones de naturaleza cultural concerniendo al pueblo alemán, esta frase del Führer rige el espíritu de la fábrica de porcelana de Allach, en Munich.

Muchos se preguntarán porqué la SS fabrica porcelana. La explicación es simple. Desde hace ya mucho tiempo, el Reichsführer había previsto intensificar la acción del espíritu SS sobre el trabajo cultural, lo que no fue verdaderamente posible antes de la toma del poder. Fundó, pues, en 1935, la manufactura de porcelana de Allach, en Munich; herramienta principal de su voluntad en ese terreno.

Para el Reichsführer no se trataba de fundar una nueva manufactura de





La arianidad representativa de un cierto tipo de valores llega a ser la referencia absoluta en el arte. porcelanas de manofactura SS de Allach (también página anterior)

porcelana con el objetivo de producir valores económicos, es decir, ganar dinero. Desde el principio, Allach tenía como principal misión, a partir de la materia más atractiva que existe, la porcelana, crear obras de arte y objetos de uso cotidiano correspondientes al espíritu de nuestra época, que atestigüen, ante las futuras generaciones el sentimiento artístico de la voluntad creadora de nuestro tiempo.

Cada época produce las formas de expresión que le son propias y las adapta a su estilo cultural. Lo mismo sucede con la nuestra. Las grandes construcciones del Führer nos hacen asistir al nacimiento de un -el nuestro- nuevo estilo, cuyo arte decorativo conlleva también la elaboración de nuevas formas de cerámicas.

En este espíritu, el Reichsführer SS encargó a Allach que fuera un ejemplo,
en la creación artística
en la calidad del material
en la ejecución y la hechura
en la fijación del precio

Una retrospectiva puede mostrar cuál era el estado de espíritu que animaba la producción de porcelana: Antaño, casi todas las manufacturas de porcelana fueron fundadas por príncipes (las de Berlin por Federico el Grande, Meissen por August Le Fort, Sèvres por la marquesa de Pompadour, por no citar más que algunos ejemplos). Aparte de algunas raras excepciones su misión era producir, por la gloria de sus funda-

dores, porcelanas nobles de gran valor artístico, descuidando cualquier clase de beneficio económico. Fueron enrolados grandes artistas, que pudieron realizar sus proyectos en plena tranquilidad y aislamiento, liberados de toda preocupación material. Así nacieron maravillosas porcelanas que traducían el espíritu de su época, del rococó y del Imperio... obras artísticas que siempre conservaron su valor y que merecen admiración pues expresan el sentimiento artístico de sus creadores.

Ejemplares únicos y artículos de masas

Pero los tiempos cambian. Para casi todas las manufacturas de porcelana (nótese el significativo vocablo «manufactura» - manu = con la mano - cuyo trabajo precisa aún hoy de la mano artística del hombre), las cuestiones financieras y económicas fueron cada vez más y más importantes. El beneficio fue, pronto, determinante. Los mecenas y los mandaderos de los príncipes cedían su lugar a los marchantes. Demasiado a menudo el arte fue entonces considerado como un valor prescindible. Predominaron los artículos de masas, baratos. En esa época de decadencia, algunas manufacturas de renombre consiguieron permanecer fieles a su espíritu.

En primer lugar, está la escultura. Muy a menudo, dio paso a horrores domésticos por falta de espíritu artístico o a causa de un trabajo chapucero. Allach consideró, pues, que su primera misión consistía en ayudar a concretizar el verdadero sentido artístico nacional. A decir verdad, no era nada fácil y todos los proyectos no pudieron todavía llevase a cabo. Había que encontrar y enrolar primero a artistas que crearan obras artísticas gracias al genio de su inspiración y a su talento creador.

Pero el Reichsführer dijo: *«El arte debe estar presente en cada casa, pero ante todo en la casa de mis SS»*. Cada mesa debía estar provista de vajillas elegantes, no tan solo en las casas, sino también -y sobre todo- en las cantinas, a fin de que el obrero alemán y el combatiente extraigan nuevas fuerzas en sus horas de reposo gracias a la armonía de su entorno. Es incontestable que el plato más simple servido en una hermosa vajilla tiene mejor gusto que el asado más caro servido en una flambrera. Allach quiso cumplir de la mejor manera posible el proyecto del Reichsführer SS.

En el curso de los pocos años transcurridos desde la fundación de la manufactura de Allach, ésta se ganó una posición de privilegio en el campo de la producción de porcelanas. Estatuillas de jóvenes héroes de la Wehrmacht o asociaciones del Partido, figuras folklóricas campesinas sorprendentemente verídicas y, sobre todo, nobles esculturas animales que muestran al animal en toda su belleza, fueron producidas gracias a nuestra actual sensibilidad. Son obras que deben ser consideradas como los testimonios de un sentimiento artístico naturalmente fuerte y de una voluntad creadora consciente de su deber.

Las cerámicas, los cántaros, los jarros, los candelabros, contienen una belleza que beneficia a todo hogar alemán. Así fue, pues, magníficamente alcanzado el objetivo del Reichsführer SS, de que cada objeto utilitario -aunque fuera la más simple jarra de agua- fuera de una irreprochable belleza. Los grandes tesoros culturales descubiertos en numerosas excavaciones fueron la inspiración para la creación y la decoración traducidas al estilo de nuestra época. Se lanzó, pues, un puente, uniendo las creaciones naturales de nuestros antepasados con el sentimiento artístico actual.

Se crearon objetos utilitarios que barren con toda crítica por su belleza y su utilidad. Con el concurso del tiempo, todas las formas feas e inadaptadas deberán ser finalmente eliminadas y reemplazadas por la hermosa vajilla utilitaria.

Consciente del hecho de que el entorno ejerce una enorme influencia sobre el bienestar y la actitud del hombre, el Reichsführer ha ordenado a su manufactura de porcelana de Allach que actúe en ese espíritu. El hogar de todo SS, o simplemente de todo alemán, no debe poseer más que objetos artísticos del mejor gusto. Allach ofrece así al hombre que trabaja en su entorno cotidiano la belleza que le regenera y le hace digno de cumplir las grandes misiones que le son concedidas por nuestra heroica época.

W.





Porcelanas de allach:
vasos con motivos protohistóricos.
Candelabro regalado en le nacimiento de cada hijo en las familias SS.
Abajo: Amazona.



Cuaderno de la SS. Nº 4. 1938.

La ley de la belleza

Todo lo que tiene para nosotros un valor eterno se encuentra sometido a unas leyes de bronce. Aunque quisiéramos detener el curso de las estrellas, proseguirían su ruta según unas leyes eternas, igual que la naturaleza sigue también la ley del ritmo del nacimiento y de la muerte. Las leyes eternas rechazan el caos, la descomposición y la destrucción de todos los valores.

Mucho antes de que el hombre reconociera el fundamento de las cosas, obedecía ya a su ley en su actividad creadora. El que ha recorrido nuestras ricas galerías de arte con recogimiento comprende porqué las clásicas estatuas de mármol de los antiguos griegos le impresionan por su encanto, tanto como las más bellas obras contemporáneas. Tres mil años han transcurrido sin mancillar el ideal de belleza que animaba a los griegos y al cual testimoniamos igualmente una admiración profunda.

En cierta época, estaba de moda considerar el arte como algo muerto, algo que aún hoy se divulga en los aburridos círculos que se interesan por las cosas del «bel esprit». Se preocupan mucho por la supuesta falta de nuevas ideas creadoras y tratan, así, de demostrar que los artistas de nuestro tiempo no pueden hacer nada más que copiar lo antiguo.

Pero ningún artista creador puede crear verdaderamente si se separa de la ley clásica de la belleza. Igual que antaño, la Venus de Milo continúa siendo un ideal de formas y las obras inmortales de un Miguel Angel no tratan de imitar las de los grandes maestros griegos Policleto o Lisipo, sino que son creaciones intuitivas realizadas según las eternas leyes de la belleza.

Leonardo de Vinci fue el primero en reconocer el principio de la belleza. Se le atribuye la fórmula del «número de oro»: a:b =b: (a+b). Esto significa que el cuerpo humano, desde la cima de la cabeza hasta el ombligo, se encuentra sometido a la misma relación de proporción que las otras partes inferiores, e inversamente con el cuerpo entero. Descuidar la regla del «número de oro» no puede desembocar en una nueva forma de arte, sino a la negación de la ley de la belleza y, por ende, al caos.

Acordémonos de esos «revolucionarios» que se complacían en negar el «número de oro». Eran los artistas dadaístas y todos los que se contaban, justamente, entre los «primitivos», y que creían ser los precursores de una nueva época. Lo que nos han dejado representa monstruos y no retratos humanos cuya visión deba gratificarnos y no horrorizarnos. ¿Qué pintor puede olvidar impunemente las reglas de la perspectiva sin producir unas obras ficticias que nosotros consideramos, justamente, como arte degenerado? El arquitecto deberá siempre tener en cuenta dos elementos fundamentales, las partes portadoras y portadas, con objeto de unirlas en un todo armonioso.

En arquitectura, igualmente, se creía deber contradecir los ejemplos clásicos afirmando que la fachada debe adaptarse a la organización del espacio, y no a la inversa. La construcción fue dividida en dos partes opuestas e incompatibles. Pero el arte arquitectural consiste en el hecho de asociar estos dos elementos de una manera armoniosa. La degeneración de las reglas de oro se expresa en esas casas cuyos muros tienen ventanas asimétricas y de tamaños diferentes, lo que no hace más que demostrar la incapacidad de ese estilo de arquitectura que cree poder omitir las leyes de la belleza.

Hace poco tiempo, nuestras galerías de arte se enriquecieron con una pieza única, adquirida por el Führer: el discóbolo de Myron. En ella constatamos la presencia de todas las leyes de la belleza, incluyendo lo que se refiere a la perfecta armonía del cuerpo. Está representado en el instante preciso en que balancea el disco para lanzarlo. Es el instante en que dos movimientos diferentes se suceden; el balanceo del brazo, el «punto muerto» antes del lanzamiento propiamente dicho.







La sensibilidad artística traduce la incompatibilidad entre ciertas concepciones del hombre. Arriba a la izquierda, escultura de la exposición «el arte degenerado». Abajo, a la izquierda, «pareja», de Josef Thorak. A la derecha, «muchacho», de Fritz von Grävenitz.

No se puede escoger al azar cualquier instante que esté circunscrito en el movimiento. Se trate de un caballo que salta o de un hombre que corre, se puede encontrar siempre un «punto muerto» en medio de los movimientos que componen la acción.

Hoy, conocemos la regla de la belleza que rige las obras de arte, su construcción y composición. Los artistas antiguos no conocían, ciertamente, nada de la fórmula del «número de oro», pero un sentimiento artístico sabía guiarles.

Durante mucho tiempo se pensó que ninguna ley absoluta y eterna regía el arte. Se pensaba en el gusto de la época y se creía que cada una poseía su propio ideal de belleza. Se confundía, así, el arte con la moda. Cuando se visita una galería de arte en la que están reunidas las más bellas obras de los últimos siglos, se constata que no hay



«Sankt Georg», grabado sobre madera de Lucas Cranach (1472-1555).

ni una que correspondería al «gusto del público», es decir, que estaba «de moda». Hoy nos encontramos ante este tipo de obra sin comprenderla, pues el espectador debe sentir a través de la creación ese sentimiento que animaba al artista cuando la creó. En efecto, ninguna obra de arte puede ser comprendida si antes debe ser explicada de una manera intelectual Una obra de arte habla por sí misma, si no, no es obra de arte. Y es de notar que todos los «artistas» que, para disimular su incapacidad, siguen nuevos caminos

creyendo poder sustraerse así a las leyes de la belleza, son hostiles a todo verdadero arte que ellos consideran «polvoriento». Tratan de apartar todo lo que respeta las leyes eternas de la belleza tachándolo de vulgar imitador de lo antiguo.

El arte se lo da todo a quien respeta sus leyes. Cuando hoy se observa a un hombre que templa y endurece su cuerpo con ejercicios físicos, puede acercarse al ideal y asemejarse al discóbolo de Myron.

La belleza es una noción exactamente trazada que ha demostrado su razón de ser en el curso de los siglos. Cada raza puede poseer su propio ideal de belleza, pero éste será único y absoluto para esa raza.

Se ve, pues, que el artista también está ligado a leyes de bronce en su libertad creadora, que él no puede eludir si no quiere hundirse en el caos, la descomposición y el bolchevismo nihilista cultural.

SS-Ustuf.V.J. Schuster

«La obra de arte es la religión materialista».

Wagner

OSS.II.4.6

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1938.

La arquitectura, expresión de la comunidad

Siempre se ha intentado dividir la arquitectura en dos formas de expresión: la arquitectura sagrada y la profana, confundiendo con ello el objeto y el fin que puede servir. Una catedral gótica no es la expresión de una voluntad de cultura cristiana porque en ella se dicen misas. Si no, el gótico no se expresaría más que en la construcción de iglesias. Pero cuando se viaja por Alemania se contemplan con la misma admiración ayuntamientos y torres municipales góticas. Todos estos edificios han sido construidos *por la comunidad para la comunidad.* Le han servido de lugares de asamblea, de administración o de defensa. Se levantan ante nosotros como monumentos que dan testimonio de la grandeza de la comunidad.

Quien contempla hoy el templo de Athenea, el Partenón sobre la Acrópolis de Atenas, experimenta un profunda admiración por la arquitectura de los griegos y no piensa en el rito religioso que unía a la comunidad en sus recintos. En muchos casos, no estamos totalmente seguros de saber para qué pudo servir un monumento. Los especialistas todavía no han podido ponerse de acuerdo sobre la cuestión de saber si la mayor pirámide de Gizeh fue concebida como una tumba para el rey Keops o fue construida por orden suya para transmitir a las futuras generaciones fórmulas y reglas matemáticas mediante un monumento que desafiara a los milenios, e incluso la mayoría de los sabios la consideran como un gigantesco mausoleo.

Sólo personas faltas de espíritu o animadas de intenciones especulativas hablan de una arquitectura «cristiana» y consideran estilo más inherente a una confesión, el bien cultural de nuestro pueblo que se expresa en las catedrales. Al hablar de esta consideración, Occidente habría debido ser extremadamente pobre en monumentos arquitectónicos antes de que el Cristianismo se hubiera extendido por Europa.

Pero es precisamente la «ciudad eterna», cerca del Tíbet, la que contiene un gran número de construcciones «paganas», y el Coliseo iguala, por lo menos, en belleza arquitectónica la iglesia de San Pedro aunque no parezca muy apropiado comparar dos construcciones de épocas diferentes, una de las cuales fue erigida 1500 años más tarde que la otra.

En cualquier caso, ambos edificios no tenían más que un solo objetivo: servir a la comunidad popular en tanto que lugar de reunión. Pero cuando se evoca el «arte cristiano» se constata que éste era sumamente primitivo, como prueban las excavaciones que han extraído de las «catacumbas» diversos utensilios pertenecientes a los primeros

cristianos.

Los mismos Papas que apreciaban la construcción no eran expertos en la materia. Bramante, a quien se confió la construcción de la basílica de San Pedro, había previsto la forma griega de la cruz para dar a la más poderosa catedral del mundo la imponente masa que debía tener también en perspectiva. Tras la muerte de Bramante y de sus sucesores, fue el viejo Miguel Angel quien tomó la dirección de las obras.

Aquél hombre genial quiso mejorar los planes de Bramante y dar así más fuerza a la impresión de conjunto que se deseaba obtener. Levantó la cúpula para realzarla y simplificó los planos acortando los brazos de la cruz.

Sin embargo, su plan no se llevó a cabo. Después de su muerte el Papa exigió a Maderna, su sucesor, a pesar de diversas objeciones, que prolongara el brazo oeste en una larga nave, recordando tal vez demasiado el plano de la Roma oriental, Bizancio.

El resultado fue que la concepción única de Miguel Angel perdió todo su efecto. El arquitecto Maderna trató de «salvar» lo que podía ser salvado. Pero tuvo que ser Bernini, el creador de la columnata, quien dio todo su sentido a la fachada, al utilizar un efecto de perspectiva creando expresamente un espacio oval que el espectador cree redondo. Es difícilmente creíble que el Papa de entonces, su proveedor de fondos, tuviera consciencia de ese efecto óptico. En todo caso, tres generaciones de arquitectos se vieron obligados a corregir los deseos arquitectónicos de los Papas con unas construcciones no previstas en un principio.



Rosetón de la catedral de Estrasburgo

La mayor parte de los monumentos arquitectónicos ha servido y sirve aún finalidades «profanas». Es lo que demuestra el ayuntamiento de Alstadt en Brunswick: ese edificio gótico no tiene que envidiar a ninguna catedral. La comunidad construyó una «casa administrativa» que correspondía al sentimiento que tenía de sí misma y a su voluntad cultural. Se debe también tener en cuenta que los miembros del consejo no poseían poderes ilimitados sino que habían recibido de los habitantes, por así decirlo, por medio de sus representantes, la misión de edificar un ayuntamiento que debería simbolizar exteriormente a la comunidad.

Nos falta espacio, aunque sólo fuera para citar los nombres de los numerosos ayuntamientos, almacenes, casas de pañeros, casas de pesadas, etc. Lo cierto es que las construcciones eclesiales no son superiores a las construcciones públicas ni en el arte arquitectónico ni en el tipo de ejecución. Al contrario: los eclesiásticos se dirigían a «maestros constructores de catedrales» que *ya se habían hecho un nombre por sus obras profanas*. Era, pues, la *comunidad nacional* la que empleaba a los maestros constructores, poseyendo, gracias a sus representantes, el suficiente sentido de estilo para distribuir sus planos para grandes contratos arquitectónicos.

No se encuentra ningún hombre entre los constructores de catedrales que no hubiera dado pruebas de su valía con anterioridad y ningún Papa u obispo constructor puede atribuirse el *descubrimiento* de un arquitecto.

Miguel Angel estaba en el zenit de su gloria cuando se le confió la construcción de San Pedro y Fischer von Erlach habría entrado en la historia arquitectónica sin la Karlskirche de Viena, por satisfechos que estemos de poseer esa construcción barroca, una de las más bellas de su tiempo.

Entre los monumentos encontramos también numerosas «puertas». Son esas fortificaciones, «puntos de apoyo estratégicos» en las habituales murallas de una ciudad, que no tenían otra finalidad que proteger a la comunidad. La mayor parte están ahora en el corazón de una ciudad que ha sobrepasado los límites de sus antiguas murallas y ya no edifica más porque ya no tendrían razón de ser en nuestra época (!).

En efecto, nunca una edificación ha sido construida para sí misma y casi nadie ha entrado en la historia de la arquitectura no sirviendo más que al individuo y no a la comunidad. Si se cree poder objetar que habían castillos y burgos, hay que hacer constar que todos los emperadores, reyes, príncipes y caballeros personificaban simbólicamente a una comunidad y ningún pueblo digno hubiera soportado que su representante viviera en un lugar no conforme a lo que la dignidad y el nivel cultural del pueblo exigían de él. Y cuando la comunidad se levantaba, encolerizada, contra un soberano, no era porque éste hiciera erigir demasiadas «construcciones aparatosas» para su uso, sino porque no era *digno* de representar al *pueblo*.

Un argumento de la propaganda barata del marxismo consistía en comparar la magnificencia arquitectónica de las clases dirigentes con los «habitáculos cuarteleros» de los trabajadores. Son justamente los trabajadores los que dan pruebas, en la historia de la arquitectura, de un deseo de crear valores culturales duraderos; se encuentra la más hermosa expresión de ello en las magníficas casas de las corporaciones en Gante, Brujas y Memel.

Los sastres, herreros, panaderos, pescadores y tejedores no eran, sin embargo, más que *trabajadores* que se habían agrupado en corporaciones y habían pagado de su bolsillo la construcción de las casas corporativas. Estas constituían el edificio representativo de su corporación, el hogar de su comunidad profesional donde se reunían para pasar veladas en común y cultivar la camaradería. En tales edificios su conciencia de clase se revalorizaba, su sentido de la unión y su ayuda mutua sólo conocían una ley, la del «todos para uno, uno para todos» que regía sus actos y su conducta. Su sentimiento comunitario era tan fuerte que en tiempos de guerra participaban en la batalla en calidad de *corporación*, consiguiendo a menudo la victoria.

La arquitectura no es tan sólo una música convertida en piedra; refleja también el espíritu de la comunidad popular. Ni el constructor de más talento puede llevar a cabo sus sueños más audaces sin la comunidad que aporta los trabajadores manuales que realizan sus planes. Y cuando hoy contemplamos con respeto nuestras catedrales, no se las debemos al «arte cristiano» sino a la proeza cultural de miles de manos que las crearon. Los canteros, por otra parte, no eran siempre unos «cristianos temerosos de

Dios», como todavía atestiguan hoy numerosas gárgolas francamente comprometedoras para la gente monacal.

Las ciudades que contienen más catedrales no eran tampoco «las más cristianas». Hubo incluso un tiempo en que las ciudades ricas, para demostrar a Roma que no era ni la envidia ni la avaricia lo que les impulsaba a negarse a pagar tributo al Papa, proporcionaban generosamente a los frailes mendicantes los medios para construirse iglesias, tal como sucedió a finales del siglo XII. A ello debe su nacimiento una gran parte de la arquitectura «franciscana». Cuando el Papa quería construir en tanto que «representante de la Cristiandad», las ciudades le negaban los medios, pues no le consideraban digno de hablar en nombre de «su» Cristiandad. Incluso las catedrales no son nada más que la expresión de la voluntad convertida en piedra de la comunidad popular.

La historia arquitectónica de todos los pueblos civilizados nos enseña que la arquitectura, en tanto que forma de expresión de un pueblo creador de valores, no ha sido tenida en cuenta, o incluso se ha apagado cuando la misma comunidad ha degenerado y ha desaparecido de la Historia. En verdad, nosotros hemos vivido el caos arquitectónico cuando la comunidad popular se desintegró. Impotente y sin vitalidad ha asistido, sin intervenir, a la tentativa hecha por elementos alógenos de monopolizar la forma de expresión artística para convertirla en un medio egoísta para ganar dinero.

Pero el arte no puede proceder más que de la comunidad y de un estilo de creación que abarca todo el universo. Tal es la razón por la cual la arquitectura es también el reflejo de un pueblo homogéneo, de la comunidad popular.

SS- Ustuf. V. J. Schuster

OSS.II.4.7

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1938.

Observaciones sobre el estilo

Dos hombres se encontraban ante uno de nuestros nuevos edificios y conversaban con aire pensativo sobre los valores culturales de nuestro nuevo estilo. Se preguntaban si se podía realmente calificarlo de estilo alemán, conforme a la naturaleza de nuestro pueblo en el que tuviera unas raíces profundas.

Eran dos críticas.

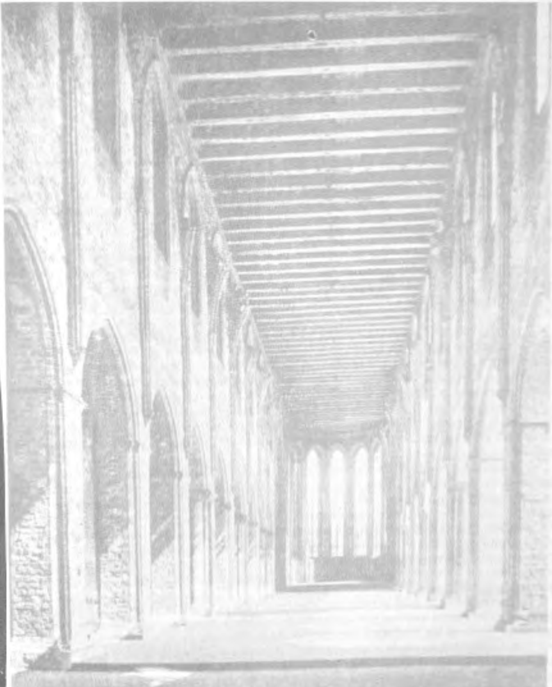
La crítica tiene por costumbre observar al mundo de una manera abierta y con una opinión formada. Pero los juicios expresados al primer vistazo no pueden ser más que prejuicios, lo que el crítico negará totalmente. Sin embargo, no existe prácticamente parcela alguna, del arte o de la cultura que no hayan sido juzgados por los críticos. Hasta ahora, ningún crítico ha deplorado el hecho de que hayan más críticos que artistas. A ello se añade el hecho de que es precisamente el artista creador quien pide al crítico que emita una opinión. Pues es un hecho que, a causa de su actividad, el crítico anima a la obra.

Nosotros no decimos que haya que aceptar sin decir una palabra todos los argumentos explicativos que se nos anticipan. Es, indudablemente, mucho más difícil crear una obra que criticarla. El arte precisa de tiempo, y es trágico que la crítica no lo tenga nunca.

En el país de la «crítica clásica», en París, los críticos de arte se permiten visitar a los pintores en sus talleres para contemplar la obra que se proponen exponer, más tarde, en los salones. El artista objetará, en vano, que su obra no está del todo terminada. El crítico le tranquiliza; se da por satisfecho y trata de expresar de una manera racional lo que ella evoca ya. Su opinión ya está formada cuando se va, aunque el pintor trabaje detrás de su caballete tres semanas más. Que no se nos diga que este ejemplo es excesivo. Los dos hombres que se encuentran ante este nuevo edificio hacen lo mismo cuando, después de un día de análisis, no llegan a definir que el estilo es ale-

mán. Su opinión no ha variado cuando nos la exponen después de tres meses de madura reflexión.

El barroco reinó hace doscientos años y lo sentimos como un estilo. Los entendidos en arte hablan de edificios barrocos sagrados y profanos, de muebles barrocos, de jarrones, de esculturas de madera, de vajillas y de morillos de chimeneas barrocas. Es impensable que, en aquella época, un orfebre se hubiera puesto a trabajar una copa de frutas en el estilo barroco. Tampoco era consciente de sentarse en una silla barroca. Pero el especialista que se ocupa hoy de esa copa de frutas la fechará en la época barroca.



Nave central del claustro de Chorin

El estilo expresa la actitud espiritual de un pueblo en una época determinada de su historia. Nosotros no nos hallamos más que al principio de *nuestra* nueva época y debemos dejar a las generaciones futuras la posibilidad de apreciar los bienes culturales que hemos creado. El nacionalsocialismo no sería una concepción del mundo si creyera haber alcanzado sus objetivos tan sólo con la toma del poder. Nuestra misión consiste en luchar por todos los hombres y educar a un pueblo que ya no necesita línea ideológica por la simple razón de que él ha interiorizado la concepción del mundo nacionalsocialista. Por poco que se expresen de manera artística, estos hombres crearán valores típicamente alemanes y personales porque tal es su naturaleza y ese es precisamente su estilo.

Nosotros encontramos por todas partes las huellas de un estilo que lo han unido a otra época cultural. No se puede, pues, hablar de influencia importante cuando maestros geniales lo personalizan y lo influencian. Es, pues, imposible juzgar un estilo arquitectónico tan sólo sobre valores creativos sin tomar en consideración las fuerzas que lo originan. La historia de los pueblos nos lo demuestra de una manera visible: las grandes épocas de la arquitectura coinciden con el nivel de evolución de los pueblos. Los pueblos en vías de *degeneración* no nos han dejado ningún estilo. Lo que expresa su grandeza, son los resultados de sus antepasados cuya herencia despilfarran.

La historia artística está indisolublemente ligada a la historia mundial, la arquitectura, al auge poderoso de un pueblo. En la antigüedad, los valores bélicos determinaban el destino y el porvenir de una comunidad popular. No conocemos ningún pueblo que nos haya dejado un estilo arquitectónico clásico y haya desempeñado un papel secundario en los campos de batalla. Esta es la mejor prueba de que los pueblos de soldados no son en modo alguno hostiles a la cultura, sino que aparecen más bien en la historia como elementos de civilización.

El estilo es también un don cuya gestión nos transmiten nuestros antepasados, y nosotros legaremos también un estilo arquitectónico a nuestros descendientes. Debemos, pues, educar a la juventud en el espíritu de suscitar un nuevo estilo. Lo hará porque representará para ella una señal de su unión con su pueblo durante toda la Historia.

Los coches circulan ruidosamente en las ciudades de Alemania. Los tornos chirrían y raspan la piedra. Se levantan edificios, cuya utilidad y dimensión no están solamente dictados por las exigencias del momento sino que deben testimoniar a las futuras generaciones nuestra voluntad de crear valores duraderos, aunque nosotros no pudiéramos beneficiarnos de sus frutos. Más tarde, no se nos podrá reprochar no haber estado animados de las mejores *intenciones* sino de no haberlas podido realizar. La posteridad es despiadada y no admite más que lo que perdura. Dar buenos consejos no significa otra cosa que hacer a los descendientes responsables de nuestros pecados por omisión.

Hoy sabemos lo que esto significa. La arquitectura no escapa a esta regla. Las grandes arterias son la prueba de lo que los grandes maestros concebían cuando no se esforzaban más que en satisfacer el gusto del *individuo* y construían aquellas casas individuales. No se trataba de imponerse a los demás, sino más bien de *sorprenderse*. Es lo único que puede explicar los alineamientos de casas construidos en los tristes años en que se fundó el Imperio. Dominados por lo efímero, se hacía primar el «toque personal» y se evitaba curiosamente todo lo que hoy llamamos estilo. Se era más bien «moderno», se «iba con su tiempo» y se imaginaba inocentemente que la generación siguiente seguiría igualmente ese espíritu.

Actualmente, esta generación destruye con la piqueta el estuco y el yeso sin alma, y nadie siente que eso sea una falta de respeto a nuestros antepasados. Necesitamos espacio para las misiones que nos confía la historia. Lo que tiene valor, porque lo *sentimos* como tal, lo conservamos a título de elemento del patrimonio cultural con el cual nos encontramos en relación sentimental e ideológica. Y por esta razón el hombre que insufla a nuestro pueblo esta consciencia de una identidad nacional es también nuestro primer constructor.

V. J. Sch.

QSS.II.4.6

«De estoque y de talla», de Günther d'Alquen, 1937.

La homosexualidad y el arte

No es necesario demostrar que la homosexualidad ha desempeñado un papel importante en la vida artística alemana de la década pasada. Para los que lo ignoren, bastará con decir que habían escenas de teatro en las que más del 50% de los artistas reivindicaban el «derecho de vivir esa existencia singular». En cambio, silencio total sobre las mujeres. Desgraciadamente, no se trataba de casos aislados.

Para el nacionalsocialismo, las manifestaciones de la vida no son consideradas como una problemática comportando sus leyes. Todo «problema» del pasado entra en el terreno de la decisión política por las relaciones orgánicas que mantiene con la comunidad. El nacionalsocialismo ha devuelto a la política su sentido original; no es pues una obra restringida en sí que pueda codearse con otros valores iguales o superiores. Se debe sacar la conclusión en todos los aspectos de la vida de que sólo sus valores son objeto de una realización política. Toda otra escala de valores no puede lógicamente conducir más que a la noción del liberalismo, es decir que lleva al reconocimiento del carácter anarquista.

Nuestra política actual se basa claramente en estas constataciones fundamentales y el arte encuentra en ella su justo lugar. Cuando, hoy, la jauría de escritores emigrados fulmina contra la pretendida «violación política del arte» en Alemania, tales alaridos demuestran a los más duros de oído cuál es la importancia de la nueva orientación nacionalsocialista.

Ya no hay motivos para quejarse de que la intervención policiaca amenace la existencia del arte. En cambio, la destrucción de un principio artístico de significación internacional armará siempre mucho más ruido. Seguramente no calmaremos la histeria de los combatientes de las barricadas literarias del Kurfürstendamm, pero, por otra parte, nos demuestran que seguimos el buen camino.

Las constataciones básicas de la política cultural nacionalsocialista son simples. Tienen esa simplicidad intemporal propia a todas las exigencias del nacionalsocialismo. Han devuelto al arte a un proceso creador y vuelven a situar a los artistas en la legitimidad del orden divino que, ella sola, concretiza el sentido de la vida, la conserva y la transmite en el porvenir.

Visto así, el arte vuelve a conectar con nuestro pueblo, lo que le ha procurado su dinamismo en todas las épocas y en el seno de todos los pueblos, es decir, la polaridad natural, luego divina, de la creación.

Si el nacionalsocialismo afirmara haber descubierto esta ley fundamental, negaría las creaciones eternas de las pasadas generaciones. No, ellas le han transmitido directamente esta ley indestructible. Pero puede reivindicar, con justicia, el hecho de haber descubierto una determinación artística y casi se podría decir, sistemática. Y gracias a ella, puede jactarse de haber procedido a una interpretación unilateral de todas las creaciones artísticas y de haber definido su única escala de valores.

Así, la noción eterna de la libertad del arte ha sido hallada por el nacionalsocialismo, pues nuestra concepción artística ha liberado definitivamente al arte. Ha triunfado del concepto de individualidad.

Las siguientes generaciones juzgarán lo que este acontecimiento significa para la creación artística.

Un arte se rige por la ley original de la creación, pero este impulso no debe ser frenado limitándose a una forma o a una valoración individuales. No debe tampoco quedar aislada de un terreno de realización artística auténtica, ni del área de la comunidad nacional, ni del orden divino, a causa de la inestabilidad de una voluntad individual representando tanto el gusto del momento como un carácter solitario. Tal arte expresa de manera incondicional la personalidad propia del artista en la creación de los valores eternos más puros. Pues el «ego» del artista se traduce por la experiencia significativa (no excepcional y transitoria) de la polaridad creadora masculina-femenina en

la interpretación del orden divino, y esta experiencia fundamental deviene el punto de partida de toda creación comunitaria que sobrepasa al individuo.

Así el arte ha sido purificado de los impulsos instintivos puros, de una problemática erótica perfectamente estéril, de todas las ideologías de autosatisfacción y autoliberación. Se funda resueltamente en la experiencia amorosa que no es un fin en sí sino que aprehende el orden divino gracias a sus fuerzas de creación y de protección de la vida.

El hombre no es violentado por tal arte, ni por una ideología hostil a la vida o por formas instintivas y anárquicas. Se siente liberado porque aprende qué es el cumplimiento de su destino en su divina grandeza.

Sólo lo que tiene un sentido habla la lengua de la eternidad. La incoherencia representa una fuente de confusiones causadas por todas las fuerzas asociales y destructivas. El Führer ha definido los fundamentos del arte diciendo que la salud es el único campo en que puede producirse un verdadero arte.

La salud nacional es la única garantía de la vida del pueblo. Es el objetivo de la higiene y de la política racial nacionalsocialistas. Sólo ella puede asegurar la supervivencia del pueblo a través de todas las vicisitudes de la historia. Tal es el sentido profundo de la política de defensa alemana. Los principios vitales son servidos por la economía y la industria, y no por objetivos egoístas. Tal es la herencia de la que cada generación es responsable y que representa la mayor riqueza nacional emanada del pasado.

El arte alemán se encuentra inmutablemente inscrito en este programa que es creador de cultura alemana.

El arte sólo tiene un sentido si es el reflejo de una época cuyo objetivo ha hecho estallar todos los obstáculos temporales de las viejas facciones políticas; pero sólo es tolerado si ha percibido y realizado en sus creaciones la grandeza de ese objetivo y si se sirve de un orden mundial eterno por su principio moral. El sentido del arte, el sentido de la creación cultural en el nuevo Reich, expresan la voluntad de modelar ese futuro. Se ha transformado, pues, en un rechazo histórico del individualismo, del liberalismo y del internacionalismo, en un rechazo total de todas las ideologías hostiles a la vida.

El lector superficial atraído por el título del artículo, habrá visto con un cierto asombro que hasta aquí no se ha hablado más que del arte, y en absoluto de la homosexualidad, cuando tal era el tema.

Pero, ahora, somos nosotros los que nos sentimos incómodos con criticar por criticar, pero nos irrogamos este derecho pues consideramos que ello permitirá apartar todo lo que puede dificultar nuestra voluntad y nuestra creatividad. Queremos definir lo que significan para nosotros el arte y la cultura. Luchamos así contra las fuerzas disolventes partiendo del punto de vista de que el conocimiento de lo verdadero permite destruir mejor la mentira.

El lector irritado y cansado porque ya ha comprendido no puede producir nada de patológico o de anormal, es nuestro mejor amigo. Es preciso, sin embargo, añadir una cosa. Igual que se puede abordar la cuestión de la homosexualidad desde el ángulo criminal pero, ante todo, desde el ángulo político, también la cuestión de la homosexualidad y del arte constituye para nosotros un problema evidente.

Comprende dos aspectos de los que se saca la misma conclusión. Cuando se considera la evolución del arte de los siglos XIX y XX, podemos decir que la progresión de los homosexuales en el terreno del arte y de la creación artística pertenecen ciertamente al capítulo de la cuestión judía.

Después del dominio de los judíos en el ámbito de la cultura alemana, se hizo también propaganda en favor de los homosexuales. Es un instrumento muy útil en el marco de esa acción, pues aunque comprenda personas dotadas, representa un carácter asocial, al mismo título que el judío en el terreno de la cultura alemana.

Nunca el homosexual puede ser un creador o encaminar un arte emanado de aptitudes creadoras, pues a esas gentes de otra especie les falta la experiencia creadora de una naturaleza biológica pura. Un homosexual es, así, excluido de las leyes eternas de la vida. No es, pues, un azar, que el principio de «l'art pour l'art» (el arte por el arte) y su estética sea el ámbito de los homosexuales. No es tampoco por casualidad que el degenerado adopte lógicamente la ideología judía de destrucción de la vida, el bolchevis-

mo; más de un emigrante actual es el testimonio viviente de ello.

Constatamos que la gestión del arte llevada a cabo por homosexuales no puede conducir más que a un estricto rechace de la comunidad de vida natural.

Pero estas constataciones son puramente políticas en sus efectos, pues revelan unas consecuencias que van en contra de la comunidad por las bases de ese «arte». Para nuestra sensibilidad sana, no existe desgraciadamente ningún grado en el concepto de hostilidad al Estado; todos los que tengan la intención de expresarse en ese sentido deben atenerse a las consecuencias. El orden divino de la naturaleza inmutable procede con el mismo rigor y nosotros no nos permitimos juzgar al Creador y a Sus leyes.

Precisamente porque nosotros consideramos el arte como una superación de lo real y la expresión de ideales intemporales, debemos rechazar enérgicamente obras de seres humanos incapaces de adaptarse a las leyes de la vida y que, sin embargo, quieren violar la vida del pueblo en calidad de críticos o de creadores. Producirán el mismo proceso de degeneración que los resultados de los artistas bolcheviques judíos cuyas obras se han convertido en los elementos formales y temáticos de la descomposición.

El otro aspecto del problema es típicamente individualista. Procediendo del espíritu de independencia del individuo, se manifiesta en el campo de la homosexualidad como un reconocimiento incondicional de la naturaleza diferente.

Puede decirse simplemente que se trata de un crimen del individualismo intelectual que, por sus concepciones fundamentales de la homosexualidad, ha producido la mejor incitación en tal sentido, pues de la reivindicación al derecho a una individualidad sin trabas, no queda lejos el camino que lleva a «ser diferente». No es, pues, difícil comprender la instauración de la noción del «hombre artista», que representa la suma de las especializaciones individualistas. A los «hombres colectivos», a la masa que es «característica» en su legitimidad, se opone el artista que debe ser diferente para poder verdaderamente crear. Se constatará que muchos artistas alemanes adoptan este tipo de discurso cínico de maestros artísticos:

«¿Es usted judío, homosexual o vienés (es decir, una variedad especial de artistas judíos)? Entonces, ¿qué viene usted a hacer en el teatro *daitsche*?». (Nota de la versión francesa: deformación yiddish por *deutsch*).

Nuestras afirmaciones ideológicas quedan, pues, demostradas. El ser diferente, tanto a nivel racial como a través de inclinaciones sexuales, llega a ser el punto de partida del hecho artístico. El fuerte olor de los animales extraños que componen el bestiario de la producción artística judeo-bolchevique basta para atraer la curiosidad de la masa.

El concepto de diferencia enlaza con la noción de artista para finalmente apartarse de él. Los primitivos instintos de los directores de ferias, que exhiben enanos jorobados y una mujer barbuda, habían sido completamente liberados en el terreno de la creación artística. Por consiguiente, había que renovar las atracciones para mantener un volumen de negocio positivo, pues ese arte era ajeno a todo sentimiento popular.

Lo que es hostil a la comunidad, luego asocial, se convirtió en arquetipo. La bolchevización de los conceptos culminaba en la noción del «tercer sexo».

Pero esta consecuencia directa implica una segunda inversión, no menos peligrosa. La existencia de la mujer no podía ser totalmente desconocida en el marco de esta línea «político-cultural». Recuérdese que el homosexual es ajeno a la mujer cuya esencia, por su propia naturaleza, no puede captar, nos permite comprender la emergencia de un nuevo tipo femenino y su afirmación. No es sólo la «lesbiana» que corresponde al gusto homosexual, sino también todas esas naturalezas femeninas que son fundamentalmente incapaces de seguir su vocación auténtica. No nos interesa esa categoría; tenemos una concepción clara y neta de la mujer por el nacionalsocialismo. Sin manifestar una estrechez de espíritu y una gazmoñería, debemos hacer abstracción, en este capítulo, de la masculinización de la mujer tal como se produjo en pasados años. Pues la noción de la camaradería entre el hombre y la mujer llega a ser evidente si entre estos dos seres, un niño simboliza la última abnegación en amor, en deber y en sacrificio.

Los destinos humanos son trágicos cuando no pueden o no quieren encontrarse con el deseo

de fundar una vida natural: cuando esta gran experiencia es rehusada a la pareja.

El derecho a la existencia que posee la comunidad histórica de nuestro pueblo exige el apartamiento de todos los elementos que entorpecen esta comunidad. Tal es la política de higiene.

Esta ley fundamental no exime a nadie.

¡Tampoco al arte!.



Página siguiente:

La cancillería, en Berlín.
Cuando el arte sagrado y el arte profano se reúnen en la misma aspiración a la elevación.



V. Ciencias naturales y físicas

OSS II 5 1

Cuaderno de la SS. Nº 8. 1939.

Las leyes eternas de la vida

Como ha dicho el Führer, «el nacionalsocialismo enseña de manera brillante la realidad de los conocimientos científicos más precisos y las expresa claramente». Nuestra piedad se inclina incondicionalmente ante la grandeza de las leyes divinas de la vida. Nosotros no tenemos más que una oración: Cumplir valientemente los deberes que de ella se derivan.

El nacionalsocialismo deduce su verdad de la observación del mundo. Es, pues, una verdadera filosofía. Pero tener una filosofía significa también tener un comportamiento para con la vida y los valores de la vida que esté en armonía con la visión que se tiene del mundo. Cada ser humano ve el mundo a través de sus propios ojos y vive el mundo al ritmo de su propia sangre. La visión del mundo es, pues, siempre específica para cada pueblo.

¿Cómo vemos el mundo, nosotros, los alemanes?

Cuando un alemán se pasea por el campo un hermoso día de verano o una blanca noche de invierno, contempla con respeto la belleza del mundo: la claridad del cielo azul y del Sol, o la legión de las estrellas eternamente centelleantes, el sombrío curso de las nubes, en medio de las maduras cosechas y las vastas praderas de hierbas y de flores, el resplandeciente lago, la dulce caída de los copos de nieve. Y cuando oye, en las noches de otoño, el tamborileo de la lluvia, el bosque en la tempestad, el combate de las dunas contra las olas, comprende entonces que el mundo es un lugar de belleza y, al mismo tiempo, el inmenso campo de batalla del eterno combate.

El hombre fuerte acepta el mundo como es.

Nunca germinaría en el corazón de un alemán el pensamiento de que la Tierra no es más que un «valle de lágrimas». La divina fuerza de creación en este mundo es, según nuestra creencia, demasiado noble y demasiado rica para haber creado un «valle de lágrimas».

El alemán que se pasea en primavera por los floridos senderos y que oye el dulce canto de un pájaro escondido en el ramaje donde cinco pajarillos van a seguir su destino, no podía nunca imaginar que sus crías habían nacido con la maldición del pecado original. Pero al escuchar el hermoso canto del pájaro, siente la alegría de la naturaleza que proclama que la procreación y el nacimiento son aplicaciones de las leyes divinas. En nuestro pueblo, ¿acaso una madre no obedece también a una ley divina cuando da hijos a la nación? Nunca unos padres podrían creer que la felicidad paterna o materna esté mancillada por la maldición del pecado original. ¡Jamás unos niños han venido al mundo de tal modo manchados!.

Las cosas de la vida nacen de la procreación y del alumbramiento y se van con la

muerte. Cuando las hojas caen en otoño, cuando el viejo árbol cae, abatido por el viento, es el destino. La muerte del ser vivo no es, sin embargo, «el rescate del pecado».

La observación del mundo nos proporciona, pues, la certeza de que el entorno en que vivimos no es un valle de lágrimas; es la tierra de nuestra patria. La procreación y el nacimiento no son ni pecado ni culpa, sino cumplimiento de la voluntad divina. La muerte no es la consecuencia del pecado, sino una ley de vida, necesidad y destino. El Führer dijo un día:

En la cabecera de nuestro programa no se encuentra ninguna intuición misteriosa, sino el saber lúcido. Hubo épocas en que la obscuridad era la condición necesaria de la eficacia de ciertas doctrinas; hoy vivimos en una época en la que la luz es el fundamento del éxito de nuestros asuntos.

La luz de la ciencia ilumina pues las verdades eternas de la ideología nacionalsocialista. Es el desenlace del combate de la ciencia, así como la afirmación de nuestra naturaleza específica.

Luchar por el conocimiento, por la luz y la verdad ha sido siempre considerado por el mundo de los obscurantistas como una herejía. Así es cómo el conocimiento y el respeto de las leyes del universo ha sufrido la maldición de los curas y que, aún hoy, el anatema de la Iglesia no les absolverá.

Giordano Bruno fue quemado vivo como hereje por haber proclamado con una pasión heroica, totalmente dentro del espíritu de nuestra fe: «Buscamos a Dios en la ley inalterable e inflexible de la naturaleza, en la armonía respetuosa de una alma sometiéndose a esta ley. Le buscamos en un rayo de Sol, en la belleza de las cosas surgidas del seno de nuestra madre la tierra, en el verdadero reflejo de Su creación, en la contemplación de las innumerables estrellas que brillan en el inmenso cielo...»

Desde el principio, el alma alemana captó a Dios directamente; respetuosa y piadosa, este alma se complacía en la ley de la tierra, en el susurro de los bosques, el rugido de los mares y las tormentas, la contemplación del cielo estrellado. Este respeto es lo que le incitaba a seguir las leyes naturales. Respetarlas era como afirmar a Dios. Transgredirlas, era alejarse de lo divino.



«A los ojos de los iniciados, todas las cosas indican las huellas de un dios.»
Schiller

Hoy volvemos a saber que la ley del mundo es también la de nuestra vida de hombre. Igual que la Tierra permanece en la órbita del Sol, nosotros, los hombres, debemos permanecer fieles a las leyes de la vida. Así como nuestros antepasados, poseyendo el maravilloso instinto de nuestra raza vivían al unísono con las leyes de la naturaleza, también nosotros podemos, enriquecidos por la experiencia y la ciencia, poner conscientemente nuestra vida de acuerdo con las leyes del mundo.

El respeto de la vida constituye siempre el fundamento de una fe viva y de una verdadera piedad. Aquél a quien el mundo se le aparece como divino por haber sido creado por Dios, nunca perderá su respeto por la vida y sus leyes. La separación de Dios y del mundo procede de una manera de pensar extranjera. Negar el carácter divino de la naturaleza equivale a despreciar el mundo y la vida sobre la Tierra. Mientras que el hombre primitivo, consciente de ser detentor de vida divina, se respeta a sí mismo así como a la vida, el hombre que no se representa a Dios más que en el más-allá no conoce ni el verdadero respeto por su propia persona ni respeto por lo que crece y florece sobre la Tierra. No respeta más que lo que él imagina estar por encima del mundo y de sí mismo, por el sentimiento de ser una criatura, es decir, una creación de Dios.

Nosotros vemos el paraíso en la belleza de la Tierra mil veces bendecida y sagrada. En el alba del año, millones de flores, el oro tembloroso de los campos de espigas, el esplendor de la nieve y la pureza de los copos en Navidad, el nacimiento de la vida en el seno maternal son para nosotros una manifestación del cielo.

Aquí es donde se aplica la frase de Rosenberg: «Si se considera esta gran veneración como impía y atea se puede replicar a tal afirmación infundada que si, en efecto, se enseña la existencia de un Creador y se Le celebra en cánticos y oraciones, no se puede luego considerar el respeto y la aplicación de Sus leyes como sacrilegios y su transgresión como un deber sagrado.»

El examen de la historia de todos los pueblos de la Tierra nos muestra que todo pueblo tiene el destino que se merece. Después de que, por la voluntad de la vida, han nacido los pueblos, son responsables de su destino. Se constata, pues, la justeza del siguiente refrán: «No hay Dios que decida sobre el derecho y la injusticia en la Historia; los pueblos son dueños de sí mismos».

El fin de un pueblo es la conclusión natural de su transgresión despreocupada de las leyes naturales. Tan sólo la aceptación respetuosa y la observación consciente de las leyes divinas de la existencia aseguran la perennidad de un pueblo. La vida eterna de nuestro pueblo constituye el objetivo de nuestro trabajo y de toda nuestra lucha. En efecto, «la victoria de la vida es la razón de ser del universo».

Allí donde constatamos la presencia de la vida, reconocemos la voluntad de mantener y conservar la esencia de la especie. «La ley sagrada de cada ser es salvaguardar y defender su carácter propio». (H. St. Chamberlain). Cada organismo lucha, pues, por su vida, y el mundo deviene un lugar de perpetuas luchas. La lucha es el medio utilizado por la naturaleza a fin de mantener una vida vigorosa. Asegura al mundo su «Gran Salud», pues quien no puede vencer debe necesariamente perecer.

La naturaleza es el eterno preceptor de los pueblos, enseñando sin cesar el carácter efímero del individuo pero también la perennidad del grupo y la eternidad de las relaciones de la vida. Indica también cómo asegurar su supervivencia.

La naturaleza es infinitamente variada y se presenta única bajo millones de aspectos diferentes, pero cada organismo y cada acontecimiento de la naturaleza implican leyes específicas. Ellas son necesarias pues sin esta legitimidad la naturaleza no estaría estructurada. El orden forma parte de la esencia de la vida. Es deber de los hombres comprender el ordenamiento de la naturaleza y reconocer su legitimidad.

El respeto de los germanos por la vida ha resucitado por la intervención del nacionalsocialismo. Luchando por nuestra propia imagen del mundo, hemos tomado conciencia del hecho de que sólo adoramos a Dios respetando las leyes eternas que, emanando de Su voluntad, rigen el mundo.

SS-Hscha. Dr. Schinke

OSS.II.5.2
Cuaderno de la SS. Nº 10. 1938.

Camarada a mi lado...

Cuando se anda sobre la nieve se siente -según los individuos- o bien dificultad al caminar o bien alegría al contemplar el maravilloso paisaje invernal.

No sabemos que exista también una lógica en la estructura de la nieve. Pero cuando se observan los copos de nieve con una lente de aumento, se nota hasta qué punto la naturaleza es una gran artista.



He aquí, camarada, algunas ilustraciones que muestran la belleza con la que los cristales de nieve están ramificados, digna de un patrón de bordado. La estructura se descompone siempre en seis partes. En todas las imágenes de la ilustración se encuentra la runa Hagal, la runa del mundo, el símbolo de la organización del mundo, la rueda de seis radios. Esos cristales son tan hermosos que se les podría tomar como modelos de encajes, de ornamentos, etc. Imaginaos hierro forjado parecido a la primera imagen en la ilustración. Y la segunda imagen ¿no tiene la forma de una rosa?... ¿la tercera no está constituida por seis pequeños árboles de Navidad?

¿Por qué nos interesamos por esas cosas?

Porque tú, camarada, debes aprender que *un orden divino*, que podemos igualmente llamar *ley del mundo*, rige incluso las más pequeñas cosas de la naturaleza... que nosotros juzgamos insignificantes como un copo de nieve.

Cada cosa tiene su regla. Cada cosa tiene su ley que determina su esencia, su existencia,... ¡como tú! Nosotros reconocemos la grandeza de la creación a través del orden, de la razón de ser y de la belleza de la naturaleza que nos rodea.

SS-Standartenführer Dr. J.Caesar

OSS.II.5.3
Cuaderno de la SS. Nº 4. 1938.

Nuestro moderno conocimiento de la estructura del Universo

La ciencia que estudia la estructura del universo es una rama de la astronomía. Es esta parte que se interesa por la organización de la materia en el espacio inmenso que llamamos universo, en el emplazamiento de las estrellas, el tamaño y el alejamiento de los cuerpos celestes. Ahora se va a presentar, de forma concisa lo que conocemos actualmente de esta construcción del universo.

Todos sabemos que nuestro estrecho hábitat en el espacio cósmico es el sistema planetario que se compone de cuerpos centrales, el Sol, y de nueve grandes planetas que giran a su alrededor: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano,

Neptuno y Plutón.

El último, Plutón, fue calculado hace poco en cálculos teóricos efectuados por los americanos y descubierto, efectivamente, gracias a ellos. Mercurio es el más cercano al Sol y Plutón el más alejado de los nueve planetas. Estos últimos tienen tamaños muy variables. Los planetas pequeños, de Mercurio hasta Marte incluido, cabrían de sobra en los grandes planetas, desde Júpiter hasta Neptuno. Júpiter, por ejemplo, es más de diez veces mayor que la Tierra, que tiene un diámetro de casi 13.000 kilómetros.

Aunque haya empequeñecido a causa de la técnica y de la circulación, el globo es para nosotros, los hombres, enorme: sin embargo no representa nada ante el cuerpo central de nuestro sistema, el Sol. Su diámetro se eleva a 1,3 millones de kilómetros. Se le puede representar si pensamos que el cuerpo celeste más cercano a nuestra Tierra, la Luna, se halla, en promedio, a 384.500 kilómetros. El Sol es tan grande que el sistema entero Tierra-Luna cabría fácilmente en su seno. Cuando se imagina la Tierra con la Luna transpuestas en el Sol, que el centro de la Tierra coincida con el del Sol, la superficie de este último sobrepasa ampliamente la órbita lunar. El tamaño de nuestro sistema solar se caracteriza por el hecho de que, por ejemplo Neptuno, el penúltimo de los nueve planetas partiendo del Sol, se encuentra, en promedio a 4,5 mil millones de kilómetros de nuestra estrella central, mientras que la Tierra no dista, en promedio mas que de 149 millones de kilómetros del Sol.

Si abandonamos el sistema solar para ir al *espacio*, la medida en kilómetros adaptada a nuestra escala humana ya no basta para definir el entorno próximo del Sol. Si se quisieran expresar en kilómetros las dimensiones, ello crearía un hándicap insuperable impidiendo la comunicación de las informaciones astronómicas y científicas a causa del número de cifras. Los astrónomas han adoptado, pues, otra unidad de medida, el año luz. Como es sabido, la luz recorre 300.000 kilómetros por segundo. Expresado en kilómetros el año luz corresponde a una distancia de 9,4 billones de kilómetros. (Un billón es un millón de veces un millón).

La estrella fija más cercana a nuestro Sol está a una distancia de cuatro años luz; su luz necesita cuatro años para llegar hasta nosotros. Se puede concebir tal distancia haciendo la siguiente comparación. Imaginemos todas las distancias y relaciones de tamaño del universo tan reducidos que el diámetro del Sol, que en realidad se eleva a 1,3 millones de kilómetros, sea de 40 metros en ese caso, esa estrella fija estaría todavía más alejada del Sol que la distancia efectiva Tierra-Luna, es decir que estaría aún más distante de los 384.000 kilómetros de él. Y lo mismo ocurre con las estrellas fijas más cercanas a nosotros.

Se deduce que las estrellas están ubicadas de manera tan esparcida que es prácticamente imposible que el Sol choque con otras estrellas. Esto queda confirmado por el hecho de que lo que nosotros designamos como entorno más «cercano» al Sol, es esa punta del universo que la luz recorre desde el Sol en 70 años por todos los lados, es decir, una bola de un radio de 70 años luz. *En esa enorme parte del espacio no se encuentran más que doscientas estrellas.* Si esto se imagina en talla reducida de manera que las estrellas formen cabezas de agujas, éstas últimas todavía estarían alejadas de 60 a 100 kilómetros la una de la otra en distancia real. Las estrellas y toda la materia del espacio están tan dispersas que se reparten, en tanto que cabezas de aguja, sobre distancias de 60 a 100 kilómetros. Resulta que un choque entre dos estrellas en el universo es rarísimo o incluso imposible.

El tamaño de las estrellas, que no son otra cosa que Soles alejados, enormes bolas de materia a un estado de temperatura extremadamente alto, varía mucho. Hay estrellas que son mucho más pequeñas que el Sol y otras en las cuales cabría todo el sistema Tierra-Sol y que son, pues, tan grandes, que su superficie sobrepasa su órbita y se podría hacer coincidir su centro con el del Sol. En consecuencia, las estrellas se dividen en *gigantes* y *enanas*. A pesar de ello, en comparación con nuestro espacio de vida estrecho, el sistema solar, el Sol constituye, ya, algo gigantesco. Pertenece, no obstante, al grupo de las *estrellas enanas*. En el universo reinan unas dimensiones totalmente diferentes de las que están en curso en el gran sistema planetario, ya enorme en relación con la Tierra.

Nuestro sistema solar y su próximo entorno ya citado no son, por su parte, más que una pequeña parte de un sistema estelar mayor, a saber *la vía Láctea*. Se manifiesta

indirectamente a nosotros por medio de la luz vaporosa que atraviesa el cielo durante las noches claras. Esta franja es producida por un número casi infinito de estrellas, luego de Soles luminosos que están de tal modo alejados que sólo el mayor telescopio es capaz de descomponer las nubes de la Vía Láctea en una multitud de puntos luminosos. Muchas estrellas están reagrupadas en el espacio alrededor de una superficie plana y se encuentran muy alejadas la una de la otra, cuya luz se adiciona a la de la Vía Láctea tal como la vemos a simple vista. Se puede estimar el número total de las estrellas de la Vía Láctea -de una manera aproximada, pues las enumeraciones sobrepasan el entendimiento humano- en diez mil millones, teniendo en cuenta que esta cifra es, aún, inferior a la realidad. La extensión de nuestra Vía Láctea es de 60.000 años luz. La luz necesita, pues, 60.000 años para alcanzar la otra punta.

Las fronteras de nuestra propia Vía Láctea no constituyen, todavía, los límites que pueden ser alcanzados por la ciencia moderna. Por fuera de nuestra Vía Láctea, hay muchas otras que se reagrupan como un número casi infinito de estrellas. Se llama a ese sistema extra-galáctico -es decir, fuera de la Vía Láctea-, una nebulosa, aunque tal tipo de designación no corresponda a la verdadera naturaleza de esa imagen. Data aún de la época en que no se sabía que esas imágenes son en realidad *conglomerados de estrellas*.

Hasta ahora, se conocen aproximadamente dos millones de «vías lácteas». La más próxima a nosotros es la *galaxia de Andrómeda*, que se halla a un millón de años luz. Las nebulosas extra-galácticas se reparten de manera muy desproporcionada en el universo. Todavía no se sabe si esos sistemas de vías lácteas, esas islas de mundos, están relacionadas entre sí o se diseminan al azar en el espacio. Lo que es seguro, es que la nebulosa es un conglomerado. La más alejada de esas nebulosas, que representa a la vez el límite alcanzado por el espíritu humano está a una distancia de 180 millones de años luz. La luz que percibimos hoy salió cuando nuestra Tierra estaba en el apogeo de la era de los saurios y el hombre aún no existía.

Tal es el aspecto del universo según lo que actualmente sabemos. Tratemos ahora de reducirlo a una escala humana para concretar. Las dimensiones son tan reducidas que la distancia Sol-Tierra que, en realidad, se eleva a 149 millones de kilómetros tiene el tamaño de un milímetro. El Sol debería tener un diámetro de 1/100 de milímetro, nuestra Tierra de 1/10.000. No serían visibles a simple vista. ¡Qué pequeño es el hombre a esa escala!. El sistema solar, nuestro hábitat, tendría un tamaño de seis centímetros. La estrella fija más próxima se encontraría a 260 metros, las nubes de la Vía Láctea entre 80 y 100 kilómetros (!). El punto más alejado de nuestra propia Vía Láctea estaría a 13.000 kilómetros, es decir que se encontraría en el otro extremo de la Tierra. La Vía Láctea más cercana a nosotros, la galaxia antes citada se situaría a una distancia de más de 20 millones de kilómetros... y todo esto a una escala en que el alejamiento Sol-Tierra es de un milímetro.

Tales son, pues, nuestros conocimientos en el día de hoy, relativos a la naturaleza del universo y no hay ninguna duda que futuras investigaciones revelarán cosas aún aúninsospechadas.

Pero no nos queda más que inclinarnos con respeto ante esta obra prodigiosa y su Creador.

Joseph Meurers

OSS.II.5.4

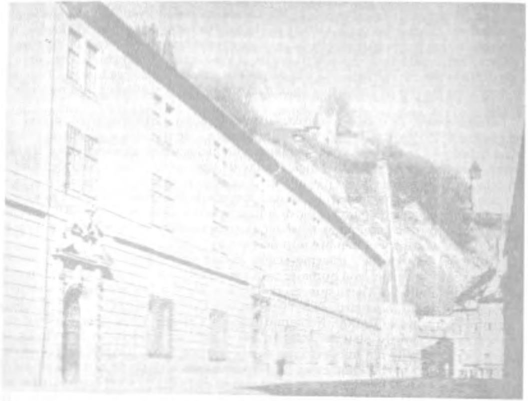
Cuaderno de la SS. Nº 4. 1943.

Lucha en la Naturaleza

Además de los otros dudosos regalos ofrecidos por el avasallamiento casi bi-milenario del Próximo Oriente, el hombre nórdico ha heredado también la representación forzosa de un país imaginario haciéndole creer en un mundo llamado «paraíso» que nunca ha existido ni nunca existirá. La insipidez y el reblandecimiento son los

acordes mayores de este conjunto de ideas semíticas que habla del amor, de la indolencia propia de la debilidad del hombre del Sur y que hace codearse a feroces leones llenos de dulzura con un paciente asno.

Tales quimeras son la expresión de un carácter extranjero y decadente. Nunca la inteligencia sana y viva de un alemán habría podido inventar tal absurdo pues él está todavía demasiado cerca de la naturaleza, tiene los dos pies en la tierra en la lucha con -y en- la cruda realidad. Vivimos en una época en que hacemos definitivamente tabla rasa de esas cargas extranjeras que encorsetan nuestra espiritualidad aria y volvemos a encontrar la verdad emanada de nuestra alma.



La «casa de la naturaleza» en salzburgo tenía por misión adquirir y desarrollar un mejor conocimiento de la naturaleza, que hoy se calificaría de «ecologista». se estudiaba el nacimiento y la esencia del medio natural bajo sus múltiples formas, las interacciones en la vida del hombre, su posición en la naturaleza y también con relación a ella..

En esta Tierra, todos los acontecimientos y todas las fuerzas de la naturaleza se basan en el pro y el contra. Cada acción encuentra una reacción opuesta, toda evolución exige una decadencia correspondiente. La vida de uno implica a menudo la muerte de otro. Siempre fue así y siempre será lo mismo, por lo menos mientras en la Tierra haya vida. A causa de esta ley natural, cada ser viviente debe constantemente luchar por su existencia, ya sea una planta, un animal o un hombre. Esta lucha puede variar mucho, lo mismo que las armas de ataque o de defensa. Podría casi decirse que existen tantos métodos de lucha como formas de vida y especies. Además, la lucha por la vida de una naturaleza evolucionada es más dura que la de una simple célula. Un hombre de valía tiene más adversarios que un ser insignificante. No hay hombre sin enemigo; en caso contrario, se trata de una nulidad que debe ser dejada aparte. En consecuencia, cuanto más grande es un pueblo, más numerosos son los que le envidian y, por tanto, sus enemigos.

La lucha natural se extiende a todas las fases de la vida. El primer instante de la vida de una criatura constituye ya una forma de lucha por el aire y la alimentación. La lucha por la alimentación se prolongará durante toda su vida hasta su último suspiro. Pero habrá todavía toda una serie de luchas que se expresan tanto por el ataque como por la defensa; el combate contra el entorno, contra las intemperies, el calor y el frío, contra la sequedad y la humedad, la sombra y la luz o para la luz. A esto se añade la lucha por el compañero sexual, por la reproducción, por el hijo, el hogar, el espacio vital y finalmente contra el enemigo personal. Las formas de lucha pueden ser directas o indirectas. Pueden residir en la forma física y en la forma del cuerpo, en el color, la rapidez, el tipo de movimiento, la resistencia, el tamaño o la pequeñez, el número de descendientes o en innumerables formas particulares, pero también en las facultades espirituales.

En el cuerpo de cada ser vivo, ya sea una ameba unicelular o una planta pluricelular, o que sea un animal o un hombre, se efectúa continuamente una asimilación del aire, del suelo o de la alimentación que es restituida bajo la forma de materia energética. Además, cada ser vivo está sometido a un proceso de evolución constante. No hay tiempos muertos. Crece desde su nacimiento para alcanzar su madurez, pero se transforma también continuamente, de manera retrógrada. Decae, envejece, las funciones se apagan una tras otra para finalmente no ofrecer ya nada a la fuerza motriz de la vida y apagarse.

Y así la comunidad se transforma continuamente, como el individuo. La única gran diferencia reside en el hecho de que la duración de la vida de la comunidad es mucho más larga que la del individuo. Un pueblo, por ejemplo, es capaz de vivir milenios, incluso si sus miembros, los conciudadanos, sólo viven el tiempo de su breve existencia. Pero como son constantemente reemplazados por recién llegados, la estabilidad y la homogeneidad popular queda garantizada sobre un lapso de tiempo inmenso. La duración de vida de una generación, de una etnia o de un pueblo depende en primer lugar de circunstancias internas y externas que están ligadas, en buena parte, a los principios vitales. Un pueblo claramente consciente del lazo natural humano, que no abusa excesivamente de sus posibilidades de evolución civilizadora, no envejece ni se debilita jamás. Pero por la aplicación exacta de las leyes de la naturaleza, es decir, de la Sangre y del Suelo, se renueva constantemente y es muy superior en valor y en duración de vida al pueblo que no cumple estas condiciones previas. En efecto, esta regla necesita una lucha perpetua que revela múltiples formas. Es ante todo la lucha por la conservación de la raza, por el territorio y por la supervivencia.

La lucha por la reproducción forma el punto culminante del combate natural. Existe igualmente en el mundo de las plantas. La magnificencia de las flores es uno de sus elementos. Una flor supera a otra por la belleza de sus colores, su curiosa forma o su perfume para provocar la fecundación y asegurar así su multiplicación. La abigarrada familia de las mariposas, así como otros innumerables insectos, cumple con esta misión, ciertamente de una manera involuntaria, pero por instinto natural. En los trópicos, son también numerosos pájaros, especialmente esas pequeñas bolas de plumas que son los colibríes, los pájaros mosca de soberbios colores y muchos otros. También los mamíferos pueden ser embajadores entre las flores masculinas y femeninas.

No obstante, la más bella forma de lucha amorosa tiene lugar en las épocas de celo o de alarde cuando se libran a menudo combates encarnizados. Tienen lugar tanto entre los mamíferos como entre los pájaros, los reptiles e incluso los insectos. Acordémonos, durante nuestra infancia, de los duelos entre los ciervos machos.

Ese combate es la expresión más manifiesta del poderoso instinto de reproducción. Los que lo han oído no olvidarán jamás el bramido de los ciervos retumbando en el bosque de otoño envuelto en la niebla. Es una llamada. Dos poderosos guerreros se enfrentan, mientras se oyen los choques de sus potentes cuernos. Dos viejos combatientes, llenos de fuerza y de experiencia miden sus fuerzas en un duelo caballeresco. La lucha es larga e indecisa, mientras la hembra se mantiene apartada mientras contempla la viril acción de sus pretendientes con sus sentidos aguzados. Finalmente, acaba el combate. El vencido se retira y abandona al vencedor el cumplimiento de su supremo deber. Pero esto no es todo, pues el natural femenino existe también en la caza mayor. Al combate por la hembra sigue otro combate para ganar su docilidad. La

vida de los animales se parece mucho a la de los seres humanos. El comportamiento de la hembra mantis religiosa después del acto de amor es desconcertante pero, sin embargo, lleno de buen sentido. Es una prima de nuestro saltamontes que vive en el Sur, pero también en algunas comarcas más cálidas de nuestro Imperio. Después de su fecundación, asesina a su macho. Habiendo cumplido suficientemente su deber de procreación, es entonces atacado por la hembra más grande y devorado según las reglas. Es un buen ejemplo que demuestra que la naturaleza tiende a la conservación de la especie, y no del individuo.

La supervivencia de la especie depende de la tasa de crecimiento. Cuanto más bajo es el número de descendientes, más está en peligro la existencia de la especie. Ésta es la razón por la cual las especies animales cuyas crías viven en condiciones particularmente peligrosas, procrean un gran número de descendientes. Los peces no son los únicos cuyas hembras de numerosas especies ponen centenares de miles, incluso más de un millón de huevos. Es una forma de defensa ante los innumerables peligros que amenazan a la progenitura en el agua. Por otra parte, existen animales como el quebrantahuesos y el quebrantahuesos barbudo cuyo período de acoplamiento no tiene lugar más que cada dos años y no da más que un solo pajarillo. En tal especie el peligro de desaparición es naturalmente grande, sobre todo cuando otro peligro surge en la vida de este animal. Tal fue el caso del quebrantahuesos barbudo, cuya supervivencia fue amenazada por los fusiles de largo alcance de los hombres. La consecuencia fue que este poderoso pájaro desapareció, desgraciadamente, de todas la comarcas de los Alpes hace unos cincuenta años. El hombre ha destruido toda clase de animales, no sólo por razones de conservación o de utilización, sino sobre todo por despreocupación. En estos tristes casos, la lucha por la vida ha sobrepasado su límite natural. Por otra parte, el hombre se encuentra permanentemente enfrentado a su entorno vivo e inanimado. Pensamos, simplemente, en la lucha contra los seres dañinos. Pero la proliferación de dichos animales dañinos, sean ratones, ratas o insectos de todas las clases posibles, es consecuencia en casi todos los casos de una acción humana unilateral. La mayor parte de los insectos se multiplican y llegan a ser dañinos precisamente porque el hombre cultiva sus plantas nutritivas en campos cerrados de una manera antinatural. Sucede lo mismo con los campañoles, o ratas de campo, que viven en los campos de cereales. Los ratones de las ciudades, y las ratas, al contrario, deben su exceso de población a los stocks alimenticios humanos. Pero las ratas no son dañinas tan sólo a la economía; transportan igualmente bacterias. La lucha del hombre contra el mundo microscópico vivo es sencillamente espantosa. Muchos seres pequeños, invisibles a simple vista, representan un peligro constante para las plantas, los animales y el hombre. Por consiguiente, numerosos investigadores se ocupan exclusivamente de la lucha contra las especies patógenas.

Estos ejemplos nos muestran hasta qué punto la existencia depende de la lucha y que una vida sin lucha es absolutamente inconcebible.

oss.II.5.5

Cuaderno de la SS. Nº 8. 1944.

El bosque como comunidad de vida

Los pueblos germánicos sienten un amor fuerte y profundo por el bosque. Como un recuerdo del viejo marco de vida forestal en el que vivían sus antepasados resuena siempre en los cantos y las leyendas, los mitos y los cuentos. El hombre nórdico tiene un sentido innato para aprehender la esencia y la particularidad de la naturaleza y también para comprender de una manera pura y directa el milagro de la vida que se revela a quien le ha sido concedido percibirlo. Nosotros vemos en ella un todo viviente, incluso si no discernimos cada aspecto particular de la armonía con ese gran himno vital. En esos cantos regionales y tradicionales el hombre nórdico ha tratado siempre de definir la manera en que sentía el misterio del «bosque». Hable de los «bosques que

eternamente cantan», cuente su «patria forestal» o cante los «bosques y los lagos sagrados», que se extienden «más allá de las fronteras de las cumbres tranquilas hasta el verde mar», se percibe constantemente la misma expresión de unión característica con la naturaleza. En ningún lugar el hombre nórdico expresa mejor lo sagrado que en los bosque de su patria.

Una viva consciencia de la naturaleza del bosque, de su composición cambiante y de su estructura local impresiona a quien abandona la llanura por la montaña, o sube desde el fondo de la tierra hasta las alturas. El suelo es generalmente apto para alimentar a un bosque. Dos factores particulares concurren en el nacimiento de los bosques en circunstancias naturales: la temperatura y la humedad. El calor y la pluviosidad influyen en el crecimiento y la vida de un bosque. Cuando la Tierra vivía en los períodos más cálidos de su historia, el bosque contaba con un cierto número de especies, pero no era denso. Sólo llegó a serlo en la edad de la piedra pulida y del bronce; al evolucionar el tiempo, se refrescaron y humedecieron, favoreciendo así el nacimiento del *bosque nórdico*. Antaño habían hayas rojas y, en los sitios más elevados, pinos y abetos; convertían al bosque en más denso y más impenetrable que antes. El bosque nórdico desarrolla toda su fuerza y su magnífica belleza en una temperatura que le es favorable. Así fue cómo hizo su aparición en nuestra era.



«El bosque», de Fr. Karl

El suelo del bosque permite impedir el chorreo del agua de lluvia, mantiene y conserva la fertilidad de las regiones en las que forma las alfombras de plantas naturales. Por la cumbre de su corona arbórea, el bosque recoge la lluvia de manera que caiga de una manera esparcida y no encharque el suelo. La misma frondosidad favorece la formación de rocío y de escarcha. Las tempestades y el viento son moderados por el bosque, y sus efectos desecantes y perjudiciales para el paisaje son aminorados. El suelo forestal absorbe el agua del deshielo, de la lluvia y de las otras precipitaciones

como una esponja y puede recibir una cantidad enorme sin que fluya superficialmente. El agua fluida puede chorrear o estancarse sobre la dura superficie del suelo del bosque. Incluso en suspenso, el flujo del agua queda muy frenado en el bosque. El suelo está constantemente recorrido por fuentes y aguas subterráneas, cuya finalidad es dispensar la vida y permitir el crecimiento. Las capas superiores del suelo, irrigadas, son amplia y profundamente retenidas por el bosque gracias a las raíces de sus plantas. Agitados por la tempestad, los árboles se mueven en su unión con el suelo: éste sube y baja por el efecto de la gran palanca constituida por el tronco y las raíces. Así es cómo el bosque efectúa su propio «trabajo del suelo».

La capa superior impregnada de vida del suelo forestal, que llamamos tierra madre o humus, está formada por el follaje del bosque que cae, cada año, al suelo. Así la tierra madre, la rica y viva capa de humus, es la fuente de vida del suelo forestal. Cuando el campesino transforma una parcela de bosque en campo cultivable, tal como sucedía en los viejos tiempos en las regiones campesinas de la Europa Central, ese humus produce la cosecha. El campesino lo considera como un regalo. Por lo general, se renuncia a transformar el bosque en campo cultivable y el campesino lleva él mismo a cabo la fertilización del suelo, que antaño obtenía a través del bosque.

Se olvida fácilmente que la gran mayoría de los suelos de Alemania utilizados con finalidades agrícolas son, en su origen, antiguos suelos forestales. Tan sólo las tierras negras o de limos son suelos de cereales y no del tipo forestal. Pero en todos los demás suelos, el bosque producía antaño la tierra madre y le suministraba así la vida y la fertilidad. El campesino ha respetado esto y el conjunto de los seres vivientes hasta hoy. Somos, pues, también, un pueblo forestal.

Actualmente, el bosque es rechazado fuera del hábitat de los pueblos nórdicos, por lo general en las superficies que no pueden ser rentabilizadas más que por la economía forestal. A finales del siglo XIX, apenas era posible considerar la creación de un derecho forestal que permitiera conservar las características de su esencia y de su fuerza dependiendo de su situación. Era una inversión de poco rendimiento. Tal era la manera de pensar en esa época y se liquidaba tranquilamente un bosque, a menudo para reinvertir el producto en otras operaciones. Grandes espacios de tierras han perdido, así, definitivamente, sus bosques, así como su fertilidad y, por vía de consecuencia, también la posibilidad de vida para vastas implantaciones humanas.

La postura profundamente ecologista de la Alemania nacionalsocialista hace todo lo posible para permitir el mantenimiento de un bosque sano. La época precedente consideraba las medidas de creación y renovación de los bosques únicamente con la finalidad de producir madera, y sólo tomaba en cuenta las ventajas de las inversiones forestales. Aunque la producción de madera sea igualmente indispensable a nuestra economía y especialmente a la economía de guerra, no es más que una manifestación secundaria en la vida del bosque. En el sistema natural, el bosque no tiene tan sólo la misión de procurar madera al hombre. Le necesitamos mucho más para que nos permita desarrollar y mantener una vida sana. Un bosque que recubra parcialmente el país cumple este objetivo. Basta con una red extensa de superficies con bosques bien repartidos. Entonces el bosque y su riqueza persistirá, seguirá siendo fértil y denso. Por su vasto conjunto de superficies llenas de arbolado, como las que hay, actualmente, en el área de la Europa central, el país posee también el carácter de un paisaje forestal, armonizándose así con la naturaleza del hombre nórdico.

OSS.II.5.6

Cuaderno de la SS. Nº 5. 1938.

Ciclo eterno

Nos encontramos junto a la orilla de un río y contemplamos el juego de los remolinos y el azul del cielo reflejarse en el agua. Nos sentimos orgullosos de que el hombre haya reconocido la grandeza de la naturaleza, sea capaz de tripular navíos

sobre las anchas espaldas de las olas, que su fuerza active a los molinos. Pensemos en las lejanas épocas en que nuestros antepasados pescaban en ese río, que remontaban con sus barcas.

Durante siglos, milenios, ese flujo se estira a lo largo del valle, se lleva aquí un pedazo de tierra, allá otro, y cambia su faz casi de segundo en segundo.

¿Un río eterno? Sí, si se puede hablar de eternidad, es un río eterno. Vierte su agua en el mar. Pero éste revierte el agua en el aire que, saturado, sube de nuevo por encima de los mares. Entonces se habla de nubes en el cielo. Traen encima de nosotros el aire lleno de agua y se adentran en las tierras... produciendo así la niebla.



«Primavera alemana», grabado de Hennemann

Y luego, en algún lugar por encima de la tierra, las nubes encuentran capas de aire más frío, o bien topan con la cima cubierta de nieve de las montañas. Ya no pueden soportar su carga de agua y la abandonan. Y nieva cuando en invierno el aire es frío, o llueve en verano.

El agua que se ha abierto paso desde las altas cimas montañosas, al principio en forma de un pequeño curso de agua, y luego de riachuelos y ríos, y finalmente llega al mar, volviendo a su punto de partida.

Es *uno* de los ciclos del agua. *Otro* es más modesto, pero, sin embargo, igual de importante.

Cuando llueve, la tierra sedienta bebe ávidamente el agua y la almacena en su seno. Las plantas absorben la que ellas necesitan para vivir, y también el hombre, a través de una fuente. Luego el agua se difunde en el cuerpo del animal, del hombre o de la planta. Aporta la substancia nutritiva a las hojas de esta última y luego se evapora y vuelve a la atmósfera, asciende en el aire caliente o cae como rocío.

Se introduce sin cesar por los poros de los animales y de las plantas y vuelve a la tierra. No podríamos vivir sin agua. Sin el ciclo perpetuo del agua, pronto no habría

más que un gran océano y unas tierras estériles, como el Sahara u otras regiones que están en todas partes del mundo donde llueve tan poco y ningún ser vivo puede sobrevivir.

Cuando el hombre perturba neciamente ese orden terrestre, no pueden ocurrir más que catástrofes que destruyen inevitablemente toda vida. El que tala las montañas cuyos árboles retienen el agua no debe sorprenderse de que de que las fuentes dejen de brotar. La vida se extingue porque el agua se lleva la tierra a la cual antes ofrecía agarradero y deja los peñascos desnudos. En la época del deshielo las inundaciones asolan entonces la llanura. La montaña ha desaparecido del ciclo del agua. Ya no la retiene ni la restituye lentamente: y no es más que una zona de precipitación.

Así pues, protegemos el bosque montañoso porque no queremos seguir el camino que otros pueblos han seguido. Su tierra se ha vuelto estéril, destruida a causa de la estúpida intrusión en el ciclo de la vida (de la naturaleza).

Quien perturba desconsideradamente el orden natural perece por el poder original de la naturaleza.

SS-Staf. Dr. Caesar

DSS.II.S.7

Cuaderno de la SS. Nº 1. 1943.

Los límites de la vida

Hasta hace muy poco tiempo, las bacterias eran consideradas como los más pequeños seres vivientes conocidos. Componiéndose de una sola célula, tienen un tamaño que las hace invisibles a simple vista. Tan sólo el universo del microscopio nos da una idea de los procesos vitales de esos microorganismos. Los descubrimientos innovadores de un Pasteur y de un Robert Koch han aportado la prueba de que un número inmenso de que esos pequeños seres vivos estén en el origen de epidemias terribles y de enfermedades graves. Pero hoy sabemos que existen igualmente numerosas bacterias útiles sin que su existencia deteriore el proceso necesario para la preservación de la vida.

Según los resultados de las últimas investigaciones, parecen existir, paralelamente a esas bacterias formas de vida aún más pequeñas. Se deduce, pues, que en función de los grandes éxitos de la investigación bacteriológica, casi todas las enfermedades de los hombres, de los animales y de las plantas son debidas a esos «microbios». Sin embargo, en muchos casos no se ha obtenido ningún resultado positivo aunque el carácter contagioso de la enfermedad sea incontestable. Así se reforzaba cada vez más la hipótesis de que sólo la increíble pequeñez de esos seres vivos frenaba la investigación.

Desde hace sólo algunos años se ha conseguido ver un poco claro en este asunto. La enfermedad del "mosaico» llegó a ser una enfermedad temible para los agricultores, debido a que ataca a numerosos vegetales, como la patata, el rábano, el tomate, el tabaco, etc. Además de la enorme reducción de rendimiento, las hojas de las plantas atacadas quedan coloreadas como un mosaico y recubiertas de manchas blancas y amarillas. Los pulgones resultaron ser los vehículos de esta enfermedad. Sorbiendo el microbio con la savia de las plantas, lo transportan así a otra planta sana. El microbio de esta enfermedad continúa siendo invisible. La ciencia le dio el nombre de «virus ultravisible» lo que significa «veneno más allá de los límites de lo visible».

Entretanto, en unas cuantas décadas, la investigación viral se ha convertido en una ciencia muy amplia. Actualmente se conocen más de doscientas especies de virus.

Pero, ante todo, es con el conocimiento de la naturaleza del microbio cómo el investigador adquiere la posibilidad de descubrir el medio y los métodos para luchar contra su acción destructiva al actuar contra un organismo vivo. Así, la viruela, la poliomielitis, la rabia, el sarampión, la enfermedad de los loros y muchas otras son causadas por especies de virus, y el combate contra ellas gana terreno cada año.

En algunos casos, se logra descubrir el misterio de la invisibilidad de los virus. El investigador alemán Paschen consiguió descubrir el microbio de la viruela que es uno de los mayores de su especie y alcanza la talla de, aproximadamente, ciento cincuenta millonésimas de milímetro. Las bacterias nos parecen gigantes, cuando hasta ahora nos parecían las más pequeñas unidades de vida conocidas y, para no citar más que un ejemplo, el microbio de la tuberculosis oscila entre 1,3 y 3,5 milésimas de milímetro. A título de comparación, la diferencia de tamaños entre los virus y las bacterias es la misma que hay entre una pulga y un elefante.

Las especies de virus parasitan tan sólo células vivas. Se multiplican enormemente y destruyen ciertos tejidos o causan hinchazones. Es muy difícil conseguir un suero para las enfermedades virales humanas. Así, el tratamiento de la poliomielitis tiene éxito gracias a un suero extraído de la sangre humana que ha vencido a esta enfermedad y, en consecuencia, contenía el «anticuerpo» apropiado.

La investigación viral no sólo ha puesto al día consideraciones totalmente nuevas en la lucha contra ciertas enfermedades, sino que, además, está a punto de ampliar en profundidad nuestra visión de la naturaleza de la vida. Un investigador logró, incluso, conservar el microbio de la enfermedad mosaica en forma de cristales. Otros resultados demuestran que nos enfrentamos a más de una especie de virus, de formas que son miles de veces más pequeñas que las bacterias. Las viejas concepciones que hacían de la célula el más pequeño elemento constitutivo de lo vivo son, pues, caducas.

Como en tantas otras cosas, el hombre se siente particularmente confuso cuando se encuentra en el umbral que lleva de lo inanimado a lo animado. Pasar del estudio de un montón de pequeñas partículas, las moléculas, al del organismo en su totalidad nos reserva múltiples sorpresas. Nos muestra el metabolismo y el desarrollo de formas de vida que nosotros, los hombres, apenas podemos sospechar. El espíritu humano conseguirá ampliar y profundizar su descubrimiento de los misterios de la naturaleza. Pero cuando logra, gracias a su comprensión de la vida, sorprender una de sus leyes eternas, siente un respeto aún mayor por las leyes de la Creación.

Karl Weiss

OSS.II.5.8

Cuaderno de la SS. Nº 11 a/b. 1941.

La vida en la yema

Un capítulo que trata del inicio de la primavera

Cada año, sería imposible prever la llegada de la primavera en función del calendario si éste fuera tan raro como un eclipse de Sol o la aparición de una gran cometa. ¡Los hombres se agruparían maravillándose ante ese prodigio!

¿No es un milagro? A través del blanco de la nieve y el negro de la tierra deshelada surgen unas puntas verdes que despliegan hacia la luz yemas de flores. De la corteza inanimada de las ramas, unas bolas aparentemente sin vida, que llamamos yemas apuntan hacia la luz después de numerosos meses pasados en la calma invernal bajo las rudas heladas y el viento glacial. Tiernos verdores y varias hojas llenas de flores van brotando. Pero, ¿de dónde viene ese verdor, dónde se forma, cómo puede desarrollarse tan deprisa, de dónde vienen los colores y -pregunta difícil- cómo sabe el árbol que el invierno ha terminado, cuando aún perduran los aguaceros de marzo?

Para los que son cartesianos y no se dan perfecta cuenta del sorprendente aspecto que presenta ese proceso, citemos algunas cifras tal como fueron establecidas por nuestros científicos a propósito de los cerezos en flor. Un cerezo de talla media posee en sus ramas entre 40.000 y 50.000 yemas, algunas para las flores y otras para las hojas. El cerezo florece antes de que se desarrollen las hojas y podemos, pues, contar, entre 20.000 y 30.000 flores. El tiempo de maduración de la yema en su cápsula cerrada hasta la espléndida flor, dura, en promedio, de tres a cuatro días. Esto significa,

en duración de crecimiento, un segmento de aproximadamente 2 centímetros por día, es decir, el aumento de miles de millones de células que deben, además, durante su crecimiento, dividirse en células de tallo, en sépalos, en pétalos, en estambres. E incluso si esos cartesianos no han quedado convencidos por la blancura espléndida de los cerezos en flor, sí quedarán, por lo menos, admirados ante el número de esas flores nacidas en tres días en treinta mil lugares a la vez: son casi 50 kilos, ¡medio quintal de flores!

¿Cómo realiza el árbol esa proeza? La naturaleza utiliza con las plantas los mismos procedimientos que con los animales y los hombres, que tienen también su repercusión en el terreno espiritual... los procedimientos de selección por el valor y la evolución. Las yemas que el árbol crea de manera lenta y minuciosa ya durante el verano precedente no son unas bolas muertas sino una agrupación de células que, en un principio, no tienen ningún objeto, pero que se estructuran de acuerdo con la naturaleza de la esencia madre. Es este minúsculo conjunto lo que constituye la yema. En primavera, una ley natural hace subir la savia a todas las yemas que viven entonces su desarrollo: las células se multiplican gracias a la alimenticia savia almacenada, que ahora fluye.

La planta ha superado el período difícil de nuestro clima por la hibernación de las yemas, pero durante el invierno no ha perdido ni su fuerza ni su vitalidad. Esto nos enseña igualmente que nosotros debemos, a menudo, «poner en estado de reposo» nuestros deseos y nuestra necesidad de acción a fin de que puedan florecer con fuerza en épocas más favorables.

Cuaderno de la SS. Nº 1. 1944.

La tierra contiene las fuerzas de la salud y de la muerte

Los campesinos de los pueblecitos de Alb, en Suabia, habían creído siempre que una picada de abeja era algo benigno. Un profesor que había instalado dos colmenas en su jardín fue picado varias veces sin que le pasara nada especial. Pero se recordaba el caso del joven Stiegele: un enjambre de abejas había atacado su carro y dejado a los caballos en tal estado que uno de ellos murió. Algunas abejas le picaron también a él, y fue hallado jadeante, agitado por convulsiones al lado del carro volcado, yaciendo a un lado del camino. Cuando el médico llegó, constató que estaba muerto. Una parálisis de tipo respiratorio puso fin a su existencia.

Los campesinos del lugar meneaban la cabeza. Si las abejas pueden matar a los hombres, debe protegerse a éstos contra su veneno. ¿El hecho de que el heredero de la granja Stiegele hubiera perdido la vida podía ser compensado por la utilidad de fecundar las flores y cosechar el néctar? Lo que es venenoso debe suprimirse, decían los campesinos. Y el accidente del día anterior les había demostrado que las abejas son, a veces, diabólicamente venenosas.

****

Citemos, también, otra historia del país suabo. En las hileras, las muchachas se sientan ante las colmenas especialmente construidas, cogen las abejas con unas tenacillas y las hacen picar en un papel especialmente preparado. Ellas toman el veneno, el mismo veneno que mató al joven campesino del Alb suabo. Se cuida a los hombres con ese veneno, principalmente a los reumáticos. Es tan benéfico como pernicioso. Paracelso decía que no hay un veneno en sí y que sólo la dosis es peligrosa. ¿No ocurre lo mismo con las abejas? El profesor de ese pueblo suabo padecía de reumatismo antes de ser picado por una abeja de su colmena. Ahora, su reumatismo ha desaparecido... una dosificación de las ocasionales picadas de abejas había demostrado su efecto benigno.

Sin embargo, dos abejas habían picado al campesino Stiegele directamente en las arterias, de manera que el veneno fue conducido por la corriente sanguínea directamente hasta los nervios. La dosis había sido demasiado fuerte.

Las cosas no son peligrosas por sí mismas. Dos eruditos alemanes, Arndt y Schultz, establecieron, hace años, una ley que precisa la fórmula de Paracelso. Dicen que todas las irritaciones, y también, pues, los venenos, estimulan las actividades vitales; en una cantidad media las favorecen, en una grande las paralizan, y las más fuertes las interrumpen. En lo que concierne a los venenos, hay que decir que no se debe emplear la palabra veneno en el sentido estricto más que a partir de una cierta dosis.

****

A decir verdad, esta dosis es, a menudo, pequeña. El veneno que la cobra inocula en un mordisco por medio de sus dientes basta, no obstante, para matar a un hombre. Por un medio indirecto se puede utilizar el veneno de la serpiente para el bien del hombre. Los leprosos sufren unos dolores atroces que, a menudo, sólo pueden ser mitigados por la morfina. Un leproso fue picado por una araña tropical, la araña minera, hace unos quince años. La notable consecuencia fue que los fuertes dolores nerviosos del enfermo cesaron rápidamente y durante un largo período de tiempo. Los médicos que descubrieron ese caso hicieron unas pruebas. Se sabía que el veneno de la cobra y de la serpiente de cascabel debían producir el mismo efecto que el de la araña minera. Al ser las serpientes de más fácil obtención, se las prefirió a las arañas.

Entretanto, se recogió veneno de serpiente en muchas regiones del mundo. También en Alemania nos hemos interesado en esto, y de una manera particularmente intensiva. El veneno de serpiente fue usado en muy pequeñas cantidades, sobre todo para calmar los dolores y no pues, directamente, a título de remedio. No obstante, recientemente se ha constatado la mejoría de ciertos estados patológicos, sin poder sacar unas conclusiones precisas. El mayor éxito obtenido hasta hoy es en la lucha contra los estados dolorosos, por ejemplo el mal de Pott y ciertos casos cancerosos.

Sin embargo, podemos constatar con mucho más interés, que el veneno de la temible serpiente de cascabel puede ser una bendición para ciertos enfermos. Se coloca en un laboratorio una serpiente de cascabel que muerde furiosamente en un vaso recubierto de muselina, en lugar de la carne de la víctima, y se deja escurrir un buen rato el jugo mortal. Las mandíbula del animal son prudentemente aflojadas para no romper los dientes venenosos y, para felicidad del reptil martirizado, se le deja tranquilo durante un período de dos semanas con objeto de que reconstituya su veneno.

****

Las farmacias de las épocas antiguas y modernas están llenas de estos venenos que se transforman en beneficios gracias a una sabia restricción de las dosis. El gran jardín médico de la naturaleza es rico en venenos curativos: la belladona, el muguete, el digital, el beleño y muchos otros. Entre ellos, las materias curativas para el corazón que se encuentran en el digital, el muguete, las rosas de Adonis, la adelfa, la cebolla gigante de África y muchas otras que han aportado nuevos conocimientos. Se los debemos a un cardiólogo, el Dr. Karl Fahrenkamp. Sus enfermos le permitieron descubrir soluciones de un tipo totalmente nuevo.

Después de haber llevado a cabo miles de experiencias supo, como todos los cardiólogos, qué beneficios podían provenir del digital cuando se trata de impedir un ataque peligroso de debilidad cardíaca. El pulso recobra su ritmo natural, la fuerza de pulsación cardíaca responde de nuevo a las demandas del cuerpo. Se dice, entonces, que el cardíaco está "compensado". Es una vieja experiencia clínica que está en la base de todos los conocimientos sobre el digital y sus variantes que actúan de manera comparable, como el muguete, la cebolla gigante de África y las especies tropicales de estrofanto. El estrofanto o digital ha llegado a ser una herramienta indispensable de la medicina moderna que le permite alejar temporalmente un peligro mortal para innumerables personas. Pero la duración de esta compensación, es decir del equilibrio entre la fuerza y el esfuerzo cardíacos, sigue siendo incierta. La toma del digital debería limitar-

se cuando se es víctima de una nueva crisis de malestar cardíaco. ¿No sería posible prevenir el ataque? Karl Fahrenkamp siguió este camino y estudió un vasto problema biológico totalmente fundamental. Experimentó que existen diferencias básicas entre las soluciones producidas a partir de la planta entera o de su parte activa, y el «veneno» purificado, cristalino. En ciertos casos, el veneno era el más eficaz, en otros casos de enfermedades cardíacas, era más eficaz la solución.

Dio, pues, a sus enfermos ya compensados ciertas soluciones de baja dosis a título preventivo. Obtuvo buenos resultados y concluyó que, manifiestamente, se enfrentaba a una insuficiencia que se puede remediar de la misma manera que una falta de vitaminas o de hormonas. No se creyó en sus resultados, y él buscó, pues, una prueba. La investigación animal tal como se había intentado hasta ahora con substancias activas sobre el corazón, no dio resultado. Fahrenkamp empezó entonces a experimentar con plantas. Los resultados, después de varios años de trabajo tenaz, son tan importantes que pronto alcanzarán una extensión hasta ahora imprevista. Su verdadera importancia se revela sobre todo desde que los experimentos se han llevado a cabo en una vasta escala en los cuatro últimos años. El motivo es el siguiente:

Cuando, en otoño, numerosas digitales, muguetes y rosas de Adonis, lavadas por la lluvia, devuelven a la tierra sus substancias activas para el corazón, su carrera no ha terminado. Al contrario, no hace más que empezar. Las plantas restantes, que son afectadas por el flujo de las substancias, reciben una parte de ellas y son activadas. Cuando se activan artificialmente legumbres, flores, cereales con esos jugos de plantas, se puede observar la diferencia. Lo hemos visto centenares de veces en los campos y los jardines de experimentación: en una palabra, las plantas se vuelven más sanas. Soportan mejor el viento y las intemperies, se conservan más tiempo, permanecen frescas durante más tiempo, como en el caso de las patatas y las zanahorias. Muchas son más suculentas, otras más fuertes. En resumen, la impresión que se sacó de estas investigaciones es que la substancia producida por esas plantas activas para el corazón refuerzan el estado de salud. Ciertas experiencias animales llegaban también a las mismas conclusiones.

Fahrenkamp llamó a esta substancia la funcionina. Considera con razón que auténticas substancias vitales se manifiestan aquí, y toman parte de una manera decisiva en la elaboración de lo viviente. Los humanos la necesitan también, como sus enfermos demuestran, con objeto de impedir que surjan problemas de circulación. Pero como estas plantas no crecen en los terrenos de cultivos intensivos, debemos clasificarlas en la categoría de las plantas medicinales. Estas substancias tienen, además, la particularidad de retardar el envejecimiento. Todavía no se percibe claramente la extensión de las importantes consecuencias que pueden resultar para la conservación de la frescura de las legumbres y de la carne. Nuestro intensivo trabajo científico demuestra que este vasto problema será estudiado con mayor intensidad y agudeza en plena guerra. Pero es de la máxima importancia avanzar con precauciones en el terreno de la salud nacional, es decir, a partir de las substancias alimenticias, hasta que todos los trabajos prácticos y teóricos previos hayan terminado. Los venenos serán entonces una bendición.

****

Dominar un veneno no significa que se deba extrapolar directamente al nivel de la salud. Los cálices violeta del cólquico pueden también prestar servicios inesperados en el plano científico. Se ha experimentado ese veneno en plantas, y los resultados obtenidos son notablemente prometedores.

Como es sabido, cada célula de un organismo posee un núcleo que tiene cromosomas constantemente presentes en un número determinado propio a las especies animales y vegetales. En los seres humanos, se elevan a 48, en el mosquito a 8. Con la ayuda de la colquicina, el veneno extraído del cólquico, se consigue doblar el número de los cromosomas en las plantas. Ello corre parejo con un aumento del crecimiento que, muchas veces, puede llegar a una forma gigantesca. Esto significa, llegado el caso, que se pueden obtener a partir de plantas medicinales, nuevas plantas más grandes y también de un más elevado rendimiento.

Pero el cólquico ha alcanzado, igualmente, otra relevancia, aunque provisional y todavía teórica. Debemos estas investigaciones al oncólogo de Göttingen, Lettré. En una cierta dosis, la colquicina frena la división celular que la ciencia llama mitosis. Se pone perfectamente en evidencia este proceso retardando la partición celular en los cultivos de tejidos animales. A partir de substancias químicas afines, se han descubierto un gran número de estos venenos de mitosis y se ha investigado el que impide únicamente la partición de las células cancerosas. Todo el mundo percibe claramente la universal importancia de tal descubrimiento... a decir verdad, todavía hipotético.

****

Teniendo presente las aclaraciones que podemos hacer sobre el papel de los venenos y de sus variantes en la naturaleza, es evidente que lo que dice Paracelso, o sea, que ninguna cosa es un veneno en sí, parece alcanzar una gran significación para la nueva investigación que es de la mayor importancia para el destino del género humano. La guerra no debe obligarnos a cerrar los laboratorios y esperar los días de paz. La salud general, que es el objetivo de la mayor parte de estas investigaciones, exige pues, igualmente, al investigador un gran ardor en el trabajo en pleno conflicto internacional.

Heinz Graupner

OSS.II.5.10

Cuaderno de la SS. Nº 8. 1944.

El origen de todas las cosas

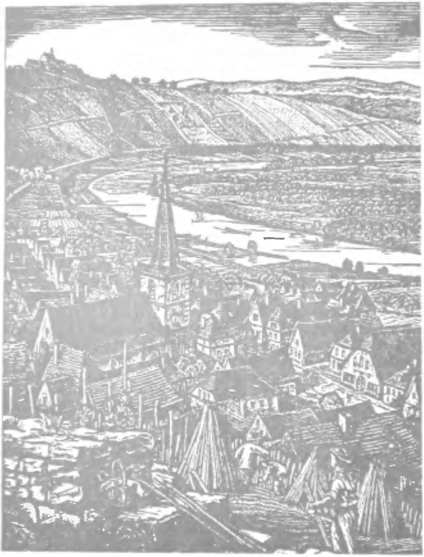
En el cielo reposa la cadena azul de las montañas, y la patria familiar se encuentra también en el lindero del año. Al enfrentársele los rostros de la juventud, ella emana de la corteza de los sueños.

Las estrellas se elevan por encima de los campos, en el espesor de los bosques respira aún la leyenda, por boca de las fuentes hablan los espíritus: el sendero se acaba en un antiguo encantamiento.

Las ciudades se hacen más densas, pero por encima de las montañas resuenan las oleadas de las tempestades, las llanuras reposan, llenas de lánguidos ríos.

El hombre canta en todas partes a sus raíces, pero la patria es su más precioso bien. Ella es el cáliz de los siglos y el origen de todas las cosas.

Kurt Heynicke



«Eschendorf del Main», de Bodo Zimmermann.

CAPITULO III



I. Biografías

OSS.III.1.1

Revista «Historia del Reich»

Carlomagno, el fundador del Imperio

En el caos de las grandes migraciones, sólo una tribu germánica occidental, la de los *francos*, había podido desarrollar su propia estructura estatal. Los francos no habían podido emigrar muy lejos y recibían constantemente refuerzos procedentes de la madre patria. Bajo *Charles Martel* el Imperio franco poseía todavía una fuerte huella nórdica y había alcanzado los grandes centros culturales del Rin y de sus regiones afluentes. Protegió a Occidente de los ataques de los *moros* en la batalla de Poitiers en el año 732. La donación de su hijo *Pepino* al Papa, por la cual el confirmaba a éste la posesión de las regiones de Roma, Rávena y Ancona, permitió fundar los *Estados de la Iglesia*, y así pues justificar la reivindicación secular del Papa, y tuvo las consecuencias más nefastas para la política religiosa alemana.

El reino franco alcanzó el apogeo de su poderío bajo *Carlos I*, nieto de Charles Martel. Consiguió unificar las tribus alemanas de Baviera, de Sajonia, de Turingia y de los alamanes, unirlas en el reino franco y crear así una gran potencia. Pero su Imperio no realizó una unidad entre el pueblo y el territorio. En el fondo, ya no gobernaba un reino franco sino un Imperio franco-alemán, lo que quedaba demostrado por el lugar de su residencia, Aix-la-Chapelle (Aquisgrán).

Carlos y Widukind

Sin embargo, este gran Imperio debía adquirir rasgos germánicos principalmente a causa de la voluntad de Carlos y, en efecto, Carlomagno fue, por primera vez, el dueño de un gran Imperio de tipo germánico. Organizó también las primeras medidas de expansión hacia el Este.

En la prosecución de sus planes políticos imperialistas, no reculó ante ningún medio para obligar a las tribus rebeldes a unírsele. Y el duque sajón Widukind, el mayor adversario de Carlos, debió inclinarse ante esa dura fatalidad. Por mucho que desaprobemos sus métodos violentos, debemos reconocer que Carlomagno hizo de la Europa de entonces una poderosa unidad. Widukind, el defensor del alma germánica y Carlos, el gran creador de Estados, son testimonios de la grandeza y de la atrocidad de los inicios de la historia germánica y alemana.

Todas las regiones del Imperio carolingio reunidas y gobernadas de manera centralizada tuvieron, así, una vida floreciente. Gracias a su eminente personalidad, Carlos

mantuvo la cohesión del Imperio y dictó a la Iglesia su voluntad. Pero bajo sus sucesores, las fuerzas tendentes a la división del Imperio se fueron imponiendo cada vez más. La Iglesia sometida al Estado cedió su lugar a la Iglesia romana política, y el hijo de Carlos, Luís «el Piadoso» se convirtió en el instrumento dócil de ese nuevo poder. Con el tiempo, las partes romanas del Imperio se fueron separando cada vez más de las regiones germánicas. Los herederos incapaces que se sentaron en el trono siguieron la peor de las políticas y se llegó a la partición del Imperio con ocasión de los Tratados de Verdun el año 843 y de Mersen en el año 870.



En Niedersachsenhain,cerca de Verden, monumento erigido por la SS en memoria de los 4.500 sajones decapitados por la orden de Carlomagno.

DSS III.1.2

Discurso del Reichsführer SS Himmler en la catedral de Quedlinburg, el 2 de julio de 1936.



Enrique I

A menudo, se dice en la historia de los pueblos que se debe honrar a los antepasados, los grandes hombres y no olvidar nunca su legado, pero esta cordura es demasiado raramente respetada. Hoy, 2 de julio de 1936, nos encontramos ante la tumba del rey alemán Enrique I, muerto hace exactamente mil años. Podemos afirmar, de entrada, que fue uno de los más grandes fundadores del Imperio alemán, y a la vez uno de los que fueron más olvidados.

Cuando en el año 919, Enrique, a la edad de 43 años y duque de los sajones, procedente de la nobleza campesina de los Ludolfinger, fue coronado rey, le fue transmitida la más terrible herencia. Era rey de un Imperio que de alemán sólo tenía el nombre. En el curso de los tres siglos anteriores, y en particular en la década del débil sucesor de Carlomagno, todo el este de Alemania había sido abandonado a los eslavos. Los antiguos territorios de población germánica en los que durante siglos habían vivido las mayores tribus germánicas estaban ocupados por pueblos eslavos que combatían contra el Imperio alemán y contestaban su autoridad. El norte estaba ocupado por los daneses. Al oeste, Alsacia-Lorena se había separado del Imperio y había sido anexionada por el Imperio franco-occidental. Durante una generación, los ducados de Suabia y de Baviera habían combatido y contestado la autoridad de los ociosos reyes alemanes, especialmente Luís el Pueril y Conrado I de Franconia.

Las heridas causadas por la introducción brutal y sangrienta del Cristianismo estaban aún abiertas. El Imperio se había debilitado en el interior por las eternas reivindicaciones de los príncipes-obispos y la injerencia de la Iglesia en los asuntos internacionales.

El acontecimiento histórico que constituía la creación por Carlomagno de un poder imperial unificando tribus germánicas rivales estaba cerca del fracaso total, y esto por su propia culpa puesto que el sistema de su poder central puramente administrativo y alógeno ya no se apoyaba moral y biológicamente en los campesinos germánicos de Sajonia, de Suabia, de Turingia y tampoco del Imperio franco.

Tal era la situación cuando Enrique I heredó la pesada carga de convertirse en rey. Enrique era el hijo auténtico de su patria campesina sajona. Como duque, ya había dado pruebas de un carácter tenaz y enérgico, pero sólo cuando llegó a ser rey se tuvo la plena confirmación.

En ocasión de su investidura real en mayo del año 919 en Fritzlar, rehusó -aunque sin utilizar palabras hirientes- la unción por la Iglesia y atestiguó así ante todos los germanos que tenía una justa percepción de los datos políticos de la época y no toleraría que, durante su reinado, el poder eclesiástico interviniera en los asuntos políticos alemanes.

En el año 919, el duque suabo Burkhart se sometió al rey Enrique y éste anexionó Suabia al Imperio alemán. En el año 921 fue a Baviera con un ejército y, también allí, se impuso por la fuerza persuasiva de su personalidad y no por la de las armas, y el duque Enrique de Baviera le reconoció como rey de los alemanes. Baviera y Suabia, que corrían el peligro de perderse entonces, fueron así anexionadas al Imperio alemán por el rey Enrique y continuaron unidas a Alemania hasta nuestros días y, estamos persuadidos de ello, continuarán estándolo en el futuro.

El año 921 aportó a Enrique, ese político experimentado, prudente y tenaz, el reconocimiento del Imperio franco-occidental, hoy francés, todavía gobernado por un carolingio. Alsacia-Lorena volvió al Imperio en los años 923 y 925.

Pero no nos imaginemos que esta reconstrucción de Alemania se hizo fácilmente y sin obstáculos del exterior. Cada año, desde una generación, la nación alemana, débil hasta entonces, era constantemente víctima de las rapiñas y los *raids* de los húngaros, casi siempre fructuosos y victoriosos. En toda Alemania, y yo diría que en toda Europa, las regiones y las gentes estaban sometidas al pillaje por parte de las hordas y los ejércitos de caballeros notablemente bien dirigidos tanto desde el plano político como el estratégico. Los anales y las crónicas de la época nos relatan perfectamente el asalto de Venecia y el pillaje de la Alta Italia, el ataque de Cambrai, el incendio de Bremen, así como la repetida destrucción de comarcas bávaras, franconas, turingias y sajonas. Como soldado lúcido, Enrique constató que el tipo de ejército que tenían las tribus germano-alemanas y los ducados, así como la táctica empleada en la época, no eran convenientes para defenderse contra aquellos enemigos y aún menos para destruirlos. La suerte vino en su ayuda. En el año 924 consiguió capturar a un importante jefe de ejército húngaro en ocasión de una irrupción de los ejércitos magiares en las regiones sajonas en los alrededores de Werla, cerca de Goslar. Los húngaros ofrecieron sumas fabulosas en oro y tesoros para rescatar a su jefe. A pesar de los consejos en contra de sus contemporáneos estúpidos y cerrados, numerosos ya en su época, el orgulloso rey cambió al jefe de ejército húngaro por un armisticio de nueve años por

parte de los húngaros, primero para Sajonia y luego para todo el Imperio y se comprometió a pagar durante esos nueve años modestos tributos a los húngaros.

Tuvo el coraje de adoptar una política impopular, teniendo el prestigio y el poder necesarios para llevarla a cabo. Inició entonces su gran obra creadora que consistió en organizar un ejército y permitir al país defenderse gracias a la construcción de fortalezas y de ciudades lo que facilitaría la defensa ante un adversario hasta entonces invencible.



SS de guardia ante la tumba del rey Enrique I

En aquella época había dos clases de unidades militares: por una parte el bando germánico de los ducados de tribus que era convocado en tiempos de crisis, y por otra la primera unidad militar alemana, que se componía de guerreros profesionales y de movilizados, que había sido creada por los carolingios. Enrique I agrupó a estas dos unidades en una organización militar alemana. A partir de los movilizados de las cortes reales y ducales decidió, además, que un hombre de cada nueve debía ir a las fortalezas para formar un elemento de guarnición. Por primera vez en Germania, hizo que se entrenaran verdaderamente las unidades de sus movilizados e hizo perder a los combatientes belicosos su costumbre de combatir de una manera aislada. Organizó la caballería siguiendo una voluntad táctica y los cuerpos de tropa fueron estructurados y sometidos a la disciplina.

En menos de un año, en la frontera alemana de la época, a lo largo de la línea del Elba y en particular en todo el territorio del Harz, surgieron una infinidad de pequeñas y grandes fortalezas rodeadas de parapetos y fosas, hechas en parte con muros de piedra y en parte con empalizadas. Contenían arsenales y casas de avituallamiento, en las cuales un tercio de la cosecha del país debía ser almacenado a una orden real. Ya en la época de Enrique I, estas fortalezas dieron nacimiento a *ciudades alemanas, más tarde célebres*, como Mersebug, Hersfeld, Brunswick, Gandersheim, Halle, Nordhausen, etc.

Después de estos preparativos, Enrique I comenzó a poner a punto las condiciones propicias para un combate definitivo con los húngaros. Entre los años 928 y 929, llevó a cabo grandes expediciones contra los eslavos. Por una parte quería entrenar a su joven ejército y endurecerle para la gran batalla, y por otra sustraer a los húngaros sus aliados y recursos bélicos movilizados contra Alemania y aniquilarlos.

Durante estos dos años de guerra que le permitieron someter a su joven ejército

a las más difíciles pruebas, venció a los havolanos, los redarios, los abodritas, los daleminzos, los milzos y los wilzos. En medio del invierno conquistó el burgo de Brennabor, aparentemente inconquistable, el actual Brandenburgo; después de tres semanas de asedio en invierno, conquistó la fortaleza de Gana e hizo construir el mismo año el burgo de Meissen, que conservó una gran importancia estratégica los siguientes años.

En el año 932, cuando el rey, prosiguiendo su objetivo de manera inflexible, consideró que todas las condiciones se habían cumplido, convocó a los príncipes-obispos a un sínodo en Erfurt, y al pueblo en una asamblea nacional, en los cuales les exhortó, en un persuasivo discurso, a rehusar, desde entonces, pagar tributo a los húngaros y a aceptar la guerra nacional para liberarse definitivamente del peligro húngaro.

En el año 933, los húngaros atacaron y sufrieron una aplastante derrota en Riade, junto al Unstrut, a causa de una contraofensiva alemana magistralmente concebida desde el punto de vista estratégico.

El año 934 vio a Enrique en campaña contra Dinamarca para defender la frontera nórdica ante el ataque de los daneses y los eslavos y para anexionar al Imperio los territorios del Norte perdidos antaño por culpa de sus antecesores. La ciudad mercader de Haitabu, en el antiguo Schleswig, de importancia internacional en aquélla época, fue anexionada al Imperio.



En la ceremonia en honor de Enrique I, el Reichsführer deposita una corona sobre la tumba dela reina Matilde.

De 935 a 936, Enrique I que era un soberano europeo célebre y muy estimado, sobre todo en su *patria sajona*, fiel a su naturaleza campesina y sintiendo aproximarse su fin, redactó su testamento y recomendó como sucesor a su hijo Otton a los duques y a los grandes del Imperio, en la Dieta de Erfurt.

El 2 de Julio, murió a la edad de 60 años, en su castillo imperial de Memleben, en el valle del Unstrut. Fue inhumado en Quedlinburg, en esta cripta de la actual catedral.

Esta vida tan completa es rica en enseñanzas. Muchos otros han reinado más tiempo y no pueden jactarse de haber realizado una obra tan grande por su país y comparable a la de Enrique I. Y ahora nosotros, hombres del siglo XX, que vivimos la época de la gran reconstrucción alemana bajo la dirección de Adolf Hitler después de un período de espantoso hundimiento, nos gustaría saber lo que permitió a Enrique I hacer lo que hizo. La respuesta la tendremos si nos esforzamos en conocer a Enrique I en tanto que personalidad germánica. Como relataron sus contemporáneos, era un jefe que superaba a su corte por su fuerza, su grandeza y su cordura. Dirigía por la fortaleza de su corazón, fuerte y generoso, y la obediencia que se le atestiguaba era absolutamente sincera. Reinstauró el viejo pero eterno principio germánico de la fidelidad entre el duque y el hombre de tropa, en violenta oposición con los métodos de gobierno religiosos cristianos de los carolingios. Era tan intratable para con sus enemigos como fiel y agradecido con sus camaradas y amigos.

Fue una de las más grandes personalidades dirigentes de la historia alemana y sabía perfectamente que, a pesar de la fuerza y el filo de la espada, la victoria es más grande y más duradera cuando se integra a otros germanos en la comunidad mediante una franca discusión que enfrentarse mezquinamente a prejuicios y matar a unos hombres cuya existencia es preciosa para la germanidad entera.

Para él, la palabra dada y el apretón de manos eran sagrados. Honró fielmente los tratados que hizo y gozó durante los largos años de su vida de la respetuosa fidelidad de sus agradecidos partidarios. Respetaba todo lo que era sagrado para los demás hombres, y conocía tan bien a los príncipes de la Iglesia que incluso recurrían al asesinato, que rechazó con desprecio su injerencia en los asuntos del Imperio y, por su parte, no intervino en las cuestiones religiosas. Refrenó las piadosas tendencias de su amada esposa que le acompañó toda su vida, la reina Matilde, la biznieta de Widukind. En ningún momento de su vida olvidó que la fuerza del pueblo alemán depende de la pureza de su sangre y que el arraigamiento campesino odálico está vinculado a la libertad del suelo. Sabía que el pueblo alemán, si quería vivir, debía permanecer fiel a sus orígenes y aumentar su espacio vital. No obstante, conocía las leyes de la vida y sabía que no se podía esperar que, por una parte, el jefe de un ducado fuera capaz de rechazar los ataques contra los fronteras del Imperio si, por otra parte, se le quitaban todos los derechos de su soberanía, como quería la administración carolingia. Tenía grandes miras, edificó el Imperio y no olvidó jamás que una fuerza emanada de una tradición milenaria dormitaba en las grandes tribus germánicas.

Ejercía su autoridad de una manera tan sagaz que las cualidades naturales de las tribus y de las regiones se convirtieron en auxiliares fieles y dóciles para unificar el Imperio. Creó un pujante poder imperial y salvaguardó de manera inteligente la independencia de las provincias.

Debemos estarle profundamente agradecidos por no haber cometido nunca el error que los estadistas alemanes y también europeos han cometido en el transcurso de los siglos y también en nuestra época: considerar el destino de su pueblo fuera de su espacio vital, que hoy llamamos espacio geopolítico. Nunca sucumbió a la tentación de franquear los límites trazados por el destino de las áreas de vida y de expansión del Mar Báltico en el este, del Mediterráneo al sur, y de atravesar los Alpes. Como podemos suponer bien, renunciaba también, conscientemente, al sonoro título de «Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico».

Era un campesino noble, surgido del pueblo. Este era siempre libremente recibido por él y consideraba personalmente con él las medidas de la administración estatal.

El era el primero entre sus semejantes y se le demostró un respeto más grande y sincero que a los emperadores, príncipes y otros reyes que exigían el bizantino cere-

monial extranjero. Él se llamaba duque y rey, y fue un jefe hace mil años.

Yo debo, ahora, revelar un hecho humillante y profundamente triste para nuestro pueblo: los restos del gran jefe alemán ya no reposan en su lugar de inhumación. Dónde están, no lo sabemos. Podemos tan sólo hacer suposiciones. Es posible que fieles partidarios hubieran enterrado su cuerpo, para ellos sagrado, en un lugar seguro, de una manera digna y secreta; es posible que, impulsado por un odio rencoroso, un dignatario enemigo dispersara sus cenizas a los cuatro vientos. De la misma manera, las osamentas miserables de los hombres más fieles, torturados hasta la muerte, fueran enterrados en la salida de esta cripta, como demuestran las excavaciones realizadas delante de la catedral, y que nosotros consideramos un deber de honor inhumar con dignidad. Hoy, ante la tumba vacía, representamos a todo el pueblo alemán, al Movimiento y al Estado, por delegación de nuestro Führer Adolf Hitler y aportamos nuestras coronas, símbolo del respeto y del recuerdo. Depositamos también una corona sobre la tumba de la reina Matilde, la noble compañera del gran rey inhumada junto a su esposo hace más de nueve siglos y medio. Creemos honrar también al gran rey pensando en la reina Matilde, ese gran ejemplo de dignidad femenina alemana.

Situada sobre la colina habitada desde milenios por hombres de nuestra sangre, esta tumba antigua, con la espléndida plaza religiosa de tipo germánico, debe ser un lugar de recogimiento en el que nosotros, alemanes, venimos en peregrinación en recuerdo del rey Enrique, para honrar su memoria y comprometernos en este lugar sagrado a seguir las virtudes humanas y de mando gracias a las cuales hizo feliz a nuestro pueblo hace un milenio; y también para comprometernos otra vez a honrar, a servir fielmente, en palabra y obra, por Alemania y por Germania, al hombre que, después de mil años, ha retomado la herencia humana y política del rey Enrique, nuestro Führer Adolf Hitler..

«Él que quiere salvar a su pueblo
no puede tener más que una mentalidad heroica»

Adolf Hitler

OSS.III.1.3

Cuaderno de la SS. Nº 4. 1938.

Johann Gutenberg

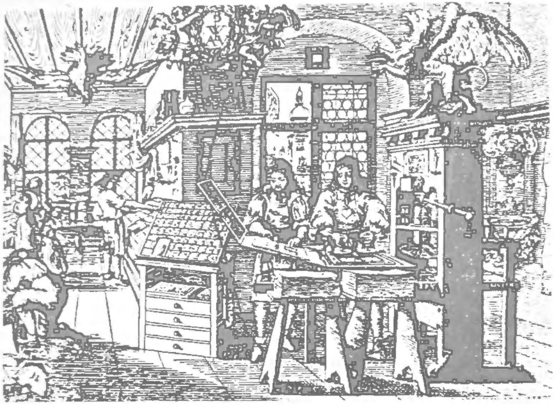
La época de grandes trastornos como la que vivimos, apenas sería creíble sin la radiodifusión. Permite a un solo hombre dirigirse a millones de otros hombres y de hacerles compartir los grandes acontecimientos que constituyen su destino. Sin la radio, ciertamente no habríamos tomado conciencia, *en tan pocos años*, de ser un pueblo y éste no habría madurado tan deprisa. Por otra parte, la radio habría continuado siendo un juguete para gentes acomodadas si no se hubiera desarrollado en una época en la que los pueblos querían llegar a ser verdaderas comunidades.

El progreso del espíritu humano no es un producto del azar. La necesidad le precede siempre. Es en ese momento cuando sentimos, de manera consciente o no, la necesidad de un progreso, de una invención y entonces, un hombre dotado -un inventor- surge de nuestro pueblo y realiza nuestros deseos.

Benz y Daimmler inventaron el automóvil cuando los medios de transporte existentes no bastaban para satisfacer nuestro deseo de viajar. Lilienthal se elevó por los aires cuando generaciones enteras habían ya intentado hacer el vuelo humano. Marconi creó los principios de la radio cuando ya era flagrante que el proceso de transmisión por cables telegráficos ya no satisfacía las demandas. Hoy, tenemos necesidad de un automóvil accesible a todos y el constructor Porsche ha realizado lo que ayer era imposible. El genio humano constituye la mejor motivación para quien se dice a sí mismo: «Debo crear esto porque mi pueblo lo pide».

Debemos, pues, ver en todo inventor un ejecutor de la voluntad de sus contemporáneos. Sólo así podremos comprenderle, así como su lucha, sus sacrificios sobrehumanos y la obsesión con la que persigue su objetivo.

He aquí, pues, Johann Gensfleisch zu Gutenberg, más brevemente conocido como Johann Gutenberg, el inventor de la imprenta. Vivió también en una época de grandes trastornos y debía enfrentarse a sus exigencias. El siglo XV, durante el cual vivió en Maguncia (nació en 1400 y murió en 1468), vio desaparecer rápidamente la sombra de la Edad Media, pues la Iglesia miraba sospechosamente la vida espiritual como un monopolio suyo, y se esforzaba en impedir a los pueblos tener una espiritualidad, su identidad popular y su cultura específica.



«El arte negro».
Taller de imprenta en el siglo XVII.
(Grabado sobre madera de Abraham von Werbt, 1676).

En el siglo XV, unos marinos audaces descubrieron el Nuevo Mundo, invalidando así el dogma de la ciencia bíblica. En el este, el Islam golpea en la puerta de la Cristiandad autócrata. Los hombres emiten dudas sobre la omnipotencia del Papa, sobre las doctrinas morales absolutas y las visiones científicas de las Iglesias. En todas partes se manifiesta una aspiración al saber y al intercambio de noticias y de conocimientos. La transmisión oral ya no bastaba desde hacía mucho tiempo. Los hombres debían acceder al saber... algo que, hasta entonces, no estaba reservado más que a algunos monjes y grandes clérigos. Pero, ¿quién es el hombre que utilizará la lectura si no hay nada que leer y si no se poseen más que unos pocos ejemplares de libros y folletos manuscritos, naturalmente a precios prohibitivos?.

Gutenberg, un pequeño artesano al que hoy llamaríamos un técnico, vivía en esa época y en el universo de sus necesidades. Se interrogaba sobre la puesta a punto de un proceso de impresión que pudiera colmar la aspiración de los alemanes que salían del sueño de la Alta Edad Media. Quería imprimir libros y folletos, cuantos más

posibles y lo más rápidamente posible.



Johann Gutenberg.
Tiza negra, siglo XVI.

La noción de la impresión ya existía. Se esculpían ilustraciones en tablas de madera, se las untaba de color y se las imprimía (prensaba) sobre papel. Se hacían también letras, palabras, frases, páginas enteras de libros, pero, ¡en cuánto tiempo y a qué precio!. Un hábil tallador de madera necesitaba dos semanas para fabricar una sola página. Era un arte que sólo podía ser de provecho para unos cuantos privilegiados.

Gutenberg tenía dos tareas a realizar; hoy diríamos dos problemas técnicos a resolver. De entrada, en lugar de páginas enteras de libros, se trataba de utilizar pequeños contados constituidos por una sola letra que se pudiera luego utilizar a capricho. Luego, hacer que esos pequeños contados fueran tan sólidos que pudieran ser nuevamente utilizados. Halló la solución a ambos problemas. Elaboró un procedimiento de fusión de las letras de plomo y desarrolló una prensa de imprenta con todas las herramientas necesarias, con tal perfección, que los principios de su «arte negro» permanecieron inmutables en el transcurso de los siglos, e incluso en nuestra época, se les puede hallar bajo el *mágico manto de la técnica moderna.*

Podría creerse que todo esto es muy sencillo. Y, sin embrago, este invento precisó de la abnegación sin reservas de Gutenberg, toda su capacidad de trabajo, su alegría de vivir y sus esperanzas. Como todos los grandes hombres y como la mayoría de inventores, se enfrentó a la incomprensión, a la necedad y a la mala fe de sus prójimos. Un miserable tendero, llamado Fust, que le había «financiado» le frustró de los frutos de su trabajo, se coronó con la gloria usurpada y obligó al hombre que había forjado para las

siguientes generaciones el arma de la liberación espiritual a llevar hasta su muerte una vida pobre y miserable; una vida que, sin embargo, fue consagrada hasta el último día al perfeccionamiento de su arte.

Johann Fust, que arrebató a Gutenberg los frutos de su genial invento.

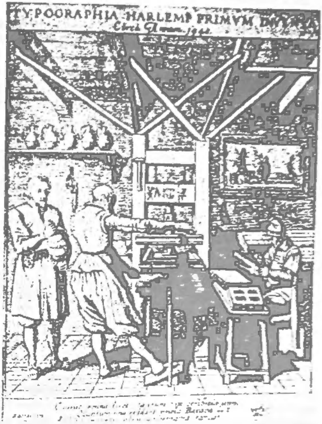


La verdadera grandeza de los inventores importantes se revela en su destino, en su tenacidad inflexible, su fe en su vocación, su desprecio por todas las cosas materiales.

Estamos fácilmente inclinados a no juzgarles más que en función de sus inventos y de lo bueno y útil que nos han transmitido. Pero no es sólo esto lo que constituye su genio, y les subestimaríamos no considerando más que ese aspecto, pues es bien cierto que un progreso que, como se dice, en todo caso se llevará a cabo, si no es por una persona, será por otra. Pero el caso es que la imprenta fue inventada en el siglo XV porque un pueblo deseaba ver reproducidas las palabras en una forma escrita. Y si Gutenberg no lo hubiera hecho, un hombre de otro nombre habría aparecido. También iríamos en coche sin Benz y Daimler y volaríamos sin Lilienthal. Y si quisiéramos limitarnos al resultado estricto, podríamos decir con toda la razón: Un Gutenberg, un Benz, un Lilienthal no hicieron más que lo que otros hubieran hecho en su lugar si ellos no hubieran existido.



Una página de la Biblia de Gutenberg comportando 42 líneas.



Taller de imprenta en 1440.

Pero estos hombres son superiores a sus actos, pues tuvieron el valor de ser *los primeros*. Fueron más visionarios que los demás. Una vocación más grande que la de los demás les animaba. No seguían caminos ya trazados sino que penetraban en un *no man's land*. Luchaban en condiciones tan difíciles que debieron hacer actos de abnegación en beneficio de su trabajo. Sacrificaron su felicidad y su tranquila existencia a su fe, para que las generaciones futuras pudieran gozar de sus obras. No han llegado a ser, pues, inmortales por sus actos, sino a un nivel más elevado por el eterno reconocimiento que el pueblo les debe.

OSS.III.1.4

Cuaderno de la SS. Nº 7B. 1941.

Alberto Durero, «corresponsal deportivo»

O cómo el gran artista valoró la ley del combate

Alberto Durero, ¡el genio que supera a la masa de los artistas alemanes!. Pronunciar su nombre evoca ante nuestros ojos las soberbias pinturas de formas nobles, sublimes, a la gloria de la Madona, santos u otras imágenes religiosas. Nosotros, hombres de hoy, que ya no somos sensibles al Cristianismo y a la doctrina del más-allá, admiramos, no obstante, la nobleza de los rasgos que emanan de las obras de Durero, expresada intencionadamente por ese hombre del Renacimiento, ya muy distante de la religión. Pero, antaño, todas las artes se referían a la Iglesia o a Dios y en ese ámbito también Durero creó imágenes de una inolvidable grandeza.

Si queremos representarnos la vida del hombre que era Durero en función de sus «obras oficiales», entonces, tal como nos dicen los libros, veríamos en él al genio victorioso, aspirando a la trascendencia, al príncipe, pintor mimado que, ignorando las miserias y los sufrimientos de su pueblo, vive y crea en un ilustre círculo de emperadores, de príncipes, de caballeros y de obispos, con objeto de perpetuar su renombre.

Sin embargo, ciertas obras simples, modestas, de Durero, no se inscriben totalmente en ese marco, nos emocionan más, a menudo que sus creaciones monumentales. Son las acuarelas que representan el terruño de Durero, los alrededores de Nuremberg y los apacibles valles de Franconia. Son los dibujos como «la brizna de hierba», la «liebre» y el «ramillete de violetas». En el pasado, fueron dejadas aparte, presentadas como «estudios» del pintor y no se las consideró nunca como elementos representativos de su personalidad.

Se descubre un nuevo Durero en Viena

Así pasaron los años y los siglos. Durero, que nació en 1471, quedó en el corazón de los alemanes como un genio que dominaba el arte religioso y cortesano, pero lo ignoraban todo sobre la naturaleza real del hombre. No obstante, un acontecimiento se produjo a principios de 1800, trescientos años después de la época de Durero. Con ocasión de exposiciones y de transformaciones hechas a la gloria de los Habsburgos, los archivos de las bibliotecas y de las oficinas son puestas patas arriba. En la biblioteca de la administración fideicomisaria, tras una nube de polvo, y entre los tesoros amontonados y las pandectas, los consejeros austriacos del archivo extraen tarjetas llenas de viejos y extraños dibujos... ilustraciones y series de dibujos de hombres luchando y batiéndose con diferentes tipos de armas, e igualmente textos manuscritos escritos con los caracteres curvos característicos del gótico tardío, de la época de Durero.

Esto causó gran sorpresa en Viena, pero aún más entre los científicos y los especialistas de arte que examinan estas cartas del patrimonio habsburgués con ojos de expertos. Se interrogan largamente sobre el significado de ese conjunto de dibujos representando a esgrimistas y luchadores, sobre la identidad de los comanditarios y del creador. Pues incluso los ligeros bocetos hechos sobre esas hojas, representan a centenares de figuras y de posturas, llevan la impronta de una mano maestra, pues él mismo fue un experto en esgrima y en lucha.

Alberto Durero... ¡imposible!... y sin embargo...

Un murmullo se elevó entre la masa de los diarios de críticos artísticos. Se suponía esto o aquello, se pasaban en revista todos los dibujantes que hubieran vivido antes y después de 1500 y también se tuvo en consideración a Durero. La fecha y el golpe de lápiz genial podían traicionarle. Pero ¿era posible atribuir al creador asceta, enamorado de Madonas y de Jesusines, esas imágenes cotidianas, vulgares, que reflejaban el sudor y el polvo de las salas de armas? No; imaginar siquiera tal cosa parecía degradante a los señores críticos de arte de hace tres, cuatro, cinco décadas. ¡Durero no tenía ciertamente nada en común con el «pueblo», y sobre todo con un pueblo tan pendenciero, batallador y peleón!

Y sin embargo... expertos e investigadores que aportaron otros libros de armas de una época ligeramente posterior, demostraron que unos malos dibujantes e imitadores se habían inspirado en esos dibujos vieneses. Hubo también historiadores que habían establecido que en 1500, el gran mecenas de Durero, el «último caballero», el emperador Maximiliano I, confió a Durero la misión de hacer una serie de grabados sobre madera, sobre las artes caballerescas, que el maestro realizó hacia el año 1502 en el tratado de «Freydal». ¿Era concebible que este emperador, el último hijo de una gran época civilizada, hubiera también querido que una mano maestra describiera las artes caballerescas de la esgrima y de la lucha? Durero ejecutó esa misión, pero la obra no causaba una gran impresión; de modo que los grabados del maestro fueron dejados en los archivos; algunas hojas parecen incluso copiadas de otros libros.

Pero quedaba aún un interrogante importante. ¿Cómo pudo realizar Durero esas «ilustraciones manifiestamente deportivas»? Muestra a hombres de su tiempo, incluso si se trataba de pintar a los personajes de la Biblia en traje de época, y sólo modelos vivientes pudieron proporcionarle ejemplos de actitudes precisas de la lucha. ¿Existía un arte de la esgrima y de la lucha tan perfecto en esa época?

Sobre esta cuestión también, se ha estado a oscuras hasta hace poco. La Edad

Media aparecía como la época sombría, hecha de guerras de religión, de persecución de todo lo que era de orden laico, y sobre todo de lo que es de orden físico. La luz crepuscular de las vidrieras góticas parecía recubrir esos siglos y todos los pueblos de la Edad Media. Sólo muy recientemente hemos sabido que el Cristianismo y la Iglesia, desde la noche de los tiempos germánicos hasta la época de las guerras de religión, no constituían más que una envoltura superficial que recubría un estilo de vida nacional libre y profundamente influenciado por el alma germano-nórdica. La hostilidad de la Iglesia hacia el cuerpo no pudo imponerse nunca, no tan sólo entre los campesinos, trabajadores infatigables, sino tampoco entre los caballeros que debían luchar físicamente en la batalla. Así, por ejemplo, los juegos, la danza, los baños y los ejercicios físicos han tenido siempre su lugar en la sociedad alemana de la Edad Media... y aún, incluso, en la época de Durero.

Es perfectamente comprensible que el emperador Maximiliano hubiera querido realizar un manual sobre estas artes caballerescas, porque presentía que las amenazantes épocas de las guerras de religión iban a ser peligrosas.

Pero es posible que el mismo Durero hubiera observado, en la nueva ciudad de Nuremberg y en la naciente burguesía, la práctica de esas artes caballerescas que utilizaba para defender sus ciudades. En todas las ciudades de Alemania de esta época existían escuelas de esgrima, maestros esgrimistas, casas de juego de pelota, y salas de baños. Durero no necesitaba, pues, ir muy lejos para encontrar modelos apropiados para sus dibujos. Hoy, otras fuentes nos han confirmado, también, que fue Durero quien creó esos «dibujos de deportistas».

El *jiu-jitsu*... ¡no sólo un invento japonés!

Somos muy felices de poder hojear hoy este libro de esgrima y de lucha del gran maestro. Pero esto reserva también otras sorpresas.

En el campo de la esgrima, los grandes portadores de tizonas y espadas curvas, el pequeño escudo que vemos en numerosos dibujos, han desaparecido. Pero estas ilustraciones nos muestran muchas cosas que aún se conservan en nuestras escuelas de esgrima. Lo que llamábamos hasta ahora ilustraciones de luchadores son, con mucho, las que más nos sorprenden.

No es la lucha tal como la conocemos. Las presas de nuestro deporte provienen de la escuela de lucha greco-romana, basándose en ejemplos clásicos. Toma únicamente como punto de ataque la parte superior del cuerpo y rehusa las presas «vulgares» como la llave de brazo y la presa de pierna.

Estos últimas son precisamente muy abundantes en los dibujos de Durero. Se agarra, se derriba, se interpone la pierna y el adversario es engañado, como en todas las presas del jiu-jitsu que conocemos. Un dibujo con una descripción de la presa, por el propio Durero es, en este sentido, ejemplar. «*Item so du mit einem ringst, so prichh aus mit der rechten hant und for zu stunt damit deinen arm in sein rechten elpogen und fas im den arm starck in dein peid hend und flaipf an seinem arm pis as das gelenk und zuck in starck an dich und ker demn dein lingke seiten gegen im an sein rechte seite, alst hie steit, und prich im dem arm...*». En nuestra lengua, esto significa algo así como: «Cuando tú luchas con alguien, avanza violentamente la mano derecha y lánzate sobre él metiendo tu brazo sobre su codo derecho. Agarra fuertemente su brazo con tus dos manos y llévalo hasta la juntura del hombro, gira tu costado izquierdo contra su costado derecho de la manera indicada aquí y rómpele el brazo.»

Es innegablemente jiu-jitsu, utilizado para defenderse contra un ataque peligroso. Para emplear un lenguaje moderno, es un deporte defensivo utilizado en caso de extrema necesidad.

Estas artes de defensa fueron introducidas hace sólo unas cuantas décadas en Europa, por medio de las artes defensivas japonesas del judo y del jiu-jitsu. Lo que es increíble es que fueron descritas por un alemán que vivió hace 400 años, y por un artista alemán que ha sido considerado hasta hoy como un poeta pintor de Madonas.

Este descubrimiento hecho en un trastero vienés tuvo, pues, unas consecuencias doblemente positivas: se constató que Durero *era un hombre robusto que vivía en medio de la comunidad de su tiempo, y que nuestro «reciente» arte de defensa ha resultado ser*

un viejo deporte germano-alemán que no concierne al «vulgum pecus» porque enseña cosas importantes.

El viejo arte de defensa alemán, según el manual de Durero



Nº 19
Durero escribe: Si alguien te ha agarrado, se ha dado la vuelta y te ha sujetado por el hombro, entonces inclínate fuertemente hacia adelante, agárrale con la mano izquierda detrás de la pierna y levántale como ilustra el dibujo. Proyéctale de cara contra el suelo y dale una patada en la flexión de las rodillas.



Nº 20
Durero escribe: Cuando luches con alguien, adelanta violentamente la mano derecha y abalánzate sobre él poniendo tu brazo en su codo derecho. Sujeta fuertemente su brazo con tus dos manos y llévalo hasta la juntura del hombro, gira tu costado izquierdo contra tu costado derecho de la manera que aquí se indica y rómpele el brazo.



Nº 21
Durero describe así esta llave: Si quieres lucha con alguien muy fuerte, cógele fuertemente como si quisieras luchar con él con todas tus fuerzas. Pero cuando él haga presión sobre ti con su fuerza, coloca tu pie sobre su vientre, déjate caer de espaldas y lánzale por encima de ti sujetándole fuertemente por las manos. Él caerá entonces de cara contra el suelo.

He aquí lo que nos enseña el libro de esgrima de Durero. Pero Durero nos confirma también que el pueblo físicamente sano es portador de una buena raza y de una sangre pura, incluso si las profesiones y las vocaciones llevan hacia otra dirección, en el campo del espíritu y del arte. El hombre no es tan sólo lo que de él hace su profesión... debe tender a llegar a ser lo que la raza y el pueblo le han transmitido, y lo que la raza, el clan y el pueblo exigen de él.

OSS.III.1.5

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1939.

La obra de los hermanos Grimm

«Los cuentos y leyendas para niños de los hermanos Grimm»... fórmula mágica para todo alemán cuya infancia une con este nombre las primeras nociones más puras del relato y de la experiencia.

En las diversas regiones de nuestra patria y en todas partes del vasto mundo en que vive un hombre de nuestra sangre y de nuestra lengua, el nombre de los hermanos Grimm es respetado, y el libro de cuentos que traduce la nostalgia y los sueños del alma alemana es generalmente considerado como una obra nacional. Es característico y, a la vez, significativo, que «su renombre internacional y el interés despertado en numerosas generaciones no estén vinculados al simple interés artístico o intelectual, sino al cariño puesto en el acopio meticuloso y la preservación de un patrimonio popular discreto y casi menospreciado, anónimo». Pues la obra de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm representa más que una simple recopilación ferviente de viejos cuentos alemanes: *Ellos despertaron el saber del pueblo alemán.* Con una diligencia digna de las abejas, partieron en busca de tesoros olvidados, en gran parte abandonados, que representan los cuentos y leyendas, los juegos de niños, los cantos populares, las creencias y el derecho nacional, porque en ellas habían visto los testigos vivos y rigurosos de un mundo desaparecido. Estas formas que nacieron hace siglos, productos puros de la cultura y del arte popular alemanes, son para ellos las fuentes auténticas de la historia de este pueblo, pero testimonian ante todo la evolución que ha seguido nuestra querida lengua materna alemana.

Jacob Grimm nació el 4 de enero de 1785, y, un año más tarde, el 24 de febrero de 1786, nació Wilhelm Grimm en Hanau. En un discurso que pronunció poco antes de la muerte de Wilhelm en 1859, Jacob habló de la colaboración estrecha, fiel, ferviente y fértil que reinó entre los dos hermanos, que tuvo su final a la muerte de uno de ellos. «Después de los años escolares, nos instalamos en un cuartito con una cama, trabajando a menudo en la misma mesa. Luego, ya con dos mesas de trabajo, vivimos en dos habitaciones contiguas, compartiendo fielmente nuestros bienes y nuestros libros, exceptuando tan sólo cuando nos ocupábamos de la misma obra. Seguramente, nuestras camas para el último viaje estarán, también, la una al lado de la otra.» Cuatro años más tarde ese melancólico deseo se convertía igualmente en realidad.

Los dos hermanos se consagraron primero al estudio del derecho, por respeto hacia su padre, que había ejercido esa profesión. Savigny fue su profesor de derecho en Marburg, y Jacob colaboró en 1805, en la gran tarea de elaborar *La historia del derecho romano* de la que Savigny se había ocupado años atrás. El mismo Jacob Grimm cuenta con qué interés estudió el derecho romano: «Yo he estudiado el derecho en una época en que el gris monótono del oprobio y de la humillación se cernía pesadamente sobre el cielo de Alemania. A pesar de toda su riqueza, el derecho romano dejaba un sensible vacío en mis esperanzas, y lamentaba que el derecho alemán no fuera tan enseñado como yo hubiera deseado. La riqueza que él (el derecho romano) contenía, no era bastante estimulante y atrayente para instruirme. Buscaba, pues, una compensación y un consuelo interesándome en la historia de la literatura y de la lengua alemanas. El hecho de que unas cosas simples, pero inalterables, contuvieran unas cualidades y una sabiduría que nuestra conciencia podía descubrir, constituía una arma invencible que nos protegía contra el orgullo enemigo. Abandonando la gramática y sus pobres frutos, estudié de manera profunda *la poesía, las leyendas y las costumbres del país*; ellas solas podían conducirme al *derecho nacional.* Todas las cosas están relacionadas por hilos visibles o invisibles que nos permiten ya explicarlas, ya comprenderlas. *La antigüedad del derecho y de la religión está todavía impregnada de los vestigios del paganismo; la lengua* comporta un aspecto pagano todavía más afirmado y que no se puede comprender sin su intervención.» A través de estas líneas, se percibe ya cuál era el objetivo de los hermanos Grimm y también el rasgo esencial de su método de trabajo.

En 1812, apareció el primer volumen de los «cuentos para niños» que los hermanos Grimm habían redactado en trece años de investigaciones de transmisiones orales procedentes de las regiones del Main y de Kinzig, el antiguo condado de Hanau. El segundo volumen pudo aparecer en 1815; contenía también el conjunto de los relatos regionales de Hesse. Al principio los investigadores no se esforzaban en transcribir discusiones calurosas con objeto de vulgarizarlas para ser comprendidos por los adultos y los niños. Su intención era más elevada y tendía, en efecto, a hacer sentir el alma de los cuentos y leyendas aún viva, pero amenazada de extinción, con objeto de percibir las leyes que rigen la evolución de nuestro pueblo.



Los hermanos Grimm han sabido hacer revivir el espíritu de las viejas leyendas de nuestros antepasados. «Cuento», grabado sobre madera de Switbert Zobisser.

A decir verdad, la etnología nacional actual ya no tiene en cuenta la opinión de Wilhelm Grimm cuando dice que se puede descubrir en los cuentos (entre los cuales él había igualmente incluido en 1812 y 1815 las sagas, los chistes, las historias de animales y las leyendas) «mitos alemanes originales perceptibles, que se creían muertos pero

que aún perduran bajo esta forma». Como ha demostrado la ciencia, el cuento transmitido aún hoy en el seno de nuestro pueblo alemán desde hace siglos es «seguramente, un resto de lo que él creó o heredó de su pasado germánico o indo-germánico. El patrimonio de los cuentos alemanes es una reserva colectiva en la cual -sobre todo en la época de las Cruzadas en la Alta Edad Media- se ha añadido relatos venidos de todas partes.» (Friedrich Ranke). Y, sin embargo, «incluso si nos han llegado del extranjero en todas las épocas, han perdido desde hace tiempo su carácter extranjero en Alemania: nuestro pueblo los ha asimilado desde hace siglos por medio de múltiples transmisiones y los ha adaptado a su manera de ver las cosas y a su concepción. Pues cuando antes decíamos que los mismos cuentos se transmiten entre los pueblos más diferentes, el psicólogo sabe que un cuento alemán es diferente de un cuento francés, ruso o turco. *Cada pueblo tiene su propia manera de contar las leyendas.* Pero incluso teniendo en cuenta ese reajuste de la ciencia y de su escala de valores, el trabajo hecho por los hermanos Grimm de recoger los cuentos y leyendas conserva para el futuro un valor de una importancia inaudita.

Los cuentos del primer volumen (de 1812) proceden principalmente de tradiciones orales de Hesse, patria de los hermanos Grimm. Sus narradores son miembros de la burguesía; por ejemplo, un cuento sacado de Dortchen Wild, *Las gentes inteligentes* y de Marie (Muller) de la casa Wildschen, *La caperucita roja, El rey de las ranas, Hermanito y hermanita, Blancanieves, La Bella durmiente del bosque, Pulgarcito, La joven sin manos, El novio ladrón, La Ondina en el estanque, El pájaro de oro* (Wilhelm School). Sin embargo, en el segundo volumen (de 1815) encontramos por primera vez una «auténtica» narradora de pueblo, la dama Viehmannin de Zwehren, cerca de Cassel. En el prólogo a sus *Cuentos para niños*, Wilhelm Grimm nos habla de ella: «Pero fue uno de esos afortunados golpes de suerte lo que nos permitió trabar conocimiento en el pueblo de Niederzwehrn, cerca de Cassel, con una campesina que nos contó la mayor parte de los cuentos del segundo volumen, y también los más hermosos. Guardaba en su memoria las viejas leyendas y decía que no todos las sabían. Se expresaba con un tono pausado, segura de sí misma, empleando un lenguaje claro y haciéndolo con un manifiesto placer. Al principio, ella dejaba hablar a su espontaneidad, luego, cuando se le preguntaba, lo repetía más lentamente, de manera que, con un poco de destreza, era posible escribir a su dictado. Numerosas historias pudieron así ser conservadas literalmente y no perdieron nada de su autenticidad.» Entre los diecinueve cuentos citados por la *Viehmannin* se encuentran algunos de los más conocidos y más bellos del conjunto, por ejemplo *El fiel Juan, Los doce hermanos, El Diablo de los tres cabellos de oro, Los seis que lo consiguen todo, La guardiana de las ocas, El doctor omnisciente, El hermano del Diablo cubierto de hollín, Hans, mi erizo.*

Los hermanos Grimm trabajaron el prontuario con una atención constante. «En lo que concierne a la manera en que hemos procedido para reunir estos cuentos, son ante todo los criterios de fidelidad y de veracidad los que nos han servido de pauta. No hemos añadido nada de nuestra invención, ni adornado ninguna circunstancia, ningún rasgo de la leyenda; nos hemos limitado a reproducir su contenido tal como nos fue comunicado. Es bien evidente que el estilo y la manera de tratar los detalles se deben, por lo esencial, a nuestra intervención, pero nos hemos esforzado en conservar cada detalle a fin de preservar la riqueza natural del relato.» Los cuentos de la edición simple fueron transcritos de una manera simple más intuitiva, más simple. Reflejaban, sin embargo, el alma del pueblo porque los hermanos Grimm eran poseedores de un saber nacional.

En la lejana época de las guerras de independencia, en Hesse, el código jurídico napoleónico se convirtió en el valor absoluto; era, pues, una jurisprudencia que no guardaba ninguna relación con la práctica jurídica tradicional. Esta alteración extranjera de la vida jurídica, determinó a los hermanos Grimm a abandonar definitivamente la carrera jurídica para dedicarse con mayor entusiasmo al estudio de la antigua sabiduría que todavía atesoraba los valores populares nacionales. Jacob Grimm redactó *La antigüedad del derecho alemán*, tomando distancias con relación a la erudición libresca corriente, interesándose por todo lo que es noble y grande y comprendiendo perfectamente las relaciones orgánicas del derecho germánico. Demostraba que la poesía está presente en el derecho y consideraba lo «maravilloso» y lo «digno de fe» como sus funda-

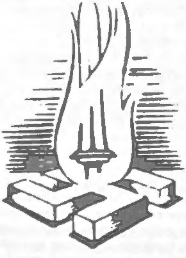
mentos.

Mientras que el trabajo de Jacob concernía al estudio del derecho, la energía de Wilhelm se consagraba a la recopilación y la selección de los cuentos y las leyendas; pero la misión de los dos hermanos era *explorar la lengua alemana*. En el ámbito de un simple artículo es imposible evaluar su genial e incansable trabajo en ese terreno. Indiquemos tan sólo que su resultado principal fue la *Gramática alemana*, en la que «revive toda la cultura del pueblo y su evolución secular en todas sus manifestaciones diversas», y el *Diccionario alemán* en el cual se trabaja todavía hoy sin descanso. No obstante, la lengua alemana por sí sola no es algo inanimado regido por teorías y reglas muertas», sino una «naturaleza viva en la que se expresan los movimientos y las vibraciones más sutiles de la vida popular alemana histórica y moral de los siglos pasados». Jacob Grimm interrogó también a la lengua en su «mitología alemana». Los nombres de los días de la semana, de las plantas, de los animales, de las montañas, de los lugares, de los refranes y de las leyendas, así como de las costumbres y de las supersticiones -aunque sobre todo al nivel gramatical- fueron los soportes de la mitología del pueblo alemán. Lo que la poesía nórdica ha conservado en tesoros que permiten conocer la religión germánica, fue recopilado con algunos hallazgos hechos en la literatura y las leyendas alemanas para dar vida a la «mitología».

Es pues, Jacob Grimm, quien ha llegado a ser el padre de esas ciencias que llamamos, modernamente «germanística», «etnología nacional». Desde otro punto de vista, constituyen un ejemplo luminoso: Los hermanos Grimm pertenecían a los «siete de Göttingen», intrépidos y fieles; aquellos profesores de universidad que opusieron un valiente rechace a la acción constitucional reaccionaria del rey de Hannover. «¡Todos los alemanes son libres y el suelo alemán no tolera ninguna esclavitud!» (Jacob Grimm).

Will Erich Peuckert ha definido perfectamente la importancia que los hermanos Grimm tienen para nosotros, alemanes del siglo XX»... en una época silenciosa -y cien años antes de la nuestra- ellos fueron los primeros en hablar del pueblo alemán. Describieron la pasada grandeza de este pueblo y vieron la grandeza presente que llamaba a la liberación del país. No impusieron nada. Por primera vez, redescubrieron la belleza de las cosas producidas por las épocas antiguas. ¡La Alemania del futuro es la de los hermanos Grimm!».

Walther Ohlgart



OSS.III.1.6

Cuaderno de la SS. Nº 11 a/b. 1941.

El matrimonio del príncipe Bismarck

El «Canciller de Hierro» es, también aquí, un ejemplo.

Bismarck simboliza para todos nosotros el «canciller de hierro». De hierro en su trabajo, de hierro en su determinación, de hierro en sus actos, él lo era, ante todo, en su fe en el Reich.

Se conoce bien a ese gran hombre, pero se sabe muy poco de su personalidad íntima.

Bismarck construyó su vida alrededor de un eje, tal vez el más inesperado, que nos permite juzgar sus actos: ¡Fue su matrimonio!.

Bismarck escribió a su esposa Johanna: «Me he casado contigo para amarte en Dios, por necesidad afectiva y para que mi corazón encuentre un lugar en este mundo extraño. Encuentro a tu lado el calor de un fuego de hogar, cerca del cual me siento cuando está helando fuera. Quiero cuidar mi hogar, echarle leña, atizar el fuego y protegerlo contra las gentes malas y extrañas, pues no hay nada que me sea más próximo, más querido, más agradable y más necesario, después de la misericordia de Dios, que tu amor y el hogar natal.» Con estas palabras dignas de un gran poeta, Bismarck muestra que su naturaleza genial buscaba su complementario auténticamente femenino.

Nuestro Führer y el Reichsführer SS nos han enseñado a pensar en una óptica racial. No tan sólo a nivel político, sino también en lo que concierne a nuestra vida personal, en la elección conyugal. En ese contexto, estudiar la naturaleza del matrimonio bismarckiano es típico y rico en enseñanzas para nosotros.

¿Cuáles son las razones que concurrieron a la felicidad de ese matrimonio, a su armonía, su estabilidad, que triunfó de todas las pruebas?

Bismarck y Johanna procedían los dos de la misma clase, la nobleza prusiana. Su manera de vivir revelaba una concordancia perfecta. Aunque su vida experimentó un gran cambio cuando se inició su actividad política, continuaron siendo lo que eran: gentes sencillas, naturales, de su patria rural, viviendo en el seno de un ambiente ligeramente teñido de costumbres cortesanas. Incluso cuando ya era canciller, Bismarck hablaba preferentemente el bajo-alemán cuando se sentía entre gentes de su círculo de vida. Adolf Willbrandt dijo, en ocasión de una visita a la propiedad de Friedrichsruhr: «Todo es aquí maravillosamente prusiano. Nada ostentoso. Nada excesivo.» Y un cortesano se quejaba, suspirando: «Los Bismarck no abandonarán nunca su aspecto de nobles provincianos».

Es admirable ver hasta qué punto Johanna supo adaptarse a la evolución seguida por la situación de su marido. Cuando en 1851 Bismarck fue nombrado ministro y representante de Prusia en Frankfurt, se vio confrontada, por primera vez, a esas necesidades. Cuando todavía vivía con sus hijos en casa de sus padres, aconsejó a Johanna sobre sus futuras obligaciones en sus cartas. «Mi pobre niña deberá ahora sentarse rígida y respetablemente en el salón, decir «excelencia», ser sagaz y prudente con las excelencias.» Johanna quedó, al principio, desconcertada por estas obligaciones. No obstante, su natural facultad de adaptación de mujer amante se manifestó de nuevo. Pero había otra cuestión más difícil a resolver que la de la actitud exterior. Bismarck conocía el horror de su mujer por los franceses y sabía cuán difícil le resultaba aprender idiomas. Pero debió rogarle que aprendiera el francés. La amabilidad de su naturaleza se expresa en la forma adoptada en su tentativa: « En primer lugar, tú eres mi mujer y no la de los otros diplomáticos que pueden aprender tan bien el alemán como tú el francés. Pero si tienes un rato libre y quieres leer, coge una novela francesa. Pero si no te gusta, olvídalo.» ¿Podía Johanna rechazar una petición tan afectuosa?.

«Mi marido está, ciertamente en Bohemia... pero...»

He aquí otra anécdota característica: En Petersburg, Bismarck contaba una historia y, como hacía en sus discursos en el Parlamento, hizo una pausa intencionada. Constantemente pendiente de los detalles, Johanna se preocupó. Por la mañana su marido había tenido dolores en los pies y ella creía que la pausa se debía a esos dolores. «Pero, mi pequeño Otto, ¿Por qué te has puesto las botas de charol? Estamos en la intimidad.» Bismarck, se dio cuenta de que Johanna no le había comprendido. No obstante, respondió con toda calma: «Tienes razón, amor mío, los otros zapatos habrían ido mejor.» Y continuó. Cuando se piensa en esas disputas entre esposos, provocadas por palabras o alusiones mordaces, esto demuestra la gran unidad interior de la pareja.

Johanna se fue habituando cada vez más al papel que el destino le había atribuido: ser la mujer del gran hombre de Estado, no tener ninguna ambición propia, pero actuar en todo teniendo en cuenta su grandeza. Bismarck apreciaba la vida de familia serena, amaba más que nada la sociabilidad de su pequeño círculo. Johanna también la apreciaba mucho, pero su actividad no se limitaba a los puros deberes domésticos. Debía asir firmemente las riendas del hogar y de todo lo que de él dependía. Así, a pesar de su modestia, no pensaba en otra cosa más que en la vida social con Bismarck.

Gracias a sus cualidades naturales, el hombre y la mujer se complementaban tanto en su matrimonio como en su personalidad. La gran clarividencia de Bismarck, su dignidad, su inclinación por la independencia, iban de par con la bondad y el amor de su mujer. La claridad y la franqueza de su naturaleza, su falta total de sensiblería eran para él, el hombre fuerte, una compensación, pues había debido sufrir a menudo por la debilidad sentimental y, como él mismo decía, se encontraba sumergido «en un mar de lágrimas». Así, durante los años de guerra, la mujer del Primer Ministro, la mujer «sin hombre» y extremadamente delicada, no fue nunca débil. Una emocionante aventura nos da una prueba de ello: una noche, se sentó sola, en un banco del jardín. Se dio cuenta de que un hombre de siniestra apariencia había saltado por encima del muro del parque. Poco después, resueltamente, ella cogió una laya que estaba en el arriate y puso en fuga al intruso con esa «arma», diciendo: «Mi marido está ciertamente en Bohemia... pero...» Una verdadera mujer no tiene motivos para tener miedo.

El lazo más profundo: los hijos de Bismarck

Pero uno de los sentimientos más fuertes que unían a la pareja era el amor por sus hijos. Las relaciones con los tres hijos, María, Herbert y Wilhelm eran puramente afectuosas, particularmente cuando crecieron. El mismo Bismarck que, tras la muerte prematura de su madre, había tenido una infancia triste y una educación en un internado, defendía el punto de vista de que sus hijos debían gozar de mucho amor y afecto. Así, prefirió adoptar el tono de la camaradería más que el de la autoridad. Su mayor alegría fue convertir a su hijo mayor en colaborador suyo. Johanna era también una madre ejemplar. Veía en sus hijos el sentido de su vida y de su acción, en los que redescubría la naturaleza de su marido. Sus fuerzas maternales naturales eran tan fuertes que superaba fácilmente las fatigas físicas más duras que reclamaba un hijo. Su hija María era para ella su «amiga más sincera» y su felicidad, cuando ésta se casó, fue empañada cuando ella partió para instalarse en Italia.

Los dos esposos no se sentían totalmente felices más que cuando la familia entera se reunía con ellos. Sufrían por las separaciones obligatorias. Los hijos fueron, pues, su vínculo más sólido. En su vida privada, el gran canciller era un padre atento y ejemplar. Cuando estaba ausente, escribía a su familia emotivas cartas, entre las sesiones del Parlamento e incluso en el campo de batalla. Cuando, durante la campaña militar de 1870/71, ella cuidó a uno de sus hijos heridos, un visitante lo describió de la siguiente manera: «La condesa Bismarck hablaba como podrían hacerlo las esposas de los dioses cuando resonaba el cuerno de guerra contra el enemigo; junto a la cama de su hijo, ella me parecía encarnar la vieja leyenda: Kriemhild en el campo de sus héroes.»

Pero en ese contexto no se podía ignorar una de sus relaciones: la de Dios y la religión. Bismarck estaba animado por una fe profunda y natural, pero sentía escasa

inclinación por la Iglesia y su función. En cambio Johanna procedía de una casa paterna muy religiosa. Así pues, Bismarck, desde su noviazgo comenzó a atraer a Johanna hacia sus convicciones. Lo hizo con humor, conocimientos y habilidad, no olvidando respetar su fe y no ofendiendo jamás su piedad. Él la confortaba, realmente, de manera «diplomática» en el sentimiento que ella le había transformado a él, el *junker* extravagante y despreocupado, cuando en realidad era él quien la educaba según sus deseos.

Hubo, pues, un constante intercambio entre ellos durante toda su vida. Su instinto moral se expresaba en un estilo de vida armonioso a causa de su origen común. Es una de las causas de la «felicidad» de este matrimonio. Por otra parte sus cualidades espirituales y psíquicas se completaban de tal modo, tanto en las pequeñas cosas como en las grandes, que llegaban *recíprocamente* a la perfecta armonía sin saberlo.

Bismarck lo experimentó perfectamente.



"No sospechan lo que esta mujer ha hecho por mí".

Otto von Bismarck.

OSS.III.1.7

Cuaderno de la SS. Nº 7. 1943.

«Toda cosa tiene un orden»

De la obra y de la vida del médico y místico Paracelso

Paracelso fue uno de los guías más ardientes y más geniales del pueblo alemán, y es por eso que tanto nos afecta. Siguió su destino conociendo alternativamente las vicisitudes y las grandezas, la alegría y la pena, la afrenta, la difamación y la miseria, pero también el poder y la fama. No obstante, permaneció solitario. En ninguna parte pudo encontrar un hogar, empezando a viajar muy joven y cumpliendo así su destino. Como un vagabundo, atraviesa el mundo, recorre casi toda Europa, busca valerosamente los últimos secretos de la naturaleza. Se fía de la opinión de la gente sencilla: escruta los conocimientos del campesino del bosque, del carbonero y de la vieja. Departe con los pastores y los ensalmadores que le enseñan muchas cosas. Elabora sus ideas en medio de la tempestad y el granizo. Atraviesa el campo alemán bajo la lluvia y la nieve, viajero sin reposo, acompañado tan sólo por su arte, la medicina. Pero fue a la vez su destino y su misión. Sólo en la muerte, ese «viajero de los campos y vagabundo», como se llamaba a sí mismo, encontró el reposo. La muerte le sorprendió en 1541 en Salzburgo, a los 48 años y demasiado pronto. El pueblo llano no quería hacerse a la idea de que ese gran médico ya no vivía, que ya no podría ir a verle para pedirle ayuda en la desgracia y la enfermedad. Sin embargo, sus pensamientos y sus ideas han sobrevivido a los siglos, y, actualmente, están más vivos que nunca.

Los conocimientos adquiridos por Paracelso, ese médico y místico suabo, son múltiples. Su principio decisivo dice que sólo la naturaleza puede dar una respuesta a las numerosas preguntas que plantea el corazón humano. Desprecia a los pequeños burgueses y a los «doctores engreídos» que van a buscar su sabiduría en los libros recubiertos por el polvo de los siglos. «Las criaturas son como las letras, y quien quiera explorar la naturaleza debe leer sus libros andando. Se estudia la escritura gracias al alfabeto, pero la naturaleza se estudia de región en región.» Sus ojos claros son sus más poderosas armas.

Paracelso rompió con los viejos métodos de la ciencia. Su aproximación a la ciencia natural es totalmente inédita. Hasta entonces, Dios estaba en el origen de todas las creaciones; a partir de entonces fue la naturaleza y, con ella, el hombre. Estaba lleno de respeto por ésta última, que es la más poderosa detentora de toda vida. Se le manifestaba en todas partes en forma de medida, de orden y de ley, y descubrió que la misma fuerza divina vive y actúa tanto en las piedras del riachuelo como en las estrellas del cielo, en la planta de la pradera como en el hombre. Pero el hombre no es nada más que el mundo en pequeño, el microcosmos. Está pues igualmente sometido a las mismas leyes divinas y eternas que la naturaleza. Las mismas leyes que rigen el curso de las estrellas, que hacen crecer a las plantas y a los animales luchar por su vida, gobiernan también a los hombres. Todo hombre está, pues, sometido a las analogías inexorables y a las leyes de la vida. Las leyes humanas y naturales son idénticas. Pero quien se desvía de estas leyes eternas de la vida perece, como perece el árbol que el hombre desarraiga. A menudo Paracelso, lleno de dolor y de esperanza, ha buscado en las estrellas la respuesta a sus preguntas. La grandeza y la eternidad de Dios, se expresan tan claramente en ellas, viajeras solitarias, alejadas de toda humanidad. Se ha sentido unido a las estrellas por el destino. Para el hombre microcósmico, el destino de los mundos deviene también el suyo. Las leyes del universo devienen las leyes del ego.

Esta nueva actitud hacia la naturaleza y el cosmos condiciona también su relación con la religión y con Dios. La vida es rica en sorpresas para el espíritu. Todo está en movimiento, todo es un eterno cambio porque todo está vivo. Pero la vida es la actividad creadora de Dios. Así el mundo es el gran don de Dios y esta tierra está también animada por Dios. Venera a su Creador en la belleza y el esplendor de la naturaleza. Cumple el servicio divino comprendiendo su sentido más profundo por el hecho de esta fidelidad a la naturaleza. Ésta se expresa de una manera sagrada, y con ella el hombre. Para

Paracelso, la naturaleza es la regla absoluta y profunda. La ley que Dios ha colocado en la naturaleza, la ha colocado también en el hombre, y quien vive según estas leyes naturales vive también de una manera moral. Así, ser fieles constituye una exigencia y un deber sagrados para nosotros. Esto implica comprender la riqueza de su esencia interior. «Quien permanece fiel a sí mismo, no fracasa.» Tal es la gran ley moral que Paracelso nos ha legado. Tenía la certeza instintiva de que la voz del corazón es la voz de Dios. Se sentía inscrito en el universo, en Dios, y en estrecha unidad con la naturaleza.

En el fondo, Paracelso vivió su concepción del mundo como un sobresalto heroico y positivo de la realidad divina que llevaba consigo, que está presente en la naturaleza y en el mundo entero. Dios no es tan sólo el creador del mundo, está también en el origen de la esencia del mundo, la potencia que insufla la vida y que la estructura. «Toda cosa tiene un orden.» El mundo es, pues, bueno, igual que el hombre, y «nosotros salimos puros y castos del cuerpo materno». La tierra no merece ser despreciada, precisamente porque todo es divino. Está, pues, constantemente en viva oposición con el cristianismo de su tiempo.

Paracelso sigue las leyes de la vida pero reconoce también que la lucha traduce el egoísmo de la vida que se encuentra en todas partes. Lo que se opone a la vida no merece vivir y debe ser constantemente eliminado. Se lanza, pues, al asalto de la debilidad y de la decadencia. Él fue el primero en constatar el desprecio cristiano del cuerpo, y atrajo ya la atención sobre el peligro de las enfermedades hereditarias.

¿Pero en qué consiste el sentido de la vida para Paracelso, y cuál es la vocación del hombre? «Nadie está dispensado del trabajo, nadie se ennoblece por la ociosidad.» «Las manos han sido creadas para el trabajo y no para bendecir». Desaprueba, pues, a los curas y los frailes. «Predican por dinero, ayunan por dinero.» «La casa de la oración está en los corazones.» Él quiere que se realice un trabajo productivo al servicio del pueblo y del Estado. Paracelso ve en el trabajo el sentido de la vida y busca un socialismo concreto y no palabras vacías.

Paracelso se interesó por casi todos los campos de la vida humana. Reclamaba la instauración de un derecho arraigado en el pueblo y emanado del orden viviente.

Tomó posición contra el celibato en términos vivos y duros. El matrimonio constituye también una ley natural; es también un elemento del orden divino del mundo. «El fruto de tu cuerpo es bendecido, no tu virginidad.» El matrimonio permite realizarse al deseo de la comunidad. Debemos inclinarnos con respeto ante la maternidad.

Se enfrentó al judaísmo sabiendo bien que una cultura y un espíritu ajenos son nocivos para el pueblo, pretextando que sólo es fértil el vínculo con la tierra. ¿Pero cuál es la patria del judío?

Lo que ayudó a Paracelso a hacer sus grandes descubrimientos médicos fue la constatación del vínculo estrecho y privilegiado que unía al hombre con la naturaleza y el cosmos. El ritmo vital del universo y el del hombre siguen el mismo curso. Igual que la naturaleza, también el hombre posee ritmos temporales, tiene también sus estaciones en el sentido literal del término. Así pues, cada enfermedad debe ser tratada por sí misma, pues procede de un carácter único. El gran médico rechazaba toda generalización en el tratamiento de los enfermos. Las fuerzas psíquicas, las relaciones humanas entre el médico y los enfermos y la voluntad de restablecerse tienen una influencia decisiva. El conocimiento de la enfermedad y el tipo de tratamiento están íntimamente ligados, no sólo a la estructura del cuerpo, a la forma y a la apariencia, sino también al entorno -y no tan sólo al entorno terrestre, sino también al entorno cósmico- en el que vive el enfermo. Paracelso fue tan lejos que buscó el origen de la enfermedad en el carácter espiritual-psíquico. Pero el amor había llegado a ser para él el mejor medio de comunicarse con el enfermo y, así, poder curarle.

Parcelso fue un solitario hasta su muerte. Siempre creyó que se podía dominar a los espíritus mezquinos con la generosidad y la benevolencia, pero eso no era más que una creencia. En silencio, guardaba su pena en el fondo de sí mismo. Se abandonó a su destino, con buena voluntad y humildemente. Sí, él lo amaba porque estaba en concordancia con las leyes de la vida pues el nacimiento y la muerte forman también la gran ley natural a la cual está sometido el hombre... Estaba en armonía con el orden cósmico eterno, queriendo que todos los seres tuvieran su cosecha y su otoño. El hombre sólo se despide de la vida cuando su obra se ha cumplido. «Nada muere antes de haber dado

sus frutos.» Tal era su convicción.

Y sin embargo, aunque su existencia estuviera hecha de soledad, de lucha y de esperanza, Paracelso amó la vida con toda la fuerza de su gran corazón. Se encontró en el corazón de la vida. Se reconocía a sí mismo en esta hermosa tierra floreciente; la aceptaba a pesar de todas sus penas.

Paracelso fue también un hijo de su tiempo... no pudo liberarse de las múltiples supersticiones. Integró también la magia y la cábala, la astrología y la alquimia en su gran sistema ordenado. Paracelso siempre fue íntegro, incluso en sus contradicciones. Vivió y sufrió por su ciencia y con los hombres de su siglo.

No fue un espectador de su tiempo; fue un combatiente y un creador, y era alemán. En eso también fue íntegro y directo. Fue el primer profesor que enseñó en alemán en 1525, en una universidad. Reconocía dignamente: «Soy un filósofo alemán de espíritu alemán.» Pero su profesión de fe no era lo único alemán, también lo eran su inclinación fáustica hacia la verdad, la profunda sed de conocer el mundo, el deseo y la aspiración de comprender lo infinito y la pasión con la que penetraba en la profundidad del ser. Su vida y su obra eran alemanas, alemán era el espíritu insaciable que viajaba sin cesar para reunir nuevas experiencias, alemana era su actitud luchadora. Formaba parte de los que navegan en la tempestad y les molesta la calma.

Las fuerzas motrices de su creación fértil eran el respeto de las leyes eternas de la vida, el amor de la naturaleza y del hombre.

Cuando se haya olvidado a Paracelso después de mucho tiempo, entonces se preguntarán por qué este «predicador de la existencia» solitario tuvo una vida rica y nostálgica hecha de luchas constantes. Nos quedará su llamamiento a ser fiel a sí mismo y a reconocer la verdad del orden natural. Esta sabiduría se traduce perfectamente en sus palabras: «Toda cosa tiene un orden.»

Friedrich Oesterle

Pensamientos de Paracelso

¿Hay mayor alegría que sentirse vivir en armonía con el conocimiento de la naturaleza? ¿Hay un infortunio mayor que una intrusión contra el orden natural? Tenemos nuestro lugar en la naturaleza.

Hipócrates nos dio dos ejemplos que permiten comprender cuáles son las desarmonías, a saber: demasiado y demasiado poco, sobrepasar en demasiado o en menos a la naturaleza. Esto no es bueno, pues se debe guardar la medida en todo; es preciso que el vacío sea equivalente a la abundancia. Cuando el equilibrio se rompe, se atenta contra la naturaleza, y ella no lo tolera. Pues cuando consideramos la naturaleza tal cual es y en su esencia, entonces debemos ordenar todas las cosas, en el número, el peso, la medida, la circunferencia, etc., y nada fuera de eso, ni en menos ni en más. Todo es inútil cuando no se tiene esto en cuenta.

Muy feliz es el que posee la justa medida y no tiene necesidad de la ayuda de los hombres sino que sigue el camino que Dios le indica.

«La historia de la humanidad
es la historia de algunos hombres.
Los demás no han tomado más parte
que los peces en el mar».

René Quinton

OSS.III.1.8
Cuaderno de la SS. Nº 5. 1942.

Nietzsche, el profeta

Nacido en Röcken, cerca de Leipzig, el 15 de octubre de 1844, Friedrich Nietzsche pertenece a la generación para la cual, el desencadenamiento de las guerras de la independencia, ya no era más que un recuerdo de infancia. Pero la muerte de su padre impulsó al niño de cinco años a abandonar el presbiterio del pueblo por la ciudad, y al muchacho de catorce años el hogar de su madre y de su hermana por el círculo de camaradas de la escuela del pueblo de Pforta. Sus años de universidad se desarrollaron principalmente en el entorno cultural de Leipzig y en el círculo de amigos de esa región. Antes de su graduación es aceptado, a los veinticuatro años, como profesor de filosofía clásica en la universidad de Basilea, y así Suiza se convierte en su patria profesional durante diez años. No puede, pues, tomar parte en la guerra franco-alemana más que como enfermero voluntario, aparte del hecho de que una herida había puesto un prematuro fin a su primer año de servicio.

En el núcleo del espíritu de competición y de valoración de los éxitos industriales por sus contemporáneos, el hombre de veintiocho años empezó a luchar de manera despiadada por el derecho a la vida del alma alemana, durante quince años, en una creciente soledad. Al cabo de diez años, el frente común de la burguesía rechoncha y del materialismo liberal, opuestos a su doctrina de la vida digna y peligrosa, acabó con su resistencia física. En los Alpes y en Italia, el solitario medita, en lucha constante con el dolor, que triunfa en 1889. El 25 de agosto del año 1900, le libera, después de los años de alienación mental que ha pasado, cuidado por su madre y su hermana.

Extranjero en un siglo que él ha renegado, enemigo de su entorno que no le amaba porque él discernía su falta de valor y lo expresaba sin eufemismos, Nietzsche vivió la vida de un proscrito voluntario escrutando el horizonte en busca de tiempos mejores en el aislamiento de las altas montañas. Desde sus peñascos de Engadina donde se había retirado, contemplaba con inquietud el huracán de la civilización de la democracia y de las conquistas materiales en las que Europa amenazaba hundirse. En lo que sus contemporáneos tomaban por una expansión perpetua, él discernía una creciente decadencia que comenzaba a disolver todas las existencias nobles en el materialismo más nocivo. Más cerca de las estrellas que del bullicio de la ciudad, el habitante de Sils Maria dirigía su mirada de visionario hacia el futuro portador de un tipo de hombres más elevado, en una edad dominada por un nuevo ideal y unos valores nuevos, lo que no podía ser alcanzado más que por un abandono voluntario de los valores del siglo XIX. Nietzsche veía el signo más funesto en la falta de motivación general, en la constante relajación, en la inercia del alma, del espíritu y de la voluntad, en la felicidad gregaria de holgura burguesa.

«Saludo a todos los signos que indican el comienzo de una edad viril, que pondrá en primacía a la bravura. Pues debe abrir paso a una edad aún más grande y cosechar la fuerza que precisará... esa edad que expresa el heroísmo e incita a la guerra por su ideal guerrero y su lógica. Unos hombres que, en silencio, solitarios, decididos, comprenden que deben realizarse trabajando de una manera discreta. Hombres que, por su naturaleza, aspiran a todo lo que constituye una prueba. Unos hombres que animan con su espíritu las fiestas, el trabajo y los días de duelo, jefes sólidos y dispuestos, cuando haga falta, a obedecer, de una manera digna, en todos los casos, iguales a sí mismos: unos hombres peligrosos, productivos, felices, pues, ¡creedme!, el secreto para tener una vida verdaderamente rica y provechosa, es vivir peligrosamente.»

Crítico y profeta a la vez, Nietzsche señala a la decadencia que amenaza a sus contemporáneos obnubilados por la borrachera del progreso pero, al mismo tiempo, ataca a los pesimistas que se dejan vencer por la desesperación creyendo en la decadencia, presentándoles su visión de un futuro lleno de colores luminosos. No somos las víctimas de una fatalidad inevitable, pues tan sólo la voluntad decide la recuperación o la decadencia. «El querer libera, pues querer es crear.» La creación de una gran cultura

y la realización de las aspiraciones de la humanidad constituyen la misión de los alemanes. Hacia este objetivo, nuestro esfuerzo debe ser «reinstaurar la unidad suprema entre la naturaleza y el alma de nuestro pueblo. Es esta unidad alemana que nosotros nos esforzamos en alcanzar, incluso más ardientemente que la reunificación política: la unidad del espíritu y de la vida alemana.» Nietzsche constataba las lagunas existentes en la obra de Bismarck. La unidad interior del pueblo, la concordancia entre sus pensamientos y sus actos debía ser recuperada. «Formad en vosotros una imagen que corresponda al futuro y dejad de ser unos seres supersticiosos, unos epígonos.» Nietzsche pronunció la palabra decisiva. Invitó a los hombres a desembarazarse del miedo, ya que no son más que unos epígonos, unos débiles descendientes de un gran pasado que ensombrece todo el futuro porque es un ejemplo inaccesible. No es como epígonos cuya existencia sirve de medida, sino como precursores cuya grandeza tiene que llegar, que debemos vivir. Comenzar una nueva edad, una edad en la que reinen la grandeza y la soberanía, sin volverse hacia el pasado, tal es el coraje. Para ello, Nietzsche da primacía al coraje, fuente de todas las virtudes.

«El coraje y la aventura, el deseo de lo incierto, del riesgo... diría que el coraje es la prehistoria del hombre.» La guerra, es, también, aprobada por Nietzsche. «La guerra y el coraje han hecho cosas más grandes que el amor al prójimo. No fue vuestra compasión, sino vuestra bravura, lo que salvó a las víctimas. ¿Qué es lo que es bueno?, os preguntáis. Ser valiente es bueno... Debéis enfrentaros a vuestros enemigos, ¡debéis hacer vuestra guerra por vuestras ideas! Así, ¡vivid vuestra vida en la obediencia y la guerra! ¿Qué importancia tiene una larga vida? ¿Qué guerrero quiere ser perdonado? Yo no os perdono, ¡yo os amo profundamente, mis hermanos de guerra!.»

El jefe va a la guerra a la cabeza de sus guerreros, en una renunciación heroica, sacrificándose a sí mismo. «¡Poco importa lo que sacrifiquen el señor, el príncipe, el individualista!» No es el peligro, sino lo que nos esforzamos en alcanzar lo que nos debe unir en un pueblo guerrero, luchando hasta la muerte por su ideal. «Debemos tener un objetivo y, a través de él, amarnos los unos a los otros. ¡Todos los demás objetivos deben ser abandonados!». El espíritu de soldado debe impregnar a todas las clases y a todas las profesiones, pues es él quien destruye las diferencias de clases y basa la acción política sobre la actitud. «Los trabajadores deben aprender a sentir las cosas como soldados. Honorarios, un salario, pero no recompensas. ¡Ninguna relación entre la paga y el resultado! Tan sólo amar al individuo según lo que puede hacer mejor en su terreno. Un día, los trabajadores vivirán como los burgueses; pero, por encima de ellos, distinguiéndose por su falta de necesidades, la casta superior: es decir, más pobre y más sencilla, pero detentora del poder.»

Nietzsche se presenta como el mensajero de la vida con un entusiasmo por todo lo que hace al hombre digno de vivir, lo que le hace fuerte y orgulloso, es decir, aristocrático. En manos de la naturaleza, la guerra es un medio para conservar el orden vital aristocrático. «Una sociedad que, en definitiva, rechaza su instinto por la guerra y la conquista, está en decadencia: está madura para la democracia y el poder de los tenderos. «También por esta razón, sentía una aversión fanática por la democracia que se expresaba en el parlamentarismo occidental europeo. «La democracia europea no es un encadenamiento de fuerzas. Es, ante todo, un encadenamiento de pereza, de fatiga, de debilidad. La democracia ha sido en todas las épocas la forma decadente de la fuerza organizadora.» Nietzsche expresa así lo que es el objetivo de la existencia: El hombre no busca en absoluto su felicidad; quiere algo totalmente diferente. «Sólo un inglés puede creer que un hombre busca siempre un beneficio». No es el liberalismo -el embrutecimiento masivo alemán, como decía Nietzsche- sino la guerra lo que hace libre al hombre.» Pues, «¿qué es la libertad? Es tener la voluntad de ser responsable. Que se mantenga la distancia que nos separa. Que nos volvamos indiferentes a la fatiga, a la dureza, incluso a la privación de la vida. Que estemos prestos a sacrificar a los hombres a nuestro ideal, incluyéndonos a nosotros mismos. La libertad significa que los instintos viriles, belicosos y victoriosos tienen la supremacía sobre los otros instintos, por ejemplo el de la búsqueda de la felicidad. El hombre devenido libre, y más aún el espíritu libre, pisotean el despreciable género en el que sueñan los tenderos, los cristianos, los borregos, las mujeres, los ingleses y otros demócratas. El hombre libre es un guerrero.» ¿Cómo se mide la libertad en los individuos y en los pueblos? Según la prueba que debe

ser superada, según el esfuerzo necesario llevado a cabo para permanecer en cabeza. Se debe buscar el tipo superior del hombre libre allí donde se presente el mayor desafío. Nietzsche habla de filosofía como ningún otro pensador antes que él, y él sabe porqué. Dice, proféticamente en uno de sus últimos aforismos: «La guerra actual se ha transformado en una guerra de ideologías. Nuestra superioridad no se funda tan sólo en las armas alemanas, se funda también en el espíritu alemán.»

Claus Schrempf

OSS.III.1.9

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1942.

Richard Wagner

Las relaciones del Führer con el gran Maestro

No es una casualidad ni un capricho que entre todos los grandes maestros de la música alemana, Hitler dedicara un respeto y una admiración particular a Richard Wagner. Tuvo, también, miramientos dignos de un príncipe por la joya cultural alemana de Bayreuth. En vida del Maestro le fue arrebatada por los jefes del Reich alemán bajo la autoridad prusiana de la época.

Desde el principio, los miembros de la familia del Maestro manifestaron la comprensión más profunda y la más fiel esperanza. En una carta abierta del 1° de enero de 1924, en la época más negra, el yerno de Richard Wagner, H.-St. Chamberlain, marido de su hija menor, Eva, recientemente fallecida, hizo un elogio de la personalidad y la obra de Adolf Hitler, de una manera profética y para el mayor aliento para miles de alemanes. Se fundaba en el fuerte parentesco de naturaleza de los grandes hombres, Wagner y Hitler, cuando dice en esa carta que el corazón es el hogar en el que se inflama el entusiasmo que forja los pensamientos de Hitler y que el jefe alemán ama a su pueblo con una pasión ardiente. Wagner también amó apasionadamente al pueblo alemán y no pidió nada más que su «amor sincero» por lo que él le daba. El pueblo se lo devolvió pero tal vez no de una manera tan extrema y desbordante como el Führer. El pueblo sólo pudo mostrarle su agradecimiento con su amor constante y apasionado.

Pero el hecho de que el Führer se acuerde de la simpatía y de la fidelidad demostradas por la casa Wahnfried mucho antes de 1933 no basta para explicar su pasión y respeto por el Maestro de Bayreuth: de la misma manera que sostiene Bayreuth, el Führer quiere permitir a miles de compatriotas aprovecharse de los más grandes bienes culturales de la humanidad, no pagando elevadas sumas, sino gratuitamente, como deseaba Richard Wagner desde el principio. Así, Adolf Hitler paga también esa vieja deuda para con el Maestro de la música alemana, pues ninguno de los grandes compositores alemanes se preocupó tan manifiestamente por Alemania. Ninguno luchó tan infatigablemente, con sus obras, durante toda su vida, por el predominio de Alemania, y ninguno vio tan neta y claramente como Richard Wagner «dónde se esconden los grandes enemigos de la germanidad».

El Führer sabe que el arte magnífico y profundo de Richard Wagner significa ante todo para el visitante del festival de Bayreuth una valoración del dinamismo, una elevación de la vitalidad que le es necesaria y le procura una alegría de vivir, una «diversión de la existencia fundada siempre en las bellas ilustraciones de las fuerzas ideales de la naturaleza humana». El Führer es un fiel y entusiasta visitante del festival de Bayreuth, admirando la pureza y la libertad de este arte ideal. En el tercer año de esta terrible lucha por la libertad de Alemania y del mundo entero, el gran arte solemne de Richard Wagner llena a miles de personas de esperanza creativa, esa hija del amor eterno que proporciona fuerza a los hombres que combaten.

Se puede comparar la accidentada experiencia de la primera representación de Lohengrin a la que asistió el muchacho de doce años Adolf Hitler en Linz y el día en que el canciller, ya jefe de todos los alemanes, eleva su mano protectora sobre la obra del

Maestro de Bayreuth. La descripción hecha en *Mein Kampf* muestra la impresión que causó a Hitler esa representación de Lohengrin. El Führer recuerda las radiantes evocaciones con estas palabras: «Quedé hechizado por ese canto. Mi entusiasmo juvenil por el Maestro de Bayreuth no conocía ningún límite. Sus obras constituían para mí la referencia absoluta y considero como una suerte particular haber podido mantener una pasión creciente a causa de la sencillez de la representación local.» Se constata la acción de fuerzas misteriosas cuando pensamos en la predicción hecha al rey Enrique puesta en la boca de Lohengrin por el poeta Richard Wagner:

« A ti, el Puro, una gran victoria te es concedida,
hacia Alemania en los días lejanos no deben
jamás las tropas del Este ir victoriosas».

En la actualidad, nuestra difícil época profesa esta confesión grandiosa: El *combatiente* que, de niño, conservaba estos versos en su corazón, recorrerá este planeta mientras exista.

Hans Gansser

Encuentro de dos grandes artistas: Richard Wagner por Arno Breker.



OSS.III.1.10

Cuaderno de la SS. Nº 7. 1938.

Gustav Kossinna

El viejo maestro de la investigación prehistórica alemana

La prehistoria alemana, considerada desde el ángulo de la raza, forma hoy la clave de bóveda de nuestra ideología nacionalsocialista, y tenemos el deber de conocer el nivel cultural alcanzado por nuestros antepasados germánicos. Aprendemos nuestro pasado racial, no sólo en todas las escuelas, sino también por la enseñanza que dispensa el Partido y sus organizaciones a todos sus conciudadanos. Cuando hace ya mucho tiempo otros pueblos enseñaban su pasado más antiguo a su juventud, bajo la influencia «de un ideal de cultura humanística unilateral», se desarrollaba en Alemania una preferencia por el estudio de pueblos y de culturas extranjeros, en particular las culturas clásicas de los países mediterráneos. ¡Esta estrecha óptica ha llevado a nuestros manuales escolares a descuidar nuestro propio pasado!.

La cultura de los antiguos egipcios, griegos y romanos pasó al primer plano, en relación con la cual nuestro pasado germánico es presentado como el de una civilización grosera y bárbara. Los germanos no habrían sido liberados de su barbarie y conducidos a un más alto grado de civilización más que con el contacto de las corrientes procedentes del Sur; esto fue particularmente marcado al oeste de nuestra patria en ocasión de la época de la conquista y de la dominación romana.

Mientras cada año se ponían manos a la obra para estudiar, con medios considerables, culturas extranjeras, no se disponía más que de muy modestos presupuestos para estudiar la prehistoria alemana. He aquí lo que dijo a este respecto un poeta: «Se excava en cada rincón de Roma y en tierra de los lapones, mientras no sabemos casi nada de la casa de nuestros propios padres.»

Debemos exclusivamente a Gustav Kossinna, el viejo maestro de la prehistoria alemana, que se haya producido un cambio y que el verdadero valor de nuestro pasado haya podido ser puesto al día. Kossinna nos ha enseñado: «No seríamos nada de lo que somos hoy si no hubiéramos tenido la inmensa herencia de nuestros antepasados.»

Gustav Kossinna nació el 28 de septiembre de 1858 en la Marca alemana del Este, en Tilsitt. Como sus antepasados, igualmente originarios de Prusia Oriental, guardó toda su vida profundas raíces en su patria. Su amor por ella brota constantemente en toda una serie de obras que le ha dedicado exclusivamente. Sus padres eran estrictamente conservadores, de ahí su sentimiento nacionalista muy pronunciado desde su primera juventud.

Desde 1876 hasta 1881, se consagró a la filología en Göttingen, Leipzig y Estrasburgo y más tarde, más generalmente, al estudio de la antigüedad alemana.

En Berlín, su maestro, el célebre Müllenhoff, tuvo sobre él una influencia decisiva y orientó sus estudios en una nueva dirección. Trabajando según las investigaciones de su maestro, Kossinna pronto se apercibe de que la ciencia lingüística aporta mucho menos a la sociología, a la antropología y a la historia de la colonización alemana que a la exploración del patrimonio cultural concreto de su pasado.

Después del fin de sus estudios en Estrasburgo, fue nombrado, en 1881, doctor en filología; entonces se orientó hacia la profesión de bibliotecario para ganarse rápidamente la vida. Una larga carrera de bibliotecario le llevó de Halle a Bonn y a Berlín. Durante todos estos años, se consagró ardientemente al estudio de la prehistoria alemana, adquiriendo con innumerables visitas de museos todos los conocimientos necesarios para abordar con notable facilidad las cuestiones raciales de la Antigüedad. Sabemos que se escapaba a menudo de la estrecha esfera de su oficio para consagrarse a sus investigaciones científicas. Lo demuestran, en esta época, los reproches de sus superiores acusándole de no hacer caso a su trabajo profesional por sus estudios científicos.

Cuando accedió a la notoriedad, en ocasión de una reunión de antropólogos en Kassel en 1895, con un tratado sobre «la expansión prehistórica de los germanos en

Alemania», la tendencia de sus trabajos futuros estaba trazada. En ese tratado, que es un hito en su carrera de investigador, Kossinna presenta un nuevo método arqueológico de repoblación que será la clave para reconocer la diseminación de las tribus prehistóricas.

Es preciso evocar rápidamente ese momento en que nació la investigación prehistórica nacional, anunciadora de una ciencia revolucionaria.

Para demostrar la importancia de este acontecimiento, debemos describir la situación de la prehistoria en esa época. No estaba representada en la enseñanza superior y no era más que una ciencia accesoria en el conjunto de las especialidades. Los historiadores, los arqueólogos, los antropólogos y los etnólogos la adoptaban en su esfera de trabajo. No se interesaban por ella más que tiránicas sociedades locales y la Antigüedad alemana había sido marcada con el sello de una ciencia de segundo orden. Tan sólo la sociedad antropológica en tanto que gran asociación científica se esforzaba, de manera notable, en estudiar el pasado. Además, el conjunto de las investigaciones estaba influenciado por el espíritu del «romanismo», óptica parcial originaria del sur, que no dejaba espacio alguno a las concepciones nórdicas.

En esa época resonaron las palabras de Kossinna: «Si me atrevo a poner en relación la arqueología de la patria y considerar la falta de relación de los ricos hallazgos recogidos por nuestro trabajo en el suelo natal...», palabras iniciales de su declaración en Kassel y que resonaron como una trompeta revolucionaria anunciando un estudio profundo de la investigación prehistórica nacional.

El amor profundo del ardiente y patriótico precursor de la Antigüedad germánica se expresa así en su conclusión de entonces: «El carácter nacionalista alemán y la civilización alemana, en su vigorosa supremacía, no tienen ninguna necesidad, para sostener su expansión futura o incluso para la seguridad de su existencia, de referirse a títulos de propiedad de pasados milenios, como han hecho otras naciones, no sin violentar los hechos históricos. Nosotros, alemanes, y con nosotros todos los otros miembros de las familias germánicas, no podemos dejar de estar orgullosos y de admirar la fuerza del pequeño pueblo nórdico, viendo cómo sus hijos conquistaron, en la prehistoria y la antigüedad, toda Escandinavia, se propagaron durante toda la Edad Media en Europa y, en nuestra época, en las regiones más lejanas del globo.»

La utilización que hizo, en ese tratado, de un nuevo método de investigación inventado por él, fue decisiva, «el método de la colonización arqueológica» que abrió el camino a nuevos descubrimientos. Más tarde, resumió este método de trabajo en una frase: «A regiones arqueológicas estrictamente limitadas han correspondido siempre pueblos o grupos étnicos muy definidos.»

Aunque este nuevo método de investigación topó con mucha hostilidad, su justeza se fue imponiendo cada vez más, hasta el punto de que, todavía hoy, constituye el fundamento del estudio de nuestra prehistoria.

Después de numerosos esfuerzos, en 1902, gracias al apoyo de numerosos amigos que habían reconocido claramente en Kossinna un notable investigador, pudo obtener la primera cátedra de arqueología en la universidad de Berlin donde pudo desarrollar durante veintitrés años una muy amplia actividad docente.

La fuerte connotación «nacionalista» de sus trabajos le creó muchos enemigos, pero en cambio también le proporcionó amigos entusiastas. Por otra parte, se enfrentó a una cierta ciencia «objetiva» al subrayar en todas sus investigaciones la fuerza imponente de las razas en el pasado.

Sólo quien conoce los obstáculos que encontró, que se da cuenta de cómo este investigador, imbuido de un ardiente sentimiento nacionalista, uno de los más grandes de nuestro pueblo, ha luchado por el desarrollo de su ciencia, sólo ese puede comprender totalmente la obra de su vida.

No se trataba tan solo de poner fin a la mentira concerniente a la barbarie de nuestros antepasados, sino, en primer lugar, de exorcizar a la óptica que, amparada en la frase fetiche *ex Oriente lux* (La luz viene de Oriente) fijaba el punto de partida de toda irradiación cultural. Por otra parte, la prueba existía: esas culturas orientales había, a menudo, tomado su inspiración en el Norte. Además, esta rama innovadora debía liberarse, antes que nada, de la intrusión nefasta de las disciplinas vecinas con objeto de poderse desarrollar.

Kossinna llevó a cabo esa lucha encontrándose muchas veces solo ante numerosos adversarios. Se comprende, así, que se hiciera tantos enemigos de todas clases. Estamos estupefactos ante un individuo sólo, desprovisto de los grandes medios que les sobraban a sus adversarios, en medio de las peores pruebas de la guerra y de la decadencia nacional, llevar su obra a buen fin y, al mismo tiempo, fundar la sociedad para la prehistoria alemana.

Comprendió claramente que, más allá de la enseñanza consagrada a sus alumnos, que luego podrían luchar por el verdadero valor de su propio pasado, debía dar vida a una sociedad importante que diera a conocer los descubrimientos hechos sobre el pasado alemán en las esferas populares más amplias.

Por tal razón creó, en 1909, la «Sociedad de la Prehistoria alemana» que tuvo como órgano de prensa la revista *Mannus*. Hasta el día de su muerte, pudo aún publicar veintitrés tomos de esa revista. Esta sociedad es actualmente el núcleo del «Reichsbund für deutsche Vorgeschichte» (Liga para la prehistoria alemana), órgano nacional-socialista.

Sus adversarios han reprochado a menudo a Kossinna presentar demasiado parcialmente el aspecto germánico de sus descubrimientos y de haber, pues, exagerado sus objetivos. A ello debemos responder que el viejo maestro fue el primero en permitirnos apreciar nuestra propia cultura ante las culturas extranjeras europeas. La toma de conciencia hecha por Alemania de los resultados y realizaciones de sus antepasados debe ser abonado en el crédito del combate incesante llevado a cabo por Kossinna contra la vieja ciencia rutinaria alemana que se entusiasmaba por los «pueblos clásicos del Sur» y se oponía incomprensiblemente a la «barbarie» de nuestros propios antepasados.

Sus numerosos escritos publicados en revistas, en su periódico *Mannus* así como en su colección, la «Biblioteca de Mannus», tuvieron los efectos más felices. Los 51 tomos de la colección aparecidos antes de la muerte del autor dan testimonio, de manera elocuente, del espíritu creador de Kossinna.

Sus libros: *La prehistoria alemana, ciencia nacional sorprendente (1ª ed. en 1912). La edad de oro germánica en la época de bronce (1913), Los Indo-Germanos (1921), La alta civilización germánica»(1927), Auge y expansión de los Germanos (1928), La cultura germánica del siglo I después de J.C. (1931)*, nos han legado una fuente inestimable de información sobre nuestro pasado.

Cuando Kossinna murió después de una corta enfermedad, a los 73 años, el 20 de diciembre de 1931, la Alemania nacionalista perdió en este hombre notable a un pionero de la exploración de la antigüedad alemana que, jamás, incluso en los días más sombríos que vivió nuestra patria, escondió sus convicciones.

Su vida fue pobre en distinciones honoríficas; se rehusó titularizar su profesorado y se le trató, a menudo, de imponer silencio. No se rindió homenaje a su actividad hasta poco antes de su muerte, cuando la gran delegación de la universidad de Berlin, presidida por el rector, fue a felicitarle por su jubilación de oro y su doctorado.

Si el valor de su obra hubiera sido reconocido antes y el Estado le hubiera concedido la asistencia necesaria, el descubrimiento de la Antigüedad alemana habría podido desarrollarse en un ámbito muy diferente. Nosotros sólo podemos agradecerle su magnífica obra prosiguiendo el trabajo que él inició, en el sentido que él quiso.

(Ver también R.Stampfuss: *Gustav Kossinna, una vida consagrada a la prehistoria alemana.* Ed. Kurt Kabitsch, Leipzig 1935, y el catálogo *La antigüedad vista bajo la óptica nacionalista*, en las mismas ediciones).

II. Geopolítica

OSS.III.2.1

"La casa de la tropa SS". n° 3 especial. 1940.

SS-Ustuf. Dr. Julius Schmidt, París:

Francia

Cuando Laval se entrevistó con el Feldmarschal general von Brauchitsch, hizo la comparación con el general Gamelin; *él comprendió entonces, fue él quien lo dijo, por qué Francia había perdido la guerra.*

Laval ha demostrado, así, que ha discernido las causas del monstruoso hundimiento militar y moral de Francia: *En la hora decisiva, el país no disponía de hombres con una personalidad y una idea, una concepción bien definida del orden.*

El intelecto francés no estuvo dispuesto a aceptar esta verdad hasta los primeros días del hundimiento. Hoy, ya no lo está. En aquellos días, cuando los ejércitos alemanes avanzaban en una victoriosa carrera desde el Mosela hasta más allá del Garona, cuando en Burdeos los políticos preparaban febrilmente su huida, cuando los cadetes de la escuela de caballería de Saumur se lanzaban desesperadamente contra los alemanes a lo largo del Loira, la inteligencia francesa, bajo la presión de los acontecimientos, estaba dispuesta a admitir el desfallecimiento de las cualidades humanas de Francia. Pero ahora que las carreteras están otra vez vacías de los miles de sudorosos refugiados, de las madres y los hijos errantes, de los caballos agotados, ahora que en París se bebe de nuevo el aperitivo familiar y que ya se puede volver a pescar en los ríos durante horas sin temor a ser molestados, ya no se quiere creer. *Ha habido tiempo para estudiar el problema desde otro ángulo, una vez la vida ha recuperado su curso normal.*

Ahora, se juzgan los acontecimientos de una manera racional, como corresponde a un francés. Si se le pregunta a un oficial las razones de la derrota, responde: No estábamos suficientemente motorizados. Si se hace la pregunta a un civil, os explica que los políticos habían subestimado desde hacía mucho tiempo la fabricación de material bélico. Si se pregunta a un hombre inteligente, responde: nuestros políticos eran *estúpidos.*

He aquí las características de la opinión actual tal como se presenta desde el bando francés. Se cree que, por el bando alemán, el buen material y la inteligencia pura han conseguido la victoria pero se olvida que el material es una cosa muerta si no es utilizado por hombres de valor, y también que donde la inteligencia falla, la fe puede por sí sola forzar al destino. *Si los franceses hubieran sido conscientes de esta verdad, no se preguntarían hoy por qué sus carros de 32 toneladas, esos monstruos de acero en los que el alto mando francés había depositado sus esperanzas decisivas, no pudieron contener la rotura del frente en Arras.*

Se atribuye, otra vez, importancia al sentimiento y a la *tradición* francesas. Los intelectuales buscan nuevas fuerzas en una historia glorificada por sus monumentos en la ribera del Sena pero olvidan las enseñanzas que podrían deducir. Muchos franceses leen hoy los nombres grabados en la piedra del Arco de Triunfo en recuerdo del ejército del Gran Corso y hacen tristes comparaciones con la época actual. *En sus comentarios olvidan, sin embargo, que ese ejército llevaba su ideología en sus mochilas, que Napoleón no emprendió su marcha a través de Europa con sólo su material y su nueva línea de infantería*, sino que sus soldados -podría discutirse la siguiente puesta en práctica- tenían fe. Pasan por alto el hecho de que, para ese ejército, «viva el Emperador» y «guerra a los palacios, paz a las chozas», eran algo más que fórmulas pronunciadas sin convicción.

El francés que esboza un retrato de Francia rechaza esta evidencia. El nacionalsocialismo sobrepasa su pensamiento cartesiano. No quiere comprender que ha abordado esta guerra sin ideas y ha sido sumergido por una nueva ideología.

Ante este segundo término espiritual, se ha iniciado el anuncio de una colaboración franco-alemana. Los franceses la han aceptado en su provecho. El pueblo cuyos jefes son, sobre todo, abogados y cuya política de los años precedentes llevaba la marca del «contrato colectivo» se ha puesto enseguida a pensar como un jurista: un contrato de trabajo con párrafos precisos debía redactarse inmediatamente. El Mariscal Pétain se ha levantado hace poco contra la opinión de sus compatriotas cuando ha hecho observar que la era de los juristas había acabado y que la «colaboración» debía ser considerada en vía de desarrollo.

Se abandonan las viejas ideas y el caos de las opiniones para buscar una nueva dirección. Grupos que apoyan su programa sobre el ejemplo nacionalsocialista o fascista creen que una revolución nacional se hace únicamente con la uniformización. Los jefes de estos grupos vienen a las oficinas alemanas para recibir literatura nacionalsocialista y utilizarla luego con finalidades formativas. *En su ardor, olvidan una cosa: las revoluciones están estrechamente ligadas a la raza y al tipo de vida de los pueblos.*

Hay también partidos como el «Partido Francés Nacional Colectivista» que han creado una «Guardia Francesa», una «Guardia Especial» y un «Frente Joven», en el espíritu de la SA, de la SS o de la HJ. Hay un «Partido Francés Nacional Socialista», que ha creado unas «Tropas de Asalto» y un «Estado Mayor». Estos grupos tienen, a su vez, en sus filas, una oposición que afirma haber comprendido el nacionalsocialismo en su forma más pura.

Doriot escribe en *Le Cri du Peuple*. Antiguo comunista ha pasado al campo nacionalista. Afirma que, como antaño en Alemania, los comunistas deben ser convertidos al nacionalismo. Se adhiere a la política del Mariscal Pétain, el «Gran Viejo». Es notable cómo le gustaría trazar un paralelo entre su posición y la del anciano, por una parte, y el acontecimiento del 30 de enero de 1933 en Alemania, por la otra.

Hay fuerzas que se proponen reconstruir Francia, que difícilmente desempeñarán su antiguo papel en las revoluciones a venir. Los *realistas* anuncian sus pretensiones y creen poder acceder al nuevo orden europeo por el canal de una Restauración. Han situado en Vichy a sus hombres de confianza, que deben preparar el terreno para el futuro Reino de Francia, para el Conde de París. La «Alta Sociedad», en sus castillos del Loira, en la Zona Ocupada, parece exteriormente apolítica. *En realidad, la idea de la Restauración es tan viva que los políticos deben tenerla en cuenta y lo hacen.*

La *Iglesia* propone sus servicios, cuyo desarrollo ha alejado el laicismo y la francmasonería. En Vichy, ejerce una influencia preponderante y espera una protección particular por parte del Mariscal. Nunca habría esperado reforzar su posición como hoy. Los *comunistas* tienen también su lugar en esta lucha. Ciertamente, actúan ilegalmente, pero saben muy bien quienes son sus aliados: *la tensa situación social que sigue a una guerra perdida.* Su llamamiento se dirige a la masa, que es la que más sufre de las restricciones cotidianas. Hay un interrogante a propósito del *campesino.* Se halla la respuesta cuando se constata que la mayor parte de los *maestros* no han aprendido nada ni tampoco han olvidado nada.

Más allá del curso aparentemente normal de los acontecimientos cotidianos, muchas personas tienen informaciones de una pretendida «fuente segura» y las difun-

den en sus conversaciones de familia, de oficina o de los salones parisienses. El tema de estas informaciones es siempre el mismo: *Roosevelt y América*. Se trata, así, de recuperar la moral, ya que el golpe final no ha sido asestado a Inglaterra. Aquí, en estos salones, circulan ideas que eran igual de válidas en 1900 y en 1918. El análisis del carácter alemán se limita a los «cuentos de invierno» de Björn o Heine, análisis que ni siquiera se toma la molestia, en el año 1940, de establecer la diferencia entre «prusianos» y «alemanes». También, el eslogan usado por Daladier, según el cual se luchaba, no contra la Alemania de Goethe, sino contra la Alemania de Hitler, obsesiona todavía a los espíritus. A esto se le llama tener «ingenio».

El viejo *amor propio* se inscribe en las combinaciones políticas. No se quiere reconocer que la falta de hombres, en el verdadero sentido de la palabra, de hombres de calidad, fue la causa esencial de la derrota. *Así es cómo, por ejemplo, ha habido una tendencia a interpretar los coloquios franco-alemanes como una petición de apoyo francés.*

Francia ha sido siempre conocida como una vieja nación de rentistas y no ha perdido, ni siquiera hoy en las horas de angustia, esta mentalidad de tranquilidad burguesa y de comodidad cotidiana. Por supuesto, se quiere aprender la lección de la guerra, pero no se quiere pagar el precio. Así es cómo se ha creído que, después de la primera toma de contacto entre el Führer del Reich y Pétain, una masa de ventajas iba a volcarse sobre Francia. Como tal cosa no se produjo, luego siguió la decepción. Sólo se quiere contemplar la recuperación de Alemania en su punto culminante, pero no se quiere ver que esa recuperación tuvo que pasar por la ocupación del Ruhr, la miseria de los parados y enormes sacrificios personales y políticos. *Francia cree que el destino va a hacer una excepción con ella; no quiere creer que, en sus horas dolorosas, su renacimiento no se hará más que con el dolor.*

Tal vez esto cambie un poco cuando la vida de Francia ya no esté influenciada por los intelectuales «enchufados», sino por sus mejores hijos, los que se defendieron hace poco, en el Aisne y el Somme con un coraje obstinado, una vez hayan regresado de sus *stalags*. No obstante, las pérdidas humanas no podrán ser compensadas lo que, para Francia, país deficitario en hijos, es muy inquietante.

La tentativa hecha para encontrar nuevas relaciones franco-alemanas, basándose en la generación de los antiguos combatientes de 14-18 ha fracasado. El símbolo de este trágico fracaso es la muerte del profesor von Arnim, presidente de la sociedad franco-alemana, que consagró varios años a la reconciliación franco-alemana: cayó a la cabeza de su regimiento en junio de 1940.

Hay que preguntarse qué llegarán a ser los jóvenes de 39-40 que han empuñado un fusil. Hoy, todavía no se puede decir nada.

En los Inválidos, en París, se encuentra la tumba del Mariscal Foch. Unos *poilus* llevan a su comandante en jefe sobre una camilla. Se lleva a la tumba el respeto que un soldado debe a su adversario. Pero debemos preguntarnos si nosotros, alemanes, debemos considerar ese monumento funerario como un símbolo. ¿Se han enterrado, con Foch, también ciertos principios?

Una octavilla nos da la respuesta: distribuida hace poco en París, evoca el proceso de Riom. En un dibujo, el viejo Clemenceau se acerca a la mesa del juez y le dice: «¿y yo?».

El espíritu que rezuma esta octavilla nos enseña que debemos mantener los ojos abiertos. Detrás del semblante educado que los franceses nos muestran todos los días, puede esconderse la crueldad que nosotros conocimos en el Viernes Santo, en Essen, en el año 1923.

Esto nos enseña a no considerar de una manera sentimental el problema franco-alemán: debemos conservar nuestra sangre fría, ser totalmente objetivos. *Política pura.*

OSS.III.2.2

Servicio político para la SS y la policía

Directivas para la educación ideológica de los alsacianos

Historia de Alsacia
en el marco de la historia del Reich y de Europa

a) El paisaje de Alsacia, ese jardín bendito entre el Rin y los Vosgos, se corresponde, en todos los puntos, con el paisaje de Baden. La naturaleza ha creado a ambos lados del Alto Rin dos regiones absolutamente similares. El carácter de este paisaje de ríos y de montañas transformado por el hombre en viñedos, ciudades y pueblos, es idéntico en ambas regiones.

Ciertamente, Alsacia y sus ciudades parecen más impregnadas de sueños históricos, más cerca de la Edad Media y de su soberanía que el país de Baden, más abierto al tráfico y a la industria. Sin embargo, la unidad del espacio permanece. Los esfuerzos seculares de los franceses para anexionar esta región rural y «geopolítica» han sido, pues, visiblemente contra natura. Testimonios memorables del Reich y de su cultura, en el sur del país de Baden, la magnífica catedral de Friburgo; en la Alsacia del Norte, la obra de arte única de Erwin von Steinbach, la catedral de Estrasburgo, se miran cara a cara.

Grandes obras debidas al arte alemán han nacido en Alsacia: (Mathias Grünewald, Martin Schongauer, Baldung Grien).

b) Las gentes de Alsacia, como las de Baden, proceden del mismo tronco alemánico. Los alsacianos hablan uno de los más antiguos dialectos alemanes, el *Elsässer Ditsch*. En cambio, no se debe olvidar el hecho de que el carácter alsaciano ha sido modelado por la historia, por las tempestades seculares de su destino verdaderamente europeo, contrariamente a lo ocurrido con los badeneses. El destino ha sido más clemente para éstos últimos; son más tranquilos, más seguros de sí mismos que los alsacianos, más originales, a menudo descontentos de sí mismos y xenófobos, habiendo sabido conservar su particularismo durante siglos, pero habiendo desarrollado también un natural instinto de contradicción cercano a la *oposición por principio*. Así es cómo hay que comprender, por lo menos parcialmente, los contrastes, todavía vivos en la actualidad, con sus primos badeneses. Es muy comprensible que el alsaciano ame con orgullo y amor su hermosa patria y sus ricas tradiciones culturales. Alsacia está, desde hace 2000 años, en la esfera germánica. En el año 58 antes de J.C., este fértil país es ya reivindicado por los suevos, cuyo notable general *Ariovisto* fue derrotado ante Mulhouse por *César*. Más tarde, Alsacia formó parte de la provincia romana de la *Germania Superior*. En la época de las grandes invasiones, Alsacia fue ocupada casi continuamente por los alamanes.

Después de la victoria de *Clodoveo* sobre los alamanes en Tolbiac, Alsacia se convierte en un centro regional del Imperio franco. Después del hundimiento del Imperio de Carlomagno, el país es, al principio anexionado, en 843, tras el reparto de Verdún, al reino de *Lotaringia*, y luego, en 870, al Imperio franco-alemán oriental, por el *Tratado de Mersen*.

Desde Enrique I, el verdadero fundador del Imperio alemán y su poderoso hijo Otón I el Grande, que hizo del Imperio una potencia europea, Francia fue rechazada hasta el límite de los cuatro ríos, el Escalda, el Mosa, el Saona y el Ródano. Alsacia vivió su expansión cultural y religiosa ya antes del año 900. Después de los emperadores sajones, la nueva fusión de los alamanes con la estirpe de los duques de Suabia y de Alsacia y la promoción de los Hohenstaufen suabos a la dignidad imperial estuvieron en el origen de una brillante época para el país. Federico Barbarroja reside en su castillo imperial de *Haguenau* y su genial nieto Federico II considera Alsacia como «su bien hereditario más precioso»!

Ahora, situada casi en el centro del Imperio, Alsacia representa el eje de la

Europa unida en su seno. En ella nacen grandes historiadores y poetas (Gottfried de Estrasburgo, el autor de «Tristán e Isolda», Reimar von Haguenau).

Tras la caída de los Staufen, la región fronteriza pasa en 1268 a manos de los condes de Habsburgo, de la futura generación de emperadores. Sin embargo, poco después, en el curso de los siglos siguientes, comienza a ejercerse la presión cada vez más



Antes luchar y morir honorablemente que perder la libedrtad y corromper su alma.Divisa de la ciudad libre de Estrasburgo.

fuerte de Francia en dirección a las fronteras occidentales del Reich. Cuanto más decae la unidad alemana en el curso de esos siglos, tanto más estalla Alsacia en un mosaico de pequeños principados, al faltarle una dinastía de origen. El laberinto de las pequeñas ciudades libres, principados, ciudades imperiales, capítulos y monasterios se parece, a escala reducida, al desmembramiento del mismo Imperio.

En el siglo XV, un primer ataque francés es heroicamente rechazado. Un siglo más tarde, en 1552, la traición del elector *Moritz de Sajonia*, que entrega los *obispados* de Metz, Toul y Verdún al rey de Francia, hace presagiar los mayores peligros para la región, mientras que desde el siglo XV el conjunto de la vida espiritual de Alsacia alcanza su apogeo (1439, terminación de la catedral de Estrasburgo, 1440, invención de la imprenta con letras móviles por *Gutenberg*, de Maguncia, en Estrasburgo).

El país vio la Reforma aún bajo soberanía alemana, al mismo tiempo que una pujante revolución científica (humanismo del Alto Rin) y literaria (Butzer y Jacob Sturm, reformadores estrasburgueses, enfrentados al gran poeta satírico católico Thomas Murner). Los esfuerzos reformistas imperiales y social-revolucionarios del movimiento campesino que empiezan en Alsacia con una fuerte tendencia antijudía ponen al país en efervescencia; también en Alsacia, el particularismo espiritual y mundialista de los príncipes seculares y religiosos se impone a los caballeros fieles al Imperio, a los campesinos y a las ciudades. La situación está madura para Francia, y Alsacia se convierte en el centro decisivo de la gran política europea.

En el siglo XVII una miseria extrema afecta al Reich y al pueblo alemán. La guerra de los Treinta años sella el triunfo de las feudalidades y de las divisiones religiosas y locales. La dinastía católica de los Habsburgo, cada vez más distanciada de Alemania, debe librar una guerra sobre dos frentes, al oeste y al este (Turquía, Hungría, Bohemia) y atascada con España, en una desgraciada política supranacional. Pero Francia, cuyo régimen real domina las tensiones partisanas y funda el Estado administrativo absolutista, utiliza la oposición política y religiosa en el Imperio, y en el siglo XVIII el dualismo Prusia-Austria, en la óptica de su objetivo: *la hegemonía en Europa*. Alsacia, en el punto central, será la posición clave de todos sus esfuerzos.

El gran cardenal de Richelieu redacta, en 1629, su célebre programa que ha permanecido en vigor hasta 1940, a pesar de las formas cambiantes de los regímenes políticos, y como fundamento de la política extranjera francesa. Richelieu aprecia justamente la posición crucial de Alsacia «... conquistar, con Estrasburgo, una vía de invasión hacia Alemania. Lentamente, discretamente, prudentemente».

Francia ya había conseguido, durante la guerra de los Treinta Años, poner pie en Alsacia. *El Tratado de Westfalia* en 1648, que aún es, para los historiadores franceses del siglo XX la gran carta de la política extranjera francesa, transfiere a Francia (en una terminología jurídica muy equívoca), las posesiones y los derechos de la Casa de Habsburgo.

Luís XIV, el «Rey Sol» se anexiona pedazo a pedazo la tierra alemana de Alsacia gracias a los edictos de sus célebres «parlamentos» con el pretexto de un desvergonzado procedimiento jurídico.

El Imperio consiguió agrupar, contra el bandidaje de Luís XIV, con la ayuda del *Gran Elector de Brandenburgo*, un ejército en la orilla izquierda del Rin. La diplomacia francesa, muy superior, muestra sus cartas contra la Austria de los Habsburgo y de los Brandenburgo en Suecia y en Polonia (y más tarde con los turcos contra Viena), para proteger su política de ladrona. El Gran Elector abandona Alsacia a finales de 1674. En 1675, se obtiene una brillante victoria contra los suecos en Fehrbellin, pero Francia ha alcanzado su objetivo: en 1681, en plena paz, un fuerte ejército francés se apodera de la ciudad libre alemana de Estrasburgo. La pérdida de Alsacia quedaba así sellada durante 189 años. La gran indignación que sintió todo el pueblo alemán ante esa infamia no sirvió de nada, aunque se elevaran contra el ultraje inferido al Reich, el *Gran Elector* y otras personalidades alemanas de peso, como el margrave Luís de Baden. El Reich debió concluir, en 1684, en Regensburg un armisticio de veinte años con Luís XIV, según los términos del cual conservaba todas las regiones poseídas hasta el 1° de agosto de 1681, así como Estrasburgo (robada el 30 de septiembre).

Por otra parte, el *obispo* local, Franz Egon von Fürstenberg, desempeñó el la-

mentable papel de traidor en ocasión de la toma de Estrasburgo. El golpe de fuerza fue preparado y llevado a cabo con su colaboración y, cuando Luis XIV hizo su entrada solemne en la antigua ciudad imperial, el príncipe de la Iglesia, de origen alemán, le saludó con una blasfemia repugnante, comenzando su alocución con las palabras bíblicas: «Señor, ahora deja ir en paz a Tu servidor, pues mis ojos han visto a Tu ungido».

A finales de siglo, Prusia traicionó también por egoísmo los intereses superiores del Imperio, en ocasión del Tratado de Basilea (1795) y entregó Alsacia a Francia. Bajo la monarquía borbónica, no hubo romanización hasta la gran Revolución. Políticamente, era una provincia de Francia, pero era tratada como una provincia extranjera. De todas maneras, culturalmente, la vinculación con el germanismo se conservó. Cuando Goethe estudió en Estrasburgo, era todavía una ciudad fundamentalmente alemana.

Pero la Revolución Francesa manifiesta directamente en Alsacia, como en el resto de Europa, su fuerza centralizadora superior al pueblo en el sentido de un afrancesamiento total. Las oleadas del mayor trastorno que ha sufrido la historia europea inundan también Alsacia, y, con gran insistencia, la propaganda revolucionaria se efectúa no sólo en el terreno político-social, sino también en el terreno cultural. Desde esa época, el reclutamiento cultural francés en Alsacia ha incitado, de manera ejemplar, a que el himno de la nueva Francia, la Marsellesa, sea cantada por su entusiasta poeta, *Dietrich*, por primera vez en el salón del burgomaestre de Estrasburgo (el hecho de que *Dietrich* debiera subir al patíbulo no menoscabó ese recuerdo). Además, el hecho de que alemanes de Alsacia accedieran a los más altos cargos en las guerras revolucionarias y las campañas de Napoleón, contribuyó al afrancesamiento.

En la época revolucionaria, y durante la era napoleónica, se efectuó la refundición política total en el nuevo sistema centralizado de Francia. Cultural y políticamente, la gran burguesía alsaciana se ha ido implantando cada vez más en París, y esta evolución continúa constante hasta 1870. La clase dirigente es, pues, ampliamente romanizada, mientras que la población rural y las clases medias permanecen fieles a su lengua y a sus costumbres bajo la influencia de animosos líderes.

Después de 1870, cuando Bismarck hizo realidad el viejo sueño de la mayoría de alemanes y reintegró Alsacia-Lorena como «provincia imperial» en el nuevo Imperio, aquella clase superior emigró a Francia donde siguió la problemática vía de los «protestatarios».

La época de 1870 a 1918 revela, desgraciadamente, dejando a parte los magníficos resultados obtenidos en la administración y en la gestión económica, una serie de errores políticos. Ya la instauración de una región imperial, unida, además, a Lorena, es considerada como una mala solución por los alsacianos, que la ven como una especie de estatuto colonial. Los altos funcionarios prusianos no hacen gala, siempre, de la habilidad psicológica necesaria, lo que también es equiparable a la instrucción de los alsacianos en el ejército. Las propuestas culturales y políticas alemanas son inexistentes; ciertamente, la ciudad universitaria imperial de Estrasburgo está en el origen de notables trabajos científicos, pero tiene poca acción en profundidad. Uno de los mayores peligros reside en el hecho de que la administración alemana se apoya generalmente en esa clase superior francófila de notables, en vez de arraigarse en las amplias capas populares en su mayor parte adictas a la conciencia alemana.

Se es, a veces, demasiado condescendiente con enemigos y traidores, mientras que falta el necesario tacto con el hombre sencillo, con sus cualidades originales, con su chauvinismo. Por desgracia, estos errores y estos malos cálculos, a menudo simples, desacreditan en la conciencia popular el gran resultado obtenido por el Imperio en el terreno político y económico que están en el origen de una insospechada expansión del país.

Cuando el ejército alemán, harto de batallas, pero sin embargo invicto, debe evacuar el país en 1918, los franceses son, de entrada, clamorosamente aclamados como «libertadores». No obstante, esta actitud no dura mucho tiempo y pronto la fidelidad a la patria y a la conciencia alemana hace de nuevo oír su voz en el pueblo campesino. El malestar causado por la mala gestión administrativa y política de la Tercera República se va extendiendo. Los «autonomistas» aspiran, por lo menos -he aquí una nueva prueba de falta de cultura política- a una especie de estatuto independiente en la administración, la jurisprudencia y la cultura. Más de un alsaciano habría aprobado

una independencia estatal total, como la de Suiza.

Los campeones de la libertad son condenados en los grandes procesos (en invierno de 1939, el viejo Karl Roos cae como un mártir en Nanzig -Nancy- por su fidelidad a la sangre alemana).

A pesar de ello, no se puede negar que la influencia francesa era fuerte en una gran parte de las clases dirigentes intelectuales y económicas. Sin embargo, en 1940, después del total hundimiento de la judaica Tercera República, llegó el momento en que una gran parte de los grupos alsacianos recobró la conciencia de su identidad. Entretanto, la administración y la autoridad alemanas han instaurado el orden en la región. Pero es perfectamente comprensible que ahora, con los rigores de la guerra, el «espíritu de campanario de los alsacianos» se haga notar de nuevo. Puede explicarse por la particularidad de su carácter que, como en 1870, demuestra otra vez su simpatía por Francia. ¡Es la oposición por principio, siempre contra el poder dominante! Pueden mencionarse, otra vez, errores psicológicos en las relaciones humanas. Pero Alsacia pertenece, de nuevo, -y esta vez de manera definitiva- al Imperio. Debe devenir un miembro consciente de la comunidad popular alemana y del orden de la nueva Europa.

Alsacia y el Imperio

Encontraréis, en el precedente esbozo histórico, suficientes elementos que permitan reforzar y provocar en los alsacianos el despertar, a la vez, del sentimiento alemán y de la conciencia europea. La apelación al orgullo nacional será el prólogo de la nueva Europa.

Alsacia ha sido más de una vez el punto focal de la gran política europea y, en los tiempos de apogeo del Imperio, el país formaba el centro de la unidad europea en el Sacro Imperio Romano-Germánico, por sus fortalezas, sus castillos imperiales, sus ciudades, su espíritu fiel al emperador y su mentalidad muy occidental. Se puede constatar de manera muy manifiesta por su historia futura, que la desintegración del Imperio es comparable a la de un organismo que pierde su cabeza y sus miembros. La época de la dominación extranjera francesa demuestra la imposibilidad de una hegemonía por parte de la extremidad continental. La época que siguió a la Revolución Francesa condujo a la gran división de la unidad económica y política, a través de la ideología de la gran burguesía y de la idea del Estado nacionalista imponiéndose cada vez más. Hay que observar que la «civilización» francesa, a pesar de un barniz exterior de «sociedad europea», no era una idea verdaderamente unificadora, ni suficiente para basar en ella una reunificación europea.

El Imperio bismarckiano, en tanto que gran potencia ubicada en el corazón del continente, debe ser también considerado como el primer paso hacia un orden nuevo, lo que quedó demostrado por la política de paz y de alianzas de Bismarck después de 1870. Inglaterra sería designada como la enemiga de una sociedad europea estable, y Francia como su arma continental amenazando al Imperio en su misión europea.

La Primera y la Segunda Guerras Mundiales deben ser consideradas como un todo, la tentativa de liberación definitiva y de independencia de una Europa amenazada por potencias superpobladas. La nueva Europa nacerá en medio de las tempestades de la Segunda Guerra Mundial y es en la camaradería en el combate de la Waffen SS donde ella encuentra su primera expresión.

Es precisamente en los alsacianos donde debe nacer y fortalecerse el orgullo de la fraternidad de armas con la mejor juventud de Europa. La Waffen SS, vanguardia de los pueblos libres contra el bolchevismo (véase también la obra *Europa y el bolchevismo*) lucha por el centro vital del continente, el Imperio, pero también por la vida de todos los pueblos europeos. La nueva Europa conservará y reforzará la rica cultura de sus pueblos y de sus razas, su tradición milenaria, su diversidad y su individualidad, todo el tiempo en que continúen siendo fuertes y vivas, con vistas a un futuro mejor. El *alsaciano* no debe ser hostilizado en su amor por su patria, su consciencia étnica y su dignidad de vivir. No se le debe «uniformizar», pero él debe comprender bien que esta lucha internacional no se hace para conservar ciertas tradiciones ni para recuperar un bienestar material y espiritual, sino por la misma existencia de Europa. Esta existencia no podrá

prolongarse más que en un orden de vida nuevo y mejor, una verdadera y fuerte comunidad de pueblos bajo la dirección del Imperio. Originalidad y particularismo provincial a todo precio serían grotescos ante la terrible realidad de las potencias mundiales extranjeras, del bolchevismo y del americanismo, el avasallamiento de la humanidad bajo la feroz férula de la potencia mundial judía.

La vida en común de los hombres y de los pueblos deberá fundarse sobre nuevas bases. La nueva Europa será forjada batiéndose bajo el estandarte del socialismo revolucionario. Se comprenderá la importancia del socialismo alemán en su proyección europea por la lectura de la literatura contemporánea. Nuestra posición sobre la propiedad privada deberá ser examinada de cerca. Las líneas de base para la futura organización del continente en el terreno social han sido trazadas por las grandes realizaciones socialistas del nacionalsocialismo, entre 1933 y 1939.

Además, hay que acentuar el hecho de que la alianza entre la plutocracia y el bolchevismo así como el judaísmo subyacente se ha efectuado a causa del miedo provocado por la voluntad revolucionaria de la nueva Europa y del *verdadero socialismo* de Adolf Hitler (comparar con la primera edición de *Servicio político para los oficiales SS*, pp. 13, 21 y la obra *Europa y el bolchevismo*).

Hay que hablarles también a los alsacianos del concepto de la Sangre y el Suelo, del gran valor de la vida campesina y de la agricultura en tanto que fuente de vida biológica de los pueblos, concepto preconizado por el nacionalsocialismo.

El concepto de Imperio y la idea de identidad europea deben ser tratados desde el principio al fin de la instrucción tanto en un espíritu de práctica como de conocimiento y de formación de la voluntad.

OSS.III.2.3

"Anales", nº 2. 1944. Edición de la brigada SS Valonia.

Germanos y alemanes

Se constata en los historiadores alemanes contemporáneos una tendencia muy neta a la ampliación de la visión histórica.

Y esta tendencia no es en absoluto lo que se podría llamar una tendencia «anexionista» basada sobre un estrecho sentimiento nacionalista alemán.

Anteriormente, los historiadores alemanes tuvieron tendencia a confundir la historia de los alemanes con la de los germanos.

Actualmente se están haciendo unas puntualizaciones muy útiles, pues clarifican las intenciones alemanas desde el punto de vista de la política europea.

En su notable obra «Las grandes Epocas de la Historia Alemana», el historiador alemán Johannes Haller expresa a este propósito muy curiosas reflexiones:

«Tal es la fuerza de la costumbre, incluso entre los sabios, que no prestan atención a esa confusión de los términos: asimilan alemanes a germanos. ¿Con qué derecho? Indiscutiblemente, los pueblos escandinavos son germanos; sin embargo, nadie ha tenido la idea de incorporar su historia a la nuestra. Germanos también, lo quieran ellos o no, -en la época contemporánea no lo quieren, pero eso no cambia nada- los ingleses. Para ser honestos, se debería incluso decir que, en el curso de la historia, los representantes más influyentes del germanismo han sido los ingleses...»

Germanos y alemanes no son sinónimos. Todos los alemanes son germanos, pero los germanos no son todos alemanes. Entre los pueblos germánicos, los alemanes forman un grupo particular, y -lo que es de importancia capital-, un grupo originariamente dividido. No vivían juntos al principio, en absoluto, sólo con el tiempo se fueron aproximando y se desarrollaron conjuntamente. En pocas palabras: el pueblo alemán no es el resultado de una unión natural, sino que su unidad ha sido forjada por la historia. Se ha estudiado mucho para determinar el grado de parentesco existente entre los diversos pueblos germánicos, con la esperanza de poder probar que algunos eran, por naturaleza, próximos a los otros; se ha intentado particularmente demostrar

que las tribus cuya ulterior reunión ha formado el pueblo alemán constituían precisamente, por naturaleza, un grupo coherente, una familia especial entre las tribus.

Estos esfuerzos están destinados al fracaso. Si hubo entre las tribus germánicas un grado más o menos cercano de parentesco, no se puede decir lo mismo de las tribus alemanas posteriores, tales como aparecen en la historia: no hay entre ellas comunidad natural. Se comprenderá fácilmente con una observación muy simple. Todos los que han tenido la ocasión de comparar a los hannoverianos, hambugueses o bremenses con los ingleses, saben que son muy parecidos, se asemejan extraordinariamente en muchos aspectos, en pocas palabras, son casi iguales. ¿Es posible discernir el mismo grado de parentesco natural entre un hamburgués y un suabo, entre un oldenburgués y un bávaro, cuando se les ve y cuando se les oye, por su dialecto?

Me permito dudarlo.

Podemos, pues, establecer lo siguiente: las tribus alemanas no se desarrollaron bajo la forma de pueblo alemán porque estuvieran unidas por lazos naturales, sino que se unieron por el destino, o, dicho con otras palabras, por la historia.

Se conocen esas tribus: existen aún hoy, están vivas y cognoscibles: francos, suabos, bávaros, turingios, sajones, frisones. Su destino común y sus éxitos constituyen la historia alemana. Por consiguiente, la historia alemana no puede empezar más que a partir del momento en que las seis tribus se reúnen.

Esto pasó relativamente tarde, y por etapas. Esta reunión fue obra de una de estas tribus, los francos. Los reyes francos sometieron a las otras tribus a su dominación, unas tras otras. Clodoveo y sus hijos, en la primera mitad del siglo VI, sometieron a los suabos, que se llamaban entonces *alamanes*, los turingios y los bávaros. Las cosas quedaron así. Hubo incluso una regresión en el siglo VII: los vencidos recobraron su independencia, hasta que en el siglo VIII una nueva dinastía franca consiguió rematar la obra interrumpida. Carlos Martel derrota a los turingios y a los frisones; sus hijos vencen a los suabos; Carlomagno, los bávaros (788) y finalmente los sajones, tras una lucha de treinta años. En el año 804, el proceso ha terminado. Alrededor de un siglo más tarde comenzará la historia alemana propiamente dicha. Y toda esta historia, en el transcurso de mil años, no será más que un largo proceso de unificación nacional, con alternativas de progreso, de vuelta atrás, de integración y de desintegración.

Ha tenido que ser Adolf Hitler quien coronara esta obra histórica grandiosa al estabilizar el Gran Reich Alemán.

Pero ya se debe mirar más alto y más lejos. Esta unificación alemana, que no fue el efecto de un determinismo histórico, sino el de una voluntad histórica, es, en cierta manera, la prefiguración de la gran unificación germánica y europea.

Lo que los francos hicieron en los siglos VI al VIII, porque eran los portadores de una voluntad histórica, los alemanes pueden hacerlo en el siglo XX porque ellos son, también, portadores de una voluntad histórica y porque son el pueblo germánico más fuerte y más poderoso.

El ritmo de la historia se acelera, y ya no se trata de establecer la supremacía del Imperio alemán, sino de construir un nuevo Imperio germánico que una a todos los pueblos de sangre germana.

El Imperio germánico no es tan sólo una simple ampliación del Imperio alemán. Es otra cosa que se establece sobre un plano superior. Lo que será ese gran Imperio germánico de los nuevos tiempos, nadie, ni siquiera en Alemania, puede predecirlo con precisión, pues aquí no se trata de una construcción arquitectónica según unos planos teóricamente preestablecidos. Se trata del desarrollo de un organismo vivo animado por una voluntad común de todos los pueblos de sangre germana.

Pero ya, en el hecho de hoy se haga tan bien la distinción entre alemanes y germanos, se puede ver una preciosa orientación y conocer, por lo menos, lo que no será el nuevo Imperio de los germanos.

Así ya se ve que, en ese gran Imperio, todos los germanos podrán entrar, no como vencidos, sino como hombres libres.

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1938.

SS-Sstuf. Dr. Karl Viererbl:

Checoslovaquia

Resumen histórico sobre el país y su estructura política.

Más de 2.000 kilómetros de frontera alemana, del Oder por las alturas de los Sudetes, del Etzgebirge y de los bosques de Bohemia hasta el Danubio, cerca de Presburgo, separan los Estados alemán y checo. La *frontera estatal* no es la *frontera de los pueblos:* corta por la mitad la carne viva del pueblo alemán y convierte en ciudadanos checos a tres millones y medio de alemanes.

La historia de los Sudetes, al oeste del Estado checo, muestra que este país es habitado desde hace siglos por alemanes.

La política llevada a cabo por Checoslovaquia indica, sin embargo, que fue creada *para cumplir una misión anti-alemana.*

Historia de los Sudetes

El país de los Sudetes formaba parte, antaño, de la esfera de influencia de la cultura nórdica. Sus primeros pobladores conocidos, los celta *boyanos*, dieron su nombre a Bohemia.

Las ramas germánicas de los *marcomanes* y de los *quados* inmigraron al país de los Sudetes durante el último siglo antes de Jesucristo. Bajo el reinado de *Marbod* nació allí un gran Imperio alemán que desafió al poderío de Roma. Tras su partida hacia las montañas, entre el Lech y el Enns, otras ramas germánicas les siguieron en la zona de hábitat abandonada, tales como los *lombardos*, los *hermunduros*, los *rugios*, los *turingios* y otros.

Sólo a principios del siglo VII consta la instalación de ramas eslavas en el país de los Sudetes. No eran hombres libres, sino *sometidos a los avaros*, de los que fueron liberados por el comerciante *franco* Samo, que se puso de su parte y les ayudó en su lucha. Le eligieron rey al final de la guerra pero, a su muerte, el Imperio se descompuso de nuevo y los *avaros* recuperaron su predominio sobre las ramas eslavas.

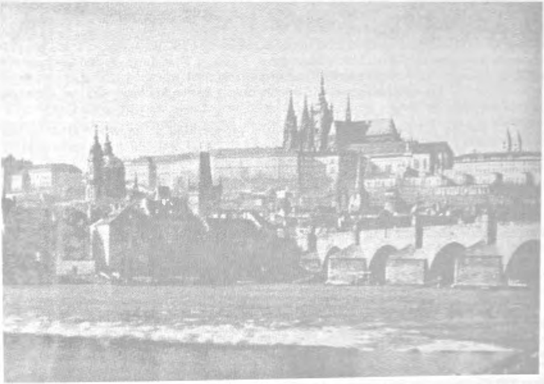
Por segunda vez, fueron los *francos* los que liberaron a los eslavos de su sujeción a los *avaros*. Y fue bajo Carlomagno que el país de los Sudetes fue englobado como país vasallo en la esfera alemana. La unificación de las ramas eslavas y el nacimiento del pueblo checo en territorio alemán se produjo bajo la autoridad de la familia de los duques de *Przemysl.* Así como en los tiempos de Samo, el país y el pueblo habían vivido un floreciente desarrollo, igualmente vivieron de nuevo una época de inesperada prosperidad durante los siglos de estrecha unión con el Imperio alemán.

La llegada de princesas alemanas a la corte de Przemysl provocó la llegada al país de nobles alemanes, de frailes, de burgueses y de campesinos y, con ellos, del *arte alemán.* No sólo la inmigración alemana reanimó en Bohemia y en Moravia el fuego de la tradición alemana, que incubaba sin interrupción desde la era germánica, sino que influenció, por su *modelo* y su *ejemplo*, en el comportamiento del pueblo checo y redujo la distancia entre alemanes y checos.

Los primeros obispos de Praga fueron alemanes. Los monjes y monjas alemanes en los establecimientos monacales eran no sólo los embajadores de la nueva fe sino también los heraldos de la cultura técnica alemana. Ellos desbrozaron los bosques, secaron las marismas y fundaron explotaciones agrícolas. Los claustros llegaron a ser también centros de cultura espiritual y política, y los castillos locales entraron en competencia con ellos. Los trovadores alemanes hicieron resonar en ellos sus cantos. La corte de Przemysl era un calco del modelo alemán y el mismo rey Venceslas tocaba la lira.

Entretanto, en las ciudades que iban naciendo en el país, todas inspiradas en el modelo alemán, florecía el artesanado. Se instauró el *derecho de Nuremberg* y el de *Magdeburgo*. Muy pronto, la tradición y el carácter nacional alemán tuvieron una influencia primordial en el país y en el pueblo checos. Esta realidad fue reconocida por los duques y reyes de Bohemia y concedieron a los alemanes grandes privilegios en el país. En el revelador documento histórico por el cual el duque *Vratislas* (1061-1062), concedía a los alemanes en el país en general y en Praga en particular, ciertos privilegios, documento renovado cien años más tarde por el duque *Sobieslas*, se lee textualmente:

«Tomo a los alemanes...bajo mi gracia y mi protección y, como son diferentes, como pueblo, de los checos, quiero que sean diferentes también en sus derechos y en sus costumbres. Les concedo, pues, vivir según la ley y el derecho de los alemanes, que son los suyos desde los tiempos de mi abuelo. Sabed que los alemanes son gentes libres.»



El castillo de Praga, testimonio del genio Alemán

La oleada de inmigrantes alemanes llamados al país por los reyes y los nobles se incrementó a principios del siglo XII y en el curso del siglo XIII. Más de 700 pueblos fueron fundados en esa época.

La dinastía de los Przemysl se extinguió en 1306. La personalidad más enérgica fue Ottokar II que, en una desmesurada ofuscación, atacó a la corona real alemana. La corona y el país fueron a parar entonces a la dinastía alemana luxemburguesa. En 1310, *Juan de Luxemburgo* subió al trono de Bohemia. Su hijo *Carlos IV* llevó a cabo el sueño de Ottokar I Przemysl e hizo de Praga el centro del gran Imperio alemán. Los emblemas del Imperio se conservarían durante decenas de años en la ciudad de Karlsburgo que Carlos IV había fundado.

Con este rey, Praga conoce su mayor desarrollo y, aún hoy, los edificios de esa época dan fe de la prosperidad reinante entonces en el país. Arquitectos y artesanos alemanes modelaron el aspecto de la ciudad. En 1348, nació en Praga *la primera universidad* alemana.



Tumba vikinga hallada en la zona.
Los vikingos fueron los fundadores de la ciudad de Praga.

El interior del país atestigua también la prosperidad de aquella época. No sin razón se llama a Carlos IV el «padre fundador» del Reich, él, que había dedicado todo su amor a Bohemia.

Después de este período, el país entró en una época agitada. Fuerzas checas se sublevaron y resistieron contra la influencia alemana. Bajo el débil rey Venceslas IV, que perdió también el trono alemán, consiguieron imponerse. Su portavoz era el profesor de la Universidad de Praga, *Jun Hus*, que preconizaba las corrientes religiosas nacionales y sociales de la época y, siguiendo el ejemplo del inglés *Wycliffe*, empezó a predicar su propio evangelio.

Cuando, en 1415, fue condenado a muerte y quemado vivo como hereje por el Concilio de Constanza, el pueblo checo ya tuvo su mártir. La tempestad se desencadenó entonces en el curso de las guerras husitas contra todo lo que era alemán en el país y que se identificó con el catolicismo. Al final de las guerras, la prosperidad del país había desaparecido, las ciudades y aldeas se habían arruinado, los campos y los pastos, desertizado, la industria y el comercio, aniquilado. El perjuicio para los alemanes fue muy grande.

Pero fueron otra vez los alemanes quienes dieron vida y prosperidad al país en siglo XVI y curaron las heridas que le habían causado las guerras husitas. Después de éstas, los checos colocaron en el trono de Bohemia al más poderoso gentilhombre del país, *Jorge de Podiebrad*, y fundaron así un reino nacional. Sin embargo, la esperada recuperación del país no se produjo.

En 1526, el país de los Sudetes, tras un período de desastre económico y cultural, volvió a los Habsburgo. Los siguientes años, su desarrollo se vio frenado por los trastornos religiosos de esa época pero, gracias a la influencia alemana, se produjo una recuperación, precursora de su independencia como Estado.

Los Estados checos reservaban al gobierno de los Habsburgos las más terribles dificultades. Las relaciones entre el *Hradcany* y la *Hofburg* empeoraron todavía más a causa de las oposiciones religiosas. Cuando la nobleza de Bohemia, tras la muerte del emperador *Mathias*, declaró a los Habsburgo desprovistos del trono de Bohemia, se llegó a la lucha abierta. El 6 de noviembre de 1620, en la Weisen Berg, cerca de Praga, los imperiales batieron a los protestantes. Los checos, en vistas de las consecuencias de esta batalla, han considerado esta derrota como una victoria de los alemanes contra los checos. Era, en realidad, una victoria de la potencia central imperial contra la dominación de clase en Bohemia y, si se prefiere, una victoria de Roma sobre Wittenberg. Los bienes de los sublevados fueron confiscados; toda la población debió hacerse cató-

lica. Quien no quería abjurar perdía todos sus bienes. Las fincas confiscadas a la nobleza alemana y checa fueron atribuidas a la nobleza católica y fiel a la Iglesia. Su nacionalidad no tenía nada que ver. Los nuevos propietarios agrarios eran tanto italianos, como españoles o franceses, alemanes o checos, pues, tal como hemos dicho, el criterio para la atribución de tierras eran la fe católica y la fidelidad a los Habsburgo.

Después de la batalla de Weisen Berg, la nobleza de Bohemia cambió de actitud. Los rebeldes se convirtieron en cortesanos que transfirieron su residencia a la corte imperial y llevaron una vida fastuosa cuyo coste debió asumir el pueblo checo con su trabajo y su servidumbre. Los nobles de Bohemia se convirtieron así en los opresores del pueblo checo, que el príncipe alemán *José II* y el campesino alemán *Hans Kudlich* liberó con la abolición de la servidumbre. Los checos no quieren admitir esta realidad. No cuadra con su mito histórico de la opresión de los checos por los alemanes y, sin embargo, tal es la verdad histórica.

La lucha por la independencia del estado checo

El despertar de los checos a la conciencia nacional a finales del siglo XVIII motivó su aspiración a un Estado independiente. Cuando Napoleón hizo su entrada en Viena, una delegación checa le rindió homenaje y le entregó un memorándum que demostraba que la creación de un Estado checo independiente en el corazón de Europa, sería *la mejor garantía para su soberanía en la Europa Central*.

Esta memoria fue considerada como un estallido de entusiasmo romántico y las conversaciones del primer congreso paneslavo de Praga, que se celebraba al mismo tiempo que la reapertura del parlamento alemán en Frankfurt, anunciaron la realidad política de la lucha checa por su independencia. En política interior fue una lucha contra el centralismo del Estado sobre unas bases federales que debían procurar a los checos *la autonomía de su zona de hábitat*. Al mismo tiempo, los checos entablaban relaciones con *París y San Petersburgo*. Sin embargo, todavía no imaginaban la destrucción de la vieja monarquía danubiana, pero contaban con su debilitamiento, del cual esperaban la realización de sus esperanzas en política interior. Sus cálculos en política exterior eran éstos: la alianza de Austria-Hungría con el Imperio alemán significa un refuerzo para el gobierno de Viena y de su centralización. Todo debilitamiento de la potencia alemana significaría también un debilitamiento de la política de los Habsburgo. Por eso se alegraron por el acercamiento franco-ruso contra Alemania que culminó en una alianza militar, pues de ella esperaban un debilitamiento del Imperio alemán y, en consecuencia, de Austria-Hungría. Al final de una guerra perdida, se llegaría a una guerra social o nacional. En un caso, el resultado sería una remodelación federativa de Austria-Hungría, en el otro, el nacimiento de un Estado independiente checo.

La Gran Guerra estalló, para el Reich, en dos frentes, contra Francia y Rusia: los checos vieron que había llegado su hora. La política interior checa comenzó su *labor de sabotaje* y trabajó en el debilitamiento de la monarquía danubiana. Los políticos checos en el extranjero, en particular *Masaryk y Benes*, se esforzaron en persuadir al mundo de que la liberación de los pequeños pueblos y, de paso, la solución del problema de las nacionalidades en Europa, *debía ser el objetivo de la Gran Guerra*. Pero esto no sería posible sin la destrucción del Imperio de los Habsburgo. La Guerra mundial sería la guerra de la libertad contra la opresión de los Habsburgo, de los Hohenzollern y de los Romanov. Tales eran los argumentos de los checos.

Cuando el presidente americano, a principios de 1918, publicó sus famosos 14 puntos en los cuales él construía la futura Europa sobre la base del derecho de las etnias y de los pueblos a disponer por sí mismos de su destino político, la suerte de Austria-Hungría estaba echada.

Los checos dieron a conocer sus ambiciones sobre los Sudetes, Bohemia, Moravia, Silesia, los Cárpatos, Eslovaquia y Rutenia. Explicaron que sólo esa extensión les permitiría cumplir su función anti-alemana: el muro contra la *Drang nach Osten*. El derecho a la autodeterminación no se da a todo el mundo. Además, sería *«injusto que unos cuantos centenares de miles de checos fueran sacrificados al pangermanismo»*, escribía Masaryk en su libro presentado a la Conferencia de la Paz: *La nueva Europa*, en el cual

daba las razones para erigir un nuevo Estado checo independiente. Que más de tres millones de alemanes fueran sacrificados a los checos no le parecía injusto al filósofo humanitario Masaryk. En compensación de su privación a la autodeterminación, las etnias incorporadas *contra su voluntad* recibirían la más amplia *autonomía administrativa*. Una *nueva gran Suiza* debía nacer, en la cual la especificidad de las etnias sería garantizada.

Los checos y los eslovacos, que habían ya decidido en 1915 en París, y luego, más tarde, en Moscú y Cleveland, formar conjuntamente un Estado, firmaron el 30 de mayo de 1918, en Pittsburg, un tratado en el cual ratificaron su voluntad de fundar un Estado. Ese tratado prometía a los eslovacos *la más completa autonomía y un parlamento independiente*.

El estado independiente checoslovaco

La república checoslovaca fue proclamada el 28 de octubre de 1918, en Praga. La vieja monarquía danubiana agonizaba. El Imperio de los Habsburgo, sobre el cual antaño no se ponía nunca el sol, se hundía. El frente austriaco cedió. Dos días más tarde, los diputados de la monarquía danubiana se reunieron y proclamaron la república austro-alemana, a la cual se adhirió la región alemana de los Sudetes. Algunos días más tarde, tomaron su decisión final: *La Austria alemana forma parte del Imperio alemán.*

En Praga no se reconoció la declaración de intención de los alemanes y de los Sudetes. Hordas militares checas invadieron tanto Eslovaquia como la región de los Sudetes y ocuparon el territorio. Cuando los alemanes de los Sudetes se manifestaron otra vez, el 4 de marzo de 1919, por su derecho a la autodeterminación, la soldadesca checa mató a manifestantes desarmados.

En París, se hicieron oídos sordos ante los fusilamientos y los gritos de las víctimas. ¡Sólo eran alemanes! La creación del Estado checoslovaco fue ratificada el 10 de septiembre de 1919 en Versalles. Tomándolo del rico patrimonio de la vieja monarquía danubiana, se le dio un territorio de 140.493 kilómetros cuadrados, comportando la rica región de los bosques de Bohemia hasta la zona de las fuentes del Theiss, que contenía tierras de cereales, yacimientos minerales y de carbón, la cadena de los montes metalíferos, las fuentes termales de fama mundial, Karlsbad, Frauzenbad, Klösterle, Giesshuebel, etc.

Dentro de las fronteras del Estado checoslovaco vivían:
3.325.000 alemanes
7.406.OOO checos
2.230.000 eslovacos
700.000 húngaros
550.000 ucranianos
82.000 polacos
187.000 judíos
50.000 diversos

Mientras que los alemanes de los Sudetes ocupan las regiones fronterizas del país Sudete, los checos habitan el interior del país. Exactamente 27.000 kilómetros cuadrados son zona de vida alemana concentrada en Checoslovaquia. Los eslovacos, los húngaros, los ucranianos y los polacos habitan la región de los Cárpatos y sus accesos por el norte y el sur. Los judíos viven sobre todo en las grandes ciudades y se reparten por todo el territorio. Forman, sobre todo en la parte oriental del Estado, la mayoría de la población. ¡Es en tales zonas de hábitat más monolítico donde los bolcheviques obtienen más votos!

Las actuales fronteras del Estado checo no satisfacen los deseos de los checos. En la Conferencia de la Paz presentaron el mapa de un oficial llamado Hanush Kuffer que extiende las fronteras del Estado checo hasta *las puertas de Berlín, Nuremberg y el Danubio.*

Este mapa refleja una vez más las aspiraciones del imperialismo checo, todavía vivas en

el día de hoy.

La Constitución

Checoslovaquia es una república democrática basada en la mayor centralización. Las promesas de autonomía hechas a los eslovacos, alemanes de los Sudetes y húngaros no han sido respetadas. Se preveía una solución autónoma de la administración del Estado para los ucranianos, pero los decretos a tal efecto no se han tomado aún hasta hoy. La Constitución fue creada sin la participación de los eslovacos ni de los demás grupos nacionales, pero les fue impuesta.

Según la Constitución, todo el poder está en manos del «pueblo checoslovaco» que ejerce su soberanía a través de los diputados elegidos para la Cámara de Diputados y el Senado. Las elecciones legislativas deben celebrarse cada seis años. La Cámara de los Diputados cuenta con 300 diputados, el Senado con 150. Las dos cámaras eligen al presidente, cuya función dura siete años.

Política interior checa

La política interior reposa sobre la ficción de un Estado nacional checo. No reconoce los derechos de las etnias con identidad nacional y trata, por todos los medios a disposición del poder, de desnacionalizarlos, y ello de diferentes maneras, por ejemplo:

-Por una «reforma agraria», el país alemán de los Sudetes *fue amputado de un tercio de sus bosques y tierras cultivables*. Las grandes fincas agrícolas alemanas, desmembradas y repartidas entre los colonos checos. Pero el bosque fue puesto bajo gestión del Estado, y los empleados forestales y leñadores fueron despedidos de sus puestos de trabajo para ser substituidos por checos.

-Una ley sobre los funcionarios reemplazó a más de 40.000 alemanes por otros tantos checos. Los funcionarios restantes son constantemente desplazados en la región a fin de que sus hijos se vean obligados a frecuentar escuelas checas.

-La industria de los alemanes de los Sudetes fue obligada, por una serie de medidas, a invertir en el capital checo. Las administraciones fiduciarias se aprovecharon de la situación para colocar a funcionarios y obreros checos en la industria privada alemana. Así, las empresas alemanes debían, en caso de contratación, dar la prioridad a los checos y, en caso de despido necesario, despedir primero a los alemanes.

Elementos checos fueron infiltrados en la región de los Sudetes por medio de las medidas ya mencionadas. Al mismo tiempo, la masa de parados en los Sudetes alcanzó dimensiones gigantescas con motivo de la crisis comercial. Paralelamente a la desnacionalización del territorio, se hizo *la desnacionalización de los hombres*. Se cerraron las escuelas alemanas. *Más de 19.000 escolares alemanes debieron frecuentar escuelas checas*. Pero en tales escuelas, en las que se enseña en alemán, la educación se hace en un espíritu checo. Hay que presentar a la juventud alemana una historia desfigurada del pueblo alemán. En cambio, hay que presentarles las épocas de la historia checa con los colores más brillantes. La característica más chocante de la educación checa en las escuelas alemanas es la desaparición en los libros de imágenes del castillo de Sans-Souci y del monumento a los caídos de la Batalla de las Naciones, en Leipzig.

Como colofón a esas tentativas de desnacionalización fue promulgada la prohibición de importar, estos últimos años, libros y periódicos alemanes procedentes del Reich. De esta manera, los alemanes de los Sudetes deben ser espiritualmente separados del pueblo alemán y quedar maduros para una «checoslovaquización».

Política exterior checa

Del mismo modo que los checos habían esperado de la alianza franco-rusa la creación de un Estado independiente, ven en tal alianza la garantía de su independencia. La conclusión de un *pacto militar* con Francia fue el primer resultado de esta política. El ministro de Asuntos Exteriores de la época, Benes, habría concluido al mismo tiempo un tratado con los soviéticos si no se lo hubiera impedido la oposición de una

mayoría parlamentaria, pero él se obsesionó con esa idea y la llevó a la práctica en 1935, entregando así Checoslovaquia al bolchevismo. La Pequeña Entente era la esperanza de los checos de impedir el renacimiento de Hungría y la reunificación de Austria con el Reich alemán.

La lucha de las nacionalidades contra el centralismo de Praga

Los alemanes de los Sudetes respondieron a la Constitución dictada en Praga con la más viva obstrucción, pero la mayoría en el parlamento de Praga podía prescindir de todas las protestas de los partidos alemanes de los Sudetes e ignorarlas. En esa época se sucedieron todas las medidas legales tendentes a la desnacionalización del territorio y de los hombres. Aquellos graves perjuicios provocaron un cierto nerviosismo en la política de los alemanes de los Sudetes y les hicieron ceder ante las engañosas proposiciones de Praga. Se hizo saber a los partidos alemanes que la orientación dura del gobierno de Praga sería modificada si los partidos sudeto-alemanes cesaban en su obstrucción. Pronto hubo en el núcleo del germanismo sudete un conflicto de opinión sobre la futura actitud a adoptar ante el gobierno. Los unos estaban dispuestos a entrar en el gobierno de Praga para rechazar los ataques previstos. Los otros desconfiaban y se negaban a dar ese paso sin garantías del gobierno, ya que la experiencia había demostrado que las promesas checas no eran dignas de fiar.

A pesar de ello, en 1926, la *liga de los agricultores* y el representante del *catolicismo político* hicieron su entrada en el gobierno de Praga. La participación gubernamental de los partidos alemanes duró hasta marzo de 1938. La entrada de los alemanes en Austria en la primavera barrió a Schussnig y causó así el fracaso de esa acción alemana en el seno del gobierno checo. Incluso los marxistas alemanes de los Sudetes se vieron obligados a retirar a sus representantes del gobierno en el que habían entrado en 1929.

Durante los días de la lucha de opinión entre la oposición sudete alemana y los partidos gubernamentales, los nacionalsocialistas sudetes desplegaron las banderas del movimiento autonomista sudete y lanzaron la consigna: «¡La región sudete para los alemanes de los Sudetes!», hasta el último pueblo y la última fábrica. Bajo esas banderas comenzó la unificación del germanismo sudete. Cuando las elecciones de los delegados municipales en 1931 demostraron que el partido nacionalsocialista de los trabajadores sudetes había llegado a ser un movimiento popular, los checos creyeron frenar la evolución con la disolución del partido. Las medidas tomadas en el otoño de 1933 en las cuales el espíritu policial a lo Metternich celebraba una alegre resurrección, hicieron saber a la germanidad sudete que no se retrocedería ante una gran persecución. Ya la melancolía y la desesperación amenazaban con introducirse en sus filas, cuando uno de sus miembros salió de las mismas y enarboló otra vez la vacilante bandera: *Konrad Henlein.*

Él exhortó a la formación de un frente patriótico sudete que debería llamarse poco después, Partido Alemán de los Sudetes. Bajo su dirección se llevó a cabo la obra de unificación del germanismo sudete que recibió la confirmación en ocasión de las elecciones municipales de mayo y junio de ese año. Konrad Henlein es legitimado como portavoz del germanismo sudete y presenta su demanda de igualdad de derechos y de autonomía. El gobierno de Praga cree intimidar a los grupos populares alemanes con *una ocupación militar de las regiones sudetes* y hacerles retirar sus exigencias. Ocurrió lo contrario. La unidad se reforzó precisamente en esos días.

Los *eslovacos* siguieron el mismo camino. Tampoco con ellos pensaban los checos cumplir las promesas hechas en el tratado de Pittsburg y concederles la autonomía. Ellos también intentaron, primero con la obstrucción, y luego con una participación gubernamental, incitar a los checos a cumplir sus promesas y obligarles a transformar Checoslovaquia sobre una base federativa. Los acontecimientos de los últimos meses han reanimado al pueblo eslovaco que exige, ahora enérgicamente, el cumplimiento del tratado de Pittsburg.

El mismo destino era compartido por los demás grupos populares en el Estado, que hoy adoptan la misma actitud hacia el gobierno de Praga, que los alemanes y los eslovacos.

••••••••••••••••••••••••••••••••

El frente unitario de los nacionalistas hacia el gobierno de Praga demuestra que él es el único responsable de las tensiones que hoy reinan en el Estado y preocupan a toda Europa. La actitud dividida de la política checa anuncia los principios que ella ha pensado no respetar en la realidad, y caracteriza al pueblo checo, que en toda su historia no ha demostrado nunca un espíritu jurídico ni un sentido estatal.

El vigésimo aniversario de la fundación del Estado que los checos querían conmemorar este año, se encuentra bajo el signo de una crisis estatal. Un periódico húngaro ha escrito estos días que «la campana suena para el gran pecador europeo». En Praga parecen no quererla oír.

El presidente de la república checa ha declarado que las democracias tienden a la anarquía y a la descomposición si su burguesía no está madura para esa idea. Las relaciones dentro de su propio Estado le demuestran hasta qué punto tiene razón. Y, sin embargo, todas las condiciones de una plenitud en el seno del Estado existían precisamente en Checoslovaquia. Pues un *filósofo* se encontraba a su cabeza desde hacía más de diecisiete años. Un filósofo griego como Platón privilegia a un Estado dirigido por un filósofo.

Las realidades en Checoslovaquia refutan a los antiguos griegos.

OSS.III.2.5

Cuaderno de la SS. Nº 5. 1944.

Sajonia, país del trabajo y del arte

Se puede comprender perfectamente el espíritu del país de Sajonia si se considera esta región como un punto de intersección de corrientes culturales alemanas y si se le atribuye una posición intermediaria.

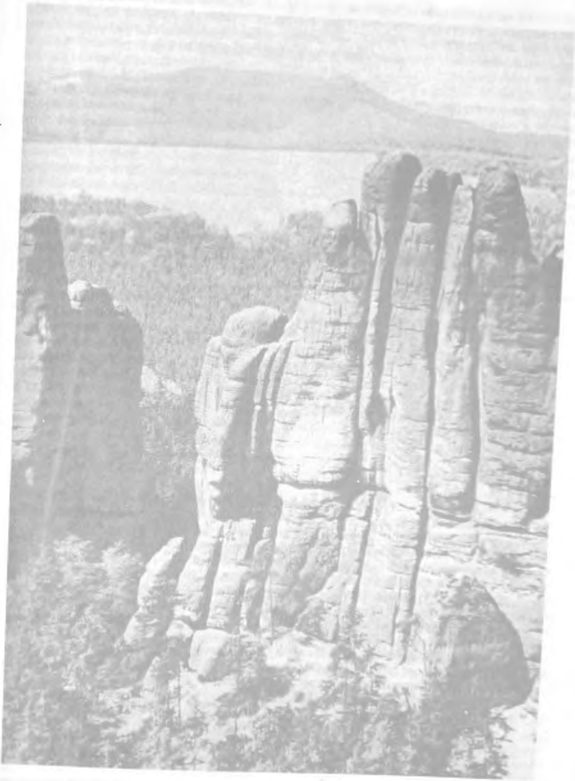
Sajonia expresa, de entrada, una diversidad sorprendente y una variedad significativa. El paisaje sajón se parece a un juego de mímicas fuertemente animado y expresivo. Sajonia tiene la apariencia del Vogtland, del Erz o de Lausacia según las partes de esas regiones montañosas y accidentadas que engloba en sus fronteras. Es el mundo agrícola con sus vastas llanuras, la región comercial y económica a lo largo de los cursos fluviales, en los puertos del Elba y la animación de las ferias de Leipzig. Es el país de los artesanados a domicilio donde, desde hace siglos, las manos de mujeres y de muchachas producen flores artificiales o encaje de bolillos. Se fabrican juguetes de madera gracias al genio creador y mañoso del pueblo; unos dones musicales muy pronunciados y otros factores externos favorables permitieron producir instrumentos de música. En ruidosos centros, se extrae la hulla y el lignito, se trabajan los textiles y los metales; las construcciones metálicas, las industrias del vestido y centenares de otras ramas de la industria, dan pan y trabajo a la gran masa de ciudadanos cerca de las grandes ciudades como Chemnitz, Zwickau, Plauen y en lejanos pueblos del Erzgebirge, del Vogtland, de la Alta-Luzacia. Esta variedad fisionómica del paisaje sajón corresponde a la variedad con la que Sajonia participa en la historia de la nación y en el desarrollo del espíritu alemán. En innumerables casos, se constata la manifestación de una conjunción de fuerzas múltiples y de una vasta irradiación de influencia.

Cuando aún había áreas de colonización prehistóricas, la batalla por la supremacía en Germania entre Hermann el Cherusco y Marbod el Marcomano tuvo lugar probablemente en una de estas llanuras o cerca de uno de sus cursos de agua. Aquellos campesinos germánicos occidentales, los hermunduros que, antaño, habitaban en el área sajona, se pusieron al lado de Marbod. Después de su derrota, construyeron un poderoso reino. La batalla entre Hermann y Marbod decidió la suerte de aquellas innumerables luchas armadas, batallas, escaramuzas, ataques por sorpresa y combates que

tuvieron lugar en el corazón del territorio sajón y que fueron de una importancia mayor para una parte o la totalidad de la nación. Más tarde, la otra batalla del mismo género, la batalla de los Magiares en el año 933, en la que el rey Enrique I derrotó a las bandas de jinetes salteadores húngaros después de haber fundado cuatro años antes la Marca de Meissen, permitió proseguir la política de repoblación alemana hacia el Este durante varios años. Los húngaros habían sido llamados en ayuda por una tribu de eslavos que estaba penetrando en una árida zona del espacio vital alemán; se trataba de los daleminzos, que querían emanciparse de la soberanía germánica. En el curso de los siguientes siglos, la joven Marca del Este debió luchar contra aquellos eslavos orientales... eran pues serbios, polacos o checos. Su germanización, efectuada hacia 1089, causada por el nombramiento como margrave del Wettinés Heinrich von Eilenburg por el emperador Enrique IV, que duró hasta 1423 cuando la Marca de Meissen fue anexionada al electorado de Sajonia, se presenta como un acto importante por la parte de los regentes de la línea *wettina*. En el periodo siguiente, el país llegó a ser un bastión ante la turbulenta y rapaz vecindad de los checos; superó con una ejemplar tenacidad la miseria provocada por las expediciones hussitas. Antes de que los hermanos electores Ernst y Albrecht, bien conocidos a causa del «secuestro» de que fueron víctimas por parte del caballero Kunz von Kaufungen, hubieran cometido el error de dividir sus dominios en 1485, toda la Alemania Central fue dominada directa o indirectamente por el Electorado de Sajonia. En todo caso, a pesar de la división leipziguesa, la región de Er vivió su gran destino histórico en la época de la Reforma. En ocasión de los disturbios causados por las guerras de religión, la figura del Elector Moritz se impuso de una manera manifiesta pues, espíritu clarividente, resistió con todas las fuerzas de su país al voraz dominador católico Carlos V y salvó, así, la causa del protestantismo. Bajo el «padre Augusto», Sajonia fue el protectorado del luteranismo ortodoxo, posición que muy pronto perdió en la Guerra de los Treinta Años a causa del egoísmo y de la estrechez de visión política de sus príncipes. Perdió su posición dominante en el corazón del Imperio de Brandenburgo porque se volvió intransigente en las cuestiones religiosas. El handicap fue compensado por la política polaca de Augusto el Fuerte. Antaño, se criticó vivamente aquella política y los medios utilizados por Augusto el Fuerte, pero el buen sentido político actual percibe que la elección del gran Elector sajón como rey polaco significaba una victoria polaca del germanismo sobre la política oriental de intrigas de Francia. El Imperio resultó fortalecido por la deseable expansión del área económica alemana.

La guerra de los Siete Años fue para Sajonia una verdadera desgracia que se repitió durante las guerras napoleónicas. Se convirtió en un centro de despliegue regular y base de operaciones preferida por los ejércitos enemigos. Pero, en aquella época, las regiones alemanas manifestaron una gran tenacidad y una vitalidad sorprendente, y lo que ella había perdido como gran potencia política trató de reconquistarlo en todos los aspectos de la vida cultural. Se convirtió, pues, en un campo de experimentación y de aplicación, principalmente en el ámbito de la industria. Contribuyó de una manera esencial a la expansión del II Reich. Aquí, como en todas partes, no se podía impedir que el aumento de la población y de la industria en un espacio muy limitado, la concentración de los trabajadores manuales en las ciudades y el consiguiente desarraigo se convirtieran en un terreno peligroso, alimentador de ideas corruptoras, ajenas al pueblo y hostiles al Estado. Pero fue también la razón principal por la cual Sajonia desarrolló, mucho antes que otras regiones alemanas, la gran idea del nacionalsocialismo y llegó a ser una baza importante para las fuerzas de Adolf Hitler.

Cuando se estudia el papel desempeñado por Sajonia como punto de intersección en el desarrollo de la civilización alemana, el florecimiento de la poesía de los trovadores en la corte de Meissner fue seguido por el auge de la región, propiciado por la creación de la universidad de Leipzig en 1409. El margrave Friedrich el Belicoso tuvo la suficiente clarividencia para ofrecer la protección y la seguridad en su país a la espiritualidad amenazada en Praga por los checos. Creó, pues, la universidad de Leipzig que, paralelamente al Instituto de Viena fue, en el Este, un vivero de la cultura alemana y un instituto que, todavía hoy, trabaja con una seriedad científica y un celo objetivo en el ámbito del germanismo y en muchos otros.



Paisaje sajón

Ya se ha evocado el hecho de que Sajonia adquirió una importancia histórica sin par para todo Occidente en tanto que centro de la Reforma y escena de una revolución espiritual. En el curso de esta misión política cultural, adquirió una fuerza disuasoria inhabitual y un alcance significativo: el aspecto poético del luteranismo se enriqueció con una primera pincelada artística procedente del Erzgebirge envuelto de magia. En las ciudades de Zwickau y de Joachimstahl, que son encrucijadas de cambios, florecía una mística acompañada por aspiraciones sociales, que fue fructífera en muchos aspectos. Georg Agricola, el rector de Zwickau nacido en Glauchau, fue el primer escritor ingeniero de minas de Occidente. La nacionalización de todos los bienes del clero llevada a cabo por el príncipe elector Moritz tuvo como notable consecuencia la fundación de las escuelas principescas que más tarde fueron tan célebres, Schulpforta, Grimma y Meissen. Muchos pioneros germanistas han sido enviados a los cuatro puntos cardinales en el curso de las actividades de esas tres escuelas. Ocurre lo mismo (además de las universidades del ámbito alto-sajón edificadas paralelamente a Leipzig, como Wittenberg, Jena, Halle) con la escuela nacional de Minas y la escuela forestal de Tharandt, y demuestran que el país llegó a ser una «región pedagógica», sobre todo en esa época. Se sabe que la lengua de las cancillerías de Meissen prosperó gracias a la traducción de la Biblia por Lutero a la lengua académica alemana; a consecuencia de la orientación recibida, la región se convirtió en un centro de lingüística y de alemán. Una influencia comparable se ejerció sobre toda la civilización alemana gracias al segundo auge del espíritu sajón; el periodo vinculado al barroco exuberante de Augusto el Fuerte y la época que siguió inmediatamente a la de las Luces. Bajo Augusto, que amaba el fasto, Böttger, de Meissen, descubrió la porcelana, Bach, de Leipzig nos hechizó con sus oratorios, pasiones y sus maravillosas cantatas. El nada común príncipe, que comprendía la importancia de colocar el sello barroco de su espíritu no sólo sobre su capital sajona, sino también sobre su residencia polaca, permitió al talento de escultores y decoradores como Permoser y Pöppelmann desarrollarse. Silbermann, de Erz, encontró también iglesias que fueron dignas de sus órganos. La torre del homenaje, la Hofkirche católica de Chaiveri, una incomparable colección de porcelanas raras se crearon gracias a ese príncipe, y la magnífica galería de pinturas, gracias a su hijo. Se finalizaron las vías de comunicación, y los caminos de Sajonia eran ya muy celebrados en esa época.

En la Época de las Luces surgieron todavía algunas grandes figuras sajonas en el ámbito intelectual: Leibniz, que tamizó, como filósofo, toda la investigación científica de una época e intentó nada menos que una fusión de los movimientos religiosos católico y protestante; Thomasius, el primer profesor de instituto que impartió sus cursos en lengua alemana, Lessing, el gran poeta, animador, crítico, investigador y defensor de la verdad, que encendió nuevas y brillantes antorchas ante el altar de la humanidad. Eran éstas algunas de las figuras espirituales, surgidas únicamente de las ciudades de Dresde y Leipzig. La pintura barroca, que abarrotaba las galerías de Augusto y de sus sucesores y se fundaba ante todo en la expresión intensa de los sentimientos ardientes, conoció en Sajonia un nuevo auge gracias al romanticismo y sobre todo una transformación interna; está vinculada a los nombres de Philip Otto Runge, Caspar David Friedrich, Carl Carus, Ludwig Richter y parece indisociable de ciertas zonas del paisaje del valle del Elba. Cerca de Dresde, el viejo Meissen y sus alrededores no se quedan atrás en cuanto a la influencia indirecta de los acontecimientos espirituales. Los barones de Miltitz auf Siebeneiche y Schafenberg desempeñaron en ello un importante papel. El primero hizo estudiar al hijo pobre de periodista Fichte, que vivía en el pueblo de Rammenau en la Alta Lusacia, y que, más tarde, debía sacudir profundamente la conciencia de la nación; el mismo Miltitz era amigo del poeta Friedrich von Hardenberg (Novalis), que era estudiante de Minas en Freiberg (igual que el héroe nacionalista Theodor Körner) y que, más tarde como poeta, debía revelar los últimos misterios de la mística alemana.

Todavía hoy, resuena un eco romántico de francotirador de más de un salvaje barranco de las montañas arenosas del Elba. Numerosos lugares de Sajonia vivieron aún acontecimientos musicales extraordinarios. En la sala de Dresde tuvo lugar la memorable primera representación de «Rienzi», que duró hasta la medianoche. ¡Muchas representaciones de obras importantes le siguieron! ¡Y qué mérito ha ganado en el

ámbito de la música nacional la Casa de las Tapicerías de Leipzig! Leipzig, ciudad musical, ciudad de librerías, ciudad de exposiciones nacionales, constituye un capítulo de la historia de las corrientes culturales alemanas. Esta ciudad inspiró al prusiano oriental Gottsched sus inquietudes estéticas. El arte teatral de la Neuberin, la primera gran actriz alemana, le procura un auge impetuoso y rico en perspectivas. Los libreros, impresores y editores, como Johann Gottlob Immanuel Breitkopf, Karl Cristoph Traugott Tauchnitz, Benedictus Gotthelf Teubner, Anton Philip Reclam, crean los núcleos de sus firmas internacionales.

La Batalla de las Naciones, en 1813, que causó la derrota de Napoleón e involucró a la ciudad en su torbellino, no pudo entorpecer el poderoso auge de todas las fuerzas espirituales y económicas concentradas aquí; pero por primera vez reveló a los ojos del mundo alemán una comunidad de lucha y de destino constituida por la mayoría de las etnias alemanas. Desde 1833, Friedrich List reside en Leipzig y diseña una red ferroviaria de grandes dimensiones cuyo centro él prevé en la Pleissestadt. El primer gran trayecto ferroviario alemán comienza aquí; dos años después, la línea Leipzig-Dresde puede ser abierta al público. Se acaba de hacer un nuevo paso decisivo para unir a las regiones alemanas.

«La instrucción hace libre. El espíritu da la vida.» Estas divisas iluminan y embellecen todo el país con una franqueza tanto más importante cuanto puede reclamarse de una tradición venerable.

Kurt Arnold Findeisen

«Sólo los pueblos valientes
tienen una existencia segura, un futuro, una evolución.
Los pueblos débiles perecen, y ello es justo».

Heinrich von Treitschke

OSS.III.2.6

"La casa de la tropa SS". nº especial. 1940.

Noruega

En Alemania falta, en parte, la deseable claridad referente a las relaciones reales existentes en el Norte: en vez de ello, imperan a menudo concepciones idealizadas y una ilusión optimista sobre la victoria de la idea nórdica en los otros pueblos germánicos que nos están tan próximamente emparentados. La fuerte expresión de este ideal incitaba involuntariamente a cometer el error de creer que las relaciones en el Norte son mejores y más sanas que las nuestras, y que esos países ya están totalmente maduros para un nuevo orden. Se creía que el mismo sentimiento que nos animaba a nosotros debía también animar a los demás.

Por primera vez desde la época de la Hansa, la ocupación alemana instauró un estrecho contacto entre el pueblo alemán y el pueblo noruego. Las ideas preconcebidas que los alemanes abrigaban eran totalmente amistosas. Sin embargo, como no correspondían a la realidad, las decepciones no se hicieron esperar.

Que un conflicto pueda producirse entre dos países indica ya que los fundamentos espirituales de una cooperación no existían por parte noruega. La segunda decepción, que todo alemán debía experimentar a título personal y cuya consecuencia enfriaba sus sentimientos, era causada por el estado de espíritu hostil de la población hacia ellos. Sólo hace algún tiempo que esto ha mejorado. La tercera, y tal vez más fuerte decepción que se unía a todo ello, era que las exageradas esperanzas que los alemanes llevaron consigo a Noruega no se materializaron. Los noruegos no se correspondían con las representaciones ideales imaginadas. Son, también, hombres con de-

fectos importantes, cuya apariencia exterior no concuerda más que parcialmente con el ideal nórdico. Incluso cuando la imagen externa parecía corresponder a las esperanzas, faltaba otra vez la actitud espiritual y la expresión clara de las buenas características que son propias de la raza nórdica.

Los prejuicios por parte noruega eran totalmente diferentes. En primer lugar, hay que tener en cuenta el carácter geográfico perdido y el aislamiento que ha durado décadas y la evolución del resto de Europa. Hemos llegado a un país en el que el liberalismo se encontraba en plena expansión, en el que la larga paz y la dependencia hacia la coyuntura mundial habían transformado el pacifismo en una visión básica casi natural. No había problemas agudos que hubieran precisado una solución inmediata, con la posible excepción del problema social. No había miseria económica ni un paro crítico, ni amenaza política directa procedente del exterior, ni cuestión racial propia ni problema religioso. Contrariamente a Alemania, Noruega es un «país sin pueblo». Todos los elementos externos propicios a suscitar una evolución en el espíritu del nacionalsocialismo faltaban más o menos; por tal razón, no había ninguna comprensión de los procesos alemanes. En realidad, esto es probablemente una impostura, pues muchas de las cuestiones citadas existen pese a todo. Pero como no se manifiestan tan abiertamente, hasta aquí se podía omitir verlas. A todo esto se añadía la impresión del constantemente creciente poderío alemán y la sistemática excitación del pueblo, hecha tanto desde el interior como desde el exterior. El pueblo noruego, con el que trabamos conocimiento en abril de este año, tenía unos objetivos y también unas formas de vida totalmente diferentes de las nuestras; nadie podrá exigir a un alemán que considere la evolución y la actitud noruegas como justas, pero se deben comprender, al menos, las condiciones que las hicieron surgir.

Para nosotros, alemanes, Noruega no constituye directamente un problema económico o una cuestión de espacio, sino ante todo una cuestión que concierne al valor racial de sus hombres. Sería extraordinariamente deplorable si, por falsas visiones de este punto elemental, la mayoría de los alemanes actualmente concentrados en Noruega llegaran a tener decepciones y prejuicios. La imagen que se formará en el Reich sobre Noruega, no será la que describa cualquier publicación, sino, sobre todo, la que transmitan los que vuelvan de allí. Si surgen malentendidos, la comprensión de la legitimidad interna de nuestro trabajo y también de la futura creación del Imperio experimentará un gran perjuicio. Por otra parte, la realidad de tales malentendidos es también una prueba de la claridad ideológica que, muchas veces, todavía nos falta. Basta con considerar algunos puntos de la doctrina racial nacionalsocialista para llegar a sacar conclusiones esencialmente diferentes sobre las relaciones noruegas.

1. El Führer ha mencionado también la gran importancia de la composición diversa de las razas emparentadas con nuestro pueblo y ha hablado de una mezcla feliz. Sin duda debe atribuirse a esta influencia la variedad de los resultados de nuestro pueblo en todos los ámbitos. La pretensión de la raza nórdica de dirigir a nivel político permanece intacta.

2. En la doctrina racial se indica constantemente la diferencia que existe entre la apariencia y la imagen propia. Esto no concierne tan sólo a las características externas diferentes, sino sobre todo a esas particularidades cuyo origen procede de transformaciones puramente espirituales y, en ese sentido también, de ciertas manifestaciones ligadas a cada generación.

3. La relación entre el patrimonio y la educación está estrechamente vinculada. No se puede ignorar la realidad del hecho de que una generación que vive actualmente no representa solamente el resultado del carácter hereditario existente, sino que su actitud y todas sus maneras son también muy esencialmente determinadas por factores de educación que pueden transformarse con el curso del tiempo. Pero el patrimonio no resulta afectado.

4. Como es sabido, cada raza conlleva unas características que son tanto buenas como malas. En el curso de toda la historia, la raza nórdica ha demostrado constantemente que no demuestra sus características más válidas más que cuando se enfrenta a condiciones difíciles o a tareas rudas. En cambio, tiene la nefasta característica de languidecer en los períodos tranquilos. No sólo Noruega, sino todo el Norte germánico vive actualmente en un período de languidecimiento.

5. Según la concepción nacionalsocialista, la substancia racial de un pueblo es la única determinante para juzgar su valor de una manera decisiva. Pero esta substancia racial se revela, después de haber examinado cuidadosamente el caso, como absolutamente sana en Noruega. La proporción de sangre nórdica es extra-ordinariamente elevada en el pueblo noruego. Si la actual generación tiene una actitud que, en parte, no corresponde a la imagen del hombre nórdico, la generación siguiente puede ya tener una apariencia totalmente diferente.

Para apreciar la actual situación política del país, se deben tener en cuenta las condiciones que hasta ahora han influenciado su evolución. La fuerte vinculación con Inglaterra, que no viene precisamente de ayer, resultaba de un buen número de datos. La situación geográfica, las tradiciones históricas que se remontan a mucho tiempo atrás, y finalmente las experiencias políticas arraigadas desde varias generaciones, han desempeñado un gran papel. Sobre este último punto, indiquemos solamente que varias veces en la historia, terribles hambrunas asolaron a Noruega a causa de un bloqueo inglés. A título de ejemplo, el bloqueo instaurado durante las guerras napoleónicas tuvo unas consecuencias tan devastadoras que quedó marcado en el subconsciente popular hasta hoy. El bloqueo de la Gran Guerra no fue, tal vez tan grave, pero tuvo unas consecuencias bastante desagradables. Los otros acontecimientos que contribuyeron también esencialmente a favorecer siempre la política anglófila, fueron las múltiples afinidades, las relaciones personales y los métodos de propaganda inglesa, adaptándose al medio. Además, después de todos los cálculos de valoración militar, una intervención de Alemania en Noruega parecía impensable; en cambio, una intervención de Inglaterra sí era concebible, y las decisiones políticas se tomaron de acuerdo con tales premisas.

La cuestión referente a la forma de las futuras relaciones germano-noruegas, que es constantemente suscitada por los noruegos a medida que comienzan a comprender la evolución, es la que se refiere al principio de creación o a la idea del orden del Imperio futuro: ¿Imperialismo o asociación racial? Desde el punto de vista alemán, está claro que no existe un problema noruego particular, pero que Noruega no puede ser considerada más que como una parte del conjunto nórdico, el punto de partida del nuevo orden político y espiritual igualmente en esta parte de Europa. A partir de estos puntos de vista, la misión alemana en Noruega toma su significación real. El hecho más decisivo consiste en saber si los noruegos se dan cuenta de que Alemania no quiere ni su opresión ni su explotación económica, pero que deben ser incitados a una colaboración responsable en el objetivo de construir la nueva Europa. Con la instalación del nuevo gobierno y la transferencia de la dirección política del país al movimiento de Quisling, Alemania ha tratado de dar a Noruega las posibilidades necesarias para ello. Hoy es aún prematuro valorar el resultado de esta evolución.

A través de lo que se ha dicho, se ha esbozado brevemente la situación política de Noruega y la situación espiritual en la época actual. No se han abordado, pues, los múltiples problemas internos en Noruega y la inmensa tarea que el nuevo gobierno deberá afrontar. Podemos citarlos brevemente. En el sector cultural se resumen en un saneamiento y una renovación. Aquí me gustaría tomar la palabra cultura en un sentido amplio y evocar también los principios ideológicos y el sentimiento de vida en general, el arte y la ciencia. No quiero escoger más que tres problemas importantes: la creación de condiciones espirituales sanas con vistas a una nueva política de población, la reforma de la ciencia incluyendo la utilización planificada del gran excedente en estudiantes y, por primera vez, la adopción de un sistema arquitectónico neto y claro, adaptado al paisaje. En el terreno social, las tareas se resumen a equilibrar los contrastes existentes. En el terreno económico es necesaria una reorganización total. Las ramas de la industria hasta ahora principales, la navegación y la pesca, perderán tal vez relevancia y, de todas maneras, deberán ser totalmente modificadas. La revalorización del país se perfila por la repoblación y la resolución del problema de la circulación. Noruega posee tres fuentes de riqueza que hasta ahora apenas ha explotado y que le prometen una nueva prosperidad: la electricidad, los bosques y sus riquezas del subsuelo.

El camino que conduce tanto a una nueva expansión política como a la utilización de las posibilidades económicas existentes y así a una participación de Noruega a la construcción de la nueva Europa no pasa, sin embargo, más que por una estrecha

colaboración con Alemania.

H.H.

OSS III.2.7

Cuaderno de la SS. Mº 8. 1938.

Inglaterra - Irlanda

El interés internacional se ha centrado, estos últimos tiempos, en la cuestión checoslovaca y, en particular, en el viaje a Praga del Lord inglés *Runciman*. Sin embargo, sería interesante ocuparse de un problema interno del Imperio británico, que presenta cierta analogía con lo que sucede en Checoslovaquia. Cuando pensamos en la Inglaterra europea, nos sentimos inclinados a representarnos ese país como una entidad unificada. Olvidamos demasiado fácilmente que hay, para Inglaterra, sobre territorio europeo, en particular en Irlanda, un problema de nacionalidad que, durante cuatrocientos años de historia ha provocado incesantes luchas y hecho derramar torrentes de sangre.

Aparte de los intereses económicos, es la comunidad de sangre lo que mantiene la unidad de la alianza británica, la British Commonwealth of Nations. La administración de los Dominios está en manos de los inmigrantes ingleses que han podido instalarse en todas partes en los lugares de mando y anglicanizar al máximo a los inmigrantes de las otras naciones. Así se ha forjado, en el curso de los siglos, una especie de comunidad de destino que se ha extendido por el mundo entero y que, basada en la comunidad de sangre y el tren de vida, ha constituido el fundamento de la dominación inglesa en el mundo.

Sólo el Estado Libre de Irlanda ocupa en ese punto de vista una posición particular. Los irlandeses son la única nación verdadera, aparte de los ingleses, en el interior del Imperio británico. Su exigencia de independencia se distingue netamente de las aspiraciones de los otros Dominios. Australia, por ejemplo, rechaza cada vez más el excesivamente insistente paternalismo de Londres y, sintiéndose mayor, exige el derecho a la autonomía, naturalmente dentro del marco institucional del Imperio británico. Irlanda, en cambio, se apoya en la conciencia de su propia originalidad nacional para reclamar la independencia absoluta. Las declaraciones de sus dirigentes políticos demuestran que están dispuestos a mantener esta reclamación de independencia, incluso en detrimento de los intereses del Imperio británico.

Si se quiere comprender esta profunda oposición entre ingleses e irlandeses, hay que considerar tres cosas: en primer lugar la fuerte diferencia étnica, luego la diferencia confesional y en tercer lugar la diferente evolución histórica de estas dos naciones. A pesar de los intereses generales económicos comunes, tales diferencias no han permitido nunca la unificación de las dos islas.

Al principio del período histórico, Inglaterra e Irlanda estaban pobladas por *celtas*. Con la invasión de las legiones romanas comenzó el desarrollo separado de las dos islas. Mientras Irlanda resultó exenta de toda invasión hasta la mitad de la Edad Media, los celtas ingleses se mezclaron en el curso de los siglos con los legionarios romanos, los sajones, los anglos y los normandos latinizados. La ulterior conquista de Irlanda por los ingleses no fue más que un acontecimiento militar. Los contrastes eran, al principio, tan grandes, que no podía hacerse una amalgama.

La diferencia religiosa es el segundo factor que impidió el desarrollo conjunto de las dos islas. A causa de su fuerte predisposición al misticismo que debe ser atribuido a su origen celta, se abrieron claramente, desde el principio, al catolicismo. Desde las primeras décadas, los monasterios aparecieron en Irlanda con una extrema variedad. Los monjes irlandeses tomaron una parte importante en la cristianización de Europa. En la época de la Reforma, los ingleses intentaron en varias ocasiones que los irlandeses abandonaran su fe católica, pero éstos se opusieron a ello en sangrientas revueltas.

La cuestión religiosa separa todavía hoy a los ingleses y los irlandeses, y ésta no es la menor razón que se oponga a un compromiso definitivo entre los dos países.

La influencia de Inglaterra sobre Irlanda se remonta al siglo XII, pero la primera invasión fracasó, al haber sido absorbidos por la comunidad irlandesa los escasos señores ingleses. Inglaterra sólo se tomó en serio la conquista de Irlanda cuando llegó a ser una potencia marítima. En su obsesión por convertirse en una potencia mundial y en la primera potencia marítima, no podía permitirse ignorar esta isla geográficamente importante.

Irlanda era una cabeza de puente para todas las vías marítimas hacia las posesiones de ultramar y protegía la costa Oeste de Inglaterra contra cualquier intentona enemiga. En poder del adversario, en cambio, esa Irlanda amenazaría las arterias vitales inglesas, y sería una base de partida para una invasión de Inglaterra. La ayuda que recibieron los irlandeses, directa o indirectamente de España, y más tarde de Francia, provocaron rigurosas medidas de guerra por parte de los ingleses y más tarde, cuando al final éstos vencieron, Irlanda debió pagarlo con dureza.

Estas severas maniobras de Inglaterra, y en particular su empeño en desarraigar de su fe católica a los irlandeses, hizo imposible un acercamiento entre los dos pueblos. El mayor error de Inglaterra fue castigar muy severamente todo matrimonio entre ingleses e irlandeses y haber considerados a estos últimos como ciudadanos de segunda clase. Esta perniciosa política y la presión religiosa fueron la razón que impidió a los católicos irlandeses fundirse en la comunidad inglesa a pesar de las grandes ventajas que hubieran podido obtener con esta unificación.

La colonización inglesa de la isla verde se limitó, excepto en lo que concierne al Ulster, a una débil capa de nobles, propietarios agrícolas, que impusieron siempre su dominación a los irlandeses. Esta colonización continuó hasta el punto de que el suelo y las tierras fueron confiscadas por el rey inglés y cedidas en feudo a los funcionarios del Estado jubilados. Estos dieron su feudo en arrendamiento a los verdaderos propietarios, los campesinos irlandeses, los cuales quedaron, pues, económicamente sometidos a sus nuevos señores.



La incapacidad, la voluntad de incomprensión de esta clase superior de ingleses hacia el pueblo irlandés llegó tan lejos, en los siglos XVIII y XIX, que no sólo los arrendamientos no fueron reducidos a pesar de unas cosechas catastróficas, sino que no se permitió la entrada de aprovisionamientos en Irlanda, de modo que muchos irlandeses se vieron forzados a emigrar. Este fue el origen de la gran oleada migratoria irlandesa. La población pasó, en 1846-51, de 8,5 millones a 6,5 millones. La mayor parte emigró a los Estados Unidos de América. El año 1846, una dura época vio morir de hambre o a consecuencias de la desnutrición aproximadamente a medio millón de irlandeses. Desde esa época la población fue disminuyendo hasta 1871, en que alcanzó su más bajo nivel de cuatro millones, cifra que va subiendo muy lentamente en la época actual.

Inglaterra reconoció la injusticia que había cometido al aniquilar la economía irlandesa y trató de rectificar un poco. Promocionó la recompra de las tierras con la concesión de créditos, hasta que, en 1914, los irlandeses habían recuperado las dos terceras partes de sus antiguas propiedades, que, sin embargo, continuaban hipotecadas. La economía irlandesa necesitó todo ese lapso de tiempo para reconstruir, al menos en lo que concierne a la economía suplementaria que constituye la agricultura.

Inglaterra había alcanzado sus objetivos tras largos años de lucha: asignar a Irlanda en el mercado inglés el único papel de país pastoril y mantener en los límites de su programa general su considerable autarquía anterior.

Aparte de la oposición Inglaterra-Irlanda, el comportamiento de Irlanda del Sur-Ulster agrava aún más la historia del Eire. El origen de la agravación de esta vieja oposición fue la creación de los «voluntarios del Ulster» en 1912, tropa de combate de la población evangélica del Ulster contra los sudistas irlandeses. Éstos fundaron, como medida de extorsión, los «voluntarios irlandeses» y sólo el desencadenamiento de la guerra del 14 impidió un enfrentamiento sangriento.

Hubo que esperar a 1916 para que llegara la tristemente célebre sublevación nacionalista irlandesa de Pascua, que costó a los irlandeses 450 muertos y 2.600 heridos. El gobierno inglés aprovechó evidentemente la ocasión: hizo fusilar a 15 dirigentes irlandeses, pero los ingleses no pudieron dominar la situación.

La guerrilla duró hasta 1921. Ciertamente Inglaterra era capaz de reducir militarmente a los irlandeses, pero la presión moralizadora de América se hizo notar. Se había proclamado a grito pelado el derecho a la autodeterminación de los pequeños pueblos para derrotar a las potencias de la Europa Central, y los varios millones de irlandeses-americanos predispusieron a la opinión pública americana contra Inglaterra. Ésta debió finalmente ceder y los irlandeses obtuvieron en 1921 un tratado, en cierto modo aceptable, que les confería el estatuto de un «dominio autónomo» en el seno del Imperio británico, con la exclusión de las seis provincias del norte, alrededor del Ulster.

El Sinn-Fein, el partido nacionalista irlandés que hasta entonces había llevado sólo el peso de la lucha por la liberación, se estrelló ante ese escollo. *Cosgrave*, su jefe, se dio por satisfecho con el compromiso de 1921, mientras que *De Valera*, el segundo hombre del partido, pasó a la oposición. Se reemprendió la lucha. Su objetivo era -y aún continua siéndolo- una Irlanda libre, unida (incluido el Ulster), con igualdad de derechos con Inglaterra y libremente unida a ella. Consiguió echar a Cosgrave del parlamento en 1932 y, a partir de esa fecha, condujo la política irlandesa en el sentido de su objetivo principal, y su éxito quedó netamente plasmado en la nueva Constitución y en el tratado con Inglaterra.

El principal problema político para De Valera es, hoy, la gestión del Ulster, que todavía no ha podido resolver en el nuevo tratado anglo-irlandés. Su objetivo es la reunificación de toda la isla bajo un mismo gobierno. Las gentes del Ulster y el gobierno inglés se oponen. Las seis provincias norteñas del Ulster son el único territorio de Irlanda en el que una población anglo-escocesa se ha implantado sólidamente. Esta colonización, no ha sido suficientemente profunda para que la clase social superior noble inglesa haya conseguido eliminar a los obreros irlandeses.

Esta dispar área de población ha sido siempre, en consecuencia, una región difícil, en el interior de la cual, hasta hoy, los antagonismos confesionales se enfrentan duramente: así, durante el verano de 1935, el día del recuerdo de la batalla del río Boyne, hubo 8 muertos y 75 heridos. Los unionistas del Ulster conmemoraron en esa

fecha la batalla en el curso de la cual, en julio de 1680, Guillermo de Orange derrotó a Jaime II y salvó con ello la colonia del Ulster.

No obstante, el antagonismo no es sólo histórico y confesional. Hay actualmente, sobre todo, razones económicas para que los anglo-irlandeses rechacen la unificación con Irlanda.

Los propietarios agrarios nobles, los comerciantes e industriales de Belfast defienden, al mismo tiempo que la nacionalidad de sus seis provincias, su seguridad religiosa, su independencia comercial y su libertad política. La secesión de Irlanda del norte en el momento de la fundación del Estado Libre constituía la única posibilidad para el norte protestante de protegerse contra la mayoría católica del sur. Les quedaba por lo menos en el norte, donde la población total cuenta con dos tercios de protestantes (contra un 8% en toda Irlanda), la preeminencia social y la influencia política dominante que anteriormente habían ejercido en la isla entera.

En una Irlanda reunificada, los unionistas del Ulster ya no serían el pueblo dirigente, sino una minoría popular confesional a la cual la pequeña isla no puede, ni de lejos, otorgar las ventajas del gran Imperio en el seno del cual se le brindan carreras en el ejército, la administración y el gobierno, en tanto que ciudadanos de ese Imperio. La unión con Inglaterra es igualmente provechosa a los negociantes norirlandeses. La industria de Belfast ha perdido, por supuesto, su «tierra adentro» al producirse la secesión, pero ha sido compensada por el hecho de que el conjunto del mercado británico le ha permanecido abierto sin tener que pagar derechos de aduanas. Su industria le era indispensable como complemento de su economía agraria y ha debido batirse duramente, en competencia con Inglaterra, desde 1932 hasta 1937.

De Valera, poco después de su entrada en el gobierno, había suspendido el pago de las llamadas anualidades agrícolas (*). Inglaterra respondió con una guerra económica sostenida con todos los medios modernos. Esta guerra económica y el nacionalismo económico de De Valera que siguió fue un motivo suplementario para los unionistas del Ulster de protestar, por puro egoísmo, para proteger su bienestar comercial contra la reunificación. En esta lucha económica anglo-irlandesa de estos últimos años, Irlanda, a la larga, habría sucumbido. De Valera, pues, en el acuerdo alcanzado en mayo de este año, ha «congelado» su exigencia de reunificación de Irlanda del Norte con el Eire y se ha contentado, a cambio, con la vuelta de la paz comercial y de la total independencia nacional de Irlanda del Sur. Así terminó la guerra económica entre Inglaterra e Irlanda. La gran discusión a propósito de las anualidades agrícolas se acabó cuando De Valera accedió a las exigencias inglesas con un pago único de diez millones de libras. La causa de la guerra económica desde 1932 ya no existía. El comercio irlandés mejoró, en una complementariedad libre del comercio inglés.

Irlanda adquirió, por otra parte, su plena soberanía militar. Las bases anteriores de la flota británica fueron cedidas, contra la garantía de considerar una amenaza a Irlanda la que lo fuera contra Inglaterra. Así, una cooperación militar y política entre Irlanda e Inglaterra es obligatoria. Inglaterra, así, ha añadido un elemento en el conjunto de su equipamiento diplomático-militar que ha montado por todos los medios desde la derrota en el conflicto de Abisinia.

Pero se ve venir hasta qué punto la cuestión no resuelta del Ulster va a perjudicar de nuevo a la unión anglo-irlandesa. En todo caso, De Valera ha ratificado, al regresar a Dublín procedente de Londres, que nunca abandonará el combate por el Ulster. La prensa irlandesa, a pesar de la declaración de De Valera a propósito de una defensa común anglo-irlandesa, ha llegado a exigir, como próximo paso, el reconocimiento de Irlanda como Estado neutral. Por otra parte, el primer ministro norirlandés, Lord Craigavon, ha declarado, con ocasión de la fiesta nacional en julio de este año, que el Ulster no se doblegará jamás ante el parlamento de Dublín y nunca traicionará a Inglaterra. El Ulster sólo le pide a Irlanda que le deje en paz. Estas palabras de los dos hombres de Estado y los reiterados disturbios con motivo de la fiesta nacional de este año muestran hasta qué punto las oposiciones actúan en el seno del pueblo, ahora como antes, a pesar de los tratados concluidos.

El problema anglo-irlandés nos da una puebla más de que los viejos tratados no son más que papeles inútiles y vacíos si no expresan la voluntad de los pueblos interesados.

Nota:
(*) Pago a los propietarios agrarios ingleses desposeídos.

OSS.III.2.8

Cuaderno de la SS. Nº 1. 1939.

Los alemanes en el Sudoeste africano

En la historia alemana, innumerables son los ejemplos de alemanes que abandonaron las forestales regiones de Alemania para ir a las tierras cálidas y secas del Sur. Como el agua que se evapora al sol, los alemanes perdieron progresivamente su identidad en los países cálidos. Tal fue ya el destino de las tribus germánicas que, en el tiempo de las grandes invasiones, emigraron para construir nuevas ciudades en las regiones meridionales. Después de un corto periodo de prosperidad, estas creaciones desaparecieron y, un poco más tarde, el germanismo se diluyó en la oscura sangre del sur. Esto ha sucedido de múltiples maneras en los últimos 1.500 años. Los descendientes de los emigrados alemanes fueron, a menudo, los soldados más valientes en la lucha contra Alemania y, de tal modo, dificultaron su lucha por la vida.

Sabiendo que, en el pasado, los alemanes habían perdido bastante fácilmente su carácter nacional, la Unión Sudafricana renunció, al revés de los otros conquistadores de las colonias alemanas, a expulsar totalmente a los residentes alemanes del Africa del Sudoeste 7.000 de los 13.000 residentes fueron expulsados en 1919-1920. De los 6.000 restantes a los que se permitió «generosamente» permanecer en ese pedazo de tierra arrancado al desierto al precio de su sangre y de su sudor, se esperaba que se dejaran asimilar poco a poco por los bóers. Se creía que esta esperanza estaba bien fundada, puesto que los mismos bóers eran, principalmente, de origen bajo-alemán. En Africa del Sudoeste, como en otras regiones del mundo, se tenía la costumbre de compensar la insuficiente demografía local con una inmigración de valiosos alemanes. Un político sudafricano declaró un día que la población blanca de Africa del Sur no podía mantenerse sin una permanente inmigración de europeos. En otoño de 1932 había negociaciones en curso para el establecimiento de residentes alemanes en cantidades substanciales.

¿Cómo se materializaron las esperanzas de Africa del Sur en lo que concierne al germanismo en el Sudoeste?. Podemos anticiparlo enseguida pues, para nosotros, alemanes, es reconfortante. La primera generación sudoeste-africana, es decir, los soldados y los colonos que se instalaron allí en la época alemana y, en parte, un poco más tarde, defendieron resueltamente su germanidad, aunque no fuera siempre de la manera apropiada. Mientras en Alemania las querellas entre los partidos estaban en su apogeo, en el Sudoeste se asociaron y no se permitió a nadie infeudarse en ninguno de los numerosos partidos alemanes. La opinión continuó siendo conservadora como sucedía en la época alemana, es decir, que la mayoría de los alemanes esperaba una restauración de la monarquía en Alemania y, en consecuencia, un «retorno a la Alemania de las colonias». En Africa del Sur no agradaba mucho esta posición de la población alemana, pero se creía que la juventud alemana, que entretanto había crecido, sería más permeable a una mezcla racial con los bóers. Se pensaba que convenía, teniendo en cuenta las contradicciones acaecidas durante la Gran Guerra, tener en cuenta que la desaparición de la germanidad en el Sudoeste se produciría muy lentamente. Esta concepción era la de la comunidad bóer, en el poder durante esa época en Africa del Sur. Para los medios anglófonos y liberales, en cambio, esta lenta evolución sería satisfactoria, pues de tal modo un despertar demasiado rápido de la comunidad nacional bóer por la aportación de grupos de valiosas poblaciones alemanas no sería de temer. Sin embargo, fue una gran decepción, tanto para los unos como para los otros, cuando resultó, sobre todo después de la toma del poder por los nacionalsocialistas, que la joven generación de alemanes se aferraba aún más a su germanidad que sus padres y profesaba con entu-

siasmo su nacionalsocialismo. Se sacaron las consecuencias impidiendo, con decretos de prohibición de inmigración, la llegada de nuevos inmigrantes alemanes.

Khorab - África del Sudoeste - Julio de 1915

Las tropas sudafricanas han «vencido». 70.000 hombres han conquistado el país defendido por 5.000 alemanes. Se ha firmado la paz después de que éstos han disparado sus últimos cartuchos. 3.000 reservistas, granjeros, comerciantes y artesanos vuelven a sus ocupaciones y 2.000 soldados profesionales son internados. La guerra ha terminado, la resistencia empieza.

Windhurk, 1924

La comunidad alemana del sudoeste africano protesta contra la violencia de los vencedores y contra la falta de principios de los bonzos de Alemania. Se protesta contra el hecho de que ha sido vendida. En 1923, el gobierno sudafricano, representado por el general Smuts, había firmado el «tratado de Londres» según los términos del cual los alemanes del Sudoeste debían ser naturalizados, es decir, convertirse en sudafricanos (bóers). Para hacer esa píldora menos amarga para los alemanes, les fue concedido que podrían conservar, además de la nacionalidad sudafricana, la alemana. Era envilecedor y humillante.

1932

La invasión bóer ha terminado. Habían llegado en tal número, procedentes del África del Sur y de Angola, que la inmigración que vino de Alemania, aumentando la comunidad alemana de 7.000 hasta 13.000 almas, no pudo luchar contra la de los Boers: de 17.000 a 18.000 de éstos convivían junto a 13.000 alemanes del Reich en el territorio del África del Sudoeste.

El año 1932 fue para la comunidad alemana un año de desesperación total. La crisis económica mundial, un período de varios años de sequía y las catastróficas consecuencias de la política colonial del África del Sur, llevaron al sudoeste africano al borde de la ruina. En el momento de mayor angustia, la comunidad bóer se declaró dispuesta a actuar, en colaboración con los alemanes, ante el gobierno de África del Sur para que el destino del Sudoeste africano fuera puesto en manos de los blancos de ese país en una proporción mayor que la de antes. Asimismo, la lengua alemana se convertiría en la lengua oficial y sería concedido el derecho de ciudadanía automático a los emigrantes alemanes de la postguerra.

El germanismo se vuelve, angustiado, hacia Alemania; ya no comprende el proceso político adoptado por la patria. Elecciones parciales, Hitler contra Hindenbug, el nacionalismo alemán contra el nacionalsocialismo. No se entiende nada. Sólo se sabe una cosa: se preparan unos acontecimientos inauditos. 1932, el año del coraje sofocante.

Primavera de 1933

El tercer año de sequía en África del Sudoeste y, sin embargo, un año nuevo. La juventud del país se une al estandarte de Adolf Hitler. En Windhuk nace una célula regional del NSDAP que crece rápidamente; la organización de la juventud alemana como escultismo alemán pasa bajo el control de la Hitlerjugend.

1934

La Hitlerjugend y el NSDAP son prohibidos en África del Sudoeste. La juventud alemana empieza a emigrar a Alemania, movimiento que se mantiene hasta 1937.

En la misma época, los africanos del Consejo General del Sudoeste adoptan una

moción proponiendo a la Unión Sudafricana administrar el Sudoeste africano en tanto que quinta provincia. Sin embargo, la Unión Sudafricana no cambia en nada las modalidades de su mandato.

1935

En Alemania, 600 jóvenes alemanes del Sudoeste se fusionan como tropa nacional sudoeste-africana. Esta tropa trae rápidamente el orden y la disciplina a las filas de la juventud del Sudoeste y la dirige de una manera ideológica.

1936-1937

En diciembre de 1936, el gobierno de la Unión anuncia severas medidas contra la población oeste-alemana. En una declaración, la Unión comunica que esperaba que, tras la atribución de la nacionalidad a los alemanes en 1925, éstos se desarrollarían dentro de la comunidad, es decir, que se convertirían en bóers. Las nuevas medidas del mandatario obligan a los alemanes del Sudoeste africano a disolver su organización única, «la Alianza Alemana».

Primavera de 1939

Hace unos años se fundó en África del Sudoeste un nuevo organismo *scout* cuya actividad está circunscrita por unos decretos muy severos. Por otra parte, un nuevo partido, «la Alianza del Sudoeste» al que sólo pueden afiliarse alemanes naturalizados, ha tomado en sus manos el destino político de la comunidad alemana del Sudoeste. Desde hace aproximadamente un año, los jóvenes alemanes afiliados a la tropa nacional sudoeste-africana se repliegan hacia el Sud-Oeste, aisladamente o en pequeños grupos. Después de haberse formado a nivel ideológico o profesional, acuden en defensa del grupo étnico alemán en Africa del Sudoeste. Quieren afirmarse a despecho de todas las influencias alógenas. Una esperanza les anima a todos: el Sudoeste africano debe volver a ser alemán.

****

La comunidad alemana ha alcanzado hoy esa unidad interior necesaria para no ser abatida por las represalias políticas y económicas del gobierno mandatario. Es un hecho bien conocido que estos grupos populares alemanes que han alcanzado tal grado de unidad y de armonía interna, no pueden hacer otra cosa que reforzarse ante cualquier tentativa exterior de presión contra ellos. Echando una ojeada retrospectiva sobre el desarrollo del conjunto del pueblo alemán, puede hablarse de un cambio enorme, es decir, que la eclosión de una nueva clase dirigente que tiene tras ella a la juventud de la nación, ha borrado el pasado y propiciado tiempos nuevos. Este desarrollo del conjunto de la nación alemana, lo encontramos a tamaño reducido en los grupos alemanes del Sudoeste. De las filas de la nueva generación ha salido un cierto número de hombres capacitados que han asumido con los pensadores de la primera generación la dirección del conjunto de la comunidad alemana en el Sudoeste. Así, ésta ha superado su desunión interior y está ahora preparada para desafiar cualquier ataque.

SS-Uscha. Kurt P. Klein

OSS.III.2.9

Cuaderno de la SS. Nº 2. 1939.



El Islam, gran potencia del mañana

La súbita muerte del joven rey Ghazi I de Irak que, hace un mes se estrelló con su coche contra un árbol y sucumbió al cabo de unas horas a sus graves heridas, unió otra vez a todo el mundo árabe por espíritu de comunidad y de solidaridad. La primera respuesta espontánea a este acontecimiento fue el asesinato del cónsul británico en Mosul que fue lapidado por los árabes. La razón: en los círculos árabes, con un instinto agudizado por la lucha defensiva sostenida durante años, no se cree en un accidente, sino que se considera al joven rey como una víctima de los servicios secretos británicos, sobre cuya conciencia está también la muerte del padre de Ghazi, el rey Feisal I. El rey Feisal murió súbitamente y de manera inesperada en 1933 en Berna. Al principio, su muerte fue atribuida a ciertos magnates del petróleo. Hoy, se sabe de manera cierta que Feisal fue envenenado por los ingleses.

Pero la muerte de Ghazi atrae de nuevo la atención sobre los segundos planos ante los cuales se han desarrollado, durante estos últimos años, acontecimientos de una gran importancia en el seno del mundo árabe. El observador político atento se planteará, pues, obligatoriamente, la pregunta: ¿Qué relaciones existen aquí y en qué medida es posible relacionar un fenómeno político, religioso o ideológico con estos acontecimientos? Se debe, no obstante, evitar cometer el error de considerar las nociones de «mundo árabe» como algo completamente homogéneo en sí, pues el arabismo en el Africa del Norte francesa obedece a leyes totalmente diferentes del de Egipto, y las formas de expresión religiosa de los wahabitas de Ibn Saud divergen totalmente de las de los árabes de Transjordania. Exigencias nacionalistas determinadas por la tribu así como las diferencias culturales y religiosas crean una imagen compleja y accidentada; los intereses dinásticos y los lazos políticos con algunas grandes potencias europeas, tienen unas repercusiones de tan diferentes que es difícil hablar simplemente de un estilo de vida único, organizado y fundado sobre leyes establecidas. Y, sin embargo, tal tipo de vida existe. No en un sentido estatal. Tampoco en la similitud total de las creencias religiosas -basta con pensar en las numerosas sectas existentes en el seno del Islam- pero esta comunidad elevada se funda en una realidad que es muy difícilmente comprensible para un europeo.

Lo que unifica a los árabes, sin duda hasta un cierto punto, en su combate de liberación contra la dominación extranjera británica, es el ardiente nacionalismo así como el deseo de ser libres y tener un Estado independiente. En el origen de todo esto se encuentra -ciertamente diferente según las tribus, pero sin embargo formando finalmente una unidad- esa religión que ha llegado a ser, en tanto que doctrina del profeta Mahoma, una potencia internacional de primer orden, que desea manifestarse en unas condiciones totalmente nuevas y se revela actualmente como una potencia política mundial. No obstante, cuando nos interrogamos sobre la naturaleza de lo que constituyen esas fuerzas, que sacan su vitalidad de esa fuente inagotable, debemos remontarnos a la época en que el Islam vivió su primer contacto con el mundo occidental. En aquellas confrontaciones entre el mundo occidental cristiano y oriental islámico que ejercieron una influencia decisiva en toda la evolución del Islam, Oriente era el elemento

activo hasta, aproximadamente, finales del siglo XVII. Luego se produjo una pausa pasajera en la lucha hasta que Napoleón, por su parte, extendiera el ardor belicoso de Occidente hasta el Oriente y así haya estado en el comienzo de una evolución caracterizada por un combate constante entre Oriente y Occidente que alcanza su punto culminante en la Gran Guerra con la decadencia del Imperio turco de Osman. Por primera vez en la historia de la comunidad árabe, los siguientes años han puesto de tal manera en evidencia el problema, que ahora es posible definir de forma más realista, la naturaleza de las múltiples fuerzas de ese movimiento y sus emanaciones dinámicas.

Es un hecho establecido que el Islam ha dejado de ser una simple doctrina religiosa y que más bien ha representado un vínculo entre un puro nacionalismo y un fanatismo religioso. Pero hoy, el universo común del Islam está formado más vivamente que nunca por el sentimiento de una comunidad de destino oriental-islámica naturalmente hostil a todo lo que es occidental. Encuentra su más fuerte y más poderosa expresión en esa oposición a Occidente y al Cristianismo. Debe, sin embargo, hacerse un inciso: esa comunidad de destino del mundo árabe con trasfondo islámico no tiene nada que ver con la pretendida idea panislámica, tal como fue propagada antaño por los califas turcos y que tendía a la creación de un gran Imperio islámico unido. Sobre todo durante la época de la pre-guerra, este movimiento formaba un elemento con el que había que contar políticamente puesto que era precisamente el fruto de unas razones ligadas a una necesidad política. Pero se descompuso con la caída del Imperio de Osmán, cuando las reivindicaciones de las tribus y los múltiples movimientos nacionales renacían entre los árabes, los musulmanes se peleaban mutuamente cuando ello debía servir a sus objetivos políticos. El recuerdo de la «guerra santa» está aún vivo en todas partes, y a ella apeló el penúltimo sultán a los creyentes en Mahoma contra los Aliados, lo que constituía un pobre testimonio de la idea panislámica. Sería mucho más juicioso hoy, en vez de un movimiento panislámico en el espíritu del sultán, hablar de un nacionalismo islámico que, ciertamente, tiene unos orígenes tan diferentes como los de cada tribu pero que, en todas partes -y en eso consiste su importancia decisiva- representa la misma alianza entre dos fuerzas nacionales y religiosas. Pero esta correlación se expresa sin duda mejor en esa parte del mundo islámico que fue también el punto de partida de la doctrina de Mahoma: en el espacio vital árabe de Oriente Medio. (En este concepto no se puede olvidar que los adeptos del Islam no son tan sólo árabes; los hay también en la India, en Japón, en las Indias Neerlandesas, los Balcanes, etc., que, por otra parte, no tienen la menor relación racial con los árabes islámicos). Y aquí, en el mundo exclusivamente árabe, el Islam ha creado un movimiento vinculado a las ideas nacionales que se llamó panarabismo y en el que se expresó el frente defensivo más fuerte, o, para ser más exactos, la hostilidad más violenta hacia Europa y el Cristianismo que salió de este territorio desde la progresión de los moros en España. (Por otra parte, comparemos los monumentos culturales y los tesoros artísticos admirables que los moros produjeron en España con las miserables huellas dejadas por el Cristianismo, frutos de una voluntad artístico-cultural procedentes de espíritus y de sensibilidades totalmente perturbadas. Esta oposición se manifiesta particularmente allí donde las formas de vida política están todavía visiblemente impregnadas por el espíritu de lucha, como en Palestina, en Argelia y en otros centros de la lucha por el poder. Y aquí, en el corazón de esta zona de combate, se encuentra también el lugar que constituye, en cierto modo, el motor del movimiento panárabe, y que representa a la vez el núcleo espiritual y religioso de esta gigantesca lucha, es decir, la universidad del Cairo El Ashar, célebre desde hace siglos. Desde este enorme punto de concentración religiosa y política salen anualmente innumerables profesores y líderes, que van a todas las partes del mundo árabe para predicar el odio a toda dominación extranjera. Los otros institutos musulmanes de Damasco o de Fez son igualmente puntos de reunión de la élite dirigente islámica, de donde los profesores musulmanes, llamados «ulemas» parten hacia el frente de combate y suscitan un nuevo impulso belicoso en las pequeñas mezquitas y los lejanos poblados de beduinos.

En relación con los esfuerzos panislámicos del califato turco, es importante mencionar, además, lo siguiente: La abolición del califato por Kemal Ataturk, el creador de la nueva Turquía, fallecido hace unos meses, no iba dirigida contra el Islam como tal. En pocas palabras, era imperativo sustraer a la joven Turquía a los problemas de los

Estados árabes que habían abandonado el Imperio de Osman para garantizar, de tal modo, la edificación del joven Estado turco que sólo había sido posible con duros sacrificios. Esto es lo que determinó esta separación del sultanato y el califato, que fue seguida luego, en el curso de la evolución, por la abolición completa, pero no totalmente definitiva del califato (es decir, de la autoridad religiosa de todos los mahometanos). El hecho de que el califato fuera abolido no debe ser atribuido a unas personalidades árabes determinadas que querían así destruir definitivamente la fuente de todas las esperanzas reaccionarias de un renacimiento del viejo Imperio osmánico. A consecuencia de unos acontecimientos particulares, sobre de los cuales no podemos extendernos, la evolución ulterior de Turquía desembocó entonces en una separación entre el Estado y el Islam, de manera que Turquía ocupa hoy una especie de posición particular con relación a los restantes Estados árabes.



El Gran Muftí de Jerusalén pasa revista a los volutarios bosnios de la Waffen SS.

Pero, además, la enorme fuerza de atracción que ejerce hoy, como antaño, el lugar santo del Islam sobre todos los creyentes, la ciudad de peregrinación de La Meca, demuestra la fuerza del sentimiento de pertenencia común a todos los musulmanes. Cada año se reúnen allí los peregrinos de todas las partes del mundo. Allí reciben nuevas fuerzas par su combate religioso igualmente político, y los musulmanes, cuya cifra en el mundo entero se eleva a unos 250 millones de hombres, experimenta constantemente el profundo sentimiento de una comunidad indisoluble. Se trata, ciertamente, de una comunidad religiosa que exhibe los evidentes rasgos de un anti-occidentalismo que es, además, el fundamento de su lucha política.

Una de las diferencias más notables entre el Cristianismo y el Islam se manifiesta también aquí. En todos los sueños de poder y principalmente en las ambiciones imperialistas constantemente expresadas, por ejemplo, por la Iglesia Católica en el curso de la historia, el Cristianismo ha sido ampliamente excluido de las últimas tomas de

decisión política en todos los países de Occidente. Esto no quiere decir que aquél no hubiera participado en los conflictos del pasado, pero cuando se trataba de la toma de decisiones y de imperativos, actuaba contra el Estado, y, por consiguiente, contra la evolución política de Occidente. En cambio, el Islam ha podido motivar e influenciar ampliamente las decisiones políticas desde un punto de vista religioso, contrariamente al Cristianismo. La razón de ello es que, para los árabes y para los musulmanes, la religión es simplemente la expresión de su forma de vida natural, de tal modo que un choque entre los dos poderes, comparable al del emperador y del Papa en el mundo occidental no podía, en modo alguno, producirse. Pero en el mundo árabe existen también, como ya hemos visto, oposiciones que son explotadas hoy, principalmente por los ingleses, para impedir una unión de todos los árabes. Pero todas estas divisiones son, no obstante, secundarias, incluso aunque persistan, mientras que el Islam se una al nacionalismo en esa síntesis que hemos llamado panarabismo, y que, en tanto que futura gran potencia, se enfrentará a las potencias europeas aún incapaces de adoptar una posición clara.

En este contexto, un hombre merece una atención particular. Una de las personalidades dirigentes árabes que desempeñará un papel determinante es Ibn Saud, el rey de Arabia Saudita, el mayor Estado árabe actual. Este guerrero y diplomático intrépido, cuando apenas tenía 20 años, procedente de la ciudad portuaria de Kuwait, en el Golfo Pérsico, entró por la fuerza en Er Riad, la capital del Imperio árabe, en 1901, con un puñado de temerarios beduinos y reconquistó así el país de sus padres. Expulsó en 1924 al rey Hussein de Hedjaz cuando éste quiso nombrarse a sí mismo califa; conquistó rápidamente todo el Hedjaz con sus bien equipados soldados y lo anexionó a sus dominios, que comprenden hoy, indirectamente el Yemen, después de haber obligado al imán de Yemen a someterse. Este árabe ortodoxo, de la secta de los wahabitas, es hoy una de las figuras importantes del tablero árabe, con las que cuentan muchos musulmanes que esperan un restablecimiento del califato. La secta de los wahabitas se diferencia del resto de las sectas islámicas por el hecho de que purifica la fe mahometana de todas las añadiduras y la expresa por medio de una regla de vida casi puritana. La liberación del dogmatismo teológico y el retorno a la doctrina tal como la anunció el Profeta son los caracteres principales de esta comunidad, por otra parte extraordinariamente moral, de los wahabitas.

Todavía no se sabe, hoy, si Ibn Saud abordará el problema del califato, pues la lucha política está aun demasiado en primer plano para que esta cuestión más religiosa haya podido ser ya resuelta. Pero cuando la decisión sea tomada, Ibn Saud pondrá, en todo caso, el peso de su fuerte personalidad así como el poder de su Estado en la balanza, si se trata de coronar también la nueva creación del mundo árabe desde un punto vista puramente religioso.

Tal vez entonces, este nuevo líder árabe personificará, en el sentido de un panarabismo reforzado, esa alianza entre el nacionalismo y el Islam característica de la evolución trazada. La «guerra santa» de antaño era una hermosa fórmula pero, en realidad, totalmente vacía de sentido. La «guerra santa» de mañana se ubicará bajo la bandera verde del Profeta y la bandera del panarabismo y, entretanto, el mundo árabe se verá forzado a definir claramente sus esferas de intereses.

Alfred Püllmann

Cuaderno de la SS. Nº 1. 1939.

El imperio de Ataturk

Un curioso azar quiere que el destino haga seguir evoluciones paralelas a pueblos absolutamente ajenos los unos con los otros, viviendo en zonas muy diferentes y, además, exactamente en la misma época y en las mismas condiciones. Constatamos también esta evolución en la historia de Italia y de Alemania, ambas postradas, tras un pasado grandioso, en la impotencia política y nacional a causa de su desunión interna. Pero, en la segunda mitad del siglo XIX, gracias a hombres de Estado geniales (Bismarck, Cavour) dieron el primer paso hacia la unidad y la recuperación y volvieron a ser grandes potencias dirigidas por soldados del frente después de la guerra. Nosotros tenemos, todos, la suerte inesperada de poder vivir y ver que nuestros países se han convertido en potencias de importancia mundial.

Turquía ha vivido una evolución comparable. El viejo pueblo nómada turco apareció aproximadamente en la misma época que el pueblo alemán en el plano histórico internacional. Hacia el comienzo de la era cristiana, en la época de las sequías, las tribus asiáticas de la estepa se desplazaban cada año hacia las regiones más fértiles, a veces en tanto que invasores, tales como los hunos de Atila o los mongoles de Tamerlan y de Gengis Khan. Las tribus turcas iban todos los años a las regiones situadas entre el Mar Negro y el Mar Mediterráneo, principalmente Anatolia, Mesopotamia, Siria e Irán.

El gran milagro del Islam consistió en ser aceptado voluntariamente por los turcos que, hasta entonces, habían practicado el culto de los astros del que todavía proviene su actual blasón: la media luna y la estrella. Los turcos, ya convertidos en sedentarios, eran tan importantes que ya en el siglo VIII llegaron a ser el elemento motor en todos los campos de la vida, y, en el siglo IX, dominaban prácticamente todo el mundo musulmán, aunque los reyes y califas fueran árabes. Se convirtieron en la élite del ejército mahometano, pero permanecieron fieles a su carácter nacional y a su lengua: de ahí una de las razones de su fuerza invencible y de su fe en sí mismos, a pesar de largas y sangrientas guerras.

En tales circunstancias, no es sorprendente que se fueran colocando, poco a poco, a la cabeza del mundo musulmán, lo que de hecho se produjo a finales del siglo XIII. Fue un jefe de la tribu de los seleúcidas, Osmán, gran guerrero de la época, quien dio su nombre a la dinastía de los Osmanlis. Sus sucesores reinaron en Turquía hasta 1924.

El *poder* de los soberanos Osmanlis residía en el hecho de que, contrariamente a la mayoría de los potentados de Europa y de Asia, tenían un objetivo bien definido, evidente para la nación, y que les permitía alcanzar el fin supremo: la unificación y la reunión de todas las tribus turcas en un Imperio central de tipo turco. Debía ser un Imperio de señores natos y de jefes que forjaron la unidad del mundo islámico, mundo totalmente dividido, unido tan sólo por las enseñanzas del profeta, claramente conscientes del peligro que, un día, vendría del Oeste.

La *debilidad* de los Osmanlis estuvo en su establecimiento en la vieja Europa, aunque la razón para ello fue la llamada en ayuda de un emperador griego que requirió a los turcos para que le ayudaran a solventar una querella intestina. Si los turcos formaban en el siglo XIV un Estado racialmente puro capaz de medirse con cualquier nación del mundo, poseyendo uno de los primeros ejércitos regulares, dilapidaron sus fuerzas nacionales a través de toda Europa desde esa época hasta el siglo XVII. Sólo a los ejércitos alemanes y a sus jefes -en particular al príncipe Eugenio- debemos que se detuvieran a las puertas de Viena, abandonando progresivamente Europa.

Selim I, que reinó desde 1512 hasta 1520, fue uno de los príncipes más sabios que hayan jamás reinado. Sus más cercanos colaboradores no eran representantes de la nobleza o de las clases sociales elevadas sino, a menudo, hijos de campesinos y de vaqueros, de lo cual se sentían orgullosos. Escritores de esa época mencionan este hecho como algo inédito y desconocido en Europa. Selim no apreciaba más que la aptitud y el valor. La extracción y el origen le eran indiferentes. Después de la conquista de

Irán, de Egipto, de Arabia y de Siria, era, desde 1517, no solamente sultán, sino también califa, es decir que era, a la vez, soberano temporal y religioso y sus sucesores continuaron siéndolo hasta que Ataturk, antes de la completa evicción de los sultanes, separara el poder temporal y el poder religioso.

El sucesor e hijo de Selim I, Solimán II, fue sin duda el más genial de los soberanos osmanlis, pero también el último de los grandes líderes. Sus sucesores degeneraron cada vez más, provocaron querellas e intrigas, desórdenes y descontento. Era la época en que Europa despertaba gracias a la iniciativa de Alemania y a pesar de las intrigas de Francia contra la estabilidad europea, y así se produjo el fin de la pujanza del Imperio osmanlí. El príncipe Eugenio rechazó a los turcos hacia el este, pero permanecieron aún durante mucho tiempo en los Balcanes. Napoleón les infligió duras derrotas en Egipto y el predominio turco habría cesado mucho antes si las potencias europeas no hubieran estado desunidas, como ocurrió con Inglaterra y Francia durante la campaña de Egipto.

En todo caso, Napoleón provocó el despertar de los serbios, los búlgaros y los griegos aún bajo dominación turca. Los griegos declararon su independencia en 1829 con la paz de Andrianópolis y, poco después, los rusos comenzaron a interesarse profundamente por los Balcanes, el Bósforo y los Dardanelos. Su paneslavismo les convirtió en enemigos declarados de los turcos. Sin embargo, no pudieron alcanzar sus objetivos en el curso de la guerra ruso-turca de Crimea.

Hay que agradecer a Bismarck haber conseguido al fin restaurar la paz y la tranquilidad después de aquellas interminables querellas: fue él quien, en 1878, en el Congreso de Berlín, logró que la soberanía turca sobre la mayoría de los Estados balcánicos fuera abolida, pero que, por otra parte, la estabilidad del Imperio Osmanlí permaneciera intangible lo que, como es bien sabido, provocó el rencor de los rusos.

En 1908, surgió, dirigida por Enver Pada la revolución turca que quería hacer del «Estado enfermo del Bósforo» un Estado estructurado, lo que precisaba, ante todo, de unas reformas de conjunto. En efecto, Turquía era todavía un Estado medieval; crueles y despóticos sultanes se oponían resueltamente a toda evolución.

Sin embargo, los jóvenes turcos fracasaron, pues tampoco ellos procedían del pueblo, sino que se reclutaban entre la *intelligentsia* y la burguesía del país y no tenían, a causa de ello, ninguna influencia entre las masas campesinas. La decadencia se acentuó. Bulgaria declaró su independencia, Italia se apoderó de Libia donde Ataturk, en la batalla de Tobruk, obtuvo prácticamente la única victoria de esa guerra.

Los pueblos balcánicos declararon a Turquía una guerra que se saldó con pérdidas importantes de territorio, pero que aún podría haber terminado peor, incluso con el fin del Imperio turco si el coraje de los soldados anatolios no hubiera roto el ataque del enemigo en Andrianópolis. 1913 vio el final de la segunda guerra de los Balcanes tras sangrientos combates que duraron dos años: la paz de Constantinopla echó, por así decirlo, a Turquía completamente fuera de Europa.

Cuando entonces estalló la I Guerra Mundial, estaba claro para todos que Rusia veía llegar por fin su oportunidad de derrotar a Turquía. Por consiguiente, ésta se vio forzada a tomar partido contra Rusia, es decir, al lado de Alemania y de las potencias centrales. En el posterior examen de los archivos de guerra rusos quedó demostrado que los objetivos de Rusia habían sido debidamente establecidos.

Uno de los más grandes éxitos de guerra turcos fue la defensa de los Estrechos, en la cual contribuyeron oficiales alemanes. Mencionemos aquí al general en jefe Von der Goltz, el renovador y reorganizador del ejército turco. Von der Goltz fue, primero, durante la Gran Guerra, general ayudante de campo del sultán y luego, más tarde, comandante en jefe del primer ejército turco. El grupo de ejércitos Anafarta debió soportar el pesos principal de la batalla; su jefe, Mustafá Kemal Pachá, se cubrió de gloria por segunda vez en su vida y contribuyó, a fin de cuentas, a que los Aliados se batieran en retirada. Él mandaba también el séptimo ejército que cubrió, en retaguardia, la retirada de los turcos y se ganó así la admiración de todos sus enemigos.

Sin embargo, para la Turquía exsangüe, la guerra no terminó con el armisticio del 18 de octubre de 1918. A instigación de Francia e Inglaterra, tropas griegas desembarcaron en Esmirna y entablaron una cruel guerra que duró tres años, y habría significado rápidamente el fin de Turquía sin la intervención de Ataturk.

Los verdaderos instigadores de aquellos sangrientos combates no eran los griegos, que creían rendir un gran servicio a Occidente y a la cultura cristiana, sino los dos eternos locos, Lloyd George y Winston Churchill, que querían así anexionarse una vía terrestre hacia la India reduciendo a Turquía en un conglomerado de pequeños Estados miniatura que ellos habrían colocado bajo tutela griega, inglesa y francesa. Los griegos, por su parte, debían sacarles las castañas del fuego.

Una gran parte de las regiones turcas estaba ocupada por los armenios, los ingleses, los franceses, los griegos y los italianos, en virtud del armisticio en cuestión. Cuando los griegos, bajo la protección de las flotas inglesa y francesa, pasaron al ataque, la situación de los turcos era desesperada. La nación, completamente agotada por ocho años de guerra, estaba desmoralizada. El sultán quería congraciarse con las potencias occidentales; resultó ser un político sumiso, de la especie que nosotros hemos conocido en Alemania en la misma época.

Entonces surgió Mustafá Kemal. No se preocupó ni por el sultán ni por las instituciones, reunió a las tropas turcas, las reorganizó y las armó con la ayuda rusa. Los soviéticos lo hicieron gustosamente, pues sabían que las potencias occidentales no se detendrían en el caso de Turquía. Cerca de la frontera se encontraban Bakú y Barum, Tiflis, los pozos de petróleo, donde Sir Henry Deterding ya había sagazmente comprado acciones, cometiendo así el mayor error de su vida.

Kemal Pachá fue, no obstante, lo bastante perspicaz para deshacerse del nudo corredizo con el que los soviéticos querían, poco a poco, ahogar a Turquía. Aunque su política exterior cultivó, más tarde, una política de amistad con la Rusia soviética, pero suprimió sin piedad a los comunistas en el interior del país. Mientras tanto, necesitaba ayuda. Con pobres medios y en circunstancias lamentables, comenzó a luchar contra un adversario tres veces superior, perdió algunos combates para luego, genio militar nato, rechazar a los griegos, batalla tras batalla. Cuando los Aliados vieron que el plan fracasaba a causa de la inesperada resistencia de los turcos, invitaron a éstos a una conferencia en 1921, en Londres, aunque Lloyd George hubiera calificado a las fuerzas turcas de «bandas de ladrones» y a Kemal de general rebelde, exactamente, como hace poco, al general Franco.

Esa conferencia no dio ningún resultado. La guerra continuó. En agosto y septiembre de 1921, Kemal coronó su gloria guerrera llevando a la victoria a sus pobres tropas, tras largos y duros combates, con numerosas maniobras tácticas pero, sobre todo, con un apasionado ímpetu contra un enemigo muy superior en número y en armamento. La Asamblea Nacional le concedió el título de «El Gasi», el victorioso.

En pocos meses, el enemigo fue definitivamente batido, en particular en las memorables batallas de Afion, de Karahissar y de Inonu. El vencedor de Inonu fue el general en jefe de estado mayor de Kemal, y su sucesor en la presidencia. El sultán debió exilarse, acusado de alta traición y Lloyd George debió dimitir. Esta vez se había equivocado por completo. El rey Constantino de Grecia abdicó; Kemal comenzó entonces a educar a su pueblo, no sin dificultades, para hacer de él, lentamente pero con seguridad, una gran potencia moderna. El 24 de julio de 1923, después de, aproximadamente, doce años de guerra, la paz fue firmada en el tratado de Lausana. Los griegos debieron devolver la parte europea de Turquía y la Tracia oriental: el país se había salvado.

Después de la separación de los poderes espirituales y temporales, el heredero del trono fue proclamado califa. Cuando, más tarde, el clero demostró ser totalmente reaccionario y urdió complots, Kemal abolió sin otra forma de proceso el califato y todo lo que le acompañaba. El pueblo estaba muy poco unido a su Iglesia y no se inmutó cuando se produjo esa abolición. En cambio, la prohibición del fez y la introducción del sombrero provocaron disturbios.

A pesar del hecho de que el pueblo, completamente agotado, debía recuperar fuerzas, Kemal tuvo muchos problemas a causa del analfabetismo del 90% de la población y de todas las instituciones pasadas de moda. Él dio ejemplo, introduciendo la escritura latina en la lengua hablada, aboliendo el velo y el fez, recorriendo el país y haciendo que los campesinos aprendieran a leer y escribir. Fue ayudado en sus esfuerzos por la riqueza natural del país. Para una superficie aproximadamente el doble que la alemana, Turquía no tiene más que 16 millones de habitantes, cuyas nueve décimas

partes son de raza turca y los dos tercios, campesinos. La fecundidad es notable: 23 nacimientos por cada 1.000 habitantes. Esta tendencia se refuerza atrayendo al país a emigrantes turcos que vivían en el extranjero y que vienen a instalarse por iniciativa del Estado. La nueva Turquía se basta ya a sí misma desde hace diez años. Ya no depende del extranjero para su aprovisionamiento, ni siquiera en los años de malas cosechas. El país se recupera ostensiblemente, pasa del estado de Imperio medieval de las mil y una noches al de Estado moderno en un lapso de tiempo hasta entonces desconocido en Oriente. Los alemanes han contribuido en gran medida a todas estas transformaciones y mejoras. Se demuestra, una vez más, que aquí como en todas partes, los alemanes son el único pueblo civilizado capaz de ayudar a otros pueblos en vías de desarrollo sin por ello explotarlos.

Siempre hemos sentido simpatía por los turcos y los japoneses porque, en ambos casos, nos hemos encontrado con dos pueblos caballerescos, trabajadores y valientes que, además, viven como nosotros, una comunión nacional de la que extraen su fuerza. Como Adolf Hitler, Kemal Pachá que, después de su apellido, se ha llamado Kemal Ataturk, ha suprimido las clases sociales en su país y ha llevado a su más alto grado a la soberanía del pueblo en la persona del jefe elegido.

A partir de entonces, Alemania se ha convertido en el primer socio comercial de Turquía. En 1937, Turquía compró a Alemania por valor de 48.132.000 libras turcas de mercancías por una exportación hacia Alemania de 50.412.000 libras turcas. América sigue, muy lejos, con una tercera parte de estas cifras. Inglaterra con un sexto, y Francia con una décima parte. El primer producto de exportación turco es el tabaco. La importación concierne sobre todo a las telas, el acero y la maquinaria.

Políticamente, Turquía se ha convertido, con Ataturk, en una potencia de primera fila, dueña del paso del mar Negro al mar Mediterráneo, posesión que le ha sido soberanamente confirmada. Ese paso ha sido, desde siempre, de una gran importancia, en tanto que vínculo entre Occidente y Oriente, entre Europa y Asia.

Constantinopla es, desde hace siglos, el gran lugar de transbordo para el tráfico de mercancías entre Africa y Europa. Es en esa óptica que Alemania quiso construir antes de la guerra, la línea férrea Berlín-Bagdad, proyecto que Inglaterra hizo fracasar hasta nuestros días, en que el viejo sueño se está convirtiendo en realidad: pronto se podrá ir en tren desde Berlín hasta Bagdad y Teherán.

En Turquía se tiene un sentimiento muy agudo hacia la tutela, por la que se siente una fuerte aversión. No se ha notado rastro de ella en lo que concierne a Alemania. Ésta ha cooperado siempre desinteresadamente en el desarrollo del país. Los alemanes trabajan desde hace muchos años en Turquía como soldados, técnicos, arquitectos y profesores, y son los únicos extranjeros que soportan allí, hasta el punto de que incluso los vienen a buscar.

Estos últimos años, se han descubierto inmensos yacimientos de minerales y de petróleo. Turquía es inmensamente rica. Alemania no quiere nada más que el comercio entre amigos. Lo demuestran los 150 millones de marcos de crédito sobre las mercancías que el ministro de comercio del Reich, Funk, ha concedido a Turquía. Si ahora, súbitamente, Inglaterra se interesa comercialmente por Turquía, el último individuo del país sabe muy bien lo que esto significa: precaución contra la creciente influencia de Alemania en el Cercano Oriente.

Y todo turco sabe también que Inglaterra no cambiará nada de nada, que Turquía ya no recibirá órdenes de nadie; lo ha declarado en Montreux. Los soviéticos estaban furiosos porque creían que Turquía seguiría sus pasos. Estratégicamente, este país no teme nada. Un ejército fuerte, una buena marina de guerra y 4.000 kilómetros de costas para 6.000 kilómetros de frontera, dejando aparte el hecho de que los «Estrechos» son inexpugnables.

Los turcos forman un pueblo con el cual se debe contar. Nosotros, alemanes, tenemos la ventaja de una vieja amistad, de la camaradería de armas y de una franca simpatía. Ahora que Alemania se ha convertido en la mayor potencia danubiana, no pasará mucho tiempo sin que se establezca un intenso tráfico fluvial entre nuestros dos Estados. Exportamos telas y máquinas. Nos necesitamos los unos a los otros y continuaremos unidos a pesar de los golpes bajos de terceros países.

III. Adversarios

OSS.III.3.1

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1936.

SS-Ostuf. Heinrich Bauer:

El Antiguo Testamento, autorretrato de los judíos

La historia de los patriarcas y los reyes del Antiguo Testamento es, ciertamente, una mala fuente histórica pues está repleta de cuentos, de leyendas y de falsificaciones; la verdad y la poesía, la riqueza de espíritu de los pueblos arios, las deformaciones y las exageraciones judías se siguen, en un verdadero revoltijo. Pero, para nosotros, el Antiguo Testamento tiene un valor fundamental, pues es el autorretrato de los judíos. Un cerebro ario no habría podido imaginar unas historias comparables a las de Abraham, de Isaac, de Jacob y de José.

Las figuras de Abraham y de José son imaginarias, pero el viaje de Abraham y la vida de José se basan en hechos históricos.

Los judíos formaban una minoría ínfima en el seno de la población de Palestina. En ese territorio de tránsito, de luchas y de colonizaciones de tribus de los más diversos orígenes, reinaba el caos racial que estuvo marcado, al principio, por una influencia negra, y luego por una influencia oriental procedente de Asia Menor. Los judíos asimilaron la sangre de los pueblos africanos, asiáticos y europeos más diversos.

Entre 450 y 400 antes de la era cristiana, los profetas Esdras y Nehemías establecieron las severas leyes raciales que prohibían todo nuevo mestizaje con tribus extranjeras. Es significativo que esas leyes raciales de los judíos orientales se hayan conservado hasta hoy y que la voluntad de separación persista en la auténtica judería. Gracias a esta separación, presente desde hace alrededor de 2.000 años y fijada por la ley religiosa, el pueblo judío ha creado una comunidad en sí más o menos homogénea.

El mestizaje y la ausencia de patria ancestral han impulsado al judío a extenderse por el mundo entero en el curso de la Historia, pero, no obstante, ha conservado siempre sus características étnicas.

Desde Esdras, la judería se ha ido constituyendo, poco a poco, a partir de la restante población de Palestina y ha ido aumentando constantemente. Como una telaraña, se ha ido extendiendo por todo el Viejo Mundo. Los judíos se establecieron en las grandes ciudades del espacio mediterráneo y formaron colonias aisladas que recibieron permanentes refuerzos por una constante emigración masiva y voluntaria desde Palestina.

Se vio, entonces, cómo el mismo proceso se producía en todos los países:

Los judíos son, al principio, tolerados por la población, luego son, incluso, favorecidos por los soberanos, hasta que el desprecio y el odio de la población hacia ellos alcanzan su punto de ebullición a causa de su arrogancia, de sus pretensiones y de su

usura, y son expulsados, o se toman medidas de protección contra ellos. Esto es lo que ocurrió en Egipto, en Babilonia y en Persia, en Grecia y en Italia, en España y en Inglaterra. Nosotros hemos visto lo mismo en Alemania.

Igual que las figuras de Abraham y de José, la figura de Esther es, también, legendaria. Pero la figura de Esther se basa, igualmente, en un fondo histórico. El mismo principio rige la política judía desde los tiempos más remotos. En todos los tiempos, la política de Esther ha desempeñado un gran papel en la aspiración del pueblo judío a la dominación mundial: judías hermosas e inteligentes fueron amantes de reyes, príncipes y hombres influyentes; les encadenaron con sus encantos sensuales y les utilizaron en beneficio de su pueblo. Así, obtenían ventajas para sus compatriotas, se enteraban de los planes más secretos, etc.

Se conoce la historia de la «judía de Toledo», la amante del rey de Castilla Alfonso I, que le hizo conceder a los judíos unas ventajas tan inauditas que el pueblo debió recurrir a la violencia.

En los salones o, más exactamente, en los lupanares de la alta sociedad, las bellas judías Henriette Herz, Dorothea Veit (más tarde casada con Friedrich Schlegel) y Rachael Varnhagen recibían a estadistas y príncipes, poetas y eruditos a finales del siglo XVIII.

Durante el Congreso de Viena de 1814/15, las hijas del rico judío berlinés Itzig, que se habían casado en Viena con los banqueros von Arnstein y Eskeles, velaron por que los intereses judíos fueran protegidos tras la guerra de la independencia contra Napoleón: los políticos, incluidos Hardenberg y Wilhelm von Humboldt, discutían en sus salones de los problemas políticos más secretos. El canciller del Imperio Caprivi era un huésped asiduo del salón político de la judía von Lebbin, y en casa de la condesa Fischler-Treubner de Berlín, que fue más tarde encarcelada, miembro de la familia Kaufmann-Asser, se reunían dirigentes del ministerio de Asuntos Exteriores, de la política y de la economía, así como Erzberger, Maximiliano Harden, Georg Bernhard, Friedrich Stampfer y otros grandes personajes judíos.

Esta cita del Génesis redactado por historiadorea judíos y la del libro de Esther, escrito igualmente por un cronista judío, muestra la oposición insuperable que existe entre las ideas, los sentimientos y las acciones de los alemanes y las de los judíos.

La historia de los judíos comienza con la llamada del dios nacional judío Yahvé a Abram, el abuelo del pueblo judío: «Abandona tu país, tu parentesco y la casa de tu padre, hacia el país que yo te indicaré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, magnificaré tu nombre: ¡sé una bendición!. Bendeciré a los que te bendecirán, maldeciré a los que te maldecirán! En ti serán benditos todos los clanes de la tierra.» (Génesis, XII, 1-3).

La partida de Abram y de su familia de Caldea, entre el Tigris y el Eúfrates, hacia el fértil país del río Jordán, Canaán, situado al este del Mediterráneo, llamado más tarde Palestina, es decir el país de los filisteos, estuvo en el origen de la ofensiva del pueblo judío, viajero y vago, hacia los países de los alrededores del Asia Menor y luego, más adelante hacia los demás países del mundo. Dominando a ese convoy, se encuentra la frase de Yahvé que justifica la pretensión y la reivindicación de los judíos hasta hoy: «¡Bendeciré a los que te bendecirán, maldeciré a los que te maldecirán!».

Una hambruna echó a Abram de Canaán hacia Egipto (otro típico rasgo judío: ¡donde me encuentro bien, es mi patria!). Pero para congraciarse con los egipcios, ordenó a su mujer: (v.13): «Diles que eres mi hermana, para que me traten bien a causa de ti, y que me traten bien en consideración a ti.» En consecuencia, el rey egipcio acoge en su casa y en su cama a la esposa prostituida físicamente deseable y colma al supuesto hermano Abram con regalos de ganado y esclavos. Pero esta Saraí es precisamente la causa de los castigos que Yahvé inflige, sorprendentemente, al faraón hasta que éste reconozca la situación, y reproche severamente a Abram: «¿Qué me has hecho? ¿Por qué no me dijiste que era tu mujer?» (v. 18-19). Con una incomprensible indulgencia, el rey deja a Abram, el tramposo y el proxeneta, que se vaya pacíficamente de Egipto con su mujer Saraí y todos los beneficios que ha obtenido.

Abram renovó, pues, su comercio de malhechor con Saraí, mofándose de las cosas más sagradas e inviolables. Cuando Saraí supo que era estéril, le ofreció su propia esclava egipcia, Agar, a fin de que le diera un hijo, como si los hijos fueran una mercancía que se compra. Pero cuando la esclava estuvo encinta, el odio de la mujer

estéril estalló y Abram respondió a los celos de su mujer abandonando a la esclava encinta en ese instante crítico: «¡Pues bien, tu esclava es tuya, haz con ella lo que te plazca!.» (Saraí), queriendo entonces humillar a Agar, la abandonó. (cap. 16. v. 6). Desde el primer caso de Agar, el judío ha sacrificado constantemente sin escrúpulos al *goy* (el no judío) impuro, sobre todo a los miembros de las razas más nobles, cuando había alcanzado su objetivo.

Poco después, Abram, el ganadero y comerciante judío, fue a Gerar con sus rebaños (Génesis, cap. 20). De nuevo hizo pasar a Saraí por hermana suya, con objeto de que Abimelek, el jefe de Gerar, acogiera en su casa a la mujer, aún bella y sensual, como todas sus conciudadanas, sin estar al corriente de su matrimonio. De nuevo se repite el mismo engaño que se perpetró con el faraón y Abimelek, con una indulgencia y una filantropía suicidas, le dice a Abram: «Mi país está abierto ante ti. Establécete donde gustes.»

El hijo del viejo Jacob, José, el intrigante detestado por sus hermanos, había sido vendido en Egipto. Dedicándose a la interpretación de sueños y a cálculos prodigiosos, consigue alcanzar el cargo de administrador general y visir del faraón de la época, haciéndose indispensable por su política económica e impositiva. Cuando la miseria afligió al país de Canaán, los judíos entre los hermanos de José -alrededor de setenta hombres- se fueron al rico Egipto donde encontraron una hospitalaria acogida por parte del faraón, aconsejado por José. Mientras crecían en número y en riqueza, José puso al pueblo egipcio, libre hasta entonces, totalmente a la merced del faraón, y facilitó la confiscación de la propiedad agraria de los egipcios por parte del gobierno. Reunió gran cantidad de cereales en los graneros del Estado y cambió a los egipcios todo su ganado a cambio de los cereales. (Génesis, cap. 47, v.15 y siguientes). Pero la hambruna persistió, y los egipcios, que estaban totalmente a merced del cruel visir José, fueron de nuevo a verle, suplicándole: «¿Por qué debemos morir ante tus ojos, nosotros y nuestra tierra? Quédate con nuestras personas y nuestras tierras a cambio de pan, y seremos, con nuestras tierras, los siervos del faraón. Pero danos algo que podamos sembrar para que podamos vivir y que nuestras tierras no queden desoladas.»

Así, José compró todo Egipto para el faraón. Pues los egipcios vendieron todas sus tierras ya que la miseria era insoportable. El país era, pues, propiedad exclusiva del faraón. Sólo la tierra de los poderosos sacerdotes se salvó de la liquidación forzada por el inteligente José. Pero la Historia apenas habla de esa explotación del pueblo egipcio. Cuando los egipcios volvieron al trabajo, reducidos al rango de siervos, José exigió de ellos: «Así pues, ahora os he comprado para el faraón, vosotros y vuestras tierras. Pero deberéis dar una quinta parte de las cosechas al faraón, y las otras cuatro partes serán para vosotros, para las semillas del campo, para vuestra alimentación y la de vuestras familias y la de las personas a vuestro cargo.» Así, un quinto de todos los ingresos deducidos al pueblo despojado de su tierra queda asegurado para el rey gracias a José, que, con su cargo de gran visir y su celebridad, adquiere un poder y una riqueza inmensas. Pero después de siglos de explotación, el pueblo egipcio se sublevó contra aquellos huéspedes parásitos judíos, ricos y poderosos, les derrotó y les redujo finalmente en esclavitud hasta que abandonaron definitivamente Egipto.

El mismo caso se repitió en Babilonia. Bajo Nabucodonosor, los judíos fueron privilegiados y obtuvieron, como siempre, la riqueza y los cargos elevados en el seno del pueblo que les acogía. Pero también allí, con ese egoísmo sin límites que les ha conferido Yahvé, explotaron de tal manera al pueblo que éste se sublevó y les oprimió. Cuando el victorioso rey persa Ciro atacó a Babilonia, por venganza, los judíos traicionaron y abrieron, secretamente, las puertas de la ciudad al invasor, facilitando la derrota de Babilonia.

Los judíos obtuvieron grandes privilegios del Estado en el nuevo Imperio de los persas. Supieron ser útiles al rey, como antaño José con el faraón. Los príncipes se pusieron al lado del explotador inmigrante, mientras que el pueblo, indefenso, debió soportar su poder.

El libro de Esther (1, v.1) cuenta que Asuero, en realidad, históricamente, Jerjes -rey de Persia que se extendía desde las fronteras de la India hasta África-, era la época en que el Imperio persa estaba en su apogeo. En una fiesta que duró 180 días en su capital, Susa, quiso mostrar a los grandes de su Imperio la belleza de su esposa, Vasthi.

No obstante, la princesa, una mujer aria, consideraba que su castidad resultaría ultrajada. El rey, víctima de la ebriedad del poder y de la posesión, la repudió. Y cuando se buscaban jóvenes muchachas para el harén de Jerjes, el judío Mardoqueo pensó que había llegado el momento para ganar influencia sobre el poderoso rey persa por medio de su hermosa pupila Esther. Ella fue a la casa del rey, recibió del eunuco las más bellas vestiduras y se colocó, con algunas otras, en el mejor lugar del harén, donde el rey la vería primero. Se dice en el libro de Esther: «Esther no había revelado ni su parentesco ni su pueblo, tal como le había aconsejado Mardoqueo, cuyas instrucciones ella continuaba siguiendo como en los tiempos en que estaba bajo su tutela". La castidad no tiene ninguna importancia para los judíos (también Judit se infiltró como una prostituta en el campo del general Holofernes para asesinarle por la noche en su cama, lo que se consideró más fácil que los hombres judíos le atacaran cara a cara) pero ella no podía revelar su origen si quería ganar la partida de una manera camuflada. Pronto Esther, la bella prostituta, se encontró ante el rey, que sucumbió ante su sensualidad, prefiriéndola a la casta Vasthi, repudiada. Poco tiempo después comienza el juego de las intrigas: dos chambelanes del rey son ejecutados, pues Mardoqueo había dicho al rey, a través de su instrumento Esther, rápidamente convertida en todopoderosa, que habían proyectado un atentado contra él. Jerjes se sintió, pues, agradecido hacia los judíos, y dos opositores poco cómodos fueron suprimidos. En la época de aquella expansión de los judíos, su altanería había llegado a ser intolerable y su influencia un peligro para el Estado. Jerjes no se apercibía de ello, contrariamente a su fiel ministro Amman. Éste se daba cuenta de que el judío Mardoqueo, merodeando constantemente alrededor del castillo real de Susa, y sus congéneres viviendo en el Imperio persa no obedecían al rey ni a sus órdenes. Sabía, también, hasta qué punto crecía en el pueblo la cólera contra el explotador. Se hizo portavoz de la voluntad popular y expuso a Jerjes lo que sigue (cap. 3, v.8-9): «Amman dijo al rey Asuero: En medio del pueblo, en todas las provincias de tu reino, está dispersado un pueblo aparte. Sus leyes no se parecen a las de ningún otro y las leyes reales son para él letra muerta. Los intereses del rey no permiten ignorarlo. Que su pérdida sea, pues, decretada, y, si el rey lo permite, pagaré a sus funcionarios, en la cuenta del Tesoro real, diez mil talentos de plata».



«El rey quitó el anillo de su mano y se lo dio a Amman, hijo de Hamdata el Agagita, perseguidor de los judíos. «Guarda tu dinero, le respondió. En cuanto a ese pueblo, te lo entrego; haz con él lo que quieras...» (v.13) y los correos transmitieron a todas las provincias del reino cartas mandando destruir, matar o exterminar a todos los judíos, adolescentes y ancianos, niños y mujeres incluidos, el mismo día, es decir, el treceavo del duodécimo mes, que es Adar, y apoderarse de sus bienes» (obtenidos por la usura y el fraude).

Mardoqueo y Esther prepararon inmediatamente una respuesta, a fin de que el inminente exterminio se transformara en una completa victoria de los judíos sobre los detestados persas (Esther, cap 5). Esther pidió al rey y a Amman que asistieran a un ágape, y el rey, borracho, le concedió todo lo que ella quiso. Entre tanto, Amman había hecho construir una horca en su casa, en la cual debía ser colgado el miserable

Mardoqueo. Poco antes de la comida, se recordó a Jerjes que él había sido salvado de los conjurados por Mardoqueo. Cuando Esther le contó, durante la comida, que Amman había proyectado la muerte de todos los judíos; Jerjes, trastornado, se fue al jardín y Amman, presintiendo la catástrofe, pidió, de rodillas, a Esther, que le salvara la vida. Jerjes volvió e interpretó mal esa actitud. En un acceso furioso de celos, perturbado como estaba por el vino y la mujer, hizo colgar a su fiel ministro Amman en el árbol de su casa.

Los judíos se vengaron de los persas de una manera terrible. Jerjes dio a Mardoqueo la casa y el anillo de Amman, es decir, todos los plenos poderes. Así se dieron nuevas órdenes a las 127 provincias de Persia, en el siguiente sentido: «Estas cartas, redactadas en nombre del rey Asuero y selladas con su sello, fueron llevadas por correos montados en caballos de la remonta del rey. El rey concedía a los judíos, en cualquier ciudad que estuviesen, el derecho a asociarse para poner su vida en seguridad, con permiso para exterminar, degollar y destruir a todas las gentes armadas de los pueblos o de las provincias que quisieran atacarles, con sus mujeres y sus hijos, así como incautarse de sus bienes. Esto se haría en todas las provincias del rey Asuero, el treceavo día del duodécimo mes, que es Adar.

«La copia de este edicto, destinado a ser promulgado como ley en cada provincia, fue publicado en todas las poblaciones a fin de que los judíos estuvieran prestos el día indicado para vengarse de sus enemigos. Los correos, montados en caballos reales, partieron con gran prisa y diligencia a la orden del rey. El decreto fue también publicado en la ciudadela de Susa. Mardoqueo salió de la casa del rey vistiendo un principesco hábito púrpura violeta y de lino blanco, coronado con una gran diadema de oro y llevando un manto de púrpura roja. Toda la ciudad de Susa explotó de alegría. Fue, para los judíos, un día de luz, de regocijo, de exultación y de triunfo. En todas las provincias, en todas las ciudades, en todas partes, en fin, donde llegaron las ordenes del decreto real, no hubo, para los judíos, más que alegría, regocijo, banquetes y fiestas. Entre la población del país, muchas gentes se hicieron judíos, pues el temor a los judíos se abatió sobre ellos.»

El día previsto, la sangrienta tragedia fue ejecutada (cap.9, v.5): «Los judíos mataron, pues, a todos sus enemigos con las espadas. Fue una matanza, una exterminación, e hicieron lo que quisieron con sus adversarios (v.16). Por su parte, los judíos de las provincias reales se reunieron también para asegurar sus vidas. Se deshicieron de sus enemigos degollando a setenta y cinco mil de ellos, sin librarse al pillaje. Por deseo especial de Esther, Jerjes hizo colgar a los dos hijos de Amman en el mismo árbol, y los judíos hicieron de ese día, «una fecha de festín y de regocijo». Y en recuerdo del día de la venganza, instauraron la fiesta del Purim, que todavía celebran hoy.»



OSS.III.3.2

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1936.

E. Brandt :

El crimen ritual judío

El asesinato ritual o sacrificio constituye un aspecto totalmente particular de la vasta cuestión judía. La mayoría de los hombres cultivados no quieren creer tales «historias». La ciencia oficial consideró indigno de ella examinar a fondo el asunto y se contentó con declarar que los «informes» del judío Chwolson y, sobre todo, del tristemente célebre profesor berlinés, Hermann Strack eran fundamentales y hacían autoridad; y ello a pesar de que tales informes no hubieran tenido nada que ver con una investigación científica digna de tal nombre y no fueran, en realidad, más que embusteros artículos apologéticos y parciales de la judería. Para la mayoría de científicos, pues, el caso del asesinato ritual debe ser considerado como archivado; según su opinión, no es más que un producto de los cerebros enfermos de los antisemitas.

¡Pero los brutales hechos son muy diferentes!

La Historia habla de numerosos crímenes rituales judíos, y ello desde el siglo V de la era cristiana. En mi obra, publicada en lengua rusa, examino trescientos veinte casos y cuatrocientos veinte en el manuscrito alemán ya existente. La Iglesia católica cuenta también entre sus mártires, santos y beatos, con un buen número de víctimas del asesinato ritual judío, entre ellos San Werner que es venerado aún hoy por la población católica de Oberwesel, en el Rin, y que es el patrón de la ciudad. Citemos, tan sólo, tres asesinatos rituales:

1) 1475, en Trento. El asesinato ritual del niño Simón Gerber, que fue beatificado por la Iglesia católica; los dossieres del proceso todavía existen, en Trento, en el Vaticano y en las copias que se encuentran en Viena.

2) 1840, en Damasco, sobre el padre capuchino católico Tomás y su sirviente Ibrahim Amarah.

3) 1852/53, en Saratov, sobre Theophan Scherstobitovde 10 años, y Michael Maslov, de 12 años. En el primero y el último de los casos citados, las víctimas habían sido circuncidadas antes de la punción de la sangre.



El escolar Andrej Juchchinskij asesinado por trece cortes rituales mientras dormía en 1911 en Kiev (proceso de Beili).

Estos tres casos están incontestablemente demostrados a nivel jurídico. En los dos primeros procesos, los judíos hicieron una confesión completa. Esto les molesta, pero su defensor, por su parte, no tiene ningún escrúpulo en afirmar que se trata aquí, como en todos los demás casos semejantes, de la condena de un inocente. Cuando se leen las actas de los alegatos de estos procesos, nos podemos razonablemente sorprender; atestados, deposiciones, incluso documentos históricos tales como bulas papales son falsificados de una manera muy hábil. En muchos documentos, ciertos conceptos son manipulados y simplemente omitidos. Así, los hechos toman otro aspecto. Esto demuestra tan sólo que la afirmación de que no habría habido ningún crimen ritual no se puede mantener, pues para demostrar la verdad no se utiliza la mentira. Es sorprendente también comprobar cómo los judíos hacen todo lo que pueden para hacer archivar los casos en todos los procesos relativos a crímenes rituales. Se compran falsos testimonios, a autoridades judiciales y a la policía. En vano la opinión pública del mundo entero se conmueve; en el Parlamento, representantes de diversas regiones presentan propuestas. Finalmente, se llega incluso a representaciones diplomáticas. Pero todo es en vano, pues los judíos amenazan con represalias, como sucedió en el caso, en 1882, en el proceso de Tsza-Eszlar. Rothschild, de París, tuvo la osadía de enviar (con éxito) un telegrama al gobierno de Austria-Hungría con la siguiente advertencia final:

«Si el gobierno no da satisfacción a mi requerimiento (de suspender el proceso y liberar a todos los judíos), haré todo lo necesario para arruinar el crédito de Hungría.»

No es sorprendente que, en tales condiciones, la mayor parte de los procesos por crímenes rituales hayan sido enterrados...

Citamos tan sólo el caso de uno de los numerosos crímenes rituales incontestables desde el punto de vista jurídico:

1840, en Damasco.

El miércoles, 5 de febrero de 1840, el padre capuchino Tomás y su sirviente Ibrahim Amarah fueron víctimas de un asesinato ritual en el barrio judío de Damasco.

Todos los dossieres de la indagatoria y del proceso fueron publicados en 1846 en un libro escrito por un miembro de la «Sociedad Oriental», Achille Laurant. Es obvio decir que este libro constituye una de las más grandes rarezas bibliográficas y sólo se encuentra en muy contadas bibliotecas. Los dossieres originales del proceso deberían conservarse en los archivos del ministerio de Asuntos Exteriores, en París. El especialista francés en crímenes rituales, el abate Henri Desportes, afirmaba que todos estos documentos desaparecieron bajo el ministerio del judío Crémieux en 1870, mientras que el defensor de los judíos, el abate Vacandard, asegura que el ministerio francés de Asuntos Exteriores debe de haber certificado oficialmente, el 5 de agosto de 1892, que todos los documentos se encuentran en perfecto estado en dicho ministerio. Cuál de los dos tiene razón no pude afirmarse con certeza, pues el ministro de Exteriores de la época, Pichon, rechazó un nuevo examen de los documentos originales, el 6 de junio de 1913, al redactor de «La Libre Parole», Albert Monniot.

O bien esos documentos han sido, pues, destruidos por el judío Crémieux, o bien contienen detalles tan demoledores para los judíos, que el «hermano» Pichon consideraba preferible mantenerlos en secreto. No obstante, es evidente que incluso en el caso de que los documentos pudieran demostrar la inocencia de los judíos, como ellos continúan afirmando, habrían sido ya oficialmente publicados desde hace tiempo, y por el mismo judío Crémieux.

¿Quién reveló, pues, ese proceso? Con el pretexto de que debía vacunar a un niño judío contra la viruela, el padre Tomás fue encerrado en una casa judía, atacado, desnudado y degollado por ocho judíos, entre los cuales se encontraban dos rabinos. Su sangre fue recogida en un pilón, luego embotellada y entregada al Chacham (rabino) Abu-el-Afiè. Después del asesinato las vestiduras del padre fueron quemadas y su cadáver cortado a trozos, todos los cuales fueron machacados con una maza. Fueron metidos en un saco de café que fue arrojado a una alcantarilla que estaba lejos de la casa.

Las autoridades obtuvieron las confesiones de dos judíos, el barbero Solimán y el sirviente Marad-el-Fattal, contra la promesa de ser indultados en caso de decir toda la verdad. Ambos judíos fueron interrogados por separado. Sus deposiciones coincidían hasta en los más mínimos detalles. Todo fue comprobado sobre el terreno. Aunque ya

había transcurrido un mes desde el asesinato, se podían distinguir perfectamente huellas de sangre en las paredes de la habitación y dónde se había producido el degollamiento del capuchino. Y en el lugar indicado por los judíos donde habían sido machacados los huesos y el cráneo, podían notarse unas hendiduras en el suelo. Se encontraron huellas de sangre y trozos de carne en las aberturas de la alcantarilla. En el mismo canal se descubrieron las siguientes partes del cuerpo: huesos del pie con articulaciones, una rótula, partes del cráneo, una parte del corazón, una vértebra, un trozo de nervio, un fragmento de la piel del cráneo en el que se podía divisar una parte de la tonsura, (la parte restante estaba recubierta de cabellos) y además, en fin, dos jirones de un capelo de lana negra.

Todos los objetos hallados fueron enviados al cónsul francés Ratti Menton (el padre Tomás se encontraba bajo la protección de Francia) con objeto de proceder a un examen médico. El cónsul francés hizo examinar los restos por dos comisiones e incluso por cuatro médicos europeos y seis franceses. Las conclusiones de ambas comisiones demostraron que los restos presentados eran de origen humano. El cónsul austríaco, G.G. Merlato asistió a los médicos mahometanos en su trabajo. Por su parte, emitió un certificado diciendo que se había enterado de que los médicos certificaban el origen humano de los citados restos. Además, Ratti Menton logró obtener una declaración del barbero del padre Yussuf según la cual los fragmentos del capelo que se habían encontrado sólo podían ser del capelo del padre Tomás.

Cuando los resultados del interrogatorio de los otros acusados fueron conocidos, comprendieron que persistir en negar tenazmente era inútil y todos firmaron sus confesiones.

El sirviente del padre, Ibrahim Amarah, que le buscaba en el barrio judío donde había desaparecido, fue encerrado en otra casa por los judíos, y degollado de la misma manera que el padre Tomás. Ocho judíos participaron también en su asesinato.

De los dieciséis judíos acusados, cuatro fueron amnistiados contra la promesa del Cherif-Pachá por sus confesiones completas; dos murieron durante el proceso; los otros diez fueron condenados a muerte.

Pero la ejecución de la condena no tuvo lugar porque los judíos de Europa acudieron en socorro de sus hermanos de raza. El célebre fundado de la «Alianza Israelita Universal», el futuro primer ministro francés Crémieux, fue a Egipto con su congénere londinense Moses Montefiore (Blumberg) para pedir al Jedive egipcio Mehmet-Alí, gracia para los asesinos. El Jedive publicó un firmán en el cual escribía que indultaba a los judíos condenados a petición de Crémieux y Montefiore, representantes de todo el pueblo judío. La palabra «indulto» no gustó a los judíos, pues entonces su culpabilidad era confirmada. Crémieux y Montefiore reclamaron que el Jedive modificara el término. A pesara del descontento de los judíos, Mehemet-Alí tachó esa palabra y la substituyó por «liberados», que tiene el mismo sentido.

También aquí, como en todos los procesos de crímenes rituales, los judíos hicieron todo lo posible para obtener una absolución. Compraron a testigos y a autoridades, pero sin resultado; las tentativas hechas por los judíos para impedir el proceso toparon con la integridad de Ratti Menton. El proceso siguió su curso hasta el final. No es, pues, sorprendente, que los judíos no retrocedieran ante ningún medio para desacreditar al cónsul francés, honesto, valiente y detestado. En cambio, el cónsul austríaco les ayudó. Los judíos consiguieron comprarle. Cambió súbitamente de opinión y afirmó (en contradicción con su cristiana opinión del 3 de marzo de 1840) que los fragmentos de carne y huesos hallados en el canal eran de un perro. Y el gobierno austríaco se dirigió al del rey Luís Felipe para quejarse de las acciones «ilegales» de Ratti Menton. Esto llegó hasta la Cámara de los Diputados, donde el primer ministro declaró que estimaba que la actuación de Rati Menton había sido correcta, y además corroborada por el cónsul inglés, lo que, por otra parte, fue confirmado en Londres, y que no tenía intención de sacrificar a los dos cónsules franceses en Damasco y en Egipto basándose únicamente en una afirmación del cónsul austríaco. Entre otras cosas, declaró:

«Yo creo estar mejor informado que ustedes (los diputados) en este asunto... He estudiado atentamente todos los expedientes del caso -fue transcrito- y séame permitido decir que ellos (los judíos) son mucho más poderosos en el mundo entero que lo que ustedes quieren admitir; actualmente, han emitido protestas en todos los Estados... El

ministro debe tener el coraje de proteger a sus funcionarios ante tales ataques... Un funcionario francés en su derecho será siempre defendido ante esa clase de protestas, ¡vinieran de donde viniesen!» (monit. univ., 3 de junio de 1840, p. 1258).

Se puede concluir sobre el crimen ritual de Damasco, con las palabras del viejo rabino Drach:

«Los asesinos del padre Tomás, convictos de su crimen, no han podido escapar del rigor de la ley más que gracias a los esfuerzos comunes de los judíos de todos los países... El dinero ha desempeñado un papel primordial.» (Drach, *Armonía entre la Iglesia y la Sinagoga*, vol.1, p. 79, París, 1844).

¿Qué es lo que impulsó a los judíos a cometer crímenes rituales? La ley del Antiguo Testamento concerniente a la expiación: Según las creencias judías, la expiación sólo puede hacerse por la sangre. Así, se dice en el Antiguo Testamento, Levítico, 17,11: «Es la sangre la que expía por una vida.» Y el Talmud, Joma 5a, dice con mayor precisión: «La expiación sólo se hace con la sangre.»

La Iglesia cristiana, que se funda en el Antiguo Testamento, ha admitido esta regla. El apóstol Pablo decía en su *Epístola a los Hebreos*, 9,22: «Además, según la Ley, casi todo está purificado por la sangre, y sin efusión de sangre no hay remisión.» Pero la Iglesia cristiana enseña que Jesucristo ha suprimido este mandamiento por Su sacrificio. La Iglesia ha introducido, pues, el sacrificio exsangüe con la doctrina del sacramento de la transubstanciación de la sangre de Cristo en el vino.

¿Y el judío? Sin efusión de sangre, sin sacrificio sangriento, no hay, para él, expiación: Desde la destrucción del Templo de Jerusalén, ya no hay lugar de sacrificio. Ya no hay sacrificio exsangüe como el del Cristo. ¿Qué debe hacer? ¿En qué pueden ayudarle todas sus oraciones y las minuciosas prescripciones para la vida cotidiana si no puede seguir el principal mandamiento de su religión?. Se observa que el Talmud dice: «La expiación sólo procede de la sangre.» Para un judío ortodoxo, es, en todo caso, espantoso. Este espanto se expresa en el discurso de un viejo judío, pronunciado en 1922 en San Francisco, que fue publicado en *The Friends of Israel*. Su conclusión dice:

«Y me di claramente cuenta de que había faltado a la Ley. Yo debía expiar, pero esto solo podía hacerse por la sangre, y no había sangre. Nada, a parte de la sangre, puede purificar el alma. En mi aflicción fui a ver a los rabinos. Sólo tenía una pregunta: «¿Dónde puedo encontrar sangre para la expiación?».

No son, pues, los sueños de un loco, sino las palabras de un judío realmente creyente. A ningún judío se le ocurriría la idea de tratar a ese hombre de loco. Sin embargo, si hubiera acatado como el candidato al rabinato Max Bernstein, en 1888, en Breslau (que, en efecto, había logrado procurarse sangre) y que ese acto hubiera sido conocido por no-judíos como ocurrió en el caso de Bernstein, entonces los judíos y su prensa hubieran puesto el grito en el cielo. En su confesión voluntaria, hecha después de su proceso en Breslau, en 1888, el candidato al rabinato, Max Bernstein, declaró:

«El cumplimiento de los actos de expiación consolaba a mi acongojado corazón y me decidí a librarme del pecado. Teniendo en cuenta que, según la doctrina bíblica, el alma reside en la sangre del hombre y que mi alma culpable *sólo podía encontrar la expiación por un inocente, debía procurarme sangre utilizable de un hombre que fuera todavía inocente.* Como yo sabía que el muchacho Hacke convenía, que su alma era todavía pura, me decidí a tomar su sangre... Con la sangre, yo cumplía mi expiación. Él mismo se convertía en pecador al tomar mis pecados.»

La locura no reside, pues, tanto en las representaciones religiosas de los dos judíos citados, sino más bien en las mismas leyes religiosas.

El sacrificio de *Kapores* (el degüello de un gallo o de una gallina) es realizado como expiación el día precedente a la fiesta de la coronación.

OSS.III.3.3

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1936.

Lo que los judíos dicen de los judíos

Benjamin Disraeli (Lord Beaconsfield):

«Nadie puede tratar con indiferencia el principio racial; es la clave de la historia mundial. La lengua y la religión no están en el origen de ninguna raza...¡la sangre sí!.»

Dr. Jacob Klatzkin:

«Nosotros no somos alemanes, franceses, etc., y además judíos; nuestro judaísmo no es la superestructura de una germanidad, como no es tampoco su infraestructura. Nosotros somos, simplemente, de una naturaleza extranjera; debemos constantemente repetir que somos un pueblo extranjero en su seno y que queremos continuar siéndolo. Un abismo insuperable se abre entre ellos y nosotros.»

Sir Alfred Mond:

«Un japonés que ha nacido en Alemania no se convierte en alemán. Y un judío que ha nacido en Alemania tampoco se convierte en alemán. Tales son las cuestiones de la sangre y de la raza.»

Profesor Eduard Gans:

«El bautismo e incluso el mestizaje no sirven para nada en absoluto... Incluso en la centésima generación, continuamos siendo judíos como hace 3.000 años. Nosotros no perdemos el perfume de nuestra raza, ni siquiera después de decenas de cruces. Nuestra raza es predominante en cualquier comercio sexual con las mujeres; de él nacerán jóvenes judíos.»

Walther Rathenau:

«¡Extraña visión! En el corazón de la vida alemana se encuentra una tribu extranjera, aparte, brillante y singularmente dotada de una actitud dinámica y vivaz. Una horda asiática sobre la arena brandenburguesa... De una estrecha cohesión entre ellos, de una estricta desconfianza hacia los extranjeros : viven, pues, en un ghetto semi-voluntario, no es un miembro vivo del pueblo, sino un organismo extranjero en su cuerpo...»

Arnold Zweig:

«El hijo de una madre judía es un judío, poco importa quien sea el padre.»

Dr. Bernhard Cohn:

«Cuando vemos que las alianzas de casas nobles con ricas familias judías se multiplican, entonces, a pesar de nuestras concepciones liberales, debemos considerar esto como el principio de una decadencia moral de la nobleza...»

Dr. Kurt Münzer:

«Nosotros hemos corrompida la sangre de todas las razas de Europa. En general, hoy, todo está judaizado. Nuestro pensamiento vive en todas las cosas, nuestro espíritu gobierna el mundo. Nosotros somos los amos. Ya no se nos expulsa. Nos hemos implantado en los pueblos, hemos impregnado, ensuciado las razas, debilitado las fuerzas, todo ha sido tarado y podrido por nuestra cultura viciada. Nuestro espíritu ya no puede ser extirpado.»

Jakob Wasserman:

«Les conocemos y les soportamos, esos millares de judíos modernos que roen todos los fundamentos porque ellos mismos no tienen fundamento; que condenan hoy lo que ayer apreciaban; que ensucian lo que ayer amaban; cuya traición es un placer, la

falta de dignidad un adorno y la negación un objetivo.»

Dr. Arthur Brünn:

«Por conciencia nacional judía, entiendo la conciencia vivaz de un origen común, el sentimiento de una solidaridad de los judíos de todos los países y la firme voluntad de vivir un futuro común.»

Chaim Weitzmann:

«Cada país tiene una tasa de saturación en lo que concierne a los judíos; no puede soportar más que un cierto número de judíos si no quiere coger una indigestión. Alemania tiene ya demasiados judíos... Los judíos no conocen ninguna frontera política ni geográfica.»

Baruch Levi:

«El pueblo judío será su propio mesías. Su dominación sobre el mundo será realizada por la unión de las restantes razas humanas, la abolición de las fronteras y de las monarquías... y por la instauración de una república mundial que concederá en todas partes a los judíos el derecho de ciudadanía. En esa nueva organización de la humanidad, los hijos de Israel, que ahora están dispersos por toda la faz de la Tierra, serán incontestablemente el elemento dirigente, en particular si consiguen colocar bajo la firme autoridad de algunos de ellos a las masas de trabajadores.»

Karl Marx:

«El cambio (dinero) es el dios real de los judíos...»

Moritz Rappaport:

«El judío es el representante de la concepción materialista del mundo. No admiten las decisiones que proceden del corazón, destruyen en ellos mismos y en los demás las creencias en el sentido sobrenatural de la vida, minan la religión y se convierten, así... en extranjeros para todos los pueblos en los que viven.»

Moritz Goldstein (marzo de 1912):

«Los judíos se encuentran, súbitamente, en los cargos de los que no han sido violentamente expulsados. Resulta cada vez más evidente que es como si la vida cultural alemana hubiera caído en manos judías. Nosotros, judíos, dirigimos la vida espiritual de un pueblo que nos discute el derecho y la capacidad.»

Konrad Alberti Sittenfeld:

«No se puede, desgraciadamente, negar que el arte moderno, en particular el teatro, no ha sido corrompido más que por los judíos.»

«El judío es el demonio que materializa la caída de la humanidad»

Richard Wagner

OSS.III.3.4

Cuaderno de la SS. Nº 10. 1937.

Hechos importantes sobre la francmasonería

(Datos complementarios para una conferencia con proyecciones sobre la Franc-Masonería).

El rito de la sangre

En el curso de la solemne iniciación en el grado 9º en el sistema sueco, se vierte en una copa sangre procedente de una pequeña botella en la que, desde la época de la fundación de la logia, hay una mezcla de sangre y vino. La botella contiene también la sangre de los hermanos -igualmente judíos- hasta los más antiguos.

El gran maestre nacional Müllendorf de la gran logia nacional de los francmasones alemanes confirma el rito de la sangre, en ocasión del proceso, ante el abogado Schneider, el 15 de marzo de 1932:

«Es exacto que en el curso de la iniciación en el grado de Gran Elegido, el postulante bebe sangre de los hermanos que fueron aceptados antes que él en ese grado. Es también exacto que algunas gotas de la sangre del postulante son recogidas en la botella y conservadas con las de los HH que formaron parte de ese capítulo hasta la actualidad.»

Texto del juramento de aprendiz

«Yo, N.R., juro solemne y sinceramente en presencia de Dios todopoderoso y de esta venerable logia consagrada a San Juan, conservar y disimular los usos secretos de la Franc-Masonería y que no desvelaré jamás lo que me sea confiado ahora o más tarde, aparte de los hermanos auténticos y habilitados y en una logia auténtica y legítima de HH y de compañeros que sólo reconoceré después de un examen severo y en buena y debida forma. Juro, además, que no escribiré, ni imprimiré, ni grabaré, ni pintaré, ni dibujaré, ni ocultaré ni haré nada sobre cosa móvil o inmóvil, bajo el cielo, que sea legible o comprensible, o tenga la menor semejanza con una letra o un signo de tal forma que así el arte secreto fuera percibido de manera ilícita. Yo juro todo esto con la firme e inquebrantable decisión de mantenerlo, sin reserva secreta o duda interior, bajo pena de serme cortado el cuello, la lengua cortada y ser enterrado en la arena lejos del río en el momento en que la marea baja cambia dos veces en 24 horas. Que Dios me asista y me sostenga en mis compromisos de aprendiz aceptado.»

(HH. Fischer, *Explicaciones del catecismo de la Franc-Masonería Juanista* I. Catecismo, p. 38).

Los juramentos de los compañeros y de los maestros dicen la mima cosa.

En el *Manual para los hermanos de la gran logia nacional de la francmasonería de Alemania*, 6ª ed. Berlín, 1912, p.82, se escribe sobre la separación de un hermano de la logia:

«&171. Cada hermano es libre de abandonar su logia; lo que se llama «cubrir la logia». La explicación de la cobertura de las logias debe ser hecha por escrito. Por la cobertura, el hermano no pierde el carácter de francmasón; se convierte en un hermano separado, pero pierde el derecho a participar en las tenidas de logias de cualquier tipo que fueren.

Los derechos que el hermano ha adquirido como miembro efectivo, de honor o visitador de logias bajas no se pierden por la cobertura de una logia de más alto grado. Pero sus derechos en los grados más elevados quedan en sueños.»

El deber de silencio de los hermanos

&306. «El deber de discreción exige la mayor precaución a fin de que no solamente el saber, las técnicas y los debates masónicos permanezcan ocultos a los no

iniciados, sino también lo que es más elevado para los hermanos que se encuentran en un grado inferior.» (Estatuto de la Gran Logia Madre de Kurhessen, en la reunión amistosa con la Gran Logia Real de York, en Berlin, 1815.)

Disimulación de la francmasonería en asociación de beneficencia

«Si alguna vez una logia practica la beneficencia, no es por compasión por los indigentes, sino como medio utilitario pasajero o forma de legitimación.» (Bauhütte, 1872, p. 140).

Igualmente, el diario masónico *Latomia* escribía en julio de 1865: «El pretexto utilizado de la beneficencia sólo sirve a los francmasones para disimular otra cosa.»

La «liga alemana de las grandes logias» que agrupa a todas las grandes logias alemanas en un trabajo común y mantiene la alianza con las logias extra-alemanas, tenía una importancia particular, como se deduce de las palabras del francmasón *Kneissner* en «Comunicación de la Asociación de la Franc-Masonería Alemana», 1917/18, p.54:

«La liga alemana de las grandes logias velaba por que ninguna sobrepasara a las otras. Su ley proscribe la arbitrariedad y la eventual ambición de dominación de cada gran logia.»

Ciertamente, las viejas logias prusianas abandonaron la liga de las grandes logias en 1922, pero se reafiliaron en 1927.

Posición de la francmasonería con respecto a la nación y a la raza

«No hay francmasonería nacionalista o de tendencia religiosa, sino solamente una francmasonería pura, indivisible. Quien predique lo contrario incurre en el error más total. Seamos una liga humana y no una secta.» (El diario francmasón *Auf der Worte* del 1.03.1925).

En el mismo sentido, el masón Neumann (Asociación de los francmasones alemanes) escribe al masón Eskau en una carta del 31 de marzo de 1924:

«Cuando niegas a la francmasonería con su mensaje de la igualdad de todo lo que tiene un rostro humano, tú no eres -perdóname- un francmasón.»

El francmasón Horneffer escribe en *Educación nacional masónica*, en 1919/20. p.66:

«El combate de los partidarios de la idea de humanismo (es decir, de la francmasonería) debe ser una lucha contra todo nacionalismo.»

En las *leyes de la liga alemana de las grandes logias* (editada después de la promulgación de la nueva legislación, el 01.08.1911, p.16), se dice:

«La liga alemana de las grandes logias declara que la diferencia del color de la piel y de raza no son un obstáculo para el reconocimiento de una gran logia o de una logia.»

Posición de las grandes logias prusianas antiguas ante el judaísmo

«Se nos ha reprochado ser antisemitas y no aceptar a los judíos por odio racial. Es la mayor afrenta que se nos ha hecho jamás. El maestre nos ha enseñado a amar a todos los hombres como hermanos nuestros, y el Judío es, igual que nosotros y que todos los hombres, un hijo del Dios eterno que nos ha creado. Si no dejamos entrar a los judíos igual que a los miembros de otras sociedades religiosas no cristianas en nuestra estrecha comunidad, no se deduce que les odiemos. Se nos podría decir, así, con toda justicia, que detestamos a las mujeres y a los niños o a las gentes de poca instrucción porque tampoco los aceptamos. Pero cuando un HM judío desea ser admitido en calidad de huésped en nuestros trabajos, entonces le acogemos gustosamente si pertenece a una logia reconocida; le damos una cordial bienvenida y nos alegramos de que no tenga el prejuicio de que pueda existir la menor barrera entre él y nosotros. Sabemos que debemos y deberemos actuar constantemente así con él en tanto que hermano.»

(Manual sobre la *«Doctrina de la Orden de la gran logia nacional de la Franc-Masonería de Alemania»*).

Constituciones internacionales de las tres grandes logias prusianas antiguas

Estructura de la gran logia nacional de Alemania. La circunscripción de la gran logia nacional forma la séptima provincia del orden del sistema sueco, así como Dinamarca representa la octava y Suecia es la novena provincia de la orden. En la cumbre de cada provincia se encuentra un vicario salomónico, un regente. El de la provincia alemana de la orden fue, por ejemplo, el infame Friedrich Leopold de Prusia que, el primero, hizo, el 9 de noviembre de 1918, la bandera roja sobre su castillo de Klein-Glienicke, cerca de Potsdam. El príncipe Friedrich Leopold era miembro de honor de todas las grandes logias alemanas y protector de las tres grandes logias prusianas antiguas.

Desde Federico el Grande, los reyes prusianos fueron los protectores de las grandes logias prusianas antiguas, excepto Guillermo II. Las palabras del francmasón Dr. Schletter en *Latomia*, 1865, p.65, exponen qué objetivos perseguía la francmasonería.

«Sólo en apariencia se entregaba a los príncipes la dirección de los asuntos de las logias y los «delegados» cubrían sus propias decisiones con el nombre principesco.»

Los príncipes seguían un ritual especial a fin de que ignoraran el carácter indigno del ritual masónico.

La francmasonería fue la fuerza motriz de la revolución francesa en 1789

Este hecho es confirmado por la relación de la sesión plenaria de las logias afectadas «Paz y Unión» y «La Libre Conciencia», en el Oriente de Nantes del 23 de abril de 1883, p.8:

«Desde 1772 hasta 1789, la masonería organizó la gran revolución que debía dar otro rostro al mundo. Entonces los francmasones difundieron entre las masas populares las ideas directrices que habían adoptado.»

OSS.III.3.5

Cuaderno de la SS Germánica Nº 1 Y 2. 1943.

1789

"Los Estados Unidos de América deben enfrentarse a un peligro mucho mayor que el que disimulaba la Iglesia romana...

Este peligro, señores, ¡es el Judío!

En cada país en el que los judíos se establecieron en gran número, envilecieron constantemente su grandeza moral y rebajaron su integridad comercial. Se mantuvieron aparte y nunca se asimilaron. Se han mofado de la religión cristiana sobre la que se edificó la nación y han tratado de minarla oponiéndose a sus prescripciones. Han construido un Estado dentro del Estado. Pero cuando se ha neutralizado su acción, han utilizado todos los medios posibles para estrangular financieramente a este país, tal como han hecho en el caso de España y de Portugal.

Durante más de diez siglos, los judíos han llorado por su triste suerte porque fueron expulsados de su patria, que ellos llamaban Palestina. Pero yo les aseguro, señores, que si hoy el mundo civilizado quisiera entregarles Palestina a título de propiedad, encontrarían un buen motivo para no volver allí. ¿Por qué? Porque son unos vampiros y los vampiros no pueden vivir a expensas de otros vampiros. No pueden existir por sí mismos, deben vegetar aprovechándose de los cristianos y de los demás pueblos que no son de su raza. Si ustedes no excluyen a esa gente de los Estados Unidos recu-

rriendo a la Constitución en vigor, entonces, en menos de doscientos años, se habrán multiplicado de tal manera que dominarán y devorarán el país y modificarán incluso nuestra forma de gobierno por la cual, nosotros, americanos, hemos arriesgado nuestra libertad y sacrificado nuestras más grandes ideas.

Si no excluyen ustedes a esa gente, serán vuestros descendientes quienes deberán trabajar en los campos para entregar los beneficios a los demás, mientras esos otros, sentados en sus oficinas, se frotarán alegremente las manos.

Le advierto, señores: si no excluyen a los judíos para siempre, cuando todavía es posible hacerlo, no cambiarán jamás, a pesar del paso de las generaciones. Sus ideas no se corresponderán jamás con las de un americano, aunque vivieran entre nosotros durante diez generaciones. Un leopardo no puede cambiar de manchas. Los judíos significan una amenaza para este país si se les deja entrar, y deberían ser excluidos por nuestra Constitución.»

Benjamin Franklin
El estadista americano, en 1789, ante el Congreso norteamericano.



¡DESPERTAD, AMERICANOS!
¿QUEREIS ESTO?
¡Limpiad América! ¡Destruid la Plaga Roja!
¡BOYCOTEAD AL JUDIO!

OSS.III.3.6

Cuaderno de la SS. Nº 11 a/b. 1941

«América» en Europa

Un frente que atraviesa los corazones y los espíritus



Zeichnung: Erik

Se ha encontrado un mapamundi, que data de 1551, artísticamente diseñado y en el cual figura todo lo que se conocía del mundo en aquella época, según los grandes viajes de los descubrimientos.

Sobre el nuevo país de América del Norte -no de América del Sur- se lee la palabra «caníbales». Esto significa, pues, ¡comedores de hombres!.

Llegaron entonces los primeros inmigrantes blancos. Eran los «padres peregrinos», evadidos de Europa, la mayoría de Inglaterra, que abandonaron su patria a causa de su religión de puritanos. Esos puritanos eran unos santos de un género particular que se representaban la gracia y el favor divinos en el hecho de que Dios debía llenar sus bolsas si Él hallaba un beneficio en sus empresas comerciales. En la lógica de esa fe, los buenos peregrinos estaban siempre dispuestos a estafar, y, ante todo, a renunciar a todos los bienes y placeres de esta vida. No se llevaron, pues, a América otro libro más que la Biblia y el libro de oraciones, dejando los libros de cantos, los textos, las ilustraciones, las danzas y todas las bellas cosas que había en Europa. Lo que distinguía a esos puritanos era la ley que regía sus actos, la cultura que aportaban con ellos. En realidad, no era una verdadera cultura sino una barbarie religiosa. El libro de oraciones y la bolsa estaban en la base de todos sus pensamientos y de todas sus aspiraciones. Los verdaderos yanquis piensan aún así en nuestros días.

Debe decirse, en verdad, que el debilitamiento de la fe acarreó una disminución de la importancia del libro de oraciones. La bolsa fue llenándose sin cesar, fue favorecida mientras el libro de oraciones iba volviéndose cada vez más superficial -en lenguaje luterano- la tapadera de un cubo de basuras que servía para esconder una multitud de infamias.

La tercera oleada de inmigrantes fue la de los negros. Llegaban de África, cubiertos de grilletes, en calidad de esclavos, en barcos ingleses. Vinieron como unos pobres diablos y continuaron siéndolo. Pero, por lo menos, criaturas naturales, procedentes de su selva y de su sabana, traían consigo una especie de cultura, obras de canto, de danza, de alegría y de sufrimiento, marcadas por su propia sangre... aunque no fuera más que sangre negra. Pero esa sensibilidad se desnaturalizó rápidamente en las plantaciones, bajo el látigo de los contramaestres, en el frío del norte y en los tugurios de Nueva York.

Los judíos organizan la «cultura cosmopolita» de los Estados Unidos para exportarla

Pero es esta forma la que interesó a la última oleada de inmigrantes que aún faltaba en ese país cosmopolita: los judíos. Éstos oyeron los ritmos extraños y excitantes de los negros, notaron el secreto deseo de los puritanos por la exuberancia ligera de esos hijos de la selva, husmearon el buen negocio y la posibilidad de paralizar la resistencia racial de esos «bárbaros voluntarios» utilizando esa magia extranjera.

Así nació a principios de nuestro siglo, y de año en año, lo que se llama el «americanismo». Se trata de una alegría boba hecha de primitiva excitación de los sentidos, tanto si se trata de sonidos como de colores chillones, de películas y de narraciones sangrientas, de tiroteos, de asesinatos, de secuestros, de éxitos deportivos, de maratones de danza, de natación, de poesía o de oración, de «récords» mundiales en todos los terrenos, de la adoración del gigantismo y del *biggest of the world*, de la apreciación de las mujeres según «cánones de belleza» o de una arrogancia pueril.

Cuando este país de viejos puritanos, que llegó a ser rico y, de ahí, sediento de alegría de vivir, cayó en esta decadencia, la vida comunitaria se transformó en «empresa», las fiestas en ferias,... este americanismo se transformó en un artículo de exportación. La broma se convirtió en realidad: los inmigrantes sin cultura de antaño querían rivalizar con el viejo país civilizado europeo mostrándole que sus creaciones eran más bellas y más nuevas. Se debería decir ofrecer, pues fue una operación al contado por los judíos del medio cinematográfico, los de la discografía, los cantores y bailarines del jazz judeo-negro, los directores de periódicos y los empresarios con nariz ganchuda.

Fue realmente un buen negocio y un éxito, pues en aquellos tiempos la Europa de 1918 sangraba, psíquicamente agotada por cuatro años de guerra y de sacrificios en todos los países. Europa se había, sobre todo, hundido en sí misma, tanto a nivel individual como nacional, en todos sus pueblos. Ya no había seguridad en nada, ni en el Estado ni en el propio bienestar. Cada uno aspiraba ante todo a un mundo sencillo, natural y, a falta de nada mejor, a lo que es superficial, a la distracción y a escapar de la naciente miseria.

El manager judío se aprovecha de la miseria de Alemania y de Europa

Fue en ese momento cuando el judío y el negro abandonaron América.

En esos precarios instantes, los pueblos del viejo continente civilizado acogían cualquier boya, aunque estuviera pinchada, lanzada por un nuevo mundo atrayente, para no hundirse psíquicamente. La nueva música era tan fácil de comprender, los nuevos movimientos, llamados bailes, tan fáciles de aprender. La vida era tan sencilla en las películas: el héroe, el crápula, la muchacha dulce, el rico abuelo, y siempre el *happy end*. Y, además, había los soberbios concursos de belleza. Se pide a numerosas muchachas que se desnuden... naturalmente sólo para poder medirlas, pesarlas, fotografiarlas... La muchedumbre ruge, se determina un tipo «ideal», se distribuyen papeletas de voto (muy democráticamente) y se elige miss Europa, miss Berlin, miss Petaouchnok... etc.

El veneno fabricado en la tienda judía, la sensibilidad negroide y la anticultura colonial terminaron por infiltrarse en los crédulos corazones indefensos de los europeos y también de muchos alemanes. Una ley moral quiere que las costumbres del hombre le hagan actuar «sin pensar en ello», arraigan fuertemente en él hasta el punto de que le cuesta un gran esfuerzo prescindir de ellas. Tal es la razón por la cual el «placer del pueblo» encontró tan poca resistencia, igual que la vulgaridad en los bailes, las canciones, las películas, el deporte y el amor, y que raramente se intentó neutralizar con algo personal, mejor, ese espíritu extranjero.

No era realmente fácil reavivar los viejos sentimientos en una Alemania moralmente descompuesta, nacionalmente rota y económicamente arruinada. Las ocasiones que se presentaron fueron desperdiciadas, pues la masa del pueblo no podía aprovecharlas. Sólo cuando el Partido, después de 1933, supo llegar al corazón de los alemanes, fueron descartadas las amenazas a nuestro patrimonio cultural y una base sólida

pudo ser instaurada. Películas nacionales y un severo control de la importación cinematográfica sanearon la situación del cine alemán. Poetas alemanes subieron a las escenas alemanas, y también muchos jóvenes cuyas primeras obras todavía pedían indulgencia. Se creó una prensa alemana dirigida por redactores en jefe alemanes que sabían diferenciar novedad y sensación. El deporte alemán fue purificado, nuestras distracciones fueron influenciadas por nuestro humor y nuestra alegría, conformes a las leyes de nuestra sangre.

La música expresa el alma de un pueblo...

Sólo el baile y la música ligera son la excepción. Se debe decir aquí, abiertamente, que todo sentimiento no alemán puede ser sometido a una prohibición. Pero, ¿de qué serviría si esto provocaba un vacío que muchos compatriotas no podrían comprender? Un gran número de entre ellos no sería probablemente capaz de distinguir lo que hay de malo y pernicioso en esta música prohibida.

He aquí lo que dijeron un día Schopenhauer y Richard Wagner sobre el espíritu de la música: «la música expresa lo esencial», es decir, el alma de los hombres, de los pueblos y de una época.

Sólo se puede comprender este punto de vista esencial si uno mismo es musicólogo y creador. Si tal no es el caso, no se puede concebir una música auténtica. Naturalmente, el ritmo es también un componente importante de la música porque él está fundamentalmente presente, en particular en nuestra vida contemporánea. La ruidosa circulación de las máquinas, el paso de miles de botas de soldados se han incrustado en nuestra carne y en nuestra sangre. Es porque las marchas y los cantos de los soldados de esta gran época guerrera nos los restituyen. Una cosa es segura, Beethoven y Brahms, Bach y Reger, Mozart y Bruckner están en el origen de una música que podrá todavía alegrar y satisfacer nuestro sentido musical durante siglos. Cuando reconsideremos las cosas tras la dolorosa experiencia de esta guerra, llegará un día en que los compositores alemanes seguirán un nuevo camino.

La victoria de nuestras armas implicará también la irrupción victoriosa de una nueva cultura animada por la voluntad cultural alemana. América del Norte debe también ser vencida en este frente, y ello por medio de una pequeña guerra interior tenaz y cotidiana. ¡Debemos también conseguir la victoria en el frente cultural que atraviesa los corazones y los espíritus!

OSS.III.3.7

Cuaderno de la SS. Nº 10. 1938.

¿«Leninismo» y «stalinismo»?

«Si los judíos estuvieran solos en este mundo, se ahogarían tanto en el barro y la basura que tratarían de explotarse y de exterminarse en rabiosos combates; a menos que la lucha no se transformará en puro teatro a causa de la falta de todo espíritu de sacrificio que se expresa en su cobardía.» Estas palabras de Hitler no son de reciente actualidad, sino que fueran escritas hace catorce años en *Mein Kampf*. A pesar de ello, esta simple frase permite apreciar y juzgar de manera exacta esa jurisdicción criminal que opera actualmente en Moscú. Todo observador que crea poder discernir en esta matanza una lucha de influencias entre diversas ideologías, verá sus tentativas de aclarar el asunto condenadas al fracaso. No se trata de ideas o de ideologías, sino de la consolidación y la sangrienta salvaguardia del régimen personal de Stalin y de su grupo Kaganovitch. De todos los comentaristas de prensa, el conde Reventlov, ha sido tal vez el que mejor ha captado la situación cuando dice en su *Observación del Imperio*: «Estamos suficientemente distantes para observar y considerar con serenidad los pro-

cesos de Moscú, pasados, presentes y futuros. No es la inocencia, no es un condenador divino del mal y un protector del bien quien preside, con sus ángeles, el tribunal. Ni tampoco los acusados son víctimas inocentes y mártires de una noble convicción, idealistas prestos a morir voluntariamente por su pueblo y por su ideal. Un criminal que ocupa el poder quiere desembarazarse de dos docenas de otros criminales que, hasta ahora, habían sido sus cómplices. Esto es todo.» El conjunto de las acusaciones reunidas por el fiscal Vychinski es monstruoso y tan insensato que se refuta a sí mismo por su propia falta de lógica.



El nacionalsocialismo concideraba el judeo-bolchevismo como el enemigo absoluto de la civilización. Arriba: Para estos soldados bolcheviques de rostros mongoloides los combates han terminado.

Este tribunal criminal reprocha a los veintiún acusados, el espionaje, el sabotaje y la perpetración de actos terroristas. Bajo las «órdenes de potencias extranjeras» han intentado provocar sublevaciones en la Unión Soviética, para separar Ucrania, Rusia Blanca, las provincias costeras del Extremo Oriente, Georgia, Armenia y Azerbayán de la URSS. Las potencias extranjeras esperaban que los acusados y sus cómplices les ayudaran para terminar con el sistema comunista en la Unión Soviética y reintroducir en ella el capitalismo y la burguesía. A tal fin debían unirse a los troskistas (Trotzky, «que se ha escondido en las perreras de los capitalistas», como se dice en el argot de la prensa soviética, es también el gran *malo* en este proceso, pues cuando era comisario debió mantener contactos con los agentes de potencias extranjeras), y además a los zinovievistas, mencheviques, social-revolucionarios y a los nacionalistas burgueses de Ucrania, de Rusia Blanca, de Georgia, de Armenia y de Azerbayán. Bujarin es acusado de haber tramado un complot con Trotzky, que debía entorpecer las negociaciones de paz de Brest-Litovsk y que tenía por objeto la caída del gobierno soviético, el arresto y asesinato de Lenin, Stalin y Sverdlov, los últimos presidentes de la Unión Soviética. Además, nos enteramos, con sorpresa, de que el escritor Máximo Gorki no falleció de muerte natural, como ha sido generalmente admitido hasta ahora, sino que fue supri-

mido por los profesores Pletnov, Levin y algunos otros médicos con la participación de Iagoda.

Pero los horrores de estas acusaciones no han sido revelados más que por las personas en cuestión y que son, en general, los viejos bolcheviques, alabados y celebrados enfáticamente durante años por la prensa soviética. Está, en primer lugar, Bujarin, antiguo presidente del Komintern, luego Iagoda, ex-jefe de la G.P.U. y hasta hace poco el hombre más poderoso de la Unión Soviética después de Stalin, Rakovski, antiguo presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania, es decir, el jefe del gobierno ucraniano; luego, Rosenholz, bien conocido en Berlín, Ministro de Comercio Exterior, para hablar en nuestra terminología, Grinko, Ministro de Finanzas, Krestinski, representante del Ministerio de Asuntos Exteriores, Tchernov, Ministro de Economía, Rykov, Ministro de Transportes, Mendchinski, ex-jefe de la policía secreta, y además, entre los médicos, el profesor Pletnov, cardiólogo, y Levin.

Este pretendido proceso hizo que el mundo, cansado de las noticias sangrientas que se repetían desde hacía veinte años, prestó su atención a Moscú con consternación, y expresó su asco y su repugnancia incluso entre los amigos de la Unión Soviética. León Blum y Reynaud estaban consternados, muchos periódicos socialdemócratas expresaban su indignación; Inglaterra y Francia protestaban contra las actas de acusación que implicaban a estos dos países con las relaciones dudosas mantenidas por los acusados. Cuando en Francia se lloró por Tujhachevski, dedujimos que esta pena era perfectamente egoísta, aunque se aluda al humanitarismo, y tanto más cuando Francia está en relaciones con el Ejército Rojo. Y éste último, o así lo creemos, no resultará reforzado por este tipo de ejecuciones en sus más altas esferas.



Un pequeño grupo de partisanos, sucios y andrajosos, ha sido hecho prisionero. Entre ellos pueden verse dos rabinos (los dos barbudos del centro).



«Helos aquí, los Hunos, caricaturas de rostros humanos; realidad combertida en pesadilla, un puñetazo en la cara de todos los hombres de bien...» Ilustración sacada de una revista de propaganda.

Presentar la situación en el proceso de Moscú era necesario para poner en evidencia la problemática política e ideológica de este momentáneo teatro. Las voces iniciales que creían poder hacer admitir que tales cuestiones serían resueltas en tanto que «política de revolución mundial» o «política nacional», «marxismo internacional», o «nacional», «marxismo integral» o «moderado», comenzaban a hacerse oír. Ante tales engranajes de ideas frente a los hechos, no se está, desgraciadamente, suficientemente preparado. Volvamos, pues, a la exposición de nuestro tema. Diversas nociones como «leninismo» y «stalinismo» han sido ya citadas. Esta división abstracta del bolchevismo debe suscitar la suposición de que el bolchevismo stalinista es diferente del leninista. Además, debe crear la ilusión de que el bolchevismo se ha modificado, e incluso oímos cómo algunos dicen que el «stalinismo» es una transformación en nacionalismo, en un nacionalismo social, en un nacional-socialismo. ¿No llaman también a Stalin «el guía»?, se preguntas esos ideólogos. Algunos incluso concluyen que el bolchevismo judío constituiría, allí;- «un nacionalsocialismo emanado de las profundidades del alma rusa», y entonces habría todas las razones para felicitar a esta victoriosa filial del III Reich e intercambiar con ella un buen apretón de manos. Vemos hasta dónde pueden llevar este tipo de confusiones. ¡Dios sea loado!, el mismo «padrecito Stalin» levantaba, de vez en cuando, el velo, y revelaba la verdadera naturaleza del bolchevismo. Como decía el Führer en su último discurso en el Reichstag, en estas cuestiones, nosotros no debemos interesarnos en un ministro extranjero, en tratados ultrainteligentes o en estrategias ideológicas orientales, sino, únicamente en el bigotudo héroe moscovita. Así, Stalin respondía personalmente a la carta abierta publicada en la «Pravda» del 14 de febrero de 1938, de un muchacho del *konsomol* que deseaba información sobre el destino de la revolución internacional. He aquí, muy brevemente, el sentido de su larguísima respuesta en su carta, igualmente abierta: La revolución mundial crece, se extiende y prospera. La revista «Contra Komintern» resume así el contenido de la carta:

«Mientras subsistan en el mundo Estados no-bolcheviques, Stalin no habrá alcanzado aún su objetivo.» Stalin declara públicamente que la victoria de los trabajadores, por lo menos en algunos países, es decir, la revolución y las guerras civiles como en España, son necesarias. Esta carta es la prueba manifiesta de la actitud agresiva del Comunismo.

He aquí, pues, la estricta realidad, y toda política realista, por poco que desee alcanzar el éxito debe ver que la revolución mundial es el objetivo único y sine qua non del bolchevismo. Ella es el movimiento que el bolchevismo debe emprender y emprenderá si algún poder comparable no le cierra el paso. Según su propia definición, la Unión Soviética no es más que el núcleo que sólo llegará a ser «el Estado» representante de la unión mundial de las repúblicas socialistas soviéticas mediante la destrucción y la incorporación de los Estados existentes. Los órganos de ese «Estado» están constituidos por las secciones del Komintern que son mucho más importantes para la Unión Soviética que las instancias inmediatas del gobierno de la misma Unión, es decir, el Consejo de Comisarios del Pueblo. Como se ha visto de manera suficientemente clara, el Consejo de Comisarios del Pueblo está únicamente dirigido por el Partido, y éste, a su vez, representa la sección dirigente y determinante del Komintern.

Un nuevo «derecho» está, pues, naciendo, aunque no es tal, sino que constituye más bien la destrucción voluntaria del derecho. El emblema nacional que está en los frontispicios de todas las embajadas de la URSS lleva la inscripción: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Es un atentado flagrante a nuestros intereses en política interior, pues ello significa que se incita a todos los trabajadores a cometer acciones ilegales de alta traición, de sabotaje, de deserción, etc. Todo individuo que se afilia al partido comunista reniega de la soberanía de su país y se sitúa bajo la soberanía exclusiva de Moscú. Esta llamada, atrincherándose tras la protección extra-territorial de las representaciones diplomáticas soviéticas, ya es considerada como una declaración de guerra oficial en todos los países. En sus planes de acción, el Ejército Rojo considera a las secciones comunistas de los demás países como unas bases estables, unos pontones, como sus secciones auxiliares. Es pues necesario, en vista de tales indicios, revisar el derecho liberal de los pueblos y adaptarlos a la situación internacional, a fin de que el bolchevismo judeo-internacional pueda ser combatido con los medios que su táctica

criminal requiere.

¿«Leninismo»? ¿«Stalinismo»? ¡No existe más que un bolchevismo judeo-internacional!

Wolfgang Fehrmann

OSS.III.3.8

Servicio político para la SS y la policía

La importancia política actual de las sectas

Todas las religiones evolucionan, se desarrollan y alcanzan progresivamente estados característicos de expresión y de modo de vida. Que las religiones evolucionan y deben evolucionar es un hecho científico que es negado por todos los ortodoxos que luchan por la primacía de una «revelación absoluta», es decir, que reivindican una legitimidad inmutable «desde el origen». Esta opinión puede ser defendida también en teoría y en teología, pero las características propias de todas las religiones nos enseñan lo contrario.

Antes de definir la noción de evolución, solamente parcial o constante, hay que hacer una breve observación sobre la «función biológica de la religión». Se debe establecer por principio que no existe más «religión en sí» que «hombres en sí», sino solamente una manifestación concreta que ha nacido y se ha desarrollado bajo la influencia de datos raciales, étnicos e históricos. Toda religión conlleva, por naturaleza, posibilidades de desarrollo imprevisibles, comparables a las de organismos biológicos. Las religiones deben, pues, ser consideradas deliberadamente como unidades susceptibles de conocer malas evoluciones y una degeneración.

La misma evolución puede ser considerada en un *doble* sentido y aplicarse a religiones históricas. De entrada, se la debe comprender simplemente como una manifestación sucesiva o periódica de transformaciones históricas, en el curso de las cuales, cambios o influencias recíprocas son posibles. Debe, pues, definírsela como una evolución superior en el espíritu de una experiencia de valor condicionada de manera histórica; sin ninguna duda la unidad histórico-religiosa no puede nunca «progresar», sino tan sólo degenerar. Luego, la evolución puede ser tan solo considerada como la manifestación de disposiciones y de posibilidades existentes en la unidad; manifestación comprendida aquí en un sentido doble: como transformación dinámica continua de una fe determinada, o como la acentuación de los rasgos esenciales de carácter existentes que alcanzan el estado de una rigidez dogmática.

La investigación histórico-religiosa ha constatado ya la existencia de varios estados de evolución generalmente comunes a la mayoría de religiones. Son, ante todo, las diversas formas de protesta (sea por un profetismo activo y agresivo o por la «protesta silenciosa» de una mística alejada del mundo), del protestantismo y de la Reforma. Es como si existiera una ley de paralelismo en la historia de las religiones, que demuestra una evolución comparable, *independiente* del tiempo y del espacio, de diferentes religiones (se constata de una manera ejemplar la asombrosa similitud que existe entre los temas, de fondo religioso, de los grandes reformadores japoneses Honen -Shonin y Shinran- Shonin y la Reforma de Martín Lutero casi en la misma época).

Si el Protestantismo y otras protestas religiosas deben ser consideradas como evoluciones emanadas de un mismo origen, en cambio, se constata en muchas religiones, el nacimiento de *sectas* completamente ajenas a su religión primigenia.

Si el acontecimiento evolucionista citado en primer lugar depende del punto de partida religioso original, la secta es siempre el producto de una manifestación secundaria. Surge, en gran parte, del medio de la sistematización religiosa consecutiva, de la acentuación del carácter religioso. (La evolución particular del budismo en el Japón y en China que conduce a la fusión de diversas concepciones religiosas, es una forma excepcional aparte).

En cada religión, se constata la existencia de grados de piedad «primaria» y «secundaria». La piedad primaria es dinámica, original, concierne al contenido propio de la ley y se opone constantemente a la abstracción, a la rigidez religiosa y a toda forma de dogmatismo que son los signos de una piedad secundaria. Y se constata que, innegablemente, la protesta sectaria procede casi exclusivamente de un fondo de piedad secundaria, es decir que una forma de especialización última ha sido hallada, y así determina la degeneración religiosa. Con otras palabras, no son las épocas fundamentales de protesta religiosa las que conducen a la formación de una secta (como la protesta de Lutero y Honen y Shinran-Shonin contra las buenas obras a beneficio de un «sólo la ley» -*sola fide*-) sino casi sin excepción objetos de querella de piedad secundaria.

La observación del inmenso número de sectas nos proporciona la prueba. Se trata del aumento del número de aceptaciones y de rechazos de los bautismos, del rechazo de los votos, de la negación de la guerra, de la negación del Estado, etc., de cosas que ya no están en relación de causalidad con la fe exigida. Por una parte, se espera el próximo retorno del Cristo, por otra, la clerecía y el ceremonial son rechazados, otros predican de nuevo la abstinencia, reclaman un modo de vida vegetariano, restablecen el antiguo diezmo judío o consideran que manifestar la solicitud cristiana en beneficio de elementos asociales constituye una acción saludable. ¿Quién es la persona capaz de aclararse entre los baptistas, los metodistas, los sabatistas, los adventistas, los mennonitas, el Ejército de Salvación, los unitarios, los chiliastas, los testigos de Jehová, que son, casi todos, parecidos?

El fenómeno de las sectas no es una característica nueva o una reacción ante la desesperada situación religiosa de nuestro siglo. Las luchas fanáticas del espíritu hussita, la dominante gazmoñería de las «hermanas piadosas», las reuniones penitentes y ruidosas de los «flagelantes» azotándose hasta sangrar, son los anonadantes testimonios de un extravío humano procedente de una época antigua pero desgraciadamente no totalmente desechada en nuestros días.

Las revoluciones político-ideológicas conllevan directamente cambios esenciales en el terreno religioso y moral. Cuando los grandes sistemas religiosos y sus Iglesias no son capaces de seguir el proceso de la evolución política, inmediatamente se manifiestan tentativas sectarias que tienden a una amalgama y una síntesis. Sin ninguna duda, esta clase de esfuerzos son principalmente perjudiciales al nuevo orden político y, o bien fracasan ante una nueva voluntad de conjunto de orden político, o bien son víctimas del compromiso.

Alemania no ha dejado de ser una escena singular en la que se manifiestan las más salvajes aberraciones. La constante lucha interna permitió al pueblo madurar y le confirió una voluntad exclusivamente política, es decir, le hizo concienciarse, a través de experiencias concretas, de los peligros vehiculados por sectas de espíritu extranjero. Éstas no atacan, de entrada, las tradiciones religiosas, sino más bien la vida social de la comunidad, a la que ponen en peligro, fueran cuales fuesen sus intenciones y sus tipos de marginalización.

Quien escriba la historia de nuestro siglo y examine los elementos más profundos de la crisis más grave de todos los tiempos, deberá también desvelar cuál fue la contribución imprescindible a esa catástrofe mundial que se produjo a beneficio de una aberración de mentalidad judeo-cristiana-oriental que ha superado los límites de lo soportable. Tal vez la Providencia quiso que, en el curso de la Historia, el proceso evolucionista nacional de Alemania debía sufrir, a causa de la situación política, todas las purificaciones espirituales y morales imaginables a fin de que, en el instante decisivo, el pueblo pudiera empuñar la antorcha de un nuevo orden de ideas en la lucha moral del mundo. Los fundamentos de este orden son la expresión vivaz de una comunidad que conoce las leyes eternas que rigen los acontecimientos naturales. En nuestro terreno, esto significa que la fe auténtica y las reflexiones religiosas fundamentales serán siempre dignas de respeto y de comprensión. Los principios religiosos de este orden de ideas esbozan los contornos de una conciencia profundamente penetrada por la dinámica eterna que emana de la fe divina específica de nuestro pueblo. Pero el rechazo de toda esclerosis o extranjería, de toda aberración es tanto más enérgico cuando estas apariciones patológicas amenazan los fundamentos de nuestro nuevo orden.

La guerra actual contribuye aún más que las precedentes a diferenciar lo esen-

cial de lo accesorio. Esto explica al mismo tiempo que tenga un carácter totalitario en el conflicto ideológico. El *infranqueable abismo* que separa nuestros valores religiosos de los de nuestros enemigos llega a ser flagrante cuando ellos hablan del aspecto religioso. El campo enemigo cree ganar batallas de propaganda acusándonos gratuitamente de profanaciones y de crímenes religiosos. Actúa en un espíritu lleno de suficiencia, porque desconoce cualquier otra escala de valores. Lo que tiene de interesante este género de propaganda enemiga, es que es extremadamente versátil y permite al observador sagaz comprender que una actitud religiosa característica, verdaderamente piadosa, no existe. Imbuidos de una pretendida fe, de la conciencia de ser elegido por Dios, se trata de desencadenar una guerra santa con el eslogan: *¡Adelante, soldados de Cristo!* Se pueden, pues, comprender todas las motivaciones religiosas de la propaganda enemiga presentadas en la prensa y la radio internacionales, y que siempre serán utilizadas.

La auténtica mentalidad británica se expresa abiertamente en la prédica difundida por la oficina protestante alemana en la radio londinense. En las emisiones religiosas británicas, el mensaje de fe desencadenado adopta un cariz tal para implorar la bendición divina *and smash our enemies all over the world* (y aplasta a nuestros enemigos en el mundo entero), que no se puede tomar todo esto por una broma, aunque una voz beata y melosa trate de apaciguar a eventuales auditores alemanes pidiendo perdón por los pecados, la redención y la obtención de la gracia. La impresión se precisa cuando un servicio equivalente es efectuado en lengua alemana. Este estado de espíritu explica las intenciones de pacificación del mundo. Cuando los capellanes baptistas americanos declaran que los actos sobrehumanos de los aviadores americanos no han podido hacerse sin la ayuda divina, reconocen al soldado americano la legitimidad de determinar la vida cristiana en los Estados Unidos por sus experiencias bélicas. Esto denota el carácter típico de ese estado de espíritu religioso procedente de las mismas raíces. *Pero si aún quedaran dudas sobre la verdadera naturaleza de la actitud religiosa americano-británica, se adquiere una certeza cuando se constata que ella fraterniza con el bolchevismo,* el tercer enemigo que representa la verdadera personificación del *Anticristo* constantemente profetizado en la historia del Occidente europeo. A priori, no entra en el ámbito de nuestra consideración puesto que, al fin y al cabo, se manifiesta como el producto y el último aborto de una anarquía religiosa.

Hoy día, se puede constatar que el puritanismo y el cuaquerismo son componentes fundamentales de la mentalidad americano-británica e influyen, pues, también, en las dos guerras mundiales. Las dos sectas son, en su apogeo, ejemplos típicos de una evolución particular. Ello se debe, ante todo, al desarrollo del puritanismo, de «la asociación combatiente por la pureza evangélica». Son acontecimientos políticos y económicos de una gran importancia. Este precedente demuestra las interacciones existentes entre los intereses políticos, económicos e imperialistas, por una parte, y los temas religiosos por la otra. A ello se añade el hecho de que las reformas religiosas no fueron emprendidas ni en Inglaterra ni en el «Nuevo Mundo» y que las discusiones espirituales sólo tuvieron lugar en Europa.

A un observador despierto no le será difícil reconocer la marca del intelecto judío en las querellas teológicas, sobre la formación de esa mentalidad sectaria que impregnó los siglos siguientes. Faltan los grandes impulsos creadores y fecundos, cuando precisamente, en esa época, Europa fue particularmente pródiga en creaciones en todos los terrenos, tanto en el arte como en la ciencia. El puritanismo y el cuaquerismo están, sin embargo, en el origen de un proceso ocurrido en el seno de su pueblo, que representa una síntesis de un tipo único entre la obsesión religiosa y las tentativas económicas e imperialistas. *La lógica suplanta, pues, a una reflexión auténticamente religiosa y a una fe dinámica.* Toda la estructura del pensamiento, de la voluntad y del sentimiento está impregnada de las influencias ideológicas del puritanismo y del cuaquerismo. Al europeo le cuesta mucho comprender el estilo de vida moralizante, arrogante, inflexible en los negocios, mojigato, supersticioso y burlón, que es la marca del espíritu americano-británico. En ese aspecto, la beatería y la hipocresía son los rasgos distintivos más significativos y constantes de la actitud británica, que se expresan en la noción de *cant.* La educación metódica en ese espíritu ha forjado sin duda el tipo inglés y el americano, mucho más de lo que ha influido en todos los pueblos euro-

peos. Este factor conservador es, en todo caso, igualmente el testimonio del desarrollo de una existencia equivocada. *Extremadamente intelectualizado y especializado, el modo de vida británico y americano ya no es capaz de producir pulsiones creadoras, orgánicas y dinámicas; está totalmente esclerotizado debido a que ya no está vinculado a un organismo viviente y no puede ser confrontado con Europa que, entretanto, ha evolucionado positivamente, sin provocar catástrofes. Los anglo-americanos deben realizar a su manera el acercamiento a Europa si no quieren ser víctimas de una esterilidad definitiva.* Hoy ya puede verse que un factor dramático a nivel de vida internacional es inherente a este proceso. Definir la naturaleza y el desarrollo no constituye en modo alguno una especulación ociosa o prematura. La historia de los movimientos o de las organizaciones religiosas nos enseña más bien que las evoluciones nocivas o las desviaciones han sido siempre evitadas, por una nueva reflexión, tras haber seguido una dirección catastrófica. La profunda implantación religiosa que es el resultado de esta evolución particular en Inglaterra y en los Estados Unidos, muestra que, sin un trabajo de reorganización extremadamente estricto que no sea tan sólo el resultado de una acción interna, es y será imposible volver a encontrar los fundamentos generales comunes de la evolución europea. Una ley elemental quiere también que nadie en el mundo se aproveche de los logros alcanzados al precio de la sangre y las lágrimas de los demás. En tales casos, la misma naturaleza rectifica las cosas de una manera infinitamente dura, pero justa, y entonces no hace más que aplicar sus leyes más simples, que son a la vez una advertencia y un aviso para todas las generaciones futuras.

Esta guerra actual constituye el último choque entre una regla de vida desintegrada, decadente y prácticamente fosilizada, y un estilo de vida que es el producto de las tormentas espirituales y de las tempestades morales del Occidente europeo. El proceso que ha conducido al nacimiento de Europa se efectúa lentamente pero de una manera orgánica, corrigiéndose constantemente, actuando por y en sí mismo. El carácter común de la lucha europea permitió, no obstante, la manifestación de numerosas evoluciones particulares, y se cometieron errores, algunos de los cuales se pagaron con ríos de sangre. Pero hubo hombres que se levantaron y salieron de las filas para mostrar que siempre se puede encontrar una solución. Alcanzado un nuevo estado, se había dado un nuevo paso que conducía a la creación de la comunidad europea propiamente dicha. Los trastornos del continente europeo no podían, en todo caso, contrarrestar esta evolución propia seguida de una manera independiente y que debía conducir un día a enfrentamientos necesarios y decisivos.

Es totalmente falso decir que la constelación de fuerzas que se expresan en la actual lucha de los pueblos es producto de la fatalidad. Debemos tener la convicción, ciertamente penosa pero absolutamente exacta, de que la guerra actual es el acontecimiento más natural y más lógico que conoce la historia. Un Nietzsche daba todavía cincuenta años de plazo y «tiempo vendrá en que deberemos *pagar* el hecho de haber sido cristianos durante dos mil años. Perderemos ese fardo que pesaba sobre nuestra vida y la influenciaba... durante un cierto lapso de tiempo estaremos desorientados. Adoptaremos súbitamente juicios de valores *opuestos* con el mismo grado de energía que ha producido esta supervaloración de lo humano por el hombre.» La noción de política ha pasado, pues, totalmente a un segundo plano en esta guerra espiritual. Todos los conceptos que sobre el poder tenía la vieja sociedad han explotado... todos se fundaban en la mentira: *Habrá unas guerras como nunca las ha habido en la Tierra.* Pero tal época verá el comienzo de una gran política en esta Tierra.

En nuestros días, la historia se corrige a sí misma. Incita a los detentores del nuevo orden, nacidos ante sus ojos, a demostrar su valor de una manera viril. En los campos de batalla de Europa son los que defienden, tanto la herencia de un Pericles y de un Augusto, que la de un Goethe, de un Bach y de un Beethoven; que incluyen aún el testimonio cultural de *Shakespeare* en lo que se llama Europa, y luchan, pues, contra un mundo que no tiene nada que oponerles más que un odio bien judío y una voluntad de destrucción diabólica, último síntoma de una anarquía sin solución.

IV. Arte de la guerra

OSS.III.4.1

"La casa de la tropa SS", nº 4. 1939.

Ciencia militar

Tölz, un ejemplo práctico

Los signos políticos anunciaban grandes acontecimientos cuando nos separamos la última vez. Habíamos leído las últimas noticias en la estación de Munich que era entonces nuestra última etapa. Aquéllas, unidas al relato de una experiencia vivida por un camarada que volvía de Eslovaquia, nos dejaron presagiar que el Reich estaba decidido a tomar las medidas indispensables.

Como políticos, estudiamos aquellos acontecimientos. No podíamos limitarnos a tomar nota y, después de nuestro cursillo de formación, reemprender la rutina cotidiana.

Fue entonces cuando experimentamos las primeras dudas. Ya, muchos camaradas en el viaje de regreso se interrogan durante la noche entre el monótono sonido de las ruedas sobre los raíles: nuestra actividad, nuestra misión, ¿son tan fundamentales que puedan sobrevivir a la importancia de los tiempo actuales? No era un enfermizo escepticismo lo que nos inspiraba estos pensamientos, ninguna aprensión ante la misión asignada. Era esa duda generosa, creadora de progreso y de evolución que os aguijonea y no os permite dejar las cosas por sentadas, pero os impide sacar conclusiones demasiado precipitadas y seguir un camino erróneo. Algunos guardaron sus dudas para sí, otros abordaron francamente la cuestión.

¿Estábamos verdaderamente al límite de los acontecimientos? ¿Tenía un sentido en una época que tanto nos aporta si se sabe aprovechar? ¿Era razonable quedarse sentados detrás de nuestros libros cuando las palancas de la Historia estaban en otra parte?

Estaba claro que todo estudio constituye una etapa en el camino de la madurez; pero ¿serían sus frutos todavía buenos?. En vista de los resultados, ¿podríamos nosotros decir que hemos seguido el mejor camino; nos ha dado esto la razón?

Estas preguntas persistían en nuestras cabezas de jóvenes intelectuales y queríamos encontrar una respuesta, pues, en tanto que científicos, nos encontrábamos en un terreno en el que, según muchas gentes, los conceptos han quedado particularmente vagos. Muchas personas no creen que la actividad política e intelectual pueda resolver estas cuestiones, o bien no se interrogan sobre ellas.

Cuanto más nos preguntábamos más podíamos decirnos que creíamos haber encontrado la respuesta, pues la experiencia sacada de la práctica había forjado nuestra convicción. Una retrospectiva sobre Tölz, que había continuado progresando ese año, nos indujo a pensar que, hasta aquí, nuestro camino ha sido el bueno y que continuará siéndolo en el porvenir.

Ser soldado, una condición

¿Cómo debe comprenderse nuestra historia?

Si, sobre este terreno científico en que se había debatido tanto, se hubieran esperado los resultados de las largas discusiones, la actual generación no habría hecho ningún progreso. Se agotaría en estériles debates y acabaría por no estar convencida del valor de toda su actividad. No había, pues, más que una solución para la joven tropa: la iniciativa individual.

Habían soldados en este terreno individual. Como llevaban el oficio en la sangre, sintieron muy pronto el carácter guerrero de esta época y en ella crecieron. ¡Sin preocuparse de escaramuzas, se fijaron un cierto número de etapas que les parecieron justas: la divisa que se dieron fue: *Ciencia militar*.

Bajo esta divisa, agruparon a los que pensaban como ellos... Esbozaron, a la vez, los contornos de una ciencia y le asociaron una nueva forma de educación. Es inútil insistir en el hecho de que no consideran la que es efectuada en el patio de los cuarteles y que *debe* serlo, sino una educación conforme a una cierta actitud adoptada generalmente en el trabajo y en la vida. Es, en efecto, evidente que los límites de las libertades de un soldado no son los de un hombre que forma parte de un equipo con objetivos intelectuales.

Nuestro equipo adoptó también este punto de vista. Como la educación bélica no puede efectuarse en forma de discusiones pedagógicas, se procedió a una *aplicación práctica* en nuestra tropa por medio de virtudes guerreras, tales como *el rigor, la franqueza, el espíritu de equipo, el espíritu caballeresco, la honradez, la obediencia* y, lo más importante *la dignidad del hombre sano*. Estas cualidades han demostrado su valía con los componentes políticos y científicos, y ello tanto para la tropa en su totalidad como para cada individuo.

Basándonos en esta experiencia, fuimos por cuarta vez a la Junkerschule SS de Tölz. Por cuarta vez pusimos en *práctica* la divisa «arte de la guerra».

La condición necesaria para enseñar una ciencia verdaderamente bélica no es tan sólo estar sano, sino también pertenecer a una raza valerosa. Estas dos condiciones se encuentran en los hombres de la SS, pues el arte de la guerra concede la prioridad al hombre; él es esencial. La manera que se tiene de abordar el saber depende también de la clase de hombre que se quiere ser. Saber de qué manera se ve la ciencia es para nosotros una cuestión fundamental. Tal era el postulado claro y neto del equipo de Tölz: *Agrupar a los guerreros*, pues nosotros sabemos que ése es el punto débil de nuestra universidad. Los programas sólo tienen un sentido si hay hombres para encarnarlos. *Es la preciosa humanidad guerrera y racial la que realizará, y hará necesaria, la unión del arte de la guerra y del saber.*

Hemos solicitado recibir una formación militar durante estas jornadas de campo, precisamente porque la forma física contribuye a reforzar la actitud espiritual. No fue tan sólo una necesidad derivada de nuestra estancia en una Junkerschule SS, sino la prueba voluntaria consistente en demostrar que es posible, de vez en cuando, conducirse de una manera diferente, no como un fin en sí, sino a título de ejercicio.

El rigor y el coraje se expresaron en hermosas competiciones entre cadetes de la escuela. Los cadetes ganaron en atletismo y balonmano, las casas de la tropa en natación. Fueron unas luchas caballerescas.

Los verdaderos hombres engendran siempre a sus semejantes

Aquellos ejercicios permitieron tomas de contacto con personalidades militares. Ninguna frase es, tal vez, más justa que ésta: los verdaderos hombres engendran siempre a sus semejantes. La impresión que causan significa mucho para un joven equipo todavía obligado a cuidar su actitud. Así, escuchamos al Dr. SS-Untersturmführer v.Kraus hablar de la expedición Nanga-Parbat. Notamos la fuerza de una personalidad guerrera que no teme a ningún obstáculo y que considera un problema no resuelto como un desafío del que hay que triunfar. Luego, el coronel Rommel, infante condeco-

rado con la cruz «Por el mérito», nos habló de la prueba de selección más dura que pueda existir para un soldado, la guerra durante la ruptura de Tolmein y de Karfreit, en la cual él tomó parte de una manera decisiva. ¡Qué excepcionales momentos vivimos con el SS-Brigadeführer Börger! Expuso una manera de pensar viril y sencilla, pero que tuvo la facultad de emocionarnos por su profundidad y su fuerza de persuasión. ¿Acaso no se notaba en él la vieja fuerza revolucionaria, una parte de la fe del período de la lucha por el poder y del realismo de la batalla del Saale? Es saludable, de vez en cuando, sentir ese aliento pues las épocas de victoria lo hacen a veces olvidar. ¿No nos ha entusiasmado, de nuevo, el viejo amigo de las *casas de tropa*, que, ¡ay!, ha debido abandonar, hace poco tiempo, la guardia del Führer: el Reichsamtsleiter Bernhard Köhler? Nos hemos acordado de Austria cuando el SS-Obergruppenführer Heissmeyer volvió a nuestras filas y participó con nosotros en la velada por los muertos de la guerra. Con la misma gravedad, atrajo nuestra atención sobre las cuestiones concernientes a la perennidad del pueblo. Ya no éramos para él unos desconocidos.

Discusiones sin rencillas

Una vez más, el punto culminante del curso fue el seminario, pues era preciso demostrar el *carácter* guerrero del equipo. Se discutió ásperamente, especialmente sobre los problemas de las ciencias exactas. La excitación provocada por las contradictorias y animadas discusiones que concluyeron las exposiciones -la libertad de investigación, la instrucción técnica e intelectual, la intuición y la ciencia-, fue enriquecedora para los trabajos ulteriores. ¿Qué asimilamos del espíritu guerrero del seminario? También aquí, el rigor y el coraje de la discusión eran la marca del *espíritu caballeresco*. Es el criterio que prevalece para el intelectual guerrero pues aprecia la discusión franca, nunca la querella. Respeta la personalidad del otro y no le considera como un adversario personal. Se abraza con el otro en una discusión cortés, cuando una querella les separaría. ¿Qué son las discusiones universitarias y las rencillas entre profesores? Si un equipo sabe hacer la diferencia, entonces ha ganado mucho en su trabajo intelectual.

La disciplina es también un componente del espíritu caballeresco que no convierte un seminario en un club de debates. También hay que añadir la lealtad que prohíbe «pavonearse» para adornarse con un prestigio de erudito, que hace reconocer sus errores si el otro tiene razón. Nosotros desaprobamos el principio de «ganar a cualquier precio» en la discusión científica. Vivimos la atmósfera de una competición deportiva. Se pierde y se tiende la mano al adversario. La divisa del Obersturmbannführer Ellersieck que nos ha repetido tan a menudo, se aplica aquí: *¡Saber perder riendo!*

Pero experimentamos nuestra mayor alegría en el hecho de que todos teníamos un denominador común, por diferentes que fueran nuestros gustos, nuestra óptica sobre tal o cual punto, por áspera que fuera nuestra discusión intelectual: ser *un hombre de la SS*. Es y será para cada uno de nosotros el punto principal, el epicentro. Es con fidelidad y sin reservas, con rigor y fuerza, con consecuencia en la concepción, tales como las expresa la SS, que estos hombres abordan su trabajo científico, hoy al principio de la carrera y, más tarde, en su profesión y su vida.

En este seminario, unos sabios han completado igualmente nuestros conocimientos. El profesor Karl Vogt, de la Universidad de Munich nos dio una idea general de su esfera de trabajo: la embriología. El Consejero de Estado, profesor Esau, de Iena, nos mostró los problemas que hoy se plantean al físico. El viejo precursor del pensamiento racial, el profesor H.F.K. Günther, de la Universidad de Berlin, nos explicó la necesidad de crear una nueva nobleza de jefes. Como criterio de esta nobleza nos dio: *la distinción heroica*.

Por supuesto, nuestra tropa se interesaba por todos los aspectos de la vida. El arte musical es muy apreciado en cada casa; no podía ser de otra manera. Tuvimos el placer de volver a ver al poeta, bien conocido en nuestra casa, Hans Friedrich Blunk. En una velada, Gottfried Rothacker, y el profesor Lampe, de Munich, nos hicieron compartir el placer de la música.

Formar hombres. Todas las películas de valor muestran hasta qué punto es verdad. Expresan el carácter del pueblo y su espíritu. «El soberano» pone en escena a

un tipo de hombres de acción que puede revelar la mayor violencia y, sin embargo, permanecer fiel a sí mismo. *El rey* resplandecía de *esprit* francés. *El escuadrón blanco* expresaba la voluntad de colonización de un joven Imperio. *La flor escarlata*, el ideal de un *gentleman* inglés. *El camino de la vida* describía al proletario ruso y su creencia en la igualdad de todos los hombres. La más instructiva fue tal vez la película judía *Tibuck*. Los actores, el decorado y el tema eran judíos. Para nosotros, la mejor de las propagandas. Los personajes barbudos y en kaftan monologaban y la acción dejaba transparentar unos estados de alma al límite de la patología.

****

Cuando, tras una alocución del SS-Obersturmführer Ellersieck y el canto de fidelidad, el ciclo de estudios terminó, tuvimos de nuevo el sentimiento de haber vivido algo excepcional. La recompensa de un año de trabajo, pues nunca este ejemplo práctico proporcionado por la ciencia militar habría podido ser realizado si, antes, no hubiera habido el trabajo anual de cada *casa de tropa*. Tölz muestra, muy aumentado, lo que en pequeña escala se realizó en estas casas. He aquí el verdadero significado de este campo de instrucción: supresión de las imperfecciones, progreso del trabajo científico, mejora de la actitud del soldado. Además, nuestro trato con los cadetes y su escuela, cuyo comandante nos había acogido tan bien, nos permitió proceder a reflexiones más profundas. Estas relaciones no podían más que fortalecer nuestra certeza de tener, a fin de cuentas, el mismo objetivo y que sólo los medios de lograrlo diferían.

Hemos encontrado a muchas personas que estaban generalmente de acuerdo, pero que se preguntaban: «¿Dónde está vuestra libertad?». La libertad es lo propio del conocimiento, si no, su sistema cojea. Es, justamente, en la ciencia *exacta* donde reside la importancia decisiva de esta libertad.

¿Qué tienen que ver las formulas químicas con la visión del mundo?

Nosotros hemos afirmado siempre que consideramos al *hombre* como el factor esencial, y no la ciencia. ¿Acaso la historia intelectual de los pueblos no nos lo confirma? Aunque los objetos y los resultados de los experimentos hechos por las ciencias naturales fueran antaño los mismos, algunas han llegado a ser materialiatas y mecánicas; otras, por el contrario, han adquirido bajo las mismas condiciones una fe en la omnipotencia divina. Ello dependía de la manera en que, como hombres, los científicos consideraron el curso de las cosas y qué consecuencias espirituales e ideológicas dedujeron.

Ser un hombre de ciencia significa sentirse investido de una misión, sentir que no se trabaja en un espacio vacío sino en una comunidad. Además de los electrones y de los átomos hay también un pueblo viviente que representa más que un agregado de aparatos de física..

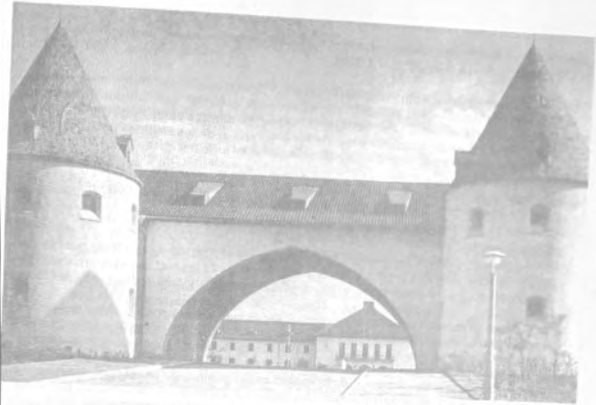
Nosotros queremos que los hombres guerreros se sientan *investidos* de una misión a título de científicos. Se deben a esa misión. Pero ante ellos se extiende el campo *libre* de la ciencia.

Julius Schmidt

(Nota del autor: las «casas de la tropa SS» eran una rama de la SS que agrupaba a los estudiantes en universidades que deseaban adoptar profesiones liberales, científicas, jurídicas, etc., es decir, no policiales, administrativas o militares.)

«La lucha está en todas partes; sin lucha no hay vida. Y si queremos sobrevivir, debemos prepararnos para nuevos combates».

Otto von Bismarck





OSS.III.4.2
Cuaderno de la SS. Nº 3. 1938.

Se reproduce aquí intencionadamente un pasaje sacado del libro de un combatiente del frente, el francés René Quinton, para mostrar cómo nuestra actitud nacionalsocialista es la del hombre nórdico. La sangre nórdica corre tanto por las venas de los combatientes de Alemania como de los de Francia, de los Estados nórdicos como Inglaterra y otros países; ciertos países cuentan con muchos de estos combatientes, otros con pocos.

Máximas sobre la guerra

La idea guerrera es siempre la característica de los mejores elementos de un pueblo. La idea guerrera y la acción que ella implica, *la actitud*, no son en absoluto nociones arbitrarias y encuentran el mismo fundamento ético en todas las razas fuertes.

René Quinton, un biólogo y médico francés que estuvo en la guerra, dejó unas notas que sólo han sido publicadas después de su muerte. El mismo Quinton, en las horas en que plasmó sus observaciones sobre el papel, no pensaba adquirir la notoriedad gracias a ellas. Notas de diario brevemente escritas bajo el fuego de los cañones; dibujos esbozando los sedimentos de la espera en las posiciones de reserva. Un hombre que ha llegado a ser *soldado y guerrero* con todas las fibras de su corazón; un *pensador* cuya profesión de médico ha agudizado la mirada y el don de la observación, se ocupa, con sus *Máximas sobre la Guerra* de los aspectos últimos del ser o del no-ser, reconoce las relaciones más íntimas de la guerra en cuanto a ley natural, y nos enseña lo que está en el origen del coraje y del heroísmo, esbozando la categoría del jefe con una penetración sin igual.

René Quinton no es el primer francés que tenga también algo que decirnos a nosotros, nacionalsocialistas. Pensemos en el conde Arturo de Gobineau a quien consideramos entre los precursores de una ciencia racial de las leyes biológicas vinculadas a la tierra.

Tomamos este libro entre nuestras manos con tanto más gusto cuanto que su autor es un francés comprometido, un nacionalista que ha escrito con su espíritu de soldado y de guerrero y debía hacer estas constataciones que son igualmente determinantes para nosotros.

Publicamos así un extracto del capítulo *El Jefe*, congratulándonos en testimoniar al adversario y al soldado René Quinton el respeto que experimentan mútuamente los guerreros. Pues la guerra no representa sólo una sucesión de batallas, sino que es, más allá, el fundamento que permite a los mejores hombres de un pueblo demostrar sus virtudes heroicas.

****

El jefe natural es el más valiente.

Es un error reprochar a un jefe su heroísmo, cuando éste no compromete más que a él. Es porque hay jefes que se exponen por lo cual hay hombres que mueren.

Un jefe que no se entusiasma con los valientes que él manda, está maduro para un lugar en la retaguardia.

La audacia de los jefes está hecha por la alegría de obedecer de la tropa.

El jefe sin coraje aniquila a una tropa, humilla a los subalternos valerosos, crea una francmasonería, una capilla de cobardes, ridiculiza todo lo que es heroico, atrevido, difícil, elogia la prudencia, la falta de alegría, acoge con una mirada impávida a sus

mejores oficiales, anima a los malos, impide los ascensos con notas secretas, no rectificables, que él manda.

El jefe heroico ama y recompensa a los valientes, se alegra de un acto heroico como si se le hiciera un regalo, crea a su alrededor un verdadero espíritu de guerra, hecho de empuje, de iniciativa, de alegría, de abnegación, de audacia y de sacrificio.

La fatiga no existe en la guerra. Allí, los recursos del hombre son infinitos. La fatiga es una debilidad del alma.

Un cuerpo sin alma, una tropa sin jefe, necesita siempre un reposo.

Hay tropas sin jefe, no hay tropas fatigadas.

Las tropas fatigadas son la consecuencia de los jefes inertes.

La fatiga comienza cuando la pasión se debilita.
Apasionad a vuestros hombres, entonces no necesitarán nunca descansar.

«El valiente no es el que no teme nada, sino el que ha superado su miedo».

Viejo proverbio

OSS.III.4.3

Cuaderno de la SS. Nº 12. 1943.

La guerra sin cuartel

Hemos entrado en una lucha despiadada. Los hombres que se enfrentan son de dos clases, configurando enemigos mortales. A un nivel más elevado, esta guerra es verdaderamente la madre de todas las cosas. Su desenlace decidirá el rostro del mundo futuro que resultará transformado por el ardor de esta lucha. Las huellas de odio y de barbarie satánica, que ya no caben en el mundo, deben desaparecer. Sólo la espada es decisiva en este combate que ha modificado todos los parámetros.

En el curso de la campaña militar, el soldado del frente del Este se ha encontrado múltiples veces, cara a cara con el adversario. Incluso en el ardor y el furor de la batalla moderna, el momento en que los hombres se enfrentan con el arma en la mano, los ojos brillando de rabia, la voluntad de destrucción en el corazón, será siempre lo más importante y lo más duro. Uno de los dos deberá caer para ceder su sitio al otro en un nuevo combate. Siempre será así. ¡El cuerpo a cuerpo es despiadado! O tú o yo, no existe nada más en el mundo. Quien no ha sentido el ardiente aliento del enemigo sobre su rostro, quien no ha visto la mirada asesina de sus ojos, no conoce el misterio más profundo de la guerra que se manifiesta en ese instante. El hombre domina las cosas por su voluntad. Sus manos contienen la fuerza del mundo. Sólo quien lo ha vivido, quien lo ha soportado y ha sido purificado por esta lucha sin cuartel, cada vez más endurecido, conociendo su propia fuerza y el carácter ilimitado de la voluntad humana, ha atravesado mil muertes por la puerta de la vida.

Desde hace mucho tiempo, ya no luchamos para alcanzar la victoria y el éxito tal como los habíamos vivido en otras batallas. Todo Occidente libra, a través de nosotros, su combate último y decisivo. Dos mundos se encuentran en conflicto, uno de los cuales deberá vencer, pues, si no, la Historia habría perdido su sentido. Cada individuo siente, en plena conciencia, la importancia de este combate como el de una batalla en la cual se expresa todo lo que una historia milenaria nos ha legado. Los buenos espíritus de nuestros camaradas en tierra rusa reviven día tras día en nosotros y nos exhortan a no ceder. El bolchevismo nos ha enseñado que ninguna debilidad de carácter debe exis-

tir en este conflicto. Hemos llegado a ser duros como el acero, por nuestra voluntad y nuestra determinación. Sabemos que somos dueños del destino y que lo doblegaremos.

Nunca el hombre tendrá una nueva ocasión de vivir y de ver lo que soportaremos en esta terrible prueba hasta la victoria final. Un ejército de soldados ha nacido en esta guerra en la que cada uno lucha con la conciencia clara, con una fe profunda y un espíritu de sacrificio absoluto. Todos nos hemos enfrentado centenares de veces a todos los desafíos y hemos comprendido sus mensajes.

La fe y el conocimiento han dado vida al verdadero soldado revolucionario. Combate por todo lo que era sagrado para las pasadas generaciones, por la protección de su hogar defendiendo a la nación, por la vida de sus hijos en un mundo que aparece en el horizonte de Occidente. La muerte, el calor, el frío y todas las privaciones de una lucha difícil no cuentan ante la fuerza y la confianza que el soldado adquiere en su experiencia cotidiana y en su convicción de que esta batalla es de una necesidad absoluta. Sus antepasados y sus padres combaten a través de él que es el heredero consciente de una historia milenaria. Sus virtudes son las suyas. Él añade nuevas fuerzas a la potencia creadora de su época. Las potencias destructivas de la guerra no son más que un medio necesario para ella, en esta lucha internacional, de manifestar su profundo sentido en la creación de un futuro Imperio. Junto a sus aliados, el soldado alemán obtendrá la victoria que le pertenece gracias a su fe y a su fuerza, pues ha reconocido el sentido profundo de su lucha. El día de la victoria será su triunfo porque sabe que así comienza entonces una nueva época.

Nuevas batallas se desencadenarán. Centenares de kilómetros de carreteras rusas bendecirán nuestros pies. Lo hemos visto y lo hemos vivido todo. Ya no iremos al asalto con el ímpetu fogoso de los adolescentes que todavía éramos cuando nos encontramos enfrentados a este gran reto. Nos hemos vuelto juiciosos, tranquilos, reservados y graves.

Todos los fuegos del infierno nos han consumido, el sol de plomo y el viento helado de las estepas nevadas nos han quemado. Las imágenes de una existencia en la ilusión de la idea más diabólica que jamás ha ideado la humanidad, viven en nosotros, así como también tenemos conciencia de que este combate se acabará como ha empezado, es decir en la dureza y la ausencia de compasión.

La rueda solar gira sobre la Unión Soviética. En las llamas y la sangre, ha nacido un mundo que procurará a nuestros hijos el espacio y la paz por un futuro feliz. Nosotros seremos sus constructores. Hemos atravesado el infierno y nos hemos consumido hasta alcanzar una conciencia aguda y una dureza extrema. Nuestra fe es más sólida y más fuerte que nunca. La muerte y el diablo están ya detrás nuestro... una nueva muerte y unos nuevos infiernos no pueden darnos miedo. ¡La victoria nos pertenece!.

Horst Slesina

«La celebración del hombre auténtico se hace en la acción».

Goethe

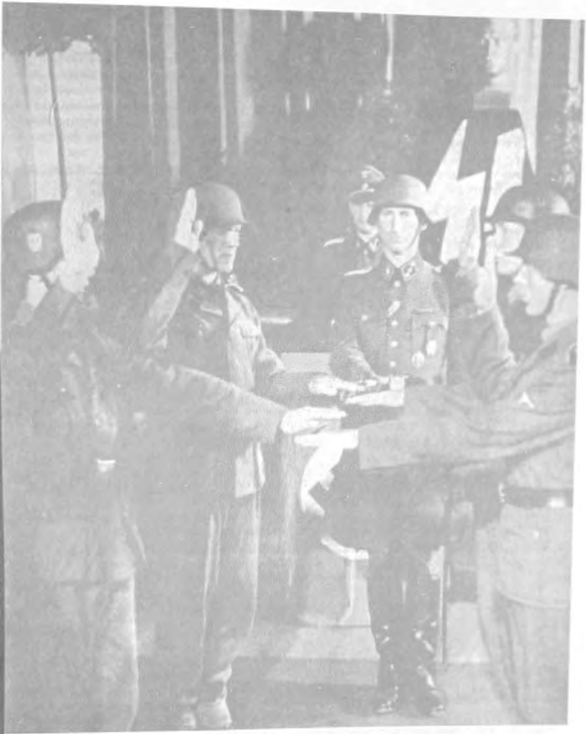
OSS III.4.4

Sennheim, escuela de formación SS europea

Sennheim

Un flamenco escribe:

«Vivo en una comunidad de hombres que, exteriormente, aspiran a un mismo objetivo, sufren las mismas pruebas y tienen un deber que cumplir. Aquí no hay lugar para la intriga o la prepotencia del dinero. Por principio, todos somos semejantes. Quien era y lo que era pertenecen al pasado y no cuentan. Poco importa que yo fuera un crápula o un santo; todos vivimos, aquí, un nuevo nacimiento, desde el principio.»



Prestación de juramento de los nuevos reclutas.

La época

El siglo XX se encuentra situado bajo el signo del rechazo de lo que es alógeno y del retorno sobre sí mismo; en pocas palabras, de la toma de conciencia germánica, del deseo de vivir en la patria de los antepasados, de luchar junto a sus semejantes para reconstruir su mundo; finalmente, de la investigación y del descubrimiento de sí mismo. Los hombres de una misma raza quieren seguir el mismo camino que, por medio del combate y de la defensa, desembocó en la reunión de todos los hombres germánicos en el Imperio. Para algunos, este camino pasa por Sennheim.

El paisaje

Parece hecho para el trabajo duro. En el norte, se encuentra el «Hartsmannsweiler». Aún lleva hoy las huellas de la Gran Guerra. Ilustra de una manera auténtica la fidelidad inmutable y el espíritu de sacrificio. Al lado de la escuela se extiende la línea de los búnkers de 1917/18. Al este, el Rin que es, hoy como antaño, el río que influye sobre el destino de Germania. Y al sur comienza la fértil Borgoña, unas veces tierra de paso de expediciones guerreras, otras veces patria de los germanos buscando un país, cuyas tribus se extinguieron o se fundieron en el mundo romano. El eco de sus victorias sobre los romanos y los hunos resuena orgullosamente en nuestros oídos; las figuras de la leyenda de los nibelungos son magníficas.



Curso de raciología en Sennheim

La misión

A título de primera escuela de formación germánica, el campo de Sennheim tiene la misión de comunicar al joven voluntario los principios que constituyen el espíritu militar y político; hacer de él un hombre en el espíritu de lo que hace la personalidad voluntaria del nacionalsocialista.

Esta misión se cumple siendo conscientes de que son, ante todo, leyes morales no escritas que distinguen el valor de cada soldado y, por consiguiente, el del ejército combatiente. Se concede una importancia prioritaria al valor absoluto y al rigor personal del voluntario, así como a la observancia de una disciplina incondicional. Pero la fidelidad al jefe, a la raza y a la patria, virtud que consolida a la comunidad, debe constituir el fundamento.

El voluntario

Los voluntarios presentan, de manera más o menos visible, los rasgos de la especie germánica; a pesar de las interferencias de un espíritu extranjero, el carácter natural y la voluntad de combatir son los más fuertes. Una seguridad interior sana,

discreta, animada por el espíritu de competición caballeresco, se une de una manera armoniosa con una sinceridad espontánea hacia los demás.

El idealismo, es decir, en estas circunstancias hallarse presto en espíritu y en acción a luchar hasta el final por el Reich, se asocia a menudo con una viva originalidad, una aptitud para el entusiasmo y encuentra su contrapartida en una sana inclinación por la reflexión.

La «sagrada espontaneidad» -así la llama Ludendorff-, junto a la citada característica, permite alcanzar un estado de espíritu heroico, llegar a ser un jefe de gran envergadura en el seno del ejército y del Estado.

La autoridad

Procede del hecho de que el deber religioso del jefe germánico consistía en actuar de una manera fiel y circunspecta. Lo que caracteriza la vida entera del jefe es el ideal. Un altruismo total está en el origen de todas las grandes acciones, de toda forma de grandeza. Seguir un gran ejemplo permite alcanzar la victoria.

Constantes ejercicios deportivos y un estudio de las cuestiones históricas, culturales y literarias, mantienen una buena forma general. Un trabajo psicológico sostenido, verdadera ciencia del carácter y del alma, unido a un conocimiento del hombre y de las cualidades del corazón son las condiciones necesarias para una vida fructífera. Por su convicción personal, cada jefe debe ser de espíritu amplio en el buen sentido de la palabra.

La mayor franqueza entre los jefes y la tropa es un principio básico. Ninguna barrera debe encarcelar al espíritu. La obediencia es más el resultado de una predisposición interior que de un miedo servil. La comunidad de lucha y de camaradería deben brillar en todas partes por su rigor. Pero la línea de base del campo es determinada por la atmósfera de confianza entre el jefe y el hombre de tropa.



Curso de historia en la misma escuela



Diversos cursos de manejo de armas. Arriba, Prácticas de tiro.

El devenir

La naturaleza del soldado está constituida por un rigor y un cumplimiento del deber, frugales y prusianos, para culminar en la actitud gloriosa del jefe que se ha distinguido en las batallas. Su fuerza titánica, unida a una voluntad de hierro y una gran valentía, triunfa de las enormes dificultades de la guerra. La fuerza de carácter y del alma son la causa de ello. Pero hay que haber superado las pruebas de los esfuerzos físicos, de la disciplina, del autodominio y de la ardua lucha espiritual.

Una constante educación de la voluntad hace retroceder las inhibiciones internas y, unida al total dominio físico, transforma el coraje en valentía, la fuerza interior en dureza y en constancia. En la tropa, el entusiasmo y la camaradería se metamorfosean en espíritu guerrero. La exigencia de tener una fama y de ser honorables impulsa a una serie de hombres duros a tener una concepción estricta del deber; la voluntad se transforma en heroísmo por la conciencia de cumplir el deber y por la fuerza de la determinación.

La historia de sus antepasados enseña a los voluntarios a comprender el sentido de su época y de su misión.

La fe en sus propias fuerzas, en el espíritu de cuerpo y la certeza de la invencibilidad del mundo germánico, constituyen los fundamentos de una línea de conducta general.

El porvenir

No se pueden reprimir durante mucho tiempo las leyes de la especie y de la vida queridas por Dios. Un déspota ilusorio que deforma el sentido y el objetivo de la existencia está condenado al fracaso.

Quien quiera instaurar un orden debe servir a la vida si quiere que las relaciones entre los pueblos germánicos permanezcan sanas.

«Reconocer el hecho de que cada pueblo constituye un fin en sí nos coloca en conformidad con las leyes de la vida» (Dr. Best). Un orden futuro debe ser instaurado siguiendo este principio. Permite a cada pueblo, igual que a toda Europa, seguir su evolución.

Sabemos que un sembrador obtiene una buena cosecha si tiene en cuenta la naturaleza de la semilla, del suelo y de la estación de cultivo. Igual ocurre con los pueblos.

Si hoy, siguiendo en esto verdades eternas, sembramos los campos del destino, la cosecha de las generaciones futuras será rica. Pero, como dijo Fichte, esta cosecha será del mundo entero.



Utilización del mortero.

OSS III 4 5

Cuaderno de la SS. Nº 4. 1943.

El deber predomina sobre la vida y la muerte

El fuego de leña crepitaba ante nosotros dibujando luces y sombras fugaces sobre los rostros de nuestro pequeño círculo. Su cálido color reflejaba nuestra vida apasionada (entusiasta) y se reflejaba en los ojos de los hombres. Alrededor de los muros de madera de nuestro refugio, la tempestad de nieve se arremolina ya en la noche sombría y borra el camino y la carretera. Al ritmo monótono de los disparos y de las explosiones de impacto, los cristales de la ventanita vibran como si el tañido de hierro del reloj de la guerra quisiera impedirnos olvidar la época que vivimos en este instante.

Sin embargo, la noción del tiempo es variable para todos los que, en el Este, no viven el invierno como una estación sino como un acontecimiento decisivo. Desde el comienzo de la guerra contra el bolchevismo, las grandes batallas se han convertido en los medios para probar una existencia viril que jamás fue sometida a una prueba más difícil. Entretanto llegan los permisos, como una detención silenciosa de la respiración, esos días en que cada uno habla como de algo completamente singular y particular, que debe procurar al camarada una parcela de alegría desconocida, inimaginable. Bajo el fuego de esta batalla de invierno, la misión del soldado no conoce límite alguno, ni siquiera el del último sacrificio.



Entrenamiento deportivo en el marco de la formación militar

Estos hombres parecen haber olvidado lo que es la paz y todo lo que ella conlleva-ba. El porvenir no toma su sentido más que en la misión que les será confiada y que ellos cumplirán mientras su corazón siga latiendo.

Son conscientes de las pruebas impuestas por este deber inflexible, por esta comunidad de combate. Algunos hablan de las batallas que se desarrollan cerca de Luga, en Volchov, o ahora al sur del lago Ladoga.

Esa imagen hace entonces resurgir los instantes de la batalla. Los recuerdos de grandes acontecimientos, pero también de los que ya no están aquí, vuelven a la memoria.

Hablamos con nuestro invitado, el Hauptsturmführer O., del heroico comportamiento de su batallón que, hace unos días, se encontraba en medio del combate, debiendo mantener una posición importante ante la aplastante superioridad de los bolcheviques. Fue cercado y nuevamente resolvió la situación atravesando las líneas enemigas.

Antaño, cuando la guerra era aún algo totalmente nuevo para todos nosotros, nos interrogábamos y sabíamos encontrar las respuestas; lo vivido podía traducirse en palabras, pero hoy ya no necesitamos expresar nuestra experiencia. Es como un acuerdo secreto entre los que han vivido estos instantes. Se comprenden con algunas palabras que dejan estallar una alegría febril.



«No necesito explicaros la llegada de los blindados, ya conocéis esto...

—¡Y cómo el tiro ha alcanzado su objetivo!»

Luego, otra vez el silencio. Piensan en los instantes en que contaban y distribuían las últimas municiones, en el corte de la conexión de la radio con la tropa. Piensan en la orden recibida diciéndoles que deben reincorporarse a sus líneas.

Pero, ahora, un nuevo pensamiento les asalta, que no habían tenido esa noche: que esa batalla habría podido ser la última. Lo pensaban pero no lo decían, pues el sentido del deber es más fuerte que ellos.

Ser soldado significa saber aceptar la muerte. Pero ser soldado implica también no preguntarse nunca cuándo llegará. Súbitamente, la conversación aborda esta cuestión. Sólo el diablo sabe cómo surgió, suscitada por el mortecino ardor del fuego, el efecto de la noche, o la corta pausa tras esta batalla. ¿Presentimiento, destino, fatalidad? ¡Dejemos estas cuestiones a filósofos que viven en épocas más tranquilas!

El Hauptsturmführer las termina con una frase:

«¡Yo debo cumplir mi deber!». Todo razonamiento, toda especulación, son vanos y erróneos. La parte del azar y de los presentimientos no cuesta gran cosa. Pero es necesario conservar una voluntad de acero para cumplir con el deber.

«¡Yo debo cumplir mi deber!». Esta llamada interior es más fuerte que todas las demás, pues triunfa de todo espíritu de renunciación fatalista. Implica la voluntad y la fuerza de afrontarlo todo y de ser dueño de sí mismo.

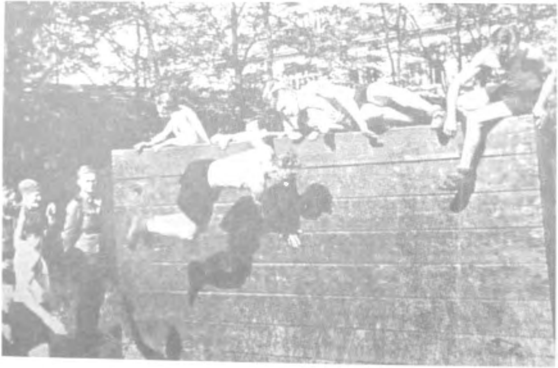
Sólo el soldado es capaz de experimentar el sentido de la vida que está en el origen de todas las cosas. Es el distintivo de una juventud que quiere afirmarse, que, de pronto se echa a reír, se expresa en un canto, que reconoce, que debe reconocer su destino en medio de esta lucha a muerte.

Los leños en el fuego se han apagado. La conversación ha terminado. El alba empieza a clarear tras la nieve que continúa cayendo.

Corresponsal del Ejército, SS Dr. Walther Best

«La guerra y el coraje han conseguido muchas más cosas que el amor al prójimo».

Nietzsche



Recorrido del combatiente



Curso de boxeo

OSS.III.4.6

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1943.

Una experiencia de guerra en el hogar

En el centro de partos del hospital SS, mi mujer ha parido dos gemelos, el tercero y el cuarto hijos nacidos durante la guerra. Nuestra abuela ha llegado hoy en tren. Ha podido dejar a los dos «mayores» para visitar a la valiente mamá. Mi mujer está en una hermosa habitación muy limpia en compañía de otras tres parturientas. Los minutos pasan demasiado de prisa, y la hermana, señalando a la puerta, indica que el tiempo de visita de esta tarde ha acabado. Mientras se están despidiendo, suena la sirena: ¡Alerta aérea!

La agitación reina en la sección, pero sin dar paso a la precipitación. Tanto la maternidad como el hospital se han visto a menudo enfrentados a la necesidad de hacer descender a todos sus ocupantes al sótano. Las hermanas, los visitantes siempre presentes y los SS que están de guardia, cogen entonces las canastillas en las que se encuentran los frágiles lactantes y se los llevan en el ascensor. Muy pronto, el precioso tesoro es puesto en seguridad en los bien acondicionados refugios. Luego llegan las madres. Dos de las mujeres visiblemente felices en su bienestar maternal son colocadas en unas camas que, una tras otra, se deslizan sobre ruedas de goma hacia el refugio. En las desiertas habitaciones, se apagan las luces. Pero la vida se concentra en el subsuelo en un estrecho espacio, que se contempla con placer. El personal de la posición, experto en defensa antiaérea, tiene la necesaria iniciativa para dejar el paso libre y que haya café, pan y leche para apaciguar un súbito apetito. Los médicos ya están allí y sostienen con las mujeres conversaciones cordiales y calmantes. La alerta ha afectado a su servicio.

Ya se oyen los primeros tiros de los cañones antiaéreos. El Tommy ha llegado. El enemigo está en los alrededores inmediatos del edificio que se ha convertido en el símbolo de la vitalidad y de la confianza de nuestro pueblo. Está rodeado de casas en las que nuestros camaradas SS convalecientes se recuperan de sus heridas y esperan su restablecimiento. Este momento nos recuerda, una vez más, que esta guerra es una guerra total.

Las mujeres están tranquilas y confiadas. Mi mujer me dice, indicando al jefe de servicio, cubierto con su casco de acero, que en este momento circula por las habitaciones del sótano. «Es muy bonito saber que estamos bajo la protección militar de nuestros hombres. Una mujer siente perfectamente lo que significa pertenecer a la SS a través de su marido. Nunca he vivido con tanta intensidad el espíritu de la comunidad SS como aquí en este hogar.»

El tiro regular del cañón pesado resuena a nuestro alrededor, con breves pausas. Sin embargo, la tentativa de penetración, es rechazada, sin causar daños.

Pero un acontecimiento ocurre en el sótano. La hermana pide a los hombres que se aparten, en un rincón. Sin hacer más preguntas, mientras obedecen, comprenden lo que está sucediendo. Luego, al cabo de un rato, vuelve la calma. Las hermanas llevan a su madre los rorros envueltos en pañales. Están en desorden y a veces es difícil diferenciarlos. Pero todo el mundo queda pronto satisfecho. Los gritos, antes limitados a una sola habitación, resuenan por doquier y expresan una poderosa voluntad de vivir. Su intensidad me sobrecoge, sobre todo en tales circunstancias. Ahora percibo dos tipos de sonidos diferentes: por una parte, en el interior, las agudas vocecillas de los niños, y, fuera, el estruendo, cercano o lejano de la D.C.A. Yo permanezco al lado de mi mujer, que sostiene a sus mellizos y les da lo mejor de sí misma.

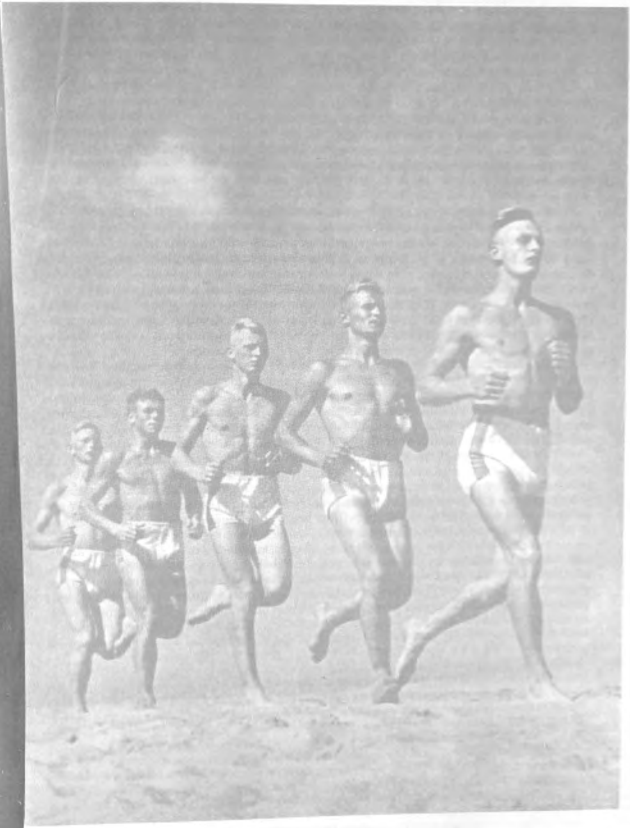
Al llegar la noche, he vivido una nueva experiencia interesante al codearme con el conjunto del personal que podía abarcar de una sola ojeada. Me impresionó ver que este grupo de mujeres constituía también una verdadera élite, que testificaba de una manera visible las exigencias fijadas por la SS para poder casarse. Los pensamientos continuaban afluyendo a mi mente. Nuestro pueblo será completamente sano cuando esta voluntad de selección se habrá generalizado.

La D.C.A. me saca de mis reflexiones. En cambio, los afamados rorros no se ocupan de ella. No saben hasta qué punto su vida, en estos instantes, se encuentra ya amenazada, aún cuando algunos de ellos apenas tienen una o dos semanas de vida. En el exterior, cuatro proyectores luminosos inspeccionan el cielo. Se espera un ataque a cada segundo. Luego, resuena una violenta detonación que sacude toda la casa. La puerta es arrancada y se oye el tintineo de los cristales de las ventanas al estallar. Una bomba ha caído a unos cien metros de distancia. La D.C.A. dispara de una manera frenética.

Las mujeres, felices a pesar de todo, deben hacer un esfuerzo interior, pero nadie deja aparecer la menor huella de la angustia que tal situación puede provocar. Todos estamos sostenidos por el espíritu de la comunidad que formamos en este momento y de la que somos conscientes.

Este terrible miedo termina con la noche que llega. El ataque aéreo enemigo se calma poco a poco. Después del final de la alerta, ayudamos a acompañar a nuestros bienes más queridos, nuestras mujeres y nuestros hijos, a sus habitaciones para que pasen la noche.

Hace mucho tiempo que no he vivido una noche tan *bella.*



¡Avanzando hacia la eternidad !

Cuaderno de la SS. Nº 3. 1942

Yamato

Yamato es el nombre de una región japonesa que ha visto nacer a grandes soldados nipones. El nombre de Yamato ha llegado a ser el símbolo de la bravura y del cumplimiento del deber. No se encuentra ninguna huella del espíritu de ningún pueblo extranjero. El ejemplo japonés nos enseña que la bravura y el coraje tienen como fundamento el espíritu religioso.

En el año 1932 de la cronología cristiana, un comandante en jefe gravemente herido en el curso de los combates por Shanghai, perdió el conocimiento y tuvo la desgracia de caer en manos del enemigo. Luego fue liberado por las tropas japonesas que avanzaban. Un día, se pudo leer en la prensa que ese comandante se había suicidado precisamente en el lugar de los combates durante los cuales había sido hecho prisionero. ¿Qué nos enseña este acontecimiento? El oficial había sido hecho prisionero únicamente porque yacía en el suelo, herido e inconsciente, ¿era esto una vergüenza para un guerrero? ¿Por qué puso fin a su vida en lugar de servir a su patria con sus conocimientos, su experiencia, su valor y su inteligencia? Su actitud no puede explicarse más que por el espíritu Yamato, el espíritu de los hombres japoneses.

La tradición del valiente espíritu caballeresco ha permanecido particularmente viva en las leyendas del Japón occidental; los principios de la educación espiritual del caballero legendario están contenidos en el libro «Hagakure», una obra sobre la moral caballeresca, en la cual está escrito: «Si debes escoger dos caminos -la vida o la muerte- entonces escoge el último.» El comandante en jefe, profundamente imbuido por esta enseñanza, siguió el camino de la muerte. No obstante, ¿porqué se debe buscar?

Está dicho en el código caballeresco de los guerreros japoneses de hoy, el «Senjinkun», o enseñanza en el aspecto guerrero: «No debes sufrir el deshonor de los prisioneros; después de la muerte, no debes dejar detrás de ti la mala fama de la culpa y la desgracia.» Siempre se ha considerado en el Japón un gran deshonor sobrevivir en cautividad: es preferible morir.

En la guerra actual -contrariamente a los tiempos antiguos- no se puede evitar, en ciertos casos, ser hecho prisionero; se puede pensar que no es absolutamente necesario morir cuando se ha cumplido el deber con las armas más modernas y que se es mucho más útil a su país continuando vivo y cumpliendo su vocación, tanto si es en la guerra como en la paz. Esta concepción es razonable, sin embargo, el soldado japonés piensa de otra manera: si sobrevive en la vergüenza de la cautividad, esto significa que no ha luchado hasta la muerte, que no ha tenido la posibilidad de continuar la lucha y lamenta profundamente no haber luchado hasta la muerte por el Tenno, la patria y el pueblo.

Que sea en el mar donde el agua bautiza mi cuerpo,
Que sea en el campo donde mis huesos
están recubiertos por el musgo de las montañas...
Yo no quiero combatir más que por el gran señor
Sin pensar nunca en mí.

Este viejo canto que entonamos siempre expresa que la supervivencia del soldado es simplemente inconcebible. Lord Nelson dijo poco antes de su muerte: «Alabado sea Dios, he cumplido con mi deber». En cambio, el japonés no lucha a causa del deber, sino para sacrificar su vida. Erwin Bälz, uno de los mejores especialistas del Japón, cuenta una experiencia personal que tuvo con ocasión de la guerra ruso-japonesa: «Un japonés célebre le visitó con su hijo que debía partir hacia el frente la mañana siguiente. Una vez que el joven se había despedido, el Dr. Bälz conversó sobre la guerra con el japonés; el anciano le contó que había perdido a su hijo mayor cuatro años antes cuando se sublevaron los

bóxers y ahora enviaba el segundo a la guerra. Continuó diciendo que su blasón familiar, llevado con honor, ya no tendrá ahora ningún representante, ya que no tiene más hijos. Bälz le dijo, consolándole: «No todos los que van al frente están destinados a morir; yo creo que su hijo regresará con una gran fama militar.» El anciano padre meneó la cabeza y dijo: «No, mi hijo va al combate para encontrar una muerte heroica, no para volver con vida.» Erwin Bälz pensó que eran unas palabras sabias, dignas de un filósofo.

Esta actitud explica que, hasta ahora, Japón no haya perdido ninguna guerra y haya obtenido unos éxitos prodigiosos en la actual guerra de la Gran Asia Oriental. Acercarse con minúsculos submarinos a la flota de los Estados Unidos y hundir sus barcos constituye un acto de desprecio a la muerte. Al autodestruirse, los aviadores japoneses se consideran como una parte de su carga y se precipitan sobre el enemigo para estar de acuerdo con su vocación. Es este espíritu lo que protege al Imperio japonés. Ya en 1274 y 1281, ese espíritu heroico permitió a un ejército japonés de sólo 50.000 hombres, vencer a los mongoles ampliamente superiores que contaban con 150.000 soldados. Él es también quien hizo obtener deslumbrantes victorias en la guerra ruso-japonesa. Los soldados que hoy combaten en el gran Pacífico, en tierra, mar y aire están todos imbuidos de la idea de sacrificarse por la patria y entrar en las filas de los dioses.

Los que llaman a ese espíritu «fatalista» y ven en él un desprecio inconsciente por la preciosa vida humana están muy lejos de comprender el espíritu militar japonés. Los actos audaces de los soldados japoneses son precisamente manifestaciones de este espíritu enérgico luchando por la existencia y el honor del Imperio, por la justicia y la verdadera paz.

Sería igualmente un error imperdonable no ver en ello más que un signo de brutalidad original. Es sabido el amor del japonés por las flores; su sentido estético no le hace buscar únicamente la flor, sino que la aprecia mucho más en su relación orgánica con las hojas y las ramas. Así pues, no la corta nunca, sino que la deja en su rama. La civilización japonesa ha desarrollado en sus hombres, no sólo un elevado espíritu de sacrificio, sino también una compasión llena de sentimiento. Ésta última se manifiesta en la actitud de los soldados japoneses ante el enemigo, y en particular hacia los prisioneros. He aquí un testimonio significativo que se remonta a la Edad Media: en 1184, en el curso de una encarnizada guerra civil, el famoso guerrero Kumagai derrotó a un caballero del bando enemigo, Atsumori, y le cortó la cabeza de acuerdo con las viejas costumbres de guerra. Atsumori no tenía aún veinte años y, afectado por su muerte precoz, Kumagai depuso su espada, abandonó la caballería y se hizo monje para pasar la vida rezando por la salvación del alma del difunto.

Durante la Gran Guerra, los voluntarios japoneses que servían en el ejército canadiense, consiguieron ir al frente occidental; entre ellos se encontraba el voluntario Isomura, que se encontró con un herido alemán en el curso de un ataque. El herido le hizo saber, con débiles movimientos, que tenía una sed atroz, e, inmediatamente, Isomura le dio de beber de su cantimplora, en la cual todavía había un poco de preciosa agua. Entretanto, se acercó un soldado británico pretendiendo atacar al alemán con la bayoneta; Isomura se opuso y le interpeló: «¿No ves que este hombre está gravemente herido? — «¿Y qué?», replicó el británico, «herido o no, todo enemigo muerto representa una ventaja para nosotros.» «¿Dónde está pues tu amor cristiano para con el prójimo?». «Lo dejé en casa cuando fui a la guerra», respondió el británico.

Igualmente, el voluntario japonés Morooka, que atacaba con la bayoneta a un adversario muy joven, le oyó gritar «¡mamá!. En ese instante, habiendo reconocido la palabra que conocía, le fue imposible atacar por segunda vez al enemigo y éste, aunque herido, pudo salvarse y ser evacuado a su patria.

Los japoneses consideraban como una indignidad ser hechos prisioneros; sin embargo, sienten una profunda compasión por los prisioneros que ellos capturan. En el curso de la guerra ruso-japonesa, muchos prisioneros rusos fueron enviados al Japón y recordaron con gratitud el tratamiento generoso que se les dio. En el Japón, siempre se ha considerado una virtud adoptar esa actitud hacia el enemigo herido. La Historia nos cuenta que los coreanos enemigos que participaron en la invasión mongólica cayeron en manos japonesas y no merecieron ningún tratamiento especial. Encontraron, no obstante, una benévola acogida; el mismo emperador de Corea se sintió obligado a

expresar por carta su agradecimiento por esta conducta. Además, hay que considerar que este ataque mongol representó un gran peligro para el Japón y para su pueblo. En la guerra ruso-japonesa, la primera división y el segundo ejército japonés debieron ocuparse de los primeros prisioneros rusos; se ordenó a los soldados japoneses visitar a los prisioneros con objeto de familiarizarles con los uniformes, las insignias y las no se presentaron a la inspección por la razón siguiente: Es una vergüenza ser hecho prisionero como soldado y es insoportable deber mostrarse así al enemigo. El samurai comprende el sentimiento de otro samurai y le ahorra esa humillación. Es por tal razón que los soldados no participaron en la inspección de los prisioneros rusos. Los oficiales rusos que dieron la orden de matar a todos los japoneses, incluidos los prisioneros, no podían comprender la actitud de los soldados japoneses.

En una de las escenas de la actual guerra en la Gran Asia Oriental, las Filipinas, a principios de enero, un cierto número de civiles japoneses fueron asesinados por las tropas americanas; tal tipo de atrocidades no existe en la historia del Japón.

Los japoneses luchan hoy por su patria y por todos los pueblos de la Gran Asia Oriental. Libran un duro combate, lleno de sacrificios, en el que se exigen lo máximo a sí mismos. Sin embargo, sienten una profunda compasión por el prójimo y esta actitud bélica suscitará numerosos hechos de guerra característicos y sorprendentes que entrarán en la historia de la guerra, dando fe del espíritu del Japón, del Yamato Tamashii.

Kazuichi Miura

«Siempre y en todas partes, el ejemplo vivo constituirá la mejor educación».

Adolf Hitler

OSS.III.4.8

"La casa de la tropa SS". nº 4. 1939.

¡Nuestra vida!

Vivir significa luchar. Nos enfrentamos a este principio de manera inexorable y dura: como una orden militar, breve y concisa, a la cual nadie puede sustraerse. O se acepta esa orden, cumpliéndola del mejor modo posible, o se deserta -y se muere- de una manera lamentable e infamante. No hay otra alternativa.

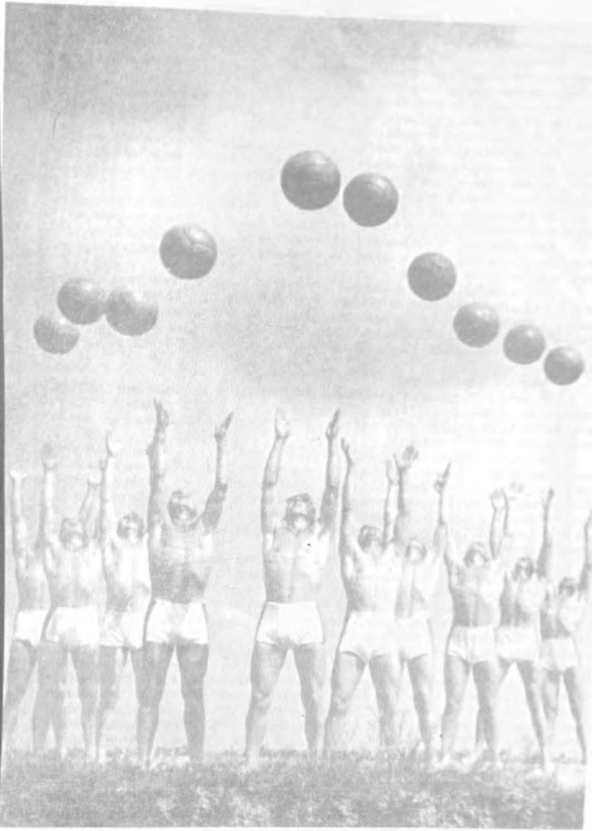
Vivir significa luchar. Esta orden que la Providencia nos ha dado, distingue al señor del esclavo, al héroe del cobarde, al hombre de acción del charlatán, al carácter de la debilidad, define lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, y nos permite valorar nuestro trabajo cotidiano.

Siempre han habido en la historia épocas en que se ha creído poder eludir este mandato; en que creíamos que la lucha es una abominación y que la vida es un perpetuo estado pacífico; en que tratábamos de transferir la lucha de este mundo a otro; en que se medía el bien en el grado de bajeza, de cobardía, de servilismo, y el mal en el grado del acto heroico; en que la traición y la mentira fueron preconizados como medios de presión contra la lucha.

Y, otra vez, hubo épocas en que el espíritu heroico celebraba su mayor triunfo; en que la fuerza creadora señalaba nuevos caminos y nuevos objetivos a los hombres; en que la lucha tenía la resonancia más extrema a causa de la fuerza original de la voluntad de vivir, y en que el hombre, con su fuerza divina, devolvió su sentido propio a la vida.

Nos encontramos en esta época de energías acumuladas, de espíritu combativo y creador, y de inaudita voluntad de vivir.

Aprobamos la vida porque amamos la lucha, y aprobamos la lucha porque amamos la vida. La vida no es para nosotros un valle de lágrimas por encima del cual hay unos dioses desconocidos que gozan al vernos arrastrarnos de rodillas llenos de humil-



Un espíritu sano en un cuerpo sano.

dad. Para nosotros, la vida es un campo de batalla que la Providencia nos ha dado, que nosotros queremos conquistar luchando. Nuestra oración es la lucha, y nuestra lucha es la oración. La Providencia nos ha dado la vida en la lucha y nosotros queremos

dominar a la vida luchando.

Nosotros luchamos y somos un eslabón sólido en la cadena constituida por nuestros antepasados y nuestros descendientes. A través nuestro, la vida de los tiempos más remotos debe ser transmitida en la lucha, al futuro.

Así es como lo quiere la Providencia; así es cómo lo queremos nosotros. La voluntad de la Providencia y la nuestra formarán la época de hoy, de mañana y de pasado mañana, tal cómo crearon la época de ayer y de anteayer.

Vivir significa luchar. Durante siglos de luchas, nuestros antepasados nos formaron, permitieron a nuestro pueblo y a nuestros clanes triunfar de la cobardía y la bajeza, del servilismo y de la negación del mundo hasta nuestros días. Es un monumento de lucha heroica y de inquebrantable voluntad de vivir.

No quedaría nada de nosotros, del pueblo y de los clanes, de las tribus y de la sangre si nuestros ancestros no hubieran amado la lucha como la amamos nosotros.

Nada existiría de la cultura, de los monumentos imperecederos de la literatura, de la música, de la pintura, de la arquitectura si ellos no hubieran aprobado la vida, es decir, la lucha.

Nuestro pueblo no tendría ya nada de la tierra sagrada de Alemania si millones de nuestros antepasados no se hubieran arriesgado a luchar con sus risas victoriosas para asegurar la vida de sus descendientes. La sangre y la raza de nuestro pueblo se habrían agotado si nuestras madres no nos hubieran criado durante la lucha.

Nuestra existencia... nuestro pueblo, nos dieron la voluntad de vivir y, pues, de luchar.

¡Vivir significa combatir!

La lucha de los ejércitos grises durante la Gran Guerra, la muerte heroica de dos millones de soldados fueron lo único que aseguró el amanecer de nuestro pueblo. No son la cobardía ni la bajeza, ni los gemidos serviles quienes aseguran la existencia y el renacimiento del Reich alemán.

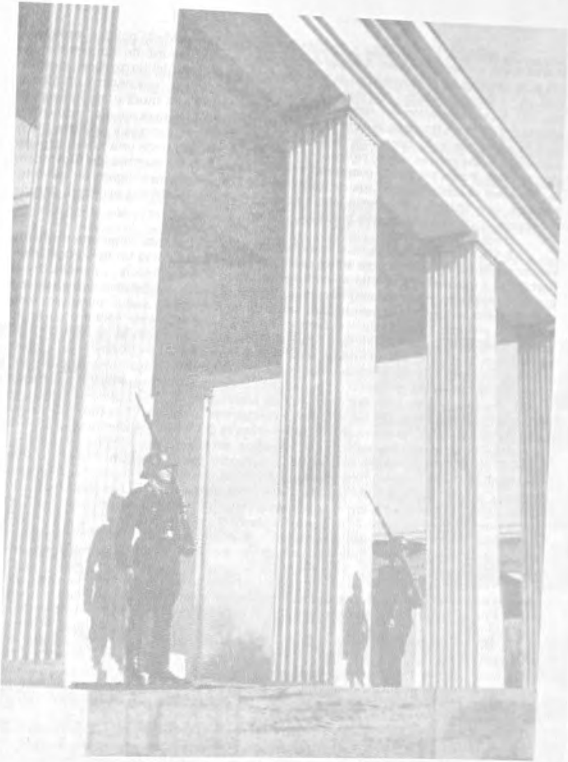
El tiroteo arreciaba sobre las trincheras hora tras hora. Las bombas estallaban contra los parapetos con un ruido infernal, y el ataque se llevó a cabo entre la humareda de los gases y el fuego de las ametralladoras. Surgiendo entre la niebla del amanecer, los monstruosos carros avanzaban aplastando todo lo que se oponía a su paso. No era gracias a la plañidera humildad que manteníamos nuestras posiciones, sino a causa de la desenfrenada voluntad de vivir y del imperioso deseo de vencer en el combate y de superar todas las pruebas.

El buen camarada desaparecía de las filas y el amigo caía muerto. Los terrores de la guerra amenazaban con imponerse. Pero era también la lucha por la vida que, más allá del carácter trágico y horrible de los destinos, se imponía a todas las otras motivaciones. Sólo el que lucha puede triunfar y comprender la felicidad de la victoria o del final heroico. Pero el que rehuye la lucha y, por lo tanto, la victoria, desconoce su espíritu. No comprenderá nunca el feliz sentimiento que la Providencia dispensa al combatiente que domina a la vida; la capitulación es una cobardía y Dios sólo ayuda al valiente.

Así es cómo nosotros comprendemos la superior grandeza del combate de los soldados *feldgrau* durante la Gran Guerra y saludamos a los hombres que, al continuar combatiendo, han reorientado el destino de nuestro pueblo. El espíritu del combate apadrinaba el nacimiento de nuestro nuevo mundo de ideas -el nacionalsocialismo- e hizo sobrellevar, durante cuatro años, los horrores de la mayor de las guerras. Sólo este espíritu de lucha preserva la vida de nuestra nación.

¡Vivir significa luchar!

Bajo los proyectores, el acero se extiende sobre los moldes. Entre sonoros martillazos, entre un ruido incesante, el hierro toma forma para ser utilizado por los hombres. En los sombríos pozos cargados de un aire polvoriento y bajo una amenaza constante, el carbón es extraído. Sobre elevados andamios, entre el cielo y la tierra, los hombres se juegan la vida en un trabajo creador. En medio del mar embravecido, la lucha con el elemento original deviene la expresión viva de la vida. Bajo un ardiente sol, el trigo se inclina ante la hoz. En los hospitales y los laboratorios, el espíritu humano lucha con la muerte. Todo esto no es la expresión de una necesidad fatalista y superflua impresa por unos dioses extranjeros, sino que constituye una vida combatiente, una



Monumento en recuerdo de los mártires del putsch de 1923

voluntad dura de selección y de victoria. En cada lugar se libra una batalla decisiva que determina la posición del hombre con relación a Dios. El hombre creador concibe su relación con su dios en la lucha, en la batalla. No considera su combate como una vergüenza, como una condena, un pecado, sino que se ve como un señor, cumpliendo de una manera positiva la orden dada por la Providencia. «Vivir significa luchar». Para él, el sudor no es el salario de la acción pecadora sino la recompensa de su fuerza configuradora y de su magistral alegría creadora.

¡Vivir significa luchar!

En millares de reuniones y de batallas callejeras, el soldado político impone su marca a sus contemporáneos. A pesar de los montones de basura, de ataques insidiosos y de calumnias, el Movimiento alcanza la victoria. A pesar del terror físico y espiritual, el nacionalsocialismo despliega hoy su bandera victoriosa por encima de Alemania. Era la manifestación del coraje de vivir despreciando a la muerte, de la sagrada alegría del combate triunfando de todo. Era la corriente de la sangre sana e ininterrumpida de nuestro pueblo, que ponía fin a las artimañas de una hipocresía pacifista internacional con los colores negro, rojo y oro, para allanar el camino de una nueva generación heroica. Y sólo así puede comprenderse la grandeza de los mártires del Movimiento. Ellos son el símbolo de la vida de nuestro pueblo; los hijos más dignos de los antepasados, que aparecen en el más lejano futuro como los sacerdotes vivientes de una concepción y de una civilización heroicas.

¡Vivir significa luchar!

En la existencia cotidiana, el espíritu mercantil se implanta como una serpiente venenosa. El trabajo diario pesa sobre el cuerpo y el espíritu como un fardo casi insoportable. La insensatez y la falta de carácter se hacen la competencia. La vanidad y el gusto por el placer celebran, aparentemente, su triunfo y las debilidades humanas son alabadas. No será nunca la mentalidad servil de los lacayos la que termine con todo esto, sino siempre y únicamente el hombre luchador que se siente solitario en tanto que soldado en el campo de batalla de la vida, haciendo caso omiso de la clase y el nacimiento, la riqueza y la pobreza, tan sólo responsable ante su pueblo y su sangre noble, que le viene de sus antepasados, y a quien los descendientes pedirán cuentas.

Estamos en pie en medio de la batalla y ante nuestro dios, sabiendo que toda fuerza creadora reposa en nosotros, y que de nosotros depende dominar la vida. Los servicios cotidianos -los pequeños deberes cotidianos- son aparentemente una carga pero, a pesar de todo, no queremos eludirlos, pues la grandeza que distingue a la obra en el seno de la masa, sobreviviendo a los siglos, está, ante todo, hecha de detalles. Como el mecanismo de relojería se compone de ruedas pequeñas y grandes, como sólo el conjunto de los instrumentos compone la orquesta y como, sólo el paso acompasado de centenares de hombres, hace temblar la tierra, nosotros tenemos también, cada uno en su lugar, como ruedas, como instrumentos y como caminantes, que cumplir nuestros deberes y nuestra lucha a fin de que la obra crezca.

Es la obra que revelará la grandeza de una generación durante siglos y que debe señalar el camino a los descendientes después de los milenios como una epopeya heroica.

Tenemos la voluntad de inscribirnos en la historia, así como nuestros actos, con estiletes de bronce. Tenemos la voluntad de medir nuestras fuerzas a cada momento, y, además de la voluntad, tenemos el poder superarnos, como un memorial de actitud combatiente.

¿No es deplorable querer confundir los errores del carácter con una actitud desvergonzadamente servil, en lugar de contrarrestarlos victoriosamente en una lucha cotidiana? ¿No se experimenta malestar cuando unos hombres con aspecto de sufrelotodo, melodramáticos, tratan de destruir la vida como una negra infamia porque no tienen el coraje de deducir las consecuencias del mandato de la Providencia y admitir el combate?

¿No es reír de Dios cuando, a causa de unas criaturas plañideras, se Le declara responsable del hecho de que ellas fracasen en la vida por falta de espíritu de lucha? ¿No es demostrar un espíritu mercantil pernicioso cuando, a causa de tales gemidos, reniegan de la sentencia de Dios que recompensa su deserción ante la vida que Éste les confió a fin de que la dominen?

No tenemos ninguna comprensión ante ese acto estúpido.

Hasta hoy, semejantes criaturas no han sido nunca guías de hombres que, como piedras angulares de granito, sobreviven a los milenios.

Por esta razón, no queremos pasar nuestra vida, que la Providencia nos ha dado, en la condenación, contemplarla como un cenagal de vicio del que nadie escapa; pues nuestra vida no es un pecado ya que nos viene de Dios, y nuestra lucha no es una condenación puesto que es una plegaria heroica.

Dejamos a los cobardes y a los miserables reptar de rodillas, a los pusilánimes

gemir de desesperación, pues Dios está con nosotros porque Dios está con los creyentes.

Saludamos a los espíritus heroicos del lejano pasado como a los compañeros de armas de nuestra vida porque sabemos que una verdad eterna sale de la boca de Nietzsche cuando dice:

«La guerra y el coraje han conseguido más grandes cosas que el amor al prójimo. No es vuestra piedad sino vuestra bravura la que, hasta hoy, ha salvado a los desgraciados.»

Kurt Ellersieck

«Debemos aportar una nueva fe más honesta, no sólo a Alemania, sino al mundo; no sólo por la salvación de Alemania sino también por la del mundo, que perecerá de auto-intoxicación si no rectifica su opinión actual sobre Alemania».

Adolf Hitler



«Tener fe constituye la mayor fuerza que existe.»
Adolf Hitler

[illegible]

[illegible] los cafeteros [illegible] los [illegible] de [illegible] a los [illegible]

Jamás se olvidará

Epílogo a la edición española

Ésta es una obra que no necesita demasiados comentarios. Ella se explica por sí sola. Es pues una obra, diríamos, "autoexplicativa". El entrañable prólogo de León Degrelle y la introducción magnífica de la autora, no dan pie a mucho más. Nos introducimos, desde el primer instante en el estudio de las ideas y las reflexiones que, en su momento inspiraban a lo que fue la élite del nacionalsocialismo. Élite, por otra parte, diabolizada después de la Guerra, por parte de los vencedores. Estos vencedores que tanto enarbolan la bandera de las libertades, niegan la más elemental libertad que sería la autodefensa de los vencidos. Nunca en la historia se vio tanto odio, enmascarado, para colmo, con frases rimbombantes de amor y fraternidad universal.

La presente obra no es, ni más ni menos, que lo que se llegó a pensar en aquel momento histórico. Muchos querrían ver en este libro el fundamento de la más cruel conducta humana, sin parangón con ninguna otra época del pasado. Pero no. Los que esto esperarían, se decepcionarán estrepitosamente. Pero no sólo eso. Sabemos que la rabia y el odio invadirá a aquellos aún hoy beligerantes en contra del mito, necesariamente impulsado y reinventado del "terrorífico nazismo".

Lamentablemente, esta obra no podrá llegar fácilmente a quienes, en pleno derecho de su hipotética libertad, pretendan saber algo más de una forma objetiva.

A muchos, ya hace años, nos sorprendió la manera con que el Sistema repudiaba a los vencidos, sin ni siquiera dejarlos hablar. Eso nos hizo dudar sobre la sinceridad y sobre los verdaderos intereses que mueven los hilos de este mundo. Nuestro ánimo en la búsqueda de la verdad, nos llevó a investigar y conocer más la opinión de tales vencidos, y nos remitimos a lo que allá, y en aquel momento histórico, se realizó. Ese ánimo, esa curiosidad por el saber y ese inconformismo con lo que se nos dice oficialmente, ha llegado a colocarnos, casi sin darnos cuenta, y por supuesto sin querer, al borde de lo prohibido, ante el mayor tabú, por no decir la mayor mentira, de todos los tiempos.

Nos gustaría, desde luego, que así no fuese. Creemos que ninguna persona seria, interesada en el estudio de esos temas, se siente unida, de ninguna manera, a los grupos salvajes que corren por las calles, detentando cierta simbología coincidente con aquel período histórico. Nos parece ver una congratulación, por parte del Sistema, de que exista esta especie de personas para poder identificarlas, en sus hechos y en sus supuestas ideas, con tal período de la historia alemana y europea. Desgraciadamente par ellos, una obra como la presente, no está dentro del patrón que han forjado en los últimos años a base de películas y propaganda. Y por ello, no pueden permitir que este tipo de obras vean la luz. Estamos en la época de la nueva inquisición. Poca verdad deben representar, si la han de apoyar con la persecución y la mentira. Saben que incluso las partes ideológicas más difíciles de aceptar, en la presente obra, pertenecen a una determinada verdad, y bajo ninguna excusa pueden arriesgarse a tolerar la más mínima posibilidad de expansión de la misma. Han optado por la política de la mentira y la represión, tan útil a lo largo de la historia, la cual nos demuestra que las mentiras, realmente pueden perdurar y convertirse en una "verdad histórica". Pero, esta vez, no han contado con la extensión generalizada del "fenómeno". Nunca una herejía fue tan

universal. El tiempo dirá...

Centrándonos en el contenido de este libro, esta auténtica enciclopedia abarca casi todos los temas del saber, tal y como ellos, los militantes de la SS, lo vieron y lo plantearon.

Cada artículo merecería una reflexión y comentarios diferentes. Pero después de haber leído minuciosamente cada uno de ellos, podría destacar una serie de puntos que podrían sorprender, sobre todo al lector profano en el tema de la época nacionalsocialista, o simplemente a cualquier persona normal que, hasta hoy, sólo oyó la voz oficialista actual.

El tema más delicado, el antisemitismo, no queda bien explicado, puesto que hay otros estudios mucho más profundos y extensos. Tan solo se aportan unos artículos ilustrativos de motivos históricos o sobre los crímenes rituales perpetrados por los judíos ortodoxos. Pero podemos destacar que la repulsa de los pueblos europeos hacia los judíos, a través de la historia, sea calificada de "odio natural, pero negativo" (OSS.I.1.1).

En el tema no menos polémico de la raza, orientado con el nombre de raciología, y no racismo, se aportan afirmaciones que demuestran una fe en el tema, pero a la vez, un espíritu no dogmático. Por ejemplo, a la hora de asimilar el aspecto físico con el aspecto anímico, sostienen que hay una evidente relación, pero no obstante, subrayan: "creemos que hay que mostrarse prudentes con este tema" (OSS.I.3.3). Esa misma tendencia contra el dogmatismo se observa, ante la decepción causada por la actitud del noruego, que en principio debería ser un prototipo ejemplar, en cuerpo y alma, de lo que se pretendía como ideal nórdico. Y en este caso nos sorprende la afirmación de que "la realidad de tales malentendidos es también una prueba de la claridad ideológica que, muchas veces, todavía nos falta" (OSS.III.2.6). La raciología, enfocada como ciencia, y no fue tratada como una religión, tal como falsamente se cree. Por lo tanto, como ciencia, debía ser considerada de forma objetiva. No obstante, el aspecto religioso, por llamarlo así, sobre la raza, no dejaba de ser la consecuencia del querer amar a su propio pueblo, sus costumbres y sus tradiciones, así como la herencia de sus antepasados, por encima de toda consideración científica. Existe pues un asunto místico, por emplear un término más aproximado, o poético, fuera del alcance de toda especulación científica. Y se ampliaba este amor por lo propio, hacia otros pueblos, induciendo un respeto por la diversidad. Se trata este tema, cuando considerando a Alsacia, que antaño fue alemana, y se afirma que "el alsaciano no debe ser hostilizado en su amor por su patria, su conciencia étnica y su dignidad de vivir. No se le debe uniformizar" (OSS.III.2.2). Pero también aquí se previene contra cualquier tentativa nacionalista cuando a continuación se matiza así: "pero él (el alsaciano) debe comprender bien que esta lucha internacional no se hace para conservar ciertas tradiciones ni para recuperar un bienestar material y espiritual, sino por la misma existencia de Europa".

Y ya que se considera el tema nacionalista, conviene recordar, la manera de ver tal asunto, con una visión tan trascendente como la de Imperio, frente a imperialismo, y reflejada en varias partes de la presente obra, destacando una en concreto subtitulada "La idea del estado nacionalista debe ser vencida" (OSS.I.5.6).

Siguiendo con los temas polémicos, no podemos pasar por alto el de la religión. Es evidente la postura generalizada a favor de ir directamente a la raíz germánica sin pasar por la tergiversación judeocristiana. Pero conviene detenerse en este punto para sacar alguna conclusión definitiva. Por una parte, la generalización de esta idea, llamada "pagana" por ellos mismos, también es matizada en varios casos. Parece ser que en ningún momento se pretendió la restauración de ningún culto precristiano, y no sólo eso sino que lo descartan reiteradamente, afirmando en un caso que "la verborrea de neopaganismo o incluso de ateísmo aparece como mezquina falsa y engañosa" (OSS.I.5.4). Se es consciente que una tradición no se puede inventar, y no lo pretenden, sino que se propone constantemente el adentrarse en los valores de amor por la vida, por la creación y por la lucha. Siendo estos puntos, las bases de toda vida religiosa para el germano. En el tema religioso, no podemos dejar de mencionar la idea existente de que "para los germanos, la religión era y continuaba siendo un asunto privado" (OSS.II.3.1). Esto no excluía la posibilidad de encontrarse con posturas exclusivistas y anticristianas, debido a la indignidad mostrada en muchos momentos históricos por la Iglesia. Recordemos la quema masiva de sospechosas de brujería (OSS.II.1.7), asunto que indignaba

al mismo Hitler (según se refleja en la obra de August Kubizeck "Mi amigo de juventud"), o las actitudes de la misma Iglesia ante las cruzadas, (OSS.II.1.9) en muchos casos, muy alejada del papel que le ha dado el romanticismo posteriormente. Ante esto, el mismo Degrelle, en su introducción reconoce que "la intransigencia, a veces provocadora, de ciertos SS sería pronto superada". Es de pensar que aquéllos que aludían a la misma concepción germánica de la libertad de conciencia, tuvieron que sosegarse cuando, codo con codo, tuvieron que dejarse la vida junto a otros que profesaban el cristianismo o incluso el Islam. En esos momentos, suponemos que tanto cristianos como paganos se comportaron como auténticos guerreros arios, muy por encima de sus convicciones religiosas o particularistas. El Islam, por ejemplo, es considerado con respeto, pero a la vez como algo ajeno diciendo que "se funda en una realidad que es muy difícilmente comprensible para un europeo" (OSS.III.2.9).

En toda la presente obra se deja entrever una gran admiración por la creación, por la naturaleza, y una profunda visión religiosa y creyente. La idea de la Providencia o de Dios es casi omnipresente, por alusión directa o indirecta. Se canta a la belleza (OSS.II.4.5), se elogia el orden divino (OSS.II.5.2) y el carácter sagrado del pan (OSS.II.3.14), y se llega a conclusiones insospechables para los "progres" actuales, como la idea del orden del mundo natural y de la ecología, llegándose a hablar de "la postura profundamente ecologista de la Alemania nacionalsocialista" (OSS.II.5.5), siendo quizás los primeros en la historia en utilizar este calificativo. Pero además, no es menos sorprendente las definiciones y observaciones de lo que parece hoy en día tan novedoso como la agricultura biológica(OSS.II.5.4). Todas estas ideas, que nadie se atrevería a catalogar como nazis, son consecuencia de la postura real y más profunda del nacionalsocialismo. No deja de cumplirse la cita de Hitler, mencionada en el último capítulo de la obra en que "el mundo perecerá por autointoxicación si no rectifica su opinión actual sobre Alemania".

Esta misma vocación naturalista se refleja en varios capítulos de la obra, hablándose de plantas medicinales e indirectamente de homeopatía y naturismo. Y la admiración por la naturaleza y sus misterios, les lleva a explicar, de una forma sorprendentemente amena y comprensible para el más profano, asuntos como la ordenación y distribución del universo (OSS.II.5.3) o la microscópica belleza y simbolismo de un copo de nieve (OSS.II.5.2). Y para el mundo de hoy, totalmente alterado por las catástrofes naturales, directa o indirectamente causadas por el hombre, no deja de ser una lección moral, que la SS ya escribiera una vez todo lo que está pasando: "Cuando el hombre perturba neciamente ese orden terrestre, no puede ocurrir más que catástrofes que destruyen inevitablemente toda vida. El que tala las montañas cuyos arboles retienen el agua, no debe sorprenderse de que las fuentes dejen de brotar..." Lo que sigue puede leerse en este libro (OSS.II.5.6).

Nos extenderíamos demasiado si apuntásemos todo lo de aleccionador que contiene la obra. Creemos que es fundamental para entender lo que fue el nacionalsocialismo, se esté a favor o en contra. Porque la mayor lección que el SS da al hombre de todos los tiempos es cuando insiste, en sus escritos, en la conformación de una élite superior, aludiendo a que "hay que ser ejemplar... No hay que enfadarse" (OSS.I.1.7), o cuando se refiere a los actos de fidelidad como actos religiosos (OSS. I.1.11), o al amor a la vida aceptando la dureza de la misma (OSS.II.5.1), o cuando se alude al amor para curar (¡la SS!), recurriendo a Paracelso (OSS.III.1.7), o, finalmente, cuando se parafrasea a Nietzsche para definir a la casta superior como "distinguiéndose por su falta de necesidades... más pobre, más sencilla..." (OSS.III.1.8).

Y abandonamos este repaso, destacando el eje de la cosmovisión SS: la lucha. En esa idea de lucha, nunca hay nada perdido. Incluso cuando el mundo es desfavorable, se compara la vida a la yema del árbol que "enseña igualmente que a menudo debemos poner en "estado de reposo" nuestros deseos y nuestra necesidad de acción a fin de que puedan florecer con fuerza en épocas más favorables" (OSS.II.5.8). Esta observación, adecuada sería para los tiempos posteriores a la guerra, pero que empiezan ahora a tocar au fin. El árbol empieza a despertar sus yemas, y poco a poco dará otra vez su verdor y fructificación, pero puede ser lento y dificultoso.

Finalmente, nuestra felicitación a la autora por el acierto de su selección, tan adecuadamente coronada con el capítulo del "Arte de la Guerra", cuyo último artículo es

un auténtico himno del guerrero, y en el cual, lo que se previene como principales enemigos, como la comodidad, el espíritu mercantil, ha triunfado por todas partes, y se ha arraigado en las costumbres incluso de los mejores. Y aún así, sabemos que todo lo que se hizo, todo por lo cual lucharon y murieron aquellos que salen en las fotos de este libro, junto a muchos millones más, nunca será olvidado. Y aquel que quiera ser auténtico guerrero, tendrá a quien emular y seguir. Por todo ello, aunque se quemen a los libros, o incluso a las personas, sabemos que esta lección de la historia... ¡jamás se olvidará!

F.S.B.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

I. La Orden SS, historia y principios

II. El clan

III. Cuestiones raciales

IV. Campesinado, economía, población

V. Política general

CAPÍTULO II

I. Historia

II. Historia cultural

III. Costumbres y religión

IV. Arte

V. Ciencias naturales y físicas

CAPÍTULO III

I. Biografías

II. Geopolítica

III. Adversarios

IV. Arte de la Guerra

Epílogo de la edición española

COLECCIÓN SOLAR

MEDICINA ALTERNATIVA

TÍTULO	AUTOR
100 PLANTAS MEDICINALES	WANDER
AIKIDO CURSO BÁSICO	WAGNER
CIENCIA DE LA SALUD	RAMACHARAKA
CURAS DE URGENCIA	VANDER
EMBARAZO Y NACIMIENTO	LEINGTH
ENFERMEDADES DE LA MUJER	CALDUCH
FALUN GONG	HONGZHI
FISICOCULTURISMO	MATHUSCOOK
GUARDIÁN DE LA SALUD	SWARTOUTH
GUÍA PRÁCTICA DE PRIMEROS AUXILIOS	CAPO
IRIS DE TUS OJOS REVELA TU SALUD	LEZAETA
LAS FRUTAS	VANDER
LIBRO DE LAS DIETAS	ATKING
LIMÓN, EL AJO Y LA CEBOLLA	CAPO
MANUAL DE URINOTERAPIA	ATOM INQUE
MANUAL ESOTÉRICO	BLANCO
MASAJE ZONAL EN LOS PIES	EREDE
MEDICINAS SAGRADAS	BRELET
PLANTAS MEDICINALES	VANDER
REIKI, SANACIÓN DEL MILENIO	VELÁZQUEZ
SALUD DEL NIÑO	COL. FAMILIAR
TRATADO DE MEDICINA OCULTA	SAMAEL
VISIÓN DE SALUD	JENSEN
YOGUI CIENCIA HINDÚ DE LA RESPIRACIÓN	RAMACHARAKA
SÁBILA	GUZMÁN

ASTROLOGÍA Y MÉTODOS DE INDAGACIÓN

TÍTULO	AUTOR
ARQUEÓMETRO	ALVEYDRE
ASTROLOGÍA CEREMONIAL T. III	FORERO
BREVARIO DE TU ZODIACO INTERNO	SAMAEL
CIENTO SETENTA HORAS CON LOS EXTRATERRESTRES	VITKO NOVI
CLAVE MAYOR DEL REY SALOMÓN	GREGOR
GALAXIA X-9	VITKO NOVI
GENEALIDAD DE LA ASTROLOGÍA	BLUGNER
GUÍA FÁCIL DEL FENG SHUI	KOPPEL

GUÍA FÁCIL DEL FENG SHUI PARA NEGOCIOS	KOPPEL
I CHING CÓMO CONSULTAR	DOUGLAS
I CHING EL LIBRO DE LAS MUTACIONES	WILHEM
LIBRO DEL TAROT	QUEROL
TAROT ANGÉLICO	EL YAZAY
TAROT EGIPCIO	EGIPCIOS
TAROT DE LAS GALAXIAS	EL YAZAY
TAROT DE LAS HADAS	EL YAZAY
TAROT DE MARSELLA	ANÓNIMO
TAROT DE SAINT GERMAIN	SAINT GERMAIN
TAROT I CHING	HOLITZKA
TAROT RIDER WAITE	ANÓNIMO
PARASICOLOGÍA Y PODERES EXTRASENSORIALES	VLENTE
PODER DE LOS CRISTALES	RIVAS
SAGA DE LOS MAHAS	NUMA PERSEU
TRATADO DE QUIROLOGÍA PRÁCTICA	SOLAR

AUTOAYUDA Y SUPERACIÓN

TÍTULO	AUTOR
A LOS PIES DEL MAESTRO	KRISHNAMURTI
ADIVINACIÓN Y TRASMISIÓN DEL PENSAMIENTO	ANÓNIMO
ARTE DE LA GUERRA	SUN TZU
ARTE DE SER UNO MISMO	LEVI
BRUJOS HABLAN	BAINES
CIENCIA DEL AMOR	BAINES
CIENCIA DEL SER Y EL ARTE DE VIVIR	MAHARISHI
CÓMO ADQUIRIR UNA SUPER MEMORIA	LORAINE
CÓMO DISCIPLINAR Y AUMENTAR TU MEMORIA	LEONARDO
¿CÓMO ES LA MOVIDA CHUECA?	BRENSON
CÓMO SUPRIMIR LAS PREOCUPACIONES	CARNEGIE
DEFIENDE TUS ENERGÍAS	MARDEN
EJERCICIOS PARA DESARROLLAR FACULTADES EXTRASENSORIALES	BENAVIDES
HOMBRE ESTELAR	BAINES
ILUSIONISMO	ANÓNIMO
LLAVE DE LA VIDA Y EL ÉXITO	TORRES
LUZ, PODER Y SABIDURÍA	BENNER
MIRADA INTERNA	SILO
MORAL PARA EL SIGLO XXI	BAINES
PENSAMIENTO Y SU PODER	SIVANANDA
PERFECCIONAMIENTO DE SÍ MISMO	WOOD
PODER DEL PENSAMIENTO	MARDEN
PODER DEL PENSAMIENTO	HAMBLIN
PODER ESTÁ EN TI	ADOUM
PSICOLOGÍA DE LA POSIBLE EVOLUCIÓN DEL HOMBRE	OUSPENSHY
REGRESO DEL INFIERNO	TRUJILLO
REINO DE LO NUESTRO	BRENSON
TÉCNICA SEXUAL ADULTA	BAUMER

REVISIONISMO HISTÓRICO

TÍTULO	AUTOR
150 GENIOS OPINAN SOBRE LOS JUDÍOS	RECOPILACIÓN
ABSOLUCIÓN PARA HITLER	HONSIK
ADOLFO HITLER	GOEBELS
ADOLF HITLER EL ÚLTIMO AVATARA	SERRANO
ADOLFO HITLER GENIAL ARQUITECTO	DEN LINDEN
CONTRA LA USURA	SERRANO
CONVERSACIONES ENTRE HITLER Y YO	LENIN
CONVERSACIONES SOBRE LA GUERRA Y LA PAZ T. I	ADOLFO HITLER
CONVERSACIONES SOBRE LA GUERRA Y LA PAZ T. II	ADOLFO HITLER
CORDÓN DORADO	SERRANO
EL ANTICRISTO	NIETZSCHE
ENCUENTROS CERCANOS CON JEHOVÁ	FIERRO
HIJO DEL VIUDO	SERRANO
HITLER PARA MIL AÑOS	DE" GRELLE
HITLER Y SUS FILÓSOFOS	EDIC. OJEDA
INFORME LEUCHTER	LEUCHTER
JUDÍO INTERNACIONAL	FORD
LA OTRA CARA DEL CHE	M. BRAVO
MANÚ	SERRANO
MEMORIAS DE ÉL Y YO T. I	SERRANO
MEMORIAS DE ÉL Y YO T. II	SERRANO
MEMORIAS DE ÉL Y YO T. III	SERRANO
MEMORIAS DE ÉL Y YO T. IV	SERRANO
MI LUCHA NUEVA EDICIÓN	HITLER
MI LUCHA PEQUEÑO	HITLER
NACIONAL SOCIALISMO	ANÓNIMO

POSTERS

TÍTULO	AUTOR
LÁMINA DE GANESHA	SOLAR
LÁMINA DE JESÚS	SOLAR
LÁMINA ÁRBOL DE LA VIDA	SOLAR
LÁMINA DEL ARCÁNGEL MIGUEL	SOLAR
LÁMINA DEL YO SOY	SOLAR
LÁMINA DEL DIAGRAMA DE ACUPUNTURA	SOLAR
LÁMINA GUÍA FÁCIL DEL FENG SHUI	SOLAR
LÁMINA KUNDALINI Y LOS CHAKRAS	SOLAR
LÁMINA KUTHUMI	SOLAR

NARRATIVAS DE ORO
Y AUTORES COLOMBIANOS

TÍTULO	AUTOR
BAJO UN MANTO DE ESTRELLAS	ROJAS
CIUDAD DE GIGANTES	BERNAL
CONCIENCIA DE VALDEZ	NEGRETE
CUANDO LLEGA LA NOCHE	NEGRETE
FABULISMOS Y REALIDADES DE ÁLVARO	PÁEZ
GIGANTES EN SURAMÉRICA	BERNAL
HOMBRES DE GOMA	NEGRETE
PLANETA MEDIEVAL	HERNÁNDEZ
POEMAS DE AYER, DE HOY Y DE SIEMPRE	PÁEZ
PRINCIPITO	SAINT EUXPERY
ULISES	JOYCE
ÚLTIMA ESPERANZA	NEGRETE
VERSO Y PROSA EN EL MUNDO DE LOS ANIMALES	PÁEZ
VERSOS DE PROVINCIA	PÁEZ
VIEJO PLEITO DE LA NOBLEZA CRIOLLA	OVIEDO

LIBROS UNIVERSITARIOS
Y DE CONSULTA

TÍTULO	AUTOR
CEREBRO DEL MUNDO	SALBUCHI
COLECTORES SOLARES	VARIOS
DEL TRANVÍA AL TRASMILENIO	GUZMÁN
OTRA CARA DEL CHE	BRAVO
MANUAL DE PROPIEDAD HORIZONTAL	SÁNCHEZ
500 SECRETOS INDUSTRIALES	WOLMANN

PEDIDOS POR CORREO.
SOLICITE NUESTRO CATÁLOGO

Carrera 9a. Nº 19-59 Of. 402
Teléfonos: 286 02 94 - 243 01 30 - Fax: 91 342 23 75
e-mail: solar@colomsat.net.co - Web: www.edisolar.com
Bogotá, D.C. - Colombia



Tamaño: 11.5x17
Pags. 268

OBRAS RECOMENDADAS

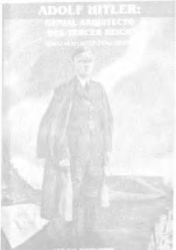


Tamaño: 13.5x20.5
Pags. 448

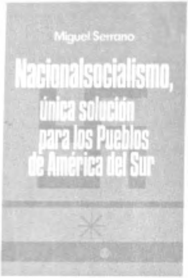


Tamaño: 13.5x20.5
Pags. 268

OBRAS RECOMENDADAS

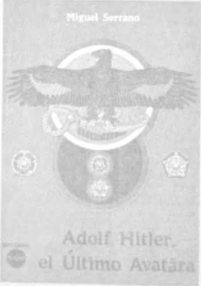


Formato:
16.5 x 13.5 cm; 643 págs.



NACIONALSOCIALISMO
Formato:

OBRAS RECOMENDADAS



Formato:
16.5 x 13.5 cm; 643 págs.

Otros Títulos Recomendados

SERRANO
ADOLFO HITLER
EL ULTIMO AVATARA
***

SERRANO
CORDON DORADO
***

SERRANO
MEMORIAS DE EL Y YO
TOMO I
***

SERRANO
MEMORIAS DE EL Y YO
TOMO II
***

SERRANO
MEMORIAS DE EL Y YO
TOMO III
***

SERRANO
MEMORIAS DE EL Y YO
TOMO IV
***

SERRANO
MANU,
POR EL HOMBRE QUE
VENDRA
***

SERRANO
RESURRECCION
DEL HEROE
***

SERRANO
OVNIS DE HITLER
***

En la antigüedad, los pueblos en lucha permanente por su supervivencia en un mundo hostil tenían el derecho de vida y de muerte sobre los vecinos. Prevalecía el derecho natural del más fuerte; no obstante, el adversario podía siempre conservar el respeto de la parte contraria, lo que revalorizaba la grandeza de los combatientes enfrentados. Los hombres se hacían la guerra por razones existenciales, y no ideológicas. La conquista de un territorio justificaba expediciones guerreras y la noción del honor o deshonor determinaba el valor de cada individuo. ¿Qué significaba un derecho moral desconocido ante el sentido del honor que guiaba cada acción, la fuerza y la agilidad físicas, la ingeniosidad intelectual y sobre todo ante la necesidad de vivir?

Cuando se examina con una visión crítica el desarrollo y la conclusión de la guerra en 1945, se constata la culminación de un largo proceso iniciado con la aparición de las religiones bíblicas, a saber que la moral y la noción de pecado han reemplazado al sentido del honor y la política. El adversario digno de respeto se ha transformado en un enemigo absoluto portador de todos los vicios que se oponen a la civilización, y que debe ser, cueste lo que cueste, convertido o eliminado. Después de las guerras de religión, la caza de herejes y de brujas, aparecieron las guerras imperialistas, de colonización de los misioneros religiosos. Ahora un planetaria oponía que no sólo a los pueblos sino a varias concepciones del mundo: unas fundadas en los derechos y la igualdad de todos los hombres, el individualismo universalista y nómada, y otras en la mística de la raza, la valoración y la actitud heroica superando las divisiones del tiempo, y el valor comunitario. Considerando que hay leyes que son superiores a las de los estados, la noción de crimen, antaño exclusivamente individual, fue ampliada a crímenes contra la humanidad y aplicada a un sistema, a una ideología e incluso a una nación entera.

ISBN 958-8136-59-8
9 789588 136592

EDITORIAL